OBRAS COMPLETAS, I (NARRATIVA)

VALLE-INCLÁN

Femeninas (Seis historias amorosas)
Epitalamio (Historia de amores)
La Cara de Dios
Corte de Amor. Florilegio de honestas y nobles damas
Jardín Umbrío. Historias de santos: de almas en pena: de duendes y ladrones



Este volumen de las Obras Completas de Ramón del Valle-Inclán, primero de los que acogen la prosa narrativa y ensayística del escritor, está integrado por las obras que conforman la narrativa breve del autor, en las ediciones que se indican a continuación: *Femeninas (Seis historias amorosas)*, *Epitalamio (Historia de amores)*, *Corte de Amor: Florilegio de honestas y nobles damas*, *Jardín Umbrío. Historias de santos: de almas en pena: de duendes y ladrones* y *La Cara de Dios*, novela de folletín basada en el célebre drama de Don Carlos Arniches.



Ramón María del Valle-Inclán

Obras completas, I

Narrativa

ePub r1.0
Titivillus 24.08.17

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



INTRODUCCIÓN

EDITAR A VALLE-INCLÁN: HACIA SUS OBRAS COMPLETAS

Si bien es verdad que en las dos últimas décadas se han producido avances relacionados con la difusión de la obra literaria de Ramón del Valle-Inclán, no lo es menos que una simple aproximación cuantitativa a la trayectoria literaria del escritor nos revela lagunas en una tarea editorial que requiere mayor empeño para alcanzar la publicación de ediciones fiables de la obra del escritor[1]. Dicho en otros términos, entre 1895 y 1936 Valle-Inclán publicó en formato libro algo más de 60 títulos originales (Serrano Alonso y Juan Bolufer, 1995; J. y J del Valle-Inclán, 1995), de los cuales casi la mitad de ellos ha cumplido el siglo de vida[2]: *Femeninas* (1895), *Epitalamio* (1897), *Cenizas* (1899), *La Cara de Dios* [1900], *Corte de amor* (1903), *Jardín umbrío/Jardín novelesco* (1903-1905), las cuatro *Sonatas* (1902-1905), *Flor de Santidad* (1904), *El Marqués de Bradomín* (1907), *Aromas de leyenda* (1907), la trilogía de *La Guerra Carlista* (1908-1909), dos de sus tres *Comedias Bárbaras* (*Águila de Blasón*, 1907 y *Romance de Lobos*, 1908), *Una Tertulia de Antaño* (1909), *Cuento de Abril* (1910), *Voces de Gesta* (1912), *La Marquesa Rosalinda* (1913), *El Embrujado* (1913), *La Cabeza del Dragón* (1914), *La Lámpara Maravillosa* (1916) y *La Media Noche* (1917).

Esta prolija enumeración pretende mostrar una situación que resulta un tanto paradójica desde el punto de vista editorial, si pensamos que solamente diez de las veintiséis obras nombradas han sido objeto de una edición crítica con posterioridad a 1936, proporción que se incrementa ligeramente si hacemos extensiva la evaluación a la totalidad de las obras que Valle-Inclán editó sueltas, agrupadas en trilogías o tetralogías o recogió selectivamente en su *Opera omnia* (1913-1933). Y en todos los casos llevan el mismo sello editorial —la antigua y desde 1990 renovada colección Clásicos Castellanos de Espasa-Calpe—, cuyos

títulos y editores vale la pena recordar: *Tirano Banderas* y *Luces de Bohemia* (Zamora Vicente), *La Guerra Carlista* (Alonso Seoane), *Divinas Palabras* (Iglesias Feijoo), *Martes de Carnaval* (Ricardo Senabre), *Águila de Blasón, Romance de Lobos* y *Cara de Plata* (Antón Risco), *Retablo de la Avaricia, la Lujuria y la Muerte* (Rubio Jiménez), *Tablado de Marionetas para Educación de Príncipes* (Jorge Urrutia) y *Sonata de Primavera* (Eliane Lavaud), a las que se suma la edición de *Femeninas*, de Joaquín del Valle-Inclán y *Flor de Santidad*, de Díez Taboada (Ed. Cátedra).

A estas ediciones críticas hay que añadir las divulgativas en colecciones de amplia tirada: entre 1937 y 1943, la edición de la obra valleinclaniana corrió esencialmente a cargo de la veterana colección Austral, que publica el primer título del escritor en 1937 (*Tirano Banderas*), y la argentina Losada, que dio a la estampa en 1938 *Sonata de Otoño* y *Sonata de Invierno,* que continuaría haciéndolo hasta finales de los años 50, en que a ellas se sumaría la española Rúa Nueva, a la que me voy a referir en seguida. Asimismo, contamos con algunas ediciones sueltas en otras editoriales (*vgr.* Alianza Editorial, Taurus, Cátedra, Plaza y Janés o Carisma Libros…). En ningún caso se ha conseguido alcanzar la cifra que hemos estimado correspondería a la totalidad de las obras originales de Valle-Inclán publicadas en librería o en colecciones populares.

Reservo el último lugar de nuestro repaso a los intentos de reunir la obra completa del escritor, cuyo precedente más lejano es el propio proyecto valleinclaniano, que se materializó en una selectiva *Opera omnia*, editada entre 1913 y 1933 (ver *infra*). Por otra parte, los primeros intentos de compilar el conjunto de la obra de Valle *post mortem* los inicia la editorial Rúa Nova-Rivadeneyra (1944), con un diseño que es una réplica de la *Opera omnia* valleinclaniana, y que tuvo continuidad —con un *corpus* más amplio— en la editorial Plenitud (1952, 2ª ed. y 1954, 3ª ed.), si bien en ningún caso son completas. Muy posterior ha sido el intento de la «Biblioteca Valle-Inclán» del Círculo de Lectores, dirigida por Zamora Vicente, que reunió en 25 tomos (1990-1992) buena parte de la obra valleinclaniana.

El proyecto más reciente (2002) acoge las obras del escritor en dos vols. *Prosa* (I) y *Teatro. Poesía. Varia* (II), el primero de los cuales se reeditó después como *Narrativa completa* (2010). Ninguna de estas amplias compilaciones pretende ser una edición crítica, tarea que es inabarcable individualmente por razones que se harán patentes al completar este panorama, que rescato

parcialmente de un trabajo previo (Santos Zas, 2013: 271-308).

Se han apuntado como justificación de esta situación editorial factores de carácter extraliterario y otros propiamente literarios. Es un hecho bien conocido que la publicación de la obra del escritor gallego se ha vinculado a Espasa-Calpe, que ha tenido prácticamente la exclusiva, lo que explicaría la práctica ausencia hasta la fecha de las obras valleinclanianas en otras empresas. Sin embargo, es necesario señalar que la editorial madrileña emprendió en 1990 un encomiable proyecto de ediciones críticas, que se frustró 10 años después de iniciarse, con un saldo que, pese a la excelencia de algunos de sus resultados, sigue siendo insuficiente, si pensamos que Valle-Inclán es un escritor a quien hoy nadie niega la categoría de «clásico», ni se le regatea su innovadora aportación literaria ni la vigencia de su obra, sin duda la más vigorosa de cuantas produjeron sus compañeros de andadura literaria.

Ello nos induce a pensar que existen otros factores, de orden propiamente literario, que podrían explicar en cierta medida el fracaso de ese proyecto editorial. Me refiero, en concreto, al complejo sistema de escritura y publicación de Valle, más de una vez señalado por la crítica, que dificulta considerablemente poder alcanzar la meta de estas ediciones críticas, si necesarias en el caso de cualquier autor, imprescindibles en el de Valle-Inclán para el estudio riguroso de su obra, precisamente porque su propio sistema de escritura y publicación determina la existencia de complejas génesis textuales y ediciones sucesivas de una misma obra, que presentan notables variantes entre sí, que tienen significativas repercusiones estilísticas, semánticas o estructurales.

Abordar, pues, la particular problemática editorial del escritor, que integra una compleja y dispersa suma de testimonios impresos, y apuntar sus estrategias de escritura y publicación comporta, como paso previo, realizar una rápida aproximación al *corpus* valleinclaniano, ciñéndonos a la obra de creación propiamente dicha (se prescinde aquí de prólogos a obras propias y ajenas, artículos, conferencias, etc.), de cuya edición él mismo fue a menudo gestor (Joaquín del Valle-Inclán, 2006), papel que no es soslayable a nuestros fines. Excluimos de este somero balance el recientemente recuperado *Legado Valle-Inclán Alsina*, depositado en la USC desde 2009, que contiene, además de otros documentos, los «borradores» autógrafos de don Ramón conservados en distintos estados redaccionales de obras editadas en vida y de títulos desconocidos que no llegaron a alcanzar la fase de impresa (para su descripción véase Santos Zas, 2008, 2012 y 2013).

El *corpus* impreso valleinclaniano

Desde 1888 (su primer relato, «Babel») y hasta 1902, en que se publica *Sonata de otoño*, Valle-Inclán es esencialmente autor de narrativa breve, que ve la luz inicialmente en la prensa y/o en antologías sucesivas entre 1895 y 1936. A la narrativa breve se suman las novelas: *La Cara de Dios*, la tetralogía de las *Sonatas, Flor de Santidad*, la trilogía de *La Guerra Carlista, Una Tertulia de Antaño, La Media Noche*, *Tirano Banderas* y la serie histórica e inconclusa de *El Ruedo Ibérico*. En paralelo Valle-Inclán desarrolla su obra dramática: no hace falta insistir en ello, fue, ante todo, «un hombre de teatro»: actor, director, asesor, adaptador y desde 1899, fecha de publicación de *Cenizas*, también autor dramático. De su obra teatral es destacable la diversidad de modalidades genéricas: comedia, tragedia, tragicomedia, autos, farsas, esperpentos, denominaciones a las que habitualmente añade modificadores (*vgr. Comedias bárbaras*, *Tragicomedia de aldea*, *Tragedia de ensueño*, *Tragedia pastoril*, *Melodrama para marionetas* o *Autos para siluetas*, entre otras), en un deseo de explicitar la subversión de los códigos genéricos convencionales. Por otra parte, es autor de una obra poética, comparativamente más escueta, la más desatendida de su producción: tres poemarios publicados entre 1907 y 1920, que agrupa en 1930 en *Claves líricas* y poemas sueltos que nunca incluyó en aquellos libros (Mascato, 2013). Finalmente, como autor de ensayos, hay que mencionar *La Lámpara Maravillosa*, su tratado de estética y su obra más hermética. Esta relación de textos —prosa narrativa y ensayística, teatro y poesía— conforman el proyecto editorial que nos ocupa, al que voy a referirme en breve.

Poco dice, sin embargo, este somero repaso de la obra del escritor villanovés, si no bosquejamos al menos su historia textual, que afrontaremos en dos niveles, prensa y libro. En primer lugar, pues, la prensa, cuyo papel es esencial en los procesos editoriales del autor y su casuística resulta reveladora de la complejidad que, como decíamos, conlleva editar a Valle-Inclán, tarea que, adelantémoslo ya, constituye una de las principales líneas de trabajo del Grupo de Investigación Valle-Inclán-USC, que la presente edición ejemplifica.

La prensa —*el corpus mediático*— (1888-1936)

Hasta que se produjo la aparición del hasta entonces desconocido *corpus* manuscrito de Valle-Inclán, la prensa no solo ha sido una fuente imprescindible para la reconstrucción del proceso de creación de la mayoría de las obras del escritor, sino que periódicos y revistas han constituido una suerte de banco de pruebas, un medio idóneo para ejercer su obsesivo afán de perfección literaria —la «fiebre del estilo», ensayando todo tipo de modificaciones antes de dar a sus textos su forma definitiva, aunque en el caso de Valle ese estadio «definitivo» es muy relativo, porque todas sus obras posteriores a la *editio princeps* han sido sometidas a procesos de revisión, que los convierten en nuevas versiones.

La firma de Valle-Inclán es una constante en la prensa periódica desde 1888, en que publica «Babel» y el poema «En Molinares…», ambos en la revista estudiantil compostelana *Café con Gotas* (Santos Zas y Grupo de Investigación Valle-Inclán, 1999), hasta poco antes de su muerte, con sus últimas colaboraciones en el periódico *Ahora*. Sus textos aparecen impresos en diversos rotativos gallegos, nacionales y/o latinoamericanos, de signo político muy dispar, y generalmente, se reeditan con modificaciones de mayor o menor calado. Un mismo cuento, «A media noche» (1889) o «Un cabecilla» (1895), pongamos por caso, superan la decena de versiones, no siempre autorizadas, que constituyen otros tantos testimonios, que conforman la tradición impresa de cada texto. La prensa, además de banco de pruebas en el que forja su estilo, supone una imprescindible fuente de ingresos, si bien a diferencia de la mayoría de sus coetáneos, Valle-Inclán raras veces publicó en los periódicos textos que no fuesen propiamente literarios, excepción hecha de sus colaboraciones en la prensa mexicana (Fichter, 1952) durante su estancia en el país azteca (1892-1893).

Pero, además, Valle-Inclán suele reunir sus relatos en colecciones, cuyos contenidos tampoco permanecen inalterables. Tal es el caso de *Femeninas* (1895), que reedita como *Historias Perversas* (1907); o las sucesivas ediciones de *Corte de Amor* (1903, 1908 y 1922), *Cofre de Sándalo* (1909) o *Historias de Amor* (1909), entre las que se advierte un trasvase de sus contenidos, con las consiguientes modificaciones. ¿Cuál de estas versiones si, por ejemplo, pensamos en Femeninas, tendría prioridad a la hora de decidir el texto base para su edición crítica? Si, como suele ocurrir, se optase por la última edición «autorizada», habría que elegir *Historias Perversas* (1907), en cuyo caso la *editio princeps* de estas *Seis historias amorosas* —es decir, nada menos que la *opera prima* del escritor— quedaría relegada al aparato crítico. De hecho,

Serrano Alonso (1993), Lavaud (1991: 91-111), y especialmente Núñez Sabarís (2005a y 2005b) ponen de manifiesto la relevancia de esta primera obra, a pesar de su limitada difusión, como parte esencial de la narrativa breve del escritor.

En el mismo terreno de la narrativa breve, la mayoría de los relatos de *Jardín Umbrío/Jardín Novelesco* (alterna los dos títulos, con un subtítulo común: *Historias de santos, de almas en pena, de duendes y ladrones*, con ligeras modificaciones entre las varias ediciones) aparecieron en la prensa en paralelo al proceso de incorporación a las sucesivas ediciones (1903, 1905, 1908, 1914 y 1920), en las que el escritor va incrementando el número de los relatos que las conforman (de los 5 iniciales a los 17 de la edición de 1920), sin dejar de retocarlos.

Editar la narrativa breve de Valle exige, pues, tener en cuenta las versiones periodísticas dispersas en numerosos rotativos y las sucesivas ediciones de las compilaciones del autor, atendiendo a todas sus variantes, de origen no siempre autorial, que forman parte de la historia textual de dichas colecciones, que no son una rareza, sino el mecanismo habitual del escritor, que diversos estudiosos se han ocupado de examinar (Lavaud, 1991, Serrano Alonso, 1996; o Núñez Sabarís, 2005a), al igual que se ha hecho con los varios testimonios de un mismo texto (poemas y relatos, sobre todo) dispersos en los periódicos.

El mundo de la prensa es inagotable, y en ella Valle da a conocer los primerísimos pasos de buena parte de sus novelas y textos teatrales, a modo de relatos autónomos o breves piezas dramáticas, que incorpora posteriormente a dichas obras mediante un proceso de reelaboración, que en ocasiones, además de su reestructuración, implica el fenómeno de la transmodalización. Es decir, la conversión de un relato en texto dramático o viceversa. Así construye, y es solo una muestra, *Águila de Blasón* (Serrano Alonso, 1990: 83-121) que cuenta con una larga y compleja prehistoria —pretextos y folletín—, que no es soslayable a la hora de elaborar una edición crítica.

En esta misma línea se inscribe la publicación por entregas en periódicos y revistas españoles y latinoamericanos de la práctica totalidad de sus obras, como *El Imparcial, El Mundo, Relieves, España Nueva, El Estudiante, España, Heraldo de Madrid, Mundial Magazine, La Pluma, La Nación* (Buenos Aires)… En estos o en otros rotativos da a la estampa *Sonata de Invierno, Águila de Blasón, Romance de Lobos*, las novelas de *La Guerra Carlista, Voces de Gesta, La Media Noche, Luces de Bohemia, La Hija del Capitán* y un largo etcétera. Sin excepción, el paso de la prensa al libro supone con frecuencia una concienzuda

reescritura del texto original, con cambios estructurales, semánticos y estilísticos.

Veamos un ejemplo: las tres novelas de *La Guerra Carlista* se publican por entregas en *El Mundo*, a lo largo de un año (entre noviembre de 1908 y noviembre de 1909). Al editarlas en libro (1908-1909), Valle altera la ordenación de los capítulos originales, desglosa algunos y los redistribuye, suprime otros y añade algunos nuevos. Esta reestructuración enfatiza el fragmentarismo constructivo de esas novelas, tendente a conseguir el efecto de la simultaneidad temporal. Para ello presta atención a los dos bandos beligerantes —carlista y liberal— en bloques alternantes, que, mediante un juego contrapuntístico, adquieren una carga ideológica adicional, que evidencia las preferencias hacia uno de los contendientes. Pero esa reestructuración determina asimismo modificaciones en comienzo y final de capítulo orientadas a mantener la coherencia interna. A estos cambios se suman los estilísticos: adición o supresión de palabras, frases o párrafos, que comportan cambios semánticos (Santos Zas, 1993: 215 y ss.).

Es decir, el paso de la prensa al libro —raras veces sucede a la inversa (*vgr. Los Cruzados de la Causa*)— no se puede ignorar a la hora de preparar una edición crítica de cualquiera de las obras mencionadas. Pero el proceso no concluye aquí. A los pretextos y ediciones por entregas en prensa —algunas inconclusas— hay que añadir la casuística de las ediciones en libro, el segundo de los niveles antes enunciados, que ha sido nuestra auténtica base de operaciones para la presente edición.

Ediciones en libro anteriores a 1936

Es sabido que Valle-Inclán a la hora de publicar sus libros raras veces se resigna a su papel de autor, sino que desempeña la función de editor y se asigna un doble rol: es editor de sus obras y no pocas veces responsable también de su diseño gráfico. Este doble papel no se puede perder de vista a la hora de afrontar las modificaciones que incorpora a sus textos, porque, como bien ha señalado Joaquín del Valle-Inclán (2006), no siempre obedecen a motivos literarios sino que en muchas ocasiones se deben a ese papel de editor que asume con frecuencia. Por otra parte, en la producción de un libro intervienen distintas manos (impresor, tipógrafo, cajista, corrector de pruebas…) y no siempre las

erratas o errores que se observan son atribuibles al autor sino a quienes intervienen en el proceso, máxime cuando los originales que se entregaban en la imprenta eran manuscritos, fuesen autógrafos u hológrafos (en el caso de Valle nos consta que su esposa, Josefina Blanco, se encargaba de poner en limpio los autógrafos de su marido y de hacer los traslados para la imprenta). Teniendo esta situación presente, veamos cuál es la problemática general de las ediciones valleinclanianas en libro anteriores a 1936.

Son contadas las obras que Valle-Inclán editó una única vez en formato libro —*La Cara de Dios, La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra*, o *Luces de bohemia. Esperpento*—; lo habitual es la existencia de obras publicadas por diferentes impresores o casas editoriales (Andrés Landín, Antonio Marzo, Fernando Fe, Ambrosio Pérez y Cía., Sucesores de Hernando, Imp. Alemana, Pueyo, Primitivo Fernández, CIAP…), que reedita en esas mismas o en otras y, a partir de 1913, reúne además en su *Opera omnia*, proyecto que no llegó a completar.

Las ediciones que siguen a la *princeps* presentan casi sin excepción variantes textuales. Resulta elocuente al respecto la tetralogía de las *Sonatas* (1902-1905), no solo porque se han contabilizado 37 ediciones en vida del autor (aunque su número difiere en cada una de ellas), sino porque los cambios que se constatan entre la primera y la última de cada Sonata acusan la evolución estético-estilística de las tres décadas que median entre su *editio princeps* y la última autorizada. Este lapso temporal no se puede minimizar so pena de calificar como pre-esperpénticos rasgos de las primeras Sonatas, que Valle incorpora en las ediciones posteriores a 1924, fecha en que ha definido el esperpento en la versión definitiva de *Luces de Bohemia*. Lo cual significa que las variantes que se advierten en las versiones tardías de las *Sonatas*, potencialmente deudoras de la estética esperpéntica, no son extrapolables a las primeras. Sin tener en cuenta esta circunstancia, las conclusiones podrían ser —de hecho así ha ocurrido más de una vez— equivocadas. Esta situación vuelve a plantear el problema de la elección del texto base, ya que la última edición en vida del autor no responde —pongamos por caso la *Sonata de Otoño* (1933)— al momento estético en que fue concebida y publicada (1902). Pues siendo, como es, una obra emblemática del modernismo literario hispánico, deudor de Rubén Darío, se desvirtúa en su última versión. Bien es cierto que las variantes —recordemos lo dicho respecto de *Femeninas*— se consignarían en el aparato crítico de la edición, en caso de hacerlo explícito, pero aun siendo así ¿no sería más coherente ofrecer al lector la

editio princeps, que, dada su rareza —es prácticamente inencontrable—, no tendrá ocasión de leer tal como Valle-Inclán la concibió en 1902, si no es como texto base de una edición crítica? De hecho, en el plan de trabajo que aquí acometemos, adoptamos, como explicaré en los criterios editoriales, como texto base de cada obra su *editio princeps*, si bien contemplamos excepciones a la norma general que creemos justificadas.

En la casuística editorial valleinclaniana hay que contar también con coediciones realizadas por varios libreros, que dan origen a variantes en cubiertas y portadas de una misma impresión tipográfica, es el caso de las cuatro que conocemos de *Cuento de Abril* (1910), las dos de *La Pipa de Kif* o el más complicado de la trilogía de *La Guerra Carlista* (1908-1909), editada por cuatro libreros —Pueyo, Victoriano Suárez, Primitivo Fernández y Perlado Páez y Cía —, que se multiplican en *El Resplandor de la Hoguera*, un caso particularmente complejo y elocuente (Santos Zas, 1993: 241-242; Iglesias Feijoo, 2015: 103-142), que abordaremos en detalle en el volumen II de la narrativa del autor. Pero además, la tirada de una edición puede contener variantes, derivadas de la intervención del autor-editor, como hemos podido comprobar al cotejar diversos ejemplares de *El Resplandor de la Hoguera* (1909), en el que de nuevo se verifican pequeños cambios en el último cuadernillo. La trilogía carlista fue reeditada, sin mencionar las colecciones populares, en 1920/1927 (salvo *Gerifaltes de Antaño*) y en 1929 y 1930 en la CIAP.

Igualmente, Valle-Inclán ha dado a la estampa como textos autónomos capítulos o partes de *Tirano Banderas* y *El Ruedo Ibérico* en colecciones populares —*Los Novelistas*, *La Novela de Hoy, La Novela Semanal*, *La Novela Mundial*…—, que integra en la serie isabelina (*Cartel de ferias*, 1925, en cubierta: *Cartel de feria; Ecos de Asmodeo*, 1926; *Estampas isabelinas. La Rosa de Oro*, 1927; *Teatrillo de enredo*, 1928; o *Las reales antecámaras*, 1928, son algunas de ellas), mecanismo que vale, aunque en grado de menor complejidad, para la pionera novela de dictador, *Tirano Banderas* (*vgr. Agüero nigromante*, 1926/*Agüero nigromántico*, en la cubierta). Pero también acude a la reutilización de materiales previos: *Una Tertulia de Antaño* (1909), que transforma al incorporarla a *El Trueno Dorado* (publicada en *Ahora*: 19 de marzo a 23 de abril de 1936).

Agreguemos a lo expuesto que a partir de 1913 y hasta 1933 Valle-Inclán se ocupa de la edición de su *Opera omnia*, vols. I al XXX, aunque no llegaron a ver

la luz los tomos XXIV al XXIX (no incluye *Cenizas*, *La Cara de Dios, El Marqués de Bradomín. Una Tertulia de Antaño* o *La Media Noche*), y otros se anunciaron con un número de volumen que, o bien cambió (el caso de *Divinas Palabras*) o se consignaron como obras de próxima publicación, pero nunca se editaron, tal sucede con *Un día de guerra* (*visión estelar*), que apareció en 1926, en la portadilla del *Tirano Banderas* como vol. XVIII de la *Opera omnia*, y en la del *Retablo de la Avaricia, la Lujuria y la Muerte*, como vol. XX. No es la única vez que Valle anuncia títulos que, hasta donde sabemos, no llegó a publicar: *Hernán Cortés, Las Banderas del Rey, La Guerra en las Montañas* y todos los que conforman las dos últimas series de *El Ruedo Ibérico*, distribuidos en tres trilogías (véase el vol. III de la presente edición). Por otra parte, dejó reservado el vol. I de este proyecto de obras completas para *La Lámpara Maravillosa*, su tratado de estética, que incorporó a la colección en 1916.

Coetáneas a la *Opera omnia* se constatan otras ediciones sueltas de sus obras en empresas editoriales y en colecciones populares, que ya he ido mencionando a lo largo de esta exposición (queden citadas de pasada dos antologías, *Las mieles del rosal*, 1910, vol. I de la Biblioteca de Autores Galegos; y una selección de prosa y poesía realizada por G. Jiménez, *Cuentos, estética y poemas*, 1919).

Por último, son ediciones póstumas: el ya citado *El Trueno Dorado*, publicado como libro en 1976; y *Flores de Almendro*, antología de relatos que vio la luz el 31 de marzo de 1936, aunque no hay constancia de que fuese Valle-Inclán su responsable.

En este complejo proceso de difusión de la obra valleinclaniana se aprecian además frecuentes cambios de títulos y subtítulos: *Cenizas. Drama en tres actos* (1899), se reescribe bajo el nombre: *El Yermo de las Almas. Escenas de la vida íntima* (1908); *El Terno del Difunto* (1926) se convierte, al incorporarlo a *Martes de Carnaval* (1930), en *Las Galas del Difunto*, que supone siempre una reelaboración del texto original hasta el punto de constituir auténticas reescrituras. Igualmente, emplea diferentes denominaciones genéricas para una misma obra, que subrayan el fenómeno de la interdiscursividad (*Águila de Blasón. Novela en cinco jornadas*, en su paso de la prensa al libro se transforma en *Águila de Blasón. Comedia bárbara en cinco jornadas; La Cabeza del Bautista* y *La Rosa de Papel. Novelas macabras* (1924) se subtitulan «Melodramas para marionetas» al reeditarlas en *Retablo de la Avaricia, la*

Lujuria y la Muerte, 1927). Por último, Valle agrupa tardíamente obras, editadas inicialmente sueltas, a las que confiere un título general (*vgr. Martes de Carnaval, Tablado de Marionetas para Educación de Príncipes*, el citado *Retablo de la Avaricia, la Lujuria y la Muerte o Claves Líricas*), agrupaciones que comportan siempre la existencia de variantes, más de una vez significativas modificaciones estructurales y cambios semánticos derivados de sus relaciones con los textos que comparten su nuevo destino.

Los datos expuestos tan solo permiten vislumbrar —no era otra su finalidad — el complejo sistema de escritura y publicación de Valle-Inclán, quien concibe su obra no como definitivamente fijada sino como «obra en marcha» —utilizando la expresión juanramoniana, afín a la valleinclaniana por muchos conceptos—, que el investigador ha de afrontar a la hora de editar cualquiera de sus textos. Por ardua que resulte la tarea, la crítica textual nos ofrece la metodología e instrumentos para resolver los problemas que plantean los diversos testimonios —desde la *editio princeps* y sucesivas versiones, hasta la última edición en vida del autor—, la intrincada historia textual de cada obra, sus complejas génesis, con largas y dispersas prehistorias en la prensa, que conforman la historia textual de cada obra, sin olvidar que el diseño e ilustración de las obras del escritor son condicionantes —y a veces hasta determinantes— de variantes textuales, como ha demostrado Joaquín del Valle-Inclán (2006). A esta casuística, que requiere una paciente indagación hemerográfica, disponer de las ediciones/emisiones de cada obra e incluso del mayor número de ejemplares posible de cada tirada, ha venido a sumarse ahora el *Legado manuscrito* del escritor, que responde, en términos generales a otra tradición con sus propios códigos de análisis, edición y difusión.

NUESTRO PROYECTO EDITORIAL

Se han mencionado ya los antecedentes del presente proyecto editorial, cuyos criterios generales y específicos relego a la nota que cierra esta introducción. Sin embargo, acaso convenga adelantar dos de sus supuestos básicos, a saber: que nuestro proyecto está concebido como una compilación de la totalidad de la obra del autor editada en librería, y en esto no discrepa de otros editores que han asumido similar tarea, pero difiere de sus predecesores en la elección del texto base —*editio princeps*—, una decisión que contempla

contadas excepciones, que creemos poder justificar. Dicho esto, de los cinco volúmenes de que consta esta edición, tres de ellos se destinan a la prosa de creación de Valle-Inclán, narrativa de ficción (relato corto y novela) y ensayo (23 títulos originales del autor); y los dos volúmenes siguientes a su producción teatral (22 títulos más) y poética (3 títulos). En términos generales y en todos los casos, se combinan dos criterios: genérico (prosa ficcional y ensayística, teatro y poesía), que, a su vez, se ordena siguiendo un orden cronológico de publicación.

La distribución original de nuestro proyecto, modificada por razones editoriales, organizaba la narrativa en dos grandes bloques, cuya frontera era *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* (1917), obra que comporta la formulación de una poética narrativa que adscribe al autor en el ámbito de la vanguardia literaria. La organización en tres volúmenes aconsejó un reajuste en ese inicial planteamiento, de manera que este primer volumen agrupa la narrativa breve del autor: *Femeninas* (1895), *Epitalamio* (1897), *Corte de Amor* (1903/1922) y *Jardín Umbrío/Jardín Novelesco* (1903-1920), y *La Cara de Dios* (1900). El volumen II contiene las cuatro *Sonatas* (1902-1905), *Flor de Santidad* (1904), la trilogía de *La Guerra Carlista* (*Los Cruzados de la Causa*, *El Resplandor de la Hoguera* y *Gerifaltes de Antaño*, 1908-1909), *Una Tertulia de Antaño* (1909), *La Media Noche* (1917) y *Tirano Banderas* (1926).

El volumen III y último de prosa narrativa se dedica casi íntegramente al ciclo incompleto de *El Ruedo Ibérico*. Recordemos que Valle-Inclán llegó a anunciar, bien en la prensa o en las portadillas de sus libros, todos los títulos que conformaban las tres series de *El Ruedo Ibérico*, concebido como tres trilogías, de las que se publicaron dos novelas completas de la primera serie, *La Corte de los Milagros* (1927/1931) y *Viva mi Dueño* (1928); y en la prensa la tercera, que dejó incompleta, *Baza de Espadas* (1932). Los restantes textos que se relacionan directamente con el ciclo de los «Amenes del reinado isabelino», incluidos asimismo en dicho volumen, son: *Fin de un Revolucionario* (1928), *Un Bastardo de Narizotas* (1929), y *El Trueno Dorado* (1936).

Pero además de los textos que conforman *El Ruedo Ibérico*, este tercer tomo se cierra con la prosa ensayística del escritor, incorporando *La Lámpara Maravillosa. Ejercicios espirituales* (1916), un libro al que Valle-Inclán reservó el volumen inicial de su *Opera omnia*, confiriéndole el valor de «obertura» de la partitura que despliega ante el lector. Sin embargo, en la presente edición hay dos secciones: narrativa y ensayo, donde se aloja el tratado de estética del

escritor, siguiendo un criterio condicionado por las características de la colección. No obstante, como se dice en una nota editorial al vol. III, el carácter excepcional de *La Lámpara Maravillosa* en la producción y trayectoria del escritor gallego (mirada integradora de pasado y futuro), permite adjudicarle simbólicamente el papel de *alfa* u *omega* de su itinerario literario.

El teatro y la poesía valleinclanianos, por su parte, se distribuyen en dos tomos (IV y V de las Obras completas), el primero reúne las piezas dramáticas que abarcan los quince primeros años de su labor dramatúrgica (1899-1914), que se cierran con la llamada «crisis teatral», que lo aparta de los circuitos teatrales comerciales, a raíz de su ruptura con María Guerrero y Díaz de Mendoza, la compañía, junto con la de Irene López Heredia, más potente del país, que cierran sus puertas a los estrenos de Valle-Inclán. Años de silencio teatral, que se rompe a partir de 1919 con una serie de obras que marcan la etapa más creativa y revolucionaria del dramaturgo, que inaugura el esperpento.

Así, el volumen IV da cabida a piezas dispares: desde el convencional drama en tres actos, *Cenizas* (1899), hasta la farsa *La Cabeza del Dragón* (1914). Entre ambos extremos se hallan: *El Marqués de Bradomín* (1907), *El Yermo de las almas* (1908), las *Comedias Bárbaras* (*Cara de Plata*, 1923; *Águila de Blasón*, 1907; y *Romance de Lobos*, 1908); *Cuento de Abril* (1910), *Voces de Gesta* (1911), *La Marquesa Rosalinda* (1913) y *El Embrujado* (1913). Obras que en su mayoría Valle-Inclán tuvo ocasión de estrenar, antes o después de editarlas.

Sucede lo contrario en las obras que integran el volumen V, que responden a un período de libertad y madurez creativas y sin embargo apenas fueron representadas, a resultas, entre otras razones, del enfrentamiento que Valle mantuvo con las principales empresas teatrales, lo que significó su exclusión de los circuitos comerciales durante la década de los años 20. En este volumen se agrupan *Divinas Palabras* (1920), las tres farsas que reunió en *Tablado de Marionetas para Educación de Príncipes: Farsa Infantil de la Cabeza del Dragón* (1914), *Farsa Italiana de la Enamorada del Rey* (1920), y *Farsa y Licencia de la Reina Castiza* (1922). A ellas se suman el primer esperpento, *Luces de Bohemia* (1924), dos melodramas: *La Rosa de Papel* (1924) y *La Cabeza del Bautista* (1924), de los que se conservan los manuscritos en una fase redaccional que se podría considerar acabada; *Ligazón* (1926), *Sacrilegio* (1927), *Los Cuernos de don Friolera* (1925), *El Terno/Las Galas del Difunto* (1926) y *La Hija del Capitán* (1927). Buena parte de estos títulos Valle-Inclán

los reagrupa de acuerdo con afinidades temáticas o estético-estilísticas y los designa con un nuevo título que confiere un nuevo significado a cada texto en ese conjunto. Es el caso, por poner un ejemplo, de los tres últimos citados, que reunió bajo la designación de *Martes de Carnaval*. A esta relación se suma como broche final la poesía —tantas veces relegada o sencillamente olvidada—, que tardíamente Valle reunió, reestructurando sus tres poemarios: *Aromas de Leyenda* (1907), *La Pipa de Kif* (1919) y *El Pasajero* (1920), en *Claves Líricas* (1930), pero que aquí se editan en sus correspondientes primeras ediciones.

Estas obras conforman la edición designada como *Obras completas* de Valle-Inclán, sabiendo que lo es con la restricción inicialmente señalada, que excluye las publicaciones periodísticas, los textos sueltos, los prólogos a obras ajenas, etc., como recordaré en los criterios editoriales.

EL TEXTO EN SU CONTEXTO: LA OBRA VALLEINCLANIANA A VISTA DE PÁJARO (1895-1936)

Con el marco editorial previamente descrito, nos acercamos ahora desde este prisma al primer volumen de la narrativa del escritor, que es también el inicial de estas *Obras completas*. Reunimos aquí las colecciones y ediciones sueltas de narrativa breve del autor publicadas entre 1895 y 1920, junto con la novela de folletín, *rara avis* en la producción valleinclaniana, como explicaré después, *La Cara de Dios* [1900], que ha tenido una única edición anterior a 1936, una novela sobre la que pesa la duda de la paternidad de don Ramón, como veremos en su lugar.

Al contemplar la trayectoria literaria y, en concreto, narrativa de Valle-Inclán, desde su *opera prima, Femeninas. Seis historias amorosas* (1895), hasta la inconclusa *Baza de espadas*, tercera novela de la inacabada primera serie de *El Ruedo Ibérico* o, para ser más precisa, *El Trueno Dorado* (marzo-abril, 1936), han transcurrido más de cuatro décadas, que suponen profundos cambios histórico-políticos, sociales, científicos, culturales… y, desde luego, biográficos. Y el Arte no solo no escapó a esas radicales transformaciones, sino que el arte de la escritura fue adalid de ese cambio de rumbo estético, que dejaba atrás —con el positivismo filosófico— el realismo y el naturalismo para interpelar el concepto mismo de arte hasta entonces vigente y el papel del artista, y dar origen a nuevas formas literarias, que se acogen a la bandera del llamado

Modernismo/Modernism. «Ramón del Valle-Inclán fue de entre los nuestros el escritor al que alcanzó más directamente esa ola de fecundidad creativa que alumbró la renovación modernista de la literatura en el primer tercio del siglo XX» (Villanueva, 2010: XI).

La vida y la obra de Valle-Inclán, histórica y literariamente hablando, cae de lleno en este proceso de transformaciones. La biografía del autor gallego, que no es este lugar de trazar ni siquiera en una somera síntesis (ver Joaquín del Valle-Inclán, 2015), ha empezado a emerger con nuevos perfiles, tras la suma de esfuerzos realizados en los últimos veinte años por documentarla y conferirle el rigor que el descomunal y espurio anecdotario, que suscitó su personalidad, le había restado, hasta el punto de ocultar —como señaló su amigo Manuel Azaña — su verdadero rostro. Bien es cierto que no ha favorecido su nitidez el hermetismo del escritor, celoso defensor de su intimidad, poco proclive a la confidencia, incluso a la expresión de sus afectos, que ha llevado aparejada la tendencia de la crítica a buscar respuestas en las criaturas de ficción del escritor, en las que creen hallar su *alter ego* (*vgr.* el Marqués de Bradomín o don Juan Manuel Montenegro). Con ellas se han establecido afinidades ideológicas, rasgos parejos de personalidad o preocupaciones e intereses comunes, un constante trasvase entre su rostro y su máscara, que ha dado como resultado un cúmulo de contradicciones respecto de su personalidad, carácter y pensamiento: esteta y hombre comprometido, carlista y bolchevique, religioso y ateo, bohemio y dandi, pobre y derrochador, asceta y sibarita, iracundo y tierno, escritor reconocido y fracasado dramaturgo… Dualidades que, no debemos ignorar, el propio escritor contribuyó a construir con algunos de sus textos, sus anécdotas ingeniosas, sus comportamientos excéntricos… que en ningún caso son gratuitos, porque detrás de esas actitudes iconoclastas no se esconde un hombre cismático y estrafalario, sino un individuo inconformista, independiente y lúcido, que en lo personal fue capaz de dimitir de puestos no poco golosos, como Conservador General del Tesoro Artístico o la dirección de la Academia de Bellas Artes en Roma, porque no le dejaron poner en práctica su renovador proyecto (y sabemos de sus intentos frustrados, por ejemplo, en la Academia romana). El desempeño de estos cargos, con sus luces y sombras, hablan de un hombre que se tomaba su trabajo muy en serio y cuyos objetivos nadie se tomó realmente en serio. En esta misma línea se inscribe su desconocido papel como gestor de sus libros, cuyo proceso editorial controlaba personalmente desde el

diseño hasta sus ventas, una imagen que dista mucho de la del bohemio, que también ha calado en el imaginario popular y siempre va acompañada de una retahíla de tópicos, que pesan como losas sobre la personalidad y vida del autor, y siguen resultando todavía hoy difíciles de desterrar.

Igualmente, don Ramón fue un hombre comprometido con su tiempo, y lo fue incluso cuanto parecía ser ajeno a cualquier preocupación que no fuese la obra literaria, porque su declarado esteticismo —el arte por el arte— no era una evasión en abstracto, sino la forma de manifestar su desacuerdo con la realidad histórica que le tocó vivir, sembrada de acontecimientos de gran trascendencia a nivel internacional, como la Guerra de 1914, que el escritor conoció como coyuntural corresponsal de prensa e invitado por el gobierno francés para visitar el frente aliado en 1916. De esta experiencia da fe un cuaderno de notas manuscritas (Santos Zas, 2016), que constituye la raíz de un libro posterior, a todas luces francófilo, *La Media Noche*, editado en el volumen II de estas *Obras completas*. La incidencia literaria de una experiencia biográfica de tamaña importancia se repite en su estancia en México (1921), que tiene un precedente lejano de no menor importancia, pues en confesión del autor, su primera estancia en el país azteca (1892-1893) fue el crisol de su vocación literaria. En la segunda, escritor ya consagrado, fue invitado como huésped de honor del Gobierno del Presidente Obregón. Valle-Inclán, al margen de la Delegación oficial, «llevaba al Centenario de parte de ciertos intelectuales españoles, un mensaje de solidaridad con el espíritu revolucionario de México, adhesión que traía consigo una protesta ante la falta de ese espíritu en “la España oficial”» (Dougherty, 1979: 138). México ofrecía un panorama de cambios profundos de sus estructuras económico-sociales, que bajo la presidencia de Obregón había cobrado un gran impulso, y cuyos ecos resuenan en *Tirano Banderas*. Los efectos de otra revolución, la rusa, también, se dejaron sentir sobre el autor, que firmó dos manifiestos de los Amigos de la Unión Soviética, uno en 1933, de carácter nacional; y al año siguiente, el segundo, esta vez internacional («Manifiesto del Comité Internacional de los Amigos de la URSS»). Dos años antes, en 1932, había firmado otra —era la única adhesión española, al lado de las de Gorki, John Dos Passos o Einstein—, para promover un congreso de escritores contra la guerra; y en 1935 su nombre figura en el *presidium del Congreso de Escritores para la Defensa de la Cultura*, junto a Thomas Mann, Aldous Huxley, Bernard Shaw, etc. (ver Amparo de Juan 2013: 94-95).

En el ámbito de la política española nacional e internacional, Valle-Inclán vive desde el llamado Desastre del 98, hasta la sangría económica y humana de la guerra con Marruecos, que precisamente en julio de 1921 sufrió su peor derrota en Annual; fue testigo del deterioro del sistema de la Restauración, pasó por la dictadura de Primo de Rivera («Eximio escritor y extravagante ciudadano», llamó a don Ramón) y vivió la República, etapa en la que presentó su candidatura a diputado en las Constituyentes de 1931, por el Partido Radical de Alejandro Lerroux, aunque no obtuvo el acta (Serrano y De Juan, 2007; Dougherty, 1986). Fue precisamente durante la República cuando sus piezas dramáticas volvieron a los escenarios (*Divinas Palabras, El Embrujado, Farsa* y *Licencia de la Reina Castiza*), después de un larguísimo período de silencio escénico, a raíz de la ruptura con las principales compañías teatrales de Madrid, que le cerraron sus puertas desde 1912-1913; y cuando desempeña cargos importantes y bien remunerados como los arriba citados, al tiempo que coincide con el contrato con la CIAP que, aunque por poco tiempo, dejaría pingües beneficios a su autor. En estos años firma cartas colectivas contra la pena de muerte, la dictadura de Machado o en apoyo de los mineros de Río Tinto… En 1935 retorna desde Roma a Madrid y desde allí a Santiago para ser tratado de un cáncer de vejiga, que le llevaría a la muerte el 5 de enero de 1936.

En este contexto Valle-Inclán desenvuelve su itinerario literario, y lo hace un hombre consciente de su arte, obsesionado por perfeccionarlo constantemente, capaz de renunciar a sus lectores —como señaló Pío Baroja, que no le profesaba particular simpatía—: «Si hubiese vislumbrado un sistema literario, una forma nueva, aunque no la hubiesen estimado más de diez o doce personas, hubiese abandonado sus viejas recetas y hubiese ido a lo nuevo, aun a riesgo de quedar en la miseria» (Baroja, 1944: 61).

Fue un trabajador incansable, a pesar de alardear de una escritura fácil y sin correcciones. Una declaración repetida, que el *Legado Valle-Inclán Alsina*, integrado por más de 5000 páginas autógrafas (además de otros documentos), desmiente categóricamente, pues muestra a un hombre que corrige, enmienda, tacha, reescribe palabras, frases, párrafos, páginas enteras… búsqueda infatigable de esa perfección nunca hallada. En 1916 escribía:

> Ambicioné que mi verbo fuese como un claro cristal, misterio, luz y fortaleza. En esta palabra cristal yo ponía aquel prestigio simbólico que tenían en los libros cabalísticos las letras sagradas de los pentáculos […]. Y años enteros trabajé con la voluntad del asceta, dolor y gozo, por darles emoción de estrellas, de fontanas y de hierbas frescas (*La Lámpara Maravillosa, 170*).

Valle, sin embargo, no fue un escritor de torre de marfil, sino un autor lúcido, sabedor e intérprete de lo que ocurría en el mundo y en el mundo del arte de su tiempo, sin embargo son escasos sus textos teóricos («fue un escritor de grandes atisbos teóricos pero no fue un gran teórico», señaló con acierto Buero Vallejo, 1966: 140), bien que significativos: desde su temprano artículo «Modernismo» (1902), declaración de principios de su filiación modernista, que desarrolla en el prólogo a *Corte de Amor* (1908), hasta *La Lámpara Maravillosa* (1916), su «hermético» tratado de estética, el único texto teórico que cobra «la fisonomía sistemática de una doctrina cerrada» (Blasco Pascual, 1995: 9); o la «Breve Noticia», el prologuillo —tan breve como trascendente— a *La Media Noche. Visión estelar de un momento de guerra* (1917), que condensa su innovadora poética narrativa, cuya praxis adquiere su plenitud en *Tirano Banderas y El Ruedo Ibérico*; pasando por una serie de consideraciones críticas sobre literatura y arte, realizadas con motivo de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes de 1908 y 1912 o las referidas a Romero de Torres, recogidas en el Catálogo de la Exposición de Buenos Aires de 1922, reveladoras de su concepción estética «anti-realista» (Schiavo, 1991). Sin olvidar, desde luego, sus conferencias o sus declaraciones sobre su teatro y el esperpento en entrevistas numerosas veces glosadas, así como las frecuentes formulaciones teóricas que pueden espigarse en sus textos, en particular las contenidas en *Luces de Bohemia* (1920/1924) y *Los Cuernos de don Friolera* (1925), sobre las que descansa de manera primordial la interpretación del esperpento. No estamos hablando, pues, de un hecho aislado, sino de una reflexión con diversas manifestaciones, que convierte la labor creativa del escritor en un trabajo plenamente consciente.

Frente a esta actitud creativa del escritor de constante indagación, la respuesta de la crítica ante su magna obra con demasiada frecuencia ha estado muy por debajo de sus méritos. Como señaló a finales de los años 60 Ricardo Gullón, uno de los errores más persistentes a la hora de evaluar su obra, que ha llegado a contaminar la apreciación dominante de su figura y obra, ha sido verlo en el contexto español, como partícipe peninsular del modernismo hispanoamericano o —en afortunada expresión de Pedro Salinas— como «hijo pródigo del 98». Esta temprana reivindicación de un Valle-Inclán inscrito en el ámbito de la renovación de los lenguajes artísticos, que se produce en el período de entreguerras, tiene una formulación más decidida en Darío Villanueva, quien destacó, ya en 1978, el carácter innovador de su obra, cuyo punto de inflexión es *La Media Noche* (1917), que asocia al «vasto movimiento internacional y

cosmopolita que se desarrolló fundamentalmente en el primer tercio del siglo XX y dio sus mejores frutos en los años veinte de entreguerras» (Villanueva, 2010). Y en este marco, hay que situar la obra de Valle-Inclán para comprender su importancia y darle la categoría que merece.

VALLE-INCLÁN, AUTOR DE RELATO BREVE

Si nos centramos en los textos que conforman la presente edición, salta a la vista que la primera producción del autor gallego está formada mayoritariamente por relatos breves: por una parte, los que integran *Femeninas*, *Epitalamio* y *Corte de Amor*, que abren este volumen; por otra, los cuentos de *Jardín Umbrío/Jardín Novelesco* (1903-1920), que se modifican y amplían en las sucesivas ediciones de esta colección, que alterna ambos títulos.

Las tres primeras colecciones son deudoras de la lectura de escritores franceses e italianos, conocidos a través de la biblioteca pontevedresa que albergaba la Casa del Arco, de Jesús Muruais, en la que alternaban clásicos de la literatura gallega con las últimas novedades de la europea (J. M. Lavaud, 1972: 257-401): prerrafaelistas, parnasianos, simbolistas, decadentistas… ocupaban los anaqueles de aquella cosmopolita biblioteca, en la que figuraban títulos y autores tan significativos como Gautier, Banville, Victor Hugo, junto a Shakespeare y el teatro clásico francés o los tres primeros dramas simbolistas de Maeterlink, siendo la narrativa de ficción el bloque más amplio, en el que comparte espacio con D'Annunzio, Manzoni, el *Fausto* y *Werther* de Goethe, Dostoievski, Gogol, Gorki, Tolstoi, Turgueniev… todos traducidos al francés; siendo los autores galos los mejor representados con nombres tan significativos como los hermanos Goncourt, Maupassant, Zola, Flaubert, Huysmans, Barbey d'Aurevilly, Villiers de L'Isle-Adam… que se codeaban con diversas muestras de literatura sicalíptica o las famosas «regles d'amour» del *Kama Sutra*. A este sucinto sumario hay que añadir revistas literarias y gráficas, a las que Muruais estaba suscrito (más de ciento cincuenta se han contabilizado), que llegaban puntualmente de París, y muy posiblemente familiarizaron a Valle-Inclán con la iconografía Art Nouveau. Todo ello resulta revelador de la curiosidad y cosmopolitismo de su propietario (recibía numerosos catálogos de librerías londinenses y parisinas, además de madrileñas), cuya influencia se ha señalado como uno de los factores influyentes en la formación de la personalidad artística del joven Ramón Valle Peña, que

asimila aquellas lecturas del decadentismo finisecular (Leda Schiavo, 1991), una huella que se advierte sin necesidad de pesquisas en estas primeras obras, *Femeninas*, *Epitalamio* y *Corte de Amor*, que tienden un puente con el modernismo rubendariano, que hallamos en las «Memorias del Marqués de Bradomín», protagonista de las cuatro *Sonatas*. Este mundo cosmopolita se concilia con el universo gallego, que había tenido a su alcance en la biblioteca paterna, en el que se han visto concomitancias con el de escritores irlandeses, como Yeats o Joyce (ver Villanueva, 2005). Una realidad, la de su Galicia natal, que se reconoce como esencial componente de los relatos que conforman los «Jardines».

Para completar este boceto del joven Valle en su etapa de formación, señalaría otros dos datos significativos: por un parte, el despertar de su interés por las ciencias ocultas, en su doble vertiente popular —Galicia volvía a ser en este caso una fuente inagotable— y culta, que fue, además, una afición extendida en los ambientes intelectuales finiseculares, que fomentó su posterior amistad con Rafael Urbano o Roso de Luna, que va a adquirir pleno sentido en *La Lámpara Maravillosa* (1916). Por otra, hay que señalar el bagaje adquirido en su primer viaje y estancia en México (1892-1893), país que le deslumbró y donde conoció a los escritores del modernismo, que trató en las redacciones de los periódicos en los que colaboró, tanto en la capital azteca como en la ciudad de Veracruz. Sus huellas, con las de su fugaz paso por Cuba en el viaje de ida y regreso a México, se perciben en la narrativa breve de Valle-Inclán. Con estos mimbres, pues, escribe sus primeras obras.

Femeninas. Seis historias amorosas, *Epitalamio* y *Corte de Amor*: vasos comunicantes

En 1895 la imprenta Landín, de Pontevedra, publica *Femeninas. Seis historias amorosas*[3], gracias también a una subvención de 500 pesetas concedida por la Diputación de la ciudad. Valle se había instalado en esta ilustrada ciudad en 1890, al abandonar sus estudios de Derecho.

La obra, dedicada a Pedro Seoane, amigo y contertulio en los años compostelanos, contiene seis historias galantes (Castro Delgado, 2003: 33-52) que llevan por título otros tantos nombres de mujer: «La Condesa de Cela», «Tula Varona», «Octavia Santino», «La Niña Chole», «La Generala» y

«Rosarito». Estas novelitas acusan de forma nítida el bagaje de lecturas que definen el decadentismo *Fin de Siècle* —en la línea de *Les Diaboliques de Barbey D'Aurevilly*— y responden al principio estético de *L'art pour l'art*. De hecho, ya en su tiempo se consideró este libro (así lo valoraron Torcuato Ulloa y Said Armesto, sus primeros reseñadores; ver Santos Zas, 2015: 423-464) un modélico ejemplo del modernismo literario, considerado, desde la perspectiva actual, manifestación hispana del complejo fenómeno de la modernidad (Villanueva, 2005).

Esta colección recogía asimismo, debidamente reformulados, algunos de los relatos que de modo disperso don Ramón había publicado previamente en prensa (Núñez Sabarís, 2005a y 2005b). Sucede con «Octavia Santino» y «La Generala», que con los títulos de «La confesión» y «El canario», ambos presentados como «novela corta», habían aparecido en el periódico mexicano *El Universal*, durante su significativa estancia en México (1892-1893), en donde, según confesión propia, se decantó su vocación de escritor y su determinación de serlo. Aquel año publicó en la prensa mexicana y veracruzana medio centenar de trabajos de muy variado asunto (Fichter, 1952).

Femeninas no volvería a editarse como libro; en cambio, lo hicieron sueltos cada uno de los relatos que lo integran, algunos en publicaciones periódicas y todos ellos en las diferentes colecciones de narrativa breve. *Historias Perversas* (1907), publicada en Barcelona, merced a las relaciones del escritor con la editorial Maucci (tradujo las obras de Eça de Queirós), serían, junto a la edición pirata, *Historias de Amor* (1909), las últimas en recoger la totalidad de los relatos de 1895, además de *Epitalamio*.

En 1909, Valle-Inclán, tras haber dado a la estampa varias colecciones de novelas cortas (*Corte de Amor*, 1903, 1908) y cuentos (*Jardín Umbrío* 1903 y *Jardín Novelesco*, 1905), reorganiza y agrupa sus relatos conforme a ambas modalidades genéricas, lo cual determinará, en adelante, la integración de los textos de *Femeninas* en diferentes colecciones. Así, la primera modalidad se integra en *Corte de Amor* (1914 y 1922) y *Cofre de Sándalo* (1909 y 1922); la segunda en *Jardín Umbrío* (1914 y 1920). De esta manera: «La condesa de Cela», «La Generala», «Tula Varona» y «Octavia Santino» se incorporarían, casi sin excepción, a *Cofre de Sándalo* (1909 y a la pirata de 1922) y en los dos primeros casos también a *Corte de Amor* (1922). A su vez, la temática fantástica, misteriosa y rural de «Rosarito» casaba mejor con la ambientación de los cuentos «*de santos: de almas en pena: de duendes y de ladrones*», de modo que,

a partir de 1905, formará parte sucesivamente de la serie *Jardín Umbrío/Jardín Novelesco*. (Serrano Alonso, 1996; Núñez Sabarís, 2005a).

Mención aparte merece «La Niña Chole», una vez que se incorpora, casi literalmente, a los ocho primeros capítulos de *Sonata de Estío* (1903), desaparece como relato breve, modalidad que mantuvo solamente en las citadas colecciones de *Historias Perversas* (1907) e *Historias de Amor* (1909).

Este juego de trasvases, que se puede hacer extensivo a toda la narrativa breve de Valle-Inclán (Serrano Alonso, 1996), supone modificaciones de distinto calado, que corroboran esa explícita insatisfacción del autor con su propia obra y comporta para sus editores la obligación de tener en cuenta los testimonios de cada texto. Piénsese, a modo de ejemplo, en la compleja historia textual de «Octavia Santino» (Núñez Sabarís, 2005a), que pone el acento en el fenómeno de la intertextualidad tan característico de la obra de Valle-Inclán.

Si ahora contemplamos *Femeninas* como producto artístico (Núñez Sabarís, 2005b; Santos Zas, 2004 y 2015), las *Seis historias amorosas* son deudoras de un modernismo todavía incipiente, que pretende recoger la atmósfera decadente —depravada y sutil, se dice en «La Niña Chole»— que define la literatura *fin de siècle*, asumida como estética combativa por la juventud modernista del novecientos, que importaba las formas más estridentes de la contemporaneidad literaria parisina para derribar —renovar, insistían— las anquilosadas formas del patrón realista y las convenciones académicas de escritores consagrados. Resulta a este respecto significativo que Valle vaya reduciendo paulatinamente en su reescritura de los relatos las referencias explícitas a los préstamos literarios, que se vislumbraban en *Femeninas*, probablemente porque no necesitaba ya de referentes consagrados que diesen lustre a una obra que nunca dejó de reeditar, excepción hecha de la ya mencionada «La Niña Chole», acaso por fidelidad a aquellos sus primeros pasos todavía vacilantes, o tal vez por una razón menos nostálgica y más poderosa, pues tiene que ver con el excelente comportamiento editorial que la narrativa breve tenía en un momento de expansión de revistas literarias y prensa periódica, como prueba el hecho de que casi todos los relatos de *Femeninas* se publicaron en rotativos en los años posteriores a 1895. Las posibilidades editoriales que se abrían en 1900 van a favorecer los géneros breves, que vivieron su época dorada en el modernismo.

La naturaleza galante de esta literatura *fin de siècle* (Castro Delgado, 2003: 33-52) tiene su primer punto de apoyo en las tormentosas relaciones amorosas que se desarrollan en cada uno de los relatos de *Femeninas* y en los que

incorpora posteriormente a *Epitalamio* (1897) y *Corte de Amor* (1903).

Las seis historias reproducen las relaciones amorosas de las seis damas, mucho menos diabólicas con sus pretendientes, que el precedente daurevillesco que el propio Valle evoca, y reflejan, con la brevedad que impone el género, el instante final de unas relaciones eróticas. En este marco se inscriben los dos prototipos femeninos finiseculares —la *femmefatal* y la *donna angelicata*—, que encarnan las protagonistas de las *Seis historias amorosas* (Litvak, 1979; Hinterhaüser, 1980). En todas ellas se advierte un premeditado deseo de escandalizar, de *épater le bourgeois*, de ahí el cultivo intencionado de lo morboso: el adulterio, el incesto, la seducción, el ¿suicidio/asesinato?…, pero las más de las veces domina un toque más frívolo que dramático, con un esteticismo artificioso, que apunta ya en la dirección de las *Sonatas*. Si los personajes femeninos actualizan figuras como Salomé o la perversa Lilith, nos ofrecen una variedad de comportamientos en el instante final de sus relaciones: desde el sentimiento de culpa de Octavia, ya moribunda, por «vivir en pecado» con su joven amante, hasta el juego sádico y narcisista de Tula con el suyo, pasando por la actitud desenfadada e intrascendente de Currita —la Generala—, que contrasta con el final trágico de Rosarito. Por su parte, los personajes masculinos son tipos donjuanescos, seductores, bohemios o dandis, forjados sobre modelos de la literatura galante contemporánea (Castro Delgado, 2003), que oscilan entre el joven romántico arrebatado por la pasión y el maduro seductor de ribetes satánicos: Pedro Pondal, amante de Octavia y Juan Manuel Montenegro, seductor y ¿asesino? —el final es ambiguo— de la adolescente Rosarito, respectivamente. Entre ambos extremos se dibujan: el hermoso criollo Aquiles Calderón, amante de la condesa de Cela, el frívolo y petulante duquesito de Ordax, pretendiente de la maligna Tula, el rendido admirador de la cruel y exuberante criolla, Niña Chole, que ejerce absoluta fascinación sobre el narrador (antecedente del marqués de Bradomín); y Sandoval, el joven ayudante del General Rojas, que juega a seducir a la irreflexiva Currita Jimeno. Todas las historias están contadas por narradores externos, con la excepción de «La Niña Chole», que es una autobiografía ficticia, y sus protagonistas, caracterizados por sus poses artificiosas y sus estudiados —estereotipados muchas veces— movimientos, se desenvuelven en ambientes refinados y exquisitos, mientras los casos excepcionales —la modesta buhardilla de Pondal o la casa de Aquiles Calderón— se dignifican al asociarse con el escritor bohemio y el estudiante universitario de la imaginaria Brumosa, convertida en versiones posteriores en

Santiago de Compostela. Por otra parte, hay una preferencia por ambientes urbanos, con la salvedad de «Rosarito», que se desarrolla en el mundo rural gallego, concretamente en el señorial pazo de la anciana condesa de Cela (personaje que nada tiene que ver con el cuento homónimo de esta misma colección); excepción también a la regla general de desenfado y frivolidad que preside los restantes relatos, quizá por ello Valle-Inclán, como queda dicho, lo incorporó a las sucesivas ediciones de las colecciones de cuentos de *Jardín Umbrío* y *Jardín Novelesco* (1903, 1905, 1914 y 1920), con las que estaba más en consonancia tanto por la ambientación gallega, que reitera como marco de muchas ficciones posteriores, como por la atmósfera de misterio que preside esta novela corta. En «Rosarito» la inesperada aparición de don Juan Manuel Montenegro —exiliado en Portugal por razones políticas— en el pazo de la condesa de Cela provoca el encuentro con la jovencísima nieta de la señora del pazo y de ahí nace una desigual relación en la que el viejo Montenegro, dueño de todas las artes de la seducción, las ejerce sobre la inocente Rosarito, subyugada por el magnetismo erótico que sobre ella proyecta el hombre maduro, y cuya dramática muerte —aparece en su lecho con el alfilerón que sujetaba su cabello clavado en el pecho— se convierte en un enigma, porque el autor voluntariamente escamotea al lector los datos para resolverlo. Todos esos rasgos justifican su antes comentada supresión en posteriores reagrupaciones de los relatos galantes, *Corte de Amor* (1903, 1908 y 1922) y *Cofre de Sándalo* (1909), aunque lo mantiene en *Historias Perversas* (1907) e *Historias de Amor* (1909).

Las sucesivas versiones de los seis relatos permiten, no obstante, observar la preocupación de Valle-Inclán hasta 1909 —año en que fija prácticamente la versión definitiva de estas novelas cortas—, por ir adecuando estas narraciones de juventud a su evolución estética. Como se puede observar también en los relatos de *Epitalamio* y *Corte de Amor*, las transformaciones principales son acometidas en ese año de 1909, en que Valle publica su última novela corta, «Mi hermana Antonia», cerrando de este modo el ciclo de las «honestas y nobles damas», aunque continuaría reeditándolas.

En dichas alteraciones acomete también correcciones de calado para rectificar las numerosas vacilaciones del texto de 1895: incorrecciones ortográficas, morfológicas y sintácticas, una puntuación inestable (*vgr.* el uso de coma entre sujeto y predicado) o el excesivo uso de interjecciones y exclamaciones, de evidente coloquialismo, que son eliminadas en las reediciones.

Estas características de escritura permanecen, aunque en menor medida, en su segundo libro, *Epitalamio* (1897), el primero publicado en Madrid, con escasa fortuna de ventas y críticas, si exceptuamos el conocido «Palique» de Clarín, que censuraba el modernismo amoral, provocador y ramplón del texto. En efecto, *Epitalamio* profundiza en un decadentismo consciente, que desarrollará años después —si bien no se puede omitir la clave paródica e irónica— en la tetralogía de las *Sonatas*.

Epitalamio, como *Femeninas*, carece de recorrido como publicación independiente, pero va a incorporarse también a las diferentes colecciones de novela corta, en concreto se integra, a partir de 1903, en las sucesivas reediciones de *Corte de amor*.

La historia relatada en *Epitalamio* se construye, igualmente, sobre el eje de una relación amorosa. La ambientación pagana y decadente decora la relación de Augusta, que aúna todos los tópicos de la bella *femme fatale*, con su amante, el poeta y aristócrata Attilio Bonaparte. Aparece, como novedad —creando un perverso triángulo amoroso—, Beatriz, la hija de Augusta, que, a su vez, encarna los tópicos finiseculares de la niña angelical, de belleza dulce e inocente (ver Litvak, 1979, Hinterhaüser, 1980, Dijkstra, 1994).

La historia textual de *Epitalamio* sigue procesos análogos a los descritos para los relatos de *Femeninas* (López Mella y Núñez Sabarís, 2006). En la versión de *Corte de Amor* (1903) en la que se incluye, se acomete una importante revisión del texto. En primer lugar se modifica el título de la novelita, que pasará a llamarse «Augusta», en conformidad con los demás textos de la colección, titulados con el nombre de su protagonista femenina. También, por dotar de coherencia su universo literario, el nombre de la niña ya no será Beatriz —coincidente con la protagonista del relato homónimo e integrado también en la colección de 1903— sino Nelly.

Resulta significativa, al igual que sucedía en *Femeninas*, la desaparición de las referencias explícitas a los préstamos literarios (*vgr.* D'Annunzio) y la omisión de términos gallegos, que impregnan las narraciones de un localismo que resulta incompatible con su pretendido cosmopolitismo; o en este caso con la atmósfera italianizante, en consonancia con su temática; tal sucede con los galleguismos «pazo» o «patín», o con la onomástica y, en concreto, con la sustitución de «Maruxa» por «Foscarina», un cambio que no es inocente, sobre todo porque se aplica a una vaca.

Ahora bien, las variantes más notables se registran en 1909 y en la segunda

edición de *Corte de Amor*, y tienen significativas consecuencias estilísticas, pues pule expresiones que pecaban de un exceso de coloquialismo.

La antología *Corte de Amor* (1903) presenta cuatro narraciones en las que el título resalta a su protagonista femenina, comenzando por «Augusta», un relato cuyo carácter libertino adquiere irónica relevancia a la luz del subtítulo de la compilación: *Florilegio de honestas y nobles damas*; «Rosita» reproduce el tono desenfadado y juguetón de «La Generala», también con un duquesito como partenaire. Más sombríos resultan los equilibrios de Eulalia entre sus remordimientos de madre y esposa adúltera y el amor por su joven amante Jacobo. El último relato «Beatriz» va a seguir una trayectoria semejante a la de «Rosarito». Por razones análogas, su temática se aproxima más al mundo misterioso de los cuentos, antes que al mundano de las novelas cortas, de modo que pasará en 1920 a integrar la versión definitiva de *Jardín Umbrío*.

Para terminar este juego de vasos comunicantes entre novelitas de distintas colecciones, la génesis de los relatos de *Corte de Amor* también sigue un recorrido complejo, con versiones que transitan de la prensa al libro y viceversa. «Rosita» tiene un pre-texto en prensa titulado «La reina de Dalicam», publicado en 1899 en *La Vida Literaria* en Madrid. «Eulalia» también se había editado un año antes en el periódico *El Imparcial*, con el mismo título. Ambas, como «Augusta», continuarían formando parte de las continuas ediciones de *Corte de amor*, de las que cabe destacar la de 1908 que incluye uno de los pocos textos que podríamos considerar doctrinales del escritor. Me refiero a la «Breve noticia acerca de mi estética cuando escribí este libro», culminación de esa intermitente reflexión estética que inicia con su artículo «Modernismo» (*Ilustración Española y Americana*, 22-02-1902), primer esbozo del prólogo al libro de Melchor Almagro, *Sombras de vida* (1903), que precisamente ampliado será el pórtico a esa segunda edición de *Corte de Amor*, al igual que a la de 1914.

Comentario aparte merece «Beatriz». Por la temática —una inocente niña expuesta a abusos explícitos del corrupto fray Ángel, en un clima de misterio y conjuros (Speratti Piñero, 1974; Garlitz, 1990)— forma, como ha señalado la crítica, una especie de trilogía con «Rosarito» y «Mi hermana Antonia». Sin embargo, a diferencia de la novela corta de *Femeninas*, tarda en integrarse en las colecciones de cuentos recogidos en la serie *Jardín Umbrío/Jardín Novelesco*, incorporándose únicamente a la edición de *Jardín Umbrío*, de 1920, que se tiene por la definitiva. Este cuento tiene también una historia textual previa a su primera publicación en libro en 1903. Con el título «Satanás» se presentó al

concurso del periódico *El Liberal*, cuyo jurado lo excluyó por considerarlo inmoral, pero como contrapartida, mereció un comentario elogioso de Juan Valera en la prensa, que le otorgó cierta notoriedad. En 1901 se publicaba ya como «Beatriz» en la revista *Electra*, aunque Valle lo integró en *La Cara de Dios* como parte de la biografía de Víctor Rey. Todavía reaparece en la edición de 1908 de *Corte de Amor*, antes de pasar a *Jardín Umbrío* (1920).

Las redacciones iniciales de estas obritas diseminaban menciones más o menos explícitas a escritores, textos literarios, tópicos universales que permitían entrever las fuentes literarias de la etapa de formación. Pero el análisis y estudio crítico de las primeras narraciones del escritor también ha dejado al descubierto intertextualidades evidentes en la creación de estas historias, comprometiendo de algún modo su originalidad. Said Armesto fue el primero en advertir la similitud de argumento y detalles descriptivo-narrativos entre «Octavia Santino» y la obra de Maupassant, *Fort comme la mort*, que en efecto se puede verificar (Santos Zas, 2015); o como la historia de «La Generala» que tenía un antecedente bastante explícito en una noticia titulada «El cadete y el canario», publicada en el *Heraldo de Madrid* (1891), el mismo día en que aparecía también en el rotativo el cuento «El mendigo» de Valle.

Las lecturas (y traducciones) que Valle realizó de Eça de Queirós dejaron una huella importante en el estilo narrativo de estos primeros años, pero también apropiaciones prácticamente literales de breves fragmentos y episodios de las novelas del escritor portugués. Me limito aquí a señalar que Valle toma prestada —y no es el único préstamo— la historia del cadete y el canario para idear a Currita y Sandoval; en «La Generala» también hay mucho de la queirosiana *O Mandarim*, merced a las similitudes explícitas en ambos relatos entre los diálogos y coqueteos entre Sandoval/Teodoro y ambas generalas (Núñez Sabarís, 2011).

Editar las colecciones de novela corta de Valle-Inclán: *Femeninas, Epitalamio* y *Corte de Amor*

El mencionado juego de trasvases de textos, se plasma en esta ocasión en la tendencia a reeditar sus escritos siempre con modificaciones, que nos habla con elocuencia de su sistema de creación. Porque todas esas versiones revelan el afán de perfección literaria que guía al escritor y le lleva a revisar sus textos

infatigablemente. Múltiples cambios —adiciones, supresiones, modificaciones— que el autor incorpora cada vez que edita sus textos sueltos o en colectáneas: son variantes morfológicas, sintácticas y semánticas, que afectan a la estructura, estilo y significado de los textos: cambia una palabra, un topónimo, pule una frase, suprime una descripción, amplía un retrato, depura la página o el párrafo de todo aquello que considera superfluo o redundante en procura de la esencialización y la condensación, en busca de una prosa melódica, elige el adjetivo cuidadosamente y confiere a la palabra la capacidad de sugerir no solo por su significado o su valor simbólico, sino por su sonido o su colocación en la frase.

La edición que aquí presentamos reproduce las únicas ediciones de *Femeninas* (1895) y *Epitalamio* (1897) y la primera de *Corte de Amor* (1903), con los criterios que se explican en la nota editorial, aquí materializados como correcciones ortográficas y lingüísticas.

Por otra parte, por su interés «doctrinal» no hemos querido renunciar a ofrecer la reproducción del prólogo «Breve noticia acerca de mi estética cuando escribí este libro» (1908), como apéndice a nuestra edición de *Corte de Amor*, sobre el que volveremos al abordar las *Sonatas* (volumen II).

Estas ediciones quieren ofrecer al lector la posibilidad de adentrarse en la lectura de los textos que corresponden a los años iniciales de la carrera literaria de Ramón del Valle-Inclán, por tanto, fieles al contexto en que se escribieron y publicaron, coherentes con una larga trayectoria que evoluciona en pos de una constante renovación de su propio lenguaje artístico. Valle-Inclán nunca rechazó estos primeros textos, de hecho los evoca en el prólogo a *Corte de Amor* (1908) con cierta nostalgia expresando su amor por aquella literatura juvenil y atrevida con la que se había iniciado, desmarcándose de los ya trillados caminos de los viejos prematuros:

> He aquí un libro de juventud, un libro escrito en esa edad dichosa de sueños y de esperanzas. ¡Hoy esa edad se me aparece ya casi lejana! Al releer estas páginas, que después de tantos años tenía casi olvidadas, he sentido en ellas no sé qué alegre palpitar de vida, qué abrileña lozanía, qué gracioso borboteo de imágenes desusadas, ingenuas, atrevidas, detonantes. Yo confieso mi amor de otro tiempo por esta literatura (véase apéndice a *Corte de Amor*).

En suma, el interés de estos relatos de iniciación radica, en consecuencia, en que nos permite apreciar el estado de la escritura de Valle-Inclán a principios de 1900 y poder adentrarnos en las particularidades que van definiendo su trayectoria literaria, en la que se pueden constatar las lecturas que incidieron en

su formación, sus limitaciones y vacilaciones o los hallazgos que permiten advertir recurrencias en obras posteriores.

LA COLECCIÓN DE *JARDÍN UMBRÍO/JARDÍN NOVELESCO:* GALICIA AL FONDO

Si *Femeninas* representa estéticamente el cosmopolitismo literario y el mundo cultural europeo, con el que el inquieto Valle-Inclán había conectado a través del círculo pontevedrés de Jesús Muruais, que frecuentó hasta su marcha a Madrid; no se puede dejar pasar por alto el hecho de que la *opera prima* valleinclaniana esté prologada por Manuel Murguía, cuyo nombre está unido a destacadas personalidades de la época y del llamado «Rexurdimento Galego», entonces en plena efervescencia. Murguía encarna de manera emblemática la reivindicación de las señas de identidad propias de Galicia y estaba relacionado estrechamente con el mundo local y familiar de Valle-Inclán, pues el viudo de Rosalía de Castro era amigo de Ramón Valle Bermúdez, padre del escritor en ciernes.

De la curiosidad e interés de Ramón Valle por todo lo gallego da cuenta su proyectada, nunca llevada a cabo, *Historia de Galicia*, sus tempranas lecturas de la literatura gallega en la biblioteca paterna, en la que figuraban los escritores más relevantes de la época, que merecieron su admiración. Tal sucede con Vicetto, cuya famosa novela histórica, *Los hidalgos de Monforte*, recuerda en términos elogiosos en la primera de sus «Cartas Galicianas», pues en ella encontraba descrita una realidad familiar —«el mundo que conocí de rapaz»—, que él mismo llegaría a recrear en su obra y, particularmente, en los cuentos que, en un constante juego de trasvases, van conformando las colecciones tituladas *Jardín Umbrío y Jardín Novelesco* entre 1903 y 1920 (véase su relación más adelante), aunque algunos de sus relatos no llegaran a formar parte de ninguna de estas colecciones.

Pero todos los cuentos que en ellas se integraron a lo largo de los años, aparecieron en la prensa gallega, nacional y/o latinoamericana antes y después de su publicación en dichas colecciones y siempre, como si de una suerte de tela de Penélope se tratase, escribe y reescribe sus textos infatigablemente. Es decir, en la prensa, de la que Valle fue asiduo colaborador desde sus años de estudiante universitario, afiló su pluma y ensayó sus primeros textos narrativos, sus poemas o sus ensayos… la prensa fue una suerte de «forja» para el escritor, que utilizó

también como fuente de ingresos.

De hecho, Ramón del Valle-Inclán inició su andadura como narrador de cuentos en su etapa compostelana, en los años 80, considerados unánimemente la Edad de Oro de la prensa gallega, que registra más de 250 periódicos, portavoces de sectores sociales, grupos políticos y organismos varios con periodicidad diaria, semanal o quincenal y una vida por lo común bastante efímera. El Santiago de aquellos tiempos es, desde esta óptica, muestra patente del vigor de la prensa local. Una ciudad, no cabe olvidarlo, que fue centro neurálgico del movimiento regionalista, que tanta resonancia tuvo en el campo ideológico-político y cultural.

En este marco se inscribe la revista *Café con Gotas*, que nace en 1886 y vive a saltos la década de oro de la prensa gallega en su propia e intermitente historia (Bouza Brey, 1966; Santos Zas y Grupo de Investigación Valle-Inclán, 1999). Se trata de una revista estudiantil, cuyo carácter ilustrado y talante humorístico son sus notas definitorias, perceptibles ambas desde su mismísima portada. Esa línea dominante incorpora *Café con Gotas* a una tradición de prensa satírica, que cuenta con numerosos antecedentes.

Nos hemos extendido en esta publicación porque en ella Ramón del Valle de la Peña, tal era su firma entonces, publicó sus dos primerísimos textos de creación (Bouza Brey, 1966): un cuento, «Babel», y un poema, cuyo primer verso reza «En Molinares es verdad notoria» (4 y 11 de noviembre de 1888, respectivamente), que evidencian en ambos casos su carácter iniciático y su escuálido valor literario. No obstante, cabe señalar que el cuento, en el marco de la exaltación de las lenguas autóctonas, bromea desde su propio título con la confusión plurilingüística. Valle no recogió este relato en ninguna de sus antologías. Dato curioso, en estas mismas fechas estampa también su firma en la revista su hermano mayor, y lo hace como Carlos Valle-Inclán.

No sucede así con el que sería su segundo relato, «A media noche», aparecido en *El Globo* tan solo un año después, pero que representa no solo el salto a la prensa nacional (se editará más de una decena de veces), sino que se convierte en paradigma del trabajo de reelaboración al que Valle somete sus textos en sus sucesivas reediciones, con correcciones, supresiones o adiciones siendo, además, uno de los cuatro textos que Valle-Inclán incluye en todas las versiones de sus «Jardines», en tanto pionero de las líneas maestras que caracterizan estas compilaciones.

Jardín Umbrío (1920)

Son diecisiete los relatos que contiene en su última versión *Jardín Umbrío* (1920), todos ellos publicados en uno u otro de los anteriores «Jardines» (ver la relación comparada *infra*), a excepción de dos, «Beatriz» y «Mi hermana Antonia», que solo se recogieron en 1920 (González del Valle, 1990; Serrano Alonso, 1993). Estas dos presencias, que tampoco son una novedad (la primera vio la luz en la revista *Electra*, en 1901, y ya había sido utilizada en *La Cara de Dios* para desvelar el misterioso pasado del atormentado Víctor Rey; mientras que la segunda se publicó por vez primera en *Cofre de Sándalo*, 1909), sin embargo desempeñan en esta compilación un papel relevante, si se tiene en cuenta la organización del libro.

A pesar del dilatado proceso de configuración de esta antología de cuentos, no estamos ante una recopilación ocasional o fortuita —en Valle-Inclán nada nunca lo es—, sino que se advierte una unidad de concepción, que se apoya en rasgos temáticos, constructivos y estilísticos afines, más de una vez apuntados. Añadiría por mi parte, si nos atenemos a la distribución de los relatos, que «Mi hermana Antonia» ocupa exactamente el centro, flanqueado por ocho relatos en cada caso, que suman los dieciséis restantes. Esta posición central confiere a esta novelita corta una función axial, que Valle-Inclán crea para articular en torno a ese eje un diálogo que se establece con otros cuentos, que van creando lazos, que refuerzan asociaciones temáticas, estructurales y recursos narrativo-descriptivos bastante evidentes.

Estos diecisiete relatos están enmarcados por un breve texto, a modo de prólogo, que en las primeras colecciones se designa en el índice como el propio libro; y se cierra con otro texto, que titula «Oración». Dos textos que se repiten en todas las ediciones de los «Jardines», aunque con variantes.

Empecemos por la coda de este *Jardín Umbrío* (1920), que reza:

> Fue una amiga ya muerta, quien con amoroso cuidado reunió estos cuentos, escritos a la ventura y en tantos sitios, para morir olvidados. Cuando un día me los entregó, después de muchos años, yo creí hallar en ellos el perfume ideal de sus manos. ¡Pobres manos frías, ojalá pudieseis ahora volver a perfumar estas páginas!

Estamos ante un reconocible artificio retórico de larga tradición literaria, que en este caso evoca de inmediato la figura de la «pobre Concha» cuyo perfume también impregnaba la carta que, moribunda enviara al marqués de Bradomín solicitando su presencia. Una evocación que, como en la *Sonata de Otoño,*

también aquí se tiñe de modernismo. Pero además esta «Oración» justifica la colección, al confiarle a la voz de la enunciación los relatos de Micaela la Galana, conservados celosamente hasta entonces.

Por lo que se refiere al prólogo, en 1920 hallamos una voz en primera persona que presenta la fuente de estas narraciones y explica el título de la compilación, pero adviértase desde ahora que no solo tiene una función presentativa sino que crea una atmósfera, un clima que confiere unidad a la obra:

> Tenía mi abuela una doncella muy vieja que se llamaba Micaela la Galana: Murió siendo yo todavía niño: Recuerdo que pasaba las horas hilando en el hueco de una ventana, y que sabía muchas historias de santos, de almas en pena, de duendes y de ladrones. Ahora yo cuento las que ella me contaba, mientras sus dedos arrugados daban vueltas al huso. Aquellas historias de un misterio candoroso y trágico, me asustaron de noche durante los años de mi infancia y por eso no las he olvidado. De tiempo en tiempo todavía se levantan en mi memoria, y como si un viento silencioso y frío pasase sobre ellas, tienen el largo murmullo de las hojas secas. ¡El murmullo de un viejo jardín abandonado!

Es decir, en el preámbulo las historias presentadas por una voz en primera persona son relatos que tienen su origen en «una vieja criada», que se los contaba a un niño que de adulto se convierte en su transmisor. Esta presencia en la nota preliminar de un narrador testigo y la evocación de su propia infancia conecta con varios relatos de esta antología, que están narrados desde la subjetividad de un yo adulto, que recuerda —evocación de miedos infantiles— una experiencia vivida de niño o adolescente («El Miedo», «Mi hermana Antonia», «Del misterio», «Milón de la Arnoya» y «Nochebuena»), a diferencia de los restantes relatos, contados por un narrador en tercera persona, despojado del componente biográfico ficcional.

Pero ese preámbulo proporciona otra información fundamental: el sentido de su título, que remite a los temas dominantes, sintetizados en esta fórmula: «historias de santos, de almas en pena, de duendes y ladrones». A pesar de la variedad temática y argumental de estos diecisiete relatos, todos ellos se articulan en torno a los motivos enunciados, que protagonizan personajes básicamente del ámbito rural gallego —raramente urbano, como el caso de «Mi hermana Antonia»—, del que se vale el escritor para recrear tradiciones y creencias populares de endemoniados, almas en pena, pecadores arrepentidos, santos puestos a prueba… temas que, a modo de teselas, van creando un gran mosaico de mundo gallego tópico pero poético, marcado por el misterio y la tragedia, lo mágico maravilloso, que se manifiesta tanto en el contenido de los relatos como en las técnicas y recursos artísticos utilizados. Un mundo de ficción

en el que se oyen los ecos de la toponimia y la onomástica gallega (Arnoya, Cela, Brandeso, Santiago, Bretal…), más patente en sus versiones primeras; una Galicia de saludadoras, mendigos, curas de aldea, señores de pazo, criados sumisos, bandoleros y ladrones, guerrilleros…

Por último, conviene aludir al uso del término historias para referirse a las que se cobijan en este *Jardín Umbrío*, que abarcan formas distintas: desde el cuento breve, casi una estampa de gusto arcaizante e ingenuo y sin apenas argumento («Nochebuena», «La adoración de los Reyes»), hasta el relato largo que admite la división en capítulos, como «Rosarito», «Beatriz» o «Mi hermana Antonia», cuyo carácter axial en el conjunto de los relatos se refleja también en su capacidad de síntesis de motivos y recursos de esta colección. Es «Mi hermana Antonia» una de las pocas historias que se localiza en un espacio urbano, y tiene componentes de misterio en la órbita de la narrativa gótica, según ha mostrado Luisa Castro (2011: 5-29), siendo su principal característica la mencionada focalización y enunciación del discurso por medio de un narrador testigo, que se remonta a su infancia para referir los funestos hechos familiares relacionados con la supuesta posesión diabólica de un seminarista que le impartió clases de latín a domicilio, y estableció relaciones con su hermana mayor, Antonia. La atmósfera, los personajes, la ambigüedad de los hechos, la finura de la descripción hacen de este relato extenso una pequeña obra maestra. Por último, es necesario mencionar dos historias de la colección, que adoptando las formas propias del género dramático y sus títulos de raigambre teatral («Tragedia de ensueño» y «Comedia de ensueño»), sin embargo el propio escritor nunca los consideró como tales; de hecho ambos constituyen muestras tempranas (se publicaron por vez primera en 1901 y 1906, respectivamente) del hibridismo genérico del que hizo gala Valle-Inclán.

Para cerrar este panorama a vista de pájaro de la trayectoria del escritor como autor primordialmente de cuentos, añadiría dos rasgos propios de su sistema de escritura y publicación que tiene su punto de partida en estos mismos relatos, y se proyectan hacia otras obras.

Me refiero, por una parte, al citado fenómeno de la transmodalización, es decir, la conversión de textos narrativos en dramáticos (*vgr.* sin ir más lejos, el drama de Arniches transformado en novela extensa; el cuento «Un bautizo», 1906, reconvertido en escena dramática de *Águila de Blasón*). Un fenómeno este que no es ajeno al hibridismo genérico, que como signo de época, Valle lleva a sus últimas consecuencias, al difuminar las fronteras genéricas y propiciar la

interdiscursividad (la novela se hace dialogada o lírica, el teatro tiene acotaciones descriptivo-narrativas cercanas a la novela y tan literarias como el propio diálogo teatral, etc.) y ofrecer obras que no encajan en las categorías genéricas convencionales. Casos tempranos de este hibridismo genérico son los textos citados de «Tragedia de ensueño» y «Comedia de ensueño», que preludian el de textos como *Águila de Blasón*, que en su versión periodística (1906) figuraba como «Novela en cinco jornadas»; o *La Rosa de papel* y *La Cabeza del Bautista. Novelas macabras*.

Por otra parte, es necesario subrayar el rico diálogo intertextual que las obras de Valle-Inclán entablan a lo largo del tiempo, un rasgo propio de su sistema de escritura que se asienta en el uso de la recurrencia. En la obra del escritor encontramos temas transversales, como el carlismo y la guerra entre carlistas y liberales, que se atisba en sus primerísimos cuentos («A media noche», 1889), y alcanza su plenitud en el ciclo histórico de *La Guerra Carlista* (1908-1909), pero está presente en otras obras, como las *Sonatas* o *El Ruedo Ibérico*. Asociados a los temas aparecen personajes-tipo que también se repiten, como el caso del bandido, que representa el cuento «Juan Quinto», o la cuadrilla de bandoleros de «Comedia de ensueño»; pero esta figura (con el antecedente del artículo sobre el bandido histórico «Mamed Casanova. Un retrato») la hallamos nuevamente en *Sacrilegio* y en *El Ruedo Ibérico*. Otro tipo que se reitera en la obra de Valle-Inclán es el del guerrillero, que adquiere categoría de protagonista en el cuento «Un cabecilla» (1895), que, por su parte, tiene versiones distintas, y alcanza su forma más lograda en la figura del Cura Santa Cruz, protagonista de *Gerifaltes de Antaño* (1909) y entre ambas obras se registra una larga lista de personajes representativos de las partidas carlistas, que remiten al *leitmotiv* de la guerra. Algo similar sucede con la figura del emigrado político, que tiene su primera imagen en el Montenegro del relato «Rosarito» (1895) y su figura más emblemática en el Marqués de Bradomín. Es precisamente Xavier de Bradomín uno de esos personajes cuyas sucesivas apariciones perfilan un individuo con biografía propia, pues transita la obra de Valle desde sus primeros cuentos (incluso aparece como topónimo: Bradamín/Bradomín) hasta *El Ruedo Ibérico*, pasando por las cuatro *Sonatas* que además protagoniza; reaparece en las novelas de *La Guerra Carlista, Una tertulia de antaño* e incluso en *Luces de Bohemia*, en compañía de Rubén Darío, al tiempo que este personaje enlaza, por su categoría de emigrado político, con la del también seductor Don Juan Manuel Montenegro, de la novela «Rosarito» de *Femeninas*.

Valle igualmente reitera espacios y tiempos históricos que actúan como telón de fondo de sus ficciones. Así, en los primeros relatos hallamos la forma en que designará habitualmente el mundo del Trópico, «Tierra Caliente». Este sintagma, que acuña en un primer relato, «Páginas de Tierra Caliente. Impresiones de un viaje», es, a su vez, un pre-texto de «La Niña Chole» (1895). Más tarde lo integra, con la consiguiente reelaboración, en *Sonata de Estío* (1903), respondiendo al gusto por lo exótico de la literatura finisecular y, por fin, reaparece para designar el emblemático espacio en el que se desarrolla nada menos que *Tirano Banderas. Novela de Tierra Caliente* (1926), espacios asociados a una doble experiencia biográfica: sus viajes a México en 1892 y 1921. Por otra parte, esas «impresiones de un viaje» sugieren el punto de partida del género *memorias*, que parece querer adelantar las famosas del Marqués de Bradomín.

Sus temas, personajes y ambientes van perfilándose poco a poco, amplificándose y modificándose; de modo que una peculiaridad del conjunto de su producción artística es el diálogo que crea entre sus obras, aunque estas resulten distantes en el tiempo. Este juego de trasvases, pese a ser una mínima muestra del diálogo intertextual arriba mencionado, es también revelador de los procesos de gestación en Valle-Inclán, a veces muy largos, de manera que muchos de los hallazgos que singularizan su obra están en sus primerísimos textos y ello confiere a estos relatos no solo el valor intrínseco que poseen, sino también, un carácter de cantera de obras futuras.

Y todo ello nos habla de su propio y peculiar sistema de escritura, procesos lentos y madurados, que van creciendo de manera paulatina hasta alcanzar una definición acabada y una praxis perfecta años después de haberlas ensayado por vez primera, siendo esta una de las constantes de su trayectoria, cuyas claves primeras nos brindan su narrativa breve.

Editar los cuentos de Valle-Inclán: la tela de Penélope

Si el trasvase de textos entre las colecciones de relatos «galantes» es frecuente, otro tanto se puede decir de los cuentos que conforman las sucesivas ediciones de *Jardín Umbrío/Jardín Novelesco*, en las que además han buscado acomodo, por razones explicadas, algunas narraciones originalmente publicadas en las colecciones protagonizadas por mujeres, como ocurre con «Rosarito» y

«Beatriz», ya comentadas.

Como excepción a la norma, hemos optado en este caso por editar *Jardín Umbrío. Historias de santos: de almas en pena: de duendes y ladrones* (Madrid: Sociedad General de Librería Española, Tip. Europa, *Opera omnia*, XII, 1920 [colofón: «Este libro acabose de imprimir en la Villa de Madrid por la Tipográfica Europa a ocho días del mes de octubre y año de MCMXX»]).

Si se analizan las cinco compilaciones, que relacionamos después, se advierte que todas sin excepción comparten, además del prologuillo y la «Oración» final, cuatro cuentos («El miedo», «Tragedia de ensueño», «El Rey de la máscara» y «Un cabecilla»); por otra parte, excepto *Jardín Umbrío* (1903) todas repiten siete títulos más («La adoración de los Reyes», «La misa de San Electus», «Un ejemplo», «Del misterio», «A media noche», «Comedia de ensueño» y «Nochebuena»), lo que, significa que, con la salvedad de *Jardín Umbrío* (1903), las colecciones de los «Jardines» (1905-1920) tienen en común once títulos. Las semejanzas se van estrechando a partir de esa cifra, de manera que solamente dos colecciones, *Jardín Umbrío* 1914 y 1920, tienen nuevamente en común otros cuatro relatos («Juan Quinto», «Milón de la Arnoya», «Mi bisabuelo» y «Rosarito», que procede de *Femeninas*). Son quince —la totalidad en el primer caso— los que comparten ambas antologías, pero la edición de 1920, por su parte, contiene dos narraciones más en exclusiva («Beatriz» y «Mi Hermana Antonia»). Estas dos novelitas cortas, sin embargo, no la convierten numéricamente en la colección que reúne mayor número de historias, *record* que tiene *Jardín Novelesco* (1908), que relaciona en su índice dieciocho relatos. Sin embargo, la prelación dada a la edición de 1920, que cuenta con un relato menos, se fundamenta en otros criterios: por una parte, las narraciones que contiene en exclusiva la edición de 1908 son todas ellas pre-textos de novelas, a las que se asimilaron tras un proceso de reelaboración; mientras que los dos relatos, que no comparte la edición de 1920 con los restantes «Jardines», son novelitas cortas, que han tenido antes y después su propia trayectoria y su presencia proporciona a dicha colección un equilibrio estructural del que carece *Jardín Novelesco* de 1908, pues «Mi hermana Antonia» ocupa el centro de una distribución simétrica de relatos (8+1+8), equilibrio caro a Valle-Inclán, que además es el vértice de un triángulo que ocupan otras dos novelas con nombre de mujeres, «Beatriz» y «Rosarito», que comparten temas, motivos y ambientes. Por último, la elección de *Jardín Umbrío* (1920) como texto base de nuestra edición se justifica, no

tanto por ser la última edición autorizada (criterio que no ha regido la concepción de estas *Obras completas*), con la importancia que sin duda ello comporta, sino porque se podría considerar la compilación más completa de relatos propiamente autónomos de todas las publicadas por el escritor, y esto le otorga una singularidad que nos ha parecido importante poner de relieve.

Por otra parte, los textos que integran esta edición han sufrido a lo largo de su propia trayectoria (prensa y libro) transformaciones que incluso han modificado la propia estructura del relato (caso más notable es el citado «A media noche», cuento que ha tenido más de una decena de ediciones) o han cambiado su título (valga el mismo ejemplo que en 1905 pasó a denominarse «Del camino»). Frente a esos casos extremos, que pueden llegar a transformar un texto de mano inexperta en un cuento logrado, lo habitual en estos relatos es la presencia de variantes textuales de muy diverso alcance. En el caso de nuestra edición, hemos querido ser fieles al texto de cada cuento tal como aparece en 1920, aplicándole los criterios que se explicitan en la nota final de esta introducción, siempre que no contradigan el *usus escribendi* del autor, criterio antepuesto incluso a la norma actual.

Ediciones sucesivas y sus contenidos de *Jardín Umbrío/Jardín Novelesco* (1903-1920), consultadas para esta edición:

1903: *Jardín Umbrío*, Madrid, Casa Editorial Viuda de Rodríguez Serra, Biblioteca Mignon, vol. XXXIII [1903]. [Contiene: «Jardín umbrío», «Malpocado», «El miedo», «Tragedia de ensueño», «El rey de la máscara», «Un cabecilla», «Oración»]. Adviértase que el título «Jardín umbrío», que aparece en el índice, no es un cuento sino un breve prólogo, en el que se explica el origen de los cuentos antologados; de la misma forma que se cierra con un breve texto, titulado «Oración», que tampoco es un relato.

1905: *Jardín Novelesco. Historias de santos: de almas en pena: de duendes y de ladrones*, Madrid, Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, 1905. [Contiene: «Jardín novelesco», «¡Malpocado!», «La adoración de los Reyes», «El miedo», «Tragedia de ensueño», «Un cabecilla», «La misa de San Electus», «El rey de la máscara», «Don Juan Manuel», «Un ejemplo», «Del misterio», «A media noche», «Comedia de ensueño», «Nochebuena», «Geórgicas», «Oración»]. Adviértase que el título «Jardín novelesco», que aparece en el índice, no es un cuento sino que corresponde al prólogo en el que se explica el origen de los cuentos antologados; de la misma forma que se cierra

con un breve texto, titulado «Oración», que tampoco es un relato.

1908: *Jardín Novelesco. Historias de santos: de almas en pena: de duendes y ladrones*, Barcelona, Maucci, 1908. [Contiene: «¡Malpocado!», «La adoración de los Reyes», «El miedo», «Tragedia de ensueño», «Un cabecilla», «La misa de San Electus», «El rey de la máscara», «Un ejemplo», «Del misterio», «A media noche», «Comedia de ensueño», «Nochebuena», «Geórgicas», «Fue Satanás», «La hueste», «Égloga», «Una desconocida», «Hierbas olorosas», «Oración»]. Véase la advertencia *supra*.

1914: *Jardín Umbrío. Historias de santos: de almas en pena: de duendes y ladrones*, Madrid, Perlado, Páez y Cía., Imp. de José Izquierdo, *Opera omnia*, XII, 1914 [colofón: «Acabose de imprimir este libro en la Imprenta de José Izquierdo en Madrid a XII días del mes de julio de MCMXIV años»]. [Contiene: «Jardín umbrío», «Juan Quinto», «La adoración de los Reyes», «El miedo», «Tragedia de ensueño», «Un cabecilla», «La misa de San Electus», «El rey de la máscara», «Rosarito», «Del misterio», «A media noche», «Mi bisabuelo», «Comedia de ensueño», «Milón de la Arnoya», «Un ejemplo», «Nochebuena», «Oración»]. Véase la advertencia *supra*.

1920: *Jardín Umbrío. Historias de santos: de almas en pena: de duendes y ladrones*, Madrid, Sociedad General de Librería Española, Tip. Europa, *Opera omnia*, XII, 1920 [colofón: «Este libro acabose de imprimir en la Villa de Madrid por la Tipográfica Europa a ocho días del mes de octubre y año de MCMXX»]. [Contiene: «Jardín umbrío», «Juan Quinto», «La adoración de los Reyes», «El miedo», «Tragedia de ensueño», «Beatriz», «Un cabecilla», «La misa de San Electus», «El rey de la máscara», «Mi hermana Antonia», «Del misterio», «A media noche», «Mi bisabuelo», «Rosarito», «Comedia de ensueño», «Milón de la Arnoya», «Un ejemplo», «Nochebuena», «Oración»]. Véase la advertencia *supra*.

La Cara de Dios (1900), modelo de novela popular

En el conjunto de la producción literaria de Valle-Inclán *La Cara de Dios* cobra importancia por varias razones. En primer lugar, constituye la primera novela extensa del autor. En segundo lugar, la singularidad del producto final responde al molde de la novela popular y de este aprende el escritor, al igual que Galdós u otros novelistas, recursos que luego rentabiliza en otras de sus

creaciones. Posee, pues, no solo interés literario sino valor histórico y sociológico intrínseco.

Además es un texto polémico por cuanto se sospecha, no sin fundamento, una posible autoría compartida —obra de varios autores (Zamora Vicente, 1973: 67) o colectiva (Cabañas Vacas, 1987: 57-67)—, sospecha que ha inclinado a cuantos han afrontado una edición de obra completa (Valle-Inclán, 2002 y 2010) o escogida a ni siquiera contemplar la inclusión de este texto, que el escritor nunca volvió a publicar ni a reclamar, una razón más para excluirlo de cualquier trabajo compilatorio. A su historia textual me referiré después.

A finales de 1899 Valle-Inclán acepta el encargo editorial de escribir una novela por entregas a partir del drama homónimo de Arniches, estrenado con éxito lisonjero en el Teatro Parisch de Madrid el 28 de noviembre de ese mismo año. Resulta evidente que su triunfo inmediatamente fue aprovechado para hacer un buen negocio de ventas: ya el 27 de diciembre, apenas un mes después del estreno, Arniches escribe una carta a Valle-Inclán concediendo su permiso para transformar el drama en novela, carta que puede verse reproducida en nuestra edición.

Esta saldría por entregas, hasta el momento ilocalizables, probablemente desde enero o febrero de 1900, destinada a un público lector poco exigente con la calidad literaria de este producto, pero ávido de un argumento que lo mantuviese atrapado hasta el desenlace apaciguador.

Fueron 56 las entregas de la novela que se vendieron a sus suscriptores; no obstante contradice este dato el apuntado por Joaquín del Valle-Inclán (2009: 5-13), que habla de 29 entregas y aporta el precio de venta de cada entrega (25 céntimos) y los recibos de 28 pesetas abonados a Valle-Inclán por cada cuadernillo; por otra parte, López del Arco, hijo del editor declaró en 1973 que Valle había cobrado 1000 pesetas en total. Estos datos, siendo del mayor interés, no nos permiten, sin embargo, dirimir el número de entregas correcto. Se sabe, sin embargo, que las entregas no fueron distribuidas por un único editor sino por dos a través de un proceso de compra-venta: el primer editor, quizá el que formuló el encargo a Valle-Inclán, fue Tomás Q. de Alarcón quien, después de repartir las seis primeras entregas, vendió la novela a otro editor, Antonio López del Arco. Este segundo editor publicó las cincuenta entregas restantes con nuevas ilustraciones y con toda probabilidad Valle las vendió de acuerdo con lo preceptuado en el contrato. Esta circunstancia de la cesión explicaría que Valle-Inclán dejase de ser dueño de la obra y perdiese sus derechos de autor una vez

finalizado el trabajo (Míguez Vilas, 1998: 78-79).

Pues bien, la novela conoció con posterioridad a la difusión por entregas, que al menos se mantuvo hasta el mes de agosto de 1901, una nueva edición, ahora en libro, realizada por la madrileña «La Nueva Editorial», de J. García, que la dio a la estampa con ilustraciones en blanco y negro y en color. Esta edición consta de 688 páginas, pero carece de colofón y fue impresa por la Tipografía Moderna. En la cubierta del ejemplar consultado figura el nombre del autor, Ramón del Valle Ynclán [*sic*]. Esta aparición conjunta de entregas y edición en libro era práctica bastante habitual en la época y pone de relieve que la venta seriada de *La Cara de Dios* debió de constituir un éxito comercial notable. Teniendo en cuenta, además, que la difusión de 50 entregas necesitaba aproximadamente de un año para ser completada, se puede colegir que en el caso de la novela de Valle-Inclán su difusión en libro no debió hacerse efectiva hasta 1901. Las entregas, cuadernillos o pliegos independientes que semanalmente distribuían el texto de una obra, presentaban una impresión muy descuidada, numerosos errores tipográficos y la calidad del papel era muy baja. Pero poseían la ventaja de facilitar la compra progresiva del producto a precio asequible por parte de los lectores suscritos.

Toda esta información sobre *La Cara de Dios* era desconocida —de hecho lo era la propia obra— hasta que en 1972 Domingo García-Sabell la publica en la editorial madrileña Taurus con un prólogo, que proporciona esos datos. Su aparición destapó la caja de Pandora y no solo arreciaron los comentarios en prensa acusando a Valle-Inclán de plagio, sino que se cuestionó su autoría.

A estas alturas de su carrera literaria Valle-Inclán ya tiene claro su método de trabajo, pues el proceso de génesis de sus obras mayores pasa por la escritura previa de textos independientes, dados a conocer a través de periódicos y revistas, que potencia el rico diálogo intertextual entre sus creaciones. En *La Cara de Dios* el procedimiento de asimilar por vías distintas textos propios y ajenos participa de ese mismo método creativo según el cual los textos literarios en sí mismos poseen autonomía, pero pueden llegar a formar parte de nuevas obras gracias a la oportuna contextualización. Además, con *La Cara de Dios* en concreto se ve obligado a escribir espoleado por la obligación de vender un número fijo de páginas cada semana al editor con quien ha firmado un contrato. Este círculo vicioso mercantilista en que crea el autor de novelas populares condiciona la escritura de la obra, concebida siempre bajo presión editorial y del público lector, e impide la revisión de la misma.

En la trayectoria de Valle-Inclán *La Cara de Dios*, además de ser su primera novela extensa, es una obra singular, tanto por la distancia estética que media con el resto de la producción valleinclaniana como por su amplia recepción contemporánea. Pero, sobre todo, cobra interés por el método creativo utilizado que parte del reciclaje de materiales propios y ajenos, estrategia que el escritor ensaya más de una vez a lo largo de su carrera, para mostrar cómo una historia en otro contexto literario, si está bien integrada, funciona de modo distinto. En este sentido, *La Cara de Dios* constituye un buen ejemplo de prácticas transtextuales, en el sentido genettiano, que responden a la concepción valleinclaniana de la literatura, combinando la libertad creativa y la recreación libresca.

En este sentido, es conocida la polémica que acompañó la primera edición moderna de *La Cara de Dios* (1972), asociada a los «plagios» del escritor —cuyas pistas él mismo facilitó—, que en este caso se relacionaron con una traducción francesa de la novela de Dostoievski, *Niétoschka Nezvánova* (1849), publicada bajo el título de *Âme d'enfant* (Míguez Vilas, 1998: 53). Pero si el «plagio» remite a las relaciones intertextuales, hay que subrayar que *La Cara de Dios* es desde su mismo título deudora explícita del drama de Arniches, como se ha indicado, y cuya reescritura supuso, ante todo, un ejercicio de transmodalización, al convertir en novela un texto originalmente teatral. A la ampliada versión del drama arnichesco y los textos de su admirado Dostoievski, que integra de forma discontinua entre los caps, X al XIX, se suma la inserción literal de dos cuentos de Baroja («El trasgo» y «Médium») en los capítulos V y IX; otros dos relatos breves del propio Valle-Inclán: «Satanás» y «Ádega (Historia milenaria)», en los capítulos VII y VIII. Por último, se han detectado también ecos, reminiscencias —siguiendo la terminología de Genette— de Poe, Balzac y del Dostoievski de *Crimen y castigo* (Míguez Vilas, 1998: 31-65). En suma, el escritor se sirvió de un conjunto de materiales literarios muy diversos con los que configura un mundo de ficción a partir de textos pre-existentes, es decir: hace literatura sobre literatura y esto apunta inequívocamente hacia una concepción antirrealista de la misma, ya apuntada, que es una las señas de identidad de su obra, sea cual sea la etapa de su trayectoria.

Si Valle-Inclán busca con la presencia de todos estos materiales aumentar las entregas, no es su único objetivo. El autor intenta dotar a su novela de la suficiente coherencia en cuanto a desarrollo argumental, por eso incorpora

cambios que afectan a la filiación entre personajes, su función y su significado. Hay un empeño denodado por situar convenientemente los textos reutilizados, aunque la integración de estos materiales llegue a resultar artificiosa y los vínculos temáticos y argumentales no sean suficientes para dotar de trabazón al conjunto. No obstante, esta novela popular gustó al público lector de la época, ávido de tramas laberínticas y de historias que alimenten al máximo su interés.

Al margen de su compleja génesis literaria y los problemas que ha suscitado la reelaboración de ese conjunto de materiales propios y ajenos, desde el punto de vista de las estrategias genéricas y narrativas, *La Cara de Dios* es un alarde del conocimiento que Valle poseía de las convenciones y técnicas propias de un género específico, la novela popular de crímenes (Míguez Vilas, 1998: 12 y 77-83), en cuyo análisis cabe destacar la habilidad del escritor para adaptarse a una estructura compositiva y a unas estrategias deudoras del subgénero literario mencionado, incrustando esa diversidad de materiales con una técnica similar al *collage*, sin soslayar los condicionantes derivados del tipo de destinatario y la sujeción a un ritmo de publicación preestablecido, que imponía además un número de páginas cada semana.

Pues bien, de la novela popular retoma Valle-Inclán estrategias y recursos varios como pueden ser el origen misterioso del protagonista Víctor Rey, que Valle-Inclán rentabiliza al máximo; la presencia de elementos melodramáticos en el desarrollo de la trama tales como la convivencia de víctimas y traidores, la recompensa de la virtud y el castigo del vicio; las reiteradas intrusiones del narrador externo, que llega a dialogar con un destinatario ficticio al que guía; la historia contada por el propio protagonista para conmover a los lectores; los personajes estereotipados del folletín —excepción hecha del personaje principal —, hasta el punto de que el personaje arnichesco de Ramón pierde la complejidad adquirida en el drama; el desenlace en que de manera satisfactoria para el lector de folletín se restablece el orden perdido, y muy alejado de la tragedia con la que concluye el drama de Arniches; la repetición de esquemas conocidos y de tópicos manidos; una intriga convencional pero cargada de efectismos; la presencia del misterio, los crímenes y las desapariciones; el manejo de la sorpresa y la tensión expectante; la existencia de enigmas pendientes de resolución hasta el final; la estructura temporal retrospectiva pues la novela de crímenes se organiza desde el desenlace y camina hacia el inicio de la historia; el truco del suspense para despertar la curiosidad del lector e incesantes preguntas; los cambios bruscos de fortuna; la sucesión laberíntica de

peripecias; el maniqueísmo y el enfoque didáctico-moralizante dado al desarrollo de la historia, en cuyo desenlace triunfan el bien y la virtud…

Desde el punto de vista de su diseño, la obra está organizada en dos libros con 25 y 19 capítulos respectivamente, numerados en romanos (salvo el primero y último de cada libro), cuya extensión es desigual.

Los capítulos están titulados (exc. XIX de la primera parte, y XVIII de la segunda), pero solo los primeros van sistemáticamente acompañados de una ilustración, que sirve como carta de presentación del episodio correspondiente. En otros casos, aparecen ilustraciones a inicio, mitad o final de página. Las ilustraciones intercaladas a página completa (recto, con ilustración; verso, en blanco) no siguen la paginación correlativa del folletín. Esto es, carecen de numeración, por lo que podrían aparecer insertadas en cualquier otro punto del capítulo.

La influencia de la entrega, unidad de creación y de consumo, de esa transmisión señalizada y de las normas genéricas en el diseño de los capítulos, la manera de distribuirlos, sus divisiones internas, sus títulos y el diseño de sus finales, interrumpidos de manera inesperada, es más que notable. Pero otros aspectos estructurales de *La Cara de Dios* también quedan condicionados por ese mecanismo de difusión y por el deseo de mantener atrapado al lector mientras dura la venta de las entregas. Típicos del género son, por ejemplo, los motivos de la traición, la enfermedad, la envidia o el crimen. El tratamiento de los temas centrales de la novela (amor, muerte, miseria y destino) responde asimismo a los gustos de los lectores de folletines. En cuanto a los espacios, estos solo interesan como marco de las acciones, de ahí que apenas aparezcan descritos, salvo aquellos pertenecientes a los textos valleinclanianos insertados dentro de la novela. La contraposición entre ámbitos rurales galaicos y los urbanos no parece casual, sino que refuerza la idea de que Madrid es centro del vicio y del peligro, en suma, un laberinto amenazador.

No será solo esta última característica de *La Cara de Dios*, en lo que respecta a la visión de la ciudad-monstruo de Madrid, la que vuelva a reaparecer en obras posteriores de Valle-Inclán, notablemente en *Luces de Bohemia*. En este su primer esperpento también acude el autor a la ficcionalización de personas reales, al motivo de la venta de la capa, a un diálogo entre Max y el preso catalán en el que podemos advertir concomitancias con el mantenido entre Víctor y Palomero sobre el anarquismo. Y no olvidemos que los diálogos de *Luces de*

Bohemia adeudan al género chico buena parte de los modismos y expresiones que el dramaturgo depura. Un trabajo de estilo en parte ya realizado por Valle-Inclán cuando en 1900 adapta y aumenta el drama homónimo de Carlos Arniches. En fin, el entramado del folletín y varios de sus motivos afloran en los otros esperpentos, todos ellos de ambientación urbana y varios presididos por el personaje colectivo.

EDITAR *LA CARA DE DIOS*

Llegados a este punto y antes de clarificar en qué medida Valle-Inclán sigue los parámetros de la novela popular de crímenes, conviene hacer varias puntualizaciones acerca de la apuntada hipótesis de una autoría compartida o colectiva de *La Cara de Dios*, razón que ha llevado a excluirla de proyectos similares al nuestro. Ciertamente nada es descartable mientras no se demuestre lo contrario y, sobre todo, porque las colaboraciones entre escritores y el intercambio de los mismos dentro del proceso de escritura de una novela de folletín eran usuales en la época. Pero igual de frecuente lo era que proyectos inicialmente pactados entre ellos, a la postre los resolviese un único escritor (por ejemplo, Ramiro de Maeztu).

Acaso ante la mera sospecha, bastaría seguir el argumento que fray Benito Jerónimo Feijoo adujo para justificar el uso del castellano en lugar del latín en su *Teatro Crítico Universal* ante quienes se lo reprochaban: hemos decidido editar *La Cara de Dios* por considerar, como principal razón, que no tenemos ninguna en contra. Pero siendo esta un buen motivo, creemos estar en condiciones de ofrecer argumentos nuevos a los conocidos.

Ya Catalina Míguez Vilas había aportado en una de las poquísimas monografías dedicas a esta novela (1998: 19-22) razones de orden extraliterario y literario, que nos inclinan a considerar a Valle-Inclán como artífice de *La Cara de Dios*.

Empecemos por recordar las palabras del propio don Ramón en el prólogo a *Sonata de Primavera* (1904), reproducido en el volumen II: «No hace todavía tres años vivía yo escribiendo novelas por entregas, que firmaba orgullosamente, no sé si por desdén, si por despecho». Palabras que —¿por qué dudarlo?— reconocen *malgré lui* la paternidad de un tipo de novelas, a la que se adscribe *La Cara de Dios*. Parece corroborarlo la siguiente declaración de Ricardo Baroja:

> Aquella época era ingrata para los jóvenes literatos […]. Valle-Inclán, como todos —recuerda Ricardo Baroja en *La Pluma*, 1923—, se resentía de la crisis […]. Un editor de novelas por entregas le encargó que convirtiera en narración novelesca una obra estrenada con éxito, y Valle-Inclán satisfizo el deseo del escritor, hinchando aquel perro melodramático de modo que diera muchas entregas (ver Esteban, 1973: 58).

Pero a las declaraciones se agregan los datos: por una parte, los recibos de cobro conservados están firmados por Valle-Inclán —quien llegaría a ganar unas 1 000 pesetas de la época por las entregas de *La Cara de Dios*—; por otra, la carta de autorización de Arniches va dirigida al autor gallego (ver su reproducción en edición); en la cubierta de la novela figura su nombre como autor: «Don Ramón del Valle-Inclán», y la huella del escritor se aprecia en infinidad de detalles, sobre todo, rasgos de estilo reconocibles, cuando justamente brillan por su ausencia en este tipo de novelas que repiten fórmulas.

Y aquí es necesario explicar que el estudio comparado con otros textos del autor, cotejo que facilita el trabajo en equipo, nos ha permitido observar la presencia de vocablos y expresiones que Valle reitera en otras obras, pero sobre todo se aprecia el uso de galleguismos, construcciones sintácticas y tiempos verbales típicamente gallegos (*vgr.* el uso del imperfecto de subjuntivo, que equivale al pluscuamperfecto español). Si hubo varias manos colaboradoras durante la escritura de las entregas de la novela, la dificultad estriba en determinar el grado de intervención de cada «ayudante» en tanto la escritura de este tipo de novelas populares responde a tópicos y estereotipos muy marcados. Existen, además, testimonios de amigos y literatos del momento, como «Azorín» o Ricardo Baroja, cuyas declaraciones juegan a favor o en contra de la autoría valleinclaniana exclusiva o de la colectiva. A pesar del momento vital difícil por el que debía atravesar Valle-Inclán, debieron disfrutar quienes con gran sentido del humor tuvieron implicación directa o indirecta en este juego literario, al tiempo que resolvían los apuros monetarios del autor gallego. En la novela Valle-Inclán pone en práctica el mismo procedimiento que luego reaparece en *Luces de Bohemia*: el de ficcionalizar entes reales hasta verlos convertidos en personajes literarios. Lo llamativo de este guiño de complicidad es que entre esos entes de ficción, que enmascaran a los amigos y conocidos reales de Valle-Inclán (Cornuty, Bargiela, Baroja, Palomero…), no figura nunca el nombre de don Ramón.

Por otra parte, el hecho de que Valle-Inclán no la incluyera en su *Opera omnia* no obedece necesariamente a la voluntad de olvidarla sino, como he

apuntado, al contrato firmado, un contrato de cesión que suponía la pérdida de los derechos sobre la obra una vez finalizadas las entregas (Míguez Vilas, 1998: 78-79).

En suma, a pesar de la exclusión de los varios intentos de obra completa y escogida del escritor y sobre todo de la más reciente edición de la Obra completa y de la *Narrativa completa* (Valle-Inclán, 2002 y 2010, respectivamente), que nos disuadían de su edición, creemos haber dado razones que justifican su presencia en estas páginas y desde luego no hemos encontrado otra más poderosa que nos desaconsejase hacerlo.

En esta edición, de los 44 capítulos numerados en romanos (salvo el primero y el último de cada libro), hemos enmendado dos errores en la numeración. Por otra parte, nuestro texto base ha sido el publicado por la editorial J. García [1900], que a diferencia de otros, que nos constan autorizados por el autor, hemos intervenido con mayor libertad para enmendar erratas y errores derivados de un tipo de publicación, cuyas características propician los descuidos. Los más comunes en esta obra son: guiones, signos de interrogación o admiración olvidados, que se han restablecido, al igual que son frecuentes la falta de concordancia de género, número y de tiempo verbal. En nombres propios se ha optado por la forma mayoritaria en el texto, cuando este presenta fluctuaciones (en cursiva la opción elegida): *Baroja* / Baraja; *Morucho* / Moruno; *Bradomín* / Bradamín; con una excepción: el topónimo gallego *Céltigos*, que el texto registra mayoritariamente sin acento, como tantas veces sucede con topónimos o vocablos gallegos, muy usados por el autor, que los tipógrafos, cajistas, no identifican. Unificamos también en mayúscula *la Generala*, *Condesa* o *Misia Carlota* y se enmienda la minúscula de *Hermana de la Caridad* por ser el nombre abreviado de una congregación religiosa, al igual que *Cárcel Modelo* y *Cuartel de los Docks*, por referirse a espacios concretos localizados en Madrid.

Hemos mantenido, finalmente, el ideolecto propio de los personajes, de acuerdo con los criterios generales establecidos, expuestos en la nota final.

MARGARITA SANTOS ZAS

NOTA A ESTA EDICIÓN

Editar la obra de Valle-Inclán es tarea de equipo y así ha sido en nuestro caso. Un equipo formado por integrantes del Grupo de Investigación Valle-Inclán (Javier Serrano Alonso, Xaquín Núñez Sabarís, Catalina Míguez Vilas, Rosario Mascato Rey, Francisca Martínez Rodríguez y Carmen Vílchez Ruiz), bajo la dirección de Margarita Santos Zas. Un equipo, asociado a la CÁTEDRA VALLE-INCLÁN de la Universidad de Santiago de Compostela, que cuenta con una larga y compartida trayectoria valleinclaniana, desde la cual han afrontado el reto de editar la extensa y compleja obra de Valle-Inclán con las siguientes precisiones, que son también los principios básicos que fundamentan esta edición.

Hemos designado *Obras completas* de Valle-Inclán a la totalidad de las obras del escritor publicadas en forma de libro, una restricción que supone la exclusión *a priori* de las publicaciones periodísticas (con las siguientes excepciones que se justifican en su lugar: «Un día de guerra. Primera Parte. En la luz el día» [1917], relacionado con *La Media Noche*; «Un Bastardo de Narizotas» (1929), *Vísperas Setembrinas*, Primera parte de «Baza de Espadas» (1932) y *El Trueno Dorado* [1936], relacionados con la serie de *El Ruedo Ibérico*, justificados por ser un ciclo inconcluso que invitaba a su publicación íntegra).

Por otra parte, y a diferencia de cualquiera de las ediciones de obras completas que nos preceden, hemos incluido *La Cara de Dios* [1900], texto cuya paternidad se ha puesto en tela de juicio.

El tipo de edición que ofrecemos responde a un modelo editorial que excluye *a priori* la presencia de un aparato crítico, que corresponde a la metodología propia de la crítica textual vigente en el ámbito de las letras hispánicas en el que nos movemos. Ahora bien, todas las decisiones tomadas lo han sido en función de unos criterios que se explican a continuación, de manera que podemos justificarlas en términos generales, aunque en ausencia del citado aparato crítico se hace inviable señalar de forma precisa y concreta los lugares objeto de *enmendatio* y la explicación de cada intervención, sean debidas a error de autor, de copia o mecánico, que nuestra edición no puede reflejar explícitamente. No obstante, se ha sopesado el posible origen de cada enmienda realizada en los textos editados, que en muchos casos hemos podido atribuir a una u otra causa,

en virtud del cotejo llevado a cabo entre ediciones e, incluso, emisiones sucesivas de una misma obra anteriores a 1936, que en el caso de Valle-Inclán son, como hemos visto, numerosas, pero que hemos podido recorrer ante dudas o discrepancias, pues en el «Archivo Digital Valle-Inclán» —de próxima puesta en abierto— disponemos en soporte digital de la obra impresa del autor anterior a 1936 (pre-textos en la prensa, folletines, ediciones sucesivas, etc.). Por otra parte, se han tenido en cuenta las ediciones críticas existentes de las obras de Valle, al igual que la edición de *Obra completa* (2002). Hemos podido consultar, asimismo, galeradas de obras, que se conservan en el *Legado Valle-Inclán Alsina*, que presentan correcciones manuscritas de Valle, muy reveladoras de la insistencia en ciertos usos que defiende ante las correcciones de manos ajenas (*vgr.* mayúsculas después de dos puntos).

Hagamos un paréntesis aquí para referirnos a la monografía de Joaquín del Valle-Inclán, *Ramón del Valle-Inclán y la imprenta* (2006), reveladora del papel determinante de la imprenta y el diseño gráfico en la presencia de variantes textuales en la obra de Valle-Inclán, que no podemos ignorar. Decía el nieto del escritor, tres años antes de que se hiciese pública la existencia del *Legado Valle-Inclán Alsina*, lo siguiente:

> A pesar de carecer de manuscritos, pruebas o capillas, es perfectamente posible rastrear las enormes huellas de la tipografía y la imprenta, y a partir de ahí no solo es factible, sino imprescindible, explicar los cambios de texto […]. Con este objetivo partimos de la base de establecer una tipología de las variantes, comenzando por definir lo que es achacable a las normas tipográficas, al proceso de impresión y a las consideraciones mercantiles propias de la actividad editorial (J. del Valle-Inclán, 2006: 19).

Y proporciona ejemplos de diversas obras del autor gallego, que muestran a las claras que hemos atribuido el cien por cien de las modificaciones textuales de la obra valleinclaniana a la «fiebre del estilo» del escritor, sin advertir que la acumulación de variantes que se observan, por ejemplo, en «los principios y finales de capítulo en determinadas obras en prosa», tiene que ver con una «drástica variación en el diseño del libro», al que Valle-Inclán dedicaba toda su atención. Lo dicho, sin embargo, no minimiza el valor estilístico de cada cambio, en el que Valle ponía igual empeño.

Al margen de esas iniciales condiciones/condicionantes, nos gustaría poder decir que hemos hecho una edición definitiva, que no ha faltado ni empeño ni recursos humanos y materiales, pero la realidad nos dice que con Valle-Inclán lo definitivo siempre es la penúltima fase.

• **Los textos base de la presente edición** (tomo I): Es obligado preguntarse al editar a Valle-Inclán ¿qué edición tomar como texto base? En nuestro caso, contrariamente a la tendencia generalizada de dar carta de ciudanía a la última edición en vida del autor, como *edición autorizada*, hemos optado por la *editio princeps* de cada obra, con dos únicas excepciones (*Jardín Umbrío* y *El Ruedo Ibérico*), que justificamos en cada caso.

La razón primordial de esta elección es mostrar los textos de Valle-Inclán en el contexto estético-estilístico en que nacieron, en un intento de ofrecer la evolución artística de su autor, cada palabra, cada frase, cada secuencia en su contexto preciso… Si, como se ha comentado en el primer apartado de la introducción (y valga como elocuente ejemplo), leemos la *Sonata de Otoño* en su primera edición (1902), la estamos situando en pleno Modernismo literario, del que Valle es su principal referente y modelo. Si editásemos la última edición de *Sonata de Otoño* (1933), que ha sido hasta ahora lo habitual, observaríamos rasgos esperpénticos, que no existen en la *editio princeps*. Es un error frecuente concluir que la *Sonata de Otoño* tiene rasgos pre-esperpénticos, si no se advierte que la edición de 1933 es posterior a *Luces de bohemia* (1920-1924), primer esperpento de Valle-Inclán, de modo que estos rasgos no son aplicables retroactivamente a 1902. Las excepciones se justificarán en cada caso. Esta decisión exige, más si cabe, el mantenimiento de las peculiaridades autoriales de escritura.

Esta decisión, que en el caso de Valle-Inclán no tiene precedentes, se ampara también en reflexiones ajenas. Al respecto, señala Iglesias Feijoo (2013):

> la norma más extendida, que casi tiene fuerza de ley, aconseja seguir esa última, pues representa la voluntad definitiva del escritor y se supone que en ella alcanza el grado más alto de perfección. Sin embargo, no es seguro que este deba ser un principio de aplicación general e indiscutida. En rigor, supone aceptar dos premisas que distan de estar probadas. La primera implica que un autor es el mejor crítico de sí mismo, alguien que nunca se equivoca al opinar y decidir acerca de sus textos, pero no siempre debemos asumir a ciegas sus decisiones. En segundo lugar, creer en el perfeccionamiento incesante de un escritor conforme pasan los años dista de ser una realidad verificable y deriva de una concepción de progreso indefinido un tanto ingenua. Pero […] lo más importante radica precisamente en ese lapso, pues es muy posible que sus criterios estéticos, ideológicos, morales y de todo tipo hayan variado, con lo cual estaríamos ayudando a tergiversar la realidad de una obra determinada, que porta un título bien conocido.

Este volumen de las *Obras Completas* de Ramón del Valle-Inclán, primero de los que acogen la prosa narrativa y ensayística del escritor, está integrado por las obras que conforman la narrativa breve del autor, en las ediciones que se

indican a continuación, y por la novela de folletín *La Cara de Dios*:

— *Femeninas. Seis historias amorosas*. Pontevedra: Imprenta de Andrés Landín, XXII, 1895.

— *Epitalamio* (*Historia de amores*). Madrid: Imprenta de A. Marzo (Colección Flirt, núm. 1), 1897.

— *Corte de Amor: Florilegio de honestas y nobles damas*. Madrid: Imp. de Antonio Marzo, 1903.

— *Jardín Umbrío. Historias de santos: de almas en pena: de duendes y ladrones*. Madrid: Sociedad General de Librería Española, Tip. Europa. *Opera omnia*, XII, 1920 (colofón: 08-10-1920).

— *La Cara de Dios. Novela basada en el célebre drama de Don Carlos Arniches*. Madrid: La Nueva Editorial de J. García, [1900], Tomo I.

• Prioridad al *usus escribendi* del autor: nuestra edición es filológicamente conservadora, porque como punto de partida respetamos el *usus escribendi* del autor, aunque contraríe la norma académica actual, con las salvedades que estas decisiones, que no son reglas matemáticas, requieren. Esta decisión se basa en un principio fundamental: la peculiar relación que un escritor entabla con la palabra escrita, que genera particularidades que hay que respetar, tal como postula Blecua (1983), y en este sentido es igualmente elocuente el trabajo de Jauralde Pou (2015), que aboga por el respeto al *usus escribendi* de un autor por encima de normativas, que también son susceptibles de modificaciones. La misma idea defiende Iglesias Feijoo (1990), evitando el «fetichismo de la letra». Ahora bien, Valle ha ido cambiando, por ejemplo, su sistema de puntuación y uso de mayúsculas. Después del largo repaso hecho, se pueden incluso fechar los cambios, pero el problema estriba sobre todo en las etapas intermedias, con fluctuaciones evidentes, que es preciso contemplar (*vgr.* Sonatas, trilogía Carlista): imponer una norma tardía a textos tempranos, es una hipercorrección tergiversadora, pero mantener la fluctuación en un mismo texto sin el oportuno aparato crítico, resulta desconcertante. Así que la norma establecida (que contempla excepciones) es que en los textos en los que conviven dos soluciones distintas (uso de mayúsculas y minúsculas para el tratamiento de cortesía, don/doña o títulos nobiliarios), hemos optado por la dominante. Y si este predominio no fuese claro, nos decantamos por la forma más común de la etapa valleinclaniana a la que pertenece la obra. Esto significa que no cabe aplicar un

sistema corrector automático que anule las diferencias entre textos.

Durante el trabajo de edición, los integrantes del Grupo Valle-Inclán, que han afrontado conmigo estas *Obras completas*, hemos comparado la casuística de la obra valleinclaniana en sucesivas puestas en común. Este trabajo en equipo ha permitido cotejar ediciones en simultaneidad, y no solo advertir las abundantes variantes existentes entre unas y otras, sino constatar su propia evolución, perceptible en diversos niveles (*vgr.* desde las ortográficas, hasta las semánticas e incluso estructurales), que de otro modo resultaría harto difícil. Pero esa constatación nos ha permitido igualmente extraer algunas de las conclusiones que hemos convertido en decisiones editoriales, avaladas por el *usus escribendi* de Valle-Inclán, que tiende a desviarse de la norma, sí, pero siendo fiel a la que él mismo establece; de manera que hemos diferenciado los usos de época de los propios, y hemos comprobado que no siempre la arbitrariedad achacada al escritor es tal; hemos aprendido que no se deben establecer normas que abarquen la totalidad de su obra, so pena de ignorar su evolución, de manera que esto explica, por ejemplo, que el uso de mayúsculas después de dos puntos no sea sistemático en nuestra edición, pues proceder a unificar sería caer en la ultracorrección y, de hecho, «traicionar» esa evolución, que se percibe tanto en usos ortográficos propios del autor (*vgr.* el abundante uso de los dos puntos mucho menos perceptible en las anteriores a 1907-1908; el empleo de guiones parentéticos, que se multiplican en sus últimas obras: *Tirano Banderas* y *El Ruedo Ibérico*), que a estas alturas podríamos incluso temporalizar, como en recursos estilísticos, que también nos ha permitido con un margen de error, desde luego, afrontar *La Cara de Dios* como un texto del autor, sin negar la posibilidad de que otras manos hubiesen intervenido en él, como se ha dicho en su correspondiente apartado.

De manera que, insisto, nuestra edición es filológicamente conservadora, lo que significa que nuestra intervención en los textos está muy medida, que la actualización llevada a cabo solo se refiere a usos de época, que hemos sometido a los dictados de la RAE, a cuyos utilísimos recursos on line hemos acudido a menudo; en particular a ese arsenal léxico que nos ha demostrado más de una vez que, cuando creemos haber encontrado un *lapsus calami*, los diccionarios históricos, «Nuevo Tesoro lexicográfico», el «CORDE», incluso el antiguo fichero manuscrito, que recoge voces olvidadas o raras con sus definiciones, más de una vez clarificadoras (ver Bibliografía final), algunas de estas fuentes nos han dicho que Valle-Inclán tiene razón, que ese significado o esa forma, que

estábamos dispuestos a descartar, existe. Don Ramón, ahora sabemos, gracias al *Legado Valle-Inclán Alsina*, utilizaba glosarios y comparaba voces concretas en el español de distintos países de habla hispana, lo cual significa que enmendarle la plana no es baladí.

Aplicamos a los textos aquí reunidos los criterios establecidos para la presente edición de las Obras completas que se exponen a continuación en detalle y que servirán de guía para los cuatro volúmenes siguientes con las salvedades que, de ser necesario, se indicarán en su lugar:

• **Como norma general**: respeto estricto a las peculiaridades de la obra de don Ramón, que pueden contrariar normas actuales de la Academia, porque entendemos que forman parte de la específica relación del escritor con la lengua literaria (busca siempre efectos tonales y rítmicos, eufónicos, y expresivos). Es este un criterio que avalan, entre otros, Blecua (1983), Iglesias Feijoo (1990) o Jauralde (2015). En aquellas cuestiones ortográficas en las que la RAE permita la alternativa, optamos por la forma más compatible con Valle-Inclán (*vgr.* los grupos cultos) y se unifica a favor de la forma mayoritariamente usada en un mismo texto, cuando este presenta fluctuaciones entre dos formas aceptadas.

En el caso de parlamentos de personajes, con mayor razón, mantenemos vulgarismos, giros lingüísticos particulares, indicativos del habla coloquial o cualquier rasgo jergal o de argot que Valle pone en boca de sus personajes, que recurren a expresiones en otras lenguas, incorrectas la mayoría de las veces. Solo se acude a la cursiva si se puede interpretar como error de lectura.

• **Acentuación**: como norma general, modernizamos los usos propios de época de acuerdo con la RAE (supresión del acento en preposición *á*; la disyuntiva *ó*, y los monosílabos; en verbos con pronombres enclíticos, muy utilizados por Valle: *cumplióse, quedóse, quedéme, mostróse, acerquéme*…, pronombres demostrativos, etc.).

• **Mayúsculas**: se mantiene el empleo de mayúsculas para los títulos de cortesía (Don/Doña), los nobiliarios (Marqués, Duquesa, Conde…), las instituciones y organismos, etc, a los que Valle-Inclán confiere un valor enfático o expresivo, rasgo, por otra parte, que el Modernismo y la Vanguardia artística propician con esa misma función expresiva (en el caso de Don Juan Manuel, el uso del *Don [dominus]* le confiere la categoría que ninguno de los personajes que le rodea tiene). Otros casos en que se conserva el uso de mayúsculas contra la norma: en inicio de cada verso; después de dos puntos y seguido (Valle-Inclán en sus galeradas recupera en estos casos la mayúscula siempre que los

correctores lo rectifican). Es este un caso que todos los editores coinciden en mantener.

No obstante es necesario señalar que en la obra de Valle-Inclán hay una clara evolución hacia el uso sistemático de mayúsculas, que se hace predominante a partir de las *Sonatas*. En los textos previos es menos estable o más fluctuante (no tenemos la certeza en estos casos de que Valle sea el responsable, porque un editor como Landín, cabe preguntarse ¿qué intervención tenía en el texto y cuál era la del autor?). En estos casos, unificamos de acuerdo con la tendencia dominante en cada obra, en lugar de mantener la oscilación, pero evitamos uniformizar retrospectivamente para evitar caer en la hipercorrección. Así, en los primeros textos (por ej. en *Epitalamio*) usa minúsculas, preferentemente, pero en la versión de «Augusta» de *Corte de Amor* (1903), Valle emplea mayúscula en los mismos casos que antes hacía uso de la minúscula (*vgr.* el Príncipe Attilio aparece en minúsculas siempre en 1897, excepto cuanto se le interpela directamente por el título: «¡Príncipe, Príncipe!»; mientras que en *Corte de Amor* utiliza siempre mayúsculas en los mismos casos).

Exceptuamos de este criterio general, el uso de las mayúsculas para meses y estaciones del año, por ser un rasgo de época.

Conviene recordar que las muestras de galeradas corregidas de puño y letra del escritor, confirman esa tendencia del autor, aunque se advierten también algunos casos duales (*vgr.* Marqués de Bradomín/marqués de Bradomín; Guardia civil/Guardia Civil), que no siempre se corrigen.

• **Puntuación**: la propuesta que parece más coherente y que también permitiría una mejor justificación, es mantener el poco ortodoxo sistema de puntuación de Valle-Inclán, porque obedece a razones tonales, rítmicas, expresivas. Cabría decir que Valle «no soporta» las frases muy largas y recurre a la pausa tonal/respiratoria que hace coincidir con comas. En este caso, nuestra propuesta es mantener la puntuación original con una excepción: sujeto + coma. La revisión de galeradas y manuscritos, la confrontación sistemática de su uso en los textos impresos… nos ha llevado a la conclusión de que los casos son menos frecuentes de lo que suele afirmarse. Pero no es esta la razón de nuestra corrección, sino que no parece obedecer a un criterio (posiblemente se trata de una «pausa respiratoria») ni existe una sistemática como en otras divergencias de la norma por parte del escritor, que, paradójicamente, son en él regulares.

Se mantiene la peculiar construcción: frase + coma + y copulativa + frase (son pausas tonales).

Se conservan todas sus particularidades, incluso cuando el sujeto va seguido de una oración de relativo especificativa se mantiene la puntuación valleinclaniana. Solo enmendamos cuando del empleo de la puntuación resulte una incoherencia o ambigüedad semántica, que reclama aclaración.

Se restablecen los signos de interrogación o admiración siempre que falten. Valle suele olvidar el de apertura. Se respeta igualmente el uso de apertura y cierre con signo de admiración e interrogación, respectivamente, o viceversa. Rasgo que no es exclusivo de Valle-Inclán.

Mantenemos los puntos suspensivos después del signo de cierre de admiración (!…) y de interrogación (?…).

• **Guiones largos incorporados al discurso**, que suelen tener valor explicativo, parentético, aposicional. Su uso se incrementa en obras tardías y lo utiliza esporádicamente en las primeras. Quizá es este uno de los usos en apariencia más «caprichosos», por parte del autor (lo emplea a menudo después de dos puntos), pero su supresión comporta en la mayoría de los casos la pérdida de matices y tonalidades de la prosa valleinclaniana. Salvo en casos contados, hemos mantenido su uso siempre que tiene un valor explicativo.

Se eliminan guiones en palabras compuestas (*vgr.* guarda-joyas), de acuerdo con ortografía actual, salvo en los nombres compuestos (Condesa de Porta-Dei).

• **Uso de cursivas o entrecomillados**: Valle usa pocas veces las cursivas (posiblemente por razones tipográficas) y apela más regularmente a las comillas: su revisión en obras distintas y a lo largo del tiempo no permite concluir que existan razones distintas para uno u otro uso. De modo que mantener tal distinción carecería de justificación. Hemos optado por esta norma general: cursiva a todos aquellos casos en que Valle-Inclán utiliza comillas, con la salvedad de aquellos términos en que su uso pueda resultar ambiguo (ej. títulos de obras inexistentes, como «Pastorela Mundana» en *Epitalamio*). Se aplica cursiva en el caso de extranjerismos y latinismos (sin acentos). Igualmente, en el caso de otras modalidades prosísticas en el cuerpo de una novela (pasajes de un diario, *vgr. La Cara de Dios*).

• **Otros criterios**:

— Mantenemos loísmo y laísmo como rasgo de autor.

— Se conservan: dedicatorias, prólogos y poemas, que actúan como prólogos/pórticos en algunos textos.

— El formato que hemos adoptado de capítulos, partes, libros o blancos

tipográficos que marcan cualquiera de las separaciones convencionales, se han intentado respetar en todos y cada uno de los casos.

Queremos expresar aquí nuestro reconocimiento a doña María Peña Alonso por su meticulosa corrección de pruebas. Igualmente a doña Cecilia Frías por su constante atención. Gracias también a Adriana Abalo Gómez por sus revisiones bibliográficas.

M.S.Z.

BIBLIOGRAFÍA

1. PRIMARIA (EDICIONES DE LAS OBRAS EDITADAS EN ESTE VOLUMEN):

Femeninas/Historias Perversas

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1895): *Femeninas. Seis historias amorosas*. Pontevedra: Imprenta de Andrés Landín, XXII.

— (1907): *Historias Perversas*. Barcelona: Maucci.

— (1971): *Femeninas*. En *Obras escogidas*, ed. de Gaspar Gómez de la Serna (5ª ed.), (1974 1ª reimpr.). Madrid: Aguilar, Biblioteca de Autores Modernos. Tomo II.

— (1978): *Femeninas. Epitalamio*, ed. de Antonio de Zubiaurre. Madrid: Espasa-Calpe, Selecciones Austral, 29.

— (1992a): *Femeninas. Epitalamio*, ed. de Juan Manuel González Martel. Barcelona: Círculo de Lectores, Biblioteca Valle-Inclán, 23.

— (1992b): *Femeninas. Epitalamio*, ed. de Joaquín del Valle-Inclán. Madrid: Cátedra, Colección Letras Hispánicas, 354.

— (2002): *Femeninas. Seis historias amorosas*. En *Obras Completas*. Madrid: Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos. Tomo I.

— (2009): *Femeninas. Epitalamio*, ed. de Antonio de Zubiaurre. Madrid: Espasa, Austral Narrativa, 372.

— (2010): *Femeninas. Seis historias amorosas*. En *Narrativa completa*. Introducción de Darío Villanueva. Madrid: Espasa, Espasa Clásicos. Vol. I.

Epitalamio

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1897): *Epitalamio (Historia de amores)*. Madrid: Imprenta de A. Marzo. (Colección Flirt, nº 1).

— (1971): *Epitalamio*. En *Obras escogidas*, ed. de Gaspar Gómez de la Sema (5ª ed.), (1974 1ª reimpr.). Madrid: Aguilar, Biblioteca de Autores Modernos. Tomo II.

— (1978): *Femeninas. Epitalamio*, ed. de Antonio de Zubiaurre. Madrid: Espasa-Calpe, Selecciones Austral, 29.
— (1992): *Femeninas. Epitalamio,* ed. de Joaquín del Valle-Inclán. Madrid: Cátedra, 354.
— (1992): *Femeninas. Epitalamio*, ed. de Juan Manuel González Martel. Barcelona: Círculo de Lectores, 23.
— (2002): *Epitalamio (Historia de amores)*. En *Obras Completas*. Madrid: Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos. Tomo I.
— (2009): *Femeninas. Epitalamio*, ed. de Antonio de Zubiaurre. Madrid: Espasa, Austral Narrativa, 372.
— (2010): *Epitalamio (Historia de amores)*. En *Narrativa completa*. Introducción de Darío Villanueva. Madrid: Espasa Clásicos. Vol. I.

Corte de Amor/Cofre de Sándalo/Historias de Amor

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1903): *Corte de Amor: Florilegio de honestas y nobles damas*. Madrid: Imp. de Antonio Marzo.
— (1908): *Corte de Amor. Florilegio de honestas y nobles damas*. Madrid: Imprenta de Balgañón y Moreno. Prólogo de Valle-Inclán: «Breve noticia acerca de mi estética cuando escribí este libro» (11-30).
— (1909): *Cofre de Sándalo*. Madrid: Imprenta de Primitivo Fernández, *Obras Completas,* I [emisiones 1909: Primitivo Fernández, Perlado, Páez y Cía, Librería General de Victoriano Suárez].
— (1909): *Historias de Amor*. París: Garnier Hermanos.
— (1914): *Corte de Amor. Florilegio de honestas y nobles damas*. Madrid: Perlado, Páez y Cía. *Opera Omnia*, XI. (Colofón: 20-04-1914). Prólogo de Valle-Inclán: «Breve noticia acerca de mi estética cuando escribí este libro» (17-32).
— (1922): *Corte de Amor. Florilegio de nobles y honestas damas*. Madrid: Sociedad General Española de Librería, Artes de la Ilustración. *Opera Omnia*, XI. (Colofón: 15-06-1922). Prólogo de M. Murguía.
— [1922]: *Corte de Amor. Florilegio de nobles y honestas damas*. Buenos Aires: Editorial Claridad, Clásicos del Amor. Vol. VII, s.f.
— (1942 [1945]): *Corte de Amor. Florilegio de honestas y nobles damas*. Buenos Aires-México: Espasa-Calpe, Austral, 271. (Buenos Aires, 1945).

— (1943): *Corte de Amor. Florilegio de honestas y nobles damas*. Madrid: Rúa Nueva-Rivadeneyra. *Opera Omnia*, IX.
— (1944): *Corte de Amor*. En *Obras Completas*. Madrid: Rivadeneyra. Vol. I.
— (1952): *Corte de Amor*. En *Obras Completas* (2ª ed.) Madrid: Plenitud. Vol. II.
— (1954): *Corte de Amor*. En *Obras Completas* (3ª ed.). Madrid: Plenitud. Vol. II.
— (1954): *Corte de Amor. Florilegio de honestas y nobles damas*. Madrid: Espasa-Calpe, Austral, 271.
— (1971): *Corte de Amor*. En *Obras escogidas*, ed. de Gaspar Gómez de la Serna (5ª ed.), (1974 1ª reimpr.). Madrid: Aguilar, Biblioteca de Autores Modernos. Tomo II.
— (1991): *Corte de Amor. Florilegio de honestas y nobles damas*, ed. de José Servera Baño. Barcelona: Círculo de Lectores, Biblioteca Valle-Inclán, 17.
— (1994): *Corte de Amor. Florilegio de honestas y nobles damas*, ed. de Joaquín del Valle-Inclán. Madrid: Espasa-Calpe, Nueva Austral, 339.
— (2002): *Corte de Amor*. En *Obras Completas*. Madrid: Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos. Tomo I.
— (2010): *Corte de Amor. Florilegio de honestas y nobles damas*. En *Narrativa completa*. Introducción de Darío Villanueva. Madrid: Espasa, Espasa Clásicos. Vol. I.

Jardín Umbrío/Jardín Novelesco

VALLE-INCLÁN, Ramón del (1903): *Jardín Umbrío*. Madrid: Casa Editorial Viuda de Rodríguez Serra, Biblioteca Mignon. Vol. XXXIII.
— (1905): *Jardín novelesco. Historias de santos: de almas en pena: de duendes y de ladrones*. Madrid: Tip. de la Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos.
— (1908): *Jardín novelesco. Historias de santos: de almas en pena: de duendes y ladrones*. Barcelona: Maucci.
— (1914): *Jardín Umbrío. Historias de santos: de almas en pena: de duendes y ladrones*. Madrid: Perlado, Páez y Cía., Imp. de José Izquierdo. *Opera Omnia*, XII. (Colofón: 12-07-1914).
— (1920): *Jardín Umbrío. Historias de santos: de almas en pena: de duendes y*

ladrones. Madrid: Sociedad General de Librería Española, Tip. Europa. *Opera Omnia*, XII. (Colofón: 08-10-1920).
— (1928): *Jardín Umbrío*. New York: Henry Holt and Co., ed. de Paul P. Rogers.
— [193?]: *Jardín novelesco*. Barcelona: Maucci, s.f.
— (1940): *Jardín umbrío. Historias de santos, de almas en pena, de duendes y ladrones*. Buenos Aires: Losada. *Obras Completas*. Vol. IX. Biblioteca contemporánea, 69.
— (1942): *Jardín Umbrío. Historias de santos, de almas en pena, de duendes y ladrones*. Madrid: Rúa Nueva-Rivadeneyra. *Opera Omnia*, III.
— (1944): *Jardín umbrío*. En *Obras Completas*. Madrid: Rivadeneyra. Vol. I.
— (1946). *Jardín umbrío. Historias de santos, de almas en pena, de duendes y ladrones*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, Austral, 555 (sucesivas ediciones).
— (1952): *Jardín umbrío*. En *Obras Completas* (2ª ed.) Madrid: Plenitud. Vol. I.
— (1954): *Jardín umbrío*. En *Obras Completas* (3ª ed.) Madrid: Plenitud. Vol. I.
— (1958): *Jardín umbrío*. En *Obras escogidas*, ed. de Gaspar Gómez de la Serna. Madrid: Aguilar, Biblioteca de Autores Modernos (sucesivas ediciones).
— (1969): *Jardín umbrío. Historias de santos, de almas en pena, de duendes y ladrones*. Madrid: Aguilar, Crisol, 29.
— (1992): *Jardín umbrío. Historias de santos, de almas en pena, de duendes y ladrones*, ed. de Luis T. González del Valle. Barcelona: Círculo de Lectores, Biblioteca Valle-Inclán, 21.
— (1993): *Jardín umbrío. Historias de santos, de almas en pena, de duendes y ladrones*, ed. de Miguel Díez Rodríguez. Madrid: Espasa-Calpe, Nueva Austral, 284.
— (2002): *Jardín umbrío. Historias de santos, de almas en pena, de duendes y ladrones*. En *Obras Completas*. Madrid: Espasa-Calpe, Clásicos Castellanos. Tomo I.
— (2010): *Jardín umbrío. Historias de santos, de almas en pena, de duendes y de ladrones*. En *Narrativa completa*. Introducción de Darío Villanueva. Madrid: Espasa, Espasa Clásicos. Vol. I.
— (2010): *Jardín umbrío*. Charleston (Carolina): Nabu Press.

La Cara de Dios

VALLE-INCLÁN, Ramón del [1900]: *La Cara de Dios. Novela basada en el célebre drama de Don Carlos Arniches*. Madrid: La Nueva Editorial de J. García. Tomo I.

— (1972): *La Cara de Dios*, ed. de Domingo García-Sabell. Madrid: Taurus.

2. SECUNDARIA:

AGUILERA SASTRE, Juan (2009): «Valle-Inclán y la hoja literaria de *El globo* (1909)». *ALEC / Anuario Valle-Inclán IX*, 34.3, 5-32.

ALBERCA, Manuel y Cristóbal GONZÁLEZ (2002): Valle-Inclán. *La fiebre del estilo*. Madrid: Espasa-Calpe, Biografías.

ALLEGRA, Giovanni (1986): *El reino interior. Premisas y semblanzas del modernismo en España*. Madrid: Ediciones Encuentro, 304-331 (traducción española ampliada de *Il regno interiore. Premesse e sembianti del modernismo in Spagna*. Milano: Jaca Book, 1982).

AUBRUN, Charles V. (1972): «Au jardin des ombres (*Jardín umbrío*) de Valle-Inclán». *Bulletin Hispanique*, LXXIV, 3-4 (julio-diciembre), 353-378.

BAROJA, Pío (1944): *El escritor según él y sus críticos. Vol. I. Desde la última vuelta del camino. Memorias*. Madrid: Biblioteca Nueva.

BLASCO PASCUAL, Javier (ed.) (1995): «Introducción» a Ramón del Valle-Inclán. *La Lámpara Maravillosa*. Madrid: Espasa-Calpe.

— (2011): *Poética de la escritura. El taller del poeta. Ensayo de crítica genética (Juan Ramón Jiménez, Francisco Pino y Claudio Rodríguez)*. Valladolid-New York: Universidad de Valladolid-junta de Castilla y León. Col. Cátedra Delibes.

BLECUA, Alberto (1988): *Manual de crítica textual*. Madrid: Castalia.

BUERO VALLEJO, Antonio (1966): «De rodillas, en pie, en el aire». *Revista de Occidente*, 44-45 (octubre-diciembre), 132-145.

CABAÑAS VACAS, Pilar (1987): «*La cara de Dios*: Historia antigua». *Abalorio*, 14-15 (primavera-verano), 57-67.

CASAS, Ana (2008): «Lo fantástico en *Jardín umbrío*, de Valle-Inclán». En Fidel López Criado (ed.). *Valle-Inclán: ensayos críticos sobre su obra y su*

trascendencia literaria. A Coruña: Pro Gallaecia Fovenda-Hércules Ediciones, 135-145.
CASTRO DELGADO, Luisa (2003): «Los personajes masculinos en el relato galante de Valle-Inclán». *Anales de la Literatura Española Contemporánea / Anuario Valle-Inclán* III, 28.3, 33-52.
— (2011): «Valle-Inclán y la novela gótica: En torno a los personajes masculinos de *Jardín umbrío*». *Anales de la Literatura Española Contemporánea / Anuario Valle-Inclán* XI, 36.3, 5-29.
DIJKSTRA, Bram (1994): *Ídolos de perversidad. La imagen de la mujer en la cultura de fin de siglo*. Barcelona: Debate-Círculo de Lectores.
DOUGHERTY (1983): *Un Valle-Inclán olvidado: entrevistas y conferencias*. Madrid: Espiral/Fundamentos.
— (1986): *Valle-Inclán y la II República*. Valencia: Pre-Textos.
ESTEBAN, José (1973): *Valle-Inclán visto por…* Madrid: Ediciones del Espejo.
EZAMA GIL, Ángeles (1992): *El cuento en la prensa y otros cuentos. Aproximación al estudio del relato breve entre 1890 y 1900*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
FICHTER, William L. (1952): *Publicaciones periodísticas de D. Ramón del Valle-Inclán anteriores a 1895*. México: El Colegio de México.
GAGO RODÓ, Antonio (1999): «Los *Jardines* de Valle-Inclán y la crítica (1903-1906)». En Carmen Becerra *et al*. (eds.). *Asedios ó conto*. Vigo: Universidade de Vigo, 221-231.
GARCÍA SABELL, Domingo (1966): «El gesto único de don Ramón en torno a una obra ignorada de Valle-Inclán». *Ínsula*, XXI, 236-237 (julio-agosto), 4 y 31.
— (1972): «*La Cara de Dios* o Valle-Inclán en persona», prólogo a la ed. Ramón del Valle-Inclán, *La Cara de Dios*, Madrid: Taurus, 9-27.
GARLITZ, Virginia M. (1990): «Valle-Inclán y el ocultismo: la conexión gallega». En Tomás Albaladejo, Javier Blasco y Ricardo de la Fuente (eds.). *El Modernismo: renovación de los lenguajes poéticos*. Valladolid: Universidad, 61-80.
GONZÁLEZ DEL VALLE, Luis T. (1990): *La ficción breve de Valle-Inclán. Hermenéutica y estrategias narrativas*. Barcelona: Ánthropos.
— (1992): «*La cara de Dios*, novela primeriza». En John P. Gabriele (ed.). *Summa valleinclaniana*. Barcelona-Santiago: Ánthropos-Consorcio de Santiago, 445-463.

— (1997): «Aspectos de la modernidad en la ficción breve de Valle-Inclán». En L. Iglesias Feijoo, M. Santos Zas, J. Serrano Alonso y A. de Juan Bolufer (eds.). *Valle-Inclán y el Fin de Siglo. Congreso Internacional. Santiago de Compostela, 23-28 de octubre de 1995*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, 133-164.

— (2002): *La canonización del diablo. Baudelaire y la estética moderna es España*. Madrid: Verbum.

— y Antolín GONZÁLEZ DEL VALLE (1977): «*La cara de Dios*, de Valle-Inclán: novela alienígena». *Hispania*, 60/1, 35-43.

GULLÓN, Ricardo (1980): *El modernismo visto por los modernistas*. Barcelona: Guadarrama.

HINTERHÄUSER, Hans (1980): *Fin de Siglo. Figuras y mitos*. Madrid: Taurus.

HORMIGÓN, Juan Antonio (2006-2007): *Biografía cronológica y epistolario*. Madrid: Publicaciones de la ADE, 4 vols.

IGLESIAS FEIJOO, Luis *et al*. (eds.) (1997): Valle-Inclán y el «Fin de Siglo». *Actas del Congreso Internacional (octubre, 1995)*. Santiago de Compostela: Servicio de Publicacións da Universidade.

— (1990): «Modernización frente a *Old Spelling* en la edición de textos clásicos». En Pablo Jauralde *et alii* (eds). *La edición de textos. Actas del I Congreso Internacional de Hispanistas del Siglo de Oro*. London: Tamesis Books, 237-244.

— (2013): «La edición crítica de textos literarios contemporáneos», en Ermitas Penas (ed.). *Perspectivas críticas para la edición de textos de literatura española*. USC Editora, 161-190.

JAURALDE POU, Pablo (2015): «La edición de los clásicos». *Revista de manuscritos literarios e investigación*.

JUAN BOLUFER, Amparo de (2000): *La técnica narrativa en Valle-Inclán*. Santiago de Compostela: Servicio de Publicacións da Universidade.

— (2013): *La voz pública de Valle-Inclán: documentos*. Lugo: Axac.

LAVAUD, Eliane (1991): *La singladura narrativa de Valle-Inclán (1888-1915)*. A Coruña: Fundación Barrié (traducción revisada de *Valle-Inclán: du journal au román [1888-1915]*). París: Klincksieck, 1980).

LAVAUD, Jean Marie (1972): «Una biblioteca pontevedresa a finales del siglo XIX. De J. Muruais hacia Valle-Inclán». *Estudios de Información*, 24 (octubre-diciembre), 257-401.

— y Eliane Lavaud [2004]: «A vida cultural de Pontevedra a través das súas bibliotecas a finais do sáculo xix». *En Exposición «Valle-Inclán e Pontevedra»*. *Catálogo* (Pazo de Mugártegui, 15-xaneiro a 27 de febreiro 2003). Pontevedra: Concello de Pontevedra-Fundación Caixa Galicia, 33-51.

Litvak, Lily (1979): *Erotismo fin de siglo*. Barcelona: Antoni Bosch editor.

— (1986): *El sendero del tigre. Exotismo en la literatura española de finales del siglo xix, 1880-1913*. Madrid: Taurus.

L.O. (1973): «Valle-Inclán cobró mil pesetas por los fascículos de *La cara de Dios*». *Arriba* (17 de febrero), 20-21.

López Mella, Rafael y Xaquín Núñez Sabarís (2006): «Intertextualidad y reescritura en *Epitalamio* de Valle-Inclán». *Moenia. Revista Lucense de Lingüística & Literatura*, 12, 51-65.

Míguez Vilas, Catalina (1998): *Valle-Inclán y la novela popular*: La cara de Dios. Santiago de Compostela: Servicio de Publicaciones de la Universidad, Lalia, 9.

Núñez Sabarís, Xaquín (2003): «Las anotaciones autógrafas de *Femeninas*». *ALEC / Anuario Valle-Inclán iii*, 28. 3, 99-121.

— (2005a): *La novela corta en Valle-Inclán. Estudio textual de Femeninas*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago.

— (2005b): *Valle-Inclán en el Fin de Siglo*. Femeninas. Pontevedra: Servizo de Publicacións da Deputación.

— (2013): «Fantástico e imaginario colectivo en los cuentos de Valle-Inclán». En David Roas y Ana Casas (eds.). *Visiones de lo fantástico en la cultura española (1900-1970)*. Málaga: EDA Libros, 15-28.

— (2015): «Los borradores manuscritos de Femeninas en el Archivo Valle-Inclán Alsina». *ALEC / Anuario Valle-Inclán iii*, 40.3, 201-216.

Ramos, Rosa Alicia (1991): *Las narraciones breves de Ramón del Valle-Inclán*. Madrid: Pliegos.

Risco, Antonio (1977): *El demiurgo y su mundo. Hacia un nuevo enfoque de la obra de Valle-Inclán*. Madrid: Gredos.

Rubia Barcia, José (1983): «El fondo galaico: Valle-Inclán y la literatura gallega». En *Mascarón de proa*. Sada-A Coruña: Ediciós do Castro, 103-205.

Santos Zas, Margarita (1991): «Estéticas de Valle-Inclán: Balance crítico». *Ínsula*, 531, 9-10.

— (1993): *Tradicionalismo y literatura en Valle-Inclán (1889-1910)*. Colorado at Boulder: Society of Spanish and Spanish-American Studies.

— [2004]: «Valle-Inclán e Pontevedra: *Femeninas, opera prima*». En *Valle-Inclán e Pontevedra. Catálogo* (Pazo de Mugártegui, 15-xaneiro a 27 de febreiro 2003). Pontevedra: Concello de Pontevedra-Fundación Caixa Galicia, 51-66.

— (2008): «Los manuscritos de Valle-Inclán, existen». *Anales de la Literatura Española Contemporánea / Anuario Valle-Inclán VIII*, 32. 3, 5-10.

— (2012): «Los manuscritos de Valle-Inclán: el taller del escritor». En Bénédicte Vauthier y Jimena Gamba (eds.). *Crítica genética y edición de manuscritos hispánicos contemporáneos*. Salamanca: Universidad, 159-174.

— (2013): «Editar a Valle-Inclán: del manuscrito al impreso». En Ermitas Penas (ed.). *Perspectivas críticas para la edición de textos de literatura española*. Santiago de Compostela: USC Editora, 271-308.

— (2014): «Valle-Inclán na Pontevedra finisecular». En Diego Rodríguez y Olga Otero (coords.). Catálogo Exposición *Víctor Said Armesto. A lección dun cidadán libre*. A Coruña: Fundación Barrió, 65-75.

— (2015): «Said Armesto y el círculo literario pontevedrés». En Carlos Villanueva *et alii* (eds.). *Víctor Said Armesto e o seu tempo: perspectivas críticas*. A Coruña: Fundación Barrió-Museo do Pobo Galego, 423-464.

— y Grupo de Investigación Valle-Inclán (eds.) (1999): *Café con gotas. Semanario satírico-ilustrado (1886-1892)*. Edic. facsímil. Santiago de Compostela: Servizo de Publicacións da Universidade.

— (2016): *Con el alba. El Cuaderno de Francia (1916). Manuscrito inédito*. Estudio preliminar y edición. Santiago: Biblioteca de la Cátedra Valle-Inclán/Servizo de Publicacións da USC.

SCHNEIDER, Luis Mario (1992): Todo Valle-Inclán en México. México: UNAM.

SCHIAVO, Leda (1991): «La estética del recuerdo en Valle-Inclán». *Ínsula*, 531, 12-14.

SERRANO ALONSO, Javier (1987): *Valle-Inclán: Artículos completos y otras páginas olvidadas*. Madrid: Istmo.

— (1990): «La génesis de *Águila de Blasón*», *FGL*, 7-8, 83-121.

— (1996): *Los cuentos de Valle-Inclán. Estrategia de la escritura y genética textual*. Santiago de Compostela: Universidade de Santiago de Compostela, Lalia Series Maior 3.

— y Amparo de JUAN BOLUFER (1995): *Bibliografía general de Ramón del Valle-Inclán*, Santiago: Servicio de Publicacións da Universidade (con actualizaciones periódicas en *Anales de la Literatura Española Contemporánea/Anuario Valle-Inclán*, 2001-2016).

SPERATTI-PIÑERO, Enma Susana (1974): *El ocultismo en Valle-Inclán*. London: Tamesis Books.

VALLE-INCLÁN, Joaquín y Javier del (1995): *Bibliografía de Don Ramón María del Valle-Inclán (1888-1936)*. Valencia: Pre-Textos.

— (1998): «*Catálogo Exposición Don Ramón María del Valle-Inclán (1866-1898)*». Santiago de Compostela: Universidade, 4 vols.

VALLE-INCLÁN ALSINA, Joaquín del (2006): *Ramón del Valle-Inclán y la imprenta [Una introducción]*. Madrid: Biblioteca Nueva.

— Ed. (2008): *Valle-Inclán inédito*. Prólogo de M. Alberca. Madrid: Espasa-Calpe.

— (2009): «*La cara de Dios*». *Cuadrante*, 19 (decembro): 5-13.

— (2010): «*Mi hermana Antonia* y otros textos olvidados». *ALEC/Anuario Valle-Inclán* X, 35.3, 291-304.

— (2015): *Ramón del Valle-Inclán, genial, antiguo y moderno*. Madrid: Espasa-Calpe.

ZAMORA VICENTE, Alonso (1973): *Valle-Inclán, novelista por entregas*. Madrid: Cuadernos Taurus.

EN LÍNEA:

BIBLIOTECA VIRTUAL MIGUEL DE CERVANTES: Portal *Cátedra Valle-Inclán*.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA: *Corpus diacrónico del español*.

— *Nuevo Diccionario Histórico del Español* (NDHE).

— *Nuevo Tesoro Lexicográfico de la Lengua Española* (NTLLE).

FEMENINAS
(SEIS HISTORIAS AMOROSAS)

A PEDRO SEOANE

¡Cuánto tiempo que ni nos vemos ni nos escribimos, mi querido Seoane!

A pesar de este aparente olvido, si hoy, cual en aquellos días de locuras quijotescas volviese a necesitar de un amigo —un hombre, era la palabra que nosotros empleábamos entonces— el corazón guiaríame como siempre a tu puerta. Aunque con algunas canas de más, estoy seguro de que volveríamos a ser los antiguos camaradas que tantas veces bebieron juntos en el vaso de la fraternidad estudiantil. Por eso, mi querido Pedro Seoane, al dedicarte este libro —el primero que escribo—, me siento alegre, como el padre que al bautizar su primogénito, puede ponerle un nombre bien amado.

¡Es tan dulce, en medio del pesimismo que la ciencia de la vida exprime poco a poco en el alma, tener un amigo, y saberlo!…

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.

Villanueva de Arosa, 20 de abril de 1894.

PRÓLOGO

Es el presente, un libro, que puede decirse por entero juvenil. Lo es por la índole de los asuntos, porque su autor lo escribe en lo mejor de la vida, porque ha de tenérsele por un dichoso comienzo, y en fin, porque todo en él resulta nuevo y tiene su encanto y su originalidad. Con él gozamos de un placer ya que no raro, al menos no muy común, cual es el de leer unas páginas que se nos presentan como iluminadas por clara luz matinal, y en las cuales la poesía, la gracia y el amor, esas tres diosas propicias a la juventud, dejaron la imborrable huella de su paso.

Primicias de una musa, eco apenas apagado de las sensaciones de un corazón abierto a las primeras emociones y a los primeros desengaños, tienen cuanto necesitan para hacerlas amables a los ojos de los que como ellas son jóvenes y gozan y sienten las mismas pasiones y sus veleidades, con alma pronta a comprenderlas en toda su intensidad. Tal es su mérito, y que nos hable de lo siempre eterno y siempre joven, en una nueva forma, bajo un nuevo aspecto y con un encanto original, entre fácil y risueño aunque un tanto malicioso, propio de la manera de ser de su pueblo. Mas aquí ha de hacerse una salvedad; al hablar de cuanto nuevo encierra este libro lo mismo en el fondo que en la forma, claro es que se hace por modo relativo y no dando a entender que su autor se ha abierto una senda desconocida: dícese tan solamente que es nuevo en el país en que ve la luz. Esta limitación en el juicio, en nada le perjudica porque así y todo, el autor de FEMENINAS, se nos presenta con personalidad propia, ya por lo genial de sus facultades, ya porque le hallamos siempre fiel a su raza y sentimientos que le son propios.

Bajo tan importante punto de vista ha de considerársele principalmente. Porque hijo de su tiempo, pero así mismo hijo de Galicia, son en él manifiestas las condiciones especiales de los escritores del país. El sentimiento le domina, conoce la armonía de la prosa que aquí se acostumbra y no es fácil fuera: prosa

encadenada, blanda, cadenciosa, llena de luz; prosa por esencia descriptiva y a la cual solo falta la rima. Y no es esto solo, sino que conforme con el espíritu ensoñador del celta, despunta los asuntos, no los lleva a sus últimos límites; levanta el velo, no lo descorre del todo, dejando el final —como quien teme abrir heridas demasiado profundas en los corazones doloridos— en una penumbra que permite al lector prolongar su emoción y gozar algo más de lo que el autor indica y deja en lo vago, y el que lee tiene dentro del alma. Es esta, condición especial que en nuestro amigo deriva de su raza, porque de su tiempo tiene lo que llamamos modernismo, y la nota de color viva, ardiente, sentida, puesta en el lienzo de un solo golpe. En cambio es suya, la frase elegante, armoniosa, un tanto lírica, llena de luz, que se desliza con gracia femenil, serpentina casi, y hace del autor de este libro un prosista que no necesita más que castigar su estilo, para ser un gran prosista. Con todo lo cual, con lo que debe a la sangre y lo que le es personal, harto claramente prueba que es de los nuestros. Aunque quisiera ocultarlo no podría. A todos dice que ha nacido bajo el cielo de Galicia. Hijo suyo, criado al pie de unos mares que tienen la eterna placidez de las aguas tranquilas, la refleja toda en sus páginas, donde cree uno percibir, desde el acre perfume de los patrios pinares y de las ondas que los bañan, hasta los blandos rumores de la ribera natal; desde la soledad de las ciudades de provincia, hasta la claridad de los cielos tropicales y las cosas que le son propias.

Esto por lo que se refiere a lo exterior, porque en cuanto a su interior, o sea el alma del libro, no es menos nuestro por la manera de tratarlo, y por la gran verdad de los cuadros que lo forman. Aparentemente parecen invención, pero pronto se ve que son realidades. No se necesita mucho para comprender que el autor se limitó a dejar que hablasen su corazón y sus recuerdos, permitiendo que desbordase —en la plenitud de sus años juveniles y de sus horas de pasión— lo que el acaso de la vida hiciera suyo.

Era imposible otra cosa. El ayer está para él tan cercano, que le domina. No tiene más que abrir los labios y estos balbucean los nombres queridos: los lazos que le unieron a las mujeres amadas y a las que el azar puso en su camino, aún no están rotos del todo. De aquellas cuyo recuerdo dura la vida entera, o de las que apenas dejan impresión en el alma, guarda todavía con el reflejo de la última mirada, la suave presión de los brazos amados. Las que fueron como escollo, y las que igual a la hoja de una rosa se dejaron llevar al soplo de los vientos matinales, siguen teniendo para él los mismos desdenes, o las mismas sonrisas. Diríamos que las sombras invocadas aún no se han desvanecido, y que pueden

volver a tomar cuerpo y llenar las horas solitarias que siguen siempre a las horas llenas de pasión de una vida en su comienzo.

Por de pronto y por lo que de sus heroínas nos refiere, las mujeres que recuerda fueron fáciles y crueles. Era necesario que así sucediese, y que resultase entre amables burguesas y *cocottes* exigentes, con quienes no podía menos de tropezar en los primeros pasos de la vida. Hembras y esfinges, tal nos las describe, y así debieron aparecer a los ojos del que apenas si sabía del amor, más que lo que va conociendo sucesivamente, y de las mujeres lo que le iban enseñando aquellas con quienes tropezaba. ¡Y el cielo sabe cuáles, que no son las peores las que la desgracia arroja a la vía pública!

Partiendo de este hecho, se comprende que el autor de FEMENINAS, habiendo reunido sus *documentos humanos* —los lances que nos cuenta y las heroínas que nos presenta— sean lo que se dice producto de la *experimentación*, en la cual va mezclado mucho de lo que él conoce de propio conocimiento y algo también de lo que vio y oyó por el mundo: lo que es suyo y lo que fue de los demás, todo ello animado por los recuerdos de las pasiones sufridas, lo mismo que de los lugares recorridos. En tal manera, que aun fue ayer, como quien dice, cuando la *Condesa de Cela* le despertó pasándole por la cara el suave y tibio manguito, cuando *Tula Varona* le azotó la mejilla con un florete, cuando *Octavia* le hizo ver *por experiencia* cuán difícilmente llena un hombre solo, el corazón de una mujer, así sea la más enamorada.

¿Cómo extrañarse por lo tanto, de la especie de unidad de pensamiento y de interés que domina en todo este volumen? Páginas arrancadas al libro de sus *Confesiones* juveniles, un lazo más que estrecho las une y hace iguales. Como si tanto no bastase, es una la misma pasión que anima todos los cuadros; pasión viva, juvenil, un tanto libidinosa —hay que confesarlo— pero siempre poética tanto en la fábula como en su trama, en la expresión de los afectos del mismo modo que en la armonía de la frase y en la aureola que los envuelve igual que un inmenso nimbo. Aunque no fuese más que por eso, FEMENINAS sería un libro moderno, hijo de la hora actual y de las pasiones que asaltan al joven en sus primeros pasos asediando su corazón con ímpetu diario. Sentimental, porque suena a veces como una queja, sabe Dios de qué dolores; romántico, aunque por modo novísimo; y femenino puesto que no nos habla de otra cosa que de los lances a que da lugar el amor de las mujeres y de los afectos que inspiran. Y como ni el más breve espacio ha querido su autor que mediase entre el suceder

ayer y el contarlo hoy, de ahí que el relato conserve el calor de las cosas que acaban de pasar a nuestra vista, o dentro de nosotros mismos. Así es patente, en la rapidez de la acción y en los detalles, claros, precisos, movidos.

Dirase que así es forzoso que suceda en composiciones de la índole de las que forman este libro y en las cuales todo debe ser conciso e ir directamente a su fin; pero no es cierto. Los cuentos tales como hoy se conciben y escriben —hijos de la moderna inquietud y también de la escasa atención que el hombre actual quiere poner en semejantes cosas— son rápidos, convulsivos casi; más nervios que sangre y músculos y en los cuales es visible la pretensión de encerrar en breve espacio todo un drama; no valen lo que aparentan sino cuando están escritos por almas agitadas y que apenas tienen tiempo para dar cuerpo a sus sueños, vida a sus creaciones, forma a lo pasajero que acaba de conmoverles. En tal suerte que se equivocaría quien creyese que FEMENINAS, es uno de los infinitos trabajos de su índole, a que solo la moda actual puede dar importancia. Todo lo contrario. Los que encierra este libro, son como pequeños poemas, breves, alados, llenos de sentimiento; cosas de hombres y mujeres que pasan a cada momento, pero que solo tienen vida, fuerza y relieve, cuando filtran como quien dice a través de un alma de poeta. Por eso no resultan obra del que sigue un feliz ejemplo, sino cosa propia, hijos de un temperamento. Los hubiese escrito así, sin que antes hubiese conocido otros. Son cosa suya, y solamente por sus cortas dimensiones se parecen a los que nos da, con tan desdichada prodigalidad el actual momento literario. En tal manera que en cuestión de cuentos, a pesar de ser tantos y tan distintos los que se conocen, nuestro autor inventó un *nouveau frisson*, como dicen los que más usan y abusan de los cuentos, los franceses, nuestros maestros en este y demás géneros literarios.

Dicho esto, consignado que el presente libro no es tan solo un dichoso comienzo y una segura promesa, sino el fruto de una inspiración dueña ya de las condiciones necesarias para alcanzar de golpe un primer puesto en la literatura del país, parece como que nada queda que añadir y que debemos levantar la pluma. Así lo haríamos si nuestro corazón nos lo permitiera. Mas ¿cómo callar en líneas escritas al frente del libro del hijo, la grande, la estrecha amistad que nos unió a su padre? ¿Cómo no recordar al escritor y poeta intachable, al alma pura, al íntegro carácter, a aquel que llevó el mismo nombre y apellido que nuestro autor y fue tan digno de la estimación en que le tuvimos siempre y con la que nos correspondía? Aún fue ayer, cuando con el pie en el sepulcro, nos tendió

por última vez su mano y hablamos de las cosas que de tanto tiempo atrás, nos eran queridas —la patria gallega y la poesía que había encantado sus horas solitarias—. Sabía él que la muerte le había ya tocado con su dedo, mas no por eso se creía del todo desligado de la tierra, que no pensase en su país y no se doliese de los infortunios ajenos; ¡él que los había conocido tan grandes!

Duerme, duerme en paz mi buen amigo, tu hijo sigue la senda que le trazaste con el ejemplo de una vida honrada como pocas. Tu hijo recoge para ti los laureles que pudiste ceñirte y desdeñaste contento con tu dichosa medianía. ¡Si tú pudieras verlo!

Nobleza obliga. El autor de FEMENINAS lo sabe bien. Descendiente de una gloriosa familia, en la cual lo ilustre de la sangre, no fue estorbo, antes acicate que les llevaba a las grandes empresas, tiene un doble deber que cumplir. De antiguo contó su casa grandes capitanes, y notables hombres de ciencia y literatura, gloria y orgullo de esta pobre Galicia. Se necesita pues, que continúe la no interrumpida tradición, y que como los suyos añada una hoja más de laurel a la corona de la patria. Y yo en nombre de su padre, lo digo: ¡Hijo mío, cumple tus destinos y que las horas que te esperan, te sean propicias!

M. MURGUÍA.

Coruña, noviembre de 1894.

LA CONDESA DE CELA

«ESPÉRAME esta tarde». No decía más el fragante y blasonado plieguecillo.

Aquiles, de muy buen humor, empezó a pasearse canturreando una jota zarzuelesca, popularizada por todos los organillos de España; luego quedose repentinamente serio, mientras se atusaba el bigote ante el espejo roto de un gran armario de nogal. ¿Por qué le escribiría ella tan lacónicamente? Hacía algunos días que Aquiles tenía el presentimiento de una gran desgracia; creía haber notado cierta frialdad, cierto retraimiento. Quizá todo ello fuesen figuraciones suyas: pero él no podía vivir tranquilo. Aquiles Calderón era un muchacho americano, que había salido muy joven de su patria con objeto de estudiar en la universidad española de Brumosa, donde al cabo de los años mil, continuaba sin haber terminado ninguna carrera. En los primeros tiempos derrochara como un príncipe, mas parece ser que su familia se arruinara años después en una revolución, y ahora vivía de la gracia de Dios. Pero al verle hacer el tenorio en las esquinas, y pasear las calles desde la mañana hasta la noche requebrando a las niñeras, y pidiéndoles nuevas de sus señoras, nadie adivinaría las torturas a que se hallaba sometido su ingenio de estudiante tronado y calavera que cada mañana y cada noche, tenía que inventar un nuevo arbitrio para poder bandearse. Aquiles Calderón tenía la alegría desesperada y el gracejo amargo de los artistas bohemios; por lo demás era en todo un simpático muchacho. Su cabeza airosa e inquieta más correspondía al tipo criollo que al español; el pelo era indómito y rizoso; los ojos negrísimos; la tez juvenil y melada; todas las facciones sensuales y movibles; las mejillas con grandes planos, como esos idolillos aztecas tallados en obsidiana. Era hermoso, con hermosura magnífica de cachorro de Terranova; una de esas caras expresivas y morenas que se ven en los muelles, y parecen aculotadas en largas navegaciones trasatlánticas, por regiones de sol. Estaba impaciente, y para distraerse, tamborileaba con los dedos el himno mexicano, en

los cristales de la ventana que le servía de atalaya. De pronto enderezose examinando con avidez la calle, arrojó el cigarro y fue a echarse sobre el sofá aparentando dormir.

Tardó poco en oírse el roce de una cola de seda desplegada en el corredor. Pulsaron desde fuera ligeramente y no contestó. Entonces la puerta se abrió apenas, y una cabecita de mujer, de esas cabezas rubias y delicadas en que hace luz y sombra el velillo moteado de un sombrero, asomó sonriendo, escudriñando el interior con alegres ojos de pajarillo parlero. Juzgó dormido al estudiante, y acercósele andando de puntillas, mordiéndose los labios de risa.

—¡Así se espera a una señora, borricote!

Y le pasó la piel del manguito por la cara, con tan fino, tan intenso cosquilleo que le obligó a levantarse riendo nerviosamente. Entonces la gentil visitante sentósele con estudiada monería en las rodillas, y empezó a atusarle con sus lindos dedos, las guías del bigote juvenil y fanfarrón.

—¡Conque no ha recibido mi epístola el señor Don Aquiles!

—¡Cómo no! ¡Pues si te esperaba!

—¡Durmiendo! ¡Ay, hijo, lo que va de tiempos!… Mira tú, yo también me había olvidado de venir, me acordé en la catedral.

—¿Rezando?

—Sí, rezando; me tentó el diablo.

Hizo un mohín; y con arrumacos de gatita mimada se levantó de las rodillas del estudiante.

—¡Carambola! No tienes más que huesos; la atraviesas a una.

—Es raro, con esa balumba de cosas que traes encima, no debía pasarte un cañón.

—Cállate embustero; bien sabes que todo es mío; antes yo no necesito…

Hablaba colocada delante del espejo, ahuecándose los pliegues de la falda.

—Ven acá galante: quítame el sombrero, y colócalo ahí donde no se manche, porque aquí hay polvo de cien años.

Aquiles acercose con aquella dejadez de perdido, que él exageraba un poco, y le desató las bridas de la capotita de terciopelo verde, anudadas graciosamente bajo la barbeta de escultura clásica, pulida, redonda y hasta un poco fría como el mármol. La otra, siempre sonriendo, levantó la faz, y juntando los labios, rojos y apetecibles como las primeras cerezas, alzose en la punta de los pies.

—Bese usted, caballero.

El estudiante besó, con un beso largo, sensual y alegre, como prenda de

amorosa juventud.

Era por demás extraño el contraste que hacían la condesa y el estudiante. Ella llena de gracia, vestida con natural sencillez; trascendiendo de sus cabellos rubios, y de su carne fresca y rosada como manzana sanjuanera, grato y voluptuoso olor de esencias elegantes; deshilachando con esa inconsciencia de las damas ricas los encajes de un pañolito de batista; Aquiles envuelto en un gabancillo blanquizco, que se caía de puro viejo; las manos hundidas en los bolsillos; y la colilla adherida al labio como molusco. Lo tronado de su pergeño; la expresión ensoñadora de sus ojos; y el negro y luengo cabello, que peinaba en trova, dábanle gran semejanza con aquellos artistas apasionados y bohemios de la generación romántica. Pero en Brumosa nadie paraba mientes en contraste tal. Del mismo jaez habían sido todos los amores de la condesa de Cela. ¡La pobre Julia tenía la cabeza a componer y un corazón de cofradía! Antes que con aquel estudiante diera mucho que hablar con el hermano de su doncella; un muchachote tosco y encogido, que acababa de ordenarse de misa, y era la más rara visión de clérigo que pudo salir de seminario alguno. Había que verle, con el manteo a media pierna; la sotana verdosa enredándosele al andar; los zapatos claveteados; el sombrero de canal metido hasta las orejas; sentándose en el borde de las sillas; caminando a grandes trancos con movimiento desmañado y torpe. Y sin embargo la condesa le había amado algún tiempo, con ese amor curioso y ávido que inspiran a ciertas mujeres las jóvenes cabezas tonsuradas. No podían, pues, causar extrañeza sus relaciones con Aquiles Calderón, las cuales, sin tener larga fecha, habían comenzado en los tiempos prósperos del joven. Más tarde, cuando llegaron los días sin sol, Aquiles, que era muy orgulloso, quiso terminarlas bruscamente, pero la condesa se opuso; lloró abrazada a él, jurando que tal desgracia los unía con nuevo lazo más fuerte que ningún otro. Durante algún tiempo, tomó ella en serio su papel. A pesar de ser casada creía haber recibido de Dios la dulce misión de consolar al estudiante. Entonces hizo muchas locuras y dio que hablar a toda Brumosa, pero se cansó pronto.

Traveseando como chicuela aturdida, rodea la cintura de su amante, y le obliga a dar una vuelta de vals por la sala. Sin soltarse, se dejan caer sobre el sofá: Aquiles, haciéndose el sentimental, empieza a reprocharle sus largas ausencias que ni aun tienen la disculpa de querer guardar el secreto de aquellos amores. ¡Ay, eran veleidades de coqueta únicamente! Ella se había encasquetado un fez argelino que estaba sobre el sofá, y sonríe como mujer de carácter plácido

que entiende la vida y sabe tomar las cosas cual se debe. Aquiles habla y se queja con simulada frialdad; con ese acento extraño de los enamorados que sienten muy honda la pasión y procuran ocultarla como vergonzosa laceria; resabio casi siempre de toda infancia pobre de caricias, amargada por una sensibilidad exquisita, que es la más funesta de las precocidades. La condesa le escucha distraída, ajustándose el gorro, poniéndoselo unas veces de frente, otras de soslayo, sin estarse quieta jamás; por último, cansada de oírle se levanta, y comienza a pasearse por la sala con las manos cruzadas a la espalda y el aire de colegial aburrido. Aquiles se indigna: ¡Para eso, solo para eso se ha pasado toda la tarde esperándola! Ella se vuelve sonriente.

—¡Y acaso yo he venido a oírte sermonear! No comprendes que bastante disgustada estoy…

—¡Tú!

—Sí, yo, que siento las penas de los dos; las tuyas y las mías… Pero como me ves amable y risueña con todo el mundo, te figuras… Y lo mismo que tú los demás…

Deja de hablar, contrariada por la sonrisa incrédula de su amante; luego clavando en él los ojos claros, y un poco descaradillos como toda su persona, añade irónicamente:

—Desengáñate, rapaz, las apariencias engañan mucho. ¿Quién viéndote a ti podrá sospechar ni remotamente las penurias que pasas?

—Pues, hija, el que tenga ojos. Esta vitola no creo que pueda engañar a nadie.

Aunque herido en su orgullo, el bohemio sonríe atusándose el bigote, mostrando los dientes blancos como los de un negro. La condesa ríe también.

—¡Cállate sinvergüenza! La verdad, yo no sé cómo he podido quererte, porque eres ¡feo, feo, feo!…

Y semejante a *Flirt*, su lindo galguillo inglés, muerde jugueteando una de las manos del estudiante, mano de hombre, fina, morena, y varonilmente velluda. De pronto se levanta exclamando:

—¿Y mi manguito?

Búscanle por todos los rincones sin resultado, hasta que Aquiles da con él bajo una silla cargada de libros; quiere limpiarlo, y la condesa se lo arrebata de las manos.

—Trae, trae. Aquí tienes lo que me ha hecho venir.

Y saca un papel doblado de entre el tibio y perfumado aforro de la piel.

—¿Qué es ello?

—Una carta evangélica; carta de mi marido. Dice que perdona con tal de no dar escándalo al mundo, y mal ejemplo a nuestros hijos.

Por el tono de la condesa es difícil saber qué impresión le ha causado la carta. Aquiles, sin dejar de atusarse el bigote, hacía rodar sus negras y brillantes pupilas de criollo.

—Pues decididamente, Julia, tu marido no morirá atorado.

—¿Por qué?

—Phs… Porque se tiene las grandes tragaderas.

Y ríe, con aquella risa silbada que rebosa amarga burlería. La condesa un poco colorada hace dobleces al papel. El estudiante, aparentando indiferencia, pregunta:

—¿Y bien, tú que has resuelto?

—Ya sabes que yo no tengo voluntad. Consulté con mi hermano Jacobo y dice que debo…

—¿Pero bueno, tú?

La actitud de Aquiles es tranquila; el gesto entre irónico y desdeñoso; pero la voz, lo que es la voz tiembla un poco. A todo esto, la condesa baja la cabeza y parece dudosa. Allá en su hogar todo la insta a romper; las amonestaciones de su madre, el amor de los hijos, y, sin que ella se dé cuenta, ciertos recuerdos de la vida conyugal, que tras dos años de separación la arrastran otra vez hacia su marido, un buen mozo que la hiciera feliz en los albores del noviazgo. Y sin embargo, duda. Siente su ánimo y su resolución flaquear en presencia del pobre muchacho que tan enamorado se muestra. Pero si a un momento duélese de abandonarle, y como mujer le compadece, a otro momento hácese cargos a sí misma, pensando que es realmente absurdo sentirse conmovida y arrastrada hacia aquel bohemio, precisamente cuando va a reunirse con el conde. Piensa que si es débil, y no se decide a romper de una vez, hallarase más que nunca ligada a Aquiles, sujeta a sus tiranías, y expuesta a sus atolondramientos. Y entonces el único afán de la condesa es dejar al estudiante en la vaga creencia de que sus amores se interrumpen pero no acaban. Obra así llevada de cierta señoril repugnancia que siente por todos los sentimentalismos ruidosos, los cuales juzgaba siempre plebeyos; y su instinto de coqueta no le muestra mejor camino para huir la dolorosa explicación que presiente. Ella no aventura nada: apenas llegue su marido, irase a Madrid, pues el conde aborrece la provincia, y al volver por Brumosa, después de seis o siete meses, quizá de un año, Aquiles Calderón,

si aún no ha olvidado, lo aparentará al menos.

No diera nunca la condesa gran importancia a los negocios del corazón. Desde mucho antes de los quince años, comenzara la dinastía de sus novios que eran destronados a los ocho días, sin lágrimas ni suspiros, verdaderos novios de quita y pon. Aquella cabecita rubia, aborrecía la tristeza, con un epicureísmo gracioso y distinguido que apenas se cuidaba de ocultar. No quería que las lágrimas borrasen la pintada sombra de los ojos. Era el egoísmo pagano de una naturaleza femenina y poco cristiana que se abroquela contra las negras tristezas de la vida. Momentos antes, mientras subía los ochenta escalones del cuarto de Aquiles, no podía menos de cavilar en lo que ella llamaba «la rotura de la vajilla». Conforme iba haciéndose vieja, aborrecía estas escenas, tanto como las había amado en otro tiempo. Tenía raro placer en conservar la amistad de sus amantes antiguos, y guardarles un rinconcito en el corazón. No lo hacía por miedo ni coquetería, sino por gustar el calor singular de estas afecciones de seducción extraña, cuyo origen vedado la encantaba, y en torno de las cuales percibía algo de la galantería íntima y familiar, de aquellos linajudos provincianos, que aun alcanzara a conocer de niña. La condesa aspiraba todas las noches en su tertulia, al lado de algún exadorador que había envejecido mucho más a prisa que ella, este perfume lejano y suave, como el que exhalan las flores secas —reliquias de amoroso devaneo, conservadas largos años entre las páginas de algún libro de versos—. Y sin embargo, en aquel momento supremo, cuando un nuevo amante caía en la fosa, no se vio libre de ese sentimiento femenino, que trueca la caricia en arañazo; esa crueldad, de que aun las mujeres más piadosas suelen dar muestra en los rompimientos amorosos. Fruncido el arco de su lindo ceño; contemplando las uñas rosadas y menudas de su mano, dejó caer lentamente estas palabras:

—No te incomodes Aquiles: considera que a la pobre mamá le doy un verdadero alegrón: Yo tampoco he dicho que a ti no te quiera; la prueba está en que he venido a consultarte; pero partiendo de mi marido la insinuación, no hay ya ningún motivo de delicadeza que me impida… ¿A ti qué te parece?

Aquiles, que en ocasiones llegaba a grandes extremos de violencia, se levantó pálido y trémulo, la voz embargada por la cólera.

—¿Qué me parece a mí? ¡A mí! ¡A mí! ¿Y me lo preguntas? ¡Eso es propio de una mujerzuela!

La condesa humilló la frente con sumisión de mártir enamorada.

—¡Ahora insúltame, Aquiles!

—Todavía no te digo lo que mereces. ¿Qué has pensado que era yo?

El estudiante estaba hermoso. Los ojos vibrantes de despecho; la mejilla pálida; la ojera ahondada; el cabello revuelto sobre la frente, que una vena abultada y negra dividía a modo de tizne satánico.

Aquiles Calderón, que era un poco loco, sentía por la condesa esa pasión vehemente, con resabios grandes de animalidad, que experimentan los hombres fuertes, las naturalezas primitivas cuando llegan a amar; pasión combinada en el bohemio con otro sentimiento muy sutil, de sensualismo psíquico satisfecho. La satisfacción de las naturalezas finas condenadas a vivir entre la plebe, y conocer únicamente hembras de germanía, cuando, por acaso, la buena suerte les depara una dama de honradez relativa. El bohemio había tenido esta rara fortuna. La condesa de Cela, aunque liviana, era una señora; tenía viveza de ingenio; y sentía el amor en los nervios, y un poco también en el alma.

Hela allí, la cabeza obstinadamente baja, y el labio inferior entre los dientes. La condesa juega con una de sus pulseras y parece dudosa entre hablar o callarse. No pasan inadvertidas para Aquiles vacilaciones tales, pero guárdase bien de hacerle ninguna pregunta. Su vidriosa susceptibilidad de pobre le impide ser el primero en hablar. Nada, nada que sea humillante. ¡Aquel bohemio que debe dinero a toda Brumosa sin pensar nunca en pagarlo; aquel gran arrancado hecho a batirse con todo linaje de usureros, y a implorar plazos y más plazos a trueque de humillaciones sin cuento, considera harto vergonzoso, implorar de la condesa un poco de amor!

Ella, más débil o más artera, fue quien primero rompió el silencio, preguntando en muy dulce voz:

—¿Has hecho lo que te pedí, Aquiles? ¿Tienes aquí mis cartas?

Aquiles la miró con dureza, sin dignarse responder; pero como su amiga siguiese interrogándole con la actitud y con el gesto, gritó sin poder contenerse:

—¡Donosa ocurrencia! ¿Pues dónde había de tenerlas?

La condesa enderézase en su asiento, ofendida por el tono del estudiante: por un momento, pareció que iba a replicar con igual altanería; pero en vez de esto, sonríe echando la cabeza sobre el hombro, en una actitud llena de gracia. Así, medio de soslayo, estúvose buen rato contemplando al bohemio, guiñados los ojos, y derramada por todas las facciones una expresión de finísima picardía.

—Pues mira, Aquiles, no debías incomodarte.

Hizo una pausa muy intencionada; y sin dejar de dar a la voz inflexiones

dulces añadió:

—Bien podían estar mis cartas en Peñaranda. ¡Nada tendría de particular! Vamos a ver ¿en dónde están el reloj y las sortijas? Si el día menos pensado vas a ser capaz de citarme en el Monte de Piedad. Pero yo no iré, ¡quia!, correría el peligro de quedarme allí.

Aquiles tuvo el buen gusto de no contestar: abrió el cajón de una cómoda, y sacó varios manojos de cartas atados con listones de seda. Estaba tan emocionado que sus manos temblaban al desatarlos; hizo entre los dedos un ovillo con aquellos cintajos, y los tiró lejos a un rincón.

—Aquí tienes.

La condesa se acercó un poco conmovida.

—Debías ser más razonable, Aquiles; en la vida hay exigencias a las cuales es preciso doblegarse. Yo no quisiera que concluyéramos así; esperaba que fuésemos siempre buenos amigos; me hacía la ilusión de que aun cuando esto acabase…

Se enjugó una lágrima, y en voz mucho más baja añadió:

—¡Hay tantas cosas que no es posible olvidar!

Calló, esperando en vano alguna respuesta: Aquiles no tuvo para ella, ni una mirada, ni una palabra, ni un gesto.

La condesa se quitó los guantes muy lentamente, y comenzó a repasar las cartas que su amante había conservado en los sobres con religioso cuidado. Después de un momento, sin levantar los ojos, y con visible esfuerzo llegó a decir:

—Yo a quien quiero es a ti, y nunca, nunca, te abandonaría por otro hombre; pero cuando una mujer es madre, preciso es que sepa sacrificarse por sus hijos. El reunirme con mi marido era una cosa que tenía que ser. Yo no me atrevía a decírtelo; te hacía indicaciones, y me desesperaba al ver que no me comprendías… Hoy mi madre lo sabe todo, ¿voy a dejarla morir de pena?

Cada palabra de la condesa era una nueva herida que inferían al pobre amante aquellos labios adorados, pero, ¡ay!, tan imprudentes; llenos de dulzuras para el placer; hojas de rosa al besar la carne, y amargos como la hiel, duros y fríos como los de una estatua, para aquel triste corazón, tan lleno de neblinas delicadas y poéticas. Habíase ella aproximado a la lumbre, y quemaba las cartas una a una, con gran lentitud, viéndolas retorcerse en el fuego, cual si aquellos renglones de letra desigual y felina, apretados de palabras expresivas, ardorosas, palpitantes, que prometían amor eterno, fuesen capaces de sentir dolor. Con

cierta melancolía vaga, inconsciente, parecida a la que produce el atardecer del día, observaba cómo algunas chispas, brillantes y tenues, cual esas lucecitas que en las leyendas místicas son ánimas en pena, iban a posarse en el pelo del estudiante, donde tardaban un momento en apagarse. Consideraba, con algo de remordimiento, que nunca debiera haber quemado las cartas en presencia del pobre muchacho, que tan apenado se mostraba. ¿Pero qué hacer? ¿Cómo volver con ellas a su casa, al lado de su madre, que esperaba ansiosa el término de entrevista tal? Parecíale que aquellos plieguecillos, perfumados como el cuerpo de una mujer galante, mancharían la pureza de la achacosa viejecita, cual si fuese una virgen de quince años.

Aquiles, mudo, insensible a todo, miraba fijamente ante sí con ojos extraviados. Y allá, en el fondo de las pupilas cargadas de tristeza, bailaban alegremente las llamitas de oro, que, poco a poco, iban consumiendo el único tesoro del bohemio. La condesa se enjugó los ojos; y afanosa por ahogar los latidos de su corazón de mujer compasiva, arrojó de una vez todas las cartas al fuego.

Aquiles se levantó temblando.

—¿Por qué me las arrebatas? ¡Déjame siquiera algo que te recuerde!

Su rostro tenía en aquel instante una expresión de sufrimiento aterradora. Los ojos se conservaban secos, pero el labio temblaba bajo el retorcido bigotejo, como el de un niño que va a estallar en sollozos. Desatalentado, loco, sacó del fuego las cartas, que levantaron una llama triste en medio de la vaga obscuridad que empezaba a invadir la sala.

La condesa lanzó un grito:

—¡Ay! ¿Te habrás quemado? ¡Dios mío, qué locura!

Y le examinaba las manos sin dejar de repetir:

—¡Qué locura! ¡Qué locura!

Aquiles, cada vez más sombrío, inclinose para recoger las cartas, que, caídas a los pies de la dama se habían salvado del fuego. Ella le miró hacer, muy pálida y con los ojos húmedos. La inesperada resistencia del estudiante, todavía más adivinada que sentida, conmovíala hondamente; faltábale valor para abrir aquella herida, para producir aquel dolor desconocido. Su egoísmo falto de resolución, sumíala en graves vacilaciones sin dejarla ser cruel ni generosa. Apoyada en la chimenea retorciendo una punta del pañolito de encajes, murmuró en voz afectuosa y conciliadora:

—Yo te dejaría esas cartas… Sí, te las dejaría… Pero, ¡ay!, reflexiona de

cuántos disgustos pueden ser origen si se pierden. ¿Dime, dime tú mismo si no es una locura?

La condesa no ponía en duda la caballerosidad de Aquiles, ¡muy lejos de eso! Pero tampoco podía menos de reconocer que era una cabeza sin atadero; un verdadero bohemio. ¿Cuántas veces no había ella intentado hacerle entrar en una vida de orden? Y todo inútil. Aquel muchacho era una especie de salvaje civilizado; se reía de los consejos, enseñando unos dientes muy blancos, y contestaba bromeando, sosteniendo que tenía sangre araucana en las venas.

Él insistía con palabras muy tiernas y un poco poéticas.

—Esas cartas, Julia, son un perfume de tu alma; el único consuelo que tendré cuando te hayas ido. Me estremezco al pensar en la soledad que me espera. ¡Soledad del alma que es la más horrible! Hace mucho tiempo que mis ideas son negras como si me hubiesen pasado por el cerebro grandes brochazos de tinta. Todo a mi lado se derrumba, todo me falta…

Susurraba estas quejas al oído de la condesa, inclinado sobre el sillón, besándole los cabellos con apasionamiento infinito. Sentía en toda su carne un estremecimiento suave al posar los labios y deslizarlos sobre las hebras rubias y sedeñas.

—¡Déjamelas! ¡Son ya tan pocas las que quedan! Haré con ellas un libro, y leeré una carta todos los días como si fuesen oraciones.

La condesa suspira y calla. Había ido allí dispuesta a rescatar sus cartas, cediendo en ello a ajenas sugestiones; creyendo que las cosas se arreglarían muy de otro modo, conforme a la experiencia que de parecidos lances tenía. No sospechara nunca tanto amor por parte de Aquiles; y al ver la herida abierta de pronto en aquel corazón que era todo suyo, permanecía sorprendida y acobardada, sin osar insistir; trémula como si viese sangre en sus propias manos. Ante dolor tan sincero, sentía el respeto supersticioso que inspiran las cosas sagradas, aun a los corazones más faltos de fe.

Por demás es advertir que no estaba la condesa locamente enamorada de Aquiles Calderón; pero queríale a su modo, con esa atractiva simpatía del temperamento, que tantas mujeres experimentan por los hombres fuertes —los buenos mozos que no empalagan, del añejo decir femenino—. No le abandonaba ni hastiada, ni arrepentida. Pero la condesa deseaba vivir en paz con su madre: una buena señora de rigidez franciscana que hablaba a todas horas del infierno, y tenía por cosa nefanda los amores de su hija, con aquel estudiante sin creencias,

libertino y masón, a quien Dios, para humillar tanta soberbia, tenía sumido en la miseria.

Era la gentil condesa, de condición tornadiza y débil, sin ambiciones de amor romántico, ni vehemencias pasionales; por manera que en los afectos del hogar, impuestos por la educación y la costumbre, había hallado siempre cuanto necesitar podía su sensibilidad reposada y plebeya. El corazón de la dama no había sufrido esa profunda metamorfosis que en las naturalezas apasionadas, se obra con el primer amor. Desconocía las tristes vaguedades de la adolescencia. A pesar de frecuentar la catedral como todas las damas linajudas de Brumosa, jamás había gustado el encanto de los rincones obscuros y misteriosos, donde el alma tan fácilmente se envuelve en ondas de ternura, y languidece de amor místico. Eterna y sacrílega preparación para caer más tarde en brazos del hombre tentador, y hacer del amor humano, y de la forma plástica del amante, culto gentílico y único destino de la vida. Merced a no haber sentido estas crisis de la pasión, que solo dejan escombros en el alma, pudo la condesa de Cela conservar siempre por su madre igual veneración que de niña; afección cristiana, tierna, sumisa, y hasta un poco supersticiosa. Para ella, todos los amantes habían merecido puesto inferior al cariño tradicional, y un tanto ficticio, que se supone nacido de ocultos lazos de la sangre.

Pero era la condesa, si no sentimental, mujer de corazón franco y burgués, y no podía menos de hallar hermosa la actitud de su amante, implorando como supremo favor la posesión de aquellas cartas. Olvidaba cómo las había escrito en las tardes lluviosas de un invierno inacabable, pereciendo de tedio, mordiendo el mango de la pluma, y preguntándose a cada instante qué le diría. Cartas de una fraseología trivial y gárrula; donde todo era oropel, como el heráldico timbre de los plieguecillos embusteros, henchidos de zalamerías livianas; sin nada verdaderamente tierno, vívido, de alma a alma. Pero entonces, contagiada del romanticismo de Aquiles, hacíase la ilusión de que todas aquellas patas de mosca las trazara suspirando de amor.

Con dos lágrimas detenidas en el borde de los párpados, y bello y majestuoso el gesto, que la habitual ligereza de la dama hacía un poco teatral, se volvió al estudiante:

—Sea, ¡yo no tengo valor para negártelas! ¡Guarda, Aquiles, esas cartas, y con ellas, el recuerdo de esta pobre mujer que te ha querido tanto!

Aquiles, que hasta entonces las había conservado, movió la cabeza e hizo ademán de devolvérselas. Con los ojos fijos miraba la nieve que azotaba los

cristales, enloquecido, pero resuelto a no escuchar. Y ella, a quien el silencio era penoso, se cubrió el rostro llorando, con el llanto nervioso de las actrices. Lágrimas estéticas que carecen de amargura, y son deliciosas como ese delicado temblorcillo que sobrecoge al espectador en la tragedia.

Aquiles inclinó la cabeza, hasta apoyarla en las rodillas, y así permaneció largo tiempo; la espalda sacudida por los sollozos. Ella, vacilando, con timidez de mujer enamorada, fue a sentarse a su lado en el brazo del canapé y le pasó la mano por los cabellos negros y rizosos. Enderezose él muy poco a poco y le rodeó el talle suspirando, atrayéndola a sí, buscando el hombro para reclinar la frente. La condesa siguió acariciando aquellos hermosos cabellos, sin cuidarse de enjugar las lágrimas que, lentas y silenciosas como gotas de lluvia que se deslizan por las mejillas de una estatua, rodaban por su pálida faz y caían sobre la cabeza del estudiante, el cual abatido y como olvidado de sí propio apenas entendía las frases que la condesa suspiraba.

—No me has comprendido, Aquiles mío. Si un momento quise poner fin a nuestros amores, no fue porque hubiese dejado de quererte; quizá te quería más que nunca; pero ya me conoces… Yo no tengo carácter: tú mismo dices que se me gobierna por un cabello. Ya sé que debí haberme defendido; pero estaba celosa, ¡me habían dicho tantas cosas!…

Hablaba animada por la pasión. Su acento era insinuante; sus caricias cargadas de fluido, como la piel de un gato negro. Sentía la tentación caprichosa y enervante de cansar el placer en brazos de Aquiles. En aquella desesperación hallaba promesas de nuevos y desconocidos transportes pasionales; de un convulsivo languidecer, epiléptico como el del león, y suave como el de la tórtola. Colocó sobre su seno la cabeza de Aquiles, ciñola con las manos enlazadas y murmuró en voz imperceptible:

—¿No me crees, verdad? ¡Es muy cruel que lo mismo la que miente, que la que habla con toda el alma, hayan de emplear las mismas palabras, los mismos juramentos!…

Y le besaba prodigándole cuantas caricias apasionadas conocía: refinamientos que, una vez gustados, hacen aborrecible la doncella ignorante.

Sin fuerza para resistir el poder de aquellos halagos, Aquiles la besó cobardemente en el cuello blanco y terso como plumaje de cisne. Entonces la condesa se levantó y sonriendo a través de sus lágrimas con sonrisa de bacante, arrastrole por una mano hasta la alcoba. Él intentó resistir pero no pudo. Quisiera vengarse despreciándola, ahora, que tan humilde se le ofrecía; pero era

demasiado joven para no sentir la tentación, y poco cristiano su espíritu para triunfar en tales combates; y hubo de seguirla, bien que aparentando una frialdad desdeñosa, en que la condesa creía muy poco. Actitud falsa y llena de soberbia, con que aspiraba a encubrir lo que a sí mismo se reprochaba como una cobardía, y no era más que el encanto misterioso de los sentidos.

Al encontrarse en brazos de su amante, la condesa tuvo otra crisis de llanto; pero llanto seco, nervioso, cuyos sollozos tenían notas extrañas de risa histérica. Si Aquiles Calderón tuviese la dolorosa manía analista, que puso la pistola en manos de su gran amigo Pedro Pondal, hubiese comprendido con horror que aquellas lágrimas que en su exaltación ansiaba beber en las mejillas de la condesa, no eran de arrepentimiento, sino de amoroso sensualismo, y sabría que en tales momentos no faltan a ninguna mujer.

En la vaga obscuridad de la alcoba, unidas sus cabezas sobre la blanca almohada, se hablaban en voz baja, con ese acento sugestivo y misterioso de las confesiones, que establece entre las almas, corrientes de intimidad y amor. La condesa suspiraba, presentándose como víctima de la tiranía del hogar. Ella había cedido a las sugestiones maternales; faltárale entereza para desoír los consejos de aquellos labios que la besaban con amor; cuyas palabras manaban dulces, suaves, persuasivas, con perfume de virtud, como aguas de una fuente milagrosa. Pero ahora no habría poder humano capaz de separarlos; morirían, así, el uno en brazos del otro. Y como el recuerdo de su madre no la abandonase, añadió con zalamería, poniendo sobre el pecho desnudo, una mano de Aquiles:

—Guardaremos aquí nuestro secreto, y nadie sabrá nada, ¿verdad?

Aquiles la miró intensamente.

—¡Pero tu madre!

—Mi madre tampoco.

El bigotejo retorcido y galán del estudiante esbozó una sonrisa cruel.

Aquiles aborrecía con todo su ser a la madre de la condesa. En aquel momento parecíale verla recostada en el monumental canapé de damasco rojo, con estampados chinescos; uno de esos muebles arcaicos, que todavía se ven en las casas de abolengo, y parecen conservar en su seda labrada y en sus molduras lustrosas, algo del respeto y de la severidad engolada de los antiguos linajes. Se la imaginaba hablando con espíritu mundano, de rezos, de canónigos y de prelados; luciendo los restos de su hermosura deshecha; una gordura blanca de vieja enamoradiza. Creía notar el movimiento de los labios, todavía frescos y sensuales que ofrecían raro contraste con las pupilas inmóviles, casi ciegas, de

un verde neutro y sospechoso de mar revuelto. Encontraba antipática aquella vejez sin arrugas, que aún parecía querer hablar a los sentidos.

El estudiante recordó las murmuraciones de Brumosa y tuvo de pronto una intuición cruel. Para que la condesa no huyese de su lado, bastaríale derribar a la anciana del dorado camarín donde el respeto y la credulidad de su hija la miraban; y arrastrado por un doble anhelo de amor y de venganza, no retrocedió ante la idea de descubrir todo el pasado de la madre a la hija que adoraba en ella.

—¡Pareces una niña, Julia! No comprendo, ni ese respeto fanático, ni esos temores. Tu madre aparentará que se horroriza, ¡es natural! Pero seguramente, cuando tuvo tus años, haría lo mismo que tú haces. ¡Solo que las mujeres olvidáis tan fácilmente!…

—¡Aquiles! ¡Aquiles, no seas canallita!… ¡Para que tú puedas hablar de mi madre necesitas volver a nacer! ¡Si hay santas, ella es una!…

—No riñamos hija. Pero también tú puedes ser canonizada. Figúrate que yo me muero; que tú te arrepientes… ¿No hay en *El Año Cristiano* alguna historia parecida? A tu madre que lo lee todos los días debes preguntárselo.

La condesa le interrumpió:

—No tienes para qué nombrar a mi madre.

—¡Bueno! Cuando la canonicen a ella ya habrá la historia que buscamos.

La condesa medio enloquecida se arrojó del lecho; pero él no sintió compasión ni aun viéndola en medio de la estancia; los rubios cabellos destrenzados, lívidas las mejillas que humedecía el llanto; recogiendo, con expresión de suprema angustia, la camisa sobre los senos desnudos. Aquiles sentía esa cólera brutal, que en algunos hombres se despierta ante las desnudeces femeninas. Con clarividencia satánica, veía cuál era la parte más dolorosa de la infeliz mujer, y allí, hería sin piedad, con sañudo sarcasmo.

—¡Julia! ¡Julita! También tus hijos dirán mañana que tú has sido una santa. Reconozco que tu madre supo elegir mejor que tú sus amantes. ¿Sabes cómo la llamaban hace veinte años? ¡La canóniga, hija! ¡La canóniga!

La condesa horrorizada huyó de la alcoba. Aun cuando Aquiles tardó mucho en seguirla, la halló todavía desnuda, gimiendo monótonamente, con la cara entre las manos. Al sentirle, incorporose vivamente y empezó a vestirse, serena y estoica ya. Cuando estuvo dispuesta para marcharse, el estudiante trató de detenerla. Ella retrocedió con horror, mirándole de frente.

—¡Déjeme usted!

Y con el brazo siempre extendido, como para impedir el contacto del

hombre, pronunció lentamente:

—¡Ahora todo, todo ha concluido entre nosotros! Ha hecho usted de mí una mujer honrada. ¡Lo seré! ¡Lo seré! ¡Pobres hijas mías si mañana las avergüenzan diciéndoles de su madre, lo que usted acaba de decirme de la mía!…

El acento de aquella mujer era a la vez tan triste y tan sincero, que Aquiles Calderón, no dudó que la perdía. ¡Y sin embargo, la mirada que ella le dirigió desde la puerta, al alejarse para siempre, no fue de odio, sino de amor!…

Veracruz, enero de 1893.

TULA VARONA

LOS perros de caza iban y venían con carreras locas, avizorando las matas, horadando los huecos zarzales, y metiéndose por los campos de centeno con alegría ruidosa de muchachos. Ramiro Mendoza, cansado de haber andado todo el día por cuetos y vericuetos, apenas ponía cuidado en tales retozos: con la escopeta al hombro, las polainas blancas de polvo, y el ancho sombrerazo en la mano, para que el aire le refrescase la asoleada cabeza, regresaba a Villa-Julia, de donde había salido muy de mañana. El duquesito, como llamaban a Mendoza en el *Foreigner Club*, era cuarto o quinto hijo de aquel célebre Duque de Ordax que murió hace algunos años en París completamente arruinado. A falta de otro patrimonio, heredara la gentil presencia de su padre, un verdadero noble español, quijotesco e ignorante, a quien las liviandades de una reina, dieron pasajera celebridad. Aún hoy, cierta marquesa de cabellos plateados —que un tiempo los tuvo de oro, y fue muy bella— suele referir a los íntimos que acuden a su tertulia los lances de aquella amorosa y palatina jornada.

El duquesito caminaba despacio y con fatiga. A mitad de una cuestecilla pedregosa, como oyese rodar algunos guijarros tras sí, hubo de volver la cabeza. Tula Varona bajaba corriendo, encendidas las mejillas, y los rizos de la frente alborotados.

—¡Eh! ¡Duque! ¡Duque!… ¡Espere usted hombre!

Y añadió al acercarse:

—¡He pasado un rato horrible! ¡Figúrese usted, que unos indígenas me dicen que anda por los alrededores un perro rabioso!!!

Ramiro procuró tranquilizarla:

—¡Bah! No será cierto. Si lo fuese, crea usted que le viviría reconocido a ese señor perro.

Al tiempo que hablaba, sonreía de ese modo fatuo y cortés, que es frecuente en labios aristocráticos. Quiso luego poner su galantería al alcance de todas las

inteligencias, y añadió:

—Digo esto porque de otro modo quizá no tuviese…

Ella interrumpiole saludando con una cortesía burlona:

—Sí, ya sé: de otro modo, quizá no tuviese usted el alto honor de acompañarme.

Se reía con risa hombruna, que sonaba de un modo extraño en su pálida boca de criolla. Llevaba puesto un sombrerete de paja, sin velo ni cintajos, parecido a los que usan los hombres, guantes de perfumada gamuza, y borceguíes blancos, llenos de polvo. Su cabeza era pequeña y rizada; el rostro gracioso, el talle encantador. Gastaba corto el cabello, lo cual le daba cierto aspecto alegre y juguetón. Rehízo en el molde de su lindo dedo los ricillos rebeldes que se le entraban por los ojos, y añadió:

—Venga acá la escopeta, duque. Si aparece por ahí ese perro, usted no debe tirarle, es cuestión de agradecimiento. ¡Antes morir!

Riendo y loqueando tomó la escopeta de manos del duquesito, y se puso a marcar el paso. Sus movimientos eran muy graciosos, pero su alegría, demasiado nerviosa, resultaba inquietante como las caricias de los gatos. El duquesito, que se había quedado atrás, la desnudaba con los ojos. ¡Vaya una mujer! Tenía los contornos redondos, la línea de las caderas ondulante y provocativa… El buen mozo tuvo intenciones de cogerla por la cintura y hacer una atrocidad; afortunadamente, su entusiasmo halló abierta la válvula de los requiebros:

—¡Encantadora Tula! ¡Admirable! ¡Parece usted Diana cazadora!

Tula, medio se volvió a mirarle.

—¡Ay! ¡Cuantísima erudición! Yo estaba en que usted no conocía íntimamente otra Diana que la artista de Parish.

Era tan maligna la sonrisa que guiñaba sus negros ojos, que el duquesito, un poco mortificado, quiso contestar a su vez algo terriblemente irónico; pero en vano escudriñó los arcanos de su magín. La frase cruel, aquella de tres filos envenenados que debía clavarse en el corazón de la linda criolla, no apareció. ¡Oh! ¡Pobres mostachos, qué furiosamente os retorcieron entonces los dedos del duquesito!

Como cien pasos llevarían andados, y Tula, que caminaba siempre delante, se detuvo esperando a Mendoza:

—¡Ay! Tengo este hombro medio deshecho. Tome usted la escopeta. ¡Es más pesada que su dueño!

El otro la miró, sin abandonar la sonrisilla fatua y cortés. ¡La ironía! ¡La

terrible ironía acababa de ocurrírsele!

—¡Eso!… ¡Quién sabe, Tula! Usted aún no me ha tomado al peso.

Y se rio sonoramente, seguro de que tenía ingenio.

Tula Varona le contempló un momento a través de las pestañas entornadas.

—¡Pero hombre, que solo ha de tener usted contestaciones de almanaque! Le he oído eso mismo cientos de veces. ¡Y la gracia está en que tiene usted la misma respuesta para los dos sexos!

Como iba delante, al hablar volvía la cabeza, ya mirando al duquesito, por encima de un hombro, ya del otro, con esos movimientos vivos y gentiles de los pájaros que beben al sol en los arroyos.

De aquella mujer, de sus trajes y de su tren se murmuraba mucho en Villa-Julia: Sabíase que vivía separada de su marido, y se contaba una historia escandalosa. Cuando su doncella, una rubia inglesa, muy al cabo de ciertas intimidades, deslizó en la orejita nacarada y monísima de la señora, algo, como un eco, de tales murmuraciones, Tula se limitó a sonreír, al mismo tiempo que se miraba los dientes en el lindo espejillo de mano que tenía sobre la falda —un espejillo con marco de oro cincelado, que también tenía su historia galante—. Tula Varona, reunía todas las excentricidades y todas las audacias mundanas de las criollas que viven en París: jugaba, bebía y tiraba del cigarrillo turco, con la insinuante fanfarronería de un colegial. Al verla apoyada en el taco del billar, discutiendo en medio de un corro de caballeros el efecto de una carambola, o las condiciones de un caballo de carreras, no se sabía si era una dama genial o una aventurera muy experta.

Del sombrío caminejo de la montaña, salieron a un gran raso de césped, en mitad del cual había una fuentecilla: rodeábanla macizos de flores y bancos de hierro, colocados en círculo, a la festoneada sombra de algunos álamos. Grupos de turistas venían o se alejaban por la carretera. Dos jovencitas, sentadas cerca de la fuente, leían, comentándola, la carta de una amiga; algunas señoras, pálidas y de trabajoso andar, llamaban a sus maridos con gritos lánguidos; y una niñera que tenía la frente llena de rizos, contestaba haciendo dengues, las bromas verdes de tres elegantes caballeretes. Se veían muchos trajes claros, muchas sombrillas rojas, blancas y tornasoladas. Tula llenó en la fuente su vaso de bolsillo, una monería de cristal de Bohemia, y lo alzó desbordante:

—¡Duque, brindo por usted!

Bebió entre los cuchicheos de las dos jovencitas que leían la carta. Al acabar estrelló el vaso contra las rocas, y se echó a reír de modo provocativo.

—Vámonos, duque; no escandalicemos.

Estaba muy linda: el sol la hería de soslayo, el viento le plegaba la falda.

Desde la explanada, dominábase el vasto panorama de la ría guarnecida de rizos. Los tilos del paseo de París y las torres de la ciudad, destacábanse sobre la faja roja que marcaba el ocaso. Después de un centenar de pasos empezaban los palacetes modernos. Tula se detuvo ante la verja de un jardinillo. Tiró con fuerza de la cadena, que colgaba al lado de la puerta; y después, dijo, introduciendo el enguantado brazo por entre los barrotes:

—¡He aquí mi nido!

Los rayos del sol, que se ponía en un horizonte marino, cabrilleaban en los cristales. Era un hermoso nido, rodeado de follaje, con escalinata de mármol, y balcones verdes, tapizados de enredaderas. Tula tendió con gallardía la mano al duquesito, y mirándole a los ojos, pronunció con su acariciador acento de criolla:

—¿No quiere usted hacerme compañía un momento?… Tomaríamos mate a estilo de América.

El otro tuvo algún titubeo, y, a la postre, concluyó por animarse. Su amiga le hizo pasar a un saloncito sumido en amorosa penumbra. El ambiente estaba impregnado del aroma meridional y morisco de los jazmines que se enroscaban a los hierros del balcón. Tula indicole asiento con una graciosa reverencia, y se ausentó velozmente, no sin tornar alguna vez la cabeza para mirar y sonreír al buen mozo.

—¡Vuelvo duque! ¡Vuelvo! ¡No se asuste usted!

El duquesito la siguió con la vista. Tula Varona tenía ese andar cadencioso y elástico que deja adivinar unas piernas largas y esbeltas de venus griega. No tardó en aparecer envuelta en una bata de seda azul celeste, guarnecida de encajes. Posado en el hombro, traía un lorito, que salmodiaba el estribillo de un «fado» brasileño, y balanceaba a compás su verde caperuza. De aquella traza, recordaba esos miniados de los códices antiguos, que representan emperatrices y princesas, aficionadas a la cetrería, con rico brial de brocado, y un hermoso gavilán en el puño. Dejó el loro sobre la cabeza de una estatuilla de bronce, capricho artístico de Pradier, y se puso a preparar el mate sobre una mesa de bambú, en un rincón del saloncito. De tiempo en tiempo, volvíase, con gentil escorzo de todo el busto, para lanzar al duque una mirada luminosa y rápida. Conocíase que quería hacer la conquista del buen mozo; y adoptaba con él, aires

de coquetería afectuosa; pero en el fondo de sus negras pupilas, temblaba de continuo una risita burlona, que simulaba contenida por el marco de aquellas pestañas, rizas y luengas que, al mirar, se entornaban con voluptuosidad americana.

Dejaba pasar pocos momentos sin dirigir la palabra a su amigo, y cuando lo hacía era siempre de un modo picado y rápido. Colocaba la yerba en el fondo del mate, y se volvía sonriente.

—A esto llaman allá cebar…

Echaba agua, tomaba un sorbo y añadía:

—Es operación que hacen las negritas.

Y después de otro momento, al poner azúcar:

—No crea usted; tiene sus dificultades.

Cuando hubo terminado, llamó a Ramiro Mendoza, que en el otro extremo del saloncito, pasaba revista a una legión de idolillos indios esparcidos a guisa de *bibelots*, sobre un mueble japonés. El buen mozo la felicitó campanudamente por aquella encantadora genialidad. Tula entornó sus aterciopelados ojos:

—¡Oh! ¡Muchas gracias!

Los elogios de un hombre tan elegante no podían menos de serle muy agradables, pero, ¡ay!, resistíase a creer que fuesen sinceros. Ramiro protestó con mucho calor, y aquella protesta le valió una de esas miradas femeninas de parpadeo apasionado y rápido.

Para explicarle cómo se tomaba el mate, Tula llevose a los labios la boquilla de plata y sorbió lentamente. A menudo alzaba los párpados y sonreía. Los rizos caíanle sobre los ojos, el cuello mórbido y desnudo, graciosamente encorvado, parecía salir de una cascada de encajes; la azul y ondulante entreabertura de la manga dejaba ver, en incitante claroscuro, un brazo de tonos algo velados y dibujo intachable, que sostenía el mate de plata cincelada. Tula levantó la cabeza, y murmuró en voz baja e íntima.

—Pruebe usted Ramiro: pero tiene usted que poner los labios donde yo los he puesto… Tal es la costumbre. ¡La boquilla no se cambia!…

Ramiro la interrumpió: aquello era precisamente lo que él encontraba más agradable. Callose a lo mejor, viendo entrar un lacayo mulato, que traía una bandeja con pastas y licores. ¡Hay que imaginarse a Trinito! Una figurilla renegrida, manchada de hollín; una librea extravagante; una testa llena de rizos negros y apretados, como virutas de ébano; unos ojos vivos, asomando por debajo de las cejas, crespas y caídas, de enanillo encantador y burlón.

Tula llenó dos copas muy pequeñas.

—Va usted a tomar *Licor de Constantinopla* regalo del embajador turco en París.

Con un gesto le pidió el mate para ponerle más agua. Antes de volvérselo, dio algunos sorbos, al mismo tiempo que, de soslayo, lanzaba miraditas picarescas a Mendoza.

—Ahora supongo que le gustará a usted más…

—¡Naturalmente, Tula!

—No sea usted malicioso. Dígolo porque estará menos amargo.

Después del mate la plática toma carácter más íntimo. El duquesito cuenta su género de vida en Madrid: Su afición a los toros, su santo horror a la política; recuerda las agradables veladas musicales en las habitaciones de la Infanta, los saraos de la condesa de Cela. Sentía él necesidad de hablar con Tula, de contarle cuanto pensaba y hacía. ¡Lo escucha ella con tanto interés! A veces le interrumpe dirigiéndole alguna frase de magistral coquetería y le da golpecitos en las rodillas con un largo abanico de palma, que ha tomado de encima del piano. El duquesito se acaricia la barba maquinalmente, sin ser dueño de apartar los ojos un momento de aquel rostro picaresco y riente, que aún parece adquirir gentileza, bajo el tricornio, hecho con un número antiguo de *Le Fígaro*, que entre burla y coqueteo, la criolla acaba por encasquetarse sobre los rizos, con tan buen donaire, que nunca estudiantino de la tuna lo tuvo igual.

—¿Qué tal, Duque?

—¡Sublime! ¡Encantadora! ¡Deliciosísima!

En el vestíbulo, tras la puerta de cristales del saloncito, se dibujó el perfil de una señora anciana, la cual, después de haber observado un instante, asomó la cabeza sonriendo cándidamente.

—¿No ha venido el señor Popolasca?

—No, tiita. ¿Pero qué hace que no pasa? Ándele, tomará mate.

La tiita dio las gracias. Era una señora que tenía siempre grandes quehaceres; y se alejó a saltitos, haciendo cortesías a Ramiro Mendoza, que retorcía entre sus dedos furibundos las guías del bigote a lo matón. Cuando hubo desaparecido la anciana, el duquesito tomó la copa, vaciola de un sorbo, y a tiempo de ponerla sobre la mesa, preguntó:

—Diga usted, Tula, se puede saber quién es ese Popolasca que al parecer viene todos los días.

La criolla no se inmutó.

—Un italiano que me da lecciones de esgrima. ¡Oh! ¡Aquí donde usted me ve, soy gran espadachina!

A todo esto, habíase puesto en pie, y se alisaba los cabellos.

—¡Vamos! ¿Quiere usted que le dé unos cuantos botonazos? ¿De verdad, quiere usted?

Y señalándole el juego de floretes que había en un rincón, esparcido sobre varias sillas, añadió:

—Allí tiene usted. ¡Y ahora veremos cuántas veces lo mato!

Se pusieron en guardia, riendo de antemano, como si fuesen a representar un paso muy divertido. Tula, con la mano izquierda, recogía la cola hasta mostrar el principio de la redonda y alta pantorrilla. El duquesito dejose tocar por cortesía, y luego emprendió uno de esos juegos socarrones de los maestros, envolviendo, ligando, descubriéndose, retrocediendo con la punta del florete en el suelo. Sonreía como un hércules, que hace juegos de fuerza ante un público de niñeras y bebés. Tula acabó por enfadarse, y se dejó caer sobre el confidente, jadeante, casi sin poder hablar:

—¡Ay!… Conste que es usted un gran tirador, Ramiro, pero conste también, que es usted muy poco galante.

Acabó de quitarse el guante y lo arrojó lejos de sí.

—Me ha dado usted un terrible botonazo.

Y señalaba el seno de armonioso dibujo oprimiéndoselo suavemente con las dos manos. El duquesito preguntó sonriendo:

—¿Me permite usted ver?…

—¡Hombre no! Puede usted desmayarse.

Tula, recostada en el confidente, suspiraba de ese modo hondo, que levanta el seno con aleteo voluptuoso. Las manos, que conservaba cruzadas, parecían dos palomas blancas, ocultas entre los encajes del regazo azul, en cuya penumbra de nido, el rubí de una sortija lanzaba reflejos sangrientos sobre los dedos pálidos y finos. Algunos pájaros de América modulaban apenas un gorjeo en sus jaulas doradas, que pendían inmóviles entre los cortinajes de los abiertos balcones; y en los ángulos, trípodes de bambú, sostenían tibores con enormes helechos de los trópicos.

Ramiro Mendoza miraba a Tula de hito en hito; y atusábase el bigote, sonriendo, con aquella sonrisa fatua y cortés, que jamás se le caía de los labios. A su pesar, el buen mozo sentíase fascinado, y temía perder el dominio que hasta

entonces conservara sobre sí. Instintivamente se llevó una mano al corazón, cuya celeridad le hacía daño. La criolla mordiose los labios disimulando una sonrisa, al mismo tiempo que con la yema de los dedos se registraba la ola de encajes, que parecía encresparse sobre su pecho; pero no hallando lo que buscaba alzó los ojos hasta el duquesito.

—Eche usted acá un cigarrillo, maestro Cuchillada.

Ramiro sacó la petaca, de la que no faltaba el hípico trofeo de la montura inglesa, y se la presentó abierta a la criolla.

—No hay más que un cigarro, Tula, ¿le parece a usted que lo fumemos juntos?…

Su sonrisa tenía una expresión extraña; su voz sonaba seca y velada. Extrajo el cigarro con exquisita elegancia y continuó:

—¿Acepta usted, Tula? Lo fumaremos como hemos tomado el mate… Figúrese usted que ahora se pagan en esa moneda los derechos al Estado, y que el Estado en este caso soy yo, como aquel rey de Francia.

La criolla replicó con viveza y malicia:

—Pero esta personita no acostumbra a pagar derechos… Ya que para figuraciones estamos, ¡figúrese usted que soy contrabandista!

Sus ojos brillaban con cierto fuego interior y maligno: toda su persona parecía animada de lascivo encanto, como si se hallase medio desnuda, en nido de seda y encajes, tenuemente iluminado por una lámpara de porcelana color rosa. Miró al duquesito de un modo acariciador y tierno, y se echó a reír con tal abandono, que se tiró hacia atrás en el confidente. Como la risa le duró mucho tiempo, los ojos del buen mozo pudieron pasar, desde la garganta blanca y tornátil, sacudida por el coro de carcajadas cristalinas, hasta las pantuflas turcas, y las medias de seda negra, salpicadas de mariposillas azul y plata y extendidas sin una arruga sobre la pierna… Tula se incorporó haciendo al duquesito lugar a su lado en el confidente, envolviéndole al mismo tiempo en una mirada sostenida con los ojos medio cerrados.

—¡Dios mío! ¡Va usted a creer que soy una loca!

Él se inclinó con gallardía.

—Lo que creo es que el loco acabaría por serlo yo, si tuviese la dicha de permanecer mucho tiempo al lado de mujer tan adorable.

—Pues si usted tiene ese miedo, otra vez le cerraré la puerta.

Sabía ella decir todas estas trivialidades con coquetería insinuante y graciosa. Su charla, alegre y burbujeante, parecía libada en una copa llena de vino de

Falerno y hojas de rosa; pero el hechizo incomparable de aquella mujer hallábase en el movimiento provocativo y picaresco de los labios, que, en cada frasecilla, engastaban un grano de sal que cristalizaba en forma de diamante.

La criolla habla, ríe, se mueve, gesticula todo a un tiempo, con coquetería vivaz e inquietante. Como al descuido, su pie delicado y nervioso, entretenido en hacer saltar la babucha turca, roza el pie y la polaina del duquesito, el cual, espoleado por aquellos rápidos contactos se aventura a rodear con su brazo el talle de la criolla, bien que sin osar estrechárselo. Aprovechando un momento en que ella torna la cabeza, se inclina y la besa en los cabellos furtivamente, con ternura tímida. La criolla lanza un grito trágico.

—¡Me ha besado usted, caballero!…

—¡Tula! ¡Tula!… ¡Perdone usted! ¿No ve usted que estoy loco?… ¡Déjeme usted que la adore!…

Habíale cogido las manos, y le besaba la punta de los dedos suspirando. Tula le veía temblar, sentía el roce de sus labios, oía sus palabras llenas de ardimiento, y experimentaba un placer cruel al rechazarle tras de haberle tentado. Arrastrada por esa coquetería peligrosa y sutil de las mujeres galantes, placíale despertar deseos que no compartía. Pérfida y desenamorada, hería con el áspid del deseo, como hiere el indio sanguinario, para probar la punta de sus flechas.

Ramiro Mendoza no pudo contenerse más, y la estrechó con ardor. Ella se desasió rechazándole:

—¡Déjeme usted, canalla!

Cogió uno de los floretes y le cruzó la cara. El duquesito dio un paso, apretando los dientes: ella, en vez de huirle, acerada, erguida, con la cabeza alta y los ojos brillantes, como viborilla a quien pisan la cola, le azotó el rostro, una y otra vez, sintiendo a cada golpe, esa alegría depravada de las malas mujeres cuando cierran la puerta al querido que muere de amor y de celos.

—¡Salga usted! ¡Salga usted!

Al ruido acudió Trinito; su faz de diablillo ahumado dibujaba una sonrisa grotesca. Para él, todo aquello era un juego de los señores.

—Mi amita, ¿manda alguna cosa?

Tula se volvió blandiendo el florete:

—Sí; enseña la puerta a ese caballero.

El duquesito, lívido de coraje, salió atropellando al criado. La criolla, apenas le vio desaparecer, hizo una mueca de burla, y se encasquetó el tricornio de

papel; luego saltando sobre un pie, pues en la defensa escurriérasele una pantufla, se aproximó al espejo. Sus ojos brillaban, sus labios sonreían, hasta sus dientecillos blancos y menudos parecían burlarse alineados en el rojo y perfumado nido de la boca; sentía en su sangre el cosquilleo nervioso de una risa alegre y sin fin que, sin asomar a los labios, deshacíase en la garganta y se extendía por el terciopelo de su carne como un largo beso. Todo en aquella mujer cantaba el diabólico poder de su hermosura triunfante. Insensiblemente empezó a desnudarse ante el espejo, recreándose largamente en la contemplación de los encantos que descubría: experimentaba una languidez sensual al pasar la mano sobre la piel fina y nacarada del cuerpo. Habíansele encendido las mejillas, y suspiraba voluptuosamente entornando los ojos, enamorada de su propia blancura, blancura de diosa, tentadora y esquiva…

¡Diana cazadora la llamara el duquesito, bien ajeno al símbolo de aquel nombre!

Pontevedra, septiembre de 1893.

OCTAVIA SANTINO

EL pobre mozo permanecía en la actitud de un hombre sin consuelo, sentado delante de la mesa donde había escrito las *Cartas a una querida*, aquellos versos eróticos, inspirados en la historia de sus amores con Octavia Santino. Conservaba la abatida cabeza entre las manos, y sus dedos flacos y descoloridos desaparecían bajo la alborotada y obscura cabellera, a la cual se asían, de tiempo en tiempo, coléricos y nerviosos. Cuando se levantó para entrar en la alcoba, donde la enferma se quejaba débilmente, pudo verse que tenía los ojos escaldados por las lágrimas. Hacía un año que vivía con aquella mujer. No era ella una niña, pero sí todavía hermosa; de regular estatura y formas esbeltas; con esa morbidez fresca y sana que comunica a la carne femenina el aterciopelado del albérchigo, y le da grato sabor de madurez. Supiera hacerse amar, con ese talento de la querida que se siente envejecer, y conserva el corazón joven, como a los veinte años; ponía ella algo de maternal en aquel amor de su decadencia; era el último, se lo decían bien claro los hilillos de plata que asomaban entre sus cabellos castaños, los cuales aún conservaban la gracia juvenil.

Un momento se detuvo Perico Pondal en la puerta de la alcoba. Era triste de veras aquella habitación silenciosa, solemne, medio a obscuras; envuelta en un vaho tibio, con olor de medicinas y de fiebre.

La llama viva de la chimenea arrojaba claridades trémulas y tornadizas sobre el contorno suave y lleno de gracia, que el cuerpo de la enferma dibujaba a través de las ropas del lecho. Lo primero que se veía al entrar era una cabeza lívida, de mujer hermosa, reposando sobre la blanca almohada. Pondal sintió que sus ojos volvían a llenarse de lágrimas, ante aquel rostro, que parecía no tener gota de sangre, y en el cual las tintas trágicas de la muerte empezaban a extenderse; pero vio que Octavia le miraba, llamándole a su lado con una triste sonrisa, y trató de sonreír también para tranquilizarla. Llegose al lecho; y tomando dulcemente la mano que la enferma dejaba colgar fuera, la retuvo entre

las suyas, besándola en silencio, porque la emoción apenas le dejaba hablar. Ella le acarició la mejilla como a un niño, murmurando:

—¡Pobre pequeño!… ¡Cuánto siento dejarte!…

—¡No, no! ¡Tú no me dejas, porque yo me iré contigo!…

En el rostro del joven se reflejaban las sacudidas nerviosas que le costaba no estallar en sollozos. Octavia le miró un momento, y atrayéndole a sí, prodigole las palabras más tiernas. Después, devorándole con sus ojos febriles y oprimiéndole la mano murmuró:

—¿Sabes qué día es mañana, Pedro?

Él contestó con la voz llena de lágrimas:

—No, ¿qué día es?

—¡Mañana hace dos años que nos hemos conocido! ¿Te acuerdas? ¡Quién te había de decir entonces que tendrías que cuidarme, mi pobre pequeño!… ¡Pero por Dios no te aflijas! ¡Háblame! ¡Háblame!… ¡Dime que te acuerdas de todo!…

En el silencio y la obscuridad de la alcoba, el murmullo de la voz tenía algo de la solemnidad de un rezo. Perico muy conmovido gritó:

—¡Sí, me acuerdo! ¡Me acordaré toda la vida!!!

Fue aquel un grito salido de lo más hondo del alma. Desde entonces ya no pudo contenerse por más tiempo, y se puso a sollozar como un niño.

—¡Octavia! ¡Octavia!… ¡Alma mía!… ¡Queridita mía!… ¡No me dejes solo en el mundo!

Y sellaba con pasión sus labios sobre la mano de la enferma, una mano hermosa y blanca, húmeda ya por los sudores de la agonía.

Ella cerraba los ojos, suplicándole que callase.

—Mira, encanto; si no debes sentirme de ese modo. ¿Qué era yo para ti más que una carga? ¿No lo comprendes? Tú tienes por delante un gran porvenir. Ahora, luego que yo me muera, debes vivir sólito; no creas que digo esto porque esté celosa; ya sé que a muertos y a idos… Te hablo así, porque conozco lo que ata una mujer. Tú, si no te abandonas, ¡tienes que subir muy alto! Créeme a mí. Pero Dios que da las alas, las da para volar uno solo. ¿Sí, mi hijito? Después de que hayas triunfado, te doy permiso para enamorarte…

Intentó sonreír para quitar a sus palabras la amargura que rebosaban. Pondal le puso una mano en la boca.

—No hables así, Octavia, porque me desgarras el corazón. Tú vivirás y volveremos a ser felices.

—¡Aunque viviese, no lo seríamos ya!

Su voz era tan débil que no parecía sino que ya hablaba desde el sepulcro. En aquella conversación agónica, que podía ser la última, todo el pasado de sus relaciones volvía a su memoria, y a pesar de la sonrisa resignada que contraía sus labios descoloridos, conocíase cuánto la hacía sufrir este linaje de recuerdos. Perico, sentado al borde de la cama, con la cabeza entre las manos, suspiraba en silencio. Él también recordaba otros días, días de primavera, azules y luminosos; mañanas perfumadas; tardes melancólicas; horas queridas: paseos de enamorados que se extravían en las avenidas de los bosquecillos, cuando los insectos zumban la ardiente canción del verano, florecen las rosas, y las tórtolas se arrullan sobre las reverdecidas ramas de los robles. Recordaba los albores de su amor, y todas las venturas que debía a la moribunda. Sobre aquel seno de matrona, perfumado y opulento, ¡había reclinado tantas veces en delicioso éxtasis su testa orlada de rizos, como la de un dios adolescente! ¡Aquellas pobres manos, que ahora se enclavijaban sobre la sábana, tenían jugado tanto con ellos!… Y al pensar en que iba a verse solo en el mundo; que ya no tendría regazo donde descansar la cabeza, ni labios que le besasen, ni brazos que le ciñesen, ni manos que le halagasen; tropel de gemidos y sollozos subíale a la garganta, y se retorcía en ella, como rabiosa jauría.

—¡Señor! ¡Señor!… ¡No me la lleves! ¡Sé bueno!…

Y Perico, conteniendo trabajosamente las lágrimas, se puso a rezar, como un niño que era. ¿Por qué no había de hacer Dios un milagro? Y esta esperanza postrera, tan incierta, tan lejana, apoderándose de su pobre corazón, le trajo, como un perfume de incienso, el recuerdo de la infancia en el hogar paterno, donde todas las noches se rezaba el rosario… ¡Ay, fue al deshacerse aquel hogar, cuando conociera a Octavia Santino!…

Aunque mozo de veinte años, Perico Pondal no pasaba de ser un niño triste y romántico, en quien el sentimiento adquiría sensibilidad verdaderamente enfermiza. De estatura no más que mediana, ademán frío, y continente tímido y retraído, difícilmente agradaba la primera vez que se le conocía —él mismo solía dolerse de ello, exagerándolo como hacía con todo—. Apuntábale negra barba, que encerraba, a modo de marco de ébano, un rostro pálido y quevedesco. La frente era más altiva que despejada; los ojos más ensoñadores que brillantes. Aquella cabeza prematuramente pensativa parecía inclinarse impregnada de una tristeza misteriosa y lejana. Su mirar melancólico era el mirar de esos adolescentes, que, en medio de una gran ignorancia de la vida, parecen tener

como la visión de sus dolores, y de sus miserias.

Octavia parecía dormitar; inmóvil, pálida como la muerte, con los cabellos sueltos sobre la almohada. En los labios de Perico, vagaba el mosqueo igual y continuado de un rezo. Poco a poco su amiga abrió los ojos, y los fijó en él con vago espanto.

—¿Qué haces?… ¡Rezas?

Perico dijo que no; y la enferma procurando sonreír, le hizo seña de que se acercase:

—Esta mañana, poco después de haber salido tú, he tenido una visita… Las hijas del general Rojas; dos niñas de quienes fui institutriz.

Aquí tuvo que hacer una pausa y luego añadió:

—Una de ellas, Isabelita, viendo tu retrato, me preguntó si era mi novio… Las inocentes no saben que vivo contigo… Venía con ellas un sacerdote: el capellán de la casa según creo… Se sentó ahí, donde tú estás, y me estuvo hablando largo rato. ¡Si vieras qué trabajos pasé para engañarle!… ¡Luego temía que tú llegases y te viesen!…

Hubo de interrumpirse nuevamente. Suspirando, clavó los ojos en un crucifijo que había a los pies del lecho, y sin desviarlos ya, acabó en voz mucho más apagada:

—¡Ah! ¡Es un santo ese sacerdote! ¡Con tanto cariño me indicaba que debía confesarme!… Decía que no se debe esperar al último momento; que conviene hacerlo aun cuando el mal no sea grave… ¡Te digo que es un santo!…

Perico, encorvándose sobre ella, preguntole con afán:

—¿Entonces, quieres que venga un confesor? Yo también había pensado en ello… Gravedad no la hay, eso no…

La enferma vaciló un momento; luego volviendo a él los hermosos ojos, nublados por la calentura, exclamó con dolorosa resolución:

—¡No, no!… Prefiero condenarme así… ¡Anda, dame un beso!

Y exhalando un gemido, avanzaba el rostro, y le presentaba la boca. Perico la miró asombrado.

—¿Pero por qué no quieres?

Octavia sollozó:

—¡Ay! Cuando entrase el sacerdote, tú tendrías que irte; que salir de esta casa; que no volver ya… Diría que es pecado… ¡No ves que soy tu querida!… Y yo quiero verte, tenerte siempre a mi lado… ¡Pedirte perdón! ¡Lo demás no me importa nada!

Quiso arrojarse del lecho y Perico la sujetó suplicándole que se calmase. Sollozaba prometiendo casarse con ella.

—¿Ves? Este es el resultado… ¡Ya me lo temía! ¿Pero qué tienes? ¿No comprendes que así te pones peor? ¡Dios mío! ¡Dios mío! Yo tengo la culpa.

Octavia, exánime y jadeante, había caído sobre la almohada. Sintió un ahogo que la privó de respiración un instante, y ocultando la frente en las almohadas, rompió a llorar amargamente. En vano su amante trató de consolarla. Ella sentíase conmovida ante el afecto de aquel niño; y la conciencia le remordía, como si no le hubiese amado bastante. Cediendo a sus ruegos descubrió el rostro, y las lágrimas siguieron cayendo de aquellos ojos de tan puro azul, pero silenciosas, sin gemidos ni sollozos. Se miraron inmóviles los dos, con las manos enlazadas, como si fuesen a hacerse un juramento. La mirada que cambiaron era la despedida muda, solemne, angustiosa que se dan dos almas al separarse; era la evocación de sus recuerdos; todo el pasado de aquel amor, al cual iba a poner término la muerte. Las lágrimas corrieron más abundantes de los ojos de Octavia, y algo intolerable y mortificante sintió en el corazón:

—¡Qué no haría yo para que no me llorase mi pobre pequeño!

Había vuelto a esconder la cabeza en las almohadas, sollozando tan bajito, que apenas se la oía.

Pondal se inclinó y puso sus labios en los cabellos de Octavia, besándolos suavemente, recorriendo toda la trenza. Estuvo así larguísimo rato, susurrando palabras cariñosas que producían en la enferma estremecimientos convulsivos y dolorosos. Se inclinó un poco más, y levantando con cuidado, como una reliquia, aquella adorada cabeza, la obligó a que le mirase. Ella clavó en él con extraordinaria tristeza las pupilas, que parecían más grandes y más bellas por efecto de la demacración del rostro, y los dos permanecieron mudos, tratando de leerse los más escondidos pensamientos: Perico fue el primero en hablar.

—¿Qué tienes? ¿No me dices?

Los labios de la enferma se agitaron apenas.

—Pedro…

—¿Qué, mi pobrecita?

—¡Quiero que me prometas una cosa!

—Cuantas quieras.

—Que en ningún caso me dejarás morir sola.

—¿Qué dices Octavia?

—¿Lo juras?

—¡Lo juro!… ¡Pero eso es una locura que a nada viene!

—¡Cállate, por Dios! Me haces un daño horrible… ¡Calla!

Se cubrió los ojos, como si la llama de la chimenea le molestase, y añadió:

—Después te diré eso… No quiero que mi muerte te haga sufrir.

Creyó Pondal que la enferma deliraba, y nada dijo. Ella siguió musitando:

—¡Sin embargo, te he amado mucho, Pedro!… ¡Mucho! ¡Mucho!… ¡Bien lo sabe Dios!…

—¡Y yo también lo sé!…

—¡No! ¡No!… ¡Tú no lo sabes!…

Experimentó una rápida conmoción, y se quedó lívida y distendida, como si fuese a morir. Cuando hubo cobrado ánimo, añadió:

—¡Hubiese sido yo tan feliz sin este torcedor! No; no quiero que me llores; no quiero…

—Pero Octavia, ¿qué tienes? ¡Tú deliras! Te suplico que calles, ¿no me oyes, Octavia querida? Te lo suplico…

Se dejó caer en el sillón que había arrimado al lecho, y tomó la mano que Octavia tenía sobre el arrugado doblez de la sábana.

—Ahora te prohíbo hablar, y si no me obedeces, ya lo sabes, me voy.

Octavia oprimió suavemente la mano de su amigo procurando sonreír, pero la mueca que hizo en la tentativa, resultó espantable. Después quedose como dormida, pero solo fue un momento; en seguida abrió los ojos sobresaltada, como si saliese de una pesadilla, y extendió las manos palpando con avidez la cabeza de su amante.

—¿Estás ahí Perico? ¡No te veo!

—Sí, ¡aquí estoy mi vida!

Perico separó los cabellos empapados de sudor que obscurecían la frente de la enferma, y depositó en ellos un largo beso, lleno de amor y de tristeza. Después, volviendo a sentarse, empezó a decir:

—Esta mañana encontré a Corsino Infante que me preguntó por ti: Le dije que no estabas bien, y prometió venir a verte.

Octavia gimió sordamente.

—¡No, no! ¡Que no venga!

—¿Pero por qué, hija? ¡Vamos, no seas así! Si no quieres hacer lo que él recete no lo haces… Verdaderamente no viene más que como amigo… Yo, sin embargo, entre Corsino y tu doctor Cuevas, no vacilaría… Ya has visto lo que pasó en mi enfermedad; Corsino fue el único que estuvo un poco acertado… El

doctor Cuevas es un practicón, nada más; ¡e Infante ha estudiado mucho!…

Y Perico endulzaba la voz para no disgustar a la enferma.

—Pero tú no le quieres bien, y eres ingrata; de verdad que sí.

Octavia, que parecía sufrir mucho, balbuceó con creciente anhelo:

—¡Calla!… ¡Calla! ¡Por la Virgen María, no me acongojes!!!

Un enorme gato de pelambre chamuscada y amarillenta que dormía delante de la chimenea, despertose, enarcó el lomo erizado, sacó las uñas, giró en torno con diabólico maleficio, los ojos fosforescentes y fantásticos, y huyó con menudo trotecillo. Octavia estremeciose, poseída de uno de esos terrores supersticiosos que experimentan las imaginaciones enfermas, y se incorporó, apoyada en el borde del lecho, mirando anhelante; fue menester que Pondal, a la fuerza, la obligase a acostarse, colocándole suavemente la cabeza en el centro de la almohada; ella parecía no verle; tenía la mirada vaga, y respiraba fatigosa con el semblante contraído. Su amante la miraba, sin ser dueño de contener las lágrimas; por un formidable esfuerzo de la voluntad se serenó, para preguntarle qué tenía; no contestó Octavia, y él insistió:

—¿Sufres mucho?

La enferma abrió los ojos, que se fijaron con extravío en los objetos; agitáronse sus labios, pero fueron tan apagadas y confusas las palabras que salieron de ellos, que casi no rozó su aliento el rostro de Perico, que se inclinaba sobre ella, para oír mejor; sin embargo, a él le pareció que Octavia decía:

—¡No puedo! ¡No puedo!… Me remuerde…

Y la vio temblar en el lecho; el rostro demudado y convulso. Luego quedó estirada, rígida, indiferente; la cabeza torcida; entreabierta la boca por la respiración, el pecho agitado. Pondal permanecía en pie; irresoluto, sin atreverse ni a llamarla, ni a moverse, por no turbar aquel reposo que le causaba horror. Entenebrecido y suspirante volvió a sentarse junto al lecho, la barbeta apoyada en la mano, el oído atento al más leve rumor. Allá abajo, se oía el perpetuo sollozo de la fuentecilla del patio, unas niñas jugaban a la rueda; y los vendedorcillos de periódicos pasaban pregonando las últimas noticias de un crimen misterioso. La habitación empezaba a quedarse completamente a obscuras, y Pondal se levantó para entornar los postigos del balcón que estaban cerrados. Era la tarde de esas adustas e invernales, de barro y de llovizna, que tan triste aspecto prestan a la vieja ciudad. Siniestras ráfagas plomizas y lechosas pasaban lentamente ante los cristales que la ventisca azotaba con furia. Dos aguadores sentados sobre sus cubas, aguardaban la vez, entonando una canción

de su país. Perico no entendía la letra, que tenía una cadencia lánguida y nostálgica, pero, con aquella música, sentía poco a poco penetrar en su alma supersticioso terror. Creyó oír la voz de Octavia, y volvió vivamente la cabeza. La enferma se había incorporado en las almohadas, y le llamaba con la angustia pintada en el semblante. Él corrió al lado de ella.

—¿Qué tienes?…

—Creo que voy a morirme. Escucha, no debes llorarme, porque…

Calló temblando; la huella de sus ojeras se difundió por toda la mejilla; agitáronse sus labios como si fuese a llorar, sus facciones acentuáronse cada vez más cadavéricas y los dientes se entrechocaron; pero luego, levantándose loca, gritó:

—¡No; no debes quererme! ¡Te he engañado! ¡He sido mala!

Pondal la miró estúpidamente, mientras en sus labios, trémulos y sin color, se dibujaba esa sonrisa tirante y angustiosa que algunos reos tienen sobre el cadalso; pero aquello no duró más que un momento, porque en seguida, como si volviese en sí, gritó:

—¿Qué dices Octavia? ¡Eso no puede ser! ¡Es imposible!

—No, no; ¡pero espera! ¡Te quiero!… ¡Me lo has prometido!…

Pondal, encorvado sobre la moribunda, la sacudía brutalmente por los hombros, repitiendo:

—¡Habla! ¡Habla! ¡Dime que no es verdad! ¡Dime quién es él! ¡Habla!

Octavia le miró con expresión sobrehumana, dolorida, suplicante, agónica; quiso hablar, y su boca sumida y reseca por la fiebre se contrajo horriblemente; giraron en las cuencas, que parecían hundirse por momentos, las pupilas dilatadas y vidriosas; volviósele azulenca la faz; espumajaron los labios, el cuerpo enflaquecido estremeciose, como si un soplo helado lo recorriese, y quedó tranquilo, insensible a todo, indiferente, lleno del reposo de la muerte.

Pedro Pondal, clavándose las uñas en la carne, y sacudiendo furioso la melena de león, sin apartar los ojos del cuerpo de su querida, repetía enloquecido:

—¿Por qué? ¿Por qué quisiste ahora ser buena?

Nublose la luna, cuya luz blanquecina entraba por el balcón; agonizó el fuego de la chimenea, y el lecho, que era de madera, crujió…

México, julio de 1892.

LA NIÑA CHOLE

(DEL LIBRO IMPRESIONES DE TIERRA CALIENTE, POR ANDRÉS HIDALGO)

HACE bastantes años, como final a unos amores desgraciados, me embarqué para México en un puerto de las Antillas españolas. Era yo entonces mozo y algo poeta, con ninguna experiencia y harta novelería en la cabeza; pero creía de buena fe en muchas cosas de que dudo ahora; y libre de escepticismos, dábame buena prisa a gozar de la existencia. Aunque no lo confesase, y acaso sin saberlo, era feliz, con esa felicidad indefinible, que da el poder amar a todas las mujeres. Sin ser un donjuanista, he vivido una juventud amorosa y apasionada; pero de amor juvenil y bullente, de pasión equilibrada y sanguínea. Los decadentismos de la generación nueva no los he sentido jamás; todavía hoy, después de haber pecado tanto, tengo las mañanas triunfantes, como dijo el poeta francés.

El vapor que me llevaba a México era el *Dalila*, hermoso barco que después naufragó en las costas de Galicia. Aun cuando toda la navegación tuvimos tiempo de bonanza, como yo iba herido de mal de amores, los primeros días, apenas salí del camarote ni hablé con nadie. Cierto que viajaba para olvidar, pero hallaba tan novelescas mis cuitas, que no me resolvía a ponerlas en olvido. En todo me ayudaba aquello de ser *yankee* el pasaje, y no parecerme tampoco muy divertidas las conversaciones por señas. ¡Cuán diferente mi primer viaje a bordo del *Masniello* que conducía viajeros de todas las partes del mundo! Recuerdo que al segundo día, ya tuteaba a un príncipe napolitano. No hubo entonces damisela mareada, a cuya pálida y despeinada frente, no sirviese mi mano de reclinatorio. Érame divertido entrar en los corrillos que se formaban sobre cubierta, a la sombra de grandes toldos de lona, y aquí chapurrear el italiano con los mercaderes griegos, de rojo fez y fino bigote negro; y allá, encender el

cigarro en la pipa de los misioneros mormones. Había gente de toda laya: tahúres que parecían diplomáticos; cantantes con los dedos cubiertos de sortijas; comisionistas barbilindos, que dejaban un rastro de almizcle, y generales americanos, y toreros españoles, y judíos rusos, y grandes señores ingleses. ¡Una farándula exótica y pintoresca, cuya algarabía causaba vértigo y mareo!…

El amanecer de las selvas tropicales cuando sus macacos aulladores, y sus verdes bandadas de loritos saludan al sol, me ha recordado muchas veces la cubierta de aquel gran trasatlántico, con su feria babélica de tipos, de trajes y de lenguas; pero más, mucho más, me lo recordaron las horas untadas de opio que constituían la vida a bordo del *Dalila*.

Por todas partes asomaban rostros pecosos y bermejos, cabellos azafranados, y ojos perjuros. ¡*Yankees* en el comedor; *yankees* en el puente; *yankees* en la cámara! ¡Cualquiera tendría para desesperarse! Pues bien, yo lo llevaba muy en paciencia. Mi corazón estaba muerto ¡tan muerto, que no digo la trompeta del juicio; ni siquiera unas castañuelas le resucitarían! Desde que el pobrecillo diera las boqueadas, yo parecía otro hombre: habíame vestido de luto; y en presencia de las mujeres, a poco lindos que tuviesen los ojos, adoptaba una actitud lúgubre, de poeta sepulturero y doliente, actitud que no estaba reñida con ciertos soliloquios y discursos que me hacía harto frecuentemente, considerando cuán pocos hombres tienen la suerte de llorar una infidelidad a los veinte años…

Por no ver aquella taifa de usureros *yankees*, apenas salía de mi camarote; solamente cuando el sol declinaba iba a sentarme a popa, y allí, libre de importunos, pasábame las horas viendo borrarse la estela del *Dalila*. El mar de las Antillas, cuyo trémulo seno de esmeralda penetraba la vista, me atraía, me fascinaba, como fascinan los ojos verdes y traicioneros de las hadas que habitan palacios de cristal en el fondo de los lagos. Pensaba siempre en mi primer viaje. Allá, muy lejos, en la lontananza azul donde se disipan las horas felices, percibía como en esbozo fantástico, las viejas placenterías. El lamento informe y sinfónico de las olas despertaba en mí un mundo de recuerdos: perfiles desvanecidos; ecos de risas; murmullo de lenguas extranjeras, y los aplausos, y el aleteo de los abanicos mezclándose a las notas de la tirolesa que en la cámara de los espejos cantaba Lilí. Era una resurrección de sensaciones; una esfumación luminosa del pasado; algo etéreo, brillante, cubierto de polvo de oro, como esas reminiscencias que los sueños nos dan a veces de la vida…

A los tres días de viaje, el *Dalila* hizo escala en un puerto de Yucatán.

Recuerdo que fue a media mañana, bajo un sol abrasador que resecaba las maderas y derretía la brea, cuando dimos fondo en aquellas aguas de bruñida plata. Los barqueros indios, verdosos como antiguos bronces, asaltan el vapor por ambos costados, y del fondo de sus canoas, sacan exóticas mercancías: cocos esculpidos, abanicos de palma, y bastones de carey, que muestran, sonriendo como mendigos, a los pasajeros que se acodan sobre la borda. Cuando levanto los ojos hasta los peñascos de la ribera, que asoman la tostada cabeza entre las olas, distingo grupos de muchachos desnudos que se arrojan desde ellos, y nadan grandes distancias, hablándose a medida que se separan y lanzando gritos; otros descansan sentados en las rocas con los pies en el agua, o se encaraman, para secarse al sol que ya decae, y los ilumina de soslayo, gráciles y desnudos como figuras de un friso del Parthenon. Visto con ayuda de los gemelos del capitán, Progreso recuerda esos paisajes de caserío inverosímil que dibujan los niños precoces; es blanco, azul, encarnado; de todos los colores del iris. Una ciudad que sonríe, como señorita vestida con trapos de primavera, que sumerge la punta de los piececillos lindos en la orilla del puerto. Algo extraña resulta con sus azoteas enchapadas de brillantes azulejos y sus lejanías límpidas, donde la palmera recorta su gallarda silueta que parece hablar del desierto remoto, y de caravanas fatigadas que sestean a la sombra propicia.

Por huir el enojo que me causaba la compañía de los *yankees*, decidime a desembarcar. No olvidaré nunca las tres horas mortales que duró el pasaje desde el *Dalila* a la playa. Aletargado por el calor, voy todo este tiempo echado en el fondo de la canoa de un negro africano, que mueve los remos con lentitud desesperante. A través de los párpados entornados veía erguirse y doblarse sobre mí, guardando el mareante compás de la bogada, aquella figura de carbón, que unas veces me sonríe con sus abultados labios de gigante, y otras silba esos aires cargados de hipnótico y religioso sopor, una tonata compuesta solamente de tres notas tristes, con que los magnetizadores de algunas tribus salvajes adormecen a las grandes culebras. Así debía ser el viaje infernal de los antiguos en la barca de Carón: sol abrasador; horizontes blanquecinos y calcinados; mar en calma, sin brisas ni murmullos; y en el aire todo el calor de las fraguas de Vulcano.

Aun a riesgo de perder el vapor me aventuré hasta Mérida. De este viaje a la ciudad maya conservo una impresión somnolienta y confusa, parecida a la que deja un libro de grabados hojeado perezosamente en la hamaca, durante el bochorno de la siesta; hasta me parece que cerrando los ojos el recuerdo se aviva y cobra relieve; vuelvo a sentir la angustia de la sed y el polvo; atiendo el

despacioso ir y venir de aquellos indios ensabanados como fantasmas; oigo la voz melosa de aquellas criollas, ataviadas con graciosa ingenuidad de estatuas clásicas, el cabello suelto, los hombros desnudos, velados apenas por rebocillo de transparente seda.

Almorcé en el «Hotel Cuahutemoc» que tiene por comedor fresco claustro de mármol, sombreado por toldos de lona, a los cuales la fuerte luz cenital, comunica tenue tinte dorado, de marinas velas. Los cínifes zumbaban en torno de un surtidor que gallardeaba al sol su airón de plata, y llovía, en menudas irisadas gotas, sobre el tazón de alabastro. En medio de aquel ambiente encendido, bajo aquel cielo azul, donde la palmera abre su rumoroso parasol, la fresca música del agua, recordábame de un modo sensacional y remoto, las fatigas del desierto, y el deleitoso sestear en los oasis.

Allí, en el comedor del Hotel he visto, por vez primera, una singular mujer, especie de Salambó, a quien sus criados indios, casi estoy por decir sus siervos, llamaban dulcemente la niña Chole. Almorzaba en una mesa próxima a la mía, con un inglés joven y buen mozo, al cual tuve por su marido. El contraste que ofrecía aquella pareja, era por demás extraño: él, atlético, de ojos azules y rubio ceño, de mejillas bermejas y frente blanquísima; ella, una belleza bronceada, exótica, con esa gracia extraña y ondulante de las razas nómadas; una figura hierática y serpentina, cuya contemplación evocaba el recuerdo de aquellas princesas hijas del sol, que en los poemas indios resplandecen con el doble encanto sacerdotal y voluptuoso. Vestía, como todas las criollas yucatecas, albo hipil, recamado con sedas de colores —vestidura indígena semejante a una tunicela antigua— y zagalejo andaluz, que en aquellas tierras, ayer españolas, llaman todavía con el castizo y jacaresco nombre de fustán. El negro cabello caíale suelto, el hipil jugaba sobre el clásico seno. Por desgracia, desde donde yo estaba, solamente podía verla el rostro aquellas raras veces que lo tomaba a mí: Y la niña Chole tenía esas bellas actitudes de ídolo; esa quietud estática y sagrada de la raza maya; raza tan antigua, tan noble, tan misteriosa, que parece haber emigrado del fondo de la india. Pero a cambio del rostro, desquitábame en lo que no alcanzaba a velar el rebocillo, admirando, como se merecía, la tornátil morbidez de los hombros, y el contorno del cuello. ¡Válgame Dios! Parecíame que de aquel cuerpo, bruñido por el ardiente sol de Yucatán, se exhalaban lánguidos efluvios, y que yo los aspiraba, los bebía, que me embriagaba con ellos…

Un criado se acerca a levantar los manteles; la niña Chole se aleja sonriendo.

Entonces, al verla de frente, el corazón me dio un vuelco. ¡Tenía la misma sonrisa de Lilí! ¡Aquella Lilí no sé si amada, si aborrecida!…

Mientras el tren corría hacia Progreso, por dilatados llanos que empezaba a invadir la sombra, yo pensaba en la desconocida del «Hotel Cuahutemoc»; aquella Salambó de los palacios de Mixtla.

Verdaderamente la hora era propicia para tal linaje de memorias. El campo se hundía lentamente en el silencio amoroso y lleno de suspiros de un atardecer ardiente; por las ventanillas abiertas, penetraba la brisa aromada y fecunda de los crepúsculos tropicales; la campiña toda se estremecía, cual si acercarse sintiese la hora de sus nupcias, y exhalaba de sus entrañas vírgenes un vaho caliente de negra enamorada, potente y deseosa. Aquí y allá, en la falda de las colinas, y en lo hondo de los valles inmensos, se divisaban algunos jacales que entre vallados de enormes cactus, asomaban sus agudas techumbres de cáñamo gris medio podrido. Mujeres de tez cobriza y mirar dulce salían a los umbrales, e indiferentes y silenciosas, contemplaban el tren que pasaba silbando y estremeciendo la tierra. La actitud de aquellas figuras broncíneas revelaba esa tristeza transmitida, vetusta, de las razas vencidas. Su rostro era humilde y simpático, con dientes muy blancos, y grandes ojos negros, selváticos, poderosos y velados. Parecían nacidas para vivir eternamente en los aduares, y, descansar al pie de las palmeras y de los ahuehuetes.

El calor era insoportable. El tren, que traza curvas rapidísimas, recorría extensas llanuras de tierra caliente; plantíos que no acaban nunca, de henequén y caña dulce. En la línea del horizonte se perfilaban las colinas de configuración volcánica, montecillos chatos, revestidos de maleza espesa y verdinegra. En la llanura los chaparros tendían sus ramas formando una a modo de sombrilla gigantesca, a cuya sombra, algunos indios, vestidos con zaragüelles de lienzo, devoraban la miserable ración de tamales. En el coche las conversaciones hacíanse cada vez más raras. Se cerraron algunas ventanillas, se abrieron otras; pasó el revisor pidiendo los billetes; apeáronse en una estación de nombre indio los últimos viajeros, y todo fue silencio en el vagón. Adormecido por el ajetreo, el calor y el polvo, soñé como un árabe que imaginase haber traspasado los umbrales del paraíso. ¿Necesitaré decir que las siete huríes con que me regaló el profeta, eran siete yucatecas vestidas de fustán e hipil, y que todas siete tenían la sonrisa de Lilí, y el mirar de la niña Chole? ¡Verdaderamente, aquella desconocida empezaba a preocuparme demasiado! Estoy seguro de que acabaría

por enamorarme locamente de sus lindos ojos si tuviese la desgracia de volver a verlos; pero, afortunadamente, las mujeres que así tan súbito nos cautivan suelen no aparecerse más que una vez en la vida. Pasan como sombras, envueltas en el misterio de un crepúsculo ideal. Si volviesen a pasar, quizá desvaneceríase el encanto. ¿Y a qué volver si una mirada suya basta a comunicarnos todas las secretas melancolías del amor?…

Bien puede presumirse que no me detuve entonces a analizar mis sensaciones. Recuerdo vagamente haberme sorprendido murmurando dos estrofas de cierta canción americana, que Nieves Agar, la amiga querida de mi madre, me enseñaba hace muchos años, allá en tiempos que yo era rubio como un tesoro, y solía dormirme en el regazo de las señoras que iban a mi casa de tertulia. Esta afición a dormir en un regazo femenino la conservo todavía. ¡Pobre Nieves Agar, cuántas veces me has mecido en tus rodillas al compás de aquel danzón criollo!:

Al par que en la falda, reposa una mano,
Con la otra abanicas el rostro gentil,
Arrulla la hamaca, y el cuerpo liviano,
Dibuja entre mallas, tu airoso perfil.

Son griegas tus formas, tu tez africana,
Tus ojos hebreos, tu acento español,
La arena tu alfombra, la palma tu hermana,
Te hicieron morena, los besos del sol.

¡Oh románticos enamoramientos! ¡Pobres hijos del ideal!, nacidos durante algunas horas de ferrocarril, o en torno de la mesa de una fonda; ¿quién ha llegado a viejo, y no ha sentido estremecerse el corazón, a la caricia de vuestra ala blanca? ¡Yo guardo en el alma tantos de estos amores! Aun hoy, con la cabeza llena de canas, viejo prematuro, no puedo recordar sin melancolía un rostro de mujer, entrevisto cierta madrugada, entre Cádiz y Sevilla, a cuya Universidad me enviaba mi padre; una figura de ensueño, pálida y suspirante, que flota en lo pasado, y esparce sobre todos mis recuerdos de adolescente, el perfume ideal de esas flores secas, que, entre cartas y rizos, guardan los enamorados, y, en el fondo de algún cofrecillo, parecen exhalar el cándido secreto de los primeros amores. ¡Los ojos de la niña Chole habían removido en mi alma tan lejanas memorias!, tenues como fantasmas; blancas como bañadas por luz de luna. Aquella sonrisa, evocadora de la sonrisa de Lilí, había encendido en mi sangre tumultuosos deseos, y en mi espíritu ansia vaga de amar.

Rejuvenecido y feliz, con cierta felicidad melancólica, suspiraba por los amores ya vividos, al mismo tiempo que me embriagaba con el perfume de aquellas rosas abrileñas, que tornaban a engalanar el viejo tronco. El corazón, tanto tiempo muerto, sentía con la ola de savia juvenil que lo inundaba nuevamente, la nostalgia de viejas sensaciones: sumergíase en la niebla del pasado, y saboreaba el placer de los recuerdos —placer de moribundo que amó mucho, y en formas muy diversas—. ¡Ay, era delicioso aquel delicado temblorcillo que la imaginación excitada comunicaba a los nervios!…

Y en tanto la noche detendía por la gran llanura su sombra llena de promesas apasionadas; un vago olor marino, olor de algas y brea, mezclábase por veces al mareante de la campiña; y allá muy lejos, en el fondo obscuro del horizonte, se divisaba el resplandor rojizo de la selva, que ardía… La naturaleza lujuriosa y salvaje, aún palpitante del calor de la tarde, semejaba dormir el sueño profundo y jadeante de una fiera fecundada. En aquellas tinieblas pobladas de susurros misteriosos nupciales, y de moscas de luz que danzan, entre las altas hierbas, raudas y quiméricas, parecíame respirar una esencia suave, deliciosa, divina: la esencia que la primavera vierte, al nacer, en el cáliz de las flores, y en los corazones.

La locomotora silba, ruge, jadea, retrocede. Por las válvulas abiertas escápase la vida del monstruo, con estertor entrecortado y asmático. Henos ya en Progreso. Un indio ensabanado abre la portezuela del coche, y asoma la obscura cabeza.

—¿No tiene mi amito alguna cosita que llevá?… De un salto estoy en el andén.

—Nada, nada…

El indio hace ademán de alejarse.

—¿Ni precisa que le guíe, niño?

—No preciso nada.

Mal contento y musitando, embózase mejor con la sábana que le sirve de clámide, y se va…

Éramos tan pocos los viajeros que en el tren veníamos, que la puerta de la estación hallábase desierta. Vime, pues, fuera sin apreturas ni trabajos, y al darme en rostro la brisa del mar avizoreme, pensando si el vapor habría zarpado. En estas dudas iba camino de la playa, cuando la voz mansa y humilde del maya llega nuevamente a mi oído:

—Cuatro por medio
Y echo por un real,
Mirando que el tiempo
Está tan fatal.

Vuelvo la cabeza, y le descubro a pocos pasos. Venía a la carrera, y cantaba, pregonando las golosinas alineadas en una banasta que llevaba bajo el brazo.

—¡Mi alma los alfajores!
Para pobre y para rico,
De leche de mantequilla:
Las traigo de a medio,
Y también de a cuartilla.

En este tiempo me dio alcance, y murmuró emparejándose:

—¿De verdad, niño, no me lleva un realito de gelatinas, de alfajores, de charamuscas? ¡Ándele mi jefe, un realito!

El hombre empieza a cansarme y me resuelvo a no contestarle. Esto sin duda le anima, porque sigue renuente acosándome buen rato de camino. Calla un momento, y luego en tono misterioso añade:

—¿No quiere que le lleve junto a una chinita mi jefe?… Una tapatía de quinse año ¡muy chula! que vive aquí mérito. Ándele niño verá bailar el jarabe. Todavía no hase un mes que la perdió el amo del ranchita de Huaxila, niño Nacho ¿no sabe?…

De pronto se interrumpe, y con un salto de salvaje, plántaseme delante, en ánimo y actitud de cerrarme el paso: Encorvado, la banasta en una mano, a guisa de broquel, la otra echada fieramente atrás, armada de una faca ancha y reluciente, ¡siniestramente reluciente! Confieso que me sobrecogí. El paraje era a propósito para tal linaje de asechanzas: médanos pantanosos cercados de negros charcos donde se reflejaba la luna; y allá lejos, una barraca de siniestro aspecto, cuyos resquicios iluminaba la luz de dentro. Quizá me dejo robar entonces, si llega a ser menos cortés el ladrón, y me habla torvo y amenazante, jurando arrancarme las entrañas, y prometiendo beberse toda mi sangre. Pero en vez de la intimación breve e imperiosa que esperaba, le escucho murmurar con su eterna voz de esclavo:

—¡No se llegue mi amito, que puede clavarse!…

Oírle y recobrarme, fue obra de un instante. El indio ya se recogía, como un gato montés, dispuesto a saltar sobre mí. Pareciome sentir en la médula el frío del acero; tuve horror a morir apuñalado; y de pronto me sentí fuerte y valeroso.

Con ligero estremecimiento en la voz, grité al truhán adelantando un paso apercibido a resistirle:

—¡Andando o te dejo seco!

El indio no se movió. Su voz de siervo pareciome llena de ironía.

—¡No se arrugue valedor!… Si quiere pasar, ahí mérito, sobre esa piedra, arríe la plata: ándele luego, luego.

Otra vez volví a tener miedo; así y todo murmuré entre dientes:

—¡Ahora vamos a verlo, bandido!

No tenía armas; pero en Mérida, a una india joven que vendía pieles de jaguar, cocos delicadamente esculpidos, idolillos marinos, y qué sé yo cuántas cosas raras y exóticas, había tenido el capricho de comprarle un bastón de ébano que me encantó por la rareza de sus labores. Téngolo sobre la mesa mientras escribo: parece el cetro de un rey negro —¡tan oriental, y al mismo tiempo tan ingenua y primitiva, es la fantasía con que está labrado!—. Me afirmé los quevedos, requerí el palo, y con gentil compás de pies, como diría un bravo de ha dos siglos, adelanté hacia el ladrón que dio un salto, procurando herirme de soslayo. Por ventura mía, la luna dábale de lleno, y advertí el ataque en sazón de evitarlo. Recuerdo confusamente que intenté un desarme con amago a la cabeza y golpe al brazo, y que el indio lo evitó jugándome la luz con destreza de salvaje. Después no sé. Solo conservo una impresión angustiosa como de pesadilla. El médano iluminado por la luna; la arena negra y movediza, donde se entierran los pies; el brazo que se cansa; la vista que se turba; el indio que desaparece, vuelve, me acosa, se encorva y salta con furia fantástica de gato embrujado y macabro; y cuando el palo va a desprenderse de mi mano, un bulto que huye, y el brillo de la faca que pasa sobre mi cabeza, y queda temblando, como víbora de plata, clavada en el árbol negro y retorcido de una cruz hecha de dos troncos chamuscados…

Quedeme un momento azorado, y sin darme cuenta cabal del suceso. Como a través de niebla muy espesa, vi abrirse sigilosamente la puerta de la barraca, y salir dos hombres a catear la playa. Recelé algún encuentro como el pasado, y tomé a buen paso camino del muelle: llegué a punto que largaba un bote del *Dalila* donde iban el segundo de a bordo y el doctor: gríteles, me conocieron, y mandaron virar para recogerme. Ya con el pie sobre la borda exclamé:

—¡Buen susto!…

A contar iba la aventura con el indio, cuando sin saber por qué, cambié de propósito; y me limité a decir:

—¡Buen susto a fe! ¡Creí que el vapor habría zarpado!…

Y el segundo, que era brusco, como buen escocés, tornando a colocar la caña del timón, repuso en mal español y sin volverse:

—Hasta mañana a la noche…

Arrastró una alfombrilla, y doblando el cuerpo, como el jinete que quiere dar ayudas al caballo, gritó:

—¡Avante!

Seis remos cayeron en el mar, y el bote arrancó como una flecha.

Llegado que fui al vapor, recogime a mi camarote, y, como estuviese muy fatigado, me acosté en seguida. Cátate que no bien apago la luz, empiezan a removerse las víboras mal dormidas del deseo que desde todo el día llevaba enroscadas al corazón, apercibidas a morderle. Al mismo tiempo, sentíame invadido por una gran melancolía, llena de confusión y de misterio, la melancolía del sexo, germen de la gran tristeza humana. El recuerdo de la niña Chole, perseguíame con mariposeo ingrávido y terco. Su belleza índica, y aquel encanto sacerdotal, aquella gracia serpentina; y el mirar sibilino, y las caderas ondulosas, la sonrisa inquietante, los pies de niña, los hombros desnudos, todo cuanto la mente adivinaba, cuanto los ojos vieran, todo, todo era hoguera voraz en que mi carne ardía. Me figuraba que las formas juveniles y gloriosas de aquella Venus de bronce florecían entre céfiros, y que veladas primero se entreabrían turgentes, frescas, lujuriosas, fragantes, como rosas de Alejandría en los jardines de tierra caliente. Y era tal el poder sugestivo del recuerdo, que, en algunos momentos, creí respirar el perfume voluptuoso, que, al andar, esparcía su falda, con ondulaciones suaves.

Poco a poco, cerrome los ojos la fatiga, y el arrullo monótono y regular del agua, acabó de sumirme en un sueño amoroso, febril e inquieto, representación y símbolo de mi vida. Desperteme al amanecer con los nervios vibrantes, cual si hubiese pasado la noche en un invernadero entre plantas exóticas, de aromas raros, afroditas y penetrantes. Sobre mi cabeza sonaban voces confusas y blando pataleo de pies descalzos, todo ello acompañado de mucho chapoteo y trajín. Empezaba la faena del baldeo. Me levanté y subí al puente. Heme ya respirando la ventolina que huele a brea y algas. En aquella hora el calor es deleitante. Percíbense en el aire estremecimientos voluptuosos; el horizonte ríe bajo un hermoso sol; ráfagas venidas de las selvas vírgenes, tibias y acariciadoras como alientos de mujeres ardientes, juegan en las jarcias, y penetra, y enlanguidece el

alma, el perfume que se eleva del oleaje casi muerto. Dijérase que el dilatado golfo mexicano, sentía en sus verdosas profundidades la pereza de aquel amanecer cargado de pólenes misteriosos y fecundos, como si fuese el serrallo del universo.

Envuelto en el rosado vapor que la claridad del alba extendía sobre el mar azul adelantaba un esquife. ¡Y era tan esbelto, ligero y blanco, que la clásica comparación con la gaviota y con el cisne veníale de perlas! En las bancas traía hasta seis remeros. Bajo un palio de lona levantado a popa se guarecían del sol dos bultos vestidos de blanco. Cuando el esquife tocó la escalera del *Dalila*, ya estaba yo allí, en confusa espera de no sé qué gran ventura. Una mujer venía sentada al timón. El toldo solamente me deja ver el borde de la falda, y los pies de reina calzados con chapines de raso blanco, pero mi alma la adivina. ¡Es ella! ¡La niña Chole! ¡La Salambó de los palacios de Mixtla!… Sí, era ella, más gentil que nunca, con su blusa de marinero, y la gorrilla de soslayo. Hela en pie sobre una de las bancas, apoyada en los hercúleos hombros de su marido, aquel inglés que la acompañaba en Mérida; el labio abultado y rojo de la yucateca sonríe con la gracia inquietante de una egipcia, de una turania; sus ojos, envueltos en la sombra de las pestañas, tienen algo de misterioso, de quimérico y lejano, algo que hace recordar las antiguas y nobles razas que en remotas edades, fundaron grandes imperios en los países del sol… El esquife cabecea al costado del vapor. La criolla, entre asustada y divertida se agarra a los blondos cabellos del gigante, que impensadamente la toma al vuelo, y se lanza con ella a la escala. Los dos ríen envueltos en un salsero que les moja la cara. Ya sobre cubierta, el inglés la deja sola un momento, y se aparta secreteando con el contramaestre.

Yo gano la cámara por donde necesariamente han de pasar. Nunca el corazón me latiera con más violencia. Recuerdo perfectamente que el gran salón estaba desierto y un poco obscuro; las luces del amanecer cabrilleaban en los cristales. Tomé una revista inglesa que estaba sobre el piano, y me situé en la puerta aparentando leer.

Pasa un momento. Oigo voces y gorjeos; un rayo de sol más juguetón, más vivo, más alegre, ilumina la cámara, y en el fondo de los espejos se refleja la imagen de la niña Chole. Majestuosa y altiva se acercaba con lentitud, dando órdenes a una india joven que escuchaba con los ojos bajos, y respondía en lengua yucateca, esa vieja lengua que tiene la dulzura del italiano y la ingenuidad pintoresca de los idiomas primitivos. Yo me hice vivamente a un lado plegando el periódico. Ella pasó. Creo que me miró un momento como

queriendo hacer memoria, y que su boca fresca y sana, insinuó una sonrisa. ¡Aquella sonrisa con que me enloquecía Lilí!

La esperanza de ver en alguna parte a la yucateca, trájome toda la mañana avizorado y errabundo: fue vana esperanza. En cambio su marido no cesó de pasearse a lo largo del puente. Visto con espacio, pareciome un hombre recio y altivo: peinábase como el príncipe de Gales, y no usaba barba ni bigote: tenía los ojos de un azul descolorido y neutro; y al mirar entornaba los párpados. Sin duda alguna, presumía de aristócrata. Recorría el puente a grandes trancos, con los brazos caídos, y una pipa corta entre los dientes: a veces se detenía para echar tabaco o escupir en el mar. En toda la mañana, no le vi sonreírse ni hablar con nadie.

A las diez, una campana anunció el almuerzo. Bajé a mi camarote, y me peiné con más cuidado y detenimiento que suelo: en seguida pasé al comedor. Aunque no bajarían de cien las personas que se sentaban en torno de aquellas dos largas mesas cubiertas por blanquísimos manteles, y adornadas de flores como para un festín, ni el murmullo de una conversación se escuchaba. Reinaba allí un silencio de iglesia, solo turbado por el ruido de los tenedores, y las tácitas pisadas de los camareros que con el pecho echado fuera de sus fraques, daban vueltas por detrás de los comensales. Todos aquellos criados eran buenos mozos, rubios y patilludos, como príncipes alemanes. Tomé asiento; y mis ojos buscaron a la niña Chole. Allí estaba, al otro extremo de la mesa, sonriendo a un señorón *yankee* con cuello de toro, y grandes barbazas rojas, barbas de banquero, que caían llenas de gravedad sobre los brillantes de la pechera. Al mismo tiempo reparé que el blondo gigante miraba a su mujer y sonreía también. ¡Cuánto me preocupó aquella sonrisa, tan extraña, tan enigmática en labios de un marido! Ella volvió la cabeza, hizo un gesto imperceptible, y sus ojos, sus hermosos ojos de mirar hipnótico y sagrado, continuaron acariciando al banquero. Tuve tan vivo impulso de celos y de ira, que me sentí palidecer. Despechado arrojé la servilleta sobre el plato y dejé la mesa. No comprendía que un marido tolerase tal. ¿De qué estofa era aquel coloso que dejaba a su mujer el libre ejercicio de los ojos? ¡Y de unos ojos tan lindos!…

Desde la puerta volvime para lanzarles una mirada de desprecio. ¡Oh, si a tener llego entonces el poder del basilisco, allí se quedan hechos polvo! No lo tenía, y el señorón *yankee* pudo seguir acariciándose las barbazas color de buey; y resoplar dentro de su chaleco blanco, poniendo en conmoción los dijes de una

gran cadena, que, tendida de bolsillo a bolsillo, le ceñía la panza; y ella, la Salambó de los palacios de Mixtla, pudo dirigirle aquella sonrisa de reina indulgente que yo había visto y amado en otros labios…

Tres días después, ¡días tediosos e interminables, durante los cuales no salió de su camarote la yucateca! dio fondo el *Dalila* en las aguas de la Villa Rica de la Veracruz.

Presa el alma de religiosa emoción, contemplé la abrasada playa, donde desembarcaron antes que pueblo alguno de la vieja Europa, los aventureros españoles, hijos de Alarico el bárbaro y de Tarik el moro. Vi la ciudad que fundaron, y a la que dieron abolengo de valentía, espejarse en el mar quieto y de plomo, como si mirase fascinada la ruta que trajeron los hombres blancos: a un lado, sobre desierto islote de granito, baña sus pies en las olas, el castillo de San Juan de Ulúa, sombra romántica que evocaba un pasado feudal que allí no hubo, y a lo lejos, la cordillera del Orizaba, blanca como la cabeza de un abuelo, dibújase con indecisión fantástica sobre un cielo clásico, un cielo de azul tan límpido y tan profundo como el cielo de Grecia. Y recordé lecturas casi olvidadas que, niño aún, me habían hecho soñar con aquella tierra hija del sol, narraciones medio históricas, medio novelescas, en que siempre se dibujaban hombres de tez cobriza, tristes y silenciosos, como cumple a los héroes vencidos, y selvas vírgenes, pobladas de pájaros de brillante plumaje, y mujeres como la niña Chole, ardientes y morenas, símbolo de la pasión, que dijo el poeta. La imaginación exaltada me fingía al aventurero extremeño poniendo fuego a sus naves, y a sus hombres esparcidos por la arena, atisbándole de través los mostachos enhiestos al antiguo uso marcial, y sombríos los rostros varoniles, curtidos y con pátina, como las figuras de los cuadros muy viejos. Y como no es posible renunciar a la patria, yo, español, sentía el corazón henchido de entusiasmo, y poblada de visiones gloriosas la mente, y la memoria llena de recuerdos históricos. ¡Era verdad que iba a desembarcar en aquella playa sagrada! Obscuro aventurero, sin paz y sin hogar, siguiendo los impulsos de una vida errante, iba a perderme, quizá para siempre, en la vastedad del viejo imperio azteca, imperio de historia desconocida, sepultada para siempre con las momias de sus reyes, pero cuyos restos ciclópeos, que hablan de civilizaciones, de cultos y de razas que fueron, solo tienen par en ese misterioso cuanto remoto oriente.

¡Oh! ¡Cuán bellos son esos países tropicales! El que una vez los ha visto, no los olvidará jamás. Aquella calma azul del mar y del cielo; aquel sol, que ciega y

quema; aquella brisa cargada de todos los aromas de la «tierra caliente» como ciertas queridas muy amadas, dejan en la carne, en los sentidos, en el alma, reminiscencias tan voluptuosas, que el deseo de hacerlas revivir, solo se apaga en la vejez. Mi pensamiento rejuvenece hoy, recordando la inmensa extensión plateada de ese Golfo mexicano, que no he vuelto a surcar. Por mi memoria desfilan las torres de Veracruz; los bosques de Campeche; las arenas de Yucatán; los palacios de Palenque; las palmeras de Tuxpan y Laguna… ¡Y siempre, siempre unido al recuerdo de aquel hermoso país lejano, el recuerdo de la niña Chole, tal como la vi por vez primera, suelto el cabello, y vestido el blanco hipil de las antiguas sacerdotisas mayas!…

Apenas anclamos, sale en tropel de la playa una gentil flotilla compuesta de esquifes y canoas. Desde muy lejos, se oye el son monótono del remo. Centenares de cabezas asoman sobre la borda del *Dalila*, y abigarrada muchedumbre hormiguea, se agita y se desata en el entrepuente. Háblase a gritos el español, el inglés, el chino. Los pasajeros hacen señas a los barqueros indios para que se aproximen: ajustan, disputan, regatean, y al cabo, como rosario que se desgrana, van cayendo en el fondo de las canoas que rodean la escalera, y esperan ya con los remos armados. La flotilla se dispersa. Todavía a larga distancia vese una diminuta figura, moverse y gesticular como polichinela, y se oyen sus voces que destaca y agranda la quietud solemne de aquellas regiones abrasadas. Ni una sola cabeza se ha vuelto hacia el vapor, para mandarle un adiós de despedida. Allá van, sin otro deseo que tocar cuanto antes la orilla. Son los conquistadores del oro.

La noche se avecina. En esta hora del crepúsculo, el deseo ardiente que la niña Chole me produce, se aquilata y purifica, hasta convertirse en ansia vaga de amor ideal y poético. Todo obscurece lentamente: gime la brisa; riela la luna; el cielo azul turquí se torna negro, de un negro solemne, donde las estrellas adquieren una limpidez profunda.

Es la noche americana de los poetas.

Acababa de bajar a mi camarote, y hallábame tendido en la litera fumando una pipa, y quizá soñando con la niña Chole, cuando se abre la puerta y veo aparecer a Julio César —un rapazuelo mulato que el año anterior habíame regalado en Jamaica cierto aventurero portugués que, andando el tiempo, llegó a general y ministro en la República Dominicana—. Julio César se detiene en la puerta, bajo el pabellón que forman las cortinas.

—¡Mi amito! A bordo viene un moreno que mata lo tiburone en el agua, con el trinchete. ¡Suba, mi amito, no se dilate!…

Y desaparece velozmente, como esos etíopes, carceleros de princesas, en los castillos encantados. Yo espoleado por la curiosidad salgo tras él. Heme en el puente, que ilumina la plácida claridad del plenilunio. Un negro colosal, con el traje de tela chorreando agua, se sacude como un gorila, en medio del corro que a su rededor han formado los pasajeros, y sonríe, mostrando sus blancos dientes de animal familiar. A pocos pasos, dos marineros encorvados sobre la borda de estribor halan un tiburón medio degollado, que se balancea fuera del agua, al costado del *Dalila*. Mas, he ahí que de pronto rompe el cable, y el enorme cetáceo desaparece en medio de un remolino de espumas. El negrazo musita apretando los labios elefancíacos:

—¡Pendejos!

Y se va, dejando, como un rastro, en la cubierta del navío, las huellas húmedas de sus pies descalzos. Una voz femenil le grita desde lejos:

—¡Che! ¡Moreno!…

—¡Voy horita, niña!… No me dilato.

La forma de una mujer blanquea en el negro fondo de la puerta de la cámara. ¡No hay duda, es ella! ¿Pero cómo no la he adivinado? ¿Qué hacías tú, corazón burgués, corazón prosaico, que no me anunciabas su presencia? ¡Oh! ¡Con cuánto gusto hubiérate entonces puesto bajo sus lindos pies para castigo!

El marinero se acerca.

—¿Mandaba alguna cosa la niña Chole?

—Quiero verte matar un tiburón.

El negro sonríe, con esa sonrisa blanca de los salvajes, y pronuncia lentamente, sin apartar los ojos de las olas, que argenta la luna:

—No puede ser, mi amita: se ha juntado una punta de tiburones ¿sabe?

—¿Y tienes miedo?

—¡Qué va!… Aunque fácilmente, como la sazón está peligrosa… Vea su merced no más…

La niña Chole no le dejó concluir.

—¿Cuánto te han dado esos señores?

—Veinte tostone: dos centine, ¿sabe?

Oyó la respuesta el contramaestre, que pasaba ordenando una maniobra, y con esa concisión ruda y franca de los marinos curtidos, sin apartar el pito de los labios ni volver la cabeza, apuntole.

—¡Cuatro monedas y no seas guaje!…

El negro pareció dudar. Asomose al barandal de estribor y observó un instante el fondo del mar donde temblaban amortiguadas las estrellas. Veíanse cruzar argentados y fantásticos peces que dejaban tras sí, estela de fosforescentes chispas y desaparecían confundidos en los rieles de la luna, mientras en la zona de sombra que sobre el azul de las olas proyectaba el costado del *Dalila*, esbozábase la informe mancha de una cuadrilla de tiburones. El marinero se apartó reflexionando. Todavía volviose una o dos veces a mirar las dormidas olas, como penetrado de la queja que lanzaban en el silencio de la noche. Picó un cigarro con las uñas, y se acercó a la criolla.

—Cuatro centenes ¿le apetece a mi amita?

La niña Chole, con ese desdén patricio que las americanas opulentas sienten por los negros, volvió a él su hermosa cabeza de reina india; y en tono tal, que las palabras parecían dormirse cargadas de tedio en el borde de los labios, murmuró:

—¿Acabarás?… ¡Sean los cuatro centenes!…

Los labios hidrópicos del negro, esbozaron una sonrisa de ogro avaro y sensual: seguidamente, despojose de la camiseta, desenvainó el cuchillo que llevaba en la cintura, y como un perro de Terranova tomole entre los dientes, y se encaramó sobre la borda. El agua del mar relucía aún en aquel torso desnudo, que parecía de barnizado ébano. Inclinose el negrazo sondando con los ojos el abismo, y luego se volvió a mí.

—¿No me da su mersé alguna cosita, para hasé subir esos guachinango?

Dile yo, por no tener otra cosa a mano, mi gorra de viaje, que él cuidó de ahuecar, a fin de que nadase; y cuando los tiburones salieron a la superficie, le vi erguirse negro y mitológico sobre el barandal que iluminaba la luna; y con los brazos extendidos, echarse de cabeza, y desaparecer buceando. Tripulación y pasajeros, cuantos se hallaban sobre la cubierta del *Dalila* agolpáronse a las bordas. Sumiéronse los tiburones en busca del negro; y todas las miradas quedaron fijas en un remolino de espumas que no tuvo tiempo a borrarse, porque casi incontinenti, una mancha de burbujas rojas coloreó el mar; y en medio de los hurras de la marinería, y el vigoroso aplaudir de las manos coloradotas y burguesas de los *yankees*, salió a flote la testa chata y lanuda del marinero, quien nadaba, ayudándose de un solo brazo, mientras con el otro sostenía entre aguas un tiburón degollado por la garganta donde aún traía clavado el cuchillo. Tratose en tropel de izar al negro; arrojáronse cuerdas, ya para el caso prevenidas, y

cuando levantaba medio cuerpo fuera del agua, rasgó el aire un alarido horrible, y le vimos abrir los brazos, y desaparecer, sorbido por los tiburones…

No tuviera yo lugar a recobrarme, cuando sonó a mi espalda, una voz que decía en inglés:

—Sir, présteme usted cuatro libras.

Al mismo tiempo, alguien tocó suavemente en mi hombro. Volví la cabeza y hálleme con la niña Chole. Vagaba cual siempre por su labio inquietante sonrisa; y abría y cerraba velozmente una de sus manos, en cuya palma, vi lucir varias monedas de oro. Rogome con cierto misterio que la dejase sitio; y, doblándose sobre la borda, arrojolas al océano lo más lejos que pudo. En seguida, volviose a mí con gentil escorzo de todo el busto.

—¡Ya tiene para el flete de Carón!…

Yo debía estar pálido como la muerte; pero como ella fijaba en mí sus hermosos ojos y sonreía, venciome el encanto de los sentidos, y mis labios aún trémulos pagaron aquella sonrisa cínica, con la risa humilde del esclavo, que aprueba cuanto hace su señor. La irónica crueldad de la criolla me horrorizaba y me atraía: nunca como entonces me pareciera tentadora y bella. Del mar obscuro y misterioso subían murmullos y aromas, a que el blanco lunar prestaba no sé qué rara voluptuosidad. La trágica muerte de aquel coloso negro; el mudo espanto que se pintaba aún en todos los rostros; un violín que lloraba en el gran salón, todo en aquella noche, bajo aquella luna, era para mí objeto de voluptuosidad depravada y sutil…

Alejose la yucateca, con ese andar rítmico y ondulante que recuerda al tigre; y al desaparecer, una duda cruel mordiome el corazón. Hasta entonces no había reparado que a mi lado, casi hombro con hombro, estaba el judío *yankee*, de la barba roja y perjura. ¿Sería a él a quien mirasen los ojos de la Salambó de Mixtla; aquellos ojos, en cuyo fondo parecía dormir el enigma de algún antiguo culto licencioso, cruel y diabólico?…

¡De cualquier suerte que fuese yo no debía verlos más!

Al día siguiente, con las primeras luces del alba desembarqué en Veracruz. Tuve miedo de aquella sonrisa, la sonrisa de Lilí, que ahora se me aparecía en boca de otra mujer. Tuve miedo de aquellos labios, los labios de Lilí, frescos, rojos y fragantes como las cerezas de nuestro huerto, que ella gustaba de ofrecerme en ellos. ¡Ay! Aun cuando el corazón tenga veinte años, si el pobrecillo es liberal; y dio hospedaje al amor más de una y de dos veces; y gustó sus contadas alegrías, y sus innumerables tristezas, no pueden menos de causarle

temblores, miradas y sonrisas, cuando los ojos y los labios que las prodigan son como los de la niña Chole. ¡Yo he temblado entonces, y temblaría hoy que la nieve de tantos inviernos cayó sin deshelarse sobre mi cabeza!…

París, abril de 1893.

LA GENERALA

CUANDO el general Don Miguel Rojas hizo el disparate de casarse, ya debía pasar mucho de los sesenta. Era un veterano muy simpático, con grandes mostachos blancos, un poco tostados por el cigarro; alto, enjuto y bien parecido, aun cuando se encorvaba un tanto al peso de los años. Crecidas y espesas tenía las cejas; garzos y hundidos los ojos; cetrina y arrugada la tez, y cana casi que del todo la escasa guedeja que peinaba con sin igual arte para encubrir la calva. La expresión amable de aquella hermosa figura de veterano atraía amorosamente. La gravedad de su mirar, no exento de placidez; el reposo de sus movimientos; la nieve de sus canas, en suma, toda su persona, estaba dotada de un carácter marcial y aristocrático que se imponía en forma de amistad franca y noble. Su cabeza de santo guerrero, parecía desprendida de algún antiguo retablo. Tal era en fin en rostro y talle el santo varón que dio su nombre a Currita Jimeno, la hija menor de los condes de Casa-Jimeno.

Currita era una muchacha delgada, morena, muy elegante, muy alegre, muy nerviosa; rompía los abanicos, desgarraba los pañuelos, con sus dientes blancos y menudos, de gatita de leche, insultaba a las gentes… ¡Oh! aquello no era mujer, era un manojo de nervios, como decía su mamá; los amigos decían algo más duro y la habían puesto «mona inquieta». Nadie al verla, creería que aquel elegante diablillo se hubiese educado entre rejas, sin sol y sin aire, obligada a rezar siete rosarios cada día, oyendo misas desde el amanecer, y durmiéndose en los maitines con las rodillas doloridas, y la tocada cabecita apoyada en las rejas del coro. No parecía, en verdad, haber pasado diez años de educanda al lado de una tía suya, encopetada abadesa de un convento de nobles, allá en el riñón de Castilla la Nueva.

Cuando los condes fueron por Currita, para sacarla definitivamente de aquel encierro y presentarla al mundo, la muchacha creyó volverse loca. Llenó de flores el altar de Santa Rita —tutelar del convento y fundadora de la orden—

casualmente acababa de hacerle una novena pidiéndole aquello mismo, y la santa ¡tan buena! que se lo concedía sin hacerla esperar más tiempo. No bien llegó la parentela, Currita se lanzó fuera del locutorio, gritando alegremente, sin curarse de las *madres* que se quedaban llorando la partida de su *periquito*:

—¡Viva Santa Rita!

Y se arrancó la toca, descubriendo la cabeza pelona, que le daba cierto aspecto de muchacho; acrecentado por la esbeltez, un tanto macabra, de sus catorce años.

Este amor a la libertad, tan desenfadadamente expresado con el viva dado a la Santa de Casia, lo conservó Currita hasta la muerte. Mientras los hombres de la República pasaban a la Monarquía, ella, lanzando carcajadas y diciendo donaires picarescos caminaba resuelta hacia la demagogia, ¡pero qué demagogia la suya! Llena de paradojas y de atrevimientos inconcebibles; elaborada en una cabecita inquieta y parlanchina, donde apenas se asentaba un cerebro de colibrí pintoresco y brillante borracho de sol y de alegría. Era desarreglada y genial como un bohemio; tenía supersticiones de gitana ¡y unas ideas sobre la emancipación femenina! ¡Válganos Dios! Si no fuese porque salían de aquellos labios que derramaban la sal y la gracia como gotas de agua los botijos moriscos, sería cosa de echarse a temblar, y vivir en triste soltería, esperando el fin del mundo.

Pero ya se sabe que los militares españoles son los más valientes del orbe. Currita y el general Rojas se casaron, y desde aquel día la muchacha cambió completamente, y cobró unos ademanes tan señoriles y severos que parecía toda una señora generala. Bastaba verla, para comprender que no había salido de la clase de tropa; llevaba los tres entorchados como la gente de colegio. Los que al leer en *La Época* el notición de aquella boda habían exclamado: ¡Pobre Don Miguel!, casi estuvieron por achacar a milagro la mudanza de la niña de Casa-Jimeno. La verdad es que fácil explicación no tenía, y como la condesa se comía los santos, y la tía abadesa estaba en olor de santidad, ¡velay!

Tenía por ayudante el general a cierto ahijado suyo, recién salido de un colegio militar. Era un caballerete de miembros delicados, y no muy cumplido de estatura: pareciera un niño, a no desmentir la presunción el bozo que se picaba de bigote, y el pliegue a veces enérgico y a veces severo de su rubio entrecejo de damisela. Este tal llegó a ser comensal casi diario en la mesa de Don Miguel Rojas. La cosa pasó de un modo algo raro. Currita no dejaba fumar a su marido;

decía, haciendo aspavientos, que el cigarro irritaba el catarro crónico que padecía el buen señor; únicamente cuando había convidados, se humanizaba la generala. Habíase vuelto tan cortés desde que entrara en la milicia, que, naturalmente, deponía parte de su enojo, y la furibunda oposición de cuando comía a solas con su marido, reducíase a un gracioso gestecillo de enfado. Sonreíase socarronamente Don Miguel, y como no podía pasarse sin humear un habano, después del café, concluyó por invitar todos los días a su ayudante.

Currita, que en un principio había tenido al oficialito por un *quídam* —era su frase predilecta— acabó por descubrir en él tan soberbias prendas, y le cayó tan en gracia el muchacho, que, últimamente, no se sabía si era ayudante de órdenes de Don Miguel o de la dama; a todas partes la acompañaba, de día y de noche, y hasta una vez llegó la generala a imponerle un arresto, según ella misma contaba riendo a sus amigas.

Una tarde, ya levantados los manteles, dijo la generala al ayudante:

—¡Si supiese usted cuánto me aburro, Sandoval! ¿No tendría usted una novela que me prestase?

Sandoval, hecho almíbar, le prometió no una, sino ciento; y al día siguiente llevó a Currita un libro del cual hizo grandes elogios. Era *Lo que no muere* del célebre Barbey d'Aurevilly.

Currita abrió el libro al azar, y fijó los ojos distraída en las páginas satinadas, pulcras, elegantes, como para ser vueltas por manos blancas y perfumadas de duquesas y mundanas.

—¿Pero de qué trata esa novela? ¿Qué es lo que no muere?

—La compasión en la mujer… Una idea originalísima: figúrese usted…

—No; no me lo cuente. ¿Y no tiene usted ninguna novela de Daudet? Es mi autor predilecto; dicen que es realista, de la escuela de Zola, a mí no me lo parece. ¿Usted leyó *Jack*? ¡Qué libro tan sentido! No puede una por menos de llorar, leyéndolo. ¡Qué diferente de *Germinal* y de todas las novelas de López Bago!

Sandoval, que tenía una migaja de gusto literario, y, además, había leído los *Paliques* de Clarín, repuso escandalizando:

—¡Oh! ¡Oh, generala!, es que no pueden compararse Zola y López Bago.

Currita, sonriendo con el gracioso desenfado de las señoras, que hablan de literatura como de modas, contestó:

—Pues se parecen mucho; no me lo negará usted.

Aquellas herejías, producían un verdadero dolor al ayudante; él quisiera que la generala no pronunciase más que sentencias; que tuviese el gusto tan delicado y elegante como el talle. Aquella carencia de esteticismo recordábale las modistillas pizperetas, apasionadas de los folletines, con quienes había tenido algo que ver; criaturas risueñas y cantarinas, cabecitas llenas de claveles, pero ¡ay! horriblemente vacías; sin más meollo que los canarios y los jilgueros que alegraban sus guardillas.

Currita, que estaba hojeando la novela, exclamó de pronto:

—¡Qué lástima!…

Sandoval la miró con extrañeza.

—¡Lástima de qué, generala?

—Ya le he dicho a usted que no quiero que me llame así. ¡Habrá majadero! Llámeme usted Currita.

Y le dio un capirotazo con el libro; luego poniéndose seria:

—¿Sabe usted, Sandoval? Me parece este un francés muy difícil, y yo he sido siempre de lo más torpe que Dios pudo haber criado, para esto de idiomas.

Y le alargaba el libro, mirándole al mismo tiempo con aquellos ojos chiquitos como cuentas, vivos y negros, los cuales bien pudieran recibirse de doctores en toda suerte de guiños y coqueteos.

—¿Si usted quisiese?…

Él la miraba, sin acertar con lo que había de querer. La generala siguió:

—Es un favor que le pido.

—Usted no pide, manda, y se concluyó.

—Pues entonces vendrá usted a leerme un rato todos los días, ¿verdad? El general se alegrará mucho cuando lo sepa.

Colgósele del brazo, como una chiquilla, y le arrastró hasta el sofá, donde le hizo sentar a su lado.

—Empiece usted. Aprovechemos el tiempo.

Al día siguiente, y al otro, y al otro, fue Sandoval a leer *Lo que no muere* a la generala. El pobre muchacho no sabía qué pensar de Currita, y del modo como le trataba. Había momentos en que la dama adoptaba para hablarle una corrección y formalidad excesivas, que contrastaban con la llaneza y confianza antiguas; en tales ocasiones, jamás, ni aun por descuido, le miraba a la cara. Aun cuando la idea de pasar plaza de tímido mortificaba atrozmente al ayudante, los cambios de humor que observaba en la generala, manteníanle en los linderos de la prudencia.

De las fragilidades de ciertas hembras, algo se le alcanzaba, pero de las señoras, de las verdaderas señoras, estaba a obscuras completamente. Creía que para enamorar a una dama encopetada, lo primero que se necesitaba eran pelos en la cara en forma de bigote o barba corrida, y tocante a esto, el ayudante estaba muy necesitado. Tantas fueron sus cavilaciones sobre punto tal, que cayó en la flaqueza de obscurecerse, con tintes y menjurjes de un cómico su amigo, el bello casi incoloro del incipiente bozo.

Las cosas así, leía una tarde a la generala las últimas páginas de la novela. Currita estaba cerca de él, sentada en una silla baja; a veces sus rodillas rozaban las del lector, que se estremecía; pero cual si ninguno de los dos advirtiese aquel contacto permanecían largo rato con ellas unidas. La generala escuchaba muy conmovida; de tiempo en tiempo su seno se alzaba para suspirar; con ojos inmóviles, y como anegados en llanto, contemplaba al joven, que sentía el peso de aquella mirada fija y poderosa como la de un sonámbulo, y seguía leyendo, sin atreverse a levantar la cabeza.

Las últimas páginas del libro eran terriblemente dolorosas; exhalábase de ellas el perfume de unos sentimientos extraños, a la par pecaminosos y místicos. Era hondamente sugestivo aquel sacrificio de la condesa Iseult; aquella su compasión impúdica, pagana como diosa desnuda; aquella renunciación de sí misma, que la arrastraba hasta dar su hermosura de limosna, y sacrificarse en aras de la pasión y del pecado de otro.

La generala con las rodillas unidas a las del ayudante, y la garganta seca escuchaba conmovida la novela del anciano dandy. Sandoval con voz a cada instante más velada, leía aquella página que dice:

… «La condesa Iseult halló todavía fuerzas para murmurar:

—Pues bien, si reviviese esta piedad, dos veces maldita, inútil para aquellos en quien fue empleada, y vacía del más simple deber para los que la han sentido, esta piedad no me abandonaría, y volvería a seguir sus impulsos, a riesgo de volver a incurrir en mi desprecio. Si Dios me dijese: *He ahí el fin que ignoras*; y en su misericordia infinita, pusiese al alcance de mi mano el conseguirlo, yo, no le escucharía y precipitaríame como una loca en esa piedad, que no es siquiera una virtud, y que sin embargo es la única que yo he tenido…».

La generala, sin ser dueña de sí por más tiempo, empezó a sollozar, con esa estentoreidad que los sentimientos contenidos adquieren al desatarse en las mujeres nerviosas.

—¡Qué criatura tan rara esa condesa Iseult! ¿Habrá mujeres así?

El ayudante, conmovido por la lectura, y animado, casi irritado, por el contacto de las rodillas de la generala, contestó:

—¡Qué! ¿Usted no sería capaz de hacer lo que ella hizo por Allán, al dársele por compasión?

Y sus ojos bayos, transparentes como topacios quemados, tuvieron al fijarse en Currita el mirar insistente, osado y magnético del celo.

La generala púsose muy seria, y contestó con la dignidad reposada, de una de aquellas ricas hembras castellanas que criaron a sus pechos los más gloriosos jayanes de la historia:

—Yo, señor ayudante, no puedo ponerme en ese caso. La principal compasión en una mujer casada, debe ser para su marido.

Sandoval calló, arrepentido de su atrevimiento. La generala era una virtud. Alrededor del cuello de Currita, en vez de los encajes que adornaban el peinador azul celeste, veía el alférez —con los ojos de la imaginación por supuesto— los tres entorchados, sugestivos, inflexibles, imponiendo el respeto a la ordenanza.

Después de un momento, todavía con sombra de enojo, la generala se volvió al ayudante:

—¿Quiere usted seguir leyendo, señor Sandoval?

Y él, sin osar mirarla:

—Se impresiona usted mucho. ¿No sería mejor dejarlo?

La generala suspirando, se pasó el pañuelo por los ojos.

—Casi tiene usted razón.

Ellos se miraban en silencio. De pronto Currita, con la impresionabilidad infantil de tantas mujeres, lanzó una alegre carcajada.

—¡Cómo le ha crecido a usted el bigote! ¡Pero si se lo ha teñido! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Se lo ha teñido!

Sandoval un poco avergonzado reía también.

—Me dará usted la receta para cuando tenga canas. ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!

La generala mordía el pañuelo. Luego adoptando un aire de señora formal, que le caía muy graciosamente, exclamó:

—Eso, hijo mío, es una… Vamos no quiero decirle lo que es; pero ya verá como en el pecado se lleva la penitencia.

Salió velozmente para volver a poco con una aljofaina, que dejó sobre el primer mueble que halló a mano.

—Venga usted aquí, caballerito.

Era muy divertida aquella comedia en la cual él hacía de chiquitín travieso, y

ella de abuela regañona. Currita se levantó un poco las mangas para no mojarse, y empezó a lavar los labios al presumido ayudante, quien no pudo menos de besar aquellas manos blancas que tan lindamente le refregaban la jeta.

—Tenga usted formalidad, o si no…

Y le dio en la mejilla un golpecito que quedó dudoso entre bofetada y caricia. Se enjugó Sandoval atropelladamente, y asiendo otra vez las manos de la generala, cubriolas de besos voraces, frenéticos, delirantes. Ella gritaba:

—¡Déjeme usted! ¡Déjeme usted! ¡Nunca lo creería!

—¡Curra! ¡Currita! ¡Yo la adoro!… La…

Sus ojos se encontraron, sus labios se buscaron golosos, y se unieron con un beso.

—¡Mi vida!

—¡Payaso!

Los tres entorchados ya no le inspiraban más respeto que unos galones de cabo.

Desde fuera dieron dos golpecitos discretos en la puerta.

Sandoval, mordiendo la orejita menuda y sonrosada de la generala, murmuró:

—¡No contestes alma mía!…

Los golpes se repitieron más fuertes.

—¡Curra! ¡Curra! ¿Qué es esto? ¡Abre!

A la generala, tocole suspirar al oído del ayudante:

—¡Dios santo! ¡Mi marido!

Los golpes eran ya furiosos.

—¡Curra! ¡Sandoval! ¡Abran ustedes o tiro la puerta abajo!

Y a todo esto los porrazos iban en aumento. Currita se retorcía las manos; de pronto, corrió a la puerta, y dijo hablando a través de la cerradura, contraído el rostro por la angustia, pero procurando que la voz apareciese alegre:

—¡Mi general! Es que se ha soltado el canario, y si abrimos se escapa con toda seguridad… Ahora creo que ya lo alcanza Sandoval.

Cuando la puerta fue abierta, el ayudante aún permanecía en pie sobre una silla, debajo de la jaula, mientras el pájaro cantaba alegremente balanceándose en la dorada anilla de su cárcel.

A bordo del vapor *Havre*, abril de 1892.

ROSARITO

SENTADA ante uno de esos arcaicos veladores con tablero de damas, que tanta boga conquistaron en los comienzos del siglo, cabecea el sueño la anciana condesa de Cela: los mechones plateados de sus cabellos, escapándose de la toca de encajes, rozan con intermitencias desiguales los naipes alineados para un solitario. En el otro extremo del canapé, su nieta Rosarito mueve en silencio cuatro agujas de acero, de las cuales, antes que la velada termine, espera ver salir un botinín blanco con borlas azules, igual en todo a otro que la niña tiene sobre el regazo, y solo aguarda al compañero para ir a calzar los diminutos pies del futuro conde de Cela. Aunque muy piadosas entrambas damas, es lo cierto que ninguna presta atención a la vida del santo del día, que el capellán del Pazo lee en voz alta, encorvado sobre el velador, y calados los espejuelos de recia armazón dorada. De pronto Rosarito levanta la cabeza, y se queda como abstraída, fijos los ojos en la puerta del jardín que se abre sobre un fondo de ramajes obscuros y misteriosos: ¡No más misteriosos, en verdad, que la mirada de aquella niña pensativa y blanca! Vista a la tenue claridad de la lámpara, con la rubia cabeza en divino escorzo; la sombra de las pestañas temblando en el marfil de la mejilla; y el busto delicado y gentil destacándose en la penumbra incierta sobre la dorada talla, y el damasco azul celeste del canapé, Rosarito recordaba esas ingenuas madonas, pintadas sobre fondo de estrellas y luceros. La niña entorna los ojos, palidece, y sus labios agitados por temblor extraño dejan escapar un grito:

—¡Jesús!… ¡Qué miedo!…

Interrumpe su lectura el clérigo; y mirándola por encima de los espejuelos, carraspea:

—¿Alguna araña, eh, señorita?…

Rosarito mueve la cabeza.

—¡No señor, no!

Estaba muy pálida. Su voz, un poco velada, tenía esa inseguridad delatora del miedo y de la angustia. En vano por aparecer serena quiso continuar la labor que yacía en su regazo; las agujas temblaban demasiado entre aquellas manos pálidas, transparentes, como las de una santa; manos místicas y ardientes, que parecían adelgazadas en la oración, por el suave roce de las cuentas del rosario.

Profundamente abstraída clavó las agujas en el brazo del canapé. Después con voz baja e íntima, cual si hablase consigo misma balbuceó:

—¡Jesús! ¡Qué cosa tan extraña!

Al mismo tiempo, entornó los párpados y cruzó las manos sobre el seno de cándidas y gloriosas líneas: parecía soñar. El capellán la miró con extrañeza.

—¿Qué le pasa señorita Rosario?

La niña entreabrió los ojos y lanzó un suspiro:

—¿Diga Don Benicio, será algún aviso del otro mundo?…

—¡Un aviso del otro mundo!… ¿Qué quiere usted decir?

Antes de contestar Rosarito dirigió una nueva mirada al misterioso y dormido jardín, a través de cuyos ramajes se filtraba la blanca luz de la luna; luego en voz débil y temblorosa murmuró:

—Hace un momento juraría haber visto entrar por esa puerta a Don Juan Manuel…

—¿Don Juan Manuel, señorita?… ¿Está usted segura?

—Sí; era él, y me saludaba sonriendo…

—¿Pero usted recuerda a D. Juan Manuel? Si lo menos hace diez años que está en la emigración.

—Me acuerdo Don Benicio como si le hubiese visto ayer. Era yo muy niña, y fui con el abuelo a visitarle en la cárcel de Santiago, donde le tenían preso por liberal. El abuelo le llamaba primo. Don Juan Manuel era muy alto; con el bigote muy retorcido; y el pelo blanco y rizo.

El capellán asintió:

—Justamente, justamente. A los treinta años tenía la cabeza más blanca que yo ahora. Sin duda, usted habrá oído referir la historia…

Rosarito juntó las manos.

—¡Oh! ¡Cuántas veces! El abuelo la contaba siempre.

Se interrumpió viendo enderezarse a la condesa. La anciana señora miró a su nieta con severidad, y todavía mal despierta murmuró:

—¿Qué tanto tienes que hablar niña? Deja leer a Don Benicio.

Rosarito, roja de vergüenza, inclinó la cabeza, y se puso a mover las largas

agujas de su labor. Pero Don Benicio, que no estaba en ánimo de seguir leyendo, cerró el libro y bajó los anteojos hasta la punta de la nariz.

—Hablábamos del famoso Don Juan Manuel, señora condesa. Don Juan Manuel Montenegro, emparentado si no me engaño con la ilustre casa de los condes de Cela…

La anciana le interrumpió.

—¿Y a dónde han ido ustedes a buscar esa conversación? ¿También usted ha tenido noticia del hereje de mi primo? Yo sé que está en el país, y que conspira. El cura de Cela, que le conoció mucho en Portugal, le ha visto en la feria de Barbanzón, disfrazado de chalán.

Don Benicio se quitó los anteojos vivamente.

—¡Hum! He ahí una noticia. Y una noticia de las más extraordinarias. ¿Pero no se equivocaría el cura de Cela?…

La condesa se encogió de hombros.

—¡Qué! ¿Lo duda usted? Pues yo no. ¡Conozco harto bien a mi señor primo!

—Los años quebrantan las peñas, señora condesa: cuatro anduve yo por las montañas de Navarra con el fusil al hombro, y hoy, mientras otros baten el cobre, tengo que contentarme con pedir a Dios en la misa el triunfo de la santa causa.

Una sonrisa desdeñosa asomó en la desdentada boca de la linajuda señora.

—¿Pero quiere usted compararse Don Benicio?… Ciertamente que en el caso de mi primo, cualquiera se miraría antes de atravesar la frontera; pero esa rama de los Montenegros es de locos. Loco era mi tío Don José; loco es el hijo; y locos serán los nietos. Usted habrá oído mil veces en casa de los curas hablar de Don Juan Manuel, pues bien, todo lo que se cuenta no es nada comparado con lo que ese hombre ha hecho.

El clérigo repitió a media voz.

—Ya sé, ya sé… Tengo oído mucho. ¡Es un hombre terrible, un libertino, un masón!

La condesa alzó los ojos al cielo y suspiró.

—¿Vendrá a nuestra casa? ¿Qué le parece a usted?

—¿Quién sabe? Conoce el buen corazón de la señora condesa.

El capellán sacó del pecho de su levitón un gran pañuelo a cuadros azules, y lo sacudió en el aire con suma parsimonia: después se limpió la calva.

—¡Sería una verdadera desgracia! Si la señora atendiese mi consejo, le cerraría la puerta.

Rosarito lanzó un suspiro. Su abuela la miró severamente, y se puso a

repiquetear con los dedos en el brazo del canapé.

—Eso se dice pronto, Don Benicio. Está visto que usted no le conoce. Yo le cerraría la puerta, y él la echaría abajo. Por lo demás tampoco debo olvidar que es mi primo.

Rosarito alzó la cabeza. En su boca de niña, temblaba la sonrisa pálida de los corazones tristes, y en el fondo misterioso de sus pupilas, brillaba una lágrima rota. De pronto lanzó un grito. Parado en el umbral de la puerta del jardín, estaba un hombre de cabellos blancos; estatura gentil y talle todavía arrogante y erguido.

Don Juan Manuel Montenegro podría frisar en los sesenta años. Tenía ese hermoso y varonil tipo suevo tan frecuente en los hidalgos de la montaña gallega. Era el mayorazgo de una familia antigua y linajuda, cuyo blasón lucía diez y seis cuarteles de nobleza, y una corona real en el jefe. Don Juan Manuel, con gran escándalo de sus deudos y allegados, al volver de la emigración hiciera picar las armas que campeaban sobre la puerta de su Pazo solariego, un caserón antiguo y ruinoso, mandado edificar por el mariscal Montenegro, que figuró en las guerras de Felipe V, y fue el más notable de los de su linaje. Todavía se conserva en el país memoria de aquel señorón excéntrico, déspota y cazador, beodo y hospitalario. Don Juan Manuel a los treinta años había malbaratado su patrimonio. Solamente conservó las rentas y tierras de vínculo, el Pazo, y una capellanía, todo lo cual apenas le dada para comer. Entonces empezó su vida de conspirador y aventurero; vida tan llena de riesgos y azares, como la de aquellos segundones hidalgos, que se enganchaban en los tercios de Italia por buscar lances de amor, de espada y de fortuna. Liberal aforrado en masón, fingía gran menosprecio por toda suerte de timbres nobiliarios, lo que no impedía que fuese altivo y cruel como un árabe noble. Interiormente sentíase orgulloso de su abolengo, y pese a su despreocupación dantoniana, placíale referir la leyenda heráldica, que hace descender a los Montenegros de una emperatriz alemana. Creíase emparentado con las más nobles casas de Galicia, y desde el conde de Cela, al de Altamira, con todos se igualaba, y a todos llamaba primos, como se llaman entre sí los reyes. En cambio despreciaba a los hidalgos sus vecinos y se burlaba de ellos sentándolos a su mesa, y haciendo sentar a sus criados. Era cosa de ver a Don Juan Manuel erguirse cuan alto era, con el vaso desbordante, gritando con aquella engolada voz de gran señor, que ponía asombro en sus huéspedes:

—En mi casa, señores, todos los hombres son iguales. Aquí es ley la doctrina del filósofo de Judea.

Don Juan Manuel era uno de esos locos de buena vena, con maneras de gran señor, ingenio de coplero, y alientos de pirata. Bullía de continuo en él una desesperación sin causa ni objeto, tan pronto arrebatada como burlona; ruidosa como sombría. Atribuíansele cosas verdaderamente extraordinarias. Cuando volvió de su primera emigración, encontrose hecha la leyenda. Los viejos liberales partidarios de Riego contaban que le había blanqueado el cabello desde que una sentencia de muerte tuviérale tres días en capilla, de la cual consiguiera fugarse por un milagro de audacia: pero las damiselas de su provincia, abuelas hoy que todavía suspiran, cuando recitan a sus nietas los versos de *El Trovador*, referían algo mucho más hermoso… Pasaba esto en los buenos tiempos del romanticismo, y fue preciso suponerle víctima de trágicos amores. ¡Cuántas veces oyera Rosarito en la tertulia de sus abuelos la historia de aquellos cabellos blancos! Contábala siempre su tía la de Camarasa, —una señorita cincuentona, que leía novelas con el ardor de una colegiala; y todavía cantaba en los estrados aristocráticos de Brumosa melancólicas tonadas del año treinta—. Amada de Camarasa conociera a Don Juan Manuel en Lisboa, cuando las bodas del infante Don Miguel. Era ella una niña, y habíale quedado muy presente la sombría figura de aquel emigrado español de erguido talle y ademán altivo, que todas las mañanas se paseaba con el poeta Espronceda en el atrio de la catedral, y no daba un paso sin golpear fieramente el suelo, con la contera de su caña de Indias. Amada de Camarasa no podía menos de suspirar siempre que hacía memoria de los alegres años pasados en Lisboa. ¡Quizá volvía a ver con los ojos de la imaginación la figura de cierto hidalgo lusitano de moreno rostro y amante labia, que había sido la única pasión de su juventud!…

¡Pero esta es otra historia, que nada tiene que ver con la de Don Juan Manuel!

El mayorazgo se había detenido en medio de la espaciosa sala, y saludaba encorvando su aventajado talle, aprisionado en largo levitón.

—Buenas noches condesa de Cela. ¡He aquí a tu primo Montenegro que viene de Portugal!

Su voz, al sonar en medio del silencio de la anchurosa y obscura sala del Pazo, parecía más poderosa y más hueca. La condesa, sin manifestar extrañeza, repuso con desabrimiento:

—Buenas noches señor mío.

Don Juan Manuel se atusó el bigote, y sonrió, como hombre acostumbrado a tales desvíos y que los tiene en poco. De antiguo recibíasele de igual modo en casa de todos sus deudos y allegados, sin que nunca se le antojara tomarlo a pecho: contentábase con hacerse obedecer de los criados, y manifestar hacia los amos cierto desdén de gran señor. Era de ver cómo aquellos hidalgos campesinos que nunca habían salido de sus madrigueras concluían por humillarse ante la apostura caballeresca y la engolada voz del viejo libertino, cuya vida de conspirador, llena de azares desconocidos, ejercía sobre ellos el poder sugestivo de lo tenebroso.

Don Juan Manuel, acercose rápido a la condesa y tomole la mano, con aire a un tiempo cortés y familiar:

—Espero, prima, que me darás hospitalidad por una noche.

Así diciendo, con empaque de viejo gentil hombre, arrastró un pesado sillón de moscovia, y tomó asiento al lado del canapé. En seguida, y sin esperar respuesta, volviose a Rosarito. —¡Acaso había sentido el peso magnético de aquella mirada que tenía la curiosidad de la virgen y la pasión de la mujer!—. Puso el emigrado una mano sobre la rubia cabeza de la niña, obligándola a levantar los ojos, y con esa cortesanía exquisita y simpática de los viejos que han amado y galanteado mucho en su juventud, pronunció a media voz —¡la voz honda y triste, con que se recuerda el pasado!—:

—¿Tú no me reconoces, verdad, hija mía? Pero yo sí; te reconocería en cualquier parte… ¡Te pareces tanto a una tía tuya, hermana de tu abuelo, a la cual ya no has podido conocer!… ¿Tú te llamas Rosarito, verdad?

—Sí señor…

Don Juan Manuel se volvió a la condesa.

—¿Sabes, prima, que es muy linda la pequeña?

Y moviendo la plateada y varonil cabeza, continuó cual si hablase consigo mismo:

—¡Demasiado linda quizá para que pueda ser feliz!…

La condesa, halagada en su vanidad de abuela, repuso con benignidad, mirando y sonriendo a su nieta:

—No me la trastornes primo. ¡Sea ella buena, que el que sea linda es cosa de bien poco!…

El emigrado asintió con un gesto sombrío y teatral. Quedose algún tiempo contemplando a la niña, y luego enderezándose en el sillón preguntó a la condesa:

—¿Es la mayorazga?

—No. A última hora ocurriósele a su mamá encargar un infantito a Pekín…

Y la noble señora, señalaba sonriendo el botinín de estambre en que trabajaba su nieta. La niña, con las mejillas encendidas y los ojos bajos, movía las agujas temblorosa y torpe. ¿Adivinó el viejo libertino lo que pasaba en aquella alma tan pura? ¿Tenía él, como todos los grandes seductores, esa intuición misteriosa que lee en lo íntimo de los corazones y conoce las horas propicias al amor? Ello es que una sonrisa de increíble audacia tembló un momento bajo el mostacho blanco del hidalgo y que sus ojos verdes —soberbios y desdeñosos como los de un tirano o de un pirata— se posaron con gallardía donjuanesca sobre aquella cabeza melancólicamente inclinada que con su crencha de oro, partida por estrecha raya, tenía cierta castidad prerrafaélica. Pero la sonrisa y la mirada del emigrado fueron relámpagos por lo siniestras y por lo fugaces. Recobrada incontinenti su actitud de gran señor, Don Juan Manuel se inclinó ante la condesa.

—Perdona, prima, que todavía no te haya preguntado por el conde.

La anciana suspiró levantando los ojos al cielo.

—¡Ay! ¡El conde lo es desde hace mucho tiempo mi hijo Pedro!…

El mayorazgo se enderezó en el sillón, dando con la contera de su caña en el suelo.

—¡Vive Dios! En la emigración nunca se sabe nada. Apenas llega una noticia… ¡Pobre amigo! ¡Pobre amigo!… ¡No somos más que polvo!…

Frunció las cejas imperceptiblemente; y apoyándose a dos manos en el puño de oro de su bastón, añadió con fanfarronería:

—Si antes lo hubiese sabido, créeme que no tendría el honor de hospedarme en tu palacio.

—¿Por qué?

—Porque tú nunca me has querido bien. ¡En eso eres de la familia!

La noble señora sonrió tristemente.

—Tú eres el que has renegado de todos. ¿Pero a qué viene recordar ahora eso? Cuenta has de dar a Dios de tu vida, y entonces…

Don Juan Manuel se inclinó con sarcasmo:

—Te juro, condesa, que, como tenga tiempo, he de arrepentirme.

El capellán que no había desplegado los labios repuso afablemente —afabilidad que le imponía el miedo a la cólera del hidalgo—:

—Volterianismos, Don Juan Manuel… Volterianismos, que después en la

hora de la muerte…

Don Juan Manuel no contestó. En los ojos de Rosarito acababa de leer un ruego tímido y ardiente a la vez. El viejo libertino miró al clérigo de alto a bajo, y volviéndose a la niña, que temblaba, contestó, sonriendo:

—¡No temas, hija mía! Si no creo en Dios, amo a los ángeles…

El clérigo, en el mismo tono conciliador y francote, volvió a repetir:

—¡Volterianismos, Don Juan Manuel!… ¡Volterianismos de la Francia!…

Intervino con alguna brusquedad la condesa, a quien lo mismo las impiedades que las galanterías del emigrado inspiraban vago terror.

—¡Dejémosle Don Benicio! Ni él ha de convencernos ni nosotros a él…

Don Juan Manuel sonrió con exquisita ironía.

—¡Gracias, prima, por la ejecutoria de firmeza que das a mis ideas, pues ya he visto cuánta es la elocuencia de tu capellán!

La condesa sonrió fríamente con el borde de los labios; y dirigió una mirada autoritaria al clérigo para imponerle silencio. Después, adoptando esa actitud seria y un tanto melancólica con que las damas del año treinta se retrataban, y recibían en el estrado a los caballeros, murmuró:

—¡Cuando pienso en el tiempo que hace que no nos hemos visto!… ¿De dónde sales ahora? ¿Qué nueva locura te trae? ¡Los emigrados no descansáis nunca!…

—Pasaron ya mis años de pelea, condesa… Ya no soy aquel que tú has conocido. Si he atravesado la frontera, ha sido únicamente para traer socorros a la huérfana de un pobre emigrado, a quien asesinaron los estudiantes de Coímbra. Cumplido este deber, me vuelvo a Portugal.

—¡Si es así, que Dios te acompañe!…

Un antiguo reloj de sobremesa dio las diez. Era de plata dorada, y de gusto pesado y barroco, como obra del siglo XVIII. Representaba a Baco coronado de pámpanos y dormido sobre un tonel. La condesa contó las horas en voz alta, y volvió al asunto de su conversación.

Yo sabía que habías pasado por Brumosa, y que después estuvieras en la feria de Barbanzón vestido de chalán. Mis noticias eran de que conspirabas.

—Ya sé que eso se ha dicho.

A ti se te juzga capaz de todo, menos de ejercer la caridad como un apóstol…

Y la noble señora sonreía con alguna incredulidad. Después de un momento añadió bajando insensiblemente la voz:

¡Es el caso que no debes tener la cabeza muy segura sobre los hombros!

Y tras la máscara de frialdad con que quiso revestir sus palabras, asomaban el interés y el afecto. Don Juan Manuel repuso en el mismo tono confidencial, paseando la mirada por la sala:

—¡Ya habrás comprendido que vengo huyendo! Necesito un caballo para repasar mañana mismo la frontera.

—¿Mañana?

—Mañana.

La condesa reflexionó un momento.

¡Es el caso que no tenemos en el Pazo ni una mala montura!…

Y como observase que el emigrado fruncía el ceño, añadió:

Haces mal en dudarlo. Tú mismo puedes bajar a la cuadra y verlo. Hará cosa de un mes pasó por aquí haciendo una requisa la partida de «El Manco» y se llevó las dos yeguas que teníamos. No he querido volver a comprar, porque me exponía a que se repitiese el caso el mejor día.

Don Juan Manuel la interrumpió:

¿Y no hay en la aldea quien preste un caballo a la condesa de Cela?

A la pregunta del mayorazgo siguió un momento de silencio. Todas las cabezas se inclinaban y parecían meditar. Rosarito, que con las manos en cruz y la labor caída en el regazo, estaba sentada en el canapé al lado de la anciana, suspiró tímidamente:

—Abuelita, el Sumiller tiene un caballo que no se atreve a montar.

Y con el rostro cubierto de rubor; entreabierta la boca de madona; y el fondo de los ojos misterioso y cambiante, Rosarito se estrechaba a la condesa cual si buscase amparo en un peligro. Don Juan Manuel la infundía miedo; pero un miedo sugestivo y fascinador. Quisiera no haberle conocido, y el pensar en que pudiera irse la entristecía. Aparecíasele como el héroe de un cuento medroso y bello cuyo relato se escucha temblando, y sin embargo cautiva el ánimo hasta el final, con la fuerza de un sortilegio. Oyendo a la niña, el emigrado sonrió con caballeresco desdén, y aun hubo de atusarse el bigote suelto, y bizarramente levantado sobre el labio. Su actitud era ligeramente burlona.

—¡Vive Dios! Un caballo que el Sumiller no se atreve a montar casi debe ser un Bucéfalo. ¡He ahí, queridas mías, el corcel que me conviene!

La condesa movió distraídamente algunos naipes del solitario, y al cabo de un momento, como si el pensamiento y la palabra le viniesen de muy lejos, se dirigió al capellán.

—Don Benicio, será preciso que vaya usted a la rectoral y hable con el Sumiller.

Don Benicio repuso volviendo las hojas de *El Año Cristiano*.

—Yo haré lo que disponga la señora condesa, pero, salvo su mejor parecer, el mío es que más atendida había de ser una carta de vuecencia.

Aquí levantó el clérigo la tonsurada cabeza, y al observar el gesto de contrariedad con que la dama le escuchaba se apresuró a decir:

—Permítame la señora condesa que me explique. El día de San Miguel fuimos juntos de caza. Entre el Sumiller y el abad de Cela que se nos reunió en el monte, hiciéronme una jugarreta del demonio. Todo el día estuviéronse riendo. ¡Con sus sesenta años a cuestas los dos tienen el humor de unos rapaces! Si me presento ahora en la rectoral pidiendo el caballo, por seguro que lo toma a burla. ¡Es un raposo muy viejo el señor Sumiller!

Rosarito murmuró con anhelo al oído de la anciana:

—Abuelita, escríbale usted…

La mano trémula de la condesa acarició la rubia cabeza de su nieta.

—¡Ya hija mía!…

¡Y la condesa de Cela, que hacía tantos años estaba amagada de parálisis, irguiose sin ayuda, y, precedida del capellán, atravesó la sala, noblemente inclinada sobre su muleta! —una de esas muletas como se ven en los santuarios, con cojín de terciopelo carmesí guarnecido por clavos de plata.

Del fondo obscuro del jardín, donde los grillos daban serenata, llegaban murmullos y aromas. El vientecillo gentil que los traía, estremecía los arbustos, sin despertar los pájaros que dormían en ellos. A veces el follaje, misterioso como la túnica de una diosa, se abría susurrando, y penetraba el blanco rayo de la luna, que se quebraba en algún asiento de piedra, oculto hasta entonces en sombra clandestina. El jardín cargado de aromas, y aquellas notas de la noche, impregnadas de voluptuosidad y de pereza, y aquel rayo de luna, y aquella soledad, y aquel misterio, traían como una evocación romántica de citas de amor, en siglos de trovadores.

Don Juan Manuel se levantó del sillón, y, vencido por una distracción extraña, comenzó a pasearse entenebrecido y taciturno. Temblaba el piso bajo su andar marcial, y temblaban las arcaicas consolas, que parecían altares con su carga rococó de efigies, fanales y floreros. Los ojos de la niña, seguían miedosos e inconscientes el ir y venir de aquella sombría figura. Si el emigrado se acercaba a la luz, no se atrevían a mirarle; si se desvanecía en la penumbra le

buscaban con ansia. Don Juan Manuel se detuvo en medio de la estancia. Rosarito bajó los párpados presurosa. Sonriose el mayorazgo contemplando aquella rubia y delicada cabeza, que se inclinaba como lirio de oro, y después de un momento llegó a decir:

—¡Mírame, hija mía! ¡Tus ojos me recuerdan otros ojos que han llorado mucho por mí!

Tenía Don Juan Manuel los gestos trágicos, y las frases siniestras y dolientes de los seductores románticos. En su juventud había conocido a lord Byron y la influencia del poeta inglés fuera en él decisiva.

Las pestañas de Rosarito rozaron la mejilla con tímido aleteo, y permanecieron inclinadas como las de una novicia. El emigrado sacudió la blanca cabellera, ¡aquella cabellera cuya novelesca historia tantas veces recordara la niña aquella noche! y fue a sentarse en el canapé.

—Si viniesen a prenderme, ¿tú qué harías? ¿Te atreverías a ocultarme en tu alcoba? ¡Una abadesa de San Payo salvó así la vida a tu abuelo!…

Rosarito no contestó. Ella, tan inocente, sentía el fuego del rubor en toda su carne. El viejo libertino la miraba intensamente, cual si solo buscase el turbarla más. La expresión de aquellos ojos verdes era a un tiempo sombría y fascinadora, inquietante y audaz: dijérase que infiltraban el amor como un veneno, que violaban las almas, y que robaban los besos a las bocas más puras. Después de un momento, añadió con amarga sonrisa:

—Escucha lo que voy a decirte. Si viniesen a prenderme, yo me haría matar. ¡Mi vida ya no puede ser, ni larga ni feliz, y aquí tus manos piadosas me amortajarían!…

Cual si quisiese alejar sombríos pensamientos, agitó la cabeza con movimiento varonil y hermoso, y echó hacia atrás los cabellos que obscurecían su frente, una frente altanera y desguarnida, que parecía encerrar todas las exageraciones y todas las demencias, lo mismo las del amor que las del odio, las celestes que las diabólicas…

Rosarito murmuró casi sin voz:

—¡Yo haré una novena a la Virgen para que lo saque a usted con bien de tantos peligros!…

Una onda de indecible compasión la ahogaba, con ahogo dulcísimo. Sentíase presa de confusión extraña: pronta a llorar, no sabía si de ansiedad, si de pena, si de ternura; conmovida hasta lo más hondo de su ser, por conmoción obscura, hasta entonces, ni gustada ni presentida. El fuego del rubor quemábale las

mejillas; el corazón quería saltársele del pecho; un nudo de divina angustia oprimía su garganta y escalofríos misteriosos recorrían su carne. Temblorosa, con el temblor que la proximidad del hombre infunde en las vírgenes, quiso huir de aquellos ojos hipnóticos y dominadores que la miraban siempre, pero el sortilegio resistió. El emigrado la retuvo con un extraño gesto, tiránico y amante, y ella, llorosa, vencida, cubriose el rostro con las manos ¡aquellas hermosas manos de novicia, pálidas, místicas, ardientes!

Casi en el mismo instante, la condesa apareció en la puerta de la estancia, donde se detuvo jadeante y sin fuerzas.

—¡Rosarito, hija mía, ven a darme el brazo!…

Con la muleta apartaba el blasonado portier.

Rosarito se limpió los ojos, y acudió velozmente. La noble señora apoyó la diestra, blanca y temblona, en el hombro de su nieta, y cobró aliento en un suspiro:

—¡Allá va en la rectoral ese bienaventurado de Don Benicio!…

Después, sus ojos buscaron al emigrado.

—¿Tú, supongo que hasta mañana no te pondrás en camino? Aquí estás seguro, como no lo estarías en parte ninguna.

En los labios de Don Juan Manuel asomó una sonrisa de hermoso desdén. La boca de aquel hidalgo aventurero reproducía el gesto con que los grandes señores de otros tiempos desafiaban la muerte. Don Rodrigo Calderón debió sonreír así sobre el cadalso.

La condesa dejándose caer en el canapé añadió con suave ironía:

—He mandado disponer la habitación, en que, según las crónicas, vivió Fray Diego de Cádiz cuando estuvo en el Pazo. Paréceme que la habitación de un santo es la que mejor conviene a vuesa mercé…

Y terminó la frase con una sonrisa. El mayorazgo se inclinó mostrando asentimiento burlón. Pasado un momento exclamó con cierta violencia:

—¡Diez leguas he andado por cuetos y vericuetos, y estoy más que molido, condesa!

Don Juan Manuel se había puesto en pie. La condesa le interrumpió murmurando:

—¡Válgate Dios con la vida que traes! Pues es menester recogerse, y cobrar fuerzas para mañana.

Después, volviéndose a su nieta, añadió:

—Tú le alumbrarás, y enseñarás el camino, pequeña.

Rosarito asintió con la cabeza, como hacen los niños tímidos, y fue a encender uno de los candelabros que había sobre la gran consola situada en frente del estrado. Trémula como una desposada se adelantó hasta la puerta, donde hubo de esperar a que terminase el coloquio que el mayorazgo y la condesa sostenían en voz baja. Rosarito apenas percibía un vago murmullo. Suspirando apoyó la cabeza en el marco, y entornó los párpados. Sentíase presa de una turbación llena de palpitaciones tumultuosas y confusas. En aquella actitud de cariátide parecía figura ideal, detenida en el lindar de la otra vida. Estaba tan pálida y tan triste, que no era posible contemplarla un instante, sin sentir anegado el corazón por la idea de la muerte…

Su abuela la llamó:

—¿Qué te pasa pequeña?

Rosarito por toda respuesta abrió los ojos, sonriendo tristemente. La anciana movió la cabeza con muestra de disgusto, y se volvió a Don Juan Manuel:

—A ti aún espero verte mañana. El capellán nos dirá la misa de alba en la capilla, y quiero que la oigas…

El mayorazgo se inclinó, como pudiera hacerlo ante una reina. Después, con aquel andar altivo y soberano, que tan en consonancia estaba con la índole de su alma, atravesó la sala. Cuando el portier cayó tras él, la condesa de Cela tuvo que enjugarse algunas lágrimas.

—¡Qué vida, Dios mío! ¡Qué vida!…

La sala del Pazo —aquella gran sala adornada con cornucopias y retratos de generales, de damas y de obispos—, yace sumida en trémula penumbra. La anciana condesa dormita en el canapé. Encima del velador parecen hacer otro tanto el bastón del mayorazgo, y la labor de Rosarito. Tropel de fantasmas se agita entre los cortinones espesos. ¡Todo duerme! Mas he ahí que de pronto la condesa abre los ojos, y los fija con sobresalto en la puerta del jardín. Imagínase haber oído un grito en sueños, uno de esos gritos de la noche, inarticulados, y por demás medrosos. Con la cabeza echada hacia delante, y el ánimo acobardado y suspenso, permanece breves instantes en escucha… ¡Nada! El silencio es profundo. Solamente turba la quietud de la estancia, el latir acompasado y menudo de un reloj, que brilla en el fondo apenas esclarecido…

La condesa ha vuelto a dormirse.

Un ratón sale de su escondite, y atraviesa la sala con gentil y vivaz trotecillo. Las cornucopias le contemplan desde lo alto: parecen pupilas de monstruos

ocultos en los rincones obscuros. El reflejo de la luna penetra hasta el centro del salón: los daguerrotipos centellean sobre las consolas, apoyados en los jarrones llenos de rosas. Por intervalos se escucha la voz aflautada y doliente de un sapo que canta en el jardín. Es la media noche, y la luz de la lámpara agoniza.

La condesa se despierta, y hace la señal de la cruz.

De nuevo ha oído un grito, pero esta vez tan claro, tan distinto que ya no duda. Requiere la muleta, y en actitud de incorporarse escucha. Un gatazo negro, encaramado en el respaldo de una silla, acéchala con ojos lucientes. La condesa siente el escalofrío del miedo. Por escapar a esta obsesión de sus sentidos, se levanta, y sale de la estancia. El gatazo negro la sigue maullando lastimeramente: su cola fosca, su lomo enarcado, sus ojos fosforescentes, le dan todo el aspecto de un animal embrujado y macabro. El corredor es obscuro. El golpe de la muleta resuena como en la desierta nave de una iglesia. Allá al final, una puerta entornada deja escapar un rayo de luz…

La condesa de Cela llega temblando.

La cámara está desierta, parece abandonada. Por una ventana abierta, que cae al jardín, alcánzanse a ver en esbozo fantástico masas de árboles que se recortan sobre el cielo negro y estrellado: la brisa nocturna estremece las bujías de un candelabro de plata, que lloran sin consuelo en las doradas arandelas: aquella ventana abierta sobre el jardín misterioso y obscuro tiene algo de evocador y sugestivo. ¡Parece que alguno acaba de huir por ella!…

La condesa se detiene, paralizada de espanto.

En el fondo de la estancia, el lecho de palo santo, donde durmiera cien años antes Fray Diego de Cádiz, dibuja sus líneas rígidas y severas a través de luengos cortinajes de damasco antiguo, ese damasco carmesí que parece tener algo de litúrgico ¡tanto recuerda los viejos pendones parroquiales! A veces una mancha negra pasa corriendo sobre el muro: Tomaríasela por la sombra de un pájaro gigantesco:

Se la ve posarse en el techo y deformarse en los ángulos: arrastrarse por el suelo y esconderse bajo las sillas: de improviso, presa de un vértigo funambulesco, otra vez salta al muro, y galopa por él como una araña…

La condesa cree morir.

En aquella hora, en medio de aquel silencio, el rumor más leve acrecienta su alucinación. Un mueble que cruje; un gusano que carcome en la madera; el viento que se retuerce en el mainel de las ventanas, todo tiene para ella entonaciones trágicas o pavorosas. Encorvada sobre la muleta, tiembla con todos

sus miembros. Se acerca al lecho; separa las cortinas, y mira. ¡Rosarito está allí!… ¡Inanimada, yerta, blanca! Dos lágrimas humedecen sus mejillas. Los ojos tienen la mirada fija y aterradora de los muertos. ¡Por su corpiño blanco corre un hilo de sangre!… El alfilerón de oro que momentos antes aún sujetaba la trenza de la niña, está bárbaramente clavado en su pecho, sobre el corazón.

La rubia cabellera extiéndese por la almohada, trágica, magdalénica…

Villanueva de Arosa, abril de 1894.

EPITALAMIO
(HISTORIA DE AMORES)

Madrid, 7 de marzo de 1897

Dedicatoria

Para mi maestro y mi amigo Jesús Muruais.

R. del Valle-Inclán

I

—¡OH, siempre aparece en ti el poeta, gran señor!

Y Augusta, verdaderamente encantada, volvió a leer la dedicatoria, un tanto dorevillesca, que el príncipe Attilio Bonaparte acababa de escribir para ella en la última página de los *Salmos Paganos* —¡aquellos versos de amor y voluptuosidad que primero habían sido salmos de besos en los labios de la gentil amiga!

—¡Eres encantador!… ¡Eres el único!… ¡Nadie como tú sabe decir las cosas! ¿De veras son estos tus versos? ¡Yo quiero que seas el primer poeta del mundo! ¡Tómalos! ¡Tómalos! ¡Tómalos!…

Y Augusta le besaba con gracioso aturdimiento, entre frescas y cristalinas risas. Era su amor, alegría erótica y victoriosa, sin caricias lánguidas, sin decadentismos anémicos, pálidas flores del *boulevard*. Ella sentía por el poeta esa pasión que aroma la segunda juventud, con fragancias de generosa y turgente madurez. Como el calor de un vino añejo, así corría por su sangre aquel amor de matrona lozana y ardiente, amor voluptuoso y robusto como los flancos de una Venus, amor pagano, limpio de rebeldías castas, impoluto de los escrúpulos que entristecen la sensualidad, sin domeñarla. Amaba con el culto olímpico y potente de las diosas desnudas, sin que el cilicio de la moral atarazase su carne blanca, de blanca realeza, que cumplía la divina ley del sexo, soberana y triunfante, como los leones y las panteras en los bosques de Tierra Caliente.

Augusta susurró al oído del poeta:

—Mañana llega mi marido, y tendremos que vernos de otra manera, Attilio.

Una sonrisa desdeñosa tembló bajo el enhiesto mostacho del galán.

—Dejémosle llegar, madona.

Harto sabía el príncipe que el buen caballero D. Juan del Alcázar, académico rancio y poeta cortesano, era el más sesudo despreciador de Otelo. Si el príncipe admiraba al erudito traductor de Horacio y de Virgilio, no era ciertamente por los

sonetos fríos y engolados con que Don Juan lamentaba todos los años en la *Ilustración* la muerte de los ideales; sino por aquella filosofía cínica, que a ser más consciente y haber revestido forma literaria, hubiérale labrado un sitial entre Carlos Baudelaire y Enrique Heine.

Augusta hizo un delicioso mohín de enfado.

—¿De manera que para ti no es una contrariedad que llegue mañana mi casto esposo?

Y cambiando repentinamente de voz y de ademanes, se echó a reír, con risa picaresca y alocada.

—Pues, hijo, para mí tampoco. ¡Si hasta creo que tendremos más libertad! Él es muy aficionado a dar paseos largos; le haremos que se lleve a la chiquilla, y nosotros quedaremos dueños absolutos de hacer cuanto queramos.

—¿Y qué diablos tenemos que hacer nosotros, madona?

—Ya te lo diré yo…

Y alzando las holgadas mangas de su traje, enlazó al cuello del poeta los brazos desnudos, tibios, perfumados, blancos.

Las relaciones de Augusta con el príncipe Bonaparte habían nacido aquel invierno en un banquete con que los duques de Lantana —título de las Dos Sicilias celebraran la llegada a Madrid de su deudo el príncipe Attilio Bonaparte, que acababa de ser nombrado secretario de la embajada italiana. Desde el primer momento, Augusta sintió la seducción del poeta, y el capricho de amarle y de poseerle. Con la gallarda insolencia de su temperamento, fue ella quien le buscó. No hubo ese largo y sutil flirteo que prepara la caída; como todas las adúlteras sin remordimientos, deseaba entregarse y se entregó. Estaba loca por aquel poeta galante y gran señor, que cincelaba sus versos con el mismo buril que cincelara Benvenuto las ricas y floreadas copas de oro, donde el magnífico Duque de Médicis bebía el século y el falerno, ¡los vinos clásicos que amaba el viejo Horacio! Fue un primer amor, porque fue distinto de sus otros amores. Todos los hombres que Augusta conociera hasta entonces, aun aquellos más escépticos, hubieran querido convertirla en una madona prerrafaélica. El príncipe fue el único que supo celebrar el candor cínico y lujuriante con que la dama encantaba sus amores. ¡Aquellas divinas inmoralidades de que Augusta solamente hacía cumplido alarde en las confidencias con las amigas, porque hay ciertas cosas que solo ellas y los confesores saben oírlas sin asustarse!

El príncipe veía en Augusta la musa de los *Salmos Paganos*: la amaba con el amor del arte y el amor del libertinaje; dualismo comprensible en quien se

mostraba como poeta, griego y bizantino, romano y bárbaro; alma extraña, que si rezase buscaría a Cristo en el Olimpo, y a Júpiter en el Cielo. Tan original modo de ser constituye el mayor encanto de los *Salmos Paganos*; el poeta se retrata en ellos; leyendo ciertas estrofas, se tiene como una visión de aquella frente clásica y coronada de rizos, de aquella boca sensual que sonríe con desdén, de aquellos ojos dorados y valientes, ojos de aristócrata y de libertino. Merced a esta doble naturaleza de artista y de patricio, el príncipe Bonaparte es de todos los modernos poetas italianos el que mejor encarna la tradición erótica y cortesana del renacimiento florentino: los *Salmos Paganos* y las *Letanías Galantes* son libros que parecen escritos sobre la espalda blanca y tornátil de una princesa apasionada y artista, envenenadora y cruel. La musa del poeta es libertina y sensual, sardónica y desdeñosa: la sonrisa de Mefistófeles bajo el mostacho retorcido y fanfarrón de D. Juan. El príncipe Attilio parece haber respirado el aroma voluptuoso de sus estrofas en los orientales camerinos del Palacio Borgia, en los verdes y floridos laberintos del Jardín de Bóboli. El poeta deshoja las rosas de Alejandría sobre la nieve de divinas desnudeces; ebrio como un dios, y coronado de pámpanos, bebe en la copa blanca de las magnolias, el vino alegre y dorado que luego en repetidos besos vierte en la boca roja y húmeda de Venus Turbulenta.

II

EL príncipe rodeó el talle de Augusta; Augusta se colgó de sus hombros: con calentura de amor, fueron a caer sobre un diván morisco. De pronto la dama se incorporó jadeante.

—¡Ahora no, Attilio!… ¡Ahora no!…

Se negaba y resistía con ese instinto de las hembras que quieren ser brutalizadas cada vez que son poseídas. Era una bacante que adoraba el placer con la epopeya primitiva de la violación y de la fuerza. El príncipe se puso en pie: clavó la mirada en Augusta, y tornó a sentarse, mostrando solamente su despecho en una sonrisa patricia.

—¡Gracias, madona!… ¡Gracias!

—¿Te has enojado?… ¡Qué chiquillo eres! Si lo hago por la ilusión que me produce el verte así. ¡Todas las pruebas de que te gusto me parecen pocas!

Y graciosa y desenvuelta corrió a los brazos del galán.

—Caballero, béseme usted para que le perdone.

Quiso el príncipe obedecerla, y ella, huyendo velozmente la cabeza, exclamó:

—Ha de ser tres veces: la primera en la frente, la segunda en la boca, y la tercera de libre elección.

—Todas de libre elección.

La voz del poeta tenía ese trémolo enronquecido, donde, aun las mujeres más castas, adivinan el pecado fecundo, hermoso como un dios. Breves momentos permanecieron silenciosos los dos amantes. Augusta, viendo las pupilas del príncipe que se abrían sobre las suyas, tuvo un apasionado despertar:

—¡Qué ojos tan bonitos tienes! A veces parecen negros, y son dorados, muy dorados. ¡Cuánto me gusta mirarme en ellos!

Y con los brazos enlazados al cuello del poeta, echaba atrás la cabeza para contemplarle.

—¡Oh traidorcillos, a cuántos miraréis! ¡Ojos míos queridos!… ¡Quisiera robártelos y tenerlos guardados en un cofre de plata con mis joyas!

El príncipe Attilio sonrió.

—¡Róbamelos, madona! Veré con los tuyos.

—¡Embusterísimo!

—¡Preciosa!

Inclinose el príncipe, y la dama juntó los labios esperando… Después entornó las pestañas con feliz desmayo, y pronunció sin desunir ya las bocas:

—¡Hoy no has de hacerme sufrir! ¿No?

El príncipe respondió en voz muy baja con ardiente susurro:

—¡No, mi amor querido!

Augusta parpadeaba estremecida y dichosa; cobró aliento en largo suspiro y apoyó la frente en el hombro del poeta.

—¡Ay!… ¡Cuantísimo nos queremos!… ¿Sabes lo que estoy pensando, Attilio? Cuando volvamos a Madrid quiero que todos cuantos me han hecho la corte, sin conseguir nada, sepan que soy tu querida.

El príncipe la miró sin contestar. Ella entonces insistió mimosa:

—¡Jamás te halaga nada de lo que te digo!

—¡Qué loca eres, Augusta!

—¡No, no, pero te quiero tanto! En vez de ser una señora casada, ¡quisiera ser una prójima cualquiera, para cometer por ti muchas, muchísimas locuras!… No viviría contigo, eso no. Me apañaría con un viejo rico… ¿Tú sabes de algún

senador inválido de la política y de lo otro?…

—¿Para qué, madona?

—Para que nos sostenga a ti y a mí.

Esta vez el príncipe acabó por celebrar los delirios plebeyos de aquella Venus Bulevardista, que reía tendiéndose sobre el diván, mostrando en divino escorzo la garganta desnuda, y el blanco y perfumado nido del escote. Sobre la alfombra yacían los *Salmos Paganos* —¡aquellos versos de amor y voluptuosidad que primero habían sido salmos de besos en la alcoba!…

III

DE pronto, Augusta se incorporó sobresaltada. Una mano en cuyos dedos blancos brillaban las sortijas, alzaba el cortinaje que caía en majestuosos pliegues sobre la puerta del salón. Augusta se inclinó para recoger el libro que yacía al pie del diván: helada y prudente, murmuró en voz baja:

—¡Ahí está mi hija! Arréglate el bigote.

Beatriz entró riendo, tirando de las orejas a un perrillo enano que traía en brazos. Su madre la miró con ojos vibrantes de inquietud y despecho.

—Beatriz, no martirices a *Ninón*.

—Si no lo martirizo, mamá. Ya sabe *Ninón* que es de broma.

Y como el lindo gozquejo se desmandase con un ladrido, le hizo callar besuqueándole. Silenciosa y risueña, fue a sentarse en un sillón antiguo de alto y dorado respaldo. El príncipe la contempló en silencio. Ella, sin dejar de sonreír, inclinó los párpados; quedaron en la sombra sus ojos verdes, su mirada verde como la de Minerva, y sibilina y misteriosa como aquella sonrisa que no llegaba a entreabrir el divino broche formado por los labios. El príncipe, mirándola intensamente, cual si buscase el turbarla, pronunció en voz que simulaba distraída:

—¡Parece la Gioconda de Leonardo!

Era una Gioconda tan pálida y tan blanca, que su faz brillaba bajo la crencha rubia, como brilla la nieve en la cumbre de los montes bajo los dorados rayos del sol poniente. Oyendo al poeta inclinó los ojos, en cuyo fondo temblaba una miosotis azul; Augusta levantó los suyos, donde reían dos amorcillos traviesos: reclinada en la mecedora, agitaba un gran abanico de blancas y rizadas plumas; mecíase la dama, y su indolente movimiento dejaba ver en incitante claro-

obscuro la redonda y torneada pierna; Beatriz se levantó celerosa y le puso a *Ninón* en el regazo. Con gracia de niña arrodillose para arreglarle la falda; después le echó los brazos al cuello, dejando un beso en aquella boca, estremecida aún por los besos del amante. La mano de Augusta —una mano carnosa y blanca de abadesa joven e infanzona— acarició los cabellos de Beatriz con lentitud llena de amor y de ternura.

—¡Es encantadora esta pequeña mía!

Al mismo tiempo sus miradas buscaban las del poeta; al encontrarse sonrieron.

—Y usted, sátiro, ¿por qué no cerraba los ojos?

—Hubiera sido un sacrilegio. ¿Sabe usted de algún santo que los haya cerrado a la entrada del cielo?

—¡Pero lo que no hacen los santos, lo hacen los diablos!

Y con el más provocativo gesto en los labios, estrechaba maternalmente contra el seno la rubia y espiritual cabeza de su hija. Augusta tenía un incomparable candor en la inmoralidad. Su ironía de entonces no era diletantismo sádico y literario como la del príncipe Attilio; casi no era ironía, en fuerza de su inconsciencia. Feliz e indiferente, ofrecía una mejilla a los besos de la hija y otra a los del amante.

Se levantó con perezosa languidez apoyándose en ambos hombros de Beatriz.

—Pasaremos un momento al *ladder*, ¡cuando se pone el sol aquello está delicioso!

Thi ladder, como decía Augusta, era una escalinata de piedra, con antiguo y labrado balconaje entre verdes enredaderas prisionero. Durante el estío, cuando los señores trocaban el hotel de la Castellana por el solariego pazo, aquel poético rincón cambiaba de aspecto, y aun de nombre. Era muy bella la boca de Augusta, y muy aristocrático el movimiento de sus labios para llamarle el *patín* como hacían el señor capellán y los criados. Su esnobismo de condesa pontificia sugeríale siempre alguna palabreja inglesa sorprendida en las crónicas de *La Grand Dame* y pronunciada como Dios quería. En tales empeños la dama consultaba la irrecusable autoridad de su doncella, una andaluza del Perchel, que había estado hasta dos meses en Londres con la duquesa de Ordax, la hermosa embajadora española. Pero llegaban las primeras nieblas de octubre, y los señores regresaban a la corte; entonces el *patín* recobraba su aspecto geórgico y campesino; las enredaderas que lo entoldaban sacudían alegremente sus

campanillas blancas y azules; volvía a oírse el canto de dos tórtolas que el pastor tenía prisioneras en una jaula de mimbres; aspirábase el aroma de las manzanas que maduraban sobre las anchas losas; y la vieja criada, que había conocido a los otros señores, hilaba sentada al sol con el gato sobre la falda.

IV

LA dama, con el abanico extendido, señalaba el horizonte.

—¡Los celajes de la tarde, en este país, son encantadores! Estaba muy bella, detenida en la puerta del *patín*, bajo el arco de flores que las enredaderas hacían; en el fondo de sus ojos negros reía el sol poniente con una risa dorada; aureolaban su frente las campanillas blancas y azules, y las palomas torcaces venían a picotear en ellas, deshojándolas sobre los hombros de Augusta como una lluvia de gloria. El príncipe Attilio, olvidándose de Beatriz, pronunció entusiasmado:

—¡No sabes tú todo lo bella que estás!

Beatriz se volvió a mirarle con ojos llenos de asombro; pero ya Augusta le interrumpía riendo muy en alto con su reír sonoro y claro.

—¡Príncipe! ¡Príncipe!… Ese tuteo con que usted me honra ahora, debe ser una licencia poética, ¿verdad?

El príncipe se inclinó ante aquella actriz admirable y audaz.

—Ciertamente, señora, una licencia involuntaria; pero el ingenio de usted todo lo salva y todo lo perdona.

Los labios de Augusta se plegaron maliciosos.

—¡Qué he de hacer! ¿Ofenderme?… ¡Ah! ¡Es usted tan capaz de achacarlo a coquetería! Si se tratase de Beatriz, dudaría si representaban ustedes la *Divina Comedia*.

Las mejillas de aquella pálida y silenciosa Gioconda se tiñeron de rosa. El poeta, sin poner cuidado en ello, repuso irónico y desenfadado.

—Harto sabe usted, Augusta, que en la divina y en la diabólica comedia, todos mis parlamentos los tengo con Francesca.

La dama, haciendo un gracioso mohín de horror, ocultó el rostro y la risa en el pañolito de encajes.

—¡Con qué cinismo lo confiesa el adúltero!

Atendía Beatriz estas gentiles burlerías con una sonrisa casi dolorosa.

Apoyada en el alféizar del *patín*, poseída de nerviosa inquietud, deshojaba las yedras que alegraban la vejez de los balaustres. Augusta vio la ansiedad que contraía las facciones de aquella hija tan cruelmente olvidada, y tuvo una intuición dolorosa. Vagos y obscuros despertáronse los remordimientos, pero no fue más que un instante, allí estaba el poeta para adormecerlos. Los ojos del hombre le decían amores, mientras sus manos, aquellas manos ungidas para las turbulentas y silenciosas caricias, le ofrecían un ramo de jazmines; la mirada de Augusta se perdía en el fondo de las pupilas de su amante, inmóvil, intensa, en éxtasis escandaloso. La angustiosa expresión, la palidez casi trágica que cubría la faz de Beatriz habían sido olvidadas. Feliz y sonriente la dama recibe las flores que le ofrece el poeta. Con los labios arranca un jazmín, y entorna los ojos y suspira para beber su aroma. La fragante campanilla engarzada en la fresca boca de Augusta, parecía un beso del Abril galán. El príncipe Attilio se la pidió con un gesto; ella se la negó con otro gesto lleno de malicia. Contemplaba al poeta y le sonreía con los ojos a través del velo eléctrico y sedeño de las pestañas; al mismo tiempo sacaba la lengua tentadora y divina para humedecer los labios y la flor. Algunas veces se volvía a Beatriz, y la saludaba con un guiño picaresco que parecía decir: «¡Ya ves, hija mía, cómo todo ello es un juego inocente, en el cual no me olvido de ti, corazón!». Beatriz clavaba en su madre aquellos ojos de Gioconda, misteriosos y profundos, y se ruborizaba; pero en el fondo de sus pupilas dijérase que temblaban entonces dos llamas de inocente alegría. Augusta se puso en pie y llamó a *Ninón*; luego inclinándose sobre el hombro del príncipe, pronunció en voz baja:

—¡Toma la flor, ingrato!

Enderezose velozmente, y con un grito de circo lanzó por alto el jazmín que *Ninón* atrapó en el aire. La dama, sin dejar de reír, dio una vuelta por el *patín*, arrancando puñados de hojas y flores que echó sobre la frente del poeta, cual si por modo tan gentil quisiese borrar su ceño. Beatriz no se movió: con mirada supersticiosa seguía los macabros aleteos de un murciélago que danzaba en la media luz del crepúsculo. Augusta, con una mano apoyada en el talle de su hija, descansaba, cobrando aliento, y reía, reía siempre… La respiración levantaba su seno en ola perfumada de juventud fecunda. Al mismo tiempo, con los ojos, Augusta imploraba del galán uno de esos perdones fáciles y ligeros que, como todos los escarceos del amor, hacen el encanto de las mujeres. Por momentos su cabeza desaparecía entre los verdes penachos de las yedras que columpiaba la brisa… En el recogimiento silencioso de la tarde resonaba el coro glorioso de

sus risas: ¡Numen sagrado de las bacanales! ¡Canto de amor en el jardín de Venus! ¡Salmo Pagano en aquella boca roja, en aquella garganta desnuda y bíblica de Dalila tentadora!…

V

VOLVIÓ Augusta al lado del poeta, e inclinándose, pronunció velozmente:

—¿No te has enojado? ¿Verdad que no?

La respuesta del príncipe fue esa mirada teatral, intensa, sin parpadeos, que parece de rito en toda amorosa lid. Augusta buscó en la sombra la mano de su amante y se la estrechó furtivamente.

—Esta noche, ¿quieres que nos veamos?

El príncipe Attilio dudó un momento. Aquella pregunta, rica de voluptuosidad, perfumada de locura ardiente, deparábale ocasión donde mostrarse cruel y desdeñoso. ¡Placer amargo cuyas hieles son más gratas que todas las dulzuras del amor! Pero Augusta estaba tan bella, tales venturas prometía, que triunfó el encanto de los sentidos: una ola de galantería sensual envolvió al poeta:

—¡Oh, mi Augusta!… ¡Mi Augusta querida, esta noche y todas!…

Y los dos amantes, sonriendo, tornaron a estrecharse las manos, y se dieron la mirada besándose, poseyéndose, con posesión impalpable, en forma mística, intensa y feliz como el arrobo. Fue un momento no más. Beatriz volvió la cabeza, y ellos se soltaron vivamente. La niña encaminose a la puerta del *patín*; ya allí, dirigiéndose al poeta, preguntó con timidez adorable:

—Príncipe, ¿quiere usted que, como ayer, ordeñemos la vaca, y que después bajemos a probar la miel de las colmenas?

Augusta los miró sin comprender.

—¡Por Dios, están ustedes locos! ¡Vaya una merienda de pastores!

Beatriz y el príncipe cambiaban sonrisas, como dos camaradas que recuerdan juntos alguna travesura. La niña, sintiéndose feliz, exclamó:

—¡Tú no sabes, mamá!… Ayer lo hemos hecho así; ¿verdad, Príncipe?

Sus mejillas, antes tan pálidas, tenían ahora esmaltes de rosa; se alegraba el misterio de sus ojos; y su sonrisa de Gioconda adquiría expresión tan sensual y tentadora, que parecía reflejo de aquella otra sonrisa que jugaba en la boca de Augusta. El poeta, apoyado en el alféizar, se atusaba el mostacho con gallardía

donjuanesca. A todo cuanto hablaba Beatriz asentía inclinándose como ante una reina; pero sus ojos de gran señor permanecían fijos en ella, siempre audaces y siempre dominadores. Todavía quiso insistir Augusta; pero su hija, echándole los brazos al cuello, la hizo callar sofocada por los besos.

—¡No digas que no, mamá! Ya verás como yo misma ordeño la *Maruxa*. El Príncipe me prometió ayer que con ese asunto escribiría unos versos, una «Pastorela Mundana», ¿no dijo usted eso, Príncipe?

Y Beatriz, con aturdimiento desusado en ella, entró en la casa dando gritos para que sacasen del establo a la *Maruxa*. Augusta quedó un instante pensativa; luego, volviéndose a su amante, pronunció entre melancólica y risueña:

—¡Pobre hija mía!

El príncipe hizo un gesto enigmático; tomó ambas manos de Augusta, y la llevó al otro extremo del *patín*, allí, donde la yedra entrelazaba sus celosías más espesas. Caía la tarde, quedaba en amorosa sombra el nido verde y fragante que, recamando el *patín*, tejieran las enredaderas; el follaje temblaba con largos estremecimientos nupciales al sentirse besado por las auras; el dorado rayo del ocaso penetraba triunfante, luminoso y ardiente como la lanza de un arcángel. Aquella antigua escalinata, con su ornamentación mitológica cubierta de seculares y dorados líquenes, y su airosa balaustrada de granito donde las palomas se arrullaban al sol, y su rumoroso dosel que descendía en cascada de penachos verdes hasta tocar el suelo, recordaba esos parajes encantados que hay en el fondo de los bosques; camarines de bullentes hojas donde rubias princesas hilan en ruecas de cristal…

VI

AUGUSTA murmuró suspirando:

—¡Qué tristeza tener que separarnos!… ¡Oh! ¡Qué bien dices tú en aquellos versos: «No hay días felices, hay solamente horas felices»!

El príncipe Attilio interrumpió vivamente:

—¡Augusta!… ¡Augusta, por los manes de Homero!… ¡Ni esos son versos, ni eso es mío!…

Augusta repuso con ligereza encantadora:

—Lo mismo da, corazón… Yo lo he aprendido de tus labios, y para mí será siempre tuyo…

Se estrechó a él, cubriéndole de besos, y murmuró en voz muy baja:

—¿Te he dicho que mi marido llega mañana? ¿No te contraría a ti eso?… Para mí es la muerte. ¡Si tú supieses cómo yo deseo tenerte siempre a mi lado!… ¡Y pensar que si tú quisieses!… Di, ¿por qué no quieres?

El poeta sonrió:

—¡Si yo quiero, Augusta!

Y atrayéndola, murmuró quedo, muy quedo, rozando con el bigote la oreja nacarada y monísima de la dama:

—¡Pero temo que tú, tan celosa, te arrepientas luego y sufras horriblemente!

Augusta quedose un momento contemplando a su amante con expresión de alegre asombro.

—¡Estás loco, hijo de mi alma! ¿Por qué había yo de arrepentirme ni de sufrir? Al casarte con ella, me parece que te casas conmigo… Sobre todo, podré tenerte siempre a mi lado… ¡Ah! Pero esas son disculpas; tú temes que yo me convierta en una suegra de sainete y que te arañe.

Y riendo como una loca, hundía sus dedos blancos en la ola negra que formaba la barba del poeta, una barba asiria y perfumada como la del Sâr Peladan.

El príncipe pronunció con ligera ironía:

—¿Y si la moral llama a tu puerta, madona?

—No llamará. La moral es la palma de los eunucos.

El príncipe quiso celebrar la frase, besando a la madona en aquella boca que tales gentilezas decía. Ella continuó:

—¡Pues si es la verdad, corazón!… Cuando se sabe querer, esa vieja tísica y asquerosa se está muy encerrada en su casa…

El príncipe reía alegremente. Augusta era una mujer encantadora con aquella travesura, a la vez ingenua y depravada, y aquella sensualidad alegre y pagana como guirnalda de yedra.

—Este verano se arregla todo… Os casáis en el oratorio de casa… Si es preciso, yo misma os echo las bendiciones, digo la misa y predico la plática… En cuanto llegue mi señor marido, haces la demanda oficial…

Habíase sentado en las rodillas de su amante, y hablaba con el ceño graciosamente fruncido.

—Si la novia no te gusta, mejor; te gusto yo, y basta; como que por eso te casas.

—No; si la novia me gusta.

—¡Embustero! Quieres darme celos. ¡Quien te gusta soy yo!

—Pues por lo mismo que me gustas tú. ¡Es una derivación!…

—No seas cínico, Attilio. ¡Me hace daño oírte esas cosas!

—¡Eres encantadora, madona!… ¡Ya estás celosa!

—¡No tal!… Comprende que eso sería un horror. Pero no debías jugar así con mis afectos más caros.

—No jugaré ni haré la conquista de ese inocente corazón.

—¡Si ya lo tienes conquistado, ingrato!… ¡Es la herencia!…

Y reían, el uno en brazos del otro. Después Augusta musitaba con susurro ansioso, caliente y blando:

—¿Verdad que eso de que te gusta lo dices por desesperarme?

Entraba Beatriz en aquel momento, y Augusta, sin dar tiempo a la respuesta del poeta, continuó en voz alta, con ese incomparable fingimiento, esa audacia del corazón, esa soberanía de lo imprevisto que hace de todas las adúlteras, actrices divinas y mujeres adorables:

—¿No preguntaba usted por Beatriz, Príncipe? Pues aquí la tiene usted. Digo, usted no la tiene; todavía es de su madre…

El poeta se inclinó burlonamente.

—Augusta, que por mil años sea, como dicen en esta tierra.

—¡Príncipe, Príncipe! ¡Está usted loco!…

Beatriz miraba al príncipe, y sonreía; el enigma de su boca de Gioconda era alegre y perfumado de pasión como el capullo entreabierto de una rosa. Augusta murmuró maliciosamente mientras acariciaba los cabellos de su hija:

—Oiga usted un secreto, Príncipe… Tengo prometidos a la virgen los pendientes que llevo puestos, si me concede lo que le he pedido.

—¡Oh, qué bien sabe usted llegar al corazón de las vírgenes!

Augusta interrumpió vivamente:

—¡Calle usted, hereje!… Búrlese usted de mí, pero respetemos las cosas del Cielo.

Y hablaba santiguándose, para arredrar al demonio. A fuer de mujer elegante, era muy piadosa, no con la piedad trágica y macerada que inspira la faz de un Nazareno bizantino, sino con aquella devoción frívola y mundana de las damas aristocráticas; era el suyo un cristianismo placentero y gracioso como la faz del Niño Jesús. El príncipe, sin apartar la mirada de Beatriz, pero hablando con Augusta, pronunció lenta e intencionadamente:

—¿Se puede saber lo que le ha pedido usted a la Virgen?

—No se puede saber, pero se puede adivinar.

—Tengo para mí, que pronto cambiarán de dueño los pendientes.

Y callaron los dos, mirándose y sonriéndose.

VII

UNA zagala pelirroja entró en el huerto conduciendo del ronzal a la *Maruxa*, la res destinada para celebrar la «Pastorela Mundana»; aquel nuevo rito de ese nuevo paganismo, donde las diosas son Evas pervertidas, y donde los sacerdotes son poetas que se embriagan con ajenjo libado en elegante vaso griego. Beatriz descendió corriendo los escalones del *patín*, y acercándose a la vaca, comenzó por acariciarle el cuello.

—¡Príncipe, mire usted qué mansa es la *Maruxiña*!…

La vaca se estremecía bajo la mano de Beatriz —una mano muy blanca que se posaba con infantil recelo sobre el luciente y poderoso lomo de la *Maruxa*.

Beatriz levantó la cabeza:

—¿Pero no bajan ustedes?

Entonces Augusta hubo de interrumpir el coloquio que a media voz sostenía con el poeta.

—¡Hija mía, a qué cosas obligas tú a este caballero!

Y sonreía burlonamente designando al príncipe con un ademán de gentil y extremada cortesía. El príncipe Attilio inclinose a su vez, y ofreció el brazo a la dama para descender al huerto. En lo alto de la escalinata, bajo el arco de follaje que entretejían las enredaderas, se detuvieron contemplando los dorados celajes del ocaso. El poeta arrancó un airón de yedras que se columpiaba sobre sus cabezas.

—¡Salve Beatriz!… Ya tenemos con qué coronar a la *Maruxa*.

Al mismo tiempo unía los dos extremos de la rama, temblorosa en su alegre y sensual verdor. Augusta se la quitó de las manos.

—Yo seré la vestal encargada de adornar el testuz de la *Maruxa*…

Miró al poeta, y sacudió la cabeza alborotándose los rizos, y riendo.

—Usted, Príncipe, no dudará que sabré hacerlo.

Por recatarse de Beatriz, adoptaba un acento de alocado candor, que, aun velando la intención, realzaba aquella gracia cínica, ¡delicioso perfume que Augusta sabía poner en cada frase!

El poeta clavó los ojos en la dama, y murmuró intencionadamente:

—¡Pero usted no puede ser vestal, Augusta!

—¡Qué sabe usted lo que yo puedo ser!…

El príncipe sonrió.

—Yo la creía a usted *Turris Eburnea*; pero no *Virgo Veneranda*.

—¡Príncipe! ¡Príncipe!…

Y le amenazaba con el abanico. El príncipe hizo un gesto de irónica sorpresa.

—¡Mi palabra de honor, Augusta!…

Ella le miró con expresión de burla.

—¡Hijo de mi alma, esta vez se acreditó usted de inocente! Olvida usted que hay precedentes: la mamá de Rómulo y Remo… ¡Si sé yo más historia romana que mi señor marido; y eso que no tengo traducidos a Horacio y a Marcial!

A todo esto había hecho una corona con el ramo de yedras, y la colocó sobre las astas de la *Maruxa*. Después se volvió a Beatriz:

—¿No tiene más lances la «Pastorela Mundana», chiquitina?…

Beatriz permaneció silenciosa. Sus ojos verdes, de un misterio doloroso y trágico, se fijaban con extravío en el rostro de Augusta, que supo conservar su expresión de placentera travesura. La sonrisa de Gioconda agonizaba dolorida sobre los castos labios de la niña. Augusta cambió una mirada con el poeta. Al mismo tiempo fue a sentarse en el banco de piedra que había al pie de un castaño secular. El príncipe se acercó a Beatriz.

—¿Quiere usted que bajemos al colmenar?…

Beatriz pronunció con una sombra de melancolía:

—¡Yo quería ordeñar la *Maruxa* para que usted probase la leche, como ayer!…

Augusta murmuró reclinándose en el banco:

—¡Pues ordéñala, hija mía, la probaremos todos!

Beatriz se arrodilló al pie de la vaca. Su mano pálida, donde ponía reflejos sangrientos el rubí de una sortija, aprisionó temblorosa las calientes ubres de la *Maruxa*. Un chorro de leche salpicó el rostro de la niña, que levantó riendo la cabeza:

—¡Míreme usted, Príncipe!

Estaba muy bella con las blancas gotas resbalando sobre el rubor de las mejillas. El poeta se la mostró a la dama.

—¡He ahí el bautizo de la santa y pagana Naturaleza!…

Como si un estremecimiento voluptuoso pasase sobre la faz del mundo, se

besaron las hojas de los árboles con largo y perezoso murmullo. La vaca levantó arrogante el mitológico testuz, coronado de yedras, y miró de hito en hito al sol que se ocultaba. Herida por los destellos del ocaso, la *Maruxa* parecía de cobre bruñido; recordaba esos ídolos que esculpió la antigüedad clásica; divinidades robustas, benignas y fecundas que cantaron los poetas.

VIII

UN momento se distrajo Beatriz, y el príncipe murmuró al oído de Augusta:

—¿Quieres quedarte hoy sin los pendientes?

Augusta contestó con aquella risa sonora y clara, que semejaba borboteo de agua en copa de oro.

—¡Príncipe! ¡Príncipe!… No me tiente usted.

Luego, volviéndose a Beatriz, quedose un momento contemplándola con alegre expresión de amor y de ternura.

—Ven aquí, hija mía. Este caballero…

Y señalaba al príncipe con ademán gracioso y desenvuelto. El príncipe saludó.

—Ya lo ves cómo se inclina… ¡Jesús, qué poco oradora me siento!… En suma, hija mía, que me acaba de pedirme tu mano…

Beatriz dudó un momento; después, abrazándose a su madre, empezó a sollozar nerviosa y angustiada…

—¡Ay mamá! ¡Mamá de mi alma!… ¡Perdóname!

—¿Qué he de perdonarte yo, corazón?

Y Augusta, un poco conmovida, posó los labios en la frente de su hija.

—¿Tú no le quieres?

Beatriz ocultaba la faz en el hombro de su madre, y repetía cada vez con mayor duelo:

—¡Mamá de mi alma, perdóname!… ¡Perdóname!

—¿Pero tú no le quieres?

En la voz de Augusta descubríase una ansiedad oculta.

Pero, de pronto, adivinando lo que pasaba en el alma de su hija, murmuró con aquel cinismo candoroso que era toda su fuerza:

—¡Pobre ángel mío!… ¿Tú has pensado que las galanterías del príncipe se dirigían a tu madre, verdad?

Beatriz se cubrió el rostro con las manos.

—¡Mamá! ¡Mamá!… ¡Soy muy mala!…

—¡No, corazón!

Augusta apoyaba contra su seno la cabeza de Beatriz. Sobre aquella aurora de cabellos rubios, sus ojos negros de mujer ardiente se entregaban a los ojos del poeta. Augusta sonreía, viendo logrados sus ensueños de matrona adúltera.

—¡Pobre ángel!… ¡Quiera Dios, Príncipe, que sepa usted hacerla feliz!

El príncipe no contestó. Acariciábase la barba, y dejaba vagar distraído la mirada. Pensaba si no había en todo aquello un *poemetto* libertino y sensual, como pudiera desearlo su musa.

Augusta le tocó con el abanico en el hombro.

—¡Hijos míos, daos las manos!… Debimos haber esperado a que llegase mi marido; pero qué diablo, la felicidad no es bueno retardarla… Ahora vamos a las colmenas para celebrar esa «Pastorela Mundana» que ha dicho Beatriz. Príncipe, usted me servirá de caballero.

Y apoyándose en el poeta, murmuró emocionada, con voz que apenas se oía:

—¡Ya verás lo dichoso que te hago esta noche!…

Se detuvo enjugándose dos lágrimas que abrillantaban el iris negro y apasionado de sus ojos. ¡Después de haber labrado la ventura de todos, sentíase profundamente conmovida! Y como Beatriz tornaba la cabeza con gracioso movimiento, y se detenía esperándolos, suspiró mirándose en ella con maternal arrobo.

—¡Hija de mi alma, tú también eres muy feliz!

Las pupilas de Beatriz respondieron con alegre llamear. Augusta, reclinando con lánguida voluptuosidad todo el peso delicioso de su cuerpo en aquel brazo amante que la sostenía, exclamó con íntimo convencimiento:

—¡Qué verdad es que las madres, las verdaderas madres nunca nos equivocamos!…

LA CARA DE DIOS

Sr. D. Ramón del Valle-Inclán

Mi distinguido amigo

Desde luego puede Ud. contar con mi autorización para hacer una novela de mi modesta obra La Cara de Dios.

Y honrándome mucho con ello aprovecho esta ocasión para reiterarle la seguridad de mi afecto.

Carlos Arniches

el 27 de Dbre. de 1899

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

EN LA OBRA

HACIA el final de la calle de Serrano, una de las más aristocráticas de Madrid, había no ha mucho una soberbia casa en construcción.

Era la casa propiedad del Duque de Ordax y hacía esquina a otra calle más modesta.

Una valla de madera sin pintar cerraba la obra.

En el momento de dar comienzo nuestra historia, la casa cuyos muros se levantaban ya en toda su altura, aparecía a los ojos del transeúnte, cubierta casi por completo de andamiajes y maderamen, grúas y garruchas bien provistas de cuerdas, por las que subían y bajaban sin descanso en las horas de trabajo los materiales de la obra.

Eran las dos de la tarde. Los obreros dormían la siesta a la sombra de la valla.

Pero no dormían todos. Aprovechando el sueño de sus compañeros, Eleuterio y Eustaquio, hablaban en voz baja, sentados en un rincón de la taberna vecina.

Eustaquio apuró un vaso de vino; y como si prosiguiese una conversación anterior, preguntó:

—De modo que viste a la Soledá anoche.

—¡Ya lo creo! Y aquello fue el acabose.

—¿Y ella?…

—Sigue en las mismas.

—En que no.

—Emperrada en que no. Pero eso será un pueblo y lo que quiera este cura, ¿sabes?

—¿Sabes lo que te digo?…

—Di.

—Que debes dejarla. No te metas en esos líos. La Sole está muy amartelada con su marido, y Ramón es un hombre que en cuanto huela un tanto así… ¡el destroce! —y Eustaquio marcó con su pulgar sobre el índice el nacimiento de la uña.

—Te agradezco el consejo y el interés que te tomas. Me aprecias. Pero no sabes lo que hay entre los dos y no pués aconsejarme ná. Además, el dejarla hoy por hoy es ponerme sobre lo imposible…

—Es lo mejor.

—¿No te digo que no puede ser? Mira. Yo no me franqueo sobre este asunto con nadie. Cuando tú sepas la misa entera entonces tendrás más fundamento para decirme: Eleuterio debes seguir con esa socia, o no sigas con ella porque te va a traer la negra. ¿Estamos?…

—Sí. Pero una mujer casada…

—¡Una mujer casada!… Vamos, que estás en ayunas.

—¿Pero no es?…

—Como casada, sí lo está. Pero ha engañado a ese pobre hombre, porque es un tonto. Escucha.

Cogió una copa y vaciándola de un trago continuó con voz recogida mirando misteriosamente en torno.

—Soledá antes de casarse con Ramón, estuvo colada con Víctor.

—¿El pintor?

—El mismo.

—¡Demonio!

—¿Qué quieres? Todos los días nos acostamos sabiendo algo nuevo. Ellos se veían en mi casa y entonces yo vivía con la Encarna.

—Y Ramón ¿no sabe nada de eso?

—Todavía no. Por eso se casó con ella. Víctor se marchó a Buenos Aires escapado y me dio un retrato que le había dedicado la Soledá, con palabras que hablan solas. Ese retrato lo tengo yo porque entonces empecé a mirarla con algún cariño, y como la Encarna ya iba haciendo de las suyas, pues figúrate…

—Pero…

—Aguarda, hombre. Este retrato yo lo he de entregar a Ramón o a ella. Ya se lo dije bien claro.

—¡Rediez! Sabes tú que no eres nadie.

—Ha de elegir.

—Eso es peor que dar una puñalá.

—¿Qué quieres? ¿Soy yo por ventura dueño de mi alma? ¿No tiene esa mujer la culpa de lo aperreada que arrastro la vida? Mira. Lo he jurado muchas veces; o es mía o de ninguno.

Eustaquio miraba de hito en hito y lleno de asombro a Eleuterio.

Eleuterio tenía en su rostro ese brillo irradiante de los posesos y de los enérgicos.

Guardaron silencio un rato.

De pronto Eleuterio se levantó y dando una palmada en el hombro de su camarada dijo:

—Vete. Ahora viene Soledá.

—Oye…

—Vete. Sé lo que tengo que hacer.

Eustaquio obedeció.

Eleuterio salió después de la taberna y fue al encuentro de la mujer.

Soledad venía con la cesta al brazo trayendo la comida de su marido.

Cuando vio a su perseguidor retrocedió asustada:

—¡Tú!

—El mismo.

Ella se dirigió a la obra y gritó desesperadamente:

—¡Ramón!

—No te molestes —dijo Eleuterio cogiéndola por un brazo.

—Déjame —replicó ella deshaciéndose de él.

—Pero oye, oye… Tú te has olvidao ya para qué he venido. ¿Has perdió la memoria?

—Te he dicho que me dejes.

—Espérate.

Y cogiéndola fuertemente de nuevo:

—Mira. No seamos niños. Esto tiene que tener su fin. ¿Lo has pensao bien?

—Eleuterio —dijo ella con cierto aire de segura decisión—, haz lo que quieras, arráncame la honra, la tranquilidad, el sosiego, que me quede sin pan y sin cariño, que me tiren a la calle y que me escupan, todo, menos ser tuya.

—¿Es lo último?

Eleuterio estaba pálido y temblaba de ira. Vibraba su figura como la de un alcoholizado.

—Lo último —replicó ella—. Lo de siempre. Yo soy honrada aunque haya sido antes cualquier cosa.

—Piénsalo bien. Mira que lo pierdes todo.

—Como quieras. Eres un miserable. Tú te escondes detrás de la puerta como un ladrón para darme una puñalada, para robar a Ramón.

Eleuterio balbuceaba algunas palabras. Su mirada adquiría fulgores de ira y de rabia.

—Piénsalo. Piénsalo bien.

—Calla. No me digas eso porque mujer y todo soy capaz de abofetearte aunque me destroces después. ¡Ladrón!

—Bien. Entonces hoy mismo procuraré complacerte.

El tono con que Eleuterio pronunció estas palabras, fingiendo una calma que estaba muy lejos de disfrutar, acabó de sacar de quicio a la mujer.

Esta se acercó a él y le dijo echándole las manos a la cara:

—Anda, ahora, en seguida. Cuando venga le das el retrato, se lo dices todo. Yo te ayudaré. Yo descargaré mi conciencia, podré llorar delante de todo el mundo, delante de él. Anda.

—¡Soledad!… Mira…

—Vete.

Iba ella a dejarlo cuando apareció Ramón en la puerta de la obra.

Venía despacio y venía sonriendo.

Soledad volviose rápidamente a Eleuterio y con aire de triunfo le dijo:

—Anda. Ahora. Allí le tienes… Díselo.

Eleuterio la miró con rabia, metió la mano en el pecho como acariciando alguna cosa y después murmuró con ira.

—¡Quia! Es pronto.

Ramón se acercaba.

Eleuterio se alejó.

El marido y la mujer quedaron solos.

* * *

Ramón, aquel modelo de obreros honrados y trabajadores, miraba a su mujer como embelesado:

—Tarde has venido.

Y Soledad repuso, procurando mostrarse contenta:

—Tienes que dispensarme, Ramón.

Pero la sonrisa de la pobre mujer no engañó al obrero, que, como todos los hombres enamorados, era receloso.

Miró fijamente a su mujer, como si quisiese leerle los pensamientos:

De pronto, cambiando de gesto exclamó:

—Oye… tú… Soledad. ¡Rediez!

Soledad palideció.

—¿Qué?

—¿Qué tienes?

—¿Yo? ¡Nada!

Soledad volvía la cabeza para disimular su emoción.

Ramón pronunció con ansiedad:

—Soledad no desapartes la cara. ¿Qué tienes? Tú has llorado.

—¡Yo! No, hombre. Son figuraciones tuyas. Siempre estás con ese tema.

—Hoy no son figuraciones, Soledad. Tú has llorado. Di, ¿está el chico enfermo?

Y en la voz del obrero, se advertía un triste y caluroso afán.

Soledad protestó:

—No digas locuras, Ramón. ¿Qué ha de estar el chico enfermo?

—¿Y por qué no le has traído?

—Porque se lo llevó la tía Jesusa al puesto, y dijo que como a mediodía tenía que venir a ver al tío Doroteo, que lo traería aquí, para que yo me lo llevase… Ya no tardarán.

Ramón insistió con cariño:

—¿Entonces qué es lo que tienes? Dímelo.

—¿Pero qué voy a tener?… ¡Qué niño eres!

Soledad procuraba sonreír, pero el llanto se le venía a los ojos.

Ramón la interrumpió:

—Escucha Sole. Hace tres o cuatro días que a ti te pasa algo que te callas. Yo no sé qué, pero algo. Ni hablas ni te ríes ni estás contenta… ¿Qué es eso Soledad? ¡Dímelo! ¿Qué te pasa que yo no pueda saberlo?

Soledad se veía forzada a responder con negativas. Bajaba la frente, y torcía entre los dedos temblorosos una punta de su delantal azul:

—Si no es nada, hombre.

—Luego es algo.

—No… Es que tengo así como… pena…, tristeza…

Su marido la miró con asombro:

—¿Tú? ¿De qué?

Antes de responder, Soledad se puso colorada hasta el blanco de los ojos:

—De nada… ¡Qué sé yo!…

Y añadió procurando echarlo a broma:

—De que no me quieras lo que hace falta.

Su marido la amenazó con gesto placentero:

—¡Ay, ay, ay!… ¡Nena, tú estás loca! Este cariñito que tengo aquí, y que es para ti sola, en seis vidas no lo gastaríamos. Conque ya ves si me sobra cariño para todo lo que te haga falta.

Antes de que Soledad hubiera tenido tiempo a contestar, asomó la tía Jesusa. Venía renqueando, con el chico de sus sobrinos en brazos; muerta de fatiga, pero así y todo hablando a gritos.

—¡Hija, te digo que a este chico hay que traerle amarrado!… ¡Lo que me ha hecho de rabiar!

Los padres del muchacho se rieron, como si la tía Jesusa hubiese referido la mayor de todas las gracias que el muñeco podía hacer y tener.

Ramón preguntó:

—¿Trae gazuza?

El chico abrió la boca con un gesto de payaso.

—¡Mucha, papá! ¡Mucha!

La madre tomole en brazos, cubriéndole el rostro de besos.

Después, volviéndose a la excelente anciana, le dijo:

—Le habrá dado a usted mucha guerra, ¿verdad, tía?

—No, eso no… ¡Pero me ha volcado tres veces el capazo de los dátiles!… ¡Y se ha puesto de chufas!

Mientras la señora Jesusa hablaba, Soledad sacó de la cesta una olla todavía humeante y la volcó en una fuente honda. El matrimonio se sentó a comer. Ramón colocó el chico al lado suyo. Dándole palmaditas en los carrillos le decía:

—Vamos a engullir, mi general…

Luego volviéndose a la señora Jesusa:

—¿Usted gusta?

La anciana respondió:

—Gracias. Acabo de hacerlo.

Se interrumpió para dirigir una mirada curiosa entorno suyo. Después

preguntó:

—Oye, Ramón, ¿dónde se ha metido mi marido que no doy con él?

—Ahí estará tumbado a la sombra.

—Pues dile que coma en la taberna. Hoy he tenido mucho que hacer y no he podido siquiera arrimar un puchero a la lumbre.

Soledad interrumpió:

—Mire por dónde asoma el tío Doroteo.

En efecto, el marido de la señora Jesusa salía de la taberna, donde había decidido comer. El buen hombre, en vista de la tardanza de su mujer, ya se había sospechado que aquel día la señora Jesusa, o no aparecería por la obra, o caso de aparecer vendría sin la comida, y así había decidido hacer por la vida tomando unos *soldados de pavía* en la tasca vecina.

Doroteo era un anciano de cabellos blancos y rostro bondadoso.

A pesar de los años conservábase erguido.

Tenía la frente angosta; el corvamiento de la nariz enérgico; las mejillas asoleadas, y curtidas por todas las inclemencias a que su oficio de continuo le tenía expuesto.

Los ojos eran negros, ojos de hombre joven.

Toda la persona era recia, valiente.

En su juventud aquel hombre debiera haber sido un coloso.

Terminó la frugal comida del otro matrimonio, y Ramón se puso vivamente en pie:

—Conque, adiós, hasta la noche.

Dio un beso al niño, y añadió dirigiéndose a su mujer:

—Irse a casa en seguida, ¿eh?

Soledad preguntó:

—¿Ya te vas?

—Sí, que me espera arriba el maestro. Conque hasta luego.

Ramón recogió la chaqueta que había dejado sobre un sillar a medio labrar, y subió a la obra.

Soledad volvió a meter en la cesta la olla, la fuente y la botella vacías.

Después volviéndose a la señora Jesusa murmuró:

—Tía, ¿quiere usted irse con el pequeño, y esperarme ahí en la tienda de cintas, que tengo que hablar un momento con el tío Doroteo?

Doroteo la miró muy sorprendido:

—¿Conmigo, muchacha?

—Sí, señor.

La tía Jesusa se alejaba con el chico en brazos.

Soledad murmuró enjugándose dos lágrimas que se desprendieron de sus pestañas:

—¡Gracias a Dios que estamos solos, tío Doroteo! Una hora llevo fingiendo y no puedo más. Estaba deseando que hablásemos.

Y las palabras se ahogaron en su garganta, y los sollozos reprimidos hasta entonces estallaron en ella.

El buen anciano la miró consternado:

—Pero, oye tú, ¿te has vuelto loca en un repente? ¿Qué te pasa?

—Tío Doroteo, usted me recogió de chica y me dio su cariño y su pan… ¡No me deje usted ahora sola, por la Virgen Santísima!… ¡No tengo a nadie, a nadie que me ampare!…

Doroteo no volvía de su asombro.

—¡Cómo sola!… ¡Sola tú!… ¿Pero qué estás diciendo? Si te entiendo que me cuelguen. No llores y habla. ¿Qué te pasa?

Soledad hizo un esfuerzo para serenarse:

—Tío Doroteo, usted sabe mi desgracia antes de casarme con Ramón…

El anciano la interrumpió, al mismo tiempo que dirigía una recelosa mirada en torno suyo:

—Calla, por Dios. A qué recordar eso. Aquello lo sabemos Dios, aquel malvado, tú y yo. Aquello está en un pozo.

Soledad gimió sordamente:

—No, señor. Aquello lo sabe otro.

—¡Cómo! ¿Quién?

—Eleuterio.

—¿Eleuterio dices?

—Sí.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿No serán temores tuyos?

—No.

—¡Maldita sea!…

—Lo sabe y tiene pruebas.

—¿Comprometedoras?

—De mi honra y de la paz de mi casa.

—¿Tú sabes en qué consisten?
—Un retrato mío…
—¿Alguna carta también?
—No; solo un retrato.
—¿Y a un retrato llamas prueba comprometedora?
—Está dedicado…
—¡Ah! No digas más.
—Eleuterio me amenaza con decírselo a Ramón.
—No lo hará.
—Lo hará. Lo ha jurado.
—¿Cuándo?
—Todavía no hace un momento.
—¿Aquí?
—Aquí…
—¿No sería posible hacer callar a ese granuja?
—Por callar ha puesto un precio…
—¿Qué precio?
—¡Mi honra!…
—Debí sospecharlo. ¿Y tú qué has hecho?
Soledad levantó el rostro lleno de lágrimas.
Sus hermosos ojos brillaban con la arrogancia de la mujer que está dispuesta al sacrificio.
Con la voz profundamente emocionada murmuró:
—¿Qué quería usté que hiciese? Volverme loca de vergüenza y sentir que las palabras de rabia y de dolor no sean rayos que maten… Lo he despreciao… Lo he insultao… Pero ahora tengo miedo, ¡un miedo de muerte! No por mí, que de tanto sufrir callando, de tanto esconder la pena, tengo ansias de llorar a gritos; no, no es por mí; es por él, por mi Ramón; por el cariño que me tiene; es por mi hijo, tío Doroteo, por mi hijo… Que me lo quitarán… Y ¡eso no! Eso no lo puede usté consentir ni puede consentirlo nadie; porque mi cariño es de Ramón, mi honra es del mundo, pero mi hijo es de mis entrañas, y mi hijo me lo quitarán con la vida, nada más que con la vida.
Una lágrima rodó por la atezada mejilla del anciano.
—Ten un poco de confianza en mí, Soledad.
—¡Haga usted algo por Dios!… ¡Sálveme usted!…
La pobre mujer se arrojó sollozando en brazos del viejo, que murmuró

conmovido:

—¡Calla, Soledá! ¡No me digas más! Yo hablaré con ese… A ver si a mí me vende el silencio más barato.

—¡Sí, por Dios!

—Y si no puedo, y si se empeña, y si te pierde… Si te pierde…

—¿Qué?

—Yo soy un abuelo, pero…

—¡Por Dios!…

—¡Tú calla y oye!… Te quiero como a una hija. El día que Dios me tiró desde arriba el cariño que me tocaba, me dio contra el corazón y se me hizo en dos pedazos: ¡uno pa mi mujer, el otro pa ti! ¡Conque ya ves! ¡Qué más me da que den una puñalada aquí o que me la den ahí… si lo que va a caer al suelo es sangre mía! ¡Déjamelo a mí!… Tú, calla, vete y espera, que voy a llamarlo.

—¡Sí, pronto!

—¡Ahora mismo!

—¡Por Dios!

—¡Calla!

Doroteo hizo que se alejase Soledad.

Reflexionó un momento. Después, como si resolviese lo que hacer debía, sacó el cuchillo que llevaba en la cintura, y lo guardó en la manga, a la manera que los bravos y gente del bronce suele llamar empalmarse. Luego, gritó con fuerza:

—¡Eleuterio! ¡Eleuterio!… ¡Baja!

La voz del viejo era dura, terrible, categórica.

Eleuterio respondió desde dentro:

—¿Qué hay?

Doroteo replicó todavía con mayor imperio que antes:

—¡Baja! ¡Aquí te buscan!

Eleuterio no se hizo repetir la advertencia y bajó. Al aparecer en la puerta de la casa, miró a uno y otro lado: el ceño adusto, la pupila recelosa, enfoscada, inquieta como de ave de rapiña prisionera.

Con acento desabrido preguntó:

—¿Quién me llama?

Doroteo adelantó un paso, y mirándole despreciativamente contestó:

—¡Yo!…

—¿A qué me ha hecho usted bajar, para pedirme un cigarro?

Doroteo repuso con fingida calma:

—Tengo tabaco de cuarterón y si me aprietas te doy un puro de a quince, te lo enciendo y te lo escupo para que no tengas más que chupar… Conque no es cuestión de petaca.

—¿Entonces qué tripa se le ha roto a usté?

—¡Decirte cuatro palabras, solos y en serio!

—¿Qué es ello?

—Tú quieres perder a mi sobrina, Eleuterio.

Eleuterio repuso audazmente:

—¡Más!

Doroteo tembló de cólera. Con gran esfuerzo se contuvo…

—Tú quieres perderla porque te has engañado…

—Creo que no…

Doroteo adelantó un paso:

—Creo que sí…

—¡Puede!

—Tú quieres perderla, y tú no sabes que yo la defiendo.

Eleuterio miró al honrado viejo, escupió por el colmillo, y contestó todavía con mayor cinismo que lo hiciera hasta entonces:

—¿Y qué más?

Doroteo fue a arrojarse sobre Eleuterio; pero de pronto, como si una mano invisible le detuviese en el camino, se quedó parado, cruzó los brazos, y con voz sorda, muy baja, muy lenta, con un reposo glacial, midiendo cada palabra, pronunció:

—¡Poco más! Si te vas y dejas a Soledad y callas, Dios te lo pague; si te quedas y hablas a Ramón y pierdes a esa chica, tú verás lo que haces… Hazlo… Que si tú ties una lengua que parece un puñal, yo tengo un puñal que parece una lengua. Cada uno pelea con lo que puede… ¿Que tú tiras al corazón?… Ahí tiraré yo… Conque ya lo sabes, Eleuterio; si hablas te mato.

Eleuterio, aunque un poco pálido, quiso echar la cosa a broma, y fingió un estornudo:

—¡Atchís!

—¡Jesús! Por lo demás, tan amigos.

—Está bien. ¿Es usté el guapo que la defiende?

En la voz, y en la mirada de Eleuterio, había una burla provocativa.

Doroteo sin perder un punto su terrible y justiciera calina, repuso:

—No. El viejo que la ampara…

Y añadió sonriendo de una manera terrible:

—¡Ya ves, casi nada!

Y le volvió la espalda despreciativamente.

Eleuterio no se movió de su sitio.

Ya iba lejos Doroteo cuando se le ocurrió gritar:

—Ya que me deja usted vivir un ratito más, voy a seguir trabajando.

Doroteo se volvió:

—Si Ramón llega a enterarse estate prevenido. Toma un papel, haz una cruz, y pon esto debajo, si hablas te mato… ¡yo!

—¡Maldita sea!

El viejo repitió amenazador:

—¡Yo!

Y se alejó lentamente.

Eleuterio entró en la obra. Sus labios se contraían con una risa nerviosa; mientras repetía en voz baja:

—¡Por vida del abuelo!… ¡Tiene gracia!

* * *

Dieron las cinco.

De la obra fueron saliendo los albañiles.

Terminaba la faena de aquel día.

Ramón y Eleuterio salieron de los últimos.

Caminaban juntos y en silencio.

El genio de la desgracia había querido reunirlos.

¡El silencio es un monólogo del alma!

El silencio de dos, el de dos individuos que se hallan juntos, es un doble diálogo íntimo, en el que cada uno hace decir al otro en su conversación íntima, lo que no ha decir cuando el silencio se rompa.

Y las primeras palabras que siguen al silencio son las débiles y las peor moduladas.

Son palabras, porque se llaman así; pero siempre son algo más.

Eleuterio y Ramón espiábanse sin inquirirse con la vista. En secreto es probable que desearan alejarse y marchar cada uno por su senda; pero en secreto

también se quedaban porque tenían que realizar algo.

—Anoche —dijo Eleuterio sin mirarle francamente, como hablando consigo — nos hiciste la pascua.

—No sería tanto —contestó Ramón alzando la cabeza como si tratara de sincerarse ante un superior.

—¡Casi nada!

Y continuó animado por el movimiento manso, tranquilo, sin ánimo de luchar que sorprendiera:

—¡Figúrate que toda la noche estuvimos esperándote en la taberna de la señá Justa!

—No pude ir.

—¡No pude! ¡No pude! Y lo dices así resignado. Parece mentira a dónde llegan los hombres.

—¡Eleuterio!

—Bueno, no hay que enfadarse.

Ramón, después de una larga pausa, como si quisiese satisfacer a su amigo, murmuró:

—Hombre, iba a salir, pero lo que pasa; empezó la Soledad con que «¡si no salgas, que si luego vienes tarde y no puedes madrugar!…». Total, que me quedé.

—Ya lo vimos…

—Por no andar con camorras.

—Y porque eres un bragazas, dilo de una vez.

—¡No digas burrás!

—¿Qué burrás? ¡He dicho el evangelio! Tú, que eras de soltero el primer gachó para las juergas, y el primer tío trayéndose alegrías y chirigotas y cosas… Te has casado, ¿y qué? Pues que tu mujer te tasa el tabaco, y te acuesta a las nueve, y no te manda a la obra con barbero por milagro… Pero quisiera yo ver cómo te lleva por dentro.

—No tienes razón.

—La tengo. Y te lo digo porque te aprecio, y porque siento que un hombre como tú, esté haciendo de reír a los amigos…

—Hombre, eso…

—Eso es la pura verdad. ¡Haciendo de reír! Y te diré más; te diré que me choca que un tío con quinqué, que ha corrío más que el viento, y que se ha metío hasta en las rendijas, ignore a estas horas que no hay ninguna mujer que valga la

pena de que un hombre se esclavice por ella. ¿Lo oyes bien? ¡Ninguna!…

Ramón le miró, convulso por la cólera que poco a poco se iba apoderando de él.

—Hombre, alguna sí habrá…

Eleuterio sonrió burlonamente:

—Ninguna.

—Puede que la mía…

Ramón asió de un brazo a Eleuterio y se lo apretó con fuerza.

Eleuterio se desasió con trabajo. Hizo un ademán para contestar, y se detuvo cambiando de gesto.

Después murmuró socarronamente:

—¿Tú lees el *Heraldo* por las noches?

—¡Yo sí!…

Ramón no apartaba los ojos del rostro contraído de Eleuterio:

—Pues allí vienen la mar de noticias…

Ramón se detuvo amenazador:

—Oye, tú, ¿qué quieres decir con eso?

—Que me dan lacha ciertos hombres… Y me atufa verte aborregado… ¡Y que nada! Anda con tu mujer… Y allá tú, y no salgas de noche que hay relente. Pero no hagas reír a los amigos. ¡Es un consejo, créemelo!…

Quiso alejarse, pero Ramón le cortó el paso con gran energía:

—Oye, tú… Es que… Aguarda… Habla claro que…

En la voz del albañil se advertía una gran ansiedad. El otro le miraba sin contestar.

Ramón rugió:

—Vas a hablar ahora mismo, o te arranco la lengua…

Eleuterio repuso con fingida calma:

—¡Pero no seas niño, señor!… Te azaras de todo.

Ramón le interrumpió con noble entereza, la entereza de los hombres fuertes:

—No te molestes. Estoy decidido a que hables. Venga lo que sea.

Y cambiando repentinamente de tono y de maneras, añadió amenazador ya:

—De aquí no te mueves sin que desembuches. ¡Habla!

Todavía Eleuterio quiso excusarse. No lo hacía por generosidad, sino por cobardía.

Eleuterio se disculpaba:

—Pero no seas primo. Todo ha sido una broma.

De nuevo Ramón le interrumpió. La cólera del albañil iba en aumento. Su voz temblaba al dirigirse a Eleuterio:

—¡Mentira! Te conozco. Tú eres de los que usan la broma como tanteo, y cuando das con el sitio en que puedes hacer más daño, allí arreas… Conque venga, ¿por qué soy un bragazas? ¿Por qué hago de reír a la gente? ¿Por qué mi mujer —y esto es lo que me interesa— no vale la pena de que yo la quiera? ¡Dilo, sobre todo esto último, dilo pronto; si es broma para escupirte a la cara!…

—¡Ramón!

—Para escupirte a la cara y pagarte así toda la guasa con que m'as estado haciendo servir de mono delante de la gente… Y si no es broma… Si no es broma, tiene que ser una infamia: y yo quiero saber qué infamia es esa que os afila a todos la lengua con que me pincháis a todas horas… Habla, Eleuterio.

Eleuterio estaba pálido como la muerte. Tartamudeaba sus disculpas:

—Mira, chico, tú eres un escamón y has tomado mis palabras en un sentido que yo no quería…

—No sigas. Vas mal. Las excusas para los tontos, aquí la verdá. Tú has hablado y por ti paso junto a la gente y oigo un run run que me tiene sin sosiego; me vuelvo y la gente se ríe, y si miro disimulan, como si me vieran colgada a la espalda una maula que nadie quiere quitarme… Hazme tú ese favor… Y a ver qué maula es esta que yo no veo…

—¡Eso no es nada!… ¡Escama tuya! Nosotros nos reímos de…

—¡De mí! Y eso no lo tolero. Tú no sabes nada y eres un canalla ruin y envidioso. Ahora te asustas de hablar porque me tienes miedo…

—¡Ramón!… No sé quién me dejó la paciencia pa oírte porque no se me acaba y la mía es muy poca…

—Pues yo te la acabaré; dices lo que dices, porque envidioso de verme contento, picas como una víbora en mi alegría a ver si la envenenas.

Eleuterio interrumpió con rabiosa decisión:

—¡Mentira! ¿Lo quieres?… ¡Ahí va! ¡Mentira! ¡Hablo porque puedo!…

—¿Qué dices?

—Por amistad te he advertido. Por amistad he callado.

—¿Qué callas? ¡Dilo claro! ¿Qué puedes callar tú de mí?

—¡No es de ti!… Es de…

Ramón le miró aterrado y trémulo:

—¡Ay! Eleuterio, aguarda… Oye… Es de mi mujer.

Eleuterio bajó la cabeza solapadamente:

—¡Mira… desagradecido, yo te quiero como tu mejor amigo! Te veo arreado, trabajando, pegado a la cara sin disfrutar del mundo… hecho un azacán: ¿para quién?… Para quien no lo merece…

Ramón murmuró con la voz angustiada del náufrago que pide auxilio:

—¿Qué dices?… ¡Calla Eleuterio!…

Pero Eleuterio ya había hundido el puñal en la herida, y lo revolvía en ella con cruel ensañamiento:

—Para quien no lo merece, porque fue a tus manos a engañarte, cuando la había tirado de las suyas otro que ya no la quiso.

—¡Mentira, ladrón! ¡Di que es mentira! ¡Di que ella no ha sido de otro hombre porque te mato!

Ramón se abalanzó al cuello de Eleuterio queriendo ahogarle.

Eleuterio escabullose como un reptil de entre aquellas manos de hierro:

—¡Tengo la prueba… aquí!…

Ramón le persiguió:

—¡Ladrón, di que es mentira!…

Un grito partió de detrás de la cerca:

Era Soledad, que lo había oído todo:

—¡No!… ¡No, Ramón, no es mentira!…

Y como si aquellas palabras le hubiesen costado un esfuerzo supremo, cayó desmayada.

Capítulo II

Soledad

COMO suele acontecer con casi todos los hijos únicos, Soledad había sido criada con extraordinario mimo. Su padre Jacinto Narváez, o el señor Narváez como le llamaban en la oficina donde desempeñaba el cargo de conserje, era un hombre de hábitos regulares.

Treinta años largos, pasados en una antesala del antiguo Ministerio de Fomento, habían por completo metodizado su vida. Se casara siendo Ayuda de Cámara de un importante hombre político. Cuando su antiguo amo fue elevado al ministerio, el señor Jacinto se puso en las mangas los galones de Ordenanza.

Ese fue el accidente más serio y más feliz de su vida.

Para casarse y organizar su casa, tuviera, como él decía frecuentemente, necesidad de empeñar hasta el nombre y el apellido, contrayendo un empréstito bajo la fianza de un antiguo amigo.

Ese empréstito constituyó durante muchos años su exclusiva preocupación, hasta que el encumbramiento de su antiguo le elevara a las altas regiones oficiales donde halló resuelto el problema de la vida, sin más trabajo que encender los braseros en invierno, y tener en verano agua fresca en los botijos; amén de estar dispuesto en todas las estaciones, para llevar recados al café más próximo.

Con la prebenda en el ministerio coincidieron otras mil gracias que la Providencia tuvo a bien otorgarle.

Fue entre todas la más importante el nacimiento de Soledad.

La niña trajo al hogar una ventura nueva. Con el nacimiento de Soledad la alegría parecía haber cristalizado en aquella casa. Huyeron los días negros, huyeron las horas tristes y aburridas de los matrimonios sin hijos; la felicidad se instalara allí, como una buena y fiel ama de casa. Marido y mujer gozaban a partir de entonces la delicia monótona del vivir.

El señor Jacinto engordó, echó panza, y todo él adormeciose en el perezoso quietismo de su bienestar doméstico.

En la oficina, leía los periódicos y dormía la siesta.

No tenía deudas ni enfermedades ni opiniones políticas.

Era catalán de raza y de nacimiento, y tenía en ello gran vanidad, como suele acontecer a muchos españoles nacidos en el antiguo y heroico Principado.

La señora Sole, su mujer, era como él, una criatura dócil, sin temperamento, y casi sin carácter.

Dios habíale dado la felicidad en la proporción de sus ideales de ventura doméstica. No creía que se pudiese ser más feliz, a no ser por el dinero.

Como el común de las gentes, atribuía a la fortuna el origen de toda felicidad. Así decía frecuentemente: ¡Si nosotros fuésemos muy ricos! Y este era el único arrobo de su imaginación, cuando se metía a divagar sobre la felicidad ajena.

El señor Jacinto, en los primeros tiempos de casado, llamara a su mujer Sole. Después que se instalara en la paz doméstica que le proporcionara el ministerio, había dado en llamarla la *Patrona* con una punta de gracia chabacana como suelen hacer los individuos satisfechos de la vida.

Entre los dos, la niña vino a constituir el objeto de un culto común, ajeno a todo sentimiento paterno o materno y vecino de la religiosa admiración que las almas sencillas consagran a todo lo que se les figura superior.

Aquella niña, tan bella, tan inteligente, que era su hija, les parecía de otros, de otra gente, de otra casta, de otra condición. Diríase que reconocían con una extraña humildad que no eran dignos de ella.

Suele decirse que el mal no dura toda la vida, y es verdad. De la felicidad pudiera decirse lo mismo, y quizás con más razón.

Un día el señor Jacinto se fue a la oficina más contento que de ordinario. En la antesala del ministerio, donde ejercía sus funciones, leyó *El Imparcial* y se durmió sobre el brasero.

No debía despertarse más.

Un ataque cerebral cortó el hilo de su vida. Entre cuatro le condujeron a su casa. La señora Sole recibió un golpe terrible. Fue como una maza descargada sobre su cabeza por el brazo poderoso de un titán.

Como dice la locución vulgar, el muerto se había llevado las llaves de la despensa. El hada de la dicha, durante tanto tiempo sentada en aquel hogar, se alejó lentamente, sin volver la cabeza atrás.

Empezaron los días tristes, los días sin sol. Se agotaron los recursos. La señora Sole tuvo que afanarse a trabajar. Durante las ausencias de su madre la niña quedaba encomendada al cuidado y vigilancia de las vecinas.

Se criaba enfermiza, como una planta en la obscuridad.

La señora Sole, no tardó en inclinar la cabeza. Los afanes y los disgustos la vencieron.

¡Soledad, muy niña todavía, quedó huérfana! Su tío, el señor Doroteo, con uno de esos arranques de corazón tan propios de la gente del pueblo, la recogió en su hogar, y la miró como a hija. Así llegó a los veinte años.

En aquella edad Sole era una mujer como suelen ser a los treinta, cuando la vida imprime al tipo humano su sello definitivo.

Alta y esbelta, las manos delgadas y nerviosas, el busto lleno de nobleza, el rostro radiante, la cabeza modelada como la de una Diana antigua.

Tenía los ojos negros e intensos, hechos para mirar sin perturbaciones, y sin curiosidades, ojos francos que se abrían como dos ventanos sobre el alma.

La boca era de un diseño purísimo, el mentón fuerte como el de una patricia romana, la frente luminosa, bombeada de inocencia…

De toda su persona emanaba una gran serenidad y una gran pureza.

¿Era alegre?

¿Era triste?

En rigor nadie podía alabarse de conocer ni su temperamento ni su corazón.

Sus tíos la tenían por una muchacha muy seria y muy formal, de una formalidad avasalladora que los dominaba como una cosa superior.

Cuando niña hablaba poco: era concisa, lo mismo en lo que decía, que en lo que ejecutaba. Hasta sus caricias y sus besos parecían nítidos, como expresión de su pensamiento.

Llegó a la pubertad sin que su carácter sufriese perturbación alguna. Se hizo mujer, como si ya antes lo fuera, y aparecíase súbitamente desarrollada a los ojos de sus tíos, y así se les entrase por las puertas a dentro.

—¿Has reparado cómo ha crecido la pequeña? —dijera un día el buen Doroteo a su mujer:

—Es verdad. Parece que de un día para otro.

Y así fuera. De un día para otro.

SOLEDAD SE ENAMORÓ

Las relaciones de Soledad con Víctor, el pintor, fueron en sus comienzos objeto de alguna perturbación en casa del señor Doroteo.

¿Cómo naciera aquello?

Los mismos interesados no lo sabían.

Es lo cierto que una tarde, hallándose sentados a la puerta de su casa el señor Doroteo y su mujer, este reparó en Víctor, que atisbaba desde una esquina, como si espiase la casa.

—¿Quién es aquel prójimo que está mirando para aquí? —inquirió Doroteo.

Pero la señora Jesusa, que ya llevaba algunos días observando a Víctor, y además tenía sorprendida a Soledad siguiéndole con la vista, por detrás de los visillos de las ventanas, fingió sorpresa, para no descubrir a la muchacha, que sospechaba comprometida, y dijo en respuesta a la pregunta de Doroteo:

—¡No sé!

Doroteo miraba de reojo, hacia la esquina donde Víctor estaba apostado:

—Es preciso diquelar mucho Jesusa. La chica está en una edad peligrosa, y Madrid está lleno de galopines…

La señora Jesusa no respondió.

La conversación tomó nuevos rumbos.

Únicamente de noche, antes de recogerse, la buena mujer entró en el cuarto de Soledad, y procuró sondearla discretamente.

—Mira que tu tío ha reparado en un gachí que hace días anda rondando la puerta. Ten cuidado. Piensa lo que haces.

Soledad, que era de una gran lealtad de carácter, que no mentía nunca, y que además poseía esa intrepidez de acción propia de las almas nobles, respondió sin turbación:

—No se apure. Si es quien me figuro, es un chico formal. Se llama Víctor, es pintor.

La señora Jesusa no quiso hacerle objeciones. Sin embargo, retirose muy preocupada murmurando apenas:

—¡Mira lo que haces! ¡Mira lo que haces!

Al cabo de algún tiempo el señor Doroteo comprendió que había noviazgo, pero tampoco pasó a censurar abiertamente a su sobrina. Comenzó, sí, a tratarla con menos familiaridad que antes, y por último encerrose en un silencio feroz.

Soledad, por su parte, no quiso prolongar esta situación, y una noche mientras cenaban resolvió provocar las necesarias explicaciones para ponerle término.

—El tío está que trina conmigo —dijo levantando hacia Doroteo sus grandes ojos, llenos de una serenidad perturbadora.

Doroteo no respondió. Poseído de un súbito acceso de cólera, arrojó la servilleta sobre la mesa, se levantó, e iba a salir con violencia.

Antes de que pudiese realizar su propósito, Soledad, levantándose también, le puso dulcemente una mano sobre el hombro, y haciéndole sentar de nuevo, le dijo así:

—Tío, haga el favor de oírme. No me parece que le merezca esos modos.

Doroteo guardó silencio sin mirar a Soledad, y pareció dispuesto a oírla, como si cediese a una violencia.

—Vamos a ver, tío Doroteo, ¿por qué se incomoda de esa manera conmigo?

Doroteo no contestó. La señora Jesusa miraba a Soledad con gran azoramiento.

Si pudiese taparle la boca, lo haría de buena gana.

Pero la muchacha, sin reparar en nada, continuó con gran resolución:

—¿Tiene algo de particular que me interese por un hombre? ¿No estoy en edad de casarme?

El buen Doroteo no se contuvo más y dijo, o mejor gruñó:

—En la edad de hacer gansadas.

—Bueno, serán gansadas…

Y después de un momento Soledad añadió sonriendo:

—Pero el ser gansadas, como dice, no impide que lo mismo usted que la tía las hayan hecho a mi edad.

La señora Jesusa interrumpió en tono de censura:

—¡Muchacha! ¡Muchacha!…

—Perdone, tía Jesusa; pero si el tío Doroteo entiende que es gansada el casarse, ¿por qué se casó él? Las cosas hay que decirlas tal como son.

Doroteo interrumpió:

—La gansada no es casarse. La gansada, por no decir otra cosa peor, es buscar novios en la calle. Una mujer, como deben ser las mujeres, no se casa con el primero que pasa.

Soledad calló llena de rubor.

Reinó un largo silencio.

La señora Jesusa temiendo que surgiese un conflicto entre tío y sobrina, dijo a modo de amigable componedora:

—Lo mejor es no hablar más de eso.

Pero Soledad se opuso:

—No; es preciso hablar.

Y prosiguió:

—Tío Doroteo tiene razón. ¿Pero qué le vamos a hacer? Yo no salgo de casa si no es para ir al obrador, y en el obrador no hay puesto de novios. ¿Dónde elegirle entonces?

Doroteo insistió moviendo la cabeza:

—Te digo que no es en la calle donde se eligen. Tú misma te convencerás con el tiempo.

Soledad continuó todavía:

—Yo creo que lo mismo en casa que en la calle se puede encontrar un hombre que nos sea simpático.

Doroteo la interrumpió, pero esta vez de una manera definitiva:

—En fin, no quiero saber más de ese asunto. ¡Tu alma, tu palma!

Se levantó y salió.

De esta vez Soledad no le detuvo. Miró a su tía, y esta, acabando de rebañar el plato con una corteza de pan, dijo tranquilamente:

—Déjale, muchacha. Ya le pasará.

Pero no le pasó.

Durante mucho tiempo se manifestó serio con su sobrina.

Al fin, un día decidió aceptar la situación con aquella filosofía cachazuda que era el fondo de su carácter:

—En fin, ¿quién es ese dios Apolo? —preguntó a su mujer.

La señora Jesusa, satisfecha al ver disipado el nublo, dio explicaciones.

El pretendiente de la Sole era un buen muchacho, serio, muy trabajador. Dinero no tenía, pero también es verdad que empezaba a vivir el pobrecillo.

La idea de que la Sole se casase con aquel prójimo de tan escasos recursos, todavía sublevó al buen Doroteo.

—Con buen galopín se emplea. Podía haber escogido mejor…

Pero la bondad de Soledad tornaba a sus ojos legítimos todos sus caprichos. Además de eso, no quería disgustos. Estaba viejo, y la vida hay que tomarla tal como es.

Acabó por decirse:

—¡Dejarla! ¡Que haga su gusto!

Y luego, irritado:

—Pero que no me ande rondando la puerta. No quiero amor de ventaneo. La vecindad murmura en seguida. Que entre. Es más decente.

La señora Jesusa, que era la confidenta de la muchacha, corrió a anunciarle

la resolución de su tío.

Pocos días después Víctor entraba en la casa, como novio admitido y formal.

Decir que lo recibieron fríamente, es inútil.

Doroteo apenas le dirigió la palabra. Se salió al patio y se puso a fumar un cigarro, hablando con los porteros que eran sus compadres.

La señora Jesusa por su parte, a pesar de su carácter expansivo y su condición de mujer charlatana, experimentaba también una gran contrariedad en presencia de aquel individuo a quien apenas conocía.

Por la noche, tomó un rasgo de franqueza: a ella no se le quedaba dentro lo que sentía. ¡Qué diablo! Aquel individuo no le era simpático.

—No sé qué le encuentro, no vayas a incomodarte, pero me parece viejo.

Soledad se reía. ¡Viejo su Víctor! Cuando estaba en lo mejor de la edad. Tenía veintisiete años. Aún no los cumpliera.

La buena señora Jesusa no se daba por convencida.

—No te alabes de tener buen gusto, muchacha, parece un estoque.

Soledad replicaba:

—Porque está enfermo.

Soledad hablaba de Víctor como si le conociese de toda la vida.

Hablaba en virtud de esa simpatía que parece confundir las individualidades del hombre y de la mujer en una sola individualidad.

Casi indignada protestaba de que Víctor, su novio, era un gallardo mozo, y que había muy pocos que pudieran igualarse con él.

—Tiene sufrido mucho, pobrecillo. Sufrimientos del alma, penas, tristezas.

La señora Jesusa nada decía en contrario, pero persistía en no hallar ni bello ni simpático al novio de su sobrina.

Puede decirse que jamás un extraño penetró en casa ajena en condiciones de tan franca hostilidad.

Poco a poco, volvió la tranquilidad a reinar en aquel honrado hogar de burgueses, hasta que acontecimientos ulteriores hubieron de perturbarla por completo.

Víctor solía hacer su visita una vez anochecido. Hablaba como cosa de una hora, en cuchicheos con Soledad, y se retiraba pretextando grandes quehaceres.

Algunas veces se pasaba cuatro o cinco días sin aparecer por casa de su novia.

Estas ausencias, si bien causaban disgusto a Soledad, no le infundían sospechas.

Confiaba en Víctor con la fe ilusa de las mujeres enamoradas.

Creía en sus palabras, como si fuesen la expresión más nítida de la verdad.

A quien todo aquello le parecía extraño era a la señora Jesusa, que afirmaba no haber visto un enamorado semejante.

La buena vieja tenía razón.

Pero lo que ni ella ni nadie sospechaba en aquella casa, era que Víctor el pintor estuviese comprometido con otra mujer.

¡Y qué mujer!

Capítulo III

Crimen misterioso

LOS vendedores de periódicos, pregonaban a voces *El Liberal* con la noticia del crimen misterioso.

El Imparcial siempre peor enterado, no decía nada.

La señora Jesusa, que por ser domingo se permitía hacer huelgo en el patio con otras vecinas, compró *El Liberal* llena de curiosidad.

La buena mujer perecía por los crímenes.

El portero —un guardia municipal partidario de Sagasta— leyó el periódico en alta voz.

Las vecinas oían con religioso silencio.

Solo de tiempo en tiempo se levantaban ráfagas de murmullos que cubrían la voz del lector.

Cuando el portero terminó la lectura, las vecinas se despacharon a su gusto.

Todo eran comentarios y deducciones.

La señora Jesusa recogió el periódico y entró en su casa tremolándole como una bandera.

Doroteo aún dormía.

Era un lujo que solamente podía permitirse los domingos.

Pero entonces se desquitaba. Hasta las doce era imposible arrancarle de la cama.

Sentada a la cabecera, la señora Jesusa, le refirió el crimen de que hablaba *El Liberal* con abundancia de pormenores.

Después, siempre agitada, atravesó el corredor, empujó la puerta del cuarto de Soledad y entró.

El cuarto estaba a obscuras.

La señora Jesusa pronunció en voz baja.

—Soledad.

—¿Qué hay, tía?

—¿Sabes qué hora es, muchacha?

Soledad no respondió.

—Las nueve. ¡Será posible que aún estés durmiendo!

Al mismo tiempo se dirigía a la ventana, y abrió una contra.

Soledad balbuceó:

—No abra tanto, tía.

—Si son las nueve.

—No importa.

Sin responder, la señora Jesusa se acercó al lecho de su sobrina tan inquieta y afanosa, que Soledad pareció despertar definitivamente.

Incorporándose a medias, preguntó:

—¿Qué pasa?

La señora Jesusa, recelando haberla asustado, se apresuró a decir.

—Cálmate. No va nada con nosotros.

Soledad insistió con muestras de impaciencia:

—¿Qué es entonces?

La señora Jesusa le enseñó *El Liberal*.

—Un crimen.

Soledad se puso extremadamente pálida, y dejó caer su cabeza sobre las almohadas.

Rápidamente la señora Jesusa contó el crimen, toda palpitante como si hubiese acudido a él.

Soledad no se movía, parecía muerta.

—¿Qué te parece? ¡En pleno Madrid! ¡Matar así dos mujeres de día!…

Soledad no respondió.

La señora Jesusa murmuró de mal humor:

—¿Estás todavía durmiendo?

Casi imperceptiblemente Soledad dijo:

—¡No!

La señora Jesusa prosiguió muy animada:

—¡Y serán capaces de no echarle la mano!

Soledad pareció salir de su estupor y preguntó:

—¿A quién?

—¡A quien haya sido!…

En esto tocaron la campanilla con violencia.

Las dos mujeres murmuraron a un tiempo:

—¿Quién será?

La señora Jesusa, que fuera a abrir, volvió diciendo que era un bruto, que

venía preguntando si vivía allí una familia de Palencia.

Soledad, que aquella mañana parecía estar excesivamente nerviosa, no se repuso del susto y, dejándose caer para atrás, rompió en un llanto convulsivo.

La señora Jesusa murmuró, inclinándose sobre ella:

—¿Qué tienes, muchacha? ¿Qué es eso?

Soledad no respondió, llorando agobiada, toda sacudida por violenta crisis.

La señora Jesusa volvió a repetir:

—¿Pero qué tienes? Responde…

Soledad murmuró entre lágrimas:

—Nada.

La señora Jesusa le dijo que se sosegase, que durmiese.

Se lamentaba de haber ido a despertarla. Cuando pareció más tranquila corrió a la ventana, la cerró con cuidado, y salió diciendo muy quedo:

—Voy a ver si tu tío se ha levantado.

Al entrar en la alcoba de Doroteo, la señora Jesusa llamó en la obscuridad:

—Doroteo…

—¿Qué hay?

—¿Cuándo te levantas, hombre?

—Ahora. Déjame dormir.

—¿Sabes?

—No.

—Mataron dos mujeres en Madrid Moderno.

—¿Cuándo?

—Ayer tarde.

—¿Se sabe por qué?

—No se sabe nada.

—Sería para robarlas.

—Tal vez.

—Dame el periódico.

—Toma. Lo trae todo explicado.

—¿Dices que dos señoras?

—Una señora de edad y la criada… Degolladas… ¿Has visto? A aquella hora…

—¿Qué hora?

—Las siete.

—Se necesita atrevimiento.

Y Doroteo desdoblando el periódico se dispuso a leer.

Como el marido parecía interesarse la señora Jesusa corrió a abrir las ventanas de la sala para dar luz a la alcoba que era interior. Le decía que era tarde, que se levantase, toda impaciente como si el drama de las dos mujeres degolladas, viniese a traer una nueva diversión a la casa.

Después salió, fue a la cocina, fregoteó algunos cacharros y atizó el fogón. Por último bajó al patio en donde aún seguían de plática algunas vecinas. Pero súbitamente se acordó de su sobrina Soledad y volvió a la casa, y entró en la alcoba de la muchacha.

Al empujar la puerta preguntó:

—¿Estás más sosegada?

—Sí, estoy. Me hizo impresión aquella historia.

—Pero qué melindrosa eres, criatura.

Fue a abrir la ventana, dar luz, a airear. Que saliese de la cama. Estaba un domingo espléndido.

Y sin reparar en la extrema palidez de Soledad, ni en la dura rigidez de sus facciones ni en su mirada sombría ni en todo aquel doloroso aire de conmoción contenido, le contó el drama de las dos mujeres degolladas, aquel drama de que hablaban todos los periódicos de la mañana.

—Imagínate, cuando esta mañana me lo contó la portera. Su marido leyó la noticia en *El Liberal*. Ahora lo está leyendo tu tío. Te digo que pone los pelos de punta. Dos mujeres solas en una casa y un malvado de la peor ley. La criada aún no murió. La llevaron al hospital general. Tiene la cabeza casi cortada pero vive. Lo que debe sufrir la pobre criatura. Calcula con qué fuerza le cortarían el pescuezo, que la navaja que hallaron en el suelo estaba rota. ¿Pero qué tienes tú? ¡Soledad!… ¡Soledad!…

Soledad dejara caer la cabeza pesadamente sobre las almohadas y helada, inmóvil, rígida parecía una muerta.

—¡Soledad! ¡Soledad!

Soledad no respondía.

¿Desmayada?

¿Muerta?

Se diría que muerta.

—¡Soledad! —gritó aún la tía sacudiéndola.

Pero ella no respondía.

Pálida y muda parecía como si la vida hubiese súbitamente parado en aquel

corazón.

Entonces, haciendo un esfuerzo sin abandonarla ni separarse de su lado, llamándola siempre, sacudiéndola siempre, la señora Jesusa gritó:

—¡Doroteo, Doroteo!

Y era tan aflictiva su voz, tan angustiada que como por encanto Doroteo apareció en la puerta.

—¿Qué pasa?

Y la señora Jesusa, respondió sin abandonar la cabecera de su sobrina:

—No sé, parece muerta.

Sin decir palabra, Doroteo, presuroso y alarmado, tomó las manos de Soledad, le palpó la cabeza, observó si respiraba, humedeció el rostro, le aproximó a la nariz un frasco de colonia que fuera a buscar todo palpitante al fondo de un armario mientras la señora Jesusa continuaba entre lágrimas llamándola:

—¡Soledad! ¡Soledad!

Doroteo le advirtió:

—No la asustes mujer. Esto no debe ser nada. La portera que vaya por el médico de la sociedad. Que le diga que venga en cuanto pueda.

Y después, recapacitando un momento, añadió:

—No, yo mismo iré.

Y corrió a vestirse porque solo lo estaba a medias.

La señora Jesusa le gritó angustiada:

—¡No tardes!

—En un vuelo.

Y salió Doroteo acabando todavía de abrocharse el chaleco.

La señora Jesusa corrió a la puerta y echó el cerrojo.

Entre tanto Soledad, inmóvil, no parecía respirar siquiera. En sus facciones no había alteración grande, había solamente dureza. Diríase que su rostro se había petrificado. Si estaba muerta, la muerte sorprendiérala pensando en algo terriblemente trágico.

La cruda claridad del día entraba ampliamente por la ventana de la alcoba.

* * *

Del crimen de Madrid Moderno hablaron largamente los periódicos.

Durante muchos días sirvió de pasto a todas las conversaciones.

Fue uno de esos crímenes misteriosos que tienen el privilegio de atraer la curiosidad popular.

Un crimen solo explicable en el medio tormentoso de una gran civilización y de una gran ciudad.

La noticia de un crimen como el de que vamos a ocuparnos, revestido de circunstancias tan pavorosas, debía necesariamente producir una impresión de espanto en un barrio tan pacífico y burgués como el de Madrid Moderno.

Al principio las gentes se negaban a creerlo. Muchos dudaban, afirmando que Madrid Moderno no era barrio para tragedias de aquel jaez. Supúsose que se trataba de una invención periodística y alegábase entre risas que dos mujeres eran mucha gente para un asesino solo.

Así cuando se confirmó que el crimen se practicara en las condiciones referidas en los periódicos, experimentose un gran temor y un gran pasmo, como si una plaga desconocida y nueva acabase de invadir aquel pacífico vecindario.

Durante muchos días no se habló de otra cosa en las tertulias caseras. Las puertas se cerraban con excepcionales precauciones.

El que más y el que menos temía encontrar en su casa, debajo de la cama, en el interior de un armario, al hombre matador de las dos mujeres, y si no a este a algún compañero suyo, porque luego se habló de la existencia de una cuadrilla y toda la gente se dispuso a estar precavida en virtud de ese fenómeno de sobresalto que nos hace imaginar siempre que las desgracias tienden a reproducirse.

¿Cómo se efectuó el hecho?

Al anochecer de un día de abril, los vecinos de la calle de Castelar fueron sorprendidos por los gritos desesperados de una mujer que desde una ventana pedía socorro.

Cuando acudieron las primeras personas, ya los gritos habían cesado.

Los vecinos que hacían corro en la calle se miraban, preguntándose de dónde habían salido.

En esto una vieja que estaba en un balcón indicó con el dedo, pues el susto apenas la dejaba hablar, la ventana del segundo piso donde vivían los señores de Neira.

Inmediatamente, dos transeúntes decididos entraron en el portal y echaron escalera arriba, seguidos por algunas otras personas de la vecindad.

Llegaban al primer descanso, cuando un individuo que salía les dijo:

—En el segundo piso pedían socorro. Suban ustedes a ver qué pasa…

Nadie reparó en aquel hombre.

Era de noche y en la escalera apenas se veía.

La gente que entraba subió en tropel hasta el segundo piso.

Iban a tirar de la campanilla, cuando con sorpresa y terror vieron entornada la puerta.

Todos retrocedieron.

Uno de los que iba delante exclamó:

—¡Está abierta!

Hubo un silencio.

Luego otro preguntó en voz baja:

—¿Será aquí?

Un vecino advirtió que debía tocarse la campanilla, no fuese a entrar toda aquella gente de rondón en una casa donde la puerta hubiese quedado abierta por descuido.

Otras muchas voces repitieron:

—¡Toquen la campanilla!

Uno de los que iban delante tiró del cordón de la campanilla tímidamente.

Los de atrás gritaron:

—¡Con más fuerza, hombre, con más fuerza!

El otro tiró entonces violentamente del cordón y la campanilla vibró en toda la casa.

Por un momento esperaron en la obscuridad de la escalera que saliese alguien.

Uno más resuelto exclamó:

—Nadie responde. Entraremos.

Entre tanto, agujereando por entre la multitud que se aglomeraba en el primer tramo de la escalera, apareció un policía.

La llegada del guardia trajo la seguridad y la confianza.

Los que estaban en los primeros escalones anunciaron desde abajo:

—Aquí está un policía, aquí está un policía.

Como la casa estaba a obscuras se pidió luz.

Algunos encendieron fósforos.

A entrar no se atrevía ninguno.

Del piso principal trajeron un candelera.

Solo entonces, y con el guardia municipal al frente, fue cuando los vecinos

se decidieron a entrar. Unos querían ir delante, pero los más se hacían los reacios e iban quedándose atrás poseídos de un vago recelo.

Una voz preguntó:

—¿De quién es la casa?

—¿La finca?

—No. El piso.

Una vieja replicó entonces que en el piso vivían los señores de Neira pero que el marido se hallaba ausente de Madrid hacía unos días.

Cuando el policía seguido por los vecinos entró en el pasillo la casa estaba a obscuras. Un vecino alumbraba con el candelera levantado a la altura de la cabeza.

El policía, poseído de un recelo invencible y repentino, gritó dirigiendo la voz hacia el interior:

—¡Eh! ¡La gente de la casa!

El del candelera le atajó:

—Excusa usted de llamar. Ya se ve que no responden.

El agente de Orden Público y los vecinos que le seguían penetraron por el corredor pavorosamente y en silencio. Hacia el final una puerta entreabierta que daba a un gabinete, les llamó la atención.

El hombre que llevaba el candelera iluminó rápidamente el aposento y como nada viese siguió al policía por el pasillo.

El pasillo terminaba en otro volviendo a la izquierda.

Los que avanzaban por él se detuvieron para ver mejor.

El agente murmuró:

—Aquí debe ser.

Bruscamente el hombre del candelera volvió la cabeza.

Lina corriente de aire pasó con violencia.

Se oyó un grito.

El candelera se apagaba.

Una voz ronca exclamó en la obscuridad:

—¡Luz! ¡Luz!

Otras muchas voces repitieron:

—Que traigan luz.

Fue aquel un momento de ansiedad.

—¿Qué será?

—¿Qué habrá aquí?

—¿Quién gritará?

—¡Eran voces de socorro!

—¡Voz de mujer!

De esta suerte murmuraban todos en la obscuridad, apretándose los unos a los otros, sintiendo todos el escalofrío del miedo.

Un buen hombre que pasaba cuando se oyeron los gritos y que subiera por casualidad quería retroceder, pero los de atrás se lo impedían empujándole hacia adelante.

El pobre hombre repetía:

—¡Déjenme salir! ¡Déjenme salir!

Pero nadie le contestaba ni se movía. Todos recelaban moverse de su lugar.

Cuando llegó otro candelera y velas, hubo un movimiento de satisfacción. El buen hombre que a todo trance quería salir pudo escabullirse, limpiándose el sudor que le corría por la frente.

Entre tanto, habían llegado varios agentes y un inspector, el cual puso casi toda la gente en la calle y dos guardias en la puerta. Solo entonces se penetró decididamente en la casa.

A lo largo del corredor de uno y de otro lado la policía fue abriendo puertas y registrando habitaciones.

Diríase que la casa estaba deshabitada.

Primero registraron una especie de cuarto de vestir todo ocupado por un gran armario de tres espejos. Después una vasta alcoba con dos lechos de madera, luego un cuarto de baño; todo esto a la derecha.

A la izquierda registraron un aposento desocupado, un cuarto que parecía destinado a una criada, un espacioso comedor, adornado con enorme chinero, y dos majestuosos aparadores de roble.

Por último entraron en la cocina. Lo que desde luego llamó la atención del inspector fue el hecho de estar encendido el fogón, sobre el cual hervía una caldera llena de agua.

El inspector dijo volviéndose a su subordinado:

—Necesariamente debe haber gente en la casa.

De entre el grupo de los pocos vecinos que habían quedado salió una voz:

—Falta registrar las habitaciones interiores.

—¿Hacia dónde caen?

—Al final del pasillo.

—No reparé. Vamos a registrar ahora. Esto es muy raro.

En esto oyéronse voces en la puerta de la escalera, y uno de los policías que el inspector había dejado de guardia gritó enviando la voz hacia dentro:

—Aquí está una muchacha; dice que desde la casa de enfrente lo vieron todo. Es una criada.

El inspector salió al pasillo:

—Que entre.

Pero la criada —una moza alcarreña— no quiso entrar, y dijo rápidamente a lo que venía.

Su señorita era quien lo había visto todo. Estaba casualmente a la ventana, cuando en la de la casa de enfrente viera aparecer a la criada de los señores de Neira, gritando llena de sangre.

La señorita se había desmayado, pero acababa de volver en sí, y contaría lo que había visto.

Era lo que el señorito le mandaba a decir.

El inspector, impaciente, invadió entonces las habitaciones interiores. Atravesó un aposento, después otro, mirando a derecha e izquierda. Cuando penetró en el tercero, súbitamente se detuvo:

—¡Jesús!

Hay espectáculos que paralizan. El horror parece que tulle los movimientos. Los miembros pierden su energía, la voz desaparece en la garganta, las pupilas se dilatan.

Los ocho o diez hombres que habían llegado hasta el umbral de la puerta quedaron un momento paralizados.

¿Qué es lo que habían visto?

¿Qué era lo que tanto les turbara?

Como un montón de harapos, confuso, vago, inexplicable, yacía en el suelo sobre la alfombra el cuerpo de una mujer.

¡Detalle extraño! Degollada con tal violencia, con tan grande furia que su cabeza no parecía pertenecerle.

Luego, a un lado, envuelto en sombra, junto a una ventana de la cual goteaba la sangre, como de un cepo donde acabase de inmolarse a alguien, otro cuerpo de mujer, que aún parecía palpitar.

Los primeros pasos que, transcurrido el natural movimiento de asombro, diera la policía en aquella estancia, fueron en dirección al cuerpo que yacía al pie de la ventana.

El inspector se inclinó.

Aproximaron luces.

Todos deseaban ver.

La mujer por su tipo y por su traje, parecía ser la criada de la casa; tenía en el pescuezo una profunda cuchillada, asestada de través. La sangre manaba lentamente y por igual. Su rostro parecía contraído por un gesto de espanto. Sus ojos parecían cerrados a la fuerza.

El inspector la observó un momento, todo inclinado sobre ella.

Los otros se inclinaban también curiosamente queriendo adivinar el misterio de lo ocurrido allí.

¿Qué había sido?

De pronto el inspector se puso en pie, y volviéndose a uno de los agentes le ordenó brevemente:

—Vaya usted inmediatamente a buscar una camilla. Esta mujer aún vive.

Fue un movimiento de pánico.

Diríase que el hecho de que la mujer estuviese viva, parecía aumentar el horror de aquel doble asesinato.

Con efecto: ver la muerte ante los ojos y sobrevivir a ella, es más horrible que morir.

Un cadáver asusta; un sobreviviente asombra.

Parece un cadáver sin serlo, y pone los pelos en pie.

Volver a la vida desde los umbrales de la muerte, es volver del misterio.

El agente que recibiera la orden del inspector se alejó corriendo.

Ninguno de los individuos presentes a esta escena desplegó los labios para pronunciar palabra.

Silenciosamente, como en una cámara mortuoria, se trajeron luces, y la mujer, que aún parecía respirar, fue conducida en brazos hasta el sofá.

A la otra no se le tocó, esperando la llegada del juzgado: Todos miraban el cadáver con recelo. Los muertos inspiran siempre el terror de la resurrección.

Se teme a la muerte como se teme a lo desconocido.

¡La muerte triunfa de todo, hasta de la resurrección!

El inspector hizo lo que en lenguaje judicial se llama un reconocimiento.

El aposento era espacioso, y estaba lujosamente amueblado. Comunicaba con los dos salones de entrada por sendas puertas, cerradas por amplios y lujosos cortinajes de terciopelo verde.

El suelo estaba alfombrado por rica y mullida moqueta que apagaba el rumor de los pasos.

En los rincones había grandes tibores japoneses. Entre las dos ventanas un buró de palo santo, con incrustaciones de bronce antiguo. En el centro, un velador cubierto por un amplio tapete de terciopelo, del mismo color que las cortinas.

Junto al velador, y tendida por tierra, en la confusión de sus ropas ensangrentadas, estaba el cuerpo de la infortunada señora de Neira.

El cuerpo y la cabeza, porque uno y otra no parecían pertenecerse.

En el umbral de la puerta de entrada, estaba caído y derramado un candelero de plata.

Los cajones del buró denunciaban haber sido registrados.

Al lado de este mueble, se encontraba en el suelo, un guardajoyas también abierto.

Ya se había registrado toda la casa minuciosamente, cuando uno de los vecinos, señalando hacia debajo de una silla en el aposento donde estaban las dos víctimas, murmuró:

—¡Allí hay una navaja!

Otro vecino se precipitó para cogerla, pero el inspector le gritó:

—¡No la toque!

Y él mismo se acercó para ver.

Era en efecto una navaja. ¡La navaja con la cual según todas las presunciones se efectuara el doble asesinato!

Navaja de criminal de las llamadas de Albacete y tirada, sin duda, en aquel sitio por el asesino, después de cometido el crimen.

Después de haber examinado el arma y observado con asombro y estupor que la hoja se movía en el mango, a consecuencia de la fuerza con que había sido blandida, el inspector la volvió a dejar cautelosamente en el mismo sitio.

A todo esto había llegado la camilla y un médico.

El doctor, un hombre todavía joven, de anteojos y barba rubia dirigió la operación de colocar en la camilla el cuerpo de la criada.

Con grandes precauciones se la bajó por la escalera, que dos agentes hicieran desalojar al gentío de curiosos que se aglomeraban en ella haciendo comentarios del suceso.

La gente entonces formó grupos en medio de la calle hablando en voz alta, queriendo entrar, queriendo ver.

Cuando apareció la camilla que conducían dos mozos de la casa de socorro, se hizo silencio.

En este momento un carruaje con cochero de librea se detenía a la puerta; se apearon dos caballeros; uno de edad y el otro mucho más joven.

Eran el Gobernador y su secretario.

Casi inmediatamente llegó otro coche conduciendo al juez de guardia y un actuario.

Poco después fueron llegando varios simones con periodistas. Todos se apeaban muy apresurados.

—¿Para dónde va esa camilla?

—Para el hospital.

Rápidamente, en la misma puerta de la casa, el inspector informó a las autoridades de todo lo ocurrido.

Un nuevo grupo subió las escaleras.

La camilla se alejó lentamente calle arriba, al paso acompasado de los mozos.

Entre los grupos que invadían la calle se levantó de pronto un confuso murmullo, como si acabase de saberse o de adivinarse todo.

Los vecinos daban noticias a los periodistas:

—El señor de Neira no estaba.

—Hacía días que saliera para Galicia acompañando a su hija.

—Sí, eran unos señores gallegos.

—Apenas recibían visitas.

Esto era lo que se oía en todos los grupos.

¿Cómo entraría el asesino?

No se sabía.

¿Entraría furtivamente?

¿Era uno de los pocos conocidos de la casa?

Mil conjeturas.

¿Robara?

¿No robara?

¿Eran ricos los señores de Neira?

Y todo, todo se volvían comentarios y versiones a cuál más diferentes.

Capítulo IV

Buscando al asesino

ERAN las cuatro de la tarde.

Don Máximo Baroja, juez encargado de instruir el proceso en averiguación del crimen cometido en Madrid Moderno, se hallaba en su despacho.

Un guardia de Orden Público asomó en la puerta y saludando desde el umbral murmuró con cierto misterio:

—Señor juez, ahí fuera está la persona que esperaba usía.

—Que entre.

Y el juez, contra su costumbre, se levantó y se puso a pasear de una a otra cabecera de su despacho.

El guardia salió.

Poco después volvía a abrirse la puerta, y entraba apresuradamente en el despacho una señora vestida de luto.

Era joven, alta, rubia y muy elegante, lo mismo de traje que de ademanes.

Don Máximo Baroja que, a pesar de sus cincuenta y cinco años, era muy aficionado a las faldas, la recibió con exquisita cortesía:

—Siento en el alma haber tenido que molestar a usted; pero sin usted no podemos adelantar un paso.

La señora respondió inclinando la cabeza:

—Estoy a las órdenes de usted, señor juez.

Don Máximo volvió a ocupar su sillón detrás de la gran mesa cubierta casi por completo de legajos, y la dama tomó asiento en una silla.

El juez observó con extrañeza que en los ojos azules de la enlutada no había señales de lágrimas; pero era hombre acostumbrado a ocultar sus impresiones y no dejó traslucir nada.

Se caló los anteojos, tomó una plegadera que había encima de la mesa, y manejándola como una batuta, empezó a decir:

—Tiene usted que disculparme, señora. Las circunstancias son penosas para mí.

La dama le interrumpió:

—Ya he dicho al señor juez que estoy completamente a sus órdenes.

Don Máximo Baroja la miró fijamente, cual si solo buscase el turbarla, pero la dama sonrió y bajó los ojos con dulzura.

El juez se aseguró los anteojos y preguntó afablemente:

—¿Usted es la única hija de los señores de Neira?

—No, señor.

—¿Cuántos hermanos son ustedes?

—Dos.

—¿Dónde reside su otro hermano?

—En América.

—¿Hace mucho tiempo?

—Diez años.

—¿Usted vivía con sus padres?

—Sí, señor. Cuando quedé viuda volví a su lado. Mi marido murió en la guerra de Cuba.

El juez guardó silencio. Después de una larga pausa, dejando la plegadera sobre el pupitre, y cruzando las manos, prosiguió:

—Su padre de usted está enfermo en Galicia, ¿verdad?

—Sí, señor. Al saber la noticia se afectó tanto el pobre…

—Aquí hay certificados de tres médicos diciendo que no puede ponerse en camino. Verdaderamente es una lástima; él podría darnos detalles muy necesarios…

Don Máximo Baroja hizo otra pausa, luego continuó:

—¿Cuánto tiempo llevaban usted y su señor padre ausentes de Madrid cuando ocurrió el crimen?

—Seis días.

—¿Dónde tuvo usted conocimiento del hecho?

—En La Coruña.

—¿En qué forma?

—Por un telegrama.

—¿Expedido a usted?

—No, señor.

—¿A quién entonces?

—A un periódico.

—¿De La Coruña?

—Sí, señor.

—¿Quién firmaba ese telegrama?

—No recuerdo.

—Ese periódico coruñés tiene corresponsal aquí en Madrid.

—Sí, señor.

—¿Cree usted que el telegrama sería del corresponsal? —Creo que sí…

—¿El corresponsal de ese periódico les conocía a ustedes?

—No sé. Mi madre tenía muchos amigos a quienes yo no trataba.

—¿Usted leyó el telegrama publicado en el periódico de referencia?

—No, señor.

—Tendría usted la bondad de explicarme…

—Con mucho gusto. El director del periódico al recibir el telegrama se lo envió a una persona de mi familia.

—¿Y esa persona ha sido quien le ha comunicado a usted y a su señor padre la triste noticia?

—Sí, señor.

El juez permaneció pensativo.

Después volvió a reanudar el interrogatorio:

—¿De manera que cuando el crimen ocurrió hacía seis días que usted se hallaba ausente de su casa?

—Sí, señor.

—¿Quién quedaba en ella?

—Mi pobre madre.

—¿Sola?

—Con una criada.

—¿La criada era antigua en la casa?

—No, señor. Solamente llevaba un mes sirviéndonos.

—¿No había nadie más en la casa?

—Nadie más.

—¿Criado no había?

—No, señor.

—¿Ustedes recibirían muchas visitas?

—Al contrario, muy pocas. Mis padres vivían bastante retirados. Mi madre estaba casi siempre enferma. Recibíamos algunas visitas, pero amigos íntimos no teníamos.

—¿Puede usted decirme quiénes eran esas visitas?

La hija de los señores de Neira —a quien desde ahora llamaremos Carlota, pues tal era su nombre— pareció sorprenderse mucho:

—¿Por qué? ¿Sospecha de alguna?…

El juez sonrió de una manera extraña:

—No sospecho, investigo. En primer lugar, todavía ignoro quiénes son las personas que frecuentaban la casa de ustedes… Pero sean ellas quienes fueren es preciso conocerlas.

—Como usted quiera. Pero debo decirle que me parece imposible que el crimen de que mi madre fue víctima pudiese ser cometido por ninguna de las personas que nos visitaban. Como usted comprenderá no manteníamos relaciones con asesinos.

—¡Quién sabe!

—¡Señor juez!…

—Perdone usted, señora, pero mi deber es investigar.

—Sea pues. Visitas habituales ya he dicho a usted que no teníamos; pero de tarde en tarde nos visitaban entre otras personas…

Don Máximo la interrumpió:

—Necesito todas, señora.

Carlota Neira continuó sin alterar la frase:

—Entre otras personas, el general Cánovas, que fue compañero de armas de mi padre.

El juez asintió con la cabeza.

—Es mi amigo.

Carlota prosiguió:

—Don Juan Martínez Bande, empleado en el ministerio de Fomento. El doctor Mendoza, médico de la Infanta. Las señoras de la familia de Sepúlveda.

—¿Nadie más?

—Que ahora recuerde nadie más…

—¿Gente de una categoría inferior? ¿Para recados?

—La criada lo hacía todo…

El juez inquirió:

—¿De manera que usted no sospecha quién haya podido ser el autor?…

Carlota respondió:

—No; no tengo la menor sospecha.

—¿Ni siquiera sospechas vagas?

—Ni esas.

Hubo una pausa. El juez parecía reflexionar.

Carlota, impasible, esperaba que la interrogasen, tan fríamente como si se tratase de un asunto que le fuese extraño.

Don Máximo Baroja dijo al fin:

—Como usted sabe, la puerta de su casa no ofrecía señales de fractura. El asesino o asesinos —porque existe la sospecha de que hayan sido varios— debieron entrar, o aprovechando un descuido de la criada que hubiese dejado abierta la puerta, lo cual no me parece admisible, o habiendo sido admitidos a presencia de la infortunada víctima. ¿Cree usted que su desgraciada madre recibiría a personas que no conociese?

—No lo creo. Mi madre era muy miedosa, y solo recibía a las gentes de quienes no podía temer nada.

—En ese caso, si el individuo que entró en casa de ustedes con ánimo decidido de cometer el crimen no lo hizo con violencia, necesariamente ese individuo era del conocimiento de la víctima.

Carlota Neira respondió apenas.

—No lo creo.

—¿Cómo entró entonces?

—Eso a usted corresponde averiguarlo, señor juez.

El juez frunció el ceño, al mismo tiempo que doblaba entre sus manos la plegadera de marfil:

—¡Es un caso intrincado! La declaración de su señor padre podría hacer mucha luz. ¡Es lástima que el estado de su salud no le permita!… Usted afirma que la víctima era muy precavida y que no recibía sino a personas de su conocimiento; y esas personas son demasiado respetables para que pueda recaer sobre ellas la menor sospecha. Pero por otra parte, aparece demostrado que el asesino o asesinos entraron por la puerta de la calle, sin necesidad de violentarla, y lo que todavía es más extraño, entraron en una hora en que los asesinos profesionales no acostumbran a asesinar; porque el crimen también tiene sus horas. La hipótesis de que ama y criada fuesen sorprendidas debemos desecharla; porque si hubiese habido sorpresa, era natural que también hubiese habido alarma, pánico, gritos. Pues bien, según resulta de la declaración de varios vecinos nada se oyó, a no ser los gritos de la criada, ya herida, pidiendo socorro desde la ventana. Por lo demás, asaltar una casa navaja en mano para asesinar y robar en pleno día, y en una calle llena de gente, me parece muy poco verosímil. En Madrid, donde el crimen pasional es muy frecuente, no hay

malhechores de ese jaez. Lo que hubo, a mi modo de ver, es una celada. El criminal o criminales que se introdujeron en casa de la víctima la conocían y eran conocidos de ella. Queda todavía la suposición de que el malhechor o malhechores hubiesen penetrado subrepticiamente en el interior de la casa; pero usted afirma que la víctima lo mismo que la criada eran muy cautelosas…

La enlutada no respondió.

Reinó un nuevo silencio. Evidentemente el juez esperaba que la dama dijese alguna cosa. Pero en vista de su silencio prosiguió:

—El móvil del crimen debió haber sido el robo, pues los cajones del buró se hallaban abiertos. Acerca de este punto quizá usted pudiese enterarnos…

—Sí, señor. Ele advertido la falta de tres mil pesetas que mi padre guardaba en el buró.

—¿Y en el guardajoyas no había alhajas?

—No, señor. Únicamente se guardaban allí papeles sin importancia.

—¿Cree usted que los asesinos se hayan llevado solamente las tres mil pesetas?

—Creo que sí; aun cuando no sé con certeza el dinero que mis padres tenían en casa.

Un guardia apareció en la puerta.

El juez preguntó con severidad:

—¿Qué se ofrece?

—Del hospital mandan a decir que la criada de la calle de Castelar…

El juez interrumpió vivamente:

—¿Ha muerto?

—No, señor.

—¿Entonces?

—Ha hablado.

El juez se levantó del sillón.

—Vaya usted inmediatamente en busca de un coche.

Salió el guardia a cumplir la orden, y el juez volviéndose a la hija de los señores de Neira murmuró:

—Usted tendrá la bondad de acompañar al juzgado.

* * *

Don Máximo Baroja tenía la fisonomía enérgica y leal de aquellos antiguos Alcaldes de Casa y Corte que retrataron el Greco y Pantoja.

¡La fisonomía del hombre que administra justicia, y la administra sin dolor!

Podría frisar en los cincuenta y cinco años. Su rostro llevaba impreso el sello de una bondad melancólica y grave. La gravedad le provenía de las funciones que ejercía la melancolía de la muerte de su hija.

Se comprendía que aún no se había consolado, y que la incesante sombra del humano pesar luchaba en su mente con la consoladora claridad de las esperanzas cristianas.

Lo único que lograba, en cierto modo, distraerle, era el desempeño de su cargo.

Se apasionaba por los asuntos difíciles, por los crímenes misteriosos, como el novelista por la intriga de la novela en que trabaja.

Cuando vinieron a decirle que la criada herida había hablado, don Máximo experimentó una de las mayores satisfacciones de su vida de juez y de su vida de hombre.

El sentimiento del triunfo realzaba a sus ojos el prestigio de su toga de juez.

Así fue que cuando el coche se detuvo frente al hospital, se apeó gravemente, y, volviendo a Carlota Neira, le dio la mano para ayudarla a bajar al mismo tiempo que sin sonreír, con austera cortesía, le decía:

—Ya hemos llegado. Tenga la bondad de seguirme.

Y entró en la mansión de la pena, como llamó un poeta al hospital.

Los que nunca han entrado en el hospital no pueden comprender la impresión de horror que inspira.

El hospital es la muerte.

Pasar junto a él, es pasar junto a ella.

Sus paredes son cárceles del dolor.

Sus salas, templos de la agonía.

El hospital parece la muralla levantada entre el ser y el no ser.

Cuando alguien entra en el hospital involuntariamente, nos parece que no debe volver a salir, como si aquel lugar fuese la antecámara de la eternidad.

Pasar junto a un hospital es recibir en el rostro el aliento de la muerte.

Penetrar en sus patios, en sus corredores, en sus salas, es penetrar en los propios dominios de la muerte.

No se penetra en el hospital, sin sentir frío en la carne. Diríase que todo el sufrimiento está allí acumulado: gritos y blasfemias, quejas y lamentos, os

oprimen el corazón.

La visión del dolor es casi el dolor mismo.

* * *

Rápidamente el juez atravesó el patio del edificio, y dejó a Carlota Neira esperando en el despacho del Director.

Don Máximo desapareció por una puerta interior.

Poco después volvió acompañado de dos individuos, al parecer médicos.

Rápidamente, dijo, volviéndose hacia la hija de los señores de Neira:

—Tenga la bondad.

Carlota le siguió.

Sin pronunciar una sola palabra atravesaron salas y corredores; hasta que delante de una puerta uno de los médicos, el de más edad, murmuró:

—Aquí es.

Todos se detuvieron. El médico que había hablado empujó la puerta que, al girar sobre sus goznes, dejó ver una larga enfermería, instalada en un salón iluminado por amplias ventanas.

A derecha e izquierda, paralelamente se extendían dos largas filas de lechos de hierro numerados, en los cuales descansaban mujeres pálidas y ojerosas, rostros marcados por la muerte, figuras de resucitadas recuperando lentamente la vida.

Bajo las colchas blancas se dibujaban los cuerpos flacos y padecidos.

De pie, en el hueco de una ventana, una enferma parecía abstraída en la contemplación de la calle.

Por entre las dos hileras de lechos, adelantábase una Hermana de la Caridad, con mediano bulto de sábanas y almohadas planchadas en las manos; se detuvo viendo a los cuatro recién llegados.

Las enfermas se incorporaban en sus lechos y volvían hacia ellos sus rostros pálidos.

Uno de los médicos dijo indicando a Carlota Neira:

—Es conveniente que esta señora no se le presente de improviso.

El juez pareció contrariado. El médico prosiguió:

—Es necesario evitarle toda suerte de impresiones. Por ahora nada de personas conocidas…

Carlota Neira murmuró:

—En ese caso, yo me retiro…

El juez intervino:

—No, ¿si usted tuviese la bondad de esperar un poco?…

Carlota asintió con la cabeza, y se dirigió lentamente al hueco de una ventana, entre dos lechos, desde los cuales dos enfermas la miraban sorprendidas.

El juez y los médicos se dirigieron al fondo de la sala. El último lecho de la derecha estaba resguardado por un biombo.

Uno de los médicos dijo:

—Tenga la bondad de esperar, señor juez.

Y desapareció por detrás del biombo.

No tardó en aparecer diciendo:

—Puede pasar.

El juez pasó. El otro médico estaba a la cabecera de la infeliz criada de los señores de Neira.

El biombo hacía una penumbra en aquel ángulo de la enfermería.

La criada parecía dormitar. Sus brazos yacían inertes a lo largo del cuerpo.

Tenía la cabeza vendada, descansando sobre la nuca en una estrecha almohada, y no se movía. De tiempo en tiempo movía los labios y abría los ojos con un movimiento meníngeo y febril. Podría frisar en los treinta años.

Uno de los médicos se acercó a ella, le tomó el pulso, y je puso levemente una mano en la cabeza como para colocársela en mejor posición:

—¿Cómo se va encontrando?

La enferma no respondió.

Volviéndose hacia el juez, el médico dijo en tono confidencial:

—La encuentro peor que esta mañana.

Don Máximo Baroja palideció.

—¿Cree usted que no podrá hablar?

—Esta mañana habló; esto es, pronunció algunas palabras.

Y, volviéndose para la Hermana de la Caridad que estaba a los pies del lecho muda e inmóvil, preguntó:

—¿Ha vuelto a decir algo?

—Me pidió agua.

El juez interrogó:

—¿Y la herida cómo está?

Intervino el otro médico:

—La herida no tiene mal aspecto.

—¿Creen ustedes que podrá salvarse?

Los dos médicos se miraron sin atreverse a afirmar nada.

En esto la enferma movió una de las manos como queriendo juntarla con la otra. El juez, impaciente, se inclinó sobre el lecho observándola.

La enferma abrió los ojos y pareció mirar al juez con inteligencia.

Don Máximo Baroja, no pudiendo resistir al deseo de oírla hablar, le preguntó no sabiendo qué decirle:

—¿Usted me ve? ¿Oye lo que le digo?

La mujer pareció sonreír, pero no respondió.

Aquella sonrisa, sin embargo, era una esperanza.

Don Máximo se sintió animado y quiso proseguir.

—Deseo hacerle algunas preguntas. ¿Será capaz de responderme?

Claramente, en un suspiro, la enferma dijo:

—¡Sí!

Don Máximo estaba radiante; pero uno de los médicos intervino y le dijo al oído:

—No la fatigue, señor juez.

La enferma movió la cabeza protestando dulcemente.

El juez continuó:

—¿Se acuerda bien de lo que le sucedió?

La mujer respondió con una voz débil, pero clara:

—Sí; me acuerdo…

—Una pregunta nada más. ¿Sabe quién fue?… ¿Conocerá al hombre que…?

La enferma cerró súbitamente los ojos y no respondió.

Don Máximo agitado, nervioso, se volvió hacia los médicos:

—Es preciso que pase esa señora… En su presencia quizás hable.

Los médicos vacilaban:

—¡Es arriesgado!

—¡Puede impresionarse!

El juez insistió con gran interés. ¡La enferma estaba lúcida! Hablaba, oía, veía. ¿Qué peligro podía haber?

En realidad don Máximo no quería irse del hospital sin llevar aclarado el misterio.

Después de haber hecho hablar a una de las víctimas; después de haber

llegado a aquel imprevisto resultado de evocar todo el crimen como si hubiese asistido a él, don Máximo se resistía a todo lo que no fuese llegar al descubrimiento decisivo y rápido del asesino.

Además temía que la muerte se llevase el terrible secreto.

Finalmente, se acordó llamar a Carlota Neira.

La Hermana de la Caridad fue a buscarla.

Carlota entró muy pálida.

El juez le dijo a media voz:

—Le explicaré de lo que se trata. La enferma va bien, que es lo esencial, y responde a lo que le preguntan, que es lo importantísimo. Con todo, no parece dispuesta a conversar conmigo. ¿Quiere usted hacer una pequeña tentativa?

Carlota objetó:

—Si mi presencia ha de impresionarle, sería mejor esperar…

Don Máximo Baroja, un poco contrariado, interrumpió:

—Las buenas ocasiones no deben desperdiciarse; y esta es una de ellas. La justicia tiene el deber y, naturalmente, el derecho de levantar hasta las mismas piedras de las sepulturas.

Carlota dijo apenas:

—Como usted quiera.

El juez se acercó de nuevo a la cabecera de la cama, inclinose sobre la enferma y murmuró en voz baja:

—¿Hay ánimo?

La mujer abrió los ojos, y don Máximo, aprovechando la ocasión, continuó:

—Tiene aquí una visita. ¿A ver si adivina quién es?

Y como la enferma no apartase los ojos y pareciese curiosa, todavía añadió:

—¡Es persona que la conoce mucho!

Después, inclinándose más, pronunció lentamente, desgranando las sílabas:

—¡Doña Carlota! ¡La hija de la señora!…

Al contrario de lo que recelaban los médicos, la enferma no manifestó la menor alteración al oír aquellas palabras.

Permaneció con los ojos abiertos, y pareció querer levantar la cabeza de las almohadas.

En este momento Carlota se acercó, y tomándole una mano murmuró:

—¡Pobre Catalina!

Hubo un largo silencio. Todos observaban a la enferma. De sus ojos abiertos vieron correr lentamente dos gruesas lágrimas.

Don Máximo intervino, a la vez autoritario y afable:

—Calma, calma… No se altere. Ya tiene aquí a doña Carlota. Respóndale, dígale quién fue… ¿Quién atentó contra su vida?

Carlota dijo con solicitud.

—Responda, Catalina.

La enferma, casi sin mover los labios, con voz muy apagada, murmuró:

—¡No sé!…

Don Máximo se inclinó bruscamente:

—¿Cómo no sabe?

La enferma, todavía con voz más débil, repitió:

—No sé.

Don Máximo, sorprendido y contrariado, volvió a insistir.

—¿Pero entonces no le conocía?

—¡No!

—¿No le había visto nunca?

—¡Nunca!…

—¿Si le volviese a ver le reconocería?

Fatigada, respirando trabajosamente, la enferma contestó:

—¡Tal vez!…

Y tornó a cerrar los ojos.

Los médicos intervinieron.

—Perdone usted, señor juez; pero por hoy basta.

Y el más joven añadió, mirando a su compañero.

—¡Quién sabe si habrá sido demasiado!

El grupo de aquellas cuatro personas se apartó lentamente del lecho donde la infortunada criada de los señores de Neira agonizaba.

CAPÍTULO V

UNA PISTA

—¡LA portera tiene llaves dobles de todos los cuartos!

Esta declaración hecha por varios inquilinos de la casa del crimen, y plenamente confirmada por un registro practicado posteriormente en las habitaciones de la portera, puso al juez sobre una nueva pista.

Don Máximo Baroja creía haber encontrado un cabo de aquella embrolladísima madeja.

Era evidente que para entrar en la casa, el culpable, o culpables, no habían practicado fractura alguna.

En su prudencia renunciaron a herramientas de todo género, sirviéndose evidentemente de una llave.

La breve declaración de la criada herida parecía confirmarlo.

¡Ella no había abierto la puerta!

Pero actualmente, la criada sufría un retroceso en su curación y no era posible interrogarla.

Los médicos empezaban a desconfiar de verla curada.

La llave correspondiente al piso que habitaban los señores de Neira, y encontrada en la portería, tenía las guardas llenas de aceite. Un examen de la puerta puso de manifiesto la existencia del mismo líquido en los goznes y en la cerradura. Era una prueba de las precauciones que habían adoptado los criminales.

Se hizo comparecer a la portera y se la preguntó si la cerradura había sido untada de aceite a lo que respondió que no.

Don Máximo Baroja la sometió a un largo interrogatorio.

—¿Cuántas llaves había para abrir la puerta?

—Dos, señor juez.

—La de usted y la de los inquilinos, ¿no es esto?

—Sí, señor.

—¿Usted dónde dejaba la suya?

—En la portería, pendiente de un clavo.

—¿Por qué tenía usted esa doble llave?

—Porque las tengo de todos los pisos. Eso es cosa del casero.

El juez tomó una llave que había encima de la mesa y se la enseñó a la portera.

—¿Es esta la llave que usted guardaba?

—Sí, señor.

—¿La reconoce usted?

—Sí, señor.

—¿Usted hacía uso de esa llave con frecuencia?

—No, señor; ¡nunca!

El juez la miró fijamente:

—Pues esta llave está impregnada de aceite lo mismo que la cerradura; lo cual indica que se ha hecho uso de ella. Procure usted recordar.

—¡No, señor, jamás hice uso de esa llave!… ¡No comprendo cómo eso puede ser!

El juez examinaba detenidamente la llave, encontrando manchas de aceite hasta en su asa. Desde luego opinó que la simple cerradura no podía haberla manchado tanto; pero decidió no insistir sobre ello con la portera.

Importaba que no sospechase de las dudas que acababa de despertar aquella mancha.

Obrando con gran habilidad, había resuelto dejar a la portera en libertad, para observarla y ver si de ese modo podían descubrirse sus cómplices.

El juez no dudaba que los tuviese.

Apenas la portera salió del despacho, don Máximo hizo llamar al inspector Bargiela, conocido generalmente por Bigotes, y le pidió informes de la portera de la casa del crimen.

Bargiela estaba ya perfectamente enterado.

La señora Gavina, la portera, era viuda. Tenía buena reputación en el barrio; pasaba por trabajadora excelente, y antes de entrar en la portería de la casa donde vivían los señores de Neira, había sido asistenta de aquella familia, sin que su conducta hubiese dado ocasión a la menor queja.

Don Máximo oyó en silencio los informes que le daba el inspector. Cuando este terminó de hablar, don Máximo dijo así:

—Sea lo que quiera, amigo Bargiela, encargue usted a uno de la secreta que la vigile. Esa mujer, aun siendo muy honrada, puede ser cómplice involuntaria del asesinato. Nada tendría tampoco de extraño que alguno haya seguido sus

pasos, y haya aprovechado un momento de descuido para entrar en la portería y robarle la llave.

El inspector movió la cabeza.

—Si fuese así, no la hubieran devuelto después del crimen.

—¿Por qué no? Todos los indicios que tenemos son para hacer sospechar que ese asesinato ha sido cometido por criminales muy hábiles y muy audaces. Sí, amigo Bargiela, los autores de ese doble asesinato han debido emplear todo género de astucias para introducirse en la casa. En la visita ocular que el día del crimen hice al lugar del suceso he podido observar que en la escalera no había manchas de barro, que necesariamente debía estar adherido a las suelas de los zapatos después de haber pasado por la calle que, como usted recordará, era un lodazal.

El inspector contestó:

—La misma observación hice yo, señor juez.

—¿Y qué ha supuesto usted?

—Dos cosas: que los asesinos viven en la misma casa o que llegaron en coche hasta el mismo lugar del suceso.

—Eso mismo he supuesto yo.

Y don Máximo se levantó dando a entender que la conferencia había terminado. El inspector Bargiela salió.

Después de algunos paseos, el juez volvió a engolfarse en el estudio del proceso.

Don Máximo Baroja no era de los hombres que no dudan de nada; tenía confianza en su mérito y en su voluntad; pero una confianza limitada como la de todos los hombres de verdadero valer.

* * *

Tres horas después, cuando el juez se disponía a salir de su despacho, volvió a entrar el inspector de policía.

Don Máximo levantó la cabeza al oír el ruido de sus pasos:

—¿Qué hay de nuevo, don Camilo?

El inspector sonrió:

—Algo, aunque no mucho, señor juez.

—Veamos. Pero antes tome usted asiento.

El inspector arrastró una silla y empezó:

—Siempre he creído que eran dos los cómplices; pero ahora persisto en ello, tanto más señor juez, cuanto que uno de mis agentes repartidos por Madrid Moderno ha venido ahora a informarme que durante la tarde del crimen varios vecinos han visto un hombre inquieto y agitado que se paseaba a la entrada de la calle de Castelar.

—¿Y se reunió, sin duda, con alguna otra persona?

—No en aquel sitio; pero se le vio pasar más tarde en compañía de otro individuo por delante del Parque de Rusia. Ya ve usted que nos acercamos poco a poco al teatro del crimen.

—¿Y de la portera ha tenido usted nuevas noticias? ¿Se la ha visto con alguna persona desconocida o sospechosa?

—Acerca de eso, todavía no he recibido nuevos informes. Pero ya está vigilada, y si vuelve a verse con los asesinos, todos caerán en nuestras manos.

—¿No tiene usted nada más que comunicarme?

El inspector contestó suspirando:

—¡Nada más!…

Don Máximo le miró sonriendo:

—Poco es, pero confiemos en que otro día será más. Voy a recibir al confesor de la señora de Neira que ha sido citado para declarar hoy. Quizás nos ilumine algo en este grave asunto.

Don Máximo Baroja antes de separarse del inspector Bargiela le dio cita para el día siguiente a las once de la mañana.

Un instante después, el juez y el Padre Orera departían sentados frente a frente.

Don Máximo Baroja, dando en el vade pequeños golpes con la plegadera, decía:

—Ya he sido informado que usted, algunas horas antes del crimen, ha estado de visita en casa de la infortunada señora de Neira.

El Padre Orera asintió:

—Perfectamente exacto, señor juez. Yo era director espiritual de la señora de Neira. No puede usted figurarse qué trastorno me produjo esa terrible noticia, que supe por los periódicos.

—Me lo figuro. ¡Espantoso!

El sacerdote repitió:

—¡Espantoso!…

—¿Sabe usted si la señora de Neira esperaba aquella tarde a alguna persona?

—Sí, señor.

—¿Puede usted decirme lo que sepa acerca de ese punto?

El Padre Orera inclinó la cabeza y meditó un momento.

—¡Puedo decirle lo que me permita mi conciencia!

—¡Sea!

El Padre Orera murmuró como si hablase consigo mismo:

—¡Aquella tarde, la pobre señora de Neira esperaba a un joven gallego que le traía una visita de su esposo y de su hija, residentes en La Coruña!

—¿Sabe usted el nombre de ese visitante?

—No, señor. Pero será fácil saberlo preguntando a la familia.

El juez no respondió; después de una larga meditación llegó a decir:

—¿Podría usted facilitarme algunos detalles respecto al carácter y costumbres de la víctima?

El sacerdote se inclinó:

—Con mucho gusto.

* * *

Es un error suponer en absoluto que los jueces hacen sufrir al testigo que llaman a declarar en su presencia, con palabras estudiadas, con miradas sospechosas que le abruman; colocado en plena luz para sorprender sus menores gestos y verle palidecer, enrojecer o temblar.

Sucede muy a menudo todo lo contrario; pues cuando el juez da con un hombre bien educado, y honrado, tiene con él miramientos, y más bien le hace hablar que le interroga.

Es más conveniente, y a veces también más hábil.

El testigo, disgustado siempre de las molestias que le ocasiona un asunto que las más de las veces no le interesa ni afecta, suele entrar prevenido en el despacho del magistrado, y resuelto a no responder sino estrictamente a las preguntas que se le hagan.

Pero cuando el juez sabe cumplir con su deber, y comienza por disculparse de haber hecho esperar al testigo, el hielo se rompe, y desaparecen las prevenciones hacia el representante de la ley.

El testigo olvida el tiempo perdido, las punzadas del amor propio herido, y

trata de corresponder del mejor modo a las pruebas de cortesía y finura de que es objeto.

Entonces habla y revela ciertos detalles que se había propuesto callar, y se entrega, siguiendo una expresión gráfica.

El juez escucha con atención, y el escribano, silencioso, casi invisible, toma notas y redacta su declaración.

Cuando está terminada y se trata de firmar, el testigo queda asombrado de haber dicho tantas cosas; pero las ha dicho, las reconoce, no puede negarlas, y firma sin reparo.

El Padre Orera hablaba, pues, con el señor Baroja como si estuvieran en un salón; pero, dicho sea en elogio de ambos, lo hacían de buena fe, y allí no existía preparación de ninguna especie.

En cuanto al Padre Orera, no deseaba otra cosa, por simpatía hacia la víctima, y por amor a la verdad, que decir lo que sabía.

He aquí un resumen de lo que dijo al juez, en aquella primera entrevista:

—La señora de Neira era mujer intranquila, nerviosa, muy nerviosa. Algunos creían que estaba loca, pero no es cierto. Yo he querido conocer aquella alma extraña, penetrar en ella: no me fue posible.

El juez interrumpió:

—¿No era usted su confesor?

—Lo era, y sin embargo, esa dama asesinada, ha sido siempre un misterio para mí. Vivía siempre intranquila. ¿Por qué? No lo he sabido jamás.

Sus nervios estaban vibrando siempre, sus ojos parecían estar contemplando siempre una cosa desconocida que se agitase con ritmo al compás de los latidos de su corazón. Sus labios se movían frecuentemente sin pronunciar palabras. Ella entonces nos decía que hablaba con un espíritu.

Su marido, don Román Neira, un caballero y un cristiano a carta cabal, me consultaba frecuentemente sobre estas cosas de su señora. Es muy piadoso y temía que el demonio anduviese en todo aquello. Yo le tranquilizaba siempre. «Son los nervios, Román». Porque somos amigos desde la infancia. Le conocí en el Instituto. Era un chico excelente, muy amable, muy bueno; yo era huraño y brusco.

A pesar de estas diferencias llegamos a hacer amistades y andábamos siempre juntos.

Terminados los estudios en el Instituto, nos separamos y pasamos muchos años sin saber el uno del otro.

Aquí en Madrid volvimos a vernos. Él ya estaba casado, yo ya era sacerdote.

Se alegró mucho al verme, se empeñó en llevarme a su casa y en presentarme a su mujer y a su hija.

Entonces aún no vivían en Madrid Moderno.

La casa de Román era grande, y estaba junto a la Plaza del Callao, en una callejuela estrecha, cerca de otra casa donde hace años se cometió un crimen del cual se habló mucho en Madrid, y en toda España.

La casa era triste, muy triste, todo lo triste que puede ser una casa, y tenía en la parte de atrás un huerto miserable con las paredes llenas de enredaderas de campanillas blancas y moradas.

El primer día que, cediendo a las cariñosas demostraciones de Román, fui a verle, sentí una extraña impresión.

Me introdujeron en una sala grande y obscura. Junto al balcón estaban sentadas la esposa y la hija de mi amigo.

La madre leía, la hija bordaba. No sé por qué me dieron miedo.

Las dos se levantaron al verme llegar con Román. Me saludaron muy amables.

Mientras hablaba la madre, la hija se sonreía; pero de una manera tan rara, tan rara… Cuando hablaba la hija, la madre se sonreía del mismo modo…

Román me pareció un poco contrariado. Sin duda comprendía que su familia no me había sido completamente simpática.

Me despedí pronto, y me marché a mi casa.

En toda la tarde y toda la noche no hice más que pensar en las dos mujeres.

Resolví no volver a casa de Román.

Un día vi a su mujer y a su hija que salían de una iglesia, las dos enlutadas, y me miraron y sentí frío al verlas.

Pasó mucho tiempo sin hallarme con Román en ninguna parte; pero un día me avisaron de su casa diciéndome que mi amigo estaba enfermo. Fui y le encontré en la cama. Parecíame muy cambiado; en voz baja y contristada me dijo que deseaba verse lejos de su mujer y de su hija.

Quedeme asombrado, porque las dos mujeres le atendían con cariño y le cuidaban con esmero; pero tenían una sonrisa tan rara, tan rara.

Una vez, al levantar a Román cada una por su brazo, este hizo una mueca de dolor.

Le pregunté:

—¿Qué tienes?

Y me enseñó dos cardenales inmensos que rodeaban sus brazos como un anillo. Luego murmuró en voz baja:

—Han sido ellas.

—¡Ah! Ellas…

—No sabes la fuerza que tienen. Son iguales, rompen un cristal con los dedos, y hay una cosa más extraña, que mueven un objeto cualquiera de un lado a otro sin tocarlo.

Días después, ya repuesto de su dolencia, Román se presentó en mi casa. Estaba muy preocupado.

Me contó, temblando de terror, que a las doce de la noche, hacía ya cerca de una semana, sonaba la campanilla de su casa, se abría la puerta y no se veía a nadie…

Me obligó a ir a su casa, y rociarla con agua bendita. No era cosa de negarme y fui; pero la campanilla siguió sonando en los días sucesivos.

Román volvió a buscarme. De nuevo tuve que acompañarle a su casa.

Allí hicimos un gran número de pruebas.

Nos apostábamos junto a la puerta… ¡Llamaban!… Abríamos… ¡Nadie!…

Dejábamos la puerta abierta para poder abrir en seguida. Llamaban… ¡Nadie!…

Por fin, quitamos el llamador a la campanilla, y la campanilla sonó, sonó…

Román y yo nos miramos estremecidos de terror.

Román me dijo en voz baja y misteriosa:

—¡Son ellas!

—¿Quiénes?

—Mi mujer y mi hija.

—¿Estás seguro?

—Sí.

La campanilla sonó con estrépito, y nos miramos sin atrevernos a hablar.

Convencido de que eran ellas, Román, sin oír mis consejos en este punto, fue a consultar el caso con una gitana, que le vendió algunos amuletos que Román colocó detrás de todas las puertas; pero al día siguiente los amuletos habían desaparecido.

Cediendo a los megos de Román, volví a bendecir la casa. Inútil, todo inútil; las cosas saltaban de sus sitios y en las paredes se dibujaban sombras sin contornos y sin rostro.

El Padre Orera hizo una pausa; luego añadió sonriendo:

—Antes de ponerle a usted al corriente de otros hechos, mi señor don Máximo, debo decirle que yo tengo la chifladura de la fotografía.

Don Máximo sonrió a su vez, y dijo:

—Yo también, Padre Orera.

—Pues ya somos dos. Con el permiso de usted, continúo. Tenía yo una hermosa máquina fotográfica. Desde que llegara la primavera, todos los días Román y yo íbamos a pasear juntos, y llevábamos la máquina en nuestras expediciones.

A Román acabará por pegársele mi chifladura.

Pero voy al caso. Un día antojósele a la señora de Neira que los retratara yo a los tres en grupo, para mandar el retrato a sus parientes de Galicia. Román y yo colocamos un toldo de lona en la azotea, y bajo él se puso la familia. Enfoqué, y por si acaso me salía mal, impresioné dos placas.

En seguida Román y yo fuimos a revelarlas. Habían salido bien; pero sobre la cabeza de la madre y de la hija se veía una mancha obscura.

Dejamos secar las placas, y al día siguiente las pusimos en la prensa, al sol, para sacar las positivas.

Carlota, la hija de Román, vino con nosotros a la azotea. Al mirar la primera prueba, Román y yo nos contemplamos sin decirnos una palabra. Sobre la cabeza de las dos señoras se veía una sombra blanca, de mujer también, y de facciones parecidas a las suyas.

En la segunda prueba se veía la misma sombra; pero en distinta actitud, inclinándose sobre ellas, como hablándoles al oído.

Nuestro terror fue tan grande, que Román y yo nos quedamos mudos, paralizados…

Carlota miró las fotografías y sonrió, sonrió… Esto era lo grave.

Yo salí de la casa perseguido por el recuerdo de aquella sonrisa.

Todavía al entrar en mi habitación, al pasar junto a un espejo, me pareció ver a las dos mujeres en el fondo de la luna, sonriendo, sonriendo siempre.

Calló el Padre Orera, y don Máximo Baroja levantándose, murmuró:

—Todo eso es muy curioso, muy curioso. Si no le sirviese a usted de molestia, reanudaríamos esta conversación otro día. El Padre Orera se levantó a su vez:

—Con mucho gusto, mi señor don Máximo.

Se despidió, y el juez le acompañó hasta la puerta.

Poco después entraba un alguacil con un pliego cerrado y lacrado. Don

Máximo Baroja rasgó el sobre y leyó.

¿Qué decía el pliego, que antes de acabar su lectura el juez pulsó el timbre con mano acelerada y febril?

Capítulo VI

Víctor Rey

LA policía acababa de detener a un individuo sospechoso…

La causa aparente de la detención era embriaguez y blasfemia; pero la verdadera era otra.

Hela aquí:

El Gerente del Crédito Argentino había denunciado particularmente, como autor de la sustracción de cinco mil francos en billetes del Banco Belga, a un empleado de la casa.

La policía, obedeciendo instrucciones del Gobernador, le había detenido con un pretexto especioso, que a nada comprometía, dado caso que el desfalco no se probase suficientemente.

En el interrogatorio a que fue sometido, respondiera confesando que había retirado de la caja cinco mil francos en diferentes veces, y que a pesar de sus deseos y sus esfuerzos por reembolsarlos no le fuera posible, por absoluta carencia de recursos.

El detenido dijo llamarse Víctor Rey, de treinta años de edad, natural de Santiago de Galicia.

Era alto y delgado, casi flaco, de aspecto fatigado.

Vestía con relativo esmero, pero sus ropas muy raídas, revelaban haber pasado por todas las alternativas de la miseria disimulada.

Tenía una figura dolorida. Los ojos grandes, profundos, de mil expresiones; la boca desdeñosa, la frente altiva.

Su fisonomía decía sufrimiento, dolor, angustia; pero decía al mismo tiempo astucia y fuerza.

¿Quién era aquel hombre?

La policía apenas reparara en él.

Parecía insignificante.

Además de los criminales que practican el crimen como profesión, hay los criminales del acaso, y la policía también está familiarizada con ellos.

Los criminales de ocasión son los delincuentes que cometen una falta de la

categoría de las faltas reparables.

Al hecho de cometer faltas de esta naturaleza se llama *resbalar*.

Para un juez, y sobre todo para un jurado, resbalar no es caer.

Entre la policía, el pequeño falsario, el prevaricador cogido en flagrante delito de fraude, en suma, todo aquel que no ha sufrido condena y que la inicia con una falta leve, pertenece al gran montón anónimo de los que resbalan.

Víctor Rey fue incluido en ese número.

Su aspecto, su porte, su modo de vestir y de explicarse, le conquistaron el derecho de ser incluido entre los delincuentes que resbalan, para quien el fiscal, a pesar de su carácter de acusador, tiene siempre una palabra benévola.

El desfalco realizado por Víctor era un hecho que había pasado casi inadvertido. Los periódicos no hablaron de él. Aquello no interesaba a la opinión.

El mismo don Máximo Baroja, juez en aquella causa, apenas había puesto atención en ella.

Víctor estaba en libertad bajo fianza, y el expediente dormía.

Y quizás durmiese mucho tiempo si una mañana Carlota Neira no se presentase en el despacho del juez.

Don Máximo Baroja le salió al encuentro, interrogando:

—¿Alguna novedad, señora?

—Creo que sí.

—Pues usted dirá. Soy todo atención y oídos.

Carlota empezó:

—Por casualidad, ayer tuve noticia de un desfalco cometido por un tal Víctor Rey.

El juez interrumpió:

—Efectivamente; yo entiendo en esa causa.

—Pues bien; ese Víctor Rey era conocido de mi madre, y algunas veces iba a verla.

Don Máximo Baroja, visiblemente preocupado, repitió por lo bajo:

—¡Iba a verla!

Carlota interrumpió:

—El otro día me olvidé de decírselo a usted. A no haber mediado la coincidencia de su prisión, creo que no me habría acordado de su nombre.

El juez interrogó:

—¿Usted conoce los antecedentes de ese hombre?

—Poco.

—¿Cómo le han conocido ustedes?

—Cuando vino a Madrid trajo una carta de recomendación para mi pobre madre.

—¿De quién era esa carta?

—De una moribunda.

El juez miró con sorpresa a Carlota Neira. Después de la declaración del Padre Orera, aquella mujer le parecía envuelta en un misterio malsano.

Carlota añadió con profundo respeto:

—La Condesa de Porta-Dei, amiga de mi madre desde la infancia, firmaba esa carta.

—¿Y la Condesa ha muerto?

—Antes de que mi madre recibiera su carta, había dejado de existir.

Don Máximo Baroja reflexionaba. Carlota Neira, con los ojos fijos en el vacío, movía los labios. Parecía que hablaba con un espíritu.

Después de una pausa, don Máximo Baroja arguyó:

—Según mis informes, ese Víctor Rey es hombre humilde. ¿Cómo pudo conseguir una carta de la Condesa?

—No sé. El nacimiento y la vida de ese muchacho es un misterio.

—¿Quiénes son sus padres?

—No tiene padres conocidos.

Hubo otra pausa, al cabo de la cual el juez interrogó de nuevo:

—¿Sabe usted por qué medios se hizo con la carta en que la Condesa le recomendaba?

—Se ha criado en el palacio de Porta-Dei.

—¿De caridad?

—Creo que sí.

—¿La Condesa le distinguía mucho?

—Mucho.

—¿Era soltera la Condesa?

—No; era viuda.

—¿Joven?

—No; muy anciana.

—¿Tenía hijos?

—Una hija que profesó en un convento a los quince años.

—¿Vive?

—Lo ignoro en absoluto.

—¿Tiene usted algún rasgo importante que poder comunicarme respecto al carácter y costumbres del interfecto Víctor Rey?

—Muy poco más, señor juez.

—Veamos.

—Hará como unos tres años que está en Madrid, y vivió siempre muy irregularmente. Malas compañías. Creo que también el juego y el vino. Al principio mis padres le protegieron. Se nos presentó algunas veces en casa, de ahí datan sus visitas, pero luego cesaron… En una palabra, como usted, señor juez, había manifestado interés por saber quiénes eran las personas que iban a nuestra casa, creí que no debía ocultarle esta, de la cual el otro día me había olvidado.

Don Máximo Baroja aprobó con la cabeza.

—Perfectamente. La indicación puede tener gran utilidad.

Se quitó los anteojos de guarnición de oro, los dejó sobre el vade, y se puso en pie.

Al mismo tiempo decía, dirigiéndose a Carlota Neira:

—Perdone usted que la haya retenido y molestado tanto tiempo. Perdone usted.

Y la acompañó hasta la puerta.

Apenas salió Carlota Neira, el juez tocó el timbre con fuerza, como hacía siempre que tenía que transmitir alguna orden a la cual concedía verdadera importancia.

Un alguacil apareció.

El juez llenó rápidamente una hoja de papel que entregó al alguacil:

—Esto al inspector Bargiela. Es una orden de prisión que hay que cumplimentar inmediatamente.

El alguacil saludó y salió.

* * *

Dos horas después el inspector Bargiela entraba en el despacho del juez.

—Ahí está el detenido, señor don Máximo.

Don Máximo, que estaba entretenido en hojear una causa, la dejó vivamente sobre la mesa y contestó:

—Hágale entrar, Bargiela.

Bargiela se dirigió a la puerta, y el juez añadió:

—Y que entren también los guardias.

Salió el inspector, y momentos después dos guardias introducían al preso en el despacho del juez.

Don Máximo, dirigiéndose a los guardias, indicó brevemente:

—Siéntense los dos.

Y volviéndose al detenido añadió designándole un lugar:

—Usted ahí.

El preso ocupó una silla, colocada delante del banco donde se sentaran los guardias.

Durante algún tiempo no se pronunció una palabra.

Don Máximo, que había cogido su plegadera y daba golpes con ella sobre el vade, miraba distraídamente al preso como preparándose a interrogarle.

Víctor Rey no parecía ni perturbado ni conmovido, antes al contrario muy dueño de sí.

Él dio comienzo al interrogatorio en esta forma:

—¿Cuánto tiempo llevaba usted empleado en el Crédito Argentino?

—Como unos seis meses.

—¿Qué hacía usted antes?

Víctor Rey sonrió como quien se disculpa. Después murmuró:

—Nada.

Don Máximo Baroja exclamó sorprendido:

—¿Nada? ¿Pues de qué vivía?

—De mi propia miseria.

Y agregó luego:

—La miseria es un modo de vivir.

El juez se enderezó en su sillón, y dijo severamente:

—No estamos aquí para hacer frases. Responda sencillamente a lo que le pregunto.

Víctor insistió:

—¿Y cómo quiere el señor juez que le responda?

Al mismo tiempo sonreía burlonamente.

Hubo una larga pausa.

Don Máximo Baroja dudaba entre encolerizarse, o tomar a broma las audaces réplicas del preso.

Por un lado le parecía que su autoridad sufría cierto menoscabo; pero por otro su espíritu amplio y curioso no dejaba de hallar interesante la actitud del acusado.

Víctor Rey era la encarnación del trabajador actual, que tiene el corazón y la inteligencia rebosante de lecturas y predicaciones socialistas.

Don Máximo Baroja prosiguió el interrogatorio con gran cautela.

—Usted no ignora que ha sido acusado de un desfalco…

Víctor, sin inmutarse, hizo con la cabeza un gesto de aquiescencia.

Don Máximo Baroja continuó:

—¿Qué motivos le llevaron a cometer ese desfalco o desfalcos, porque según parece son varios?

Víctor sonrió:

—Preguntar al hombre por qué delinque, señor juez, es como preguntar al enfermo por qué sufre…

Don Máximo Baroja pareció impacientarse:

—Advierto al acusado que no estamos aquí para hacer socialismo. Le pregunto cuáles fueron las causas determinantes que le indujeron al robo. ¿Fue la necesidad?

—¡No!

—¿Fue algún vicio dispendioso?

Nuevamente Víctor respondió con firmeza:

—¡No!

—¿Qué fue entonces?

Fríamente, como quien monologuea, Víctor empezó a decir:

—Es inútil interrogarme sobre ese punto, señor juez. Los motivos que me impulsaron a cometer los actos de que se me acusa no pertenecen al dominio de la curiosidad judicial.

Hizo una larga pausa, y viendo que el juez no decía nada, continuó con gran desenfado:

—En los hechos que se reputan como ofensivos de la moral social, hay siempre dos aspectos diferentes: el aspecto público y el aspecto privado. Lo que es público es el acto en su esencia, lo que es privado es el acto en su origen.

Calló el acusado, sin que el juez le hubiese interrumpido un solo momento. Lo que al principio juzgara desfachatez, ahora le parecía curioso y raro. Por algún tiempo tuvo la impresión de que se hallaba en presencia de un loco o de un maniático, y creyó que para no exacerbarle, lo mejor, o cuando menos lo más

prudente, sería tratarle con deferencia.

—¡Bien! ¡Bien, dejemos eso!…

Y don Máximo Baroja se quitó los anteojos y se los limpió prolijamente. Después, como buscando manera hábil de empezar un nuevo interrogatorio, preguntó:

—¿Puede el acusado referirme lo que hizo el día en que cometió el último desfalco en la caja del Crédito Argentino?

Al formular esta pregunta el juez no apartaba los ojos del preso, que contestó sin huir la vista:

—¡Qué sé yo!… ¡Tantas cosas!

Don Máximo Baroja no dejaba de observarle con atención.

—¿Quiere decirse que no se acuerda?

Víctor, sin alterarse, inmóvil en la silla, los ojos fijos en los ojos del juez que lo miraba siempre, repuso vagamente:

—¿De lo que hice ese día?

—Sí; de lo que hizo en ese día…

Hubo un silencio.

El juez, impasible, seguía observando al acusado, esperando sorprender en su rostro algún gesto delator.

A su vez el acusado le miraba, parecía querer investigar también.

Un reloj de pared hacía oír el monótono latido de su péndulo.

En el banco colocado detrás del acusado los dos guardias parecían dormitar.

Allá fuera caía la tarde.

Don Máximo Baroja sin dejar adivinar su intención murmuró solapadamente:

—¡Es lástima que tenga tan mala memoria!…

El acusado no respondió. Entonces el juez volvió a insistir:

—¿No recuerda dónde estuvo? ¿En qué pasó el tiempo? Víctor Rey cerró los ojos como si quisiese recordar y pronunció vagamente:

—Creo que fui a casa…

—¿Y volvió a salir?

—Creo que sí…

—¿Qué hora sería?

—No puedo precisar…

—¿Sería anochecido?

—Creo que sí…

—¿Esta hora, poco más o menos?

—Sí, poco más o menos.

—¿Y a dónde fue?

—No sé… Anduve por las calles…

—¿Por qué calles?

—No recuerdo.

—Vea si recapacitando.

—No sé… Anduve sin rumbo…

—¿No encontró algún conocido, algún amigo? ¿No habló con alguien?

—No… Anduve solo…

—De manera que no puede indicarme a nadie que lo haya visto en esa ocasión.

—A nadie.

El juez, que durante todo este interrogatorio no desviara los ojos del rostro de Víctor, mudó entonces de posición, Y dijo:

—¡Es de lamentar! ¡Muy de lamentar!

Víctor preguntó sin inmutarse:

—¿Por qué?

—Ya lo sabrá más tarde.

—La verdad, no comprendo qué interés pueda tener saber lo que hice esa tarde…

Don Máximo Baroja contestó:

—Pues sepa el acusado que tiene un interés muy grande. Víctor, encogiéndose de hombros, murmuró:

—Pues me extraña.

El juez, reclinándose en el sillón, prosiguió:

—¿Y durante las primeras horas de la noche, qué hizo? —Volví a casa.

—¿A comer?

—No; no comí.

—¿No comió entonces en ese día?

—No comí en casa.

—¿Entonces por qué fue a ella?

—No sé… Estaba como atontado…

—¿Volvió a salir?

—Volví.

—¿Adónde fue?

—A un café.
—¿Comió allí?
—Sí, señor.
—¿A qué hora se recogió?
—No me recogí.
—¿Durmió entonces esa noche fuera de casa?
—Dormí.
—¿Dónde?
—En casa de una mujer.
—¿Puede decirme el acusado quién es esa mujer?
Víctor tardó un momento en contestar. Luego con estudiada calma murmuró:
—Puesto que el señor juez lo desea, no tengo inconveniente.
—Diga entonces.
—Es una mujer perdida.
—Su nombre.
—Me parece que se llama Adela.
—¿Hace mucho tiempo que usted la conoce?
—Esa noche por primera vez.
—¿Su domicilio?
—No recuerdo.
—¿Cómo se explica eso?
—Era de noche y fuimos en coche. Ella dio las señas al cochero.
—¿Pero al salir vería usted la calle?
Víctor sonrió.
—Al salir no veía nada.
—¿Cómo?
—Creo que salí completamente borracho, y, francamente, no me acuerdo de nada.
El acusado quiso añadir algunas otras explicaciones, pero el juez no le dejó proseguir.
Don Máximo Baroja ya tenía formado su juicio definitivo. Volviéndose a los guardias, que sentados detrás del preso dormitaban, dijo:
—Llévense a ese hombre.
Al mismo tiempo alargaba al inspector Bargiela una orden escrita y sellada.
Era el mandamiento de prisión.
El detenido lo comprendió así, y se volvió interrogando:

—¿No sigo en libertad bajo fianza?

—No, señor.

Y el juez, con un gesto, ordenó a los guardias que se lo llevasen.

* * *

Una cosa, especialmente, llamó la atención del juez en la declaración de Víctor Rey; y fue esta aseveración del acusado: «No pasé la noche en mi casa, sino en casa de una mujer».

El juez recordaba la voz y el gesto con que estas palabras fueran pronunciadas, y les concedía entero crédito.

Pero don Máximo Baroja dudaba que Víctor Rey no conociese a la mujer en cuestión.

Le parecía extraño que no recordase la casa ni la calle.

Decidió averiguar qué clase de relaciones tenía Víctor, y confió esta misión al inspector Bargiela, que inmediatamente se puso sobre la pista.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, el inspector sostenía una animada conferencia con el juez acerca de aquel interesante punto.

Don Máximo, sentado delante del buen fuego que ardía en su despacho oía en silencio, y de cuando en cuando formulaba alguna pregunta.

El inspector Bargiela decía:

—Según mis informes, ese Víctor Rey, a más de una novia honrada, llamada Soledad, sostiene relaciones con una antigua cantadora del café del Brillante.

Don Máximo Baroja sonrió.

—Vamos, un tenorio.

—Casi, señor juez.

—Y esa cantadora, ¿tiene usted informes de ella?

—Algunos he podido recoger, sí, señor.

—Veamos.

—Se llama Paca la Gallarda.

El juez interrumpió:

—¡Paca la Gallarda! Yo creo que he entendido en una causa contra esa prójima.

—Efectivamente, estuvo procesada.

—¿Sabe usted por qué delito?

—Por infanticidio.

—El jurado la absolvió, ¿verdad?

—Sí, señor. El hecho no pudo probarse.

—Ahora recuerdo. Veamos, amigo Bargiela, qué ha sabido usted de esa señora…

—Ya he dicho que mis informes no son todavía completos, señor juez.

El juez hizo un gesto.

—Deje usted las disculpas, amigo Bargiela. Adelante, adelante.

El inspector Bargiela se atusó el negro y frondosísimo bigote. Sacó del bolsillo interior de su levita una cartera llena de notas, y empezó:

—Si el señor juez preguntara al primer parroquiano del café del Brillante que aquí se presentase, acerca de la conducta de Paca la Gallarda, le respondería en el acto, y sin titubear, que era una cantadora con vistas al amor libre.

El señor Baroja sonrió, aprobando de esta manera la pintoresca forma que el inspector tenía de expresarse.

—Sepamos ahora cuál es la opinión particular de usted, amigo Bargiela.

—Si he de ser franco, todavía no la tengo señor juez. Esa Paca la Gallarda ha cantado un año o dos en el café del Brillante; pero hace bastante tiempo que lo ha dejado; y como no tiene medios de existencia conocidos y como vive entre gente del bronce que gasta y triunfa, se sospecha naturalmente que una o muchas personas atienden a sus gastos.

Don Máximo Baroja asintió:

—Y así debe ser. Ahora empiezo a ver claro. Ese Víctor Rey ha robado para ella.

—La misma sospecha tuve yo, señor juez.

—Pues me alegro de que hayamos coincidido.

—Sin embargo, con certeza no he podido averiguar nada. He preguntado a mucha gente sin conseguir más que detalles vagos. Los informes recogidos no le son siempre desfavorables.

—¿Cómo entonces se explica que esa mujer viva en la holganza y viva bien?

—Nadie se lo explica. La existencia de Paca la Gallarda es un misterio; uno de esos misterios que ocupan durante un mes a las gentes del barrio, y que luego olvidan para ocuparse de otros.

Don Máximo Baroja murmuró como si hablase consigo mismo:

—Pues yo me encargo de aclarar ese misterio que puede hoy tener cierta importancia.

—Es casi seguro, señor juez.

Hubo un silencio que don Máximo Baroja fue el primero en romper.

—Es preciso, amigo Bargiela, que usted tome algunos informes del origen de esa mujer. ¿De dónde viene? ¿Dónde ha nacido? ¿Quiénes son sus padres?

Una gran sonrisa de satisfacción erizó los bigotes del inspector Bargiela.

—Tengo ya esos informes, señor juez. Paca la Gallarda es andaluza, hija de madre gitana y de padre francés.

—¿Y esos padres dónde se encuentran?

—El padre, un comisionista francés, debió haber vuelto a Francia; la Gallarda es hija natural, la madre creo que ha muerto.

—¿Cómo Paca la Gallarda fijó su residencia en Madrid?

—Vino con una familia de novilleros andaluces. Siendo muy chica todavía, formó parte de la cuadrilla de *Niñas Cordobesas*.

—¿En qué época conoció a Víctor Rey?

—Cuando este llegó a Madrid. Hace tres años próximamente.

—El procesamiento por infanticidio a que la Paca estuvo sujeta debió empezar poco después…

—Sí, señor.

—¿Sabe usted si Víctor Rey ha figurado en la causa?

—Creo que no.

—De cualquier manera, será preciso revisarla. El asunto, a la verdad, no sé si se aclara o se complica.

Y don Máximo Baroja, después de pronunciadas las anteriores frases, quedó sumido en hondas reflexiones.

El inspector no se atrevía a turbarlas. Retorciéndose los bigotes, esperaba que el juez le interrogase de nuevo.

El reloj dio las once.

Un alguacil entró a anunciar que esperaban algunos testigos citados para aquel día.

El juez levantó la frente, cargada de pensamientos.

—Que esperen un instante. Ya avisaré yo…

Luego, volviéndose hacia el inspector, añadió:

—Para concluir, amigo Bargiela, ¿se ha enterado usted de la vida de esa mujer después del desfalco cometido por Rey, y sobre todo, de su actitud después de la prisión de este?

—Sí, señor.

—¿Y cuál es?

—Tranquila. Ayer noche estuvo, como de costumbre, en el café del Brillante con una amiga y dos toreros.

Don Máximo Baroja frunció las cejas, y dando en el vade un golpe con la plegadera, que esgrimía hacía rato, exclamó:

—¡Pues, señor, no creo en esa tranquilidad!

Y tocó el timbre para avisar que podían ir entrando los testigos que esperaban en los pasillos.

Capítulo VII

Historia antigua

EL nacimiento de Víctor Rey estaba envuelto en el misterio.

Su infancia se deslizara a la sombra del viejo palacio de los condes de Porta-Dei, en una de las calles más tristes y silenciosas de la ciudad compostelana.

La presencia de Víctor en el palacio no fue nunca explicada por nadie.

No se sabía si estaba allí en calidad de deudo, de familiar o de asilado.

En el palacio apenas entraba alma viviente.

La Condesa, viuda y sola desde hacía muchos años, solamente abandonaba su noble retiro para ir a misa a la catedral.

Un jardín señorial, lleno de noble recogimiento, cercaba el palacio.

Entre mirtos seculares, blanqueaban estatuas de dioses, ¡pobres estatuas mutiladas!

Los cedros y los laureles cimbreaban con augusta melancolía sobre las fuentes abandonadas.

Algún tritón cubierto de hojas borboteaba a intervalos su risa quimérica, y el agua temblaba en la sombra con un latido de vida misteriosa y encantada.

La Condesa casi nunca salía del palacio. Contemplaba el jardín desde el balcón plateresco de su alcoba, y con la sonrisa amable de las damas linajudas, le pedía a Fray Ángel, su capellán, que cortase las rosas para el altar de la capilla.

¡Era muy piadosa la Condesa!

Aristócrata a la usanza antigua, vivía con los ojos vueltos hacia el pasado, ¡ese pasado que los reyes de armas poblaron de gentiles leyendas heráldicas!

Carlota Elena Aguiar y Bolaño, Condesa de Porta-Dei, las aprendiera cuando niña, deletreando los rancios nobiliarios. Descendía de la casa de Bradamín; una de las más antiguas y esclarecidas, según afirman ejecutorias de nobleza y cartas de hidalguía, signadas por el señor rey don Carlos I.

La Condesa guardaba como reliquias aquellas páginas infanzonas aferradas en velludo carmesí, que de los siglos pasados hacían gallarda remembranza, con sus grandes letras floridas, sus orlas historiadas, sus grifos heráldicos, sus

emblemas caballerescos, sus cimeras empenachadas, y sus escudos de dieciséis cuarteles miniados con paciencia monástica, de gules y de azur, de oro y de plata.

La Condesa era hija única del célebre marqués de Bradamín, que tanto figuró en la primera guerra carlista.

Hecha la paz después de la traición de Vergara —nunca los leales llamaron de otra suerte al convenio—, el marqués emigró a Roma.

Aquellos tiempos eran los hermosos tiempos del Papa Rey, y el caballero español fue uno de los gentiles hombres extranjeros con cargo palatino en el Vaticano.

Durante muchos años llevó sobre sus hombros el manto azul de los guardias nobles, y lució la bizarra ropilla acuchillada de terciopelo y raso: el mismo arreo galán con que el divino Sanzio retrató al divino César Borgia.

Los títulos de Marqués de Bradamín, Conde de Barbanzán y Conde de Lantaño extinguiéronse con el buen caballero don Pedro Aguiar y Mendoza, que maldijo en su testamento con arrogancias de castellano leal a toda su descendencia, si entre ella había uno solo que traidor o vanidoso pagase lanzas y anatas a cualquier Señor Rey que no lo fuese por la gracia de Dios.

Su hija admiró la soberana gallardía de aquella maldición que se levantaba del fondo de un sepulcro, y acatando la voluntad paterna, dejó perderse los títulos que honraran veinte de sus abuelos; pero suspiró siempre por el marquesado de Bradamín: para consolarse leía el nobiliario del monje de Armentáriz donde se cuenta el origen de aquel esclarecido linaje.

Si más tarde tituló de Condesa, fue por gracia pontificia.

* * *

Fray Ángel, el capellán de la Condesa, era una especie de mayordomo de la casa. Era una tarde de invierno, y Fray Ángel con paso de lobo atravesó el jardín y entró en el palacio.

La mano atezada y flaca de capellán levantó la blasonada cortina de terciopelo que cubría la puerta del salón.

—¿Da su permiso la señora Condesa?

—Adelante, Fray Ángel.

El capellán entró sin hacer ruido.

Allá en el fondo del estrado suspiraba la noble señora tendida sobre el canapé de damasco carmesí. Apenas se veía dentro del salón. La Condesa rezaba en voz baja y sus dedos, lirios blancos aprisionados en los mitones de encaje, pasaban lentamente las cuentas del rosario traído de Jerusalén.

Largos y penetrantes alaridos llegaban al salón desde el fondo misterioso del palacio, agitaban la obscuridad, palpitaban en el silencio, como las alas del murciélago Satán…

Fray Ángel se santiguó al entrar.

—¡Válgame Dios! ¿Sin duda el demonio continúa martirizando a la señorita Beatriz?…

La Condesa puso fin a su rezo santiguándose con el crucifijo del rosario, y murmuró:

—¡Pobre hija mía! El demonio la tiene poseída. A mí me da espanto oírla gritar, verla retorcerse como una salamandra en el fuego… Me han hablado de una saludadora que hay en Céltigos. Será necesario llamarla. Cuentan que hace verdaderos milagros.

Fray Ángel movía la tonsurada cabeza.

—Sí que los hace, pero lleva veinte años encamada.

—Se manda el coche.

—Imposible por esos caminos.

—Se la trae en silla de manos.

—Únicamente. Pero es difícil, muy difícil… La saludadora pasa del siglo, es una reliquia…

Viendo pensativa a la Condesa, el capellán guardó silencio. Era un viejo astuto y montaraz, de ojos enfoscados y perfil inmóvil, como tallado en granito. Recordaba esos obispos guerreros que en las viejas catedrales duermen o rezan a la sombra de un arco sepulcral.

La dama, con las manos en cruz, suspiraba. Los gritos de Beatriz llegaban al salón en ráfagas de loco y rabioso ulular. El rosario temblaba entre los dedos pálidos de la Condesa, que sollozaba casi sin voz:

—¡Pobre hija! ¡Pobre hija!

Fray Ángel murmuró:

—¿Acaso estará sola?

La Condesa se volvió levemente, al mismo tiempo que, con un ademán lleno de cansancio, reclinaba su cabeza en los cojines del canapé.

—Está con mi tía, la Generala, y con el señor penitenciario, que iba a decirle

los exorcismos.

—¡Ah! ¿Pero está aquí el señor penitenciario?

La Condesa respondió tristemente:

—Mi tía le ha traído.

Fray Ángel se puso en pie, con extraño sobresalto.

—Señora Condesa, voy a mandar ensillar la mula, y esta noche me pongo en Céltigos. Si se consigue traer a la saludadora, debe hacerse con gran sigilo. Sobre la madrugada ya podemos estar aquí.

La Condesa juntó las manos.

—¡Dios lo haga!

Y la noble señora se levantó también para volver al lado de su hija. Un gato que dormitaba sobre el canapé saltó al suelo enarcando el espinazo, y la siguió maullando…

La Condesa entró en la alcoba de su hija.

Beatriz parecía una muerta: con los párpados entornados, las mejillas muy pálidas y los brazos tendidos a lo largo del cuerpo, yacía sobre el antiguo lecho de madera legado a la Condesa por Fray Diego Jiménez, un obispo de la noble casa de Bradamín, tenido en opinión de santo.

La alcoba de Beatriz era una gran sala entarimada de castaño, obscura y triste. Tenía angostas ventanas de mainel, donde arrullaban las palomas, y puertas monásticas, de paciente y arcaica ensambladura, con los clavos danzarines en los floreados herrajes.

El señor penitenciario y la anciana Generala, retirados en un extremo de la alcoba, hablaban muy bajo.

Entró la Condesa procurando aparecer serena; llegó hasta la cabecera de Beatriz, inclinose en silencio y besó la frente yerta de la niña. Con las manos en cruz, semejante a una Dolorosa, y los ojos fijos, estuvo largo tiempo contemplando aquel rostro querido. Era la Condesa todavía hermosa: prócer de estatura y muy blanca de rostro; con los ojos azules y las pestañas rubias, de un rubio dorado, que tendía leve ala de sombra en aquellas mejillas tristes y altaneras.

El señor penitenciario se acercó:

—Condesa, necesito hablar con ese Fray Ángel…

La voz del prebendado, acariciadora y susurrante de ordinario, estaba llena de severidad.

La Condesa se volvió sorprendida.

—Fray Ángel no está ahora en el palacio.

Y los azules ojos de la dama, aún empañados de lágrimas, interrogaban con afán, al mismo tiempo que sobre los labios marchitos temblaba la sonrisa amable y prudente de una dama devota.

La anciana Generala, que estaba a la cabecera de Beatriz, se aproximó muy quedo:

—No hablen ustedes aquí… Carlota, es preciso que tengas valor.

—¡Dios mío! ¿Qué pasa?

—Calla, que tu hija no advierta nada. El señor penitenciario te dirá… ¡Calla!…

Y al mismo tiempo llevaba a la Condesa fuera de la estancia:

La anciana señora volvió sola al lado de Beatriz; posó un momento su mano llena de arrugas sobre la frente tersa de la niña, y murmuró:

—¡Hija mía, no tiembles!… ¡No temas!…

La Condesa y el penitenciario se dirigieron al salón.

Los ojos del gato, que hacía centinela al pie del brasero lucían en la obscuridad. La gran copa de cobre adornada con dos medallones llenos de abolladuras aún guardaba entre la ceniza algunas ascuas mortecinas.

En el fondo apenas esclarecido del salón, sobre las cortinas de terciopelo, brillaba el metal de los blasones bordados: el puente de plata y los nueve róeles de oro, que don Enrique III diera por armas al señor de Bradamín, Pedro Aguiar de Tor, llamado el Chivo y también el Viejo.

Las rosas marchitas perfumaban la obscuridad y el silencio, deshojándose en los antiguos floreros de porcelana que imitaban manos abiertas…

Un criado encendió los candelabros de plata que había sobre las consolas, y se retiró en silencio. Poco después, la Condesa y el penitenciario entraban en el salón. La dama, con ademán resignado y noble, ofreció al eclesiástico asiento en el canapé, y trémula, abatida por obscuro presentimiento, se dejó caer en un sillón.

El eclesiástico, con la voz ungida de solemnidad, empezó a decir:

—Es un terrible golpe, Condesa. Hace veinte años que soy penitenciario en nuestra Catedral, y un caso de conciencia tan doloroso, tan extraño, no lo había visto… La confesión de esa niña enferma todavía me estremece.

La Condesa levantó los ojos.

—¿Se ha confesado?… ¡Sin duda Dios Nuestro Señor quiere volverle su gracia! He sufrido tanto viendo a mi pobre hija aborrecer de todas las cosas

santas. El demonio la tenía poseída…

La Condesa se inclinó buscando su pañuelo, que acababa de perdérsele. El penitenciario lo recogió de la alfombra: era blanco, perfumado de incienso y estoraque como los corporales de un cáliz.

—Aquí está, Condesa.

—Gracias, señor penitenciario.

El señor penitenciario parecía muy joven; era alto y encorvado, con manos de obispo y rostro de jesuita. Tenía la frente desguarnida, las mejillas tristes, el mirar amable, la boca sumida, llena de sagacidad. Recordaba el retrato del cardenal Cosme de Ferrara que pintó el Perugino.

Tras leve pausa continuó:

—En este palacio, Condesa, se hospeda un sacerdote impuro, hijo de Satanás…

La Condesa le miró horrorizada:

—¿Fray Ángel?

El penitenciario afirmó, inclinando tristemente la cabeza cubierta por el solideo rojo, privilegio de aquel cabildo. La llama de las bujías brilló en sus anteojos de oro; con la voz un poco trémula, murmuró:

—Esa ha sido la confesión de Beatriz… Por el terror y por la fuerza han abusado de ella…

La Condesa se cubrió el rostro con las manos, que parecían de cera; pero sus labios no exhalaron un grito.

El penitenciario la contemplaba en silencio; después continuó:

—Beatriz ha querido que fuese yo quien advirtiese a su madre… Mi deber era cumplir su ruego: ¡triste deber, Condesa! La pobre criatura, de pena y de vergüenza jamás se hubiera atrevido. Su desesperación al confesarme su falta era tan grande, que llegó a infundirme miedo. ¡Ella creía su alma condenada, perdida para siempre!…

La Condesa levantó el rostro y con la voz ronca, cubierta por el llanto, exclamó:

—Yo haré matar al capellán. ¡Le haré matar!… Y a mi hija no la veré más…

El penitenciario la interrumpió levantándose lleno de severidad:

—Condesa, el castigo debe dejarse a Dios. Y en cuanto a esa niña, ni una palabra que pueda herirla ni una mirada que pueda avergonzarla…

Agoniada, yerta, la Condesa volvió a cubrirse el rostro con las manos.

Allá fuera, las campanas de un convento que había en la misma calle

volteaban alegremente anunciando la novena que todos los años hacían las monjas a la seráfica fundadora. En el salón, las bujías lloraban sobre las arandelas doradas; y en el borde del brasero apagado dormía el gato.

* * *

Los gritos de Beatriz resonaban en todo el palacio…

Con los ojos extraviados y el cabello destrenzándose sobre los hombros pálidos, de una blancura lilial, se retorcía a los pies del antiguo lecho salomónico. La Condesa estremeciose oyendo aquel plañir que hacía miedo en el silencio de la noche, y acudió presurosa.

Sobre el entarimado golpeaba la rubia cabeza de Beatriz; su frente, yerta y angustiada, manaba un hilo de sangre. Retorcíase bajo la mirada muerta e intensa del Cristo. ¡Un Cristo de ébano y marfil, con cabellera humana; los divinos pies iluminados por agonizante lamparilla de plata; el rostro envuelto en la sombra del dosel que bordaron las manos de una abadesa noble! Beatriz hacía recordar aquellas blondas princesas, ¡santas de trece años!, que martirizaban su carne, tentada por Satán. Al entrar la Condesa, se incorporó con extravío, la faz lívida, los labios trémulos, como rosas que van a deshojarse. Su cabellera magdalénica encubría la candidez de los senos.

—¡Mamá! ¡Mamá, perdóname!…

Y le tendía las manos, que parecían dos blancas palomas azoradas. La Condesa quiso alzarla en sus brazos:

—¡Sí, hija! ¡Sí!… ¡Acuéstate ahora, pobrecita mía!…

Beatriz retrocedió, los ojos horrorizados, fijos en el revuelto lecho:

—¡Ahí está Satanás! ¡Ahí duerme Satanás! ¡Viene todas las noches! Ahora vino y se llevó mi escapulario… Me ha mordido en el pecho. ¡Yo grité, grité!… Pero nadie me oía. Me muerde siempre en este pecho…

Beatriz mostrábale a su madre el seno de blancura eucarística donde se veía la huella negra que dejan los labios de Lucifer cuando besan. La Condesa, pálida como la muerte, descolgó el crucifijo, y lo puso sobre las almohadas:

—No temas, hija mía. Nuestro Señor Jesucristo vela ahora por ti.

—¡No! ¡No!…

Y Beatriz se estrechaba al cuello de su madre. Temerosas las dos, fueron a refugiarse en el fondo de la alcoba, sobre el antiguo sofá de damasco azul, con

pájaros quiméricos; uno de esos muebles arcaicos que todavía se hallan en las casas de abolengo y parecen conservar, en su seda labrada y en sus molduras lustrosas, el respeto y la severidad engolada de los antiguos linajes. La Condesa arrodillose en el suelo.

Entre sus manos guardó los pies descalzos de la niña como si fuesen dos pájaros enfermos y ateridos. Beatriz, ocultando la frente en el hombro de su madre, musitó:

—Mamá querida, fue una tarde que bajé a la capilla para confesarme… Yo te llamé gritando, tú no me oíste… Después quería venir todas las noches, y yo estaba condenada…

—¡Calla, hija mía, no recuerdes!…

Y las dos lloraron juntas, en silencio; mientras sobre la puerta de arcaica ensambladura y floreados herrajes, arrullaban dos tórtolas que Fray Ángel había criado para Beatriz.

* * *

A media noche llegó la saludadora de Céltigos: hiciera el camino en un carro de bueyes, tendida sobre paja. La Condesa dispuso que dos criados la subiesen. Entró salmodiando saludos y oraciones. Era vieja, muy vieja, con el rostro desgastado como las medallas antiguas, y los ojos verdes, del verde maléfico que tienen las fuentes abandonadas donde se reúnen las brujas. Salió hasta la puerta la noble señora, y temblándole la voz preguntó a los criados:

—¿Visteis si ha venido también Fray Ángel?

En vez de los criados, respondió la saludadora con el rendimiento de las viejas que acuerdan los mayorazgos:

—Señora mi Condesa, yo sola he venido sin más compaña que la de Dios.

Los criados dejaron a la saludadora en un sillón. Beatriz la contemplaba: los ojos temerosos y sombríos, abiertos como sobre un abismo. Estaba la niña acostada en el sofá, cubierta con la capa que el marqués su abuelo usara en la guardia noble pontificia. La saludadora sonrió con la sonrisa yerta de su boca desdentada.

—¡Miren con cuánta atención está la blanca rosa! No me aparta los ojos.

La Condesa, que permanecía de pie en medio de la alcoba, volvió a preguntar:

—¿No vio a un fraile? ¿Quién llevó el aviso?

—No fue persona de este mundo. Ayer de tarde quedeme dormida y en el sueño tuve una revelación. Me llamaba la buena Condesa moviendo su pañuelo blanco, que era después una paloma volando, volando para el cielo.

La dama preguntó temblando:

—¿Es buen agüero eso?

—No hay otro mejor, mi Condesa. Díjeme entonces entre mí: vamos al palacio de tan gran señora.

La Condesa callaba pensativa. Después de algún tiempo, la saludadora, que tenía los ojos clavados en Beatriz pronunció lentamente:

—A esta rosa galana le han hecho mal de ojo. En un espejo puedo verlo, si a mano lo tiene mi señora.

La Condesa le entregó un espejo guarnecido de plata antigua. Levantole en alto la saludadora, igual que hace el sacerdote con la hostia consagrada, lo empañó después echándole su aliento, y con un dedo tembloroso trazó el círculo del rey Salomón.

Hasta que se borró por completo, tuvo fijos los ojos en el cristal.

—La condesita está embrujada. Para ser bien roto el embrujo, han de decirse las doce palabras que tiene la oración del Beato Electus conforme dan las doce campanadas del mediodía, que es cuando el Padre Santo se sienta a la mesa y bendice a toda la cristiandad.

La Condesa se acercó a la saludadora; el rostro de la dama parecía el de una muerta; sus ojos azules tenían el venenoso color de las turquesas.

—¿Sabe hacer mal de ojo?

—¡Ay! ¡Señora mi Condesa, es muy grande pecado!

—¿Sabe hacerlo? Yo mandaré decir misas.

La saludadora meditó un momento:

—Sé hacerlo, mi Condesa.

—Pues hágalo.

—¿A quién, mi señora?

—A un capellán de mi casa.

La saludadora inclinó la cabeza.

—Para eso es menester quemar las hojas del breviario sobre este espejo.

La Condesa salió y trajo el breviario de Fray Ángel. Al entregárselo a la saludadora cerró los ojos: sus manos temblaban. La saludadora arrancó siete hojas y las puso sobre el espejo.

Después, con las manos juntas como para un rezo, salmodió:

—¡Satanás! ¡Satanás! ¡Yo te conjuro por mis malos pensamientos! ¡Yo te conjuro por mis malas obras! ¡Yo te conjuro por todos mis pecados! ¡Satanás! ¡Satanás! ¡Te conjuro por el aliento de la culebra! ¡Por la ponzoña de los alacranes! ¡Por el ojo de la salamántiga! Te conjuro para que vengas sin tardanza, y en la gravedad de aqueste círculo del rey Salomón, te encierres y en él te estés, hasta poder llevarte a las cárceles tristes y obscuras del infierno el alma que en este espejo ahora vieres. ¡Satanás! ¡Satanás! ¡Te conjuro por el poder de este rosario, que yo sé profanado por ti y mordido por ti en cada una de sus cuentas! ¡Satanás! ¡Satanás! ¡Una y otra vez te conjuro!…

Calló la saludadora, y el cristal del espejo se rompió con un largo gemido de alma encarcelada.

Las tres mujeres se miraron temblando.

No se atrevían a hablar.

El viento soplaba lúgubremente en el mainel de la ventana.

Esperaban el día temblando de miedo.

Sobre la madrugada llamaron a la puerta del palacio con grandes golpes.

Eran unos aldeanos de Céltigos.

Conducían el cadáver de Fray Ángel, que de noche, al claro de la luna, hallaron flotando en el río…

* * *

Pocos días después la Condesa de Porta-Dei y su hija Beatriz abandonaban su palacio y la histórica ciudad de Compostela, para ir a morar en su torre de Bradamín, allá en el fondo de la montaña gallega.

¿En aquel rincón, cuál fue su vida?

Capítulo VIII

Víctor aparece por primera vez

LA torre de Bradamín estaba situada en mitad de un descampado, donde solo se erguían algunos pinos desmedrados y secos.

El paisaje de montaña, en toda sazón austero y silencioso, parecíalo mucho más bajo el cielo encapotado de aquella tarde de invierno.

Ladraban los perros de la aldea vecina, y como eco simbólico de las borrascas del mundo se oía el tumbar ciclópeo y opaco de un mar de costa muy lejano.

Era centenaria la torre, y en medio de la eterna tristeza gris de la sierra, aquellas rejas fortísimas, aquellos escudos nobiliarios y aquellas puertas de encina que giraban penosamente sobre los viejos goznes producían indefinible sensación de antipatía y de terror.

Rostro a la torre adelantaba uno de esos pordioseros que van en romería a todos los santuarios, y recorren los caminos salmodiando una historia sombría forjada con reminiscencias de otras cien, y a propósito para conmover el alma del pueblo, sencilla, milagrera y trágica.

Aquel mendicante desgreñado, con su esclavina adornada de conchas y el bordón de los caminantes en la diestra, parecía resucitar la devoción penitente del tiempo antiguo en que toda la cristiandad creyó ver dibujada con estrellas en la celeste altura el Camino de Santiago.

¡La ruta poblada de riesgos y trabajos, que la sandalia del peregrino iba labrando lentamente en el polvo!…

Anochecía, y la luz del crepúsculo daba al yermo y riscoso paraje entonaciones anacoréticas que destacaban con sombría idealidad la negra figura del romero.

Ráfagas heladas de la sierra, que imitan el aullido del lobo, sacudíanle implacables la negra y sucia guedeja, y arrebataban, llevándola del uno al otro hombro, la ola de la barba que, al amenguar el viento, caía estremecida y revuelta sobre el pecho donde se zarandeaban cruces y rosarios.

El peregrino se detuvo en lo alto de una cuesta blanquecina.

Apoyado a dos manos en el bordón contempló la aldea que sobresale entre la masa fosca de un pinar allá lejos, lejos, en la falda de un monte.

Sin ánimos para llegar a la torre cerró los ojos nublados por la fatiga, cobró aliento en un suspiro y siguió adelante.

Antes de llegar a la torre de Bradamín, se halla un viejo molino.

Sentada a la puerta hilaba una pastora.

Las ovejas rebullían en torno.

Sobre el lindero del camino pacían las vacas de trémulas y rosadas ubres.

El mastín, a modo de viejo adusto, ladraba al recental, que le importunaba con infantiles retozos.

Inmóvil en medio de la mancha movediza del hato, la rueca en la cintura y las puntas de la esclavina de grana vueltas sobre los hombros, rubia y ensimismada estaba la zagala.

Su frente, dorada como la miel, tenía la expresión casta de las antiguas madonas pintadas sobre fondo de oro; su boca, la sonrisa pálida de los corazones tristes.

Las cejas eran rubias y delicadas. Los ojos, en cuyo fondo lucía una violeta azul, místicos y ardientes como preces.

Movida por la presencia del peregrino, se levantó del suelo.

El peregrino se detuvo echando bendiciones desde el camino.

Luego se acercó.

La pastora y el peregrino se saludaron con cristiana humildad.

—¡Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento!

—¡Bendito y alabado él sea, hermano!

El peregrino preguntó a la zagala con la plañidera solemnidad de los pordioseros, si por acaso servía en la torre.

Ella, con harta prolijidad, pero sin alzar la cabeza, contestó que era la rapaza del ganado, y que servía allí por la comida y el vestido.

La voz de la pastora era monótona y cantarina.

Hablaba el gallego arcaico, casi visigodo de la montaña.

El peregrino parecía de luengas tierras. Tras una pausa renovó el pregunteo:

—¿Quería saber, alma del Señor, si los amos de la torre eran gente cristiana, capaz de dar hospitalidad a un triste pecador que iba en peregrinación a Santiago de Galicia?

Ádega murmuró levantando los ojos:

—¡Jesús! ¡Como cristianos son, sí, señor!

Se interrumpió para acuciar las vacas, que, paradas de través en el sendero, alargaban el yugo sobre los tojos buscando brotes nuevos.

No anudó ninguno de los dos la conversación y en silencio continuaron hasta las puertas de la torre.

Mientras la pastora encerraba el ganado y prevenía en los pesebres recado de húmeda y olorosa yerba, el peregrino salmodiaba padre nuestros ante la gran puerta de la torre que permanecía cerrada.

Ádega, cada vez que entraba o salía en los establos, se paraba a contemplarle.

El sayal andrajoso del peregrino encendía en su corazón la llama de cristianos sentimientos.

El peregrino salmodiaba ante el portalón de la torre:

—¡Buenas almas del Señor, haced al pobre peregrino un bien de caridad! ¡La Santísima Virgen María y el Apóstol Bendito os conserven la amable vida y salud en el mundo para ganarlo! Dios os dé qué dar y qué tener, salud y suerte en el mundo para ganarlo. ¡Buenas almas del Señor, haced al pobre peregrino un bien de caridad!

Apoyó la frente en el bordón, y la guedeja negra, polvorienta y sombría cayó sobre su faz.

Una criada vieja asomó en lo alto de una ventana:

—¡Vaya con Dios, hermano!

La vieja llevaba la rueca en la cintura, y sus dedos de momia daban vueltas al huso.

El peregrino levantó la frente, voluntariosa y ceñuda como la de un profeta:

—¿Y a dónde quiere que vaya perdido en el monte?

—A donde le guíe Dios, hermano.

—A que me coman los lobos.

—¡Jesús! No hay lobos.

Y la vieja criada, compadecida del peregrino, añadió a manera de disculpa.

—Mire, hermano, otro día, con grande y cristiana voluntad, se le daría aquí cama y comida y cuanto hubiese menester; pero hoy no es posible.

—¿Por qué?

La criada se quedó confusa. Luego añadió…

—Porque no puede ser…

Y cerró la ventana.

El peregrino se alejó tristemente. La llovizna se había convertido en lluvia

furiosa. Sobre la esclavina del peregrino temblaban las cruces, las medallas, los rosarios de Jerusalén. Las greñas lacias y tristes le acotaban las mejillas… Y por el camino venían montañas de polvo, y en lo alto de los peñascales balaba una cabra negra.

Las nubes iban a congregarse en el horizonte, un horizonte de agua.

Las ovejas volvían al establo.

Apenas turbaban el reposo del campo, aterido por la invernada, las esquilas lentas y soñolientas.

En el fondo de una hondonada verde y umbrosa se veía el santuario de Nuestra Señora, rodeado de nogales centenarios que cabeceaban tristemente.

Sus brazos secos sacudían el agua con estremecimientos llenos de frío.

Semejaban viejos paralíticos abandonados al borde del camino, patriarcas sin prole, desnudos y olvidados.

La pastora llamó en voz baja al peregrino desde la cancela del establo:

—¡Oiga, hermano! ¡Oiga!

Como el peregrino no la escuchaba, se acercó tímidamente:

—¿Quiere dormir en el establo, señor?

El peregrino la miró con ojos de reconocimiento y gratitud.

La pastora, cada vez más compadecida, añadió:

—Mire, el establo de las vacas lo tenemos lleno de lino y podrá descansar a gusto.

El peregrino miró instintivamente a la ventana donde antes asomara la criada, y fue a guarecerse en el establo, andando con paso de lobo.

Ádega le siguió.

Apenas se veía dentro del establo: el aire era tibio y aldeano; sentíase el aliento de las vacas.

El recental, que andaba suelto, se revolvía juguetón entre las patas de la yunta, hocicaba en las ubres y erguía el picaresco testuz dando balidos.

La Marela y la Vermella, graves como dos viejas abadesas, rumiaban la yerba fresca y olorosa, cabeceando sobre los pesebres.

En el fondo del establo había un montón de lino y Ádega condujo al romero de la mano.

Los dos caminaban a tientas.

El mendicante dejose caer sobre el lino, y sin soltar la mano de Ádega pronunció a media voz:

—Ahora falta que venga la vieja que me ha despedido.

—Nunca viene.
—¿Eres tú quien acomoda el ganado?
—Sí, señor.
—¿Duermes en el establo?
—Sí, señor.
Después de una pausa, Ádega, con apagada y religiosa voz, preguntó al romero:
—Ya traerá mucho andado por el mundo, ¿verdad?
—Desde la misma Jerusalén.
—¿Eso deberá ser muy desviado de aquí?…
—¡Más de cien leguas!
—¡Glorioso San Berísimo! ¿Y todo por monte?
—Todo por monte y malos caminos.
—¡Ay, santo!, bien ganado tiene el cielo.
Llena de santo respeto besó el rosario del peregrino. Después interrogó:
—¿Diga, está tocado este rosario en el sepulcro de Nuestro Señor?
—En el sepulcro de Nuestro Señor y en el de los doce Apóstoles.
Ádega volvió a verlo.
Entonces el peregrino, con ademán pontifical, le colgó el rosario al cuello:
—Guárdalo, rapaza.
En aquel momento se oyeron gritos y lamentos desgarradores que parecían salir del centro de la torre.
El peregrino se puso vivamente en pie y salió fuera del establo.
Los gritos y los lamentos se oían cada vez más distintos.
La luna iluminaba la negra silueta de la torre que se erguía solitaria y siniestra. Guardadora de un medroso misterio.
El peregrino y la pastora, detenidos en el umbral del establo, escuchaban con pavorosa sorpresa.
El viento silbaba lúgubremente sobre sus cabezas.
De entre los muros de la torre salían aquellos lamentos de alma en pena, aquellos gritos de prisionera martirizada.
El peregrino interrogó a la pastora:
—¿Se oyen esos gritos frecuentemente?
Ádega repuso temblando:
—No señor, es la primera vez.
El peregrino murmuró una oración en voz baja. Terminado su rezo se volvió

a la pastora misteriosamente:

—¡Rapaza, ahí matan a alguno!

Ádega juntó las manos con espanto:

—¡Dios nos libre, señor!

—Sí que lo matan, y es a una mujer.

Se oyó un nuevo grito más desgarrador y penetrante, y luego todo quedó en silencio.

Ádega y el peregrino permanecían en el umbral del establo, sin atreverse ni a moverse ni a hablar.

El mastín ladraba en medio del corral con lúgubre ladrido.

El cielo estaba tan lóbrego y tenebroso como la tierra.

Las densas nubes que corrían velozmente, impulsadas por el violento huracán, parecían un océano invertido que amenazase al mundo con nuevo diluvio.

Nada hay tan terrible como un grito, un gemido, un ¡ay! que suena en medio de las tinieblas. Cuando la vista no puede calcular el peligro, parece como que este crece, y entonces la imaginación aterrada traspone todos los límites de lo posible.

Tal era la situación en que el peregrino y la pastora se encontraban.

Pasado algún tiempo, vieron con asombro y miedo, a la luz de un relámpago, que la gran puerta de la torre se abría sigilosamente y un bulto de mujer o de hombre —que la obscuridad no permitía distinguir tanto— apresurado atravesaba el corral, descorría el cerrojo de la cancela y se alejaba por el camino que conducía al molino.

¿Quién era aquel bulto?

¿A dónde iba?

¡Quizá lo sepamos muy pronto!

¡Quizá no lo sepamos jamás!

* * *

El peregrino no quiso permanecer más tiempo en aquellos lugares y se despidió de la pastora que, aterida de frío y de miedo, quedose acurrucada en la puerta del establo.

El peregrino caminaba a tientas, cegado por la lluvia y el viento.

Empezó a nevar y los blancos copos caían constelando su esclavina.

Las ramas de los árboles, desprovistas de hojas, gemían lúgubremente, y los blancos copos entregábanse a locas danzas.

A pesar de la turbación que experimentaba y de la situación de su ánimo, el peregrino caminaba de prisa, sin dejar de rezar.

¿Qué iba a ser de él si se extraviaba y andaba errante toda la noche?

Quiso explorar el horizonte con la mirada, pero los torbellinos de nieve impedían ver los objetos a tres pasos de distancia.

Irresoluto y sin saber qué hacer, se detuvo en medio del camino golpeándose las manos para establecer en ellas la circulación, porque a pesar de la rapidez de su marcha el frío le entorpecía los miembros y le picaba la cara.

De pronto y a muy poca distancia, oyó un gemido que le heló la sangre en las venas.

No era sin embargo el alarido desgarrador que había oído momentos antes al pie de la torre; era un gemido apagado, mortecino, más bien de niño que de mujer.

Al mismo tiempo, una forma sombría desgarró bruscamente la cortina de niebla, y pasó a su lado con la rapidez del viento, pero tuvo tiempo suficiente para reconocerla.

¡Era la vieja criada que le había negado hospedaje en la torre!

El terror y la sorpresa hicieron que el peregrino se detuviese un momento en medio del camino.

La mujer desapareció en la obscuridad.

El peregrino se rehízo y se lanzó en su seguimiento.

Pronto consiguió alguna ventaja.

A pesar de la obscuridad de la noche, ya distinguía su sombra, que adquiría entre la niebla aspecto de fantasma.

Iba a alcanzarla, cuando tropezó con una piedra y cayó anhelante y aturdido, pasándose algunos minutos antes de que pudiese levantarse.

La ventaja que esto proporcionó a la mujer hizo imposible la pudiese alcanzar. La sombra huía.

¿A dónde iba?

¡Quizá no lo sabía ella misma!

El peregrino experimentaba ese terror de lo desconocido que lleva en sí la noche.

El peregrino se contemplaba solo, completamente solo, perdido en un

camino triste y siniestro, sin saber a dónde ir.

De pronto vio una luz que brillaba entre los árboles y parecía indicar que allí existía una casa.

Guiándose por ella, llegó a un gran raso de césped atravesado por dos caminos, uno de ruedas y otro de herradura.

En la encrucijada de los dos se levantaba una gran casa con cobertizos y aspecto de venta o de mesón.

El peregrino llamó en la puerta con el hierro de su bordón.

No abrían, y volvió a llamar.

Entonces se abrió la puerta, y un hombre que llevaba un candil en la mano asomó en el umbral.

El peregrino suplicó:

—¡Considere la noche que hace, hermano, y la situación en que me encuentro! Deme hospedaje por esta noche.

El hombre levantó el candil hasta iluminar el rostro del peregrino y contestó:

—Entre.

Entró el peregrino y la puerta de la venta se cerró tras él.

Capítulo IX

En la venta

Un buen fuego de sarmientos y encina ardía en el hogar iluminando con calientes tonos rojizos la anchurosa cocina de la venta.

Del techo, cruzado por largas vigas negruzcas, colgaba un candil de esos de cocina, que aun cuando daba más humo que luz, servía lo bastante a un grupo de arrieros que jugaban a los naipes en un rincón.

El ventero y la ventera —dos figuras secas y avellanadas— conversaban al amor de la lumbre con el resto de sus huéspedes, que se componía a la sazón de un famoso cacique electoral, un tratante en ganado, y el cabo de la Guardia civil y algunos otros de menor categoría y representación social.

Era víspera de feria, y con este motivo había más gente que de ordinario en la venta.

Un viejo aldeano que se calentaba al pie del fuego, preguntó a la ventera:

—Oiga, comadre, ¿sabe cómo sigue la condesita?

—¿La de la torre de Bradamín? No sé.

Y añadió después de un momento:

—Creo que han llamado a la saludadora de Céltigos…

El ventero añadió:

—Hace un mes que está viviendo en la torre.

Intervino el cacique electoral:

—Bueno, pero eso es una caridad de la señora Condesa; no hay que darle otro alcance.

El cabo de la Guardia civil fue de la misma opinión:

—Claro está. Una caridad de esa señora. Por lo demás, como la saludadora es una loca, les ha dicho que en la torre hay un duende, y ha sacado en consecuencia que ese duende es un gato negro que se presenta allí de vez en cuando.

El cacique asintió moviendo la cabeza:

—¡Parece mentira que todavía haya quien crea en semejantes brujerías!

Se levantó un coro de protestas:

—¡No son brujerías! ¡No diga eso!… El duende se presenta muchas veces en las casas…

El cacique y el guardia civil se reían guiñándose un ojo.

El guardia civil dijo liando un cigarro:

—Aquí podrá encontrarse quien no crea en Dios, pero en el trasgo, imposible. Mi mujer tuvo una criada que, cuando se quemaba un guiso o echaba mucha sal al puchero, decía que había sido el trasgo, y mientras mi mujer le regañaba por su descuido, ella decía que estaba oyendo al trasgo que se reía en un rincón.

El cabo de la Guardia civil terminó su relato con una carcajada.

El ventero le dijo a modo de consejo:

—¡No se burle! ¡No se burle!

Y muy convencido, empezó a hacer una larga y erudita enumeración de los trasgos:

—Los hay de todas clases. Unos son buenos y llevan a casa el trigo y el maíz que roban en los graneros; otros son perversos y desentierran cadáveres de niños en los cementerios; otros son burlones y se beben botellas de vino en la despensa o quitan las tajadas del puchero, sustituyéndolas con piedras…

El cabo de la Guardia civil no le dejó continuar:

—¡Calle, hombre! ¡Calle! No diga disparates. En eso de los trasgos sucede como en todo. Se le pregunta a uno: —¿Usted lo vio?—. Y dicen: —Yo, no; pero el hijo de la tía Fulana, que estaba de pastor en tal parte, sí que lo vio—. Y resulta que todos aseguran una cosa que nadie ha visto.

—¡Quizá sea eso mucho decir, señor!…

La voz del que así había hablado era humilde: parecía llena de mansedumbre y de respeto.

Todos se volvieron a ver quién hablaba.

Era el peregrino, que silencioso hasta entonces estaba mascullando rezos en un rincón.

La ventera preguntó con curiosidad:

—Pues qué, ¿usted ha visto trasgos de esos?

El peregrino contestó:

—Sí, los he visto.

—¿Y cómo fue? Cuente.

El peregrino se levantó y dijo acercándose a la lumbre:

—Pues verán ustedes. Había salido por la tarde de un pueblo, y me había

obscurecido en el camino. El paraje infundía respeto. Yo era la primera vez que viajaba por esta parte de la montaña de Galicia, y la verdad, tenía miedo. Estaba muy cansado de tanto andar, pero no me atrevía a detenerme. Me daba el corazón que por los sitios que recorría no estaba seguro.

El peregrino inclinó la frente, y guardó silencio durante algún tiempo.

Después, con una profunda impresión de terror en la voz, refirió cuanto le había ocurrido aquella noche hasta llegar a la venta.

Para él, los gritos oídos al pie de la torre de Bradamín eran cosa del trasgo.

Una vieja que había oído atentamente la relación del peregrino dijo entonces con profundo convencimiento:

—Que en la torre de Bradamín hay un trasgo, no tiene duda ninguna. Esta tarde, ya anochecido, pasé yo por allí. De repente, sin saber de dónde ni cómo, veo a mi lado un perro encanijado, todo de un mismo color obscuro, que se pone a seguirme. ¿De dónde puede haber salido este animal tan feo? Me dije entre mí. Seguí adelante, ¡hala!, ¡hala!, y el perro detrás, primero gruñendo y luego aullando, aunque por lo bajo. La verdad, los aullidos de los perros no me gustan. Para librarme de aquella compañía pensé tirarle un cantazo; pero cuando me bajaba para agarrar uno del camino, una ráfaga de viento me llenó los ojos de tierra y me cegó por completo. Al mismo tiempo el condenado perro empezó a reírse detrás de mí; desde entonces ya no pude hacer cosa a derechas; tropecé, me caí, rodé por una cuesta, y el perro ríe que ríe a mi lado. Yo empecé a rezar y me encomendé a San Rafael, abogado de toda necesidad, y San Rafael me sacó de aquellos parajes y guio hasta aquí. Al salir de las inmediaciones de la torre, el perro ya no me siguió y se quedó detrás ladrando con furia.

La ventera preguntó en voz baja:

—¿El perro se ha quedado aullando delante de la torre?

—Sí, delante de la torre…

—Era el trasgo que anunciaba la muerte.

Algunas voces interrogaron:

—¿La muerte de quién?

—De la condesita… Está muy enferma. A la media tarde pasó por aquí un criado, entró a tomar un vaso y dijo que iba en busca del médico.

Siguieron hablando y a poco llamaron a la puerta.

Abrió el ventero y entró el médico con un criado que traía un farol.

Todos preguntaron:

—¿Y la condesita, señor médico?

El médico respondió al mismo tiempo que se despojaba de su capote, completamente empapado por la lluvia:

—¡Pobrecilla! ¡Ha muerto!

Hubo entonces en todos los presentes un movimiento de superstición y asombro.

La ventera cogió un palo, y marcó en el suelo delante de la puerta una figura como la de los ochavos morunos, una estrella de cinco puntas.

Después se volvió hacia los que estaban agrupados en torno del hogar.

—Es para librarse de los trasgos.

Todos mostraron asentimiento con grave cabeceo.

El médico, después de beberse un vaso de vino y pedir un paraguas que el ventero le trajo presuroso, se despidió y salió, siempre acompañado por el criado que llevaba el farol.

Ya había amanecido cuando se oyeron apagados quejidos que parecían salir del pajar.

Las buenas gentes que se hallaban en la cocina de la venta prestaron oído y atendieron con zozobra.

Eran balidos tristes, que de tiempo en tiempo dejaban de oírse.

Algunos huéspedes hacían comentarios en voz baja.

El peregrino se santiguó devotamente. Después, volviéndose al concurso, dijo con voz trémula y apagada:

—¡Han de saber que esos son los mismos quejidos que yo he oído en el camino!…

Todos los ojos se alzaron para mirarle.

El peregrino repitió:

—¡Son los mismos que oí de noche, bajo la tormenta!…

El cabo de la Guardia civil le interrumpió:

—¡Ahora vamos a verlo, buen hombre!

Apuró el último sorbo que tenía en su vaso y se puso en pie arrogantemente.

Algunas voces susurraron con susto:

—¡No vaya! ¡No vaya!

El cabo de la Guardia civil sonrió desdeñosamente, y salió de la cocina.

La ventera, que era una mujer resuelta para todo, le siguió. Cundió con esto el ejemplo, y se aventuraron algunas otras personas en aquella empresa que se les imaginaba arriesgada y heroica.

En el pajar los balidos se percibían claros, distintos.

El ser que los lanzaba, no cabía duda que se hallaba allí oculto.

La ventera exploraba los rincones ayudada de un farol que arrojaba sobre el muro movibles manchas de claridad y sombra.

De pronto la buena mujer lanzó un grito; pero aquel grito más fue de sorpresa que de espanto.

Puso el farol en el suelo y levantó en brazos un bulto que yacía sobre la paja.

¡Era un niño recién nacido!

Todos rodearon a la ventera.

En torno del recién nacido se levantó un coro de murmullos placenteros y curiosos.

Como en triunfo, le condujeron a la cocina.

La ventera se sentó en un banco de roble cerca del hogar, porque el niño parecía hallarse aterido.

Dos mujeres, que por casualidad se encontraban en la venta, hablaban ya de prohijarle.

Con los rostros resplandecientes de curiosidad se inclinaban sobre el recién nacido, que la ventera había empezado a desnudar.

Era un niño varón. Al parecer solo contaba algunas horas.

Estaba envuelto en pañales de batista.

En el fajador traía metido un papel doblado en cuatro dobleces.

La ventera, que no sabía leer, se lo alargó al cabo de la Guardia civil.

El papel decía así:

«Este niño se halla bautizado con agua de socorro. Se le ha puesto Víctor».

Las mujeres preguntaron:

—¿No dice más?

—Nada más.

Se hicieron mil diferentes comentarios.

Sobre todo la riqueza de los pañales fue motivo de grandes controversias.

El niño Víctor empezó a llorar de nuevo y hubo que pensar en darle algún alimento.

Se trajo leche recién ordeñada, que el niño gustó con afán.

Después, la ventera acabó de fajarle.

Le envolvió bien en su pañolón de lana y meciéndole amorosamente acabó por dormirle.

Iba a dejarle sobre el banco de roble para acudir a servir a unos arrieros que acababan de llegar en tropel, cuando asomó en la puerta de la venta la noble

figura de un anciano sacerdote.

Era el cura párroco de San Juan de Bradamín, que volvía de decir misa y entraba allí con el pretexto de guarecerse del nublado.

El eclesiástico contestó con afable sonrisa al saludo de todos y dirigió en torno una mirada curiosa, inquiridora.

Sus ojos se detuvieron en el niño dormido sobre el banco.

—Me han dicho que esta madrugada os habéis encontrado un tesoro en el pajar.

Y con un gesto lleno de bondad señalaba al pequeño Víctor.

Se acercó a la improvisada cuna del niño y lo tomó en brazos.

Le contempló largo rato con expresión de lástima y de ternura.

—¡Válgame Dios! Pobre criatura…

Se volvió a la ventera interrogando:

—¿Y tú qué piensas hacer con este pobre niño, María Rosa?

La ventera repuso con un arranque generoso, saltándosele las lágrimas:

—¿Qué pienso hacer? ¡Criarle como a hijo propio! Ser su madre.

El cura aprobó:

—Haces bien, María Rosa. Eres una buena mujer…

Y después de una pausa continuó, dirigiéndose a todos en general:

A vuestro lado, como al mío, este niño nunca podrá ser más que un pobrecillo. ¿Qué podemos hacer nosotros por él? ¡Nada!… Conservarle la vida. ¡Y eso es tan poco!

La ventera preguntó con asombro:

—¿Qué está diciendo, señor cura? ¿Porque seamos pobres, vamos a echarlo a la inclusa?

El sacerdote sonrió bondadosamente.

—Todo lo contrario, María Rosa. Lo que yo he querido decir es que ese pobre niño estaría mejor que a tu lado, al lado de una persona que pudiese darle tanto cariño como tú y muchas más comodidades.

María Rosa interrogó celosa e incrédula a la par:

—¿Y dónde está esa persona, señor cura?

El cura hizo como si reflexionase un momento; después respondió:

—Mujer, dónde está, no sé… ¿Pero no te parece que podría ser la señora Condesa de Porta-Dei?

—¿La de la torre de Bradamín?

—La misma. Es una señora toda caridad. ¡Tú bien lo sabes! Digo, todos lo

sabéis…

Hubo un coro de exclamaciones laudatorias:

—¡Sí, señor!…

—¡Una santa!

—¡La madre de los pobres!

—¡Dios la bendiga!

—¡El Señor le dé mucha salud!

—¡Cien años viva, amén!

—¡Dios Nuestro Señor conserve siempre su casa tan alta como ahora la vemos!

—¡Y le dé fuerzas para llevar con paciencia la muerte de la condesita!…

Cuando se hizo el silencio, la ventera arguyó:

—Ahora, dígame una cosa el señor cura. ¿Sabe si la señora Condesa querrá amparar a este pobre niño?

El cura repuso con calurosa convicción:

—Seguro, seguro…

Pero se interrumpió de pronto, y procurando dar cierta frialdad a sus palabras, continuó:

—Yo, ya comprenderéis que nada sé de cierto… Hablo únicamente por lo que conozco de los sentimientos de esa señora. Pero, en fin, en cuanto haya ocasión yo la hablaré… Vio que María Rosa se enjugaba los ojos, y añadió con bondad:

—No te disgustes, mujer; para ti era una carga muy pesada. ¡No lo sabes bien!

María Rosa, estrechando al niño contra su pecho, murmuró:

—¡Bien sabe Dios que lo hago solo por el bien de este ángel!

Capítulo X

Manuscrito de Víctor

EL juzgado se apoderó de los papeles de Víctor Rey en un registro practicado en su domicilio.

Entre los papeles había un gran cuaderno manuscrito.

Era un diario de su vida.

He aquí algunos fragmentos:

Me desperté en un lecho blanco y tibio, y advertí en tomo mío en la alcoba, ricos cortinajes y muebles antiguos.

La media luz que se filtraba entre las cortinas, daba a todos los objetos un aire fantástico y misterioso.

¿Estaba soñando todavía?

No, era la realidad; y aquella alcoba suntuosa aumentaba el sentimiento de mi abandono.

Yo era un huérfano y estaba solo en una casa extraña.

Por primera vez, eché de menos la pobre casa en que me crie. ¡La humilde aldeana que me sirvió de nodriza!

El mobiliario de roble del palacio de la Condesa no podía hacerme olvidar el viejo banco y las dos sillas cojas, familiares a mi primera infancia.

Pronto me hallé restablecido, y pude hacer conocimiento con el palacio y con mi madrina, la Condesa de Porta-Dei, a quien no conocía.

Solo una vez la había visto anteriormente, cuando enfermo, casi moribundo me habían trasladado de la aldea de Bradamín a su palacio de Compostela.

En mi delirio creo que también la había visto, pero no puedo asegurarlo.

Ahora, en mi recuerdo, la fisonomía dulce y grave de la Condesa, se me aparecía con gran intensidad.

Desde los primeros días, traté de familiarizarme con las gentes del palacio.

Todo allí me parecía extraordinario.

Si cierro los ojos, creo ver aquellas habitaciones inmensas y suntuosas, las salas tan largas que yo tenía miedo de atravesar temeroso de perderme en ellas.

Yo no estaba curado todavía y mi estado de espíritu era como aquellas habitaciones, solemnemente triste.

Una angustia desconocida llenaba mi corazón de niño.

A veces me detenía pasmado delante de un espejo, de un cuadro, de una chimenea antigua o de una imagen que parecía acecharme desde su profunda hornacina, y seguirme con su mirada, que me causaba frío.

Durante mi enfermedad había visto muy pocas personas. Solamente un viejo criado de ojos azules y dulces me hacía compañía.

Yo hubiera querido hablarle, pero me retenía una gran timidez.

El criado era un hombre muy triste, y no me hablaba, sino muy raras veces.

Un día me anunció que iba a tener muy pronto un amigo de mi edad. El señorito Carlos, hijo del primogénito de la Condesa.

Esto fue para mí una alegría muy grande, porque fuera de la Condesa nadie hasta entonces me había demostrado interés en el palacio.

Pero la Condesa vivía muy retirada, y se pasaban muchos días sin que la viese.

Una mañana me vistieron y me peinaron con más cuidado que de costumbre. Me pusieron también un traje nuevo, lo que me pasmó mucho.

Terminados estos preparativos, me condujeron a las habitaciones de la Condesa, que me besó con mucho cariño.

A pesar de este recibimiento, cuando me hacía alguna pregunta la Condesa, yo no sabía responder sino por monosílabos y mi timidez era a cada momento mayor.

En aquel momento yo hubiera dado cualquier cosa por aparecer amable, pero la pena me subía a la garganta. Después de todo, yo era un niño de ocho años.

No podía olvidar a mi pobre nodriza, que me había dejado un día en su casa vacía, para irse hacia la muerte.

Recordaba mi pasado, la vida feliz de la aldea, mis juegos en el granero y bajo la parra: entonces los sollozos me subían a la garganta.

Hubiera querido ocultarme bajo tierra.

¡Empezaba a conocer la vida y deseaba la muerte!

* * *

Cuando la Condesa me despidió, sentí una gran alegría.

Me llevaron a mi alcoba. Tenía fiebre y me dormí.

Mi sueño fue intranquilo, turbado por pesadillas.

Pasé algunos días sin ver a la Condesa. Con la intuición de los niños precoces adivinaba que la Condesa me quena mucho y que, sin embargo, mi presencia la entristecía y hasta le hacía daño.

Yo, en el fondo, me sentía feliz en la soledad. Me gustaba correr por los corredores, y ocultarme en los rincones y detrás de los muebles para observar a las gentes del palacio sin temor a su enojo.

Aquella existencia nueva tenía para mí muchos atractivos, al punto de que luego olvidé la terrible catástrofe que la había precedido.

Pero la idea de que era un huérfano pobre y abandonado me hacía llorar.

Acostumbrado a la vida libre de la aldea, en casa de mi pobre nodriza, la vigilancia del viejo criado de los ojos azules me inquietaba mucho.

No comprendía por qué causa se conducían así conmigo. Me parecía que tenían acerca de mí algún proyecto obscuro.

Mi afán constante era buscar los rincones más apartados del palacio para ocultarme a mi gusto.

Un día llegué hasta una gran escalera de granito, toda alfombrada y adornada con estatuas y jarrones.

Estos paseos solitarios me encantaban sobremanera.

En el piso superior del palacio, sobre la capilla, habitaba Misia Carlota, la Generala. Una anciana tía de la Condesa, que no salía casi nunca de sus habitaciones. Yo creo que ella era la persona más importante del palacio. En sus relaciones con Misia Carlota, todo el mundo observaba un respeto casi temeroso.

La Condesa y otra señora anciana le hacían la tertulia todas la noches.

Era una tertulia silenciosa y triste.

Las señoras de la aristocracia habían hecho un deber el visitar a Misia Carlota, como a la última guardiana de las grandes tradiciones nobiliarias.

Era una reliquia viva del tiempo de los mayorazgos.

Invariablemente vestida con un hábito del Nazareno, Misia Carlota llevaba una cofia de encajes que le daba el aspecto de una noble abadesa.

Como entonces en el palacio no había capellán, Misia Carlota iba a misa a la catedral, regularmente en coche. Fuera de eso, nunca salía del palacio. Recibía a algunos canónigos, leía el Año Cristiano, y hacía calceta.

En las habitaciones que ella ocupaba, reinaba siempre profundo silencio. El menor ruido le era insoportable.

Quince días después de mi llegada al palacio, Misia Carlota la Generala se dignó ordenar que me llevasen a su presencia.

El viejo criado, después de haberme lavado, peinado, rizado y perfumado, quiso enseñarme a saludar y hacer cortesías como un diplomático; pero yo manifesté tanta torpeza, que desistió de su empeño dando un profundo suspiro.

Fui presentado a Misia Carlota.

La encontré sentada en un gran sillón. Era una vieja pequeña, encorvada y rugosa.

Sin hablarme, solamente con la mano, una mano de momia, me hizo seña de que me acercase. Para verme mejor se cabalgó en la nariz sus quevedos con guarnición de concha.

Me pareció que una lágrima temblaba en sus secos párpados.

Mi presencia, a Misia Carlota, como a la Condesa, les causaba pena. Pero yo no podía explicarme por qué causa.

Misia Carlota me hizo algunas preguntas, pero yo le respondí apenas lleno de timidez. Y cuando ella me interrogó sobre mi nodriza me eché a llorar.

Misia Carlota me enjugó las lágrimas y me dijo que tuviese confianza en Dios.

Después me preguntó si rezaba por las noches al acostarme, y cuándo había ido a la iglesia la última vez.

Y como yo la mirase sin comprender; porque mi educación religiosa había sido muy descuidada, Misia Carlota mostró contrariedad y disgusto.

Mandó llamar a la Condesa, y hubo conciliábulo entre ellas. Al fin acordaron que se me llevaría a la iglesia el domingo siguiente.

Misia Carlota me dijo de una manera extraña que rezaría por mí. Después me besó en la frente y ordenó que me llevasen, porque mi presencia le impresionaba mucho.

Me causó mucha extrañeza ver que la Condesa sollozaba y que se cubría los ojos con un pañuelo bordado, que estrechaba nerviosamente entre sus dedos blancos, muy blancos.

Aquella tarde, hallándome solo en uno de los salones, oculté el rostro entre las manos, y permanecí en esta actitud soñando…

Yo pensaba, pensaba… Mi inteligencia de niño no podía comprender la pena que mi presencia causaba en mis dos protectoras.

De pronto una voz dulce murmuró a mi espalda:

—¿Qué tienes, pobrecito mío?

Yo levanté la cabeza. La Condesa estaba allí, a mi lado. Me miraba con un aire doloroso, afectado. Las lágrimas humedecían sus mejillas.

Acariciaba mis cabellos y no cesaba de repetir:

—¡Pobre huerfanito!

Yo me abracé a ella gimiendo.

—¡No, no!… ¡Huerfanito, no!

Así sus manos, y las besé locamente, mojándolas con mis lágrimas… Y continué con voz suplicante:

—¡No, no!… ¡Huerfanito, no!…

—¡Hijo mío! ¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?

—¡Yo quiero una mamá! ¡Yo quiero una mamá!

Y sin poder contenerme caí de rodillas.

La Condesa, toda trémula, me abrazó estrechamente.

—¡Yo soy tu mamá! ¿Quieres que sea tu mamá?

Mi emoción era tan grande, que no pude contestar.

La Condesa me tomó de la mano, y salimos.

La Condesa estaba muy pálida. Bajamos la gran escalera de granito y entramos en una estancia, como yo no había visto otra hasta entonces. Era la capilla del palacio. Estaba obscura. La llama de una lámpara se reflejaba en el altar dorado, y en las coronas de los santos.

Todo era misterioso y solemne.

La Condesa me hizo arrodillar delante de una imagen de la Virgen, y ella se arrodilló a mi lado.

En voz baja me advirtió:

—¡Vas a rezar conmigo!

Pero yo no pude rezar. Tenía miedo.

La Condesa me vio temblar. Tocó mi frente pálida, y me tomó en sus brazos sacándome de allí…

Fue preciso acostarme.

* * *

Volví a estar enfermo. Ya me hallaba convaleciente, cuando una mañana

oigo pronunciar el nombre de mi nodriza. Era la voz de la Condesa. Estaba dando órdenes a su mayordomo para que se dijesen algunas misas por el alma de la pobre aldeana.

Me cubrí la cabeza con las sábanas para apagar mis sollozos, y poco a poco, me quedé dormido. Mi sueño fue turbado por pesadillas.

Me desperté muy tarde.

En mi alcoba todo era obscuridad y silencio.

De nuevo me asaltó el recuerdo del pasado. Toda mi vida transcurrida en la aldea de Bradamín, donde en cruda noche de invierno me dejaron en el pajar de la venta unas manos desconocidas. ¡Quizá las manos de mi madre! Y recordaba los relatos de mi nodriza cuando me hablaba de su noble señor. La Condesa, que en aquel tiempo se hallaba en su torre, apiadada de mi desgracia, fue mi madrina, y me dio a criar… Y luego mi infancia libre, huraña, casi salvaje, en aquella casa de aldeanos, al lado de mi nodriza, que me amaba tiernamente; protegido desde lejos por la Condesa, a quien no había visto nunca hasta la noche en que murió la pobre mujer que me criara a su seno. Y después la Condesa que me sacaba de aquella casa, y me llevaba de la mano hasta un carruaje que esperaba en la carretera… Y después mis noches de fiebre y de delirio y mi despertar en el palacio.

¡Qué contraste entre mi vida en la aldea y los esplendores de mi vida en el palacio!

¡Y cómo, sin embargo, echaba de menos aquella!

Un día, en el segundo y último período de mi enfermedad, al abrir los ojos, apercibí la cabeza de un niño inclinado sobre mí. Era un niño de mi edad: su primer movimiento fue tenderme la mano.

Al posar en él la mirada, mi alma tuvo un dulce presentimiento de felicidad. Imaginaos un rostro alegremente bello, de una belleza aristocrática, un rostro ante el cual os detienen confusos, como en éxtasis, reconocido porque existe, porque su mirada se dirige sobre nosotros, o solamente porque él pasa a vuestro lado. Tal era Carlos, el nieto de la Condesa, que llegaba de Madrid.

Carlos sonreía, y mis nervios enfermos eran deliciosamente impresionados. Viéndome despierto llamó a la Condesa, que estaba en la puerta de la alcoba hablando con el médico.

La Condesa llegó apresurada.

Y la Condesa se inclinaba sobre mí, tocándome la frente, y sus hermosos ojos se animaban con luz de esperanza.

Después de un momento, como si hablase consigo misma, murmuró:

—Cómo me has hecho sufrir, hijo mío.

Y añadió con menos vaguedad:

—Aquí tienes a mi nieto Carlos. Es preciso que seáis buenos amigos… Tienes que ponerte pronto bueno.

Mi restablecimiento fue muy rápido.

Al cabo de pocos días ya me levantaba y podía dar algunos paseos por la alcoba.

Todas las mañanas, Carlos se aproximaba a mi lecho sonriente: yo esperaba su llegada como una felicidad.

Hubiese querido abrazarle, pero Carlos era tan vivo que jamás se estaba quieto en un sitio.

Correr, saltar y hacer ruido en toda la casa, parecía serle absolutamente indispensable.

Así fue que desde el primer día me confesó que mi alcoba le aburría mucho, y que vendría a verme pocas veces; pero que en cuanto me pusiese bueno ya sería otra cosa. Y cada mañana su primera pregunta era:

—¿Ya estás bueno? ¿Puedes jugar?

Y viendo mi rostro pálido y mi tímida sonrisa, Carlos fruncía el ceño, y sacudiendo obstinadamente la cabeza, me decía:

—¿Es que no te dan bastante de comer, verdad?

—Sí, me dan poco.

Y me ponía colorado. Empezaba ya entonces a sentirme vergonzoso delante de Carlos.

Deseaba ardientemente serle agradable, medía cada una de las palabras que pronunciaba en su presencia.

Su vista cada día me era más consoladora.

Cuando se hallaba ausente me complacía imaginando largas conversaciones con él.

Yo deseaba ardientemente ponerme bueno lo antes posible como Carlos me recomendaba.

Cuando entraba en mi cuarto por las mañanas, su primera pregunta era siempre la misma:

—¿Cuándo te pones bueno? ¡Aún estás muy pálido!

Yo temblaba como un culpable.

El pasmo de Carlos era mucho al echar de ver que veinte horas no habían

bastado a mi restablecimiento, y acababa por mostrarse seriamente enojado conmigo.

Todas las mañanas, después de enterarse de mi salud, Carlos se sentaba en una silla frente a mi cama, y me miraba con sus ojos negros.

Ya desde el principio, cuando hicimos conocimiento, me miraba con extraño e inocente pasmo.

Yo nunca sabía qué decirle.

Las bruscas preguntas de Carlos me intimidaban sobremanera: Después de un largo silencio, Carlos me decía:

—¿Tú por qué no hablas? ¡Nunca dices nada!…

Yo, feliz por encontrar alguna cosa que decir, le pregunté:

—¿Qué hace tu abuelita?

—¡Nada!… Está buena… Estuvo llorando mucho por ti…

Yo sentía una extraña impresión al oír aquello.

Carlos continuó:

—¿No sabes? ¡Rigol ha querido morderme!

—¿Es un perro?…

—Sí. ¿No lo has visto todavía?

—¡No! ¡Sí! ¡Creo que sí!…

Y como no sabía ya más que decirle, Carlos me miró de nuevo todo pasmado.

—¿Te distrae que hable contigo?

—Sí… ¡Mucho! ¿Por qué no vienes más a menudo?

—Ya vendré, pero es preciso que te levantes pronto… ¿Por qué estás siempre tan callado?

—Por nada.

—¿Es que reflexionas?

—Sí… Es eso…

—A mí me dicen que hablo mucho y que no reflexiono nada. ¿Es que hago mal en hablar?

—¡No! A mí me gusta mucho oírte.

—¿Y tú en qué piensas cuando no hablas?

—En nada…

—¿Piensas en cuando estés bueno?

—Sí.

—¿Entonces querrás jugar conmigo?

—Sí.

—Tienes que comer mucho. Ahora estás muy flaco. Voy a traerte una cosa.

Y Carlos se alejó velozmente.

Después de la comida reapareció muy alegre y sonriente.

—Mira lo que te traigo. Son unos pasteles muy ricos. Para traértelos no he tomado postre. Ahora adiós.

Y otra vez se fue corriendo.

* * *

Al fin el médico me dio permiso para salir de la alcoba.

Entonces mi primera idea fue no separarme de Carlos.

Había algo que me atraía hacia él invenciblemente.

Con gran pasmo por su parte, yo no podía dejar de contemplarle.

Mi simpatía por él era tan calurosa, y me absorbía tanto este sentimiento, que Carlos no podía comprenderlo, y le parecía muy extraño.

Me acuerdo que una vez, estando jugando, no pude dominarme y le abracé.

Carlos me preguntó muy sorprendido:

—¿Por qué me abrazas?

Yo no supe qué responder. Me quedé confuso como un culpable.

Carlos alzó los hombros en signo de perplejidad profunda.

Después cesó de jugar y fue a sentarse en un ángulo del diván, reflexionando y como queriendo resolver una nueva duda que surgía en su espíritu.

Era su costumbre cuando alguna cosa le preocupaba.

A mí me costaba mucho trabajo habituarme a las bruscas manifestaciones del carácter de Carlos.

¿Por qué no podía yo ser todo de seguida su amigo íntimo?

¡Y sin embargo, a pesar de mi deseo, no podía!…

Algunos días más tarde, pude comprobar que Carlos, no solo no me quería, sino que experimentaba por mí una especie de repulsión.

Todo en Carlos era súbito, y aun pudiera decirse brutal, si los movimientos de su carácter justo, espontáneo, de una sinceridad ingenua, no le diesen cierta gracia noble.

Yo creo que si Carlos me despreciaba era porque no sabía jugar con él a ningún juego.

A Carlos le gustaba divertirse y correr: era fuerte y ágil, mientras que yo era todo lo contrario. Débil todavía de resultas de mi enfermedad, calmoso y pensativo, el jugar no me divertía.

Todo me faltaba para serle agradable a Carlos.

Además, la idea de serle desagradable me era muy doloroso, y cada vez iba en aumento mi timidez.

Ni siquiera me quedaba ánimo para enmendar mi falta y modificar la mala impresión que había producido.

Me sentía perdido enteramente.

Carlos no podía comprenderlo; pero como yo no ocultaba mi pena, hasta el punto de que las lágrimas arrasaban mis ojos, me miró pensativo dos o tres veces sin decirme nada y se puso a jugar solo…

En muchos días no volvió a decirme que jugase con él ni a dirigirme la palabra.

Este desdén me era insoportable.

Me vi más solo que nunca.

La tristeza volvió a enseñorearse de mí.

Los pensamientos negros ensombrecieron nuevamente mi alma.

* * *

Aquí terminaba el cuaderno de las memorias de Víctor. Don Máximo Baroja creyó que entre los papeles del procesado quizá pudiera hallarse la continuación, y juzgándolo de interés para la causa, ordenó al inspector Bargiela que hiciese en ellos un nuevo y más detenido registro.

Capítulo XI

Vacilaciones

DESPUÉS de muchas declaraciones, y de muchas hojas de papel añadidas a la causa, don Máximo Baroja empezaba a perder toda esperanza de hallar al autor del doble asesinato de Madrid Moderno.

Hasta entonces, había confiado en que la criada herida pudiese hablar; pero los médicos forenses mandados por el juzgado al hospital para informar acerca del estado de la víctima acababan de emitir una opinión muy grave respecto a las facultades mentales de la infortunada criada de los señores de Neira.

En opinión de los médicos, la mujer herida estaba loca.

El miedo experimentado al verse en presencia del asesino había alterado su razón.

A pesar de todo, don Máximo Baroja hubiera intentado un careo entre la criada y Víctor Rey, a quien Carlota Neira denunciara como sospechoso, pero los médicos se negaron a autorizarlo.

En aquellas circunstancias, el careo podía determinar la muerte de la criada herida.

El juez, a pesar suyo, tuvo que conformarse por entonces con el dictamen facultativo, y esperar a que la enferma estuviese fuera de peligro.

Durante aquellos días de forzada inactividad, don Máximo Baroja acabó de formar su opinión acerca del crimen y de sus autores.

En concepto del juez, el autor del espantoso asesinato no podía ser Víctor Rey.

Nada, ni en su actitud ni en su porte le indicaban como autor probable. Un segundo interrogatorio a que sometiera al acusado confirmara al juez en esta opinión. A las preguntas que le dirigiera, había respondido con seguridad y calma, sin perturbación, sin timidez, sin susto.

Aquel pobre diablo medio loco no parecía capaz de planear, de premeditar, de ejecutar un crimen de tanta crueldad y audacia. Para aquello se necesitaban asesinos veteranos y diestros, doctorados en la cátedra del presidio.

Víctor Rey, en opinión del juez, era absurdo como hipótesis criminal. Fiel a

la escuela criminalista italiana, para don Máximo Baroja el asesino es un tipo de degeneración, y tiene un tipo antropológico, y el juez buscaba ese tipo.

No lo encontraba, y era forzoso encontrarlo.

¿Dónde?

Todos los días la policía practicaba registros y detenía sospechosos, pero el sumario no por eso adelantaba un paso. Los detenidos, una vez interrogados, acababan por explicarse en forma tan satisfactoria para ellos, cuanto desesperante para el juez.

Se habían transmitido órdenes a las autoridades de provincias, pero como no era posible transmitirles también indicaciones sobre la identidad del criminal, todos los esfuerzos resultaban infructuosos.

La opinión comenzaba a preocuparse con el asunto.

Los periódicos se extrañaban en largos artículos que la policía no hubiese aún conseguido la captura de los criminales, porque entre la prensa había arraigado la especie de que se trataba de una cuadrilla de criminales admirablemente organizada.

Y así estaban las cosas, cuando el juzgado tuvo una confidencia anónima, en la cual se acusaba a la portera de la casa del crimen.

Don Máximo Baroja decidió interrogarla de nuevo, y ampliar los informes que tenía acerca de ella; aun cuando el juez sabía por experiencia lo poco que puede fiarse de las delaciones anónimas, inspiradas frecuentemente en el rencor de un enemigo cobarde.

Con esta delación, coincidió la declaración de un cochero de punto que, puesto al corriente del crimen por los periódicos, había ido espontáneamente al juzgado, donde manifestó que el mismo día del crimen, a las seis de la tarde, había conducido a un hombre de extraño aspecto desde la estatua del general Espartero hasta la entrada de la calle de Castelar, donde el hombre se apeó, diciéndole al pagarle la carrera:

—Le despido a usted porque los coches cuestan muy caros cuando se sale del radio, y eso que todavía tengo que andar bastante.

El cochero no hubiera dado ninguna importancia a semejantes frases, ni se hubiera vuelto a acordar de ellas, si al poco tiempo no se le presentase ocasión de comprobar que eran falsas.

En efecto, como se detuvo a echar un vaso en la taberna más próxima, en el acto de subir al pescante vio que el individuo a quien había conducido, entraba apresuradamente en una casa de la misma calle de Castelar.

¡Aquella casa fue más tarde la casa del crimen!

Las señas dadas por el cochero no convenían en ningún punto con las de Víctor Rey.

Dos consecuencias podían derivarse de esto.

Que Víctor Rey no era culpable.

Que Víctor Rey había tenido un cómplice.

De la primera opinión era don Máximo Batoja; de la segunda, el inspector Bargiela.

Esta diversidad de opiniones, lejos de embrollar los asuntos, suele ser de gran utilidad para el descubrimiento de los asesinos, porque impide que se siga una sola pista.

Eran apenas las diez de la mañana, y ya don Máximo Baroja estaba en su despacho ojeando los últimos pliegos del sumario y comentando con el inspector las declaraciones más importantes:

—Estamos aún muy distantes de tener al asesino, amigo Bargiela. No sabemos su nombre ni quién es, pero ya conocemos su fisonomía. ¿Ha enviado usted telegramas reservados a los puertos de embarque, y las provincias fronterizas?

—Sí, señor. Por más que no me fío mucho de la eficacia de esas medidas tratándose de un retrato tan incompleto. Además, apostaría a que ese hombre no se ha movido de Madrid. No se combina tan pronto un negocio para emprender inmediatamente la fuga. No se expone nadie a ser detenido en los caminos, donde es necesario caminar siempre con la cara descubierta, cuando se puede ocultar cómodamente en los muchos rincones que por desgracia tiene Madrid.

—Soy también de esa opinión, amigo Bargiela; pero hay ejemplos de haber urdido un asesino con gran habilidad un crimen, y perder la cabeza en el momento en que más falta le hacía la tranquilidad. Pero observo que solo nos fijamos en un individuo, siendo así que cada vez me afirmo más en la creencia de que existe otro cómplice.

—También he adquirido noticias de él. Un vecino de Madrid Moderno que regresaba a su casa hacia las seis de la tarde se encontró a la portera de la casa del crimen, al principio de la calle de Castelar. Vio que iba seguida de un individuo que más tarde la habló, desapareciendo ambos en el portal de la casa.

—¿Y qué deduce usted de eso?

—Que aquel es el cómplice, y que debió ser el encargado de recibir de manos de la portera la llave del piso que habitaba la señora de Neira. Porque el

señor juez recordará que la portera, en su primera declaración, ha dicho que poseía dobles llaves de todos los pisos.

—Cabalmente: ¿pero no podría ser que ese hombre se apoderase de la llave, bien por engaños, o bien robándosela a la portera del lugar en que la guardaba? He ahí lo que tenemos que averiguar, amigo Bargiela.

El inspector reflexionó un momento:

—Mi opinión, señor juez, es que la portera es culpable, cuando menos como encubridora.

Don Máximo Batoja asintió con la cabeza:

—Esa es también mi opinión; pero ahora necesitamos hechos que lo confirmen.

—Los tendremos, señor juez. Yo me encargo de ello.

El juez sonrió:

—Y yo confío en usted, amigo Bargiela.

Después, cambiando de tono, añadió:

—¿Tiene usted las señas exactas del individuo que acompañaba a la portera?

—Exactas, no, pero es un hombre de unos sesenta años, alto y fuerte a pesar de su edad, con el pelo blanco y los ojos negros y muy vivos. Lleva toda la barba, y su traje se componía de blusa blanca de albañil, pantalón de pana y boina azul.

Don Máximo Baroja, que había escuchado atentamente, interrogó:

—La portera está sujeta a una escrupulosa vigilancia, ¿no es verdad?

—Sí, señor. He puesto de vigilante a un agente vestido de paisano.

—¿Es hombre hábil?

—Mucho.

—¿Dispone usted de algún otro agente bastante inteligente?

—Sí, señor.

—Pues he aquí de qué se trata. Paca la Gallarda, mujer de malos antecedentes penales, gasta y triunfa, sin que se sepa de dónde le viene el dinero. Esa mujer es actualmente la amante de Víctor Rey. ¿No podía ser la instigadora del crimen?

El inspector daba tormento a su bigote.

—Podría serlo… Cosas iguales hemos visto.

—Veo que participa usted de mis sospechas.

—Ya sabe el señor juez que desde el primer día que hablamos de eso… Pero a pesar de todos mis esfuerzos, preciso es confesar que nos faltan indicios.

El juez interrumpió:

—¡No tan en absoluto! ¡No tan en absoluto! Y si no, establezcamos la verdadera situación de las cosas. Un hombre se introduce en la casa de los señores de Neira para robar y matar, según hemos podido deducir de la inspección ocular que el juzgado hizo en el lugar del suceso. Ahora bien, ¿ese hombre es el mismo que se hizo conducir en coche hasta la entrada de la calle de Castelar? Yo creo que sí, y de ese hombre es de quien debemos ocuparnos sin descanso. ¿Es Víctor Rey el hombre del coche? ¿Es un cómplice suyo? El misterio está ahí, amigo Bargiela, y para descubrirle cuento con usted.

El inspector asintió con un movimiento de cabeza.

Don Máximo Baroja añadió sonriendo:

—Cuento con usted, y con la casualidad también, que es preciso reconocer nos sirve muy a menudo.

El inspector Bargiela repuso gravemente:

—Así lo reconozco, señor juez.

Don Máximo Baroja continuó:

—Estos son los únicos indicios materiales que poseemos; pero nos restan algunos de un orden moral, los cuales no dejan de tener importancia. Todo hace creer que la portera ha entregado su llave para que los criminales pudiesen penetrar en la casa. ¿La ha dado, o se la han quitado? Lo ignoro; pero como al día siguiente obraba la llave en su poder, es lógico opinar que está en relaciones con el asesino, y que en un momento convenido se vieron para hacerle entrega de ella.

El inspector Bargiela, que oía atentamente, dijo entonces:

—Todo eso se sabrá, señor juez.

—Así lo espero. Pasemos ahora a esa Paca la Gallarda. Sus antecedentes, y más que nada nuestra imaginación, nos la designan como la instigadora del crimen. No la perdamos pues de vista. Si hay un cómplice, como suponemos, ese hombre, después de la prisión de Víctor, procurará avistarse con la Paca; si conseguimos sorprenderle cerca de ella, todos habrán caído en la red. Tratemos todos con la mayor actividad y celo de buscar a los criminales, y pongámonos de acuerdo cuantas veces haga falta, así como nos comunicaremos recíprocamente cuantas noticias recibamos acerca de tan triste asunto.

En el momento que se disponía a retirarse, el inspector Bargiela se volvió y dijo al juez:

—¿De modo que a la portera de la casa del crimen, lo mismo que a Paca la

Gallarda, debemos ponerle guardias de vista?

—Sí, amigo Bargiela; y cuide usted de elegir para esa misión a los dos agentes más inteligentes de que disponga.

* * *

Muchos días, y aun semanas, habían transcurrido desde que ocurriera el crimen de Madrid Moderno, y el sumario permanecía estacionado.

Los periódicos hacían con este motivo una terrible campaña contra la policía.

Algunos de ellos acusaban a la llamada justicia histórica, de inactividad y torpeza; y otros daban misteriosas noticias para burlarse de las autoridades.

Don Máximo Baroja, a pesar de tener la conciencia de haber cumplido con su deber, y cierta filosofía aneja a su cargo, comenzaba a inquietarse y a sufrir, pues no adquiría nuevos detalles.

El proceso se hacía cada vez más lento.

En el sumario lo único que existía de alguna importancia eran las declaraciones tomadas a los testigos que ya conocemos.

Las sospechas que el juez había tenido un día acerca de Paca la Gallarda habían desaparecido, o cuando menos no se habían confirmado.

Los informes del agente encargado de vigilarla le eran en todo favorables.

Paca la Gallarda no había dejado entrever en todo aquel tiempo nada sospechoso en lo que al crimen se refería.

Ningún acto, ninguna palabra que fuese digna por su importancia de figurar en el sumario, que parecía dormido muy a pesar de don Máximo Baroja.

Pero si el sumario dormía, la policía distaba mucho de permanecer inactiva.

El inspector Bargiela ordenaba visitas a todos los sitios sospechosos de Madrid.

En cuanto se tenía noticia de algún individuo que en tales lugares de corrupción se entregaba a gastos exagerados, se le sometía a una estrecha vigilancia.

En provincias, en los grandes centros de población, todos los inspectores de policía tenían encargo de desplegar igual celo e igual actividad.

Pero donde se desplegaba una vigilancia grande, incesante, inteligente y oculta en lo posible era en el barrio de Madrid Moderno.

Tres agentes, con disfraces diversos, recorrían constantemente el trayecto

entre Las Ventas y la calle de Castelar.

Procuraban crearse relaciones en todas las tabernas, y hablaban para hacer hablar.

De este modo supieron que la portera de la casa del crimen, de la cual en un principio habíanse recogido excelentes referencias, tenía en su vida y en sus relaciones algo obscuro y misterioso.

Según se decía, venía sosteniendo relaciones hacía mucho tiempo con un hombre de unos cincuenta años y al parecer albañil, el cual solo de tarde en tarde aparecía por Madrid Moderno.

Estas visitas eran muy largas, y se sabía que el hombre desconocido tuteaba a la portera, tratándola con gran intimidad.

Nadie conocía a este individuo, y nadie sabía tampoco de dónde venía ni a dónde venía.

Poco a poco, también personas que al principio habían guardado silencio absoluto, sin duda para que sus nombres no figurasen en el sumario de la causa, se mostraban ahora más confiadas.

Un muchacho dependiente de una taberna de la calle de Castelar se había atrevido a referir que la misma tarde del crimen, y casi a la misma hora, la portera de la casa y el individuo desconocido habían estado juntos en la taberna, donde merendaron.

Aun cuando hablaban en voz baja, el muchacho había oído algunas palabras de su conversación, las cuales desde luego le extrañaron.

Las palabras eran estas, pronunciadas por el hombre, a modo de advertencia:

—No se te vaya la lengua, y luego digas que estuve aquí contigo. No quiero disgustos. Ya te he dicho lo que hay…

El muchacho no había oído más, pero como el crimen se verificó a los pocos minutos, aquellas palabras no se olvidaron; antes bien, las había recordado muchas veces como una sospecha.

Un vecino de la calle declaraba también que, habiendo sido de los primeros en acudir al lugar del crimen, había notado que en la alfombra de la escalera había caída una llave.

El susto y azoramiento naturales en los primeros instantes habían impedido que la recogiese.

Cuando más tarde quiso hacerlo, la llave había desaparecido.

Esta revelación podía tener gran importancia.

Al juez le sirvió para hacer dos deducciones, que parecían llenas de lógica.

Primera: que los asesinos entraron en la casa valiéndose de una llave, y que esta llave era la de la portera.

Segunda: que las dos víctimas habían sido sorprendidas.

Capítulo XII

Continuación del manuscrito de Víctor

UNA mañana, al entrar en su despacho don Máximo Baroja se halló sobre la mesa un abultado sobre.

De una ojeada reconoció la letra, que era del inspector Bargiela.

Rasgó el sobre y sacó de él un abultado cuaderno.

Lo examinó con curiosidad.

Su examen, sin embargo, no fue largo.

Al cabo de un minuto, don Máximo Baroja levantó la cabeza, y una sonrisa de satisfacción entreabrió sus labios.

Aquellos papeles le traían una gran alegría.

Las alegrías del oficio, que en hombres de la edad y condición de don Máximo Baroja son las más grandes y las más intensas.

Aquel cuaderno contenía la continuación del manuscrito de Víctor.

Como el juez había supuesto, entre los papeles del acusado estaba la continuación de lo que podríamos llamar sus memorias.

El inspector Bargiela, después de un nuevo y más detenido registro practicado en el domicilio de Víctor Rey, había encontrado aquel segundo cuaderno, continuación del primero ya examinado por el juez.

El segundo manuscrito de Víctor empezaba así:

Con Carlos había venido de Madrid una institutriz francesa, la señorita Cornuty.

Pues bien, la señorita Cornuty, a pesar del gracioso bizcamiento de sus ojos, echó muy pronto de ver el cambio de nuestras relaciones, y como era una pobre mujer, llena de bondad, mi aislamiento la conmovió.

La señorita Cornuty se dirigió a Carlos y le reprendió por no ser más amable conmigo.

Carlos al oírla se alzó de hombros y declaró que no sabía qué hacer con respecto a mí, porque yo no sabía jugar a ningún juego, y además estaba siempre pensando en otra cosa.

Carlos declaró francamente que prefería esperar a su hermano Rafaelito, que de un día a otro debía llegar del Escorial, en cuyo colegio estaba como alumno interno. Vería entonces si yo quería jugar con él y con Rafaelito.

La señorita Cornuty, que me había tomado bajo su protección, no se dio por satisfecha con las explicaciones de Carlos, y le hizo observar que yo todavía estaba convaleciente y que no podía ser vivo y alegre como él, que además lo era demasiado.

Y la señorita Cornuty le recordó en un largo discurso que había cometido conmigo tal y tal falta —y las enumeraba con ayuda de sus dedos, largos y huesudos.

En fin, la señorita Cornuty le amonestó sin piedad, y acabó por enviarle hacia mí, con orden de reconciliamos sin tardanza.

Carlos había escuchado a la institutriz atentamente, como si reconociese la justicia de su discurso.

Dejó sobre una silla la pelota que tenía en las manos.

Serio y formal se acercó a mí y me preguntó:

—¿Tú quieres jugar conmigo?

Yo respondía con una tímida sonrisa:

No puedo jugar todavía. Estoy muy débil.

—¿Qué quieres, entonces?

—Yo quiero estar sentado; pero no estés incomodado conmigo.

Carlos, agradablemente sorprendido de no encontrarse culpable, me respondió dulcemente.

—Yo no estoy incomodado contigo. Adiós, me voy a jugar.

Yo murmuré bajando tristemente la cabeza:

—¡Adiós!

Habiendo cumplido así la orden de la señorita Cornuty, Carlos se alejó corriendo.

Sus gritos y sus risas no tardaron en llenar los grandes y silenciosos corredores del palacio.

Al fin, fatigado y anhelante, vino a arrojarse sobre un diván de la habitación donde yo estaba.

Toda la velada me miró con una especie de duda.

Yo comprendía que él quería decirme alguna cosa para descifrar el enigma; pero por entonces todavía se contuvo.

Ordinariamente las lecciones de Carlos comenzaban por la mañana.

La señorita Cornuty le enseñaba francés. Este estudio consistía en un poco de gramática, seguido de una lectura en las fábulas de La Fontaine.

A la verdad, no era gran cosa, pero Carlos era tan inquieto que eso poco costaba trabajo conseguirlo.

La señorita Cornuty necesitaba apelar a toda su elocuencia y a toda su severidad para hacerle estudiar dos horas al día.

A veces no bastaban los discursos de la señorita Cornuty, y eran precisos los de la Condesa.

Carlos, sin embargo, como era muy inteligente y comprendía en seguida, retenía todo lo que le enseñaban.

Pero en esto, como en todo, Carlos tenía también sus pequeñas rarezas.

Cuando no comprendía alguna cosa, reflexionaba seriamente, no queriendo pedir una explicación que le daba vergüenza.

Solamente en los casos extremos se decidía a someter sus dudas a la señorita Cornuty.

Carlos era así para todas las cosas.

Aun cuando a primera vista su carácter vivo e inquieto hiciese sospechar otra cosa, había muchas cosas que le hacían reflexionar largamente.

Quizá en estas reflexiones había un poco de curiosidad malsana.

Pasadas algunas semanas, como yo me hallaba ya muy repuesto, la señorita Cornuty decidió empezar a ocuparse de mi educación.

Una tarde me llamó a su habitación y me hizo sufrir un examen para saber en qué punto de mis estudios estaba.

La señorita Cornuty, con gran sorpresa suya, vio que yo sabía leer bastante bien. De escribir, aun cuando me sea vergonzoso confesorio, no sabía hacer más que palotes.

La señorita, que era una gran patriota, juzgó después de mi examen que era para mí de una urgentísima necesidad el aprender francés.

Así se hizo.

Una mañana yo me senté al lado de Carlos en la mesa de las lecciones.

Aquel día, como si lo hiciese a propósito, Carlos se mostró estúpido y distraído.

La señorita Cornuty le miraba llena de asombro. No lo reconocía.

Yo, en cambio, en una sola lección me había aprendido el alfabeto francés.

Me aplicaba con todas mis fuerzas para serle agradable a la institutriz.

Hacia el final de la lección, la señorita Cornuty se incomodó seriamente con

Carlos.

Señalándome a mí, con un ademán solemne le dijo:

—Mire usted a este niño enfermo que da su primera lección, y ya está diez veces más adelantado que usted. ¿No le da a usted vergüenza?

Carlos miró estupefacto a la institutriz:

—¿Más adelantado que yo? ¡Si todavía no sabe más que el alfabeto!

—¿Pero cuánto tiempo ha tardado usted en aprender el alfabeto?

—Tres lecciones.

—Pues bien, ya ha visto usted que Víctor la ha aprendido en una sola lección. Entonces, él aprende triple que usted, y en poco tiempo os adelantará. ¿No es esto?

Carlos bajó la cabeza y se puso colorado, comprendiendo que la observación de la señorita Cornuty era justa.

Los ojos de Carlos se llenaron de lágrimas, que procuró ocultamos. Carlos tenía un orgullo y un amor propio extremados.

Cuando terminamos la lección, y se fue la señorita Cornuty, yo quise hablar a Carlos, deseando demostrarle que no era responsable del enojo y de la reprensión de la institutriz.

Pero Carlos hizo como si no me oyese y no me respondió nada. Una hora más tarde, Carlos entró en la habitación donde con el libro abierto ante mis ojos, yo pensaba en él y en la señorita Cornuty. Yo sentí pena y timidez al ver que Carlos no quería hablarme. Como de costumbre, él se echó sobre el diván.

Permaneció así como una media hora.

No pudiendo contenerse más, me preguntó:

—¿Tú sabes dibujar?

—No, yo no sé.

Una pausa.

—¿Sabes tocar el piano?

—No. Tampoco.

—Pues yo sé. Es muy difícil aprender.

Yo no respondí.

—La señorita Cornuty pretende que tú sabes más que yo.

—Es porque estaba enojada contigo.

—¿Y la abuela sabes si está enojada conmigo?

—No sé.

Una nueva pausa.

Carlos frunció su rubio entrecejo de niño, y se puso encendido.

—Tú te burlas de mí.

—¡Oh! No…

La voz de la señorita Cornuty vino a interrumpir nuestro coloquio.

—¡No se avergüenza usted de hablar de esa manera!

La institutriz, que nos vigilaba hacía cinco minutos, escuchara nuestra conversación.

—Usted, caballerito, está celoso de este niño, y se vanagloria usted en su presencia de saber dibujar y tocar el piano. ¡Qué vergüenza! Yo contaré eso a la Condesa.

Carlos bajaba la cabeza sin responder.

—Es un mal sentimiento. Sus preguntas han ofendido a Víctor, cuyos padres, pobres aldeanos, no han tenido medios para educarlo. Lo que ha aprendido, lo ha aprendido casi solo, porque es aplicado y formal. Usted debía quererle y jugar con él en vez de hacerle esas preguntas llenas de vanidad. ¡Es vergonzoso! ¡Es vergonzoso! Usted sabe que él es huérfano. Que no tiene a nadie. En fin, les dejo a ustedes solos. Usted, caballerito, piense en lo que le he dicho y trate de corregirse.

* * *

Carlos reflexionó durante dos días.

Durante dos días suspendió risas y gritos.

Yo hasta creo que enflaqueció un poco y que los colores de sus mejillas no eran tan vivos como antes.

En fin, al tercer día nos encontramos en un corredor.

Carlos salía de las habitaciones de la Condesa.

Al verme se detuvo esperándome.

Yo seguí andando hacia él, tímidamente.

Carlos me preguntó:

—¿Oye tú, por qué me riñen por causa tuya?

Yo traté de disculparme.

—No es por causa mía, Carlos.

—La señorita Cornuty dice que yo te he ofendido.

—No, Carlos, no. Tú no me has ofendido.

Carlos alzó los hombros en señal de perplejidad.

Después de un momento murmuró:

—¿Entonces tú, por qué lloras?

Yo respondí a través de mis lágrimas, ahogándome.

—Si tú no quieres que llore, no lloraré.

Carlos volvió a alzarse de hombros.

Luego interrogó:

—¿En tu casa también llorabas?

Yo no respondí.

Después de una pausa, Carlos me interrogó de nuevo:

—¿Por qué vives en nuestra casa?

Yo le miré estupefacto, como si alguna cosa acabase de herirme en el corazón.

Reuniendo todas mis fuerzas, murmuré:

—Porque soy huérfano.

—¿Es que tú no tienes padres?

—Sí.

—¿Se han muerto?

—Sí.

—¿Eran pobres?

—Sí.

—¿Muy pobres?

—Sí.

—¿Te querían mucho?

—Sí.

—¿Tenías muchos regalos?

—No.

—¿Y juguetes?

—No.

—La casa de tus padres ¿era muy grande?

—No.

—¿Tenías muchos criados?

—No teníamos criados.

—Entonces, ¿quién os servía?

—Nos servíamos nosotros.

Las preguntas de Carlos me hacían sufrir horriblemente.

Los recuerdos que despertaban en mí, y el pasmo de Carlos, todo eso me lastimaba el corazón.

Yo temblaba, y los sollozos, trabajosamente reprimidos, casi me ahogaban.

Carlos insistió:

—¿Tú, entonces, estarás contento de haber venido a vivir aquí?

Yo guardé silencio.

—¿Eran bonitos los trajes que llevabas en tu casa?

—No.

—¿Eran feos?

—Sí.

—Vi tu traje. Me lo han enseñado.

Yo experimenté una sensación nueva de indignación y de vergüenza, y grité rojo de cólera:

—¿Por qué me preguntas eso? ¿Por qué me preguntas eso? ¿Por qué te burlas de mí?

Carlos enrojeció también.

—No me burlo de ti… Quería solamente saber si tus padres eran pobres.

Mis ojos se arrasaron de lágrimas.

—¿Y por qué me preguntas eso? ¿Qué te hicieron mis padres?

Carlos permaneció confuso, no sabiendo qué responder.

En este momento apareció la Condesa.

—¿Qué tienes tú, Víctor? ¿Por qué lloras?

Y mirando severamente a Carlos, insistió:

—¿De qué hablabais vosotros?

Yo no respondí Tomé la mano de la Condesa y se la cubrí de lágrimas, y de besos.

La Condesa acarició mis mejillas; y sin apartar la mirada de Carlos, que parecía lleno de confusión, volvió a interrogar:

—¿Carlos, dime tú qué ha pasado?

Carlos era incapaz de mentir.

—Le dije que he visto el traje que traía en casa de sus padres.

—¿Quién te lo ha mostrado? ¿Quién?

Carlos respondió con gran firmeza:

—Soy yo que lo he visto.

—¡Está bien! Tú no denunciarás a nadie. Te conozco, hijo mío.

La Condesa se dirigió a mí:

—¿No hubo más, Víctor?

Carlos no me dio tiempo a contestar, porque interrumpió vivamente.

—Después él se ha puesto a llorar, diciendo que yo me burlaba de sus padres.

—¡Entonces es que tú te burlabas!…

La Condesa estaba pálida; y su voz era tan severa, que yo temblé. Bien que Carlos no se hubiese burlado; su intención era esa, y yo la había comprendido. Carlos no respondió nada a las últimas palabras de la Condesa, lo que quería decir que reconocía su falta.

La Condesa se pasó la mano por el rostro, y pronunció de una manera apagada:

—Carlos, hijo mío, pídele perdón a Víctor.

Carlos, pálido como la cera, no se movió.

La Condesa insistió:

—Anda…

Carlos, en voz baja, pero muy decidida contestó.

—¡No quiero pedirle perdón!

—¡Carlos!…

—¡Yo no le pido perdón! ¡No! ¡No!…

La Condesa le asió de la mano con gran severidad.

—Ven conmigo. Víctor, vete al lado de la señorita Cornuty.

Y la Condesa entró con Carlos en su habitación.

Yo hubiera querido arrojarme a sus pies, pedirle perdón para Carlos, pero la Condesa repitió su orden tan severamente, que yo me alejé helado de terror.

* * *

Sentado ante la mesa de estudio, con la cabeza entre las manos, contaba los minutos esperando a Carlos.

Carlos llegó al fin.

Sin pronunciar una palabra pasó cerca de mí, y se sentó en un rincón.

Sus ojos estaban rojos, sus mejillas húmedas por las lágrimas.

Yo le miré a hurtadillas.

Yo me acusaba con todas mis fuerzas, trataba de persuadirme a mí mismo que yo era el responsable de todo.

Mil veces quise acercarme a Carlos, y mil veces me detuve no sabiendo cómo sería recibido.

Así se pasó todo el día. Al otro, Carlos me pareció más alegre. Por la tarde se puso a jugar, haciendo correr un aro por los largos corredores del palacio, obscuros y silenciosos.

De pronto, y sin causa justificada, cesó en sus juegos y vino a echarse sobre el diván.

Por la noche, antes de acostarse, se volvió violentamente hacia mí; sus labios se entreabrieron para hablarme, pero se contuvo y se acostó en silencio.

Pasó otro día, y la señorita Cornuty, que nos vigilaba, se creyó en el caso de intervenir y amonestar dulcemente a Carlos.

Carlos respondió evasivamente, pero en cuanto se alejó la institutriz, se puso rojo como la grana, y empezó a llorar.

Para que yo no lo viese, se fue de la habitación.

En fin, tres días después de nuestra querella, él vino hacia mí, y me dijo tímidamente:

—La abuela me manda que te pida perdón. ¿Quieres perdonarme?

Yo le tomé vivamente las manos, y sofocado de emoción le dije:

—¡Sí! ¡Sí!

—Además me manda que nos abracemos. ¿Tú quieres?

Sin responder, yo le abracé y le besé.

Levantando los ojos hacia Carlos, yo observé en él movimientos extraordinarios. Su labios estaban agitados de un ligero temblor, sus ojos se humedecían, pero dominó en seguida su emoción, y la sonrisa iluminó su rostro.

—Voy decirle a la abuela que nos hemos abrazado, y que te he pedido perdón.

Hablaba como si pensase alto. Se detuvo, y mirándome sonriendo y confuso a la vez, añadió:

—Hace tres días que no veo a la abuela. Me ha prohibido la entrada en sus habitaciones mientras no la obedecía.

Diciendo esto se alejó trémulo, pensativo, no sabiendo qué acogida le dispensaría la Condesa.

Pero poco después se oían en los corredores del palacio los gritos y las carreras locas de Carlos jugando con el perro.

Yo comprendí que había hecho las paces con su abuela.

Mi corazón palpitó de alegría.

Sin embargo, contra lo que yo esperaba, Carlos no se acercó a mí. Huía las ocasiones de hablarme.

En cambio, tenía el honor de excitar su curiosidad, al más alto punto.

Carlos se sentaba delante de mí, y me observaba con sus grandes ojos negros.

Estas inspecciones de mi persona eran muy extrañas.

Yo creo que Carlos, niño mimado y consentido, no comprendía bien por qué yo me atravesaba en su camino, cuando él no me quería.

Pero era un corazón bueno y dulce, que volvía siempre al camino recto, por el solo impulso de su naturaleza generosa.

La persona que tenía más influencia sobre él era su abuela, que le adoraba.

Yo no podía explicarme lo que pasaba en mí.

Todo un mundo de sensaciones indefinibles me agitaba interiormente.

En fin, después de muchas dudas y muchas reflexiones, yo comprendí que quería a Carlos como a un hermano muy querido.

¿Qué era lo que me atraía hacia él?

¿Qué era lo que había hecho nacer en mí aquel sentimiento?

Lo ignoro.

* * *

Nuestras lecciones continuaron como anteriormente.

Carlos procuraba no reparar en mí.

Los cumplidos que la señorita Cornuty me hacía algunas veces sobre mi dulzura y mi inteligencia, ya no parecía que hiriesen su amor propio.

Él buscaba las compensaciones, eso sí.

Cuando la señorita Cornuty me dirigía algún elogio, Carlos le tiraba caramelos al perro, un animalote calmoso y flemático, lo que no impedía que fuese malo como un tigre si uno se permitía molestarle.

Morucho no agradecía las caricias de nadie, y todo el mundo parecía serle indiferente.

En el palacio, amos y criados le trataban con un especie de temor respetuoso.

A esto contribuía, aun más que el carácter de Morucho, su leyenda de héroe.

Un día, la madre de Carlos, se paseaba con este y con su hijo más pequeño,

Rafael, a orillas del estanque del Retiro. Esto pasaba allá en Madrid.

Rafael resbaló jugando, y cayó en el agua.

La madre, loca de dolor, quiso seguir a su hijo.

La detuvieron difícilmente.

Rafael, arrastrado por las aguas, flotaba todavía merced a sus vestidos, pero parecía que de un momento a otro iba a hundirse para siempre…

De pronto un porrazo se precipitó al agua, asió el cuerpo del niño por las ropas y le trajo triunfante hasta la orilla.

La pobre madre, loca de alegría, cubrió de besos el cuerpo del animal, todavía cubierto de agua y de cieno.

Morucho*, que ya entonces no soportaba ninguna caricia, pagó aquellas expansiones clavando sus dientes en la espalda de la dama, que durante toda su vida guardó señales de aquella herida, lo que no impedía que tuviese a* Morucho *un gran cariño.*

El perro fue desde entonces una especie de tirano en la casa.

Se le cuidaba y mantenía a cuerpo de rey, y hasta se le proveyó de una piel de oso para tenderse y reposar.

Morucho *había venido a ser, sin duda, el perro más feliz de la creación.*

Pero su carácter, naturalmente taciturno, no cambió en su nueva posición.

Permanecía indiferente a los mismos, y hasta parecía despreciar su collar de plata.

Era un perro filósofo.

Carlos le buscaba algunas veces para distraerse, cuando no hallaba cosa mejor a mano.

Sin embargo, la indiferencia de Morucho *le exasperaba; le era insoportable que existiese en la casa un ser que no reconociese su autoridad, que no se indignase delante de él.*

Morucho*, tendido sobre su piel de oso, permanecía inflexible en su arrogancia.*

Un día, estando Carlos y yo en la sala de estudio, entró Morucho *arrogante y desdeñoso como un sultán y se tendió en medio de la estancia para digerir perezosamente su copiosa comida.*

Este fue el momento terrible que se le antojó elegir a Carlos para supeditarle a su obediencia.

Carlos dejó de jugar, y prodigando a Morucho *los nombres más dulces, trató de acercársele.*

Morucho *desde lejos mostraba los dientes.*

Carlos se detuvo.

Su proyecto era acercarse al perro y acariciarle un poco, lo que Morucho *no permitía más que a la Condesa.*

Esta tentativa ofrecía un peligro serio, porque Morucho *no se dejaba imponer fácilmente; podía muy bien morderle la mano, y hasta destrozársela entre sus dientes, si lo encontraba oportuno.*

Morucho *era fuerte como un tigre.*

Yo, lleno de inquietud y de terror, seguía de lejos todos los movimientos de Carlos.

Inútilmente le suplicaba que dejase al perro tranquilo; pero ni mis ruegos ni los fuertes y blancos colmillos que el animal le enseñaba le disuadieron de su loca idea.

Comprendiendo que de frente no podía asaltar al enemigo, decidió hacerlo de flanco.

Morucho *no se movió.*

Carlos se acercaba en la punta de los pies.

Cuando llegó a la distancia que Morucho *juzgaba respetuosa y sagrada, este le mostró de nuevo los dientes.*

Carlos, un poco asustado, vino a sentarse sobre el diván para reflexionar.

Cinco minutos después había inventado una seducción nueva.

Salió y volvió con una provisión de caramelos y bizcochos.

Cambiaba de táctica.

Morucho *permaneció indiferente. La fiera probablemente estaba harta: ni siquiera se dignó volver la cabeza hacia el bizcocho que Carlos le había arrojado.*

Cuando Carlos llegó de nuevo al límite que Morucho *juzgaba infranqueable, el perro manifestó una oposición más viva que la primera vez.*

Levantó la cabeza, enderezó las orejas, descubrió los colmillos, gruñó sordamente e hizo un movimiento como si fuese a lanzarse.

Carlos palideció, arrojó el bizcocho que llevaba en sus manos, y volvió a sentarse.

Estaba muy agitado. Sus pequeños pies golpeaban el suelo con rabia.

Desgraciadamente me miró, y la sangre todavía se le subió más a la cabeza.

Dejó el diván, y con un paso firme se dirigió rectamente hacia el terrible perro.

La estupefacción produjo sin duda un efecto extraordinario sobre Morucho.

El perro dejó a Carlos aproximarse. Solamente cuando este quiso poner la mano en su cabeza, Morucho *gruñó sordamente.*

Carlos se detuvo un instante, nada más que un instante; después, con decisión, acarició a la fiera.

Yo cerré los ojos, lleno de asombro y miedo. Al abrirlos vi a Carlos que me contemplaba de una manera extraña.

Morucho *se levantó. Yo creí que iba a devorarle.*

Carlos todavía osó pasarle la mano por el lomo dos o tres veces. Morucho *gruñó amenazador. Enseñó los dientes.*

Después se alejó tranquilamente, desdeñosamente.

Carlos quedó dueño del campo. Al advertir mi palidez sonrió.

Sin embargo, bien pronto una palidez mortal cubrió sus mejillas. Trabajosamente pudo llegar hasta el canapé y echarse en él.

* * *

Llegando a este punto, don Máximo Baroja viose obligado a interrumpir por aquel día la lectura del manuscrito de Víctor. El inspector Bargiela acababa de entrar en el despacho del juez, y las noticias que traía eran de suma importancia.

Capítulo XIII

En el hospital

En veinticuatro horas, la criada de los señores de Neira había mejorado notablemente.

Si no sobrevenía alguna complicación, estaba salvada. Don Máximo Baroja, antes de llevar adelante el sumario y darlo por concluso, había de antemano resuelto esperar a que la enferma se encontrase en perfecto estado de soportar un largo interrogatorio.

Así fue que, apenas del hospital le participaron la noticia referente a la mejoría de la criada, allá se fue acompañado de un escribano y todo alborozado de esperanzas nuevas.

La enferma hallábase aún en aquel angosto lecho de hierro donde la vimos por vez primera, pero su aspecto había cambiado notablemente.

Una gran venda blanca ligábale y envolvía completamente el pescuezo, herido por la faca del asesino, lo cual daba a su cabeza un aspecto extraño.

Sus facciones, profundamente fatigadas, denunciaban que había pasado por mortal peligro.

Su tez tenía la mate lividez de la cera, y sus ojos, sin brillo, parecían haber perdido la vida.

En su fisonomía, aún estaban impresos la sorpresa y el terror.

Con todo, notábase que resurgía a la vida.

La vida tiene un sello, como la muerte.

En el rostro de aquella mujer, el sello de la vida aparecía impreso sobre el sello de la muerte, como dos cuños confusos.

¡Hablaba!

Hablaba, y en el hospital no había nadie que no la hubiese visitado.

Su desgracia inspiraba una extraordinaria curiosidad.

Todos querían verla y oírla.

Si los médicos y el administrador del hospital no lo hubiesen impedido, todo el vecindario de Madrid Moderno habría pasado por la cabecera de su lecho.

Con efecto, el drama a que la enferma asistiera, justificaba bien la curiosidad

que despertaba.

Cuando llegó don Máximo Baroja, la rodeaban algunas enfermas, que al ver aparecer al juzgado se retiraron al fondo de la sala hablando en voz baja.

Era un domingo, y los domingos en los hospitales también son día de fiesta.

Las enfermeras y los practicantes tienen otro aspecto, y hasta los mismos enfermos parecen mejorar.

Los convalecientes hacen su *toalé* sentados en sus lechos.

Se reciben visitas. Por los corredores, en las salas y al borde de los lechos, se encuentran personas venidas de fuera a visitar algún pariente o algún amigo, y llevarle simuladamente alguna de esas golosinas que los enfermos tanto aprecian.

Era aquel día un día espléndido de primavera madrileña.

Las calles iban llenas de gente.

Al hospital llegaba desde las calles un rumor de vida.

Don Máximo Baroja arrastró una silla al lado de la cama de la criada, dejó sobre la cama el sombrero, y empezó la conversación sobre cosas extrañas al asunto del crimen.

Para disponer bien a la enferma, la animó con palabras familiares.

Cuando la creyó repuesta de la sorpresa de su visita, habiéndole dicho quién era y a lo que iba, añadió:

Ahora sin asustarse, procurando conservarse tranquila, va a referirme lo que pasó…

Y como la enferma parecía impresionarse, e hizo un gesto de sufrimiento, el juez todavía murmuró:

—Ya le he dicho que no se asuste. Tenga calma.

La enferma cerró los ojos, y cruzó las manos:

—Vamos, tenga calma.

La criada pronunció con voz apagada, voz de dolor y desaliento:

—¿Qué quiere que le diga, señor?

El juez insistió:

Lo que ha pasado aquella tarde…

Y después de una pausa, viendo que la enferma no contestaba:

En otra ocasión, me ha dicho que no conocía al asesino de su ama. ¿Era uno? ¿Eran más?

—Era uno.

—¿Cómo penetró en la casa? ¿A qué hora? Procure recordar.

La enferma, pareciendo hacer un esfuerzo doloroso, dijo entonces:

Ya anochecido llamaron de la campanilla.

—¿Qué hora sería?

—Debían ser las siete.

—Bien. Llamaron a la campanilla…

—Yo entonces fui a ver quién era. Miré por la rejilla. Era un hombre que me preguntó si estaba la señora de Neira. Le dije que sí… En este mismo momento, la señora, que pasaba por el pasillo, preguntó: «¿Quién es, Margarita?». Yo le respondí: «Es un sujeto a quien no conozco: quiere hablar con usted». Entonces la señora se acercó a la puerta y miró por la rejilla. Debió conocerle, porque se retiró para dentro y me dijo: «Haz entrar a ese señor». Abrí la puerta y lo hice pasar a la sala, donde le dejé.

Don Máximo interrogó:

—¿Qué aspecto tenía?

—¿Qué aspecto tenía?…

—Sí. ¿Cómo iba vestido?

—No reparé bien.

—¿Qué figura tenía?

—Tampoco reparé.

—¿Era alto? ¿Era bajo?

—Más bien alto.

—¿Era delgado o grueso?

—Muy delgado… Es lo que recuerdo mejor.

Esta declaración debió parecerle al juez de gran importancia, porque aproximando la silla al lecho de la enferma dijo:

—A ver si se acuerda bien. ¿Era alto?

La enferma exhaló un largo gemido.

—Ya lo he dicho.

—¿Alto, no es verdad?

—Alto, sí, señor. Más alto que bajo.

—¿La barba crecida, no es eso?

—Sí, señor.

—¿Qué edad representaba? ¿Era joven o viejo?

—Al entrar me había parecido joven; pero después cuando lo vi en la sala con la faca en la mano, me pareció viejo.

Don Máximo Baroja interrumpió:

—No se precipite, no se precipite. Procedamos con calma. Veamos lo que pasó después de haber hecho entrar al asesino en la sala.

La enferma prosiguió con voz cansada.

—Yo me fui a trabajar a la cocina. Pasó así algún tiempo.

—¿Como cuánto sería?

—Como una media hora. Comenzó a obscurecer. Encendí un candelero y lo llevé a la sala, porque calculé que estaba haciendo falta luz.

Aquí, la mujer hizo una pausa, llevose las manos al pecho, y abundantes lágrimas corrieron de sus ojos.

Don Máximo Baroja, muy contrariado, murmuraba:

—Sosiéguese, sosiéguese.

Pero diríase que las palabras del juez, lejos de producir el efecto deseado, provocaban en la sobreviviente del drama una crisis de conmoción, porque su llanto se hizo convulsivo, entrecortado por sollozos.

Fue un momento de alarma.

Algunas enfermas se aproximaban.

Una Hermana de la Caridad entró apresurada, y luego salió en busca del médico de guardia. Este acudió muy apresurado.

Entretanto la criada no cesaba de llorar: ya no eran ayes, eran gritos.

Don Máximo Baroja, profundamente preocupado, se apartó del lecho.

El médico y la Hermana de la Caridad, reunidos a la cabecera de la enferma, se esforzaban por calmarla.

De pronto el médico se volvió hacia el juez e indicó:

—Es conveniente no continuar.

Poco a poco la enferma se fue calmando hasta caer en un sopor comatoso, cortado por largos suspiros.

* * *

Los médicos son señores soberanos de los enfermos.

Es quizá el único dominio absoluto en el cual hay lógica y humanidad.

En esta tiranía del médico, el único bien que se persigue es el del ser tiranizado.

Por eso la civilización actual, que ha destruido todas las tiranías, tiene afirmada esta más y más.

En el hospital no consintieron que el juzgado continuase el interrogatorio de la enferma, y a despecho de los deseos manifestados por el juez, la ciencia se interpuso entre la enferma y la justicia.

Don Máximo Baroja hubo de retirarse acompañado del actuario.

Don Máximo experimentaba una gran contrariedad.

Su decepción era tanto mayor, cuanto que era la primera vez que penetraba el íntimo arcano de aquel crimen, hasta entonces lleno de obscuridad y de misterio.

La crisis que había cortado la palabra de la enferma surgiera en el punto culminante de su declaración; sin embargo, lo dicho por la víctima sobreviviente del crimen había bastado para confirmar al juez en la idea de que el autor no era otro que Víctor Rey.

Las analogías entre la figura de Víctor y la del asesino descrito por la víctima prestaba apoyo a esta opinión.

Sin embargo, don Máximo Baroja no permaneció muchas horas en este punto de certeza.

La incertidumbre primero, la duda después, volvieron a enseñorearse de su ánimo.

Como hombre de inteligencia y de juicio, procuraba estudiar en todos los asuntos el pro y el contra.

De este estudio, don Máximo Baroja había sacado en consecuencia que Víctor Rey, si era el asesino, no lo era solo.

Los datos referentes a la llave llena de manchas de aceite lo demostraban.

Pues bien, si en la casa había entrado una segunda persona, ¿no podía ser esta el asesino?

Y la existencia de esa segunda persona parecía casi comprobada.

Don Máximo Baroja lamentó entonces más que nunca la inesperada crisis que interrumpiera la declaración de la enferma, poniendo en peligro su vida.

Sin duda en aquella declaración faltaba la parte más importante.

Otras muchas dudas le ocurrían al juez.

Pensaba, y no sin razón, que si Víctor era el asesino de la señora de Neira, y si Víctor había asesinado para robarla, no se explicaba que Víctor se dejase prender por motivo de un robo.

Cuando la hipótesis de este nuevo personaje apareciera envuelta en el drama, don Máximo Baroja había hecho una investigación especial, y supo que Víctor Rey, siendo empleado en una casa de banca, había robado dinero de la caja, dejada abierta de propósito.

Anteriormente habíase comprobado la sustracción de varias cantidades, y las sospechas habían recaído sobre Víctor.

Cogido en flagrante delito, Víctor había conseguido que el cajero y el jefe de la casa de banca le diesen un plazo para reembolsar las sumas robadas.

Movidos de lástima accedieron a ello librándole de la vergüenza de ser conducido a la cárcel.

Víctor prometió reembolsarlas en veinticuatro horas.

El jefe de la casa de banca sabía que era huérfano, y reconocía en él facultades superiores a su situación.

Desgraciadamente para Víctor, transcurrió el plazo sin que le fuese posible pagar.

Sospechando que tratase de huir para esquivar la acción de la justicia, el jefe de la casa de banca había dado parte a la policía, la cual detuvo a Víctor cuando este salía de su casa.

¿A cuánto ascendía el desfalco?

Según la queja presentada a la policía, a dos mil pesetas.

Combinando esta circunstancia con la circunstancia de haber Víctor asesinado a la señora de Neira para robar, diríase a primera vista que este robo fuera practicado con el fin aparente de ocultar los vestigios del otro.

Pero si así fuera, ¿cómo se explicaba que Víctor no hubiese pagado el dinero robado primeramente?

Cerca de cuatro mil pesetas era la cantidad robada en casa de la señora de Neira.

El desfalco de la casa de banca no pasaba de dos mil.

Aún le sobraba dinero.

Supuesto el crimen, ¿qué causa le había impedido pagar?

¿Quién sabe?

¿Tal vez el recelo de que su crimen fuese descubierto?

Pero por otro lado, si el crimen no se practicara para evitar las consecuencias del primer robo, ¿cuál fuera su móvil?

Tal vez practicárase con ese objeto, y el asesino recapacitara luego.

Pero en ese caso hubiera recapacitado antes y no se lanzaría a cometer el crimen.

Parecía lo lógico.

Todavía llevaba una nueva duda al ánimo del juez: el hecho de que Víctor no hubiese podido decir con rigurosa exactitud dónde estuviera entre las siete y

ocho de la tarde del día en que se cometiera el crimen.

Este punto parecíale vagamente sospechoso.

¡Sin embargo, la respuesta de Víctor quizá fuese la más natural!

Paseaba por las calles al acaso, sin destino, sin darse cuenta de sus pasos.

Y a este propósito, don Máximo Baroja hubo de recordar que a él propio, más de una vez, habíale sucedido lo mismo.

Además, Víctor Rey en aquella ocasión debía hallarse excesivamente perturbado.

Hallábase bajo la amenaza de la vergüenza y de la cárcel, y tenía veinticuatro horas para salvarse o perderse.

En esta situación el estado de su espíritu no debía permitirle fijarse en hechos extraños a su sufrimiento.

Después, al ser interrogado sobre este pormenor —que caso de hallarse culpado le denunciaría inmediatamente la sospecha que pesaba sobre él, y lógicamente le perturbaría—, Víctor Rey no había manifestado la menor alteración. Permaneciera tranquilo, casi indiferente.

Don Máximo Baroja, que en la sospecha de que Víctor fuese el asesino no le había perdido de vista durante el interrogatorio, confesábase a sí propio que en la fisonomía de aquel hombre no había observado ni temor ni sorpresa ni susto, nada en fin que pudiese revelar el conflicto íntimo, la crisis de la conciencia.

Al contrario, todo en él, lo mismo su rostro, que su actitud, que sus palabras, parecían francas, espontáneas, llenas de una suprema indiferencia.

No se presentaba como reo, sino como testigo.

Era al mismo tiempo tan extraño como tipo, que a don Máximo Baroja se le antojó medio loco, con su excesiva impasibilidad y sus palabras sentenciosas.

Después del largo y detenido estudio que don Máximo hizo del sumario, acabó por deducir esta conclusión.

—Supuesta la intervención de Víctor Rey en la historia tenebrosa del asesinato de la señora de Neira, debemos suponer también la intervención de un cómplice que entró posteriormente en la casa valiéndose de la llave de la portera. Y como la existencia de ese segundo individuo aparece plenamente confirmada, a él debemos buscar ante todo. En cuanto a Víctor Rey, lo único que podemos afirmar hasta ahora es que físicamente se parece al hombre que penetró en casa de la víctima, y al cual abrió la puerta la criada.

Ser parecido es ya un indicio.

¿Cómo comprobarlo?

Haciéndole reconocer.

¿Por quién?

Por la víctima sobreviviente.

¡Era una idea!

Los ojos de don Máximo Baroja brillaron detrás de las gafas de oro.

Sin embargo, poco después volvió a sus dudas.

¿Pero si no lo reconoce?

¿Si no es él?

¿Si es otro?

¿Dónde encontrar ese otro?

Don Máximo Baroja era un hombre metódico.

Así que, cansado de arribar al término de tantas deducciones contradictorias y estériles, resolvió adoptar una, fuese cual fuese, con tal que hubiese lógica y sencillez.

Esta deducción adoptada provisionalmente fue suponer a Víctor criminal.

¿Lo reconocía la criada?

¿No lo reconocía?

Admitamos que lo reconociese.

Sucumbe, confiesa.

Está descubierto.

¿No lo reconoce?

¿Debemos en ese caso considerar a Víctor Rey inocente? ¿No podía ser que la víctima sobreviviente del crimen sufriese alguna alteración en su mentalidad por efecto del susto recibido?

Don Máximo Baroja no resolvió esta última duda.

Acordó, sin embargo, el careo de Víctor Rey y la víctima que yacía en el hospital.

CAPÍTULO XIV

UNA DETENCIÓN PREVENTIVA

EL agente encargado de vigilar a la portera de la casa del crimen, comunicó por teléfono al inspector Bargiela que un sujeto desconocido había entrado en el cuarto de la portera, donde se encerró con ella.

El inspector se puso inmediatamente en camino de Madrid Moderno.

Se hizo conducir a la alcaldía de barrio y allí llamó al agente para preguntarle algunos detalles, y concertar con él la manera de obrar, dado caso de poder hacerlo.

Sus primeras preguntas fueron acerca del aspecto físico del hombre que acaba de entrar en la portería.

El retrato que el agente hizo del desconocido coincidía en todas sus partes con el que conocía el inspector. Cincuenta y cinco años próximamente, barba canosa, pelo blanco, mirada expresiva, la estatura muy aventajada, el cuerpo recio y fuerte. Iba vestido con traje de obrero en día de fiesta.

Este era el retrato del hombre designado por el chico de la taberna.

El inspector Bargiela no pudo disimular una sonrisa de satisfacción.

Sus sospechas y las del juez se confirmaban.

No se habían engañado al afirmar desde un principio que eran dos personas las que habían perpetrado aquel crimen.

No había pues que dudar. El individuo que se hallaba en casa de la portera debía ser detenido en el acto.

Todo concurría para designarle como uno de los autores del asesinato de la señora de Neira.

El inspector hizo llamar a una pareja de la Guardia civil, y les comunicó órdenes reservadas sobre este asunto.

Pero la pareja se negó a efectuar prisión alguna sin mandamiento judicial para penetrar en el domicilio de la portera.

La experiencia de otros casos les había hecho conocer cómo el Código establece penas por el allanamiento de morada y violación de domicilio.

El agente encargado de vigilar a la portera, deseoso de ganarse la voluntad

del inspector, se ofreció a hacer por sí solo la detención del individuo sospechoso.

Era el agente una especie de Hércules que no tenía necesidad de ningún auxilio para detener a cualquier hombre, por forzudo que fuese.

El inspector no tuvo el menor reparo en aceptar la oferta.

En el momento de alejarse, le llamó para hacerle una sola advertencia:

—Sobre todo, cuide de llamar lo menos posible la atención. Siempre que se pueda, hay que evitar el escándalo.

El agente se dirigió desde luego a una parada de coches de alquiler y tomó uno de ellos, que debía servirle más tarde para conducir al prisionero al juzgado, donde esperaba don Máximo Baroja, a quien el inspector Bargiela acababa de avisar por teléfono.

Cuando el agente se dirigía a la casa del crimen, vio a la portera que salía acompañada del individuo sospechoso.

Dudó un momento el agente si detenerle en el acto, pero recapacitó, y decidiose con mejor acuerdo a seguirle y espiarle mientras esto fuese posible; después vendría la detención.

La portera y el desconocido entraron en la taberna que había en la esquina de la calle de Castelar. El agente entró tras ellos. Los vio sentados a una mesa, y él lo verificó en una inmediata.

La portera y el desconocido tomaron un plato de caracoles remojado con algunos tragos de vino, pagaron y salieron.

El agente salió tras ellos.

Se adelantó tranquilamente hacia el individuo que acompañaba a la portera, y le dijo en voz baja:

—Dese usted preso, amigo.

El hombre retrocedió un paso con los ojos espantados, pero el agente cogiéndole por un brazo añadió:

—Es inútil toda resistencia; así, pues, procure usted no promover ningún escándalo.

El hombre se soltó tranquilamente el brazo que el agente le sujetaba, diciendo al mismo tiempo:

—No tiene usted por qué emplear la fuerza.

El agente le miraba sorprendido. Tenía que habérselas con otro Hércules de su misma especie.

El hombre desconocido añadió:

—Si quisiese resistir, podría hacerlo.

El policía murmuró:

—Tal vez no. Yo podría reclamar el auxilio de otro compañero.

El desconocido se encogió de hombros.

—Aun cuando así fuese. Pero no es mi objeto resistir a la justicia. Soy un hombre honrado y no la temo, la respeto.

El agente de policía le observaba con recelo:

—En ese caso no tendrá usted inconveniente en subir conmigo a un coche que tengo ahí cerca.

El desconocido inclinó la cabeza muy afectado y dijo:

—Sea…

Y volviéndose a la portera que lloraba en silencio murmuró:

—No te aflijas. Esto tiene que ser una equivocación.

Acompañado del agente como si fuese un amigo montó en el coche, donde se hallaba ya el inspector Bargiela.

Por orden del inspector la portera permanecía libre, pero vigilada, y estaban prevenidos para detenerla al primer aviso que se tuviese del juez don Máximo Baroja.

Durante el largo trayecto de Madrid Moderno a las Salesas, el inspector trató de interrogar al detenido; pero las respuestas que obtuvo no daban ninguna luz sobre el crimen. El hombre negaba en absoluto, haciendo grandes protestas de su inocencia.

Serían las tres de la tarde cuando el carruaje se detuvo ante el edificio de las Salesas.

El inspector bajó el primero, luego el detenido, y por último el agente.

Sin permitir al detenido cambiar una palabra con nadie fue conducido al despacho de don Máximo Baroja, cuya puerta se cerró tras él.

Después de haber examinado algunos papeles, el juez levantó la cabeza, miró al detenido y le interrogó así:

—¿Cómo se llama usted?

—Doroteo Fernández.

—¿Edad?

—Cincuenta y siete años.

—¿Estado?

—Casado.

—¿Profesión?

—Albañil.

Hubo una pausa. Después el juez continuó:

—¿Dónde ha nacido usted?

—En Madrid, en la calle de Leganitos.

—¿Dónde vive usted actualmente?

—En la calle de Calvo Asensio, 4.

—¿Vive usted solo?

—No señor, con mi familia.

—¿Quiénes la constituyen?

—Mi mujer y una sobrina huérfana que hemos recogido de niña.

—¿Qué clase de amistad o parentesco tiene usted con la portera de la calle de Castelar, en cuya compañía estaba usted esta mañana?

—Es también mi mujer, señor.

El juez se incorporó lleno de severidad:

—Conteste usted dignamente o de lo contrario le haré comprender con un enérgico correctivo que con la justicia no pueden permitirse ciertas bromas.

El detenido pareció lleno de turbación:

—Sí, es mi mujer, señor.

—¿Pues no ha dicho usted que vivía en su compañía?

—Cierto que lo dije pero…

—Procure usted explicarse con claridad.

El detenido pronunció con gran desconsuelo:

—Yo soy un hombre muy desgraciado. ¡Tengo dos mujeres!

—¿Es usted bígamo?

El hombre abrió los ojos muy asombrado.

—No sé lo que es eso, señor juez.

—No importa. Sírvase usted explicar cómo tiene dos mujeres.

—Porque me casé dos veces.

—Vuelvo a advertirle que no tolero ciertas bromas.

—Si es la pura verdad, señor juez.

—¿Por qué se ha casado usted dos veces? ¿No sabe usted que es un delito penado por la ley?

—Sí, señor.

—¿Y lo ha cometido usted a sabiendas?

—No, señor.

—Explíquese usted.

El detenido reflexionó un momento antes de responder.

Después empezó:

—Cuando tenía veinte años, me casé con la que ahora es portera en la calle de Castelar. Ella era viuda, al menos todos lo creímos así. Se había casado siendo una niña, y a los pocos días su marido, un granuja que debía estar en presidio la abandonó marchándose a América. En doce años no se supo nada de él. Todos les daban por muerto. Entonces fue cuando la conocí y me enamoré de ella. Como la ley —y eso el señor juez lo sabe mejor que yo— la autorizaba para volverse a casar, nos casamos.

Don Máximo Baroja interrumpió:

—Cierto que la ley autoriza esos matrimonios, pero es mediante una información que debe hacerse de la ausencia del marido, de la falta absoluta de noticias, para deducir de una y otra cosa, la muerte del cónyuge ausente.

—Se hizo esa información, señor juez.

El buen don Máximo Baroja dejó la plegadera sobre el vade con un movimiento maquinal que era en él un hábito.

El juez acababa de comprender aquel misterio de los dos matrimonios.

Quitándose las gafas, y limpiándolas cuidadosamente, murmuró:

—Me figuro lo que ha pasado. ¿El primer marido se presentó después de celebrado el matrimonio?

—Sí, señor.

—¿Y usted qué hizo?

Doroteo dudó un momento.

Después, como si tomase una resolución exclamó:

—Para hablar con verdad, señor juez, yo le di algún dinero que tenía ahorrado…

—¿Por qué?

—Porque se volviese a América y me dejase vivir tranquilo con mi mujer.

El juez sonrió:

—Con la de él, querrá usted decir.

Doroteo hizo un gesto neutro, sin atreverse a responder nada.

Don Máximo Baroja continuó:

—¿Y el primer marido accedió a los deseos de usted?

—En parte, sí, señor.

—¿Cómo en parte?

—Recibió el dinero y se fue, pero no tardó en volver a presentarse. Había

acabado los cuartos y venía por más.

—¿Usted se los dio?

—No, señor. Yo ya no tenía nada.

—¿Qué hizo el marido ante la negativa de usted?

—Dar un escándalo, de resultas del cual el matrimonio mío fue anulado.

—¿La mujer hizo vida con su primer marido?

—Por algún tiempo; hasta que le malgastó la poca hacienda que tenía la infeliz.

—¿Después se volvió a América?

—Sí, señor.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Pues nada…

—¿No trató usted de volver a verse con la que durante algún tiempo había sido su mujer?

—Entonces no, señor.

—¿Temía usted que el marido volviese a presentarse?

—Sí, señor.

—¿Cuándo volvió usted a verla?

—Muchos años después, estando ya casado con la Jesusa.

—¿La Jesusa es su mujer actual?

—Sí, señor.

—¿Conoce la historia del primer matrimonio de usted?

—Sí, señor.

—¿Sabe que usted visita a su primera mujer?

—No, señor. Me lo tiene prohibido.

—¿Por qué la visita usted?

—Para darle alguna pequeña cantidad. La pobre está muy mal.

—¿La ve usted con frecuencia?

—Una o dos veces al mes.

La voz de Doroteo parecía llena de sinceridad; y don Máximo Baroja aunque prevenido en su contra, se dijo que la actitud de aquel detenido era la de un hombre honrado.

Pero como los jueces están acostumbrados a tener en su presencia grandes cómicos, aquella favorable impresión desapareció en el acto.

Don Máximo Baroja interrogó de pronto:

—¿Cuándo la ha visto la última vez?

—Hoy, señor juez. Me han detenido al salir de su casa.

—La vez anterior…

El detenido titubeó algunos instantes.

El juez le miraba fijamente.

Don Máximo Baroja, sin apartar de él los ojos inquiridores y sagaces, pronunció lentamente:

—Haga usted memoria; es un dato muy importante.

El detenido murmuró con naturalidad:

—La he visto la misma tarde en que asesinaron a la señora de Neira. Eso no se me puede olvidar.

El juez le miró asombrado.

Aquel hombre debía estar dotado de notable aplomo y mucha sangre fría para anticiparse a hablar de aquel crimen cuando nadie le había preguntado acerca de él.

Don Máximo Baroja no pudo menos de decirse:

—Es necesario andarse con cuidado con este hombre.

Después añadió en voz alta:

—¿Estaba usted con su antigua mujer en el momento de cometerse el crimen?

—No, señor, ya me había marchado.

—¿Por quién tuvo usted primero noticia del crimen?

—Por un periódico.

—¿Cuándo?

—A la mañana siguiente.

—No temió usted verse complicado en ese asunto.

—No, señor. ¿Por qué había de matar yo a una señora tan buena?

—Por la misma razón que el asesino.

—¡Es que yo no sé por qué la mataron!

El juez pronunció bruscamente, como quien formula una acusación:

—¡Por robarla!

El detenido palideció intensamente.

Luego exclamó con profunda consternación:

—¡Es que yo no soy un ladrón, señor juez!

Don Máximo Baroja no respondió.

Abandonó su sillón, y se paseó un instante en silencio por su despacho.

De pronto interrumpió su paseo, y parándose ante el detenido le dijo:

—¿Desde el día del crimen hasta hoy, no había usted visto a la portera?

—No, señor. Mi mujer legal, la Jesusa, había entrado en sospechas.

—¿Cómo se ha decidido usted a verla hoy?

—Por una carta que he recibido ayer.

—¿De quién era esa carta?

De mi antigua mujer. Me escribía diciéndome que el susto recibido le había costado una enfermedad. Añadía que deseaba que yo la aconsejase acerca de ciertos pormenores.

—¿Conserva usted esa carta?

Hace algunas horas al ser detenido y registrado, se me recogió, señor juez.

Don Máximo Baroja examinó algunos papeles que había encima de la mesa:

—Es verdad. Aquí está. Tómela usted y léala.

Doroteo obedeció.

Tuvo que hacer un gran esfuerzo por que su voz apareciese tranquila.

La carta decía así:

«Querido esposo:

Ya estarás enterado por los papeles, de la desgracia que ocurrió en esta casa la misma tarde que tú estuvistes a visitarme.

Estoy con calenturas desde ese día.

Ya llevo dadas dos declaraciones, pero yo no sé una palabra.

Quisiera verte y hablarte. La llave que yo tenía del piso de la señora de Neira no me explico cómo ha llegado a poder de los criminales.

No me atrevo a escribirte más, pero tengo mucha precisión de hablarte.

Si puedes venir a verme, me alegraré mucho.

La que es tu mujer a pesar de todo».

* * *

Después de la lectura de la carta, don Máximo Baroja quedó sumido en largo y reflexivo silencio.

Aquella carta podía haber sido escrita con mucho cuidado y con profunda habilidad.

Era muy juicioso hablar de la llave, puesto que acerca de ella había sido interrogada la portera, y sus respuestas hecho concebir algunas dudas.

Pero si la cuestión se miraba bajo otro punto de vista, aquella carta podía ser hija de un sentimiento natural y sencillo.

Don Máximo Baroja alzó lentamente la cabeza, que conservara largo tiempo inclinada sobre el pecho, y preguntó al detenido.

—¿En la entrevista que hoy tuvo usted con su mujer ella habrá hablado de esa llave?

—Sí, señor.

—¿Cómo explica su desaparición?

—No se la explica.

—¿Qué dice, pues?

Doroteo levantó los ojos, y mirando al juez sin pestañear dijo:

—Debo decir toda la verdad, ¿no es esto?

—Naturalmente.

Y el juez cruzó las manos sobre el vade contemplando al detenido sin perder de vista ninguno de sus gestos ni el menor de sus movimientos.

Doroteo empezó a decir:

—Ha de saber el señor juez que la llave del piso de la señora de Neira fue robada de la portería.

—¿Por quién?

—Es lo que no se sabe.

—¿Y cómo si ha sido robada esa llave, ha vuelto a poder de la portera? ¿Quién se la ha entregado?

—Nadie, señor juez.

—¿Cómo se explica, pues?

—Lo que sucedió es que al subir a casa de la señora de Neira, cuando la criada pedía socorro, se encontró la llave caída en la alfombra del recibimiento.

¿Y cómo me ha ocultado un detalle tan importante, cuantas veces le he preguntado acerca de la llave, puesto que era tan esencial para el sumario y para mis ulteriores investigaciones?

Es una pobre mujer falta de luces, y no ha comprendido la importancia y gravedad de aquella declaración.

El juez miró esta vez más fijamente que nunca al acusado y le dijo:

—¿No comprende usted que hubiera sido mejor para su antigua mujer hacer esa declaración puesto que un testigo asegura haber visto la llave, al entrar en casa de la señora asesinada? Sin haber dicho nada usted ni ella, ya ve usted que otros lo han hecho, para dar más facilidad a la acción de la justicia.

Doroteo, que empezaba a sentirse un poco intranquilo, murmuró:

Pero, señor juez, ¿qué motivos tenemos para callar, yo sobre todo?

Don Máximo Baroja pronunció con gran severidad.

—El de no aparecer sospechosos.

—¿Sospechosos de qué?

—La portera, antigua mujer de usted, de haber entregado la llave, y usted de haber hecho que se la entregara o de habérsela quitado.

—¿Habérsela quitado? ¿Se sospecha de mí eso? Pues si me la hubiera dado, si yo la hubiese tomado, se la habría devuelto. ¿Quién me impedía hacerlo?

Esta reflexión era instintiva y hacía disipar la sospecha.

Fue, sin embargo, mal comprendida por el juez, que solo vio en ella una frase calculada de antemano, una especie de defensa preparada. Así es que respondió vivamente:

—El que cometió el crimen salió huyendo y deteniéndose a entregar la llave corría el riesgo de ser visto.

El detenido se puso lívido, y murmuró estas palabras:

—¡Se me acusa seriamente! ¡Se me acusa!

El juez creyó hábil dejarle bajo aquella dolorosa impresión, y suspendió el interrogatorio.

Capítulo XV

Continúa el manuscrito de Víctor

AQUELLA tarde don Máximo Baroja se encerró en su despacho y pudo continuar la interesante lectura de las memorias de Víctor.

Buscó la página en que las dejara interrumpidas, y arrellanándose en el sillón se dispuso a leer.

El manuscrito continuaba así:

Cada día experimentaba con mayor fuerza la atracción que Carlos ejercía sobre mí.

Pero a partir de aquella tarde en que por causa suya sentí un miedo tan grande, ya no fui dueño de dominarme.

Mil veces estuve a punto de arrojarme a su cuello, pero una extraordinaria timidez me detenía.

Para que no se burlase de mi agitación procuraba no verle.

Él vino un día a la habitación en que yo estaba. Me miró muy serio sin decirme nada.

Aquel día, sin embargo, yo experimenté una satisfacción. Comprendí que el silencio obstinado de Carlos no encubría olvido ni indiferencia, sino solamente una reserva incomprensible en un niño, aun cuando bien determinada.

Algún tiempo después, Carlos, que nunca había estado enfermo, experimentó accesos de fiebres intermitentes, y fue instalado en las habitaciones de la Condesa.

La noble señora se afectó mucho por la indisposición de su nieto. Creo que fue entonces cuando la Condesa tuvo por primera vez la idea de separamos.

Afortunadamente la enfermedad de Carlos no pasó de ser una ligerísima indisposición.

Una mañana vino a sorprenderme a la hora de la lección.

Yo jamás le había visto tan alegre y locuaz.

El día entero se pasó en gritos, en risas y en juegos, pero al llegar la noche la tristeza reapareció sobre su frente.

Cuando la Condesa entró a vernos en la habitación donde jugábamos, Carlos hizo grandes extremos por aparecer alegre; pero apenas su abuela se hubo ido comenzó a llorar.

No fue dueño de contenerse por más tiempo, y entre lágrimas me reprochó que su abuela me quería más que a él.

Yo protesté tratando de convencerle que no era así.

Carlos se enjugó las lágrimas y se fue sin decir nada.

Yo creí que se iba triste y abatido, pero no fue así.

Carlos cambiaba de humor con la mayor facilidad.

Arrastrado por yo no sé qué capricho, se le ocurrió subir a las habitaciones de la anciana Generala. Esta, que ordinariamente rehusaba recibir a su sobrino y hasta le detestaba un poco cordialmente, esta vez consintió en verle y, contra su costumbre, se mostró amable con él.

En un principio todo marchó admirablemente.

Carlos pidió perdón por todas sus faltas, y misericordia por todos sus pecados.

Se acusó de su turbulencia, de sus gritos, de sus travesuras, con una gravedad y un candor que la anciana Generala se sintió verdaderamente conmovida.

La buena señora se disponía a concederle solemnemente la absolución, cuando a través de sus gafas creyó advertir que Carlos se burlaba de ella con la mayor tranquilidad del mundo.

Carlos tuvo la audacia de reconocerlo así. Había tenido la intención —la intención solamente, es verdad— de ocultar a Morucho *bajo la cama de la anciana señora, y de jugarle todavía algunas otras burlas de este jaez.*

La noble Generala enrojeció de cólera.

Carlos se echó a reír y se alejó corriendo.

Pero las cosas no quedaron ahí.

Cinco minutos después, la anciana enviaba un recado a la Condesa para que se dignase subir a sus habitaciones.

Durante dos horas tuvo lugar entre las dos señoras una escena terrible a propósito del último escándalo de Carlos.

* * *

La anciana señora, no habiendo obtenido la reparación que exigía, resolvió abandonar la casa al día siguiente sin remisión.

Fue preciso que la Condesa, de buen o de mal grado, hiciese sus excusas a la tía, prometiéndola al mismo tiempo que Carlos sería severamente castigado en cuanto su salud lo permitiese.

Esto produjo a Carlos una gran contrariedad, aun cuando sabía de antemano que el castigo no se llevaría a cabo.

Al día siguiente, yo le encontré en la escalera después de comer.

Carlos se disponía a abrir la puerta llamando a Morucho*.*

Yo comprendí que él tramaba una terrible venganza a la cual quería asociar el perro, enemigo natural de la anciana Generala.

Si Morucho *detestaba a la noble señora, es lo cierto del caso que no le faltaba razón.*

Desde que la Generala había venido a habitar en el palacio, Morucho *sufría grandes vejaciones, siendo la más humillante para su dignidad perruna no permitirle franquear la escalera del piso superior donde la Generala tenía sus habitaciones.*

Toda una semana permaneció Morucho *al pie de la escalera, aullando delante de las puertas.*

Pero como la consigna era severa, sus quejas resultaron inútiles.

Morucho *no tardó en comprender la razón por que se le arrojaba de su domicilio predilecto.*

Un domingo en que la anciana Generala bajaba la escalera para oír misa en la capilla según su costumbre, Morucho *se arrojó sobre ella haciéndola caer. La hubiera, sin duda, atarazado a mordiscos, a no llegar un criado a tiempo de impedirlo.*

La noble señora estuvo enferma a consecuencia del susto recibido.

¡Carlos y Morucho *juntos eran demasiado!*

También en aquella ocasión la Generala presentó su ultimátum.

El perro o ella saldrían inmediatamente de la casa.

Como sucedía siempre en parecidos casos, la Condesa intervino para arreglar las cosas.

Ella hizo comprender a su tía que no podía arrojar del palacio al salvador de su nietecillo, pero añadió que daría órdenes muy severas para que la anciana no hallase jamás a Morucho *en su camino.*

* * *

Carlos llamaba dulcemente en la escalera:

—¡Morucho! ¡Morucho!

El perro acudió agitando la cola. Viendo abierta la puerta tuvo intenciones de lanzarse por ella, pero se detuvo indeciso.

La acción era tan grave, el llamamiento que Carlos le hacía tan inverosímil, que no podían creerlo sus ojos de perro.

Pasó, sin embargo, pero lentamente, como quien reflexiona y sabe lo que va a hacer.

A todo esto Carlos le excitaba, le mostraba la escalera animándole.

Aquello era demasiado.

Morucho *descubrió los colmillos con un gruñido de cólera, y se lanzó como una flecha.*

En su carrera loca volcaba las sillas.

La señorita Cornuty le apercibió y gritó pidiendo socorro. Era demasiado tarde.

Morucho *entró en la alcoba de la Generala, como una bala de cañón.*

Un criado llegó tras él. Pero esta vez la Generala no estaba dispuesta a perdonar.

Sin embargo, ¿a quién castigar?

La anciana había comprendido inmediatamente. Su mirada iracunda estaba fija en Carlos.

En efecto, Carlos, trémulo y pálido, tenía toda la expresión de un culpable.

Comprendía solamente entonces que las consecuencias de su travesura pudieran haber sido terribles.

Las suposiciones podían caer sobre los criados, acusados de descuido, y Carlos se adelantó a confesar toda la verdad.

Dio un paso hacia la Condesa y pronunció con la vista baja:

—¡Abuela!

La Condesa le miró severamente.

—¡Eres tú el culpable?

Viendo la palidez de Carlos, yo me adelanté y dije con una voz firme:

—Soy yo quien ha dejado pasar a Morucho, *por…, por…*

Y me detuve balbuciente. Todo mi valor había desaparecido bajo la mirada

con que me fulminó la Generala.

La noble señora se levantó y volviéndose a la institutriz pronunció secamente.

—Señorita Cornuty, castigúele usted de una manera ejemplar.

Yo levanté los ojos hacia Carlos, que parecía avergonzado.

Sus manos inertes caían a los lados del cuerpo; su rostro pálido se inclinaba sobre el pecho.

El único castigo usado con Carlos era el encierro en una habitación obscura; y esa fue también la pena que a mí se me impuso.

Permanecer durante dos horas en un cuarto desierto no es ciertamente un castigo muy cruel, pero cuando al niño se le encierra por fuerza, la condena parece terrible.

Ordinariamente, Carlos y su otro hermano, Rafaelito, eran encerrados durante dos horas; pero a mí se me condenó a cuatro en vista de la monstruosidad de mi crimen.

Pero en lugar de cuatro, permanecí encerrado hasta las tres de la madrugada.

He aquí por qué.

Dos horas después de mi prisión, la señorita Cornuty tuvo que acostarse enferma con un fuerte dolor de cabeza. Especie de neuralgias que padecía con alguna frecuencia, y casi la dejaban sin sentido. Esto hizo que se olvidase de mí.

El viejo criado que algunas veces cuidaba de Carlos y de mí supuso que yo ya estaba libre.

En cuanto a Carlos, había sido llamado a las habitaciones de la Condesa su abuela; permaneció en ellas hasta las once de la noche.

Cuando el criado le desnudó y acostó, no se atrevió a preguntar por mí.

Tenía sus razones para ello.

* * *

A las tres de la mañana oí que llamaban a la puerta de mi encierro.

Yo dormía echado en el suelo.

Al despertarme lancé un grito de sorpresa, pero bien pronto reconocí la voz de Carlos que dominaba las otras y después la de la señorita Cornuty y la de una doncella.

Se abrió la puerta y la institutriz abrazándome me dijo que la perdonase el haberme olvidado.

Yo me colgué a su cuello llorando.

Estaba helado de frío, y todo el cuerpo me dolía por efecto de la incómoda posición que había tenido al dormir sobre el suelo durísimo.

Mis ojos buscaron a Carlos: pero Carlos había huido a la alcoba donde nosotros dormíamos y se había metido vivamente en el lecho.

Cuando yo entré en la alcoba si no dormía, lo simulaba.

Sin embargo, a él debía mi libertad.

Desvelado e intranquilo toda la noche, acabó por poner en pie a todo el mundo a fin de que se me soltase.

En el palacio, parecía que todos, menos Carlos, se hubiesen olvidado de mí.

Por la mañana todos los habitantes del palacio supieron mi aventura.

La misma Generala se lamentó por haberme tratado con tan grande severidad.

En cuanto a la Condesa, yo no la vi jamás tan irritada.

—¿Qué le parece a usted, señorita Cornuty? ¿Cree usted que es esta manera de tratar a un niño? Eso, permítame usted que se lo diga, es bárbaro y cruel, todo junto. ¡Un niño delicado y nervioso encerrado toda la noche en una habitación obscura! ¡Es quererlo matar! ¡Es quererlo matar!

La pobre señorita Cornuty bajaba los ojos llenos de lágrimas, le explicaba los hechos, le contaba que había estado enferma, con una gran neuralgia de toda la cabeza. ¡La señora Condesa ya sabía lo fuertes que le daban!

La Condesa sin duda tuvo lástima de la institutriz, porque pareció calmarse.

Se acercó a mí y me abrazó con efusión. Con sus dedos pálidos y blancos, trazó sobre mi frente el signo de la cruz y salió solemnemente de la estancia.

La señorita Cornuty suspiró por lo bajo:

—¡Pobre Condesa! ¡Qué buena es!…

Nosotros empezamos a repasar las lecciones que tocaban aquel día, pero Carlos estudiaba distraídamente.

Antes de comer se acercó a mí, sonriendo tímidamente. Como para disimular su vergüenza me dio un cariñoso empujón y me dijo vivamente:

—¿Has sufrido mucho por mí?… ¿Quieres que después de comer juguemos en el salón?

Alguien abrió una puerta detrás de nosotros y asomó la cabeza. Yo creo que fue la Condesa. Pero no puedo asegurarlo.

Al caer la tarde bajamos juntos al salón.

Carlos, profundamente emocionado, respiraba con dificultad.

Yo me sentía feliz y alegre, como no lo había estado jamás:

Carlos me dijo:

—Vamos a jugar a la pelota, ¿quieres?

—Bueno.

Carlos se separó de mí algunos pasos; me miró, enrojeció y se arrojó sobre el diván, ocultando el rostro entre las manos.

Yo hice un movimiento hacia él, pero Carlos vio que me iba y me dijo:

—No te vayas, Víctor. Quédate aquí.

Al mismo tiempo se levantó vivamente y se arrojó a mi cuello.

Sus mejillas estaban húmedas. Los bucles de sus cabellos flotaban en desorden.

Así hicimos las paces Carlos y yo.

* * *

Poco tiempo pudimos gozar de nuestra amistad.

Carlos tuvo que volver a Madrid al lado de sus padres.

El viaje fue decidido en pocos días.

Al separarme de Carlos, comprendí que todavía algo que me era querido huía de mí.

Mi vida debía proseguir siempre así, sin esperanzas, sin amistades.

Carlos partió por largo tiempo.

Yo quedé solo en el palacio, que cada día se me figuraba más triste y más severo.

Con Carlos se había ido todo el bello ensueño de mi infancia desgraciada.

Me hallé más solo, y más huérfano que nunca.

Entré, a pesar mío, en otra existencia muy diversa.

Como el esquife que el mar balancea, yo seguía la ola que quería llevarme.

Todavía me aguardaba otra pena, quizá mayor para mi espíritu, y mucho más terrible para mi porvenir.

Un día yo me desperté muy tarde.

Todo era silencio y sombra en tomo mío.

Se oía el son grave melodioso de una música lejana.

Por veces, cesaba. Luego comenzaba de pronto.

Una emoción extraordinaria se apoderó de mí.

Me levanté a tientas y me vestí a obscuras.

Salí de la alcoba.

Atravesé dos salas desiertas. Llegué al corredor: también estaba desierto.

La música era ya más distinta.

Una voz cantaba. Otras respondían.

Sin saber por qué sentí miedo.

Me detuve.

Cesó la música.

Yo penetré en un segundo corredor.

Una escalera muy alumbrada me condujo a la capilla.

Un fuerte olor de cera se extendía por todo el palacio.

De la capilla, casi siempre silenciosa, llegaba un sordo y cálido murmullo de rezos, como si hubiese allí muchas personas reunidas.

Una doble cortina de terciopelo rojo cubría la puerta.

Yo levanté uno de los portieres y me oculté detrás.

Mi corazón latía tan fuerte, que apenas podía sostenerme de pie.

Pasaron algunos instantes.

Yo pude dominar un poco mi turbación, y levanté un poco la segunda cortina.

¡Dios mío! En el centro de la capilla había un túmulo, y colocado en él un ataúd.

Dos filas de cirios sostenidos en grandes candeleros rodeaban el catafalco.

Mis ojos habituados a la obscuridad no podían sostener tanta luz.

Una ráfaga de aire caliente perfumado de incienso me dio en el rostro.

Una porción de señoras y caballeros enlutados llenaba la capilla.

Yo estaba asustado.

Creía haber visto anteriormente todo aquello en un sueño.

Me acordé al mismo tiempo de la iglesia de mi aldea el día de los funerales de mi nodriza.

¡Una iglesia no más grande que la capilla del palacio de la Condesa!

¡También tenía un catafalco en el centro, rodeado de cirios amarillentos que ardían con fúnebre chisporroteo!

Yo sentí que el aliento me faltaba.

Cesó la música, y una voz, cantó sola en medio del silencio…

—«De profundis clamavit!…».

Respondieron otras voces graves y solemnes.

El canto funeral parecía agrandarse bajo la bóveda de la capilla.

Un sacerdote alto y grueso, revestido con magníficos ornamentos bordados de oro, atravesó la capilla y se acercó al túmulo.

Un acólito le seguía.

El sacerdote levantó el brazo con ademán solemne y sacudió sobre el catafalco el hisopo del agua bendita.

Luego entonó un responso que los diáconos acompañaron desde el altar.

Mi imaginación sobrexcitada era un volcán. En un transporte inexplicable, me eché a llorar.

El silencio se hizo profundo, casi religioso.

Cada uno de los asistentes parecía retener un suspiro.

Volvió a sonar la música y los cánticos.

Una angustia horrible se apoderó de mí.

Para no caer tuve que apoyarme en las cortinas.

De un golpe había comprendido.

Se celebraba un funeral.

¿De quién, Dios mío?

Un lúgubre y doloroso presentimiento hirió mi espíritu.

* * *

Cuando volví en mí tuve conocimiento de mi desgracia.

¡La Condesa, mi protectora, había muerto de repente la noche anterior!

Su cadáver, amortajado con hábito de los Dolores, ocupaba el ataúd que yo había visto en la capilla.

Con su muerte yo quedaba huérfano dos veces.

Seguí viviendo todavía un mes en el palacio, hasta que de Madrid vinieron órdenes de cerrar el palacio y despedir a los criados.

El hijo de la difunta Condesa escribía a la señorita Cornuty que, mientras resolvía lo que debía hacerse en definitiva, se trasladase con la anciana Generala y conmigo a casa de una hermana de su mujer que vivía retirada en el campo.

Aquella señora tenía dos hijos, y la señorita Cornuty le sería muy útil para

educarlos.

El padre de Carlos ya había escrito sobre este asunto a su cuñada, la cual se mostraba en todo conforme, y solo esperaba nuestra llegada.

Fue en una triste y lluviosa tarde de invierno cuando nos apeamos de un antiguo coche de familia a la puerta de la quinta de Andrade, donde vivía la señora en cuyo hogar íbamos a habitar.

Era ahijada de la Condesa, y se llamaba, como la hija de aquella, Beatriz.

Tenía entonces treinta y cinco años.

Era de un carácter dulce y amable. Se adivinaba en ella una gran tristeza oculta.

Sus facciones, nobles y encantadoras, estaban revestidas de una expresión grave y extraña que dejaba traslucir un sufrimiento íntimo.

Desde el primer momento inspiraba una simpatía profunda.

Estaba siempre pálida. Parecía un lirio que se dobla sobre un sepulcro.

Habiendo vivido mucho tiempo en la soledad, el trato de las gentes le disgustaba.

No olvidaré nunca su acogida, llena de cariño, aquella tarde en que por vez primera llegamos a su casa.

Ella se acercó a mí y me abrazó con una gran ternura.

Después me dijo si quería vivir en su casa y ser su hijo.

Mi corazón se oprimió con dolor. Llorando besé las manos de mi nueva protectora.

Me parecía oír una vez más esta palabra:

¡Huérfano!

He ahí cómo entré en una nueva familia, en una nueva casa, después de haber perdido por segunda vez cuanto me era querido, y ya me parecía ser mío.

Llegué con el alma fatigada, muerta.

En la quinta de Andrade mi nueva existencia se desenvolvía monótona y tranquila como en un convento.

Durante todo el tiempo que viví en aquella casa, no recuerdo una sola velada, una sola comida con parientes o con amigos.

Dos o tres personas venían algunas veces, además de las gentes que tenían negocios con el marido de Beatriz.

Era este un hombre preocupado por los negocios, que dedicaba muy poco tiempo a la familia.

Relaciones y negocios que no podía abandonar le obligaban a pasar largas

temporadas ausente de su casa.

Se hablaba mucho de su ambición, pero gozaba, sin embargo, reputación de hombre honrado.

Como su fortuna era grande y sólida, contribuía a que la opinión pública no le fuese desfavorable.

Las gentes se ocupaban mucho de él, y muy poco de su mujer, que vivía en una soledad profunda, en la cual parecía satisfecha.

Aquella señora me quiso como si fuera su hijo, y yo, todavía entristecido por la separación de Carlos y la muerte de la Condesa, me arrojé ardientemente en sus brazos, que se abrieron para consolarme.

Después la quise siempre como a una madre, a una hermana y a una amiga.

A pesar de las apariencias, que podían hacer pensar otra cosa, yo comprendí bien pronto que mi nueva protectora distaba mucho de ser feliz.

El curso tranquilo de su existencia era como un lecho de nieve que cubre un volcán casi extinguido.

Su dulce sonrisa no conseguía ocultar la pena que llevaba en el alma.

Yo adivinaba esta pena enterrada tan hondo, con tan heroico esfuerzo disimulada, y la quería más todavía.

Parecía que mi protectora desconfiaba de sí misma, se diría que vigilaba su corazón como se vigila un enemigo traidor.

A veces, cuando parecía más tranquila y más serena dos gruesas lágrimas se desprendían de sus ojos.

Se pudiera creer que la conciencia de alguna cosa se despertaba en ella para torturarla.

Su marido parecía quererla, y ella también le testimoniaba un verdadero afecto.

Pero a pesar de ser un niño, yo comprendía que entre aquellos dos corazones se interponía un abismo de hielo que ningún sol podía fundir.

Desde el primer momento, yo experimenté una profunda antipatía por el marido de Beatriz.

Era un hombre alto, delgado, frío; con los ojos siempre ocultos por unos quevedos ahumados.

Era un hombre poco comunicativo, y hasta con su mujer tenía las maneras frías de un inglés.

Era muy silencioso, y encontraba rara vez un asunto sobre el cual le fuese grato hablar.

Tenía algunos días en los cuales la sociedad le era insoportable.

Cuando yo llegué a la quinta, casi no reparó en mí.

Si alguna vez sucedía que los tres nos hallásemos reunidos en el salón, yo volvía a sentir mi timidez antigua y buscaba dónde ocultarme.

Si miraba a mi protectora, la veía observar ansiosamente los gestos y las actitudes de su marido, temiendo siempre desplacerle, como si en las palabras de aquel hombre hallase alusiones que yo no podía comprender.

Empleaba toda su gracia y su voluntad por ser agradable a su marido, aun cuando desesperaba de conseguirlo.

La menor sonrisa que podía arrancar a aquel hombre apático y frío la llenaba de satisfacción.

Pero aquella misma alegría era incompleta, y no podía ocultar la contrariedad y la tristeza que reinaban entre aquellos dos seres.

Era solamente en las temporadas en que su marido estaba ausente, cuando mi protectora se mostraba verdaderamente expansiva y amable.

Entonces ella hablaba conmigo de todas las cosas como con un amiguito de menos edad.

Algunas veces conversábamos acerca de su marido, pero nuestras conversaciones no pasaban de ciertas preguntas que ella me hacía a este respecto:

—¿Viste si ha comido?

—¿Parecía satisfecho?

Y esto era todo.

Pero sobre esto llegaba hasta el punto de interrogar a los criados.

Estas cosas producían en mí una impresión extraña.

Era un niño, pero, sin embargo, comprendía perfectamente que no debían ser esas las relaciones entre esposos.

Yo me perdía en conjeturas, sin hallar nada que me explicase aquel misterio, y dejaba deslizarse los días habituándome poco a poco a la tristeza solemne que habitaba la quinta.

Apenas si algún alegre rayo de sol penetraba en esta vida monótona.

Por veces aquel hombre se mostraba más atento que de costumbre con su mujer.

Respondía a las amabilidades de ella con una sonrisa y una palabra amable y le pedía que se sentase al piano. Entonces ella nos tocaba algunas piezas escogidas, y así se hacía más llevadera la velada.

Pero eso no sucedía sino muy raramente. Nuestra vida casi monacal se deslizaba uniforme, sin un solo accidente.

Yo acabé por acostumbrarme y hasta hallar en todo ello alguna dulzura.

Mi nueva protectora fue para mí objeto de un cariño profundo.

Por discreción, no osé nunca profundizar demasiado en la razón de su eterna pena.

Ella adivinaba mi afección y se mostraba reconocida.

Cuando leía una viva inquietud sobre mi rostro de niño, me sonreía a través de sus lágrimas y se burlaba de su propia tristeza.

Hasta intentaba persuadirme de que vivía feliz y contenta, que encontraba una gran satisfacción en la amistad y bondad que todos le mostrábamos, y que solamente la entristecía un poco el carácter de su marido. Pero que aparte de eso se encontraba feliz, muy feliz…

Sin embargo, cuando mi bienhechora pronunciaba estas últimas palabras, no podía impedir que las lágrimas empañasen sus ojos.

Aquella señora me mostraba una afección muy grande consagrándome todos los momentos que le dejaba libres su hijo, un niño de un año apenas.

Quizá buscando manera de distraerse en algo de sus penas, se había empeñado en hacer por sí misma mi educación, sin admitir la ayuda de la señorita Cornuty, que sonreía un poco de sus esfuerzos.

Ella quería en efecto enseñarme todas las ciencias a la vez, de manera que yo no comprendía nada.

La señorita Cornuty no cesaba de repetir que en aquellas lecciones faltaba el método; pero esta falta la sustituía con creces la buena voluntad, que era muy grande, y la mutua afección que era mayor.

Mi protectora se preocupaba poco o nada de la pedagogía. Había observado que para instruirme bastaba comprender mi carácter y solicitar mi atención.

Los hechos demostraron que no estaba equivocada.

Desde el primer momento, desaparecieron las relaciones jerárquicas de maestro y discípulo.

Nosotros aprendíamos como dos amigos.

Yo vivía reconocido al sacrificio que mi protectora me hada de una gran parte de su tiempo.

Después de cada lección no podía menos de abrazarla.

Mi excesiva sensibilidad la pasmaba y la conmovía.

Me interrogaba sobre mi pasado, deseosa de oír el relato de mis labios, y

cuando yo le refería algún hecho de mi infancia, se mostraba conmigo más tierna y más seria —más seria porque mi infancia desgraciada le inspiraba una gran piedad y al mismo tiempo una especie de respeto.

Estas confidencias mías tenían lugar en medio de largas conversaciones. Yo las veía entonces bajo un nuevo aspecto y sacaba de ellas grandes enseñanzas para el porvenir.

La señorita Cornuty encontraba estas conversaciones demasiado largas y demasiado serias.

Al ver que muchas veces el relato de mis desgracias me llenaba los ojos de lágrimas, no podía contenerse y murmuraba por lo bajo que todo aquello era inoportuno.

Pero yo no era de su opinión.

La tristeza y las lágrimas en ocasiones hacen un gran bien al espíritu, y en la edad en que yo estaba, mucho más.

Después de cada lección, yo me sentía tierno y afectable como si mi existencia hubiese sido siempre la de un niño feliz.

Por otra parte, mi gratitud hacia mi bondadosa protectora era cada día mayor.

Los días se sucedían, sin que un solo suceso de importancia ocurriese en mi vida.

El estudio de las lecciones, los juegos en el jardín de la quinta, las conversaciones con mi protectora y el piano que ella solía tocar casi todas las tardes, tejían entonces mi tranquila existencia de niño.

¡Y aún la tejieron durante mucho tiempo!

Capítulo XVI

Habla la criada

TRANSCURRIDOS bastantes días, la víctima superviviente del doble asesinato pudo declarar sin peligro.

Don Máximo Baroja hizo una visita al hospital sin aparato de alguaciles ni escribano.

Parecía un simple visitante.

Acompañado del médico de guardia se dirigió al lecho de la enferma.

Tomó asiento en una silla colocada a la cabecera, y afablemente, como persona que solicita un favor, le rogó que terminase la relación del crimen. La declaración comenzada e interrumpida desgraciadamente en una anterior visita del juzgado.

La enferma se enjugó una lágrima que resbalaba por su pálida mejilla y atendió la observación del juez.

Don Máximo Baroja tuvo que acercar más su asiento a la cabecera del lecho, porque la voz de la enferma era aún muy débil.

El relato de la criada herida, hecho con grandes pausas, fue así en su esencia.

* * *

Era el caer de la tarde.

Anochecía.

Haría tal vez media hora que el desconocido amigo de la señora de Neira se hallaba con esta de visita, cuando la criada tuvo necesidad de bajar al comercio de ultramarinos que había en la esquina de la calle.

Bajó corriendo.

En el portal de la casa estaba un hombre que le impresionó por su aspecto.

Parecía un individuo sospechoso.

La criada se entretendría en el comercio como unos diez minutos.

Al subir la escalera oyó un grito.

Sin saber por qué, sintió un estremecimiento de miedo al ver que la puerta

estaba abierta.

Ella recordaba perfectamente haberla cerrado.

Entró.

La casa estaba en silencio.

La criada se dirigió a la cocina y encendió un candelero.

Con la luz en la mano atravesó el corredor.

Se dirigía a la sala, que suponía a obscuras.

Al trasponer la puerta, un grito se exhalara de su garganta.

El candelero se escapara de sus manos apagándose en la alfombra.

Lo que sintió no lo sabía explicar.

La señora de Neira yacía sobre la alfombra.

Sin embargo, al principio no la supuso muerta.

La penumbra que invadía el aposento no permitía distinguir claramente los objetos.

Al mismo tiempo vio de pie, descerrajando un mueble, a dos hombres que a su entrada se volvieron bruscamente.

El primer pensamiento de la criada no fue huir, sino correr al balcón y pedir socorro.

Ya había dado algunos pasos con este intento, cuando súbitamente uno de los dos hombres se lanzó a ella de un salto, como gato montés.

Quiso correr, y no pudo.

Quiso gritar y la voz se extinguió en su garganta.

Se volvió para huir, pero se sintió agarrada por una mano de hierro.

Cayó sobre un costado.

El malhechor la sujetó fuertemente con la mano izquierda, mientras con la derecha, armada de una faca, le daba un golpe en la garganta y huía dejándola por muerta.

Su cómplice le siguió como una sombra.

Al verse sola y herida la criada se llevara ambas manos al cuello.

En aquel supremo instante de angustia cobrara una energía nueva.

Irguiose vacilante.

Tropezando con los muebles corrió a la ventana.

La abrió rápidamente. Sosteniéndose en el alféizar, gritó con roncas voces pidiendo socorro.

Y sus gritos fueron con tan violenta angustia arrancados a la garganta, que con ellos sintió írsele la vida.

Le faltaron completamente las energías.

Todavía luchó por sostenerse y asirse al antepecho de la ventana.

Vano esfuerzo.

Sus ojos se nublaron: se aflojaron sus manos, y el cuerpo cayó inerte sobre la alfombra.

* * *

Al terminar su relato la enferma sufrió un desmayo.

Había hecho la narración del crimen con gran trabajo.

El juez la escuchara con sumo interés.

Después de las últimas palabras de la criada quedó sumido en grave meditación.

La existencia de un cómplice aparecía demostrada.

Otra cosa deducíase claramente de la declaración de la criada.

Uno de los autores del crimen no era un desconocido para la señora de Neira.

No sería un visitante habitual, pero era, sin duda, alguien de las relaciones de la víctima, puesto que ella era quien lo había hecho entrar y voluntariamente lo recibiera.

Este hecho, perfectamente demostrado, vino a iluminar el espíritu del juez, dándole la evidencia de que Víctor Rey era uno de los autores del doble asesinato de Madrid Moderno. Una sola cosa no se explicaba. La necesidad de la llave de la portera.

En cuanto a quién fuese el cómplice de Víctor, para don Máximo Baroja no cabía duda alguna que era Doroteo.

Pero las conjeturas no son bastantes para castigar a los asesinos.

Se necesitan pruebas; y don Máximo Baroja no las tenía.

La culpabilidad de aquellos dos hombres le parecía cosa evidente, pero no podía probarla.

Si la criada no los reconocía tendría que ponerlos en libertad.

Esta lucha de su conciencia de juez le sugirió una idea.

Se acercó al lecho de la enferma, la cual ya había vuelto en sí, y le dijo:

—Voy a traerla al hombre que quiso matarla, y que mató a la señora de Neira. Voy a traérselo y a enseñárselo para que le reconozca. Y ahora fíjese bien en esto. Supongamos que no lo reconoce. En ese caso, en el caso de no

reconocerlo, no lo diga, no lo manifieste. Al contrario. Desígnele usted, como si fuese él asesino, y como si realmente estuviese en su presencia. Diga que es él, y asegure en eso.

Con esta argucia judicial, se proponía don Máximo Baraja desenmascarar a los dos culpables, o cuando menos a uno de ellos.

En todo caso, reconocido o no por la víctima, el criminal se delataría.

Probada la culpabilidad de uno de ellos, fácilmente se probaría la del otro.

Después de haber hablado con la enferma, don Máximo Baraja conferenció con el médico y el director del hospital. Hizo trasladar a la enferma para una habitación aislada, y convocó un cierto número de espectadores para la escena que premeditaba.

Al ser prevenida de que iba a encontrarse en presencia del asesino de la señora de Neira, la enferma sintiose poseída de un gran malestar, y seguramente desfallecería si por mil formas no procurasen calmarla con la presencia de muchas personas.

Don Máximo Baraja salió apresuradamente del hospital, montó en un coche y se hizo conducir a la cárcel donde Víctor Rey permanecía incomunicado.

Después de una breve entrevista con el preso, en su mismo coche y escoltado por dos agentes le condujo al hospital.

Una vez allí, lo hizo entrar en el despacho del director, y salió dejando a Víctor vigilado por los dos agentes. Después se dirigió precipitadamente a la habitación a donde la criada había sido trasladada, y en la cual se hallaban ya entonces reunidas varias personas.

Se acercó al lecho, y murmuró en grave y reposada voz:

—El hombre ese ya está abajo. Es preciso que usted tenga serenidad.

Y observando que la enferma le miraba con un aire de susto y sufrimiento, añadió:

—No se impresione, que no le va a suceder nada malo. Acuérdese de lo que antes le he recomendado. Si no lo reconoce usted, aparente lo contrario. Es muy importante.

Y luego añadió:

—No hay que desmayar. Energía, mucha energía… Entretanto, allá abajo, en el despacho del director, Víctor preguntaba distraídamente a los agentes que le custodiaban.

—¿Para qué demonio me han traído ustedes aquí? ¿No se puede saber?

En esto llegó un enfermero con orden del juez para que subiese al preso.

Escoltado por los agentes, salía del despacho del director, y subía a la habitación donde se hallaba la criada.

El enfermero les precedía guiándoles.

En un largo pasillo, se detuvo enfrente de una puerta numerada.

Indicó a los agentes que esperasen, empujó la puerta y entró.

Momentos después salía don Máximo Baraja. Dirigiéndose a Víctor Rey, que parecía revestido de la mayor serenidad, y hasta cierto punto sorprendido con lo que estaba pasando, dijo:

—Entre usted.

Cuando Víctor entró en el cuarto del hospital acompañado del juez, las personas que rodeaban el lecho de la enferma se apartaron un poco.

La criada estaba sentada en una silla colocada a la cabecera de la cama.

La pobre mujer aguardaba con ansiedad la escena del reconocimiento para la cual la venían preparando.

Al ver entrar a Víctor sintió miedo como si en realidad estuviese en presencia del malhechor que intentara asesinarla, pero al mirarle no le reconoció.

No se acordaba de haber visto aquella cara.

Podía ser el cómplice, pero de ninguna manera el hombre que la había herido, dejándola por muerta.

La fisonomía de Víctor no le recordaba ni por un momento al hombre de la faca.

Aquel hombre a quien había visto apenas en la penumbra de la sala de la señora de Neira, trastornada por la escena trágica del crimen.

Tenía una idea de que el asesino era más viejo, más alto, más corpulento; y sobre todo figurábase que su fisonomía reflejaba, al contrario de la de Víctor que era dulce, una extraña ferocidad.

Víctor le pareció enteramente otro hombre.

Así experimentó una indecible repulsión en acceder a los deseos del juez, que, como hemos visto anteriormente, le ordenara el reconocimiento de Víctor como asesino, fuéselo o no lo fuese.

Tuvo remordimientos de ser a su vez culpable de un crimen, denunciando un inocente y, sin comprender el pensamiento del juez, persistió en negarse y no acceder.

Aquel hombre, el hombre que tenía delante, no era el asesino de la señora de Neira.

¡No era su asesino!

Pero don Máximo Baroja, que no apartaba los ojos de ella, pareciendo comprenderle los pensamientos, apresurose a decirle en un tono de voz que era a la vez de persuasión y de imperio. La voz y el tono que emplean los magistrados y los funcionarios de policía cuando quieren infundir ánimo a los testigos: Acuérdese de lo que le dije. ¿Reconoce a este hombre como al asesino de la señora de Neira?

La criada no respondió sino con un suspiro, y bajó los ojos hundidos por la fiebre.

—Mire bien para él. No tiene nada que temer. Está aquí en lugar seguro. Entre personas de absoluta confianza. ¿Lo reconoce?

La enferma alzó los ojos, y atraída por extraña curiosidad miró atentamente a Víctor. No, no era aquel el asesino. Positivamente no era.

Pero encontró la mirada del juez severa, autoritaria, imponiéndola, y murmuró en voz baja:

—¡Es él!

Al mismo tiempo que, para dar más importancia a su afirmación, le señalaba con su mano pálida y descarnada.

Hubo un vago susurro.

Las personas que presenciaban la escena se volvieron todas hacia Víctor en el apogeo de una gran curiosidad y de una gran conmoción.

Víctor permanecía impasible.

No se movió, no hizo un gesto, no se contrajo un solo músculo de su rostro.

Al oír a la enferma decir:

—¡Es él!

Replicó sin exaltación, sin aire de protesta, fríamente, como quien hace una observación:

—Esa mujer se equivoca. Me confunde con otro.

El juez, que desde que la criada había hablado, no dejara un momento de observar a Víctor con mirada inquiridora y penetrante, puso término a la situación con estas palabras solemnes:

—El juzgado no se había equivocado.

Entonces Víctor, cuya palidez aumentaba, dijo:

—¡Es falso! Se equivocó, como se equivoca siempre.

Hubo un gran movimiento entre la gente que presenciaba la escena.

La enferma se llevó ambas manos al cuello, y se quejó débilmente.

Algunas personas la rodearon.

El médico de guardia, que estaba presente, dijo al mismo tiempo que la pulsaba:

—Tengan la bondad de retirarse. Es preciso dejarla sosegar.

El juez se aproximó a la puerta, y llamó a los dos agentes que esperaban paseándose en el corredor.

Después, indicando a Víctor que saliese, dijo a los dos policías:

—Acompañen a este hombre allá abajo, sin permitirle hablar con nadie.

Víctor salió.

Parecía extraño a todo lo que pasaba en derredor suyo.

¿Era indiferencia?

¿Era exceso de emoción?

Para don Máximo Baroja la actitud del procesado era una duda.

Cuando Víctor hubo salido, el juez cerró la puerta, y haciendo apartarse a las dos o tres personas que rodeaban a la enferma, dijo a esta en voz baja:

—¿No es él, verdad?

La criada respondió:

—No, señor.

El juez insistió:

—¿Está usted segura?

—Sí, señor. Ese hombre no lo he visto nunca.

—¿Usted se ha fijado bien?

—Sí, señor.

El juez permaneció un momento silencioso al lado de la enferma.

No osaba separarse de ella, porque después de aquella escena de tan concluyente apariencia, se figuraba que dejar de ver a la superviviente del crimen de Madrid Moderno era renunciar a la esperanza de aclarar el misterio.

Así fue que todavía una vez más insistió interrogando a la enferma:

—¿Qué tipo tenía entonces el hombre que la hirió?

—No me acuerdo bien. ¡Como era casi de noche!… En la sala apenas se veía. De lo que me acuerdo es de que era un tipo muy diferente al de ese… Era más grueso y más fuerte.

—¿Usaba también la barba crecida?

—Eso, sí, señor.

—¿Si usted viese al verdadero autor del crimen, lo reconocería?

—Creo que sí, señor.

El juez meditó un momento.

Acababa de ocurrírsele la idea de celebrar un careo entre la enferma y Doroteo.

Don Máximo Baroja se levantó. Despidiose de la enferma. Estrechó la mano del médico y salió.

No había desistido de su propósito de mantener a Víctor en la creencia de que la criada le denunciara como autor del doble asesinato de Madrid Moderno.

Llevaría la prueba hasta el absurdo. ¿Quién sabe?

Tal vez la criada no le reconociese por no haberle visto bien y fuese aquel el verdadero culpable.

¡Quién sabe!

El crimen fuera practicado en circunstancias tan extrañas, con tanta rapidez, y a una hora tan propicia, que nada más natural que la criada de la señora de Neira no hubiese podido conocer al asesino.

A decir verdad, ella casi no le había visto.

Pero por otro lado, el acusado Víctor Rey no manifestara la menor emoción al ser conducido a presencia de la víctima ni al ser aparentemente reconocido por ella.

Lejos de eso, había manifestado una serenidad tan grande, que al mismo juez llegó a parecerle afectada.

Aun siendo inocente, y quizá más que nada por eso mismo, era natural que demostrase mayor sorpresa.

Con efecto, ser acusado de un crimen que no se ha cometido, es cosa que no sucede todos los días.

¿Por qué motivo aquel hombre había sido indiferente a la acusación hecha en tan singulares circunstancias?

Durante toda la escena, el juez no había dejado de mirarle, observándole la fisonomía, en la creencia de que ella revelase alguna cosa…

Pero nada había conseguido sorprender. Nada, ni siquiera emoción.

Diríase que aquel hombre era de piedra.

CAPÍTULO XVII

CRÍTICOS MOMENTOS

CUANDO bajó al despacho del director donde esperaba el preso, don Máximo Baroja intentó una nueva experiencia.

Ordenó a los guardias que se retirasen, y quedó solo con el acusado. Le interrogó:

—¿Está usted dispuesto a decir toda la verdad? Ya ha visto usted que la prueba es concluyente. Resta todavía la confesión de usted como atenuante. No quiere esto decir que la justicia necesita de ella para proceder… Si le hablo a usted de esto es en su interés particular, porque la confesión mitiga la pena.

Sin mirar al juez, Víctor replicó:

—Ya he dicho al señor juez que esa mujer se equivocó. Me confundió con otro… Estoy inocente…

El juez agitó la cabeza:

—Hace mal… Hace mal. Le veo con esa negativa completamente perdido. La confesión no le salvaría, claro está, pero atenúa considerablemente el castigo.

Víctor preguntó en un tono vagamente inquieto:

—¿Va entonces a condenárseme por la declaración de esa mujer?

El juez sorprendió este indicio de capitulación y se animó juzgándole en el declive.

—¡Claro está que van a condenarlo por eso! ¿Acaso se necesita más?

Y como Víctor no le interrumpiese, pareciendo considerar toda la gravedad del hecho, el juez continuó:

—De una manera terminante, ha sido usted reconocido por la víctima superviviente. Una declaración de esa índole hace fe en todos los juicios. Después de ella, es inútil persistir en negar. El tribunal no dará crédito a sus palabras.

Después, mudando de tono, más bajo, convincente, casi familiar, añadió:

—¿Y cómo no quería usted que fuese así? ¿Acaso el hecho de ser reconocido por la víctima superviviente del crimen que le imputan no será suficiente para condenar?

Y subrayando las palabras al mismo tiempo que observaba atentamente al acusado continuó.

—¿Cómo la víctima iba a reconocerle si usted no fuese realmente el criminal?

Víctor, que oía al juez sin mirarle, hizo ademán de interrumpirle, pero don Máximo Baroja le objetó:

—¡Ya sé! Ya sé lo que usted va a decirme, que la criada lo confundió con otro. ¿Y le parece a usted, sin duda, creíble que el autor del crimen de Madrid Moderno se parezca a usted hasta el extremo de que se confundan los dos? ¿Acaso es eso verosímil?

En un arrebato, Víctor exclamó:

—¿Y si le ha visto mal?

En un tono de voz helado, don Máximo Baroja preguntó con intención:

—¿Cómo sabe eso?

Víctor empezaba a perturbarse de una manera visible.

Un segundo de vacilación y estaba perdido.

Él mismo lo sentía.

Pero se repuso a tiempo:

—¿Pero no es verdad que ese crimen se practicó de noche?

—Es inútil que el acusado pretenda engañar a la justicia. Él sabe mejor que nadie que no ha sido de noche…

Hubo un largo silencio.

De pronto Víctor se levantó de la silla en que se hallaba sentado, y dijo como quien toma una resolución:

—¡Pues bien!…

El momento era decisivo.

Víctor se disponía a confesar.

Don Máximo Baroja estaba pálido.

Víctor sacudió la cabeza con un movimiento lleno de energía:

—Estaba decidido a no hablar, pero hablaré.

El juez le animó con un ademán:

—Hable, hable.

—Se trata de mi vida y he de salvarla.

Don Máximo Baroja le miró lleno de sorpresa:

—¡Cómo!

—Probando que soy inocente.

El juez parecía cada vez más asombrado:

—¿Y puede el acusado probar eso?

Víctor afirmó resueltamente:

—¡Puedo!

En aquel momento don Máximo Baroja tuvo impresión abrumadora de que su argucia al hacer que la enferma reconociese a Víctor como culpable iba a resultar estéril.

Se sintió poseído de una gran irritación contra aquel hombre.

Así fue que, dando un puñetazo sobre la mesa, exclamó:

—¡El acusado pretende burlarse sin duda!

Víctor replicó fríamente:

—La justicia es la que ha pretendido burlarse de mí.

A pesar de haber pronunciado estas palabras con aparente frialdad, conocíase sin embargo que Víctor comenzaba a excitarse, lo que le sucedía siempre que lo provocaban.

La cólera, en aquel hombre víctima de fatalidades de nacimiento y educación, tenía aspectos singulares.

Cuando se apoderaba de él, su primer síntoma era una palidez de cera.

Luego todos sus rasgos se alteraban.

Diríase que otra fisonomía se marcaba y modelaba sobre ellos.

Se le ahondaban amoratadas las ojeras y la tez parecía estibársele de azul.

Después su mirada llameaba y parecía despedir siniestros relámpagos.

Dilatábanse sus pupilas, y su boca tomaba una expresión de extraña ferocidad, y toda su persona parecía agitada por un espasmo epiléptico.

A esto llamaba él sus crisis, y con efecto eran terribles crisis morbosas, que apenas disipadas lo restituían a su habitual individualidad.

En aquel momento crítico, una de esas crisis parecía querer poseerlo.

Ya no consideraba la grave situación moral en que se encontraba.

Dejara de ver en su presencia al juez, para ver al hombre que le vejaba privándole de la libertad.

Así, cuando don Máximo Baroja, descargando un segundo puñetazo sobre la mesa, le ordenó que se callase, Víctor, avanzando un paso hacia él, le replicó todo trémulo:

—¿También se me quiere despojar del derecho de defensa?

Don Máximo Baroja le interrumpió con gran severidad:

—¿Qué acusación intenta usted formular?

Víctor replicó en un tono de formidable energía:

—Quiero decir que se me está violentando para que declare contra mi voluntad, y que no lo consiento. ¿Lo ha entendido el señor juez?

Don Máximo Baroja, verdaderamente intimidado, se dirigió a la puerta con objeto de llamar a los dos agentes que habían quedado en el corredor.

Víctor le adivinó la intención y le detuvo interponiéndose.

Pero en aquel momento ya era dueño de sí.

La crisis de furor que un momento antes le amagara había abortado.

El juez se detuvo exclamando:

—¿Qué intenta usted hacer?

—Intento hacerme oír.

—¡Déjeme usted pasar o pido socorro!

Víctor murmuró con una calma extraña:

—¡El caso no es para tanto, señor juez! Además, parecería extraño, y sería perjudicial para su prestigio que le oyesen pedir socorro. ¿Qué mal, después de todo, puedo yo causarle? ¡Soy un desgraciado! Se me atribuye un crimen que no cometí, por el hecho fatal de haber anteriormente cometido otro: el desfalco, que no puedo negar, y que me avergüenza y que me pierde…

Hizo una pausa, y luego murmuró:

—¿Está el señor juez sinceramente convencido de que he sido yo quien mató a la señora de Neira?

Don Máximo Baroja, nuevamente interesado, respondió:

—¡Absolutamente!

—¡Pues está equivocado!

Y añadió:

—La justicia tiene la manía de ver criminales en todas partes.

—Advierto al acusado que no le permito formular esa clase de juicios.

—No creo haber faltado al señor juez.

—Es una advertencia.

—Pues bien. El caso es este: el señor juez aún no ha conseguido saber quién era el asesino de la señora de Neira…

—¿Pues no acaba el acusado de ser reconocido por la criada herida?

—No, señor.

—¿Negará usted la evidencia?

—Niego que haya sido reconocido.

—Eso es una burla.

—No, señor. ¿Acaso piensa el señor juez que yo estoy convencido de la sinceridad del reconocimiento de esa mujer?

—Su afirmación ha sido categórica.

—¿Pero supone por ventura el señor juez que no vi, que no comprendí que se trataba de una pura comedia, expresamente forjada para arrancarme la confesión del crimen? Claramente reparé en la turbación, en la perplejidad de esa pobre mujer en el acto de reconocerme. Evidentemente, ella no me reconoció. Si así fuese, lo habría dicho desde luego, sin dudas ni vacilaciones… ¿No es esto verdad?

Don Máximo Baroja no contestó.

Su perturbación era visible.

Para ocultarla compuso una fisonomía austera y dijo:

—No intente usted hacer de mí su juguete. Acuérdese usted de que está hablando con el juez. Si no tiene otros elementos de defensa sino palabras, puede considerarse perdido. Ya se lo he dicho al acusado: la declaración de la criada basta para hacerle condenar irremediablemente.

Víctor insistió en sus anteriores afirmaciones:

—Tengo otros elementos de defensa…

—¿Cuáles?

—Uno solo y concluyente.

—¿Por qué lo calló hasta ahora?

—Por delicadeza.

—¿Y ahora está dispuesto a decirlo?

—Estoy.

—Veamos cuál es esa prueba de su inocencia.

—Esta. A la hora en que fue cometido el crimen de que se me acusa yo me hallaba en otra parte.

—Bien, sí, ya sé lo que me dice. A esa hora alega el acusado que paseaba por las calles… ¿Y a eso llama elemento de defensa? ¿Quién nos asegura que el acusado paseaba a esa hora por las calles? ¿Recuerda que, interrogado por mí a ese respecto, declaró no haber tropezado con personas a quien conociese y que pudiesen declararlo?…

Víctor replicó con asombrosa serenidad:

—Me acuerdo perfectamente. Pero no fue eso lo que pasó.

Don Máximo Baroja repitió sorprendido:

—¿No fue eso?

—Ya he dicho que no.

—Pues sírvase el acusado explicarse con mayor claridad.

—A la hora en que se cometió el crimen no vagaba yo por las calles. Me hallaba en una casa.

—¿En su casa?

—No, señor. En una casa ajena…

Don Máximo Baroja pronunció desdeñosamente:

—Eso es muy viejo. Una mujer. ¿No es verdad? ¡Una mujer de quien no se puede decir el nombre!… Una mujer casada seguramente. ¡Es viejo, muy viejo!…

Víctor replicó:

—Se engaña el señor juez. Es de lo más nuevo. A la hora en que se cometió el crimen de Madrid Moderno, yo me hallaba en una casa con una mujer. Había decidido ocultar su nombre, pero puesto que me va en ello la vida, no puedo menos de revelarlo. Esa mujer se llama Soledad. Es huérfana. Vive con unos tíos suyos. Doroteo Fuentes y su mujer.

El juez le miró lleno de sorpresa.

En su opinión Víctor Rey acababa de venderse.

Doroteo estaba preso.

Desde el primer momento el juez le había considerado como uno de los autores del crimen.

Sin duda Doroteo era el hombre que había herido a la criada.

La criada, que no había reconocido a Víctor, reconocería a Doroteo.

Pero era necesario esperar al día siguiente.

Se levantó y llamó a los guardias que esperaban fuera.

Cuando la pareja se llevaba al reo, don Máximo Baroja dijo sentándose en un sillón y como si hablase consigo mismo, pero de una manera que Víctor le oyese:

—No me había equivocado al mandar detener a ese Doroteo.

Víctor se volvió.

Estaba pálido como la muerte.

Quiso pronunciar algunas palabras, pero no pudo.

Los dos guardias le empujaron rudamente para que saliese.

Capítulo XVIII

El manuscrito de Víctor continúa

Cuando cumplí doce años, pensaron en hacer de mí un hombre de provecho, útil para sí mismo y para los demás.

Me acuerdo muy bien de aquella época.

La señorita Cornuty se afanaba preparándome a fin de que pudiese entrar en un colegio.

De todos los estudios que entonces me hicieron emprender, la historia llegó a infundirme una verdadera pasión.

Mi protectora solía leerme por las noches, a fin de hacer la velada más llevadera, trozos escogidos de una gran historia en muchos tomos.

Cada uno de aquellos relatos me entusiasmaba, y me conmovía como si yo hubiese sido héroe en aquellas luchas de reyes y grandes señores.

Mi protectora leía tan bien, que las palabras parecían fluir naturalmente de sus labios con el calor de la improvisación que pudieran tener en los de un testigo presencial de los sucesos que me daba a conocer.

Quizá parezca ridícula esta pasión de las lecturas históricas que a mi protectora y a minos distraía durante las largas y melancólicas veladas del invierno.

Pero a quien tenga en cuenta que yo no era más que un niño y que aquella señora era un corazón herido que soportaba difícilmente el fardo de la vida, no podrá extrañarle.

Mi protectora parecía cada día más triste.

Se irritaba más fácilmente.

Sus crisis de desesperación eran más violentas.

En cambio su mando cada día parecía más tranquilo y más glacial.

La salud y la tranquilidad de mi protectora me inquietaban mucho.

Yo ya no era un niño.

Observaba y adivinaba muchas cosas.

Sin embargo, el misterio, que como ave de mal agüero se cernía en aquella casa, me obsesionaba sin que pudiese llegar a penetrarlo.

Había momentos en que me parecía comprender, pero luego volvían para mí las dudas.

Otras veces permanecía indiferente, apático, casi irritado, y olvidaba mi curiosidad en vista de mi impotencia para satisfacerla.

Muy frecuentemente, me sucedía experimentar un extraño deseo de estar solo a fin de pensar, ¡de pensar siempre!

Estos momentos me recordaban mucho mis primeros tiempos en el palacio de la Condesa, antes de llegar a ser el amigo de Carlos.

La diferencia de mi estado actual se manifestaba en mis impaciencias, en mis angustias, en un afán desconocido y en una sed de movimiento que me hacían más difícil que antes la concentración de mis ideas.

Por su parte, mi protectora parecía evitarme.

A mi edad, casi ya no podía ser considerado como un niño.

Mi protectora adivinaba mi curiosidad, y muchas veces mis preguntas la turbaban y mis miradas llenas de interrogaciones la obligaban a inclinar la frente. Tenía un secreto y no quería dejarlo adivinar.

Lo guardaba cuidadosamente.

¿Lo guardaría así siempre?

* * *

Hacia esta época mi estado moral sufrió una ruda sacudida. He aquí cómo:

El comedor —habitación en la cual solíamos muchas noches hacer tertulia— tenía tres puertas.

Daba la una al salón; la otra al interior de la casa, y la tercera a la biblioteca.

La biblioteca a su vez tenía una puertecilla que daba paso a un gabinete vecino de mi alcoba.

En este gabinete y sobre un velador solían estar las llaves de la biblioteca y de los armarios.

Un día, después de comer, la curiosidad se apoderó de mi, tome las llaves y penetré en la biblioteca.

Era una estancia vasta, guarnecida de grandes armarios llenos de libros. La mayor parte habían sido dejados en herencia al dueño de la quinta por un tío suyo canónigo de la catedral compostelana. La otra parte se componía de libros

comprados por su actual poseedor.

Hasta este día, mis lecturas habían sido cuidadosamente elegidas por mi protectora y por la señorita Cornuty.

Yo comprendía que se me ocultaban muchas cosas.

Así fue que, poseído de una curiosidad irresistible, temblando de miedo y de alegría abrí el primer armario y tomé el primer libro que se ofreció a mis manos.

Era una novela.

Volvime a mi habitación, cerré la puerta, abrí el libro, pero no pude leer. Tuve en seguida una preocupación. Encontrar un medio para disponer de la biblioteca sin inspirar sospechas.

Remití la lectura a un momento más propicio, llevé el libro a su sitio y guardé la llave.

¡Sí, guardé la llave!

Era la primera mala acción de mi vida.

Yo esperé los acontecimientos.

Todo pasó de la mejor manera.

La señorita Cornuty, después de haber buscado la llave toda la mañana del día siguiente, se decidió a llamar un cerrajero para que hiciese otra.

El incidente no pasó de ahí, y bien pronto se le olvidó por completo.

Yo tuve la precaución de no ir a la biblioteca sino ocho días mas tarde, después de haberme asegurado que no había ninguna sospecha.

Desde entonces me entregué a la lectura con verdadera pasión.

Todas mis aspiraciones, todos los anhelos de mi adolescencia que habían contribuido a desenvolver mi espíritu tomaron una dirección nueva.

Bien pronto sentime fascinado.

Mi fantasía se interesaba de tal suerte en la lectura y tomaba parte tan importante en ella, que llegué a olvidar completamente el mundo exterior.

Yo leí al azar, y el azar me sirvió a maravilla en los dos primeros volúmenes.

Después, como mi existencia había sido tan noble, tan austera, yo no podía ser solicitado por una lectura malsana.

Mi instinto de niño, mi educación y todo mi pasado me guardaban.

La conciencia me había iluminado como de un golpe toda la vida.

El efecto de cada página era como la repetición de una cosa ya leída.

¿Y cómo no sentir el olvido del presente, aislado como yo estaba en aquella especie de realidad?

Delante de mí, en cada libro se encarnaban las leyes de un mismo destino, ¡el mismo espíritu de aventuras cerniéndose sobre la vida de los hombres!

Esta ley que yo suponía, trataba con todas las facultades sobrexcitadas de mi imaginación de adivinarla.

Cada día la esperanza se fortalecía en mi alma y los anhelos de una existencia novelesca eran más fuertes.

¡Pobre niño, mejoraba aún la trágica novela de mi nacimiento!

Yo ansiaba vivir la vida que descubría en mis lecturas y que me parecía revestida de todas las galas del arte, de todos los esplendores de la poesía.

Pero yo no era novelesco sino en mis sueños: el porvenir me espantaba.

Por una rara conformidad con mi conciencia, yo decidiera contentarme con la descripción de estas bellas quimeras, hasta el día donde pudiese realizarlas en el mundo mentido y novelesco donde yo únicamente entreveía sublimes goces del espíritu y de la fantasía.

La desgracia, aun cuando yo la admitía, no jugaba sino un papel muy secundario, pasivo y pasajero, papel necesario únicamente para los dulces y tiernos contrastes.

Esta vida de ensueño, que me mantenía completamente extraño a la vida de las personas que me rodeaban, duró algunos meses.

Cuando encontró fin, yo dudaba si debía volver a darle vida.

¡Mi existencia durante aquellos meses había sido tan interior y tan intensa!

En todo este tiempo nada había cambiado en tomo mío.

La misma tristeza uniforme en el interior de aquella familia.

El mismo penoso misterio cerniéndose sobre aquel hogar.

Yo creo que si no hubiese podido escapar a este círculo de laxitud y de tristeza por mi actividad intelectual, el disgusto y la desesperación me hubiesen tal vez llevado a un término fatal.

La señorita Cornuty envejecía, y llevaba una vida muy retirada, de devociones, rezos y ayunos. El dueño de la quinta, siempre el mismo, severo y frío, me inspiraba un respeto miedoso.

El misterioso abismo que le separaba de su mujer parecía cada día mas terrible y más infranqueable. Mi protectora se me figuraba una flor marchita que se deshoja lentamente.

Sufría de una tristeza desconocida, sin causa aparente, como un remordimiento lejano que la torturase.

Los sufrimientos de mi protectora me inclinaban a quererla más de día en

día.

Yo no puedo recordar sin una emoción profunda cómo se impuso el papel de madre para conmigo, pobre huérfano.

Una tarde, poco antes de anochecer, yo leía distraídamente en el gabinete de mi protectora.

Ella, sentada al piano, tocaba una sonata italiana.

La estancia estaba iluminada por los rayos oblicuos del sol poniente.

Una onda luminosa penetraba por la alta ventana, y dejaba un reflejo áureo en el piso encerado.

Mi protectora dejó el piano y salió al jardín.

El silencio era completo.

Ni un alma se encontraba en las habitaciones vecinas.

Yo sentía dentro de mí una pena extraña, como el presentimiento obscuro de una próxima desgracia.

Habiendo abierto la segunda parte del libro, le hojeé distraídamente.

Me parecía buscar una predicción de suerte, como se hace abriendo un libro al azar.

En ciertos momentos todas las fuerzas intelectuales y morales se tienden morbosamente como si una viva luz iluminase de repente la conciencia. Como si una visión profética se impusiese a nuestra alma turbada, que sufre y languidece en espera de un algo misterioso. Nuestra alma, animada de una caliente esperanza, se inclina para aspirar la vida como un perfume.

Mi alma estaba en esta extraña disposición.

Cerré el libro para volver a abrirlo al azar y buscar mi horóscopo: pero he aquí que al hacerlo descubro una carta que parecía llevar encerrada en el libro muchos años.

Examiné con curiosidad mezclada de sorpresa mi hallazgo.

Era una carta sin dirección, firmada con estas dos iniciales: S. O.

Yo la leí lleno de gran curiosidad.

Se comprendía en los dobleces del papel que había sido leída muchas veces, y cuidadosamente conservada.

Su fecha debía ser muy lejana.

Las primeras palabras llamaron poderosamente mi atención, mi corazón latió violentamente.

Permanecí algún tiempo con el papel entre mis manos como si dudase antes de leerlo.

Me acerqué a la ventana.

¡Sí! Las lágrimas habían dejado su huella sobre las palabras medio borradas.

¿De quién eran aquellas lágrimas?

Ansioso leí la primera página.

Un grito de sorpresa se escapó de mis labios.

Dejé el libro sobre el velador y ocultando la carta en el bolsillo fui a encerrarme en mi habitación.

Allí quise reanudar la lectura.

Mi corazón latía tan fuerte que las letras saltaban y huían delante de mis ojos.

Durante algunos minutos me fue imposible comprender nada. Al fin comprendí el misterio, al comprender a quién la carta estaba dirigida.

Yo comprendí que era un crimen leer aquellas líneas, pero la tentación fue más violenta que mi voluntad.

La carta había sido escrita a mi protectora.

Eran algunas palabras de adiós. ¡De un adiós eterno!

Después de haber leído aquella carta, yo sentí como si me hubiesen arrancado para siempre mis ilusiones y mis esperanzas.

¿Quién era el autor de aquella carta?

¿Cuál había sido la existencia de mi protectora antes de haberse retirado a la quinta?

Aquellas líneas contenían detalles y alusiones ante los cuales no había lugar a duda.

El misterio de aquel hogar dejaba de serlo.

La lectura de aquella carta me sugirió multitud de ideas al mismo tiempo que me revelaba el carácter de unas relaciones cuya rotura había roto dos corazones.

Una profunda pena se adivinaba en las líneas de aquella carta.

La conservo todavía y voy a copiarla.

Hela aquí:

«¡Tú no me olvidarás! ¡Lo has dicho y yo lo creo!

Después de la última vez en que te he visto, toda mi vida se encarna en esas palabras.

Es preciso que nos separemos. ¡La hora ha llegado!…

La esperaba hace ya mucho, mi dulce, mi triste amiga.

Durante todo nuestro tiempo, ¡el tiempo de nuestro amor!, mi corazón se oprimía y sangraba pensando en el porvenir.

¿Me creerás tú?

Todo debía terminarse así: era nuestro destino, ¡yo lo sabía!

Tú eres de una noble y aristocrática familia, yo de nacimiento humilde. Esta diferencia yo la he sentido siempre.

Sentía que no era digno de ti.

Pero yo solo debía soportar el castigo de mi felicidad.

¿Qué era yo hasta el día en que tú me has comprendido?

Dos años han pasado y todavía hoy no comprendo por qué tú me amaste.

¿Cómo hemos llegado a una locura tan grande?

¿Te acuerdas de lo que yo era en comparación tuya?

¿Por qué te has fijado en mí cuando nada me distinguía de los otros?

Antes de que tu mirada y tu sonrisa hubiesen iluminado mi vida, yo era humilde y vulgar; todo me fatigaba en la vida, y consideraba mi labor de todos los días como la cosa más importante del mundo.

Sabía, y me había resignado a ello, que nunca un sol de paz se levantaría para mí.

De antemano estaba convencido, y no me lamentaba porque debía ser así.

Entonces tú me apareciste. Yo no sospeché que algún día me atrevería a levantar los ojos hasta ti.

Yo estaba delante de ti como un esclavo.

Pero mi corazón no temblaba, no languidecía: mi corazón no te presentía aún.

Dormía todavía.

Aun cuando mi alma encontraba la serenidad cerca de su radiosa hermana, no adivinaba la tuya.

¿Te acuerdas cuando lo comprendí todo?

Después de aquella velada, después de aquellas palabras que trastornaron mi alma, me encontré perdido.

En lugar de sentir una íntima satisfacción, experimenté una profunda angustia.

No tenía confianza en mí, no comprendía tampoco…

Yo jamás te he confesado eso.

Pero hoy soy todo tuyo. Hoy te lo confieso todo para que no te avergüences de mi recuerdo, para que sepas de qué hombre te alejas, amor mío.

¿Sabes cómo te he visto la vez primera?

La pasión me había invadido como una llama, había entrado en mi alma como un veneno, había confundido todos mis sentimientos y todos mis pensamientos, hallábame enervado y respondía a tu amor piadoso no como un ser que lo mereciese, sino como un mendigo que recibiese una limosna.

Yo no respondía a tu amor como a una mujer caída hasta mí, sino como a una mujer que me levantaba hasta ella.

¿Sabes tú lo que quiere decir caída hasta mí?

No; yo no te ofenderé explicándotelo.

¡Te diré solamente que mi amor te ha considerado siempre demasiado!

¡Jamás, jamás, yo habría podido elevarme hasta ti!

Yo te hubiera contemplado de lejos con una adoración infinita, cuando llegase a conocer tus nobles sentimientos.

Tu ternura y tu piedad algunas veces me han sido dolorosas.

Cuando tú me abrazaste —¡eso no sucedió más que una vez, y yo me acordaré toda la vida!—, una niebla pasó ante mis ojos, mi alma se fundió a tus caricias como la nieve a los rayos del sol.

¿Por qué en aquel instante no caí muerto a tus pies?

¡Oh! Yo soy culpable de haber sido indigno de ti.

De haber atraído el ridículo y la vergüenza sobre tu cabeza.

¡Adiós, adiós!…

Al presente que todo es descubierto, es preciso que me vaya, que huya por tu reposo y tu tranquilidad…

Tú ya no me verás más. ¡Es preciso!

Toda mi alma es como un perfume de la tuya. ¡Y sin embargo es preciso hacer de una existencia dos existencias!…

¡De una vida dos vidas!

¡Oh! Cuando pienso que no te veré jamás, jamás, jamás…

¿Dios mío, es posible la vida sin más ley que la del sufrimiento?

De nuevo he visto a tu marido. Los dos somos indignos de él, aun cuando no seamos culpables.

Tu marido se ha puesto heroicamente de tu lado y te salvara y te defenderá contra los clamores y las calumnias de la sociedad.

Tu mando te estima, será tu salvador, pero es preciso que yo me aleje, que

huya…

¡Adiós! ¡Adiós!

¡Adiós para siempre!

S. O».

Después de leer esta carta, yo quedé aturdido, sin comprender lo que pasaba en mí.

La realidad venía a sorprenderme en medio de la existencia sonadora que yo llevaba hacía diez meses.

El misterio que yo tenía entre las manos oprimía mi corazón y le torturaba cruelmente como la hoja de un puñal clavado por la mano ciega del destino.

Aquella carta todavía no podía explicármela completamente pero yo comprendía que una nueva existencia comenzaba para mí.

Desde aquel día yo comprendí cosas que, por efecto de mi educación y del medio en que vivía, habían podido permanecer cuidadosamente ocultas para mi, niño lleno de candores como una doncella.

¿Qué nueva perturbación iba yo a llevar en la existencia de mis protectores?

¿Adónde me arrastraría el azar que había puesto en mis manos aquel secreto?

¿Qué sabía yo?

Quizá cualquier cosa que hiciese resultaría insoportable, tanto para ellos como para mí.

¡Y sin embargo me era insoportable callarme y ocultar para siempre en mi cerrazón el secreto que acababa de descubrir!

Mil y mil preguntas confusas surgían en el fondo de mi cerebro, oprimiéndome el corazón dolorosamente.

Impresiones nunca sentidas se despertaban en mí como de un largo sueño.

Me parecía que experimentaba una intensa y esencial transformación; que mis antiguos anhelos desaparecían y eran remplazados por un algo indefinible, del cual no me era dado apenarme ni entristecerme.

Aquella noche me acosté con fiebre.

Muchos días se pasaron antes de que pudiese recobrar la calma y darme cuenta de mi situación.

En esta época vivíamos en la quinta mi protectora y yo en una soledad casi absoluta.

El marido de mi protectora estaba en Madrid hacía una semana, y aún debía permanecer allí un mes a lo menos.

Bien que esta separación no pudiese llamarse muy larga, mi protectora se entristecía mucho.

En los momentos en que se sentía más atormentada, se encerraba a solas en sus habitaciones como si mi presencia le fuese inoportuna.

Por mi parte yo también buscaba la soledad.

Mi cerebro trabajaba en una constante tensión malsana.

Había conservado la carta, en vez de arrojarla al fuego, y analizaba sus frases en la soledad de mi alcoba, aquellas frases de un supremo y desesperado adiós.

Procuraba adivinar el sentido inquietante de estas palabras: «yo no era un igual tuyo».

Constantemente releía aquella carta.

Yo estaba casi enfermo, cuando vi una tarde que un mozo entraba en la quinta con las maletas del dueño, que regresaba de Madrid.

Mi protectora se lanzó al encuentro de su marido con un grito de alegría.

Yo permanecí clavado en mi sitio, sin ser dueño de disimular mi agitación.

No pudiendo dominarme corrí a esconderme en mi alcoba.

No comprendía el miedo súbito que se había apoderado de mí, ¡porque yo tenía miedo!

Una tarde, después de comer, me hallaba yo en un salón adornado con algunos cuadros antiguos y retratos de familia.

El retrato del dueño estaba frente por frente al lugar que yo ocupaba.

Me pareció que me miraba.

Yo, un poco inquieto, también me puse a mirarle fijamente.

El retrato estaba situado muy alto, y como el salón era obscuro, para verle mejor yo arrastré un sillón y me subí sobre él.

Buscaba algo como una solución de mis dudas.

Recuerdo que los ojos del retrato me hirieron de pronto.

La idea me vino, inopinadamente, de que los ojos del dueño de la quinta estaban siempre ocultos por las gafas ahumadas y que yo no los había visto jamás.

Aquella mirada oculta me había sido siempre antipática e insoportable; era como una prevención que se justificaba en aquel momento.

Mi imaginación estaba muy sobrexcitada. Me parecía que los ojos el retrato

se apartaban de los míos y buscaban manera de evitarlos.

Se volvían a otro lado para no dejar penetrar la mentira y la falsedad.

Yo creí haber adivinado alguna cosa, y experimenté una íntima y secreta alegría.

Un débil grito se escapó de mi pecho.

Al mismo instante oí detrás de mí un ligero rumor.

Me volví, y hálleme frente al marido de mi protectora, frente al original del retrato, que me contemplaba atentamente.

Me pareció que enrojecía.

Yo, lleno de vergüenza me bajé del sillón.

El dueño de la quinta me preguntó severamente:

—¿Qué haces tú aquí? ¿Quién te ha dado permiso?…

Yo no supe qué responder.

Él volvió a reprenderme con mayor enojo, y yo salí del salón con la cabeza baja.

Quiso la casualidad que me encontrase con mi protectora, que al verme no pudo menos de exclamar:

—¿Qué te pasa, Víctor? ¿Qué te sucede? ¡Tú estás sofocado!

Yo balbuceé a guisa de disculpa:

—Es que vine corriendo.

Pero ella me miró con sus grandes ojos profundos, llenos de sinceridad, y yo incliné la frente lleno de embarazo.

Mi protectora entonces volvió a interrogarme:

—¿Vienes del salón?

—Sí, señora.

—¿Has encontrado a mi marido?

—Sí, señora.

—¿Te ha reprendido por alguna cosa?

Yo guardé silencio.

En este momento se oyeron los pasos del dueño de la quinta y yo me alejé velozmente.

Me retiré a mi cuarto, donde permanecí una hora encerrado, hasta que un criado vino a decirme que la señora me esperaba.

Yo la encontré silenciosa, el aspecto inquieto.

A mi entrada me miró viva y fijamente pero bien pronto apartó de mí las pupilas.

Parecía confusa.

Desde el primer momento advertí que se hallaba en una mala disposición de espíritu.

Pero contra lo que en un principio había esperado, estuvo conmigo más cariñosa que nunca, como si quisiese borrar la mala impresión que debiera haberme dejado el encuentro con su marido.

Aquella noche la velada fue muy triste.

Yo me retiré muy temprano y me acosté lleno de inquietud.

* * *

Don Máximo Baroja llegaba a este punto del manuscrito de Víctor Rey, cuando entró en su despacho el inspector Bargiela para comunicarle que las dos mujeres de Doroteo, el albañil detenido, estaban ya a disposición del juzgado.

Capítulo XIX

TERMINADO su interrogatorio, Doroteo había sido conducido a la Cárcel Modelo, donde quedó incomunicado. Don Máximo Baroja era partidario del sistema celular, es decir, del aislamiento completo para decidir a los reos a confesar sus delitos.

La culpabilidad de Doroteo le parecía evidente, sobre todo desde el momento en que tuviera noticia de los amores de Víctor con Soledad, la sobrina del albañil.

Don Máximo Baraja creyó descubierto el crimen.

Los dos autores que desde un principio había sospechado eran Víctor y Doroteo.

Víctor, acompañado de Doroteo, era una hipótesis probable.

Sin Doroteo inadmisible.

Don Máximo Baraja había tenido algunos momentos de vacilación y duda cuando Doroteo se encontraba en su presencia.

La expresiva y simpática fisonomía del albañil, su actitud, la sinceridad de sus respuestas, su mismo abatimiento, que más bien parecía la resignación de un desesperado, de un vencido, que la turbación de un verdadero culpable, habían hecho nacer algunas dudas en el ánimo del juez.

Pero una vez a solas, entregado a sus reflexiones, rodeado de notas y antecedentes y teniendo a su vista el interrogatorio que le parecía concluyente, ya no dudaba: creía.

Al interrogatorio de Doroteo sucedió el de sus dos mujeres.

La portera de la casa del crimen, y la señora Jesusa.

La portera no hizo más que repetir sus anteriores declaraciones, en vista de lo cual don Máximo Baraja ordenó que quedase detenida.

En cuanto a la señora Jesusa, su declaración fue en extremo curiosa.

El inspector Bargiela la condujo hasta el despacho del juez.

Aterrada, anonadada, desde que la víspera se detuvo a su marido, no dejó de oír ni una protesta ni una queja ni un grito; pero bien pronto se produjo en ella una notable reacción.

Al estupor sucedió la cólera.

Se revolvía contra la desgracia que acababa de ocurrirle, se quejaba de su destino y pedía auxilio al cielo.

El juez la contemplaba impasible, porque los jueces no se conmueven nunca. Están acostumbrados a las iras de la gente que detienen.

Viven en un mundo en que las palabras groseras, la amenaza y la injuria son moneda corriente.

Pero los jueces que han recibido educación muy distinta y son hombres de estudio, de costumbres pacíficas y que inspiran respeto; fríos, al menos en apariencia por deber profesional, se sienten predispuestos contra el que se deja arrastrar por la violencia.

Doroteo impresionó bien al juez por su actitud pacífica y resignada; su mujer iba a disgustarle por su exaltación.

Antes de que se le interrogara protestó de que su marido hubiese sido detenido.

No había hecho nada, decía. Era un hombre honrado. La que era una intrigante era la portera. A esa debían ahorcarla.

Don Máximo Baroja la escuchaba con mucha calma.

Como la señora Jesusa se indignase, por haberla conducido al juzgado, don Máximo Baroja tuvo que advertirle que no estaba arrestada, sino solo ante el juez, en virtud de orden superior, para practicar ciertas indispensables averiguaciones, y que solo dependía de ella recobrar su libertad, para lo cual no debía hacer más que responder la verdad a las preguntas que se le dirigieran.

Las observaciones del juez parecieron calmarla, y don Máximo Baroja comenzó el interrogatorio.

Cuando la preguntó acerca del primer matrimonio de su marido, la señora Jesusa se desató en improperios contra la portera.

El juez quiso aprovechar aquella circunstancia para conocer algunos detalles obscuros relativos a la probidad de la portera de la casa de Madrid Moderno, y formuló esta a manera de pregunta:

—¿De manera que usted cree a la portera de la casa donde se cometió el crimen capaz de haber sido coautora?

La señora Jesusa miró al juez con expresión de asombro.

Don Máximo Baroja creyó que no había comprendido la pregunta y trató de explicársela.

—¿Quiero decir si cree usted a la portera capaz de ayudar voluntariamente a los asesinos en su infame obra?

La señora Jesusa protestó indignada:

—¡Cómo voy a creerlo, señor juez! Ella me roba mi marido, cierto, pero eso no quiere decir que robe dinero y que mate.

—¿De modo que de ninguna manera sospecha usted que haya sido cómplice?

—De ninguna manera. Si he de hablar la verdad, como ante Dios, honrada es muy honrada.

—¿Ni a Doroteo, su marido de usted, le entregaría la llave del piso que habitaba la señora de Neira?

La Jesusa miró al juez con indignación:

—¡A mi marido! ¿Y mi marido para qué la quería? ¿También se le acusa? ¡Mi marido es más honrado que todos los jueces y todos los escribanos de España! ¡Mi marido es un hombre de bien, y por eso quieren perderle! Si hay alguien que le acuse, yo le diré que miente.

Después del tiempo que hacía que estaba tranquila la señora Jesusa, ya no pudo contenerse, daba vueltas de un lado a otro por el despacho del juez, furiosa, nerviosa, casi loca.

Don Máximo Baroja trató de calmarla.

No lo consiguió, y resolvió esperar a que se apaciguase su cólera.

A veces la desesperación de un testigo o de un detenido es útil a la sumaria.

El individuo que ya no es dueño de sí llega con facilidad a declarar.

Siempre impasible, don Máximo Baroja continuaba sentado delante de su mesa y contemplaba a la encolerizada señora Jesusa sin interrogar.

La sangre fría del juez exasperaba a la buena mujer, que no cesaba de dar voces protestando de la prisión de su marido.

Volvíase furiosa y daba golpes con el puño sobre el bufete del juez, como si quisiese añadir más valor a sus palabras.

Y la cólera que le enrojecía la frente y las mejillas, daba a sus ojos, todavía llenos de fuego juvenil, una extraña energía, cierto tinte viril a aquel rostro antes tan agradable y a la sazón ajado y marchito.

Se detuvo un momento con objeto de respirar, y don Máximo Baroja dijo a su vez estas palabras:

—Antes de despedirla a usted, o de tomar en contra suya medidas que me repugnan, quiero hacerle una advertencia que puede serle muy útil, pues es probable que tenga usted que volver varias veces al juzgado…

La señora Jesusa interrumpió bruscamente:

—¿Qué advertencia tiene que hacerme usía? ¿Que me reporte? Ya iba a suplicarle al señor juez que me excusase. ¡Ya ve usía, se trata de mi marido, y nada tiene de particular que me exalte! ¡Es inocente!

El juez reflexionó un poco, y luego murmuró:

—Voy a dar orden que se practique un registro en el domicilio de usted. Si de esta diligencia no resultase nada en contra, quedará usted inmediatamente en libertad. En tanto, tendrá usted que esperar en el juzgado.

Don Máximo Baroja hizo una seña al escribano, y este abriendo la puerta llamó al inspector Bargiela que se encontraba fuera.

En el momento en que entró, el juez le entregó una orden de registro que acababa de firmar, y le indicó que hiciese esperar en una habitación del juzgado a la señora Jesusa.

* * *

Mientras el inspector iba a ejecutar las órdenes del juez, y a practicar el registro en casa de la señora Jesusa, don Máximo Baroja tomó el manuscrito de Víctor que tenía encima de la mesa, y reanudó su lectura.

* * *

Al despertarme al día siguiente por la mañana, recordé la escena del día anterior y me pareció una mistificación, un disgusto sin causa ni motivo.

Pero al salir de mi cuarto sentí un extraño sobresalto, al oír la voz del dueño de la casa, el cual atravesaba el pasillo.

La sensación desagradable que se apoderó de mi espíritu fue tan fuerte, y el recuerdo del día anterior me acudió tan vivo, que no pude ocultar mi embarazo.

Al pasar por delante de él, le saludé con un ligero movimiento de cabeza, pero mi rostro debía tener una expresión tan extraña, que aquel hombre se detuvo delante de mí sorprendido.

Al observar aquel movimiento, yo me apresuré y pasé de largo.

Él pronunció alguna cosa que yo no pude oír y continuó su camino.

Yo no pude comprender lo que experimenté.

Lágrimas de despecho obscurecían mis ojos.

Entonces comprendí que aborrecía al marido de mi protectora.

Esta perpetua agitación me ponía verdaderamente enfermo.

Yo ya no era dueño de mí.

Estaba irritado contra todo el mundo y permanecí horas enteras encerrado en mi cuarto.

Mi protectora vino a verme.

Al contemplar mi semblante lanzó un grito de sorpresa.

Yo estaba tan pálido que al verme en el espejo experimenté miedo.

Mi protectora pasó una hora mimándome y consolándome como a un niño pequeño.

Pero sus cuidados me entristecían, sus caricias me eran penosas; y bien pronto tuve que rogarla me dejase solo.

Ella me miró muy sorprendida y se fue.

Al fin mi pena se disipó en un torrente de lágrimas y me encontré mejor.

Me encontré mejor, porque yo había resuelto buscar a mi protectora, arrojarme a sus pies, y devolverle la carta perdida; aquella carta que me quemaba las manos.

Yo deseaba poder decírselo todo, mis torturas, mis dudas.

Quería besar las manos de la pobre mártir. Repetirle que yo era su hijo, y que mi corazón se abría delante de ella, que si pudiese leer en el fondo de mi pecho, sabría cuánto había allí de amor ardiente e inquebrantable hacia ella.

Yo sabía, yo sentía, que era el único ser con quien ella podía desahogar su corazón.

Yo comprendía su pena como mis propias penas, pero mi corazón latía de indignación al pensar que ella, mi protectora, podía enrojecer delante de mí.

¡No, no; ella no era una pecadora, era una mártir!…

He ahí lo que yo hubiera querido decirle llorando a sus pies.

Un inmenso deseo de justicia me poseía, y una especie de fiebre animaba mis resoluciones.

Un accidente inesperado impidió la explicación que proyectaba.

He aquí lo que sucedió:

Cuando me dirigía al cuarto de mi protectora, encontré al marido de esta, el cual pasó por mi lado sin fijarse en mí.

Él iba también al cuarto de su mujer.

Yo me detuve clavado sobre el suelo.

Era la última persona que yo hubiese pensado encontrar en parecido

momento.

Yo iba a retirarme, pero la curiosidad me detuvo.

Aquel hombre se detuvo un momento delante del espejo, arreglose la corbata y el cabello, y con gran pasmo de mi parte, le oí tararear una canción.

Al mismo instante me acudió un recuerdo obscuro de mis primeros tiempos en aquella casa.

Para comprender la extraña sensación que yo sentí, es preciso relatar este recuerdo.

El primer año de mi estancia en la quinta, un acontecimiento casi insignificante me había producido una gran impresión.

Y justamente; aquel suceso se reproducía casi en las mismas circunstancias.

Tengo contado ya que el aspecto frío y serio del dueño de la quinta me había producido una gran impresión de desagrado desde el primer día en que le había visto.

Yo me acordé que me había sucedido haberlo encontrado ya como aquel día, en la misma habitación y a la misma hora.

Los dos nos dirigíamos al gabinete de la pobre mártir.

A la vista de aquel hombre yo había sentido una gran timidez, y me había ocultado en un rincón como un culpable.

Aquella vez lo mismo que la última, se había detenido delante del espejo y una sensación indefinible me había hecho temblar.

Me había parecido que él cambiaba de rostro.

Al menos yo había visto en sus labios una extrañísima sonrisa en el momento en que se acercaba al espejo.

Yo no le conocía aquella sonrisa, porque él permanecía siempre serio y malhumorado en presencia de su infeliz mujer.

Su rostro se había transformado completamente desde el momento en que él lo había visto en el espejo.

La sonrisa había hecho lugar a un aire desdeñoso y hosco que parecía invencible y natural.

Los labios habían cambiado de color.

Aquel hombre extraño había fruncido las cejas y volvía a ser el personaje desagradable de todos los días.

En fin, después de una rápida observación de toda su persona, había bajado la cabeza con un aire sombrío.

Su alta estatura parecía haberse encorvado.

Después de esta última transformación él se dirigió al cuarto de su mujer, andando casi en la punta de los pies.

En una y en otra ocasión al detenerse delante del espejo se había creído completamente solo.

Cuando le oí tararear la canción, quedé estupefacto.

Mis nervios tirantes estallaron en una risa nerviosa.

Aquel hombre se volvió pálido de cólera.

Como un criminal cogido en flagrante delito, experimentó una gran turbación.

Yo continuaba riendo nerviosamente.

Yo pasé así delante de él, y entré en el cuarto de su mujer.

Él se quedó en el mismo sitio donde yo le había sorprendido.

Yo deseaba ardientemente que no traspasase los umbrales de aquella puerta.

Confieso que tenía miedo.

Afortunadamente no entró.

Al verme aparecer, mi protectora me miró largamente con un aire de estupefacción, y me preguntó qué me sucedía.

Yo no supe qué responder.

Ella comprendió al fin la alteración de mis nervios y me examinó con inquietud.

Yo así sus manos y se las cubrí de besos.

Entonces comprendí todo el mal que la revelación del hallazgo de la carta le hubiera hecho.

Felizmente el encuentro con su marido había cambiado por completo la disposición de mi espíritu.

El marido de mi protectora entró a los pocos momentos.

Yo le miré.

Estaba grave y sombrío como de costumbre y parecía no acordarse de lo que acababa de pasar.

Pero en su palidez y en el ligero temblor de sus labios, se advertía el esfuerzo con que disimulaba su enojo conmigo.

Saludó a su mujer con la misma frialdad que acostumbraba y se sentó.

Cuando tendió la mano para tomar un libro de encima de la mesa, yo vi que su mano temblaba.

Temí una explosión.

Yo tuve el pensamiento de salir, pero no hallé en mí fuerzas para llevarlo a

término.

Mi protectora me dirigía miradas llenas de angustia y turbación.

Ella esperaba y temía alguna cosa de anormal y terrible.

Al fin la tormenta estalló.

En medio de un profundo silencio mis ojos encontráronse por casualidad con las gafas de aquel hombre, fijas en mí.

Yo temblé y bajé la cabeza.

Entonces el dueño de la casa me preguntó brutalmente, con un tono breve e imperioso:

—¿Por qué se pone usted colorado?

Yo guardé silencio.

Mi corazón latía tan fuerte, que no pude pronunciar palabra.

Entonces dirigiéndose a su mujer, y designándome con un gesto de desprecio, murmuró:

—¿Qué le pasa a ese muñeco?

La indignación me oprimió la garganta.

Solamente pude dirigir una mirada suplicante a mi protectora, de quien las mejillas pálidas se inflamaron.

Con una voz firme me dijo:

—Víctor, hijo mío, déjanos ahora. Más tarde te mandaré a llamar.

Su marido interrumpió:

—Primero óigame usted a mí, caballerito. ¿No ha oído usted que le he preguntado por qué enrojecía cuando me encontraba?

Mi protectora, con la voz entrecortada por la emoción, se adelantó a contestar.

—Porque tú le obligas a enrojecer; y a mí también.

Yo miré con pasmo a la pobre mártir, no comprendía el heroísmo de aquella respuesta.

Su marido se puso en pie y respondió con un acento de rencor profundo.

—¿Soy yo quien te hace enrojecer a ti? ¿Soy yo? ¿Es a causa mía por lo que tú enrojeces? ¡Creí que sería todo lo contrario!…

Esta frase era tan clara para mí.

Había sido acompañada de una sonrisa tan irónica, y dicha en un tono tan rudo, que yo lancé un grito y me precipité hacia mi protectora.

El pasmo, la estupefacción, el reproche, el terror, pasaron alternativamente sobre el rostro de la pobre mujer.

Yo miré a aquel hombre, juntando las manos con ademán suplicante.

Él pareció comprender que había ido demasiado lejos.

Sin embargo, la rabia que le había dictado aquella frase, no era todavía desvanecida; pero mi gesto debió decirle claramente que yo comprendía el sentido oculto de sus palabras, y se quedó confuso en grado sumo.

Mi protectora con voz débil, pero segura, se dirigió a mí murmurando:

—Víctor, vete a tu cuarto, hijo mío. Necesito hablar con mi marido.

Mi protectora parecía calmada; pero yo temía más aquella tranquilidad aparente que una violenta agitación.

Yo hice semblante de no comprender, y permanecí en mi sitio.

Me esforzaba por leer en el rostro de la pobre mártir lo que pasaba en su interior.

Me parecía que ella no comprendiera ni mi exclamación ni mi movimiento.

Pero su marido cogiéndome de un brazo, exclamó:

—Mira a lo que has dado lugar.

Y me designaba a su mujer.

¡Dios mío! Yo jamás había leído una desesperación semejante a la que entonces leí sobre aquel rostro abatido.

Me levanté y salí de la habitación.

Desde la puerta le dirigí una postrera mirada.

Mi protectora apoyó ambos codos en el velador, y ocultó el rostro entre las manos.

Yo me alejé sin ser ya dueño de sofocar los sollozos por más tiempo.

Me retiré a mi cuarto y me arrojé sobre el lecho.

Así permanecí cerca de tres horas, sufriendo las torturas de una terrible y cruel incertidumbre.

No pudiendo contenerme ya más tiempo, hice preguntar si me era permitido ver a mi protectora.

La señorita Cornuty me trajo la respuesta.

El dueño de la casa me hacía saber que la crisis había desaparecido, y con ella toda gravedad, pero que el estado de la enferma exigía un reposo absoluto.

Yo permanecí sin acostarme hasta las tres de la madrugada, dando vueltas en mi alcoba, agitado e inquieto con el presentimiento de una gran desgracia.

Mi situación se presentaba más crítica que nunca.

Pero sentía en mi conciencia una gran tranquilidad al no sentirme culpable.

La fatiga acabó por vencer mis nervios, y me acosté, esperando el día

siguiente con gran impaciencia.

Y llegó el día siguiente, y con verdadero pasmo observé en mi protectora una gran frialdad para conmigo.

Yo creí en un principio que aquel noble y puro corazón experimentaba cierta molestia, al recibirme después de la escena de que yo había sido testigo involuntario.

Pero no tardé en reconocer en ella los rastros de otro gran afán y otro despecho.

Mi protectora siempre tan buena y cariñosa conmigo, ahora respondía a mis preguntas bien secamente, o bien con palabras que tenían un doble sentido ofensivo para mí.

Sin embargo, en algunos momentos se mostraba cariñosa como antes.

Parecía arrepentida y pesarosa del mal que acababa de hacerme.

Yo no pude reprimirme, y le pregunté con lágrimas en los ojos y en la voz si estaba ofendida conmigo.

Esta pregunta al pronto la embarazó mucho.

Levantó hacia mí sus grandes y serenos ojos llenos de tristeza, y me respondió con una tierna sonrisa.

—Nada tengo; nada me pasa, Víctor. Pero, sabes tú, la pregunta al pronto me ha producido cierta impresión porque me la has dirigido tan bruscamente, y yo estaba distraída completamente.

Después de una pausa, añadió:

—Dime la verdad, hijo mío. ¿Tienes tú en el corazón alguna cosa de la cual te sería difícil dar explicación si te la pidiesen en una forma inesperada?

Yo tuve serenidad bastante para responder:

—No, señora.

Ella me miró un instante en silencio, y luego murmuró:

—¡Tanto mejor!

Se enjugó una lágrima que resbalaba por su mejilla, y continuó:

—Perdóname la pregunta que acabo de hacerte. Estoy tan nerviosa, que no sé siquiera lo que digo. Pero no dudes nunca de que te quiero, de que te quiero como a un hijo.

Yo me abracé a su cuello sollozando:

—Usted es para mí más que una madre.

—No llores, Víctor. Abrázame más fuerte, hijo mío. ¡Me parece que es la última vez!

—¡No, no!… Usted será muy feliz. No diga usted eso… ¡Madre mía! ¡Mi querida madre!

—¡Cuánto te agradezco que me quieras así! ¡Tú eres el mismo que me lo testimonia cuando todos me abandonan!…

—¿Quién la abandona a usted? ¿Quién?

—Yo he sido en otro tiempo muy mimada, muy cuidada… Tú no lo sabes, hijo mío. ¡Aquellos días eran más alegres que los de ahora! Mis afectos, mis amistades de entonces, se han desvanecido como fantasmas. Yo esperé siempre que volverían; los esperé toda la vida. ¡Que Dios me perdone!… Mira, Víctor, mira al jardín. Ya no hay flores en él; es que el invierno llega. Las hojas van a caer de los árboles; ¡entonces yo moriré!…

Su rostro estaba intensamente pálido y contraído. Sus labios marchitos, secos por una fiebre decoradora, temblaban constantemente como agitados por un último estremecimiento.

Para ocultar su emoción se aproximó al piano y pulsó algunas teclas. En aquel momento, una cuerda se rompió, y el son expiró lentamente como un suspiro desesperado.

Mi protectora, señalándome el piano, pronunció con acento de inspirada:

—¿Has oído? Esa cuerda estaba demasiado tirante y ha roto. ¡Esa es mi vida!…

Hablaba con gran dificultad.

Sus dolores íntimos se reflejaban en su rostro, y sus ojos se velaban de lágrimas.

Yo me cubrí el rostro con las manos, llorando amargamente.

Ella al verme así, se acercó, y acariciándome los cabellos, me dijo:

—No llores, que todo es una broma. ¡La verdad es que no sé cuál de nosotros dos es más niño!…

Se sentó a mi lado en una butaca baja y permaneció silenciosa.

Un instante después se quejó de una gran laxitud; y me rogó que la dejase porque deseaba descansar.

* * *

¡Pobre mujer!

¿Qué crueles sospechas la acompañaban al borde del sepulcro?

¿Qué nueva pena martirizaba y hería su corazón?

Yo no lo sabría jamás si ella no se aventuraba a hablar.

¿Pero cómo podría confiarme a mí, a un niño, los terribles sufrimientos de su alma de mujer?

¡Dios mío! ¿Quién alcanzaría a explicar el terrible sufrimiento de aquella vida sin luz y sin amor, de aquella existencia tímida y encarcelada que jamás osaba pedir nada?

Aun al presente, casi en su lecho de muerte, con el corazón desgarrado de angustia, ella estaba allí como una culpable, evitando el menor ruido, prohibiéndose a sí misma toda queja, inventándose un dolor nuevo para someterse y para resignarse.

A la caída de la tarde, yo entré en la biblioteca. Abrí un armario y me puse a buscar un libro que yo pudiese leer en voz alta a mi protectora.

Deseaba para distraerla de sus negras ideas alguna cosa ligera.

Largo tiempo busqué distraídamente.

A medida que la obscuridad aumentaba, mi tristeza era mayor…

Sin darme cuenta de ello, me hallé entre las manos el libro mismo, abierto en la misma página, donde estaba aquella carta que no salía de mi memoria.

¡Aquella misteriosa carta que había cortado mi vida en dos partes, terminando la una y comenzando la otra!

¡Qué mundo de oculta desolación, aquella carta me había revelado!

Yo no podía menos de preguntarme: ¿qué seremos nosotros en lo porvenir?

El rincón donde había sido feliz no tardaría en serme extraño.

El espíritu puro y sereno que protegía mi juventud me abandonaba.

¿Qué me tenía reservado el porvenir?

Y me olvidé de mí mismo pensando en el pasado que me era tan querido, y en el porvenir que me espantaba, y en vano procuraba adivinar.

Yo recuerdo aquel instante, como si todavía estuviese viviendo aquella misma hora. ¡Con tal fuerza está grabado en mi memoria!

Yo tenía el libro abierto por la página donde estaba la carta.

De pronto temblé, y di un grito de horror.

Una mano adelantándose por encima de mi hombro me arrebataba la carta.

Me volví rápidamente.

¡El dueño de la casa estaba delante de mí!…

Me asió un brazo y me lo oprimió fuertemente para mantenerme en el mismo sitio.

Con la mano que le quedaba libre aproximó la carta a la luz y se esforzó por leer las primeras líneas.

Yo me puse a gritar. Hubiera preferido la muerte a dejarle aquella carta.

Vi la sonrisa burlona que plegara sus labios al leer las primeras frases y perdí la cabeza.

Sin saber lo que hacía, me arrojé sobre él y le arranqué la carta.

Todo esto había sido tan rápido, tan impensado, que yo mismo no me explicaba cómo estaba de nuevo en posesión del fatal papel.

Viendo que él quería recobrarlo, me lo oculté velozmente en el pecho y retrocedí tres pasos.

Breves momentos nos miramos sin hablar.

Aquel hombre, con los labios temblorosos y azulencos de cólera, rompió primero el silencio:

—¡Esa carta!… Venga esa carta, o te la haré entregar…

Se contuvo, pero yo leí la amenaza en sus ojos.

Calientes lágrimas corrían por mis mejillas.

Mi agitación era tan violenta, que al pronto no pude responder.

Aquel hombre adelantando un paso hacia mí, repitió en el mismo tono:

—¿Has oído? Entrégame esa carta.

Yo grité lleno de rabia al ver que se acercaba:

—¡Déjeme usted! ¡Déjeme usted!

Él adelantó un paso todavía; pero sin duda leyó en mis ojos una firme decisión, porque se detuvo y pareció reflexionar.

Después, como si acabase de adoptar un partido, murmuró:

—¡Está bien!…

Y paseando la mirada en torno suyo, exclamó:

—¿Con qué permiso has entrado en la biblioteca? ¿Quién te ha dado la llave de ese armario?

Yo no sabiendo qué contestar seguí gritando:

—¡Déjeme usted salir! ¡Déjeme usted salir!…

El sol se había ocultado por completo.

Dentro de la biblioteca la obscuridad era profunda.

Yo estaba sin defensa, solo, delante de un hombre que me infundía miedo.

Sin responderle, loco de terror, salí de la biblioteca y sin saber cómo me hallé ante la puerta del gabinete de mi protectora.

Me detuve para tomar aliento.

En aquel mismo momento oí los pasos del dueño de la casa. Quise entrar, pero bruscamente me detuve herido por un pensamiento que me asaltó.

¿Qué iba a suceder? ¡Aquella carta!… No, no; todo era preferible a aquel golpe asestado en el corazón de la pobre madre.

Quise retroceder, pero era ya demasiado tarde. El dueño de la casa estaba ya cerca de mí.

En voz baja, cogiéndole una mano, murmuré:

—Vamos a donde usted quiera, pero aquí no… Aquí no… La mataríamos.

Aquel hombre rechazándome, contestó:

—Tú eres quien la matas… Tú, únicamente.

Todas mis esperanzas se desvanecieron.

Aquel hombre quería precisamente continuar la querella en presencia de su mujer.

Yo traté de detenerle con todas mis fuerzas.

—¡Por Dios! ¡Por Dios, no haga usted eso!…

En aquel momento, una mano pálida alzó el portier y mi protectora asomó en el umbral. Su rostro estaba más pálido que de costumbre. Ella se sostenía en pie con dificultad. Se conocía que ella tenía que hacer un violento esfuerzo para aproximarse a nosotros al oír nuestra voz.

Observándonos con una especie de vago terror, preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿De qué habláis?

Hubo un momento de silencio.

Ella palideció todavía más.

Yo me acerqué a ella y cogiéndola de las manos la llevé con fuerza hasta el fondo del gabinete.

Su marido nos siguió. Yo la abracé más fuerte, cada vez más fuerte, trémulo de zozobra.

Ella entonces preguntó por segunda vez:

—¿Pero qué tienes tú? ¿Qué tienes?

Su marido contestó adelantándose:

—Dile que te enseñe una carta que acaba de esconder en el pecho. ¿Qué secretos puede tener ese niño que no podamos conocer nosotros?

Yo permanecía abrazado a mi protectora, cada vez más estrechamente. Ella no cesaba de repetir con verdadero espanto.

—¿Pero qué pasa, Dios mío, qué pasa?

Después, dirigiéndose a su marido, preguntó:

—¿Por qué estás tan irritado?

—Víctor llora…

—Víctor, ¿dime tú lo que ha pasado?

Yo callaba, sin atreverme a responder.

El dueño de la casa avanzó algunos pasos, y separándome bruscamente de su mujer, dijo:

—Quiero que la que te ha servido de madre te juzgue.

Y llevando a su mujer hacia un sillón y haciéndola sentar, añadió:

—Tú debes procurar tranquilizarte. Me es penoso no poder dispensarte de una explicación necesaria.

Mi protectora nos miraba alternativamente a su marido y a mí.

Yo me torcía las manos bajo la espera del momento fatal.

Conocía lo bastante a aquel hombre para saber que no haría gracia.

Iba a hablar. Yo no le dejé. Le así violentamente de la mano y le arrastré hacia un lado.

Mis fuerzas de niño se agotaban.

Un momento más y todo estaba perdido.

En voz baja y sofocada, murmuré.

—No hable usted de la carta… Usted la mataría… ¡Yo lo sé todo!

Él me miró fijamente, con una curiosidad ardiente, y pareció confuso.

La sangre le subió al rostro y enrojeció hasta su frente.

Yo todavía repetí una vez más.

—¡Lo sé todo!…

Aquel hombre dudó un momento.

Yo me adelanté a decir.

—He aquí lo que ha sucedido y de lo cual me reconozco culpable. Hace algún tiempo he tomado la llave de la biblioteca y leo los libros a escondidas. Su marido de usted me ha sorprendido con un libro que sin duda no debía ser entre mis manos. Yo no me defiendo, reconozco mi falta…

Mi protectora me escuchaba con una atención profunda.

En su rostro se reflejaba la duda.

Nos mirada alternativamente a su marido y a mí.

Hubo un largo silencio.

Yo respiraba con dificultad.

Inclinó la cabeza sobre el pecho y se cubrió los ojos con una mano para mejor meditar, para mejor pensar cada una de las palabras que yo acababa de

pronunciar.

Levantó al fin la cabeza y me miró intensamente.

Por último, murmuró:

—Víctor, hijo mío, yo sé que tú eres incapaz de mentir. Dime la verdad: ¿es eso todo?, ¿absolutamente todo?

Yo tuve serenidad bastante para responder:

—Todo.

Volviéndose a su marido tornó a repetir la pregunta:

—¿Es eso todo?

Él, haciendo un poderoso esfuerzo, contestó:

—Sí, todo.

—Me tranquilizáis. ¿Tú me das tu palabra, Víctor?

Yo respondí sin vacilar:

—Sí, señora.

Pero no pude menos de dirigir una mirada sobre aquel hombre.

Él había reído de una manera antipática y burlona que me hizo enrojecer; mi confusión fue observada por mi protectora.

Un profundo disgusto se reflejó sobre su rostro.

Al mismo tiempo sus labios descoloridos murmuraron, como quien exhala una queja:

—Antes te creía… ¡Ahora no puedo creerte!

Su marido, entonces, dijo bruscamente:

—Se te ha dicho la verdad. ¿Qué más quieres?

La pobre mártir no respondió.

La escena era cada vez más penosa.

El dueño de la casa continuó:

—Mañana mismo yo examinaré todos los libros. Todavía no sé lo que hay allí.

Mi protectora preguntó:

—¿Y cuál libro leía él?

—¿Qué libro? ¡Ah!… No recuerdo.

Y volviéndose a mí añadió con baja y rastrera intención:

—¿Qué libro leías? Tú sabes explicar mejor el asunto.

Yo no encontré una palabra que responder.

La pobre mártir miraba con ansiedad a su marido, esperando una respuesta.

Él, que observaba mi confusión y la de su mujer, parecía gozarse en ello.

Mi protectora volvió a preguntarme:

—¿Qué libro leías, Víctor?

Mi confusión era tan grande, que sin saber lo que hacía, confesé la verdad y dije el libro en que leía.

Al mismo tiempo aquel hombre me dirigió esta otra pregunta:

—¿Qué carta guardaste en el pecho?

En aquel momento la pobre mártir dio un grito y cayó al suelo desvanecida.

¡Había adivinado la verdad!

* * *

Toda la noche fue presa de un violento delirio.

Sus manos ardían, sus ojos aparecían extraviados, su pecho se levantaba convulsivamente, su exaltación llegaba al paroxismo.

Los cuidados más activos y los remedios más enérgicos no produjeron ningún efecto sobre la enferma.

El médico, en cuya busca había salido un criado, declaró que no había esperanzas de salvarla.

Dos horas después dejó de existir.

Al día siguiente por la mañana, yo, todo tembloroso, me dirigí al gabinete de aquel hombre funesto.

Estaba pálido, desfigurado; iba de un lado a otro de la habitación, como un hombre que ha perdido la razón y está completamente trastornado.

Yo jamás le había visto así.

Al verme se detuvo y con una voz ruda y brutal me interrogó:

—¿Qué quieres tú? ¿Qué haces aún en esta casa?

Yo sentí la bajeza de aquel insulto y me puse rojo:

Con la voz trémula respondí:

—Tengo que entregar a usted la carta…

Él me miró con indignación.

—¡Después del mal que has ocasionado!…

Yo tuve el valor de responder:

—No soy yo el más culpable.

Aquel hombre calló y hubo un penoso silencio.

Él fue el primero en romperlo.

Alargando hacia mí su mano, que temblaba, murmuró:

—Dame esa carta.

Yo saqué la carta del bolsillo y se la alargué:

Él la tomó con cierta desconfianza, como si dudase que yo la hubiese sustituido:

Yo comprendí su sospecha y le dije:

—¿No la reconoce usted?

El dueño de la casa repuso secamente:

—Sí…

—Tómela usted.

La tomó en silencio y dio algunos pasos hacia la ventana para leerla a la triste luz de aquella mañana de invierno.

Yo le observaba atentamente.

Bien pronto él volvió la hoja y leyó la firma.

La sangre le subió al rostro, momentos antes pálido como el de un cadáver.

Levantó los ojos y me miró estupefacto:

—¿Qué es esto?

Yo, haciendo un violento esfuerzo sobre mí mismo, pero sin lograr serenar mi voz, que temblaba, ni ocultar las lágrimas que empañaban mis ojos, contesté:

—Hace algún tiempo encontré esa carta en un libro. He pensado que había sido olvidada allí. La he leído y he comprendido todo. Después la he guardado, no sabiendo a quién devolvérsela.

Dichas estas palabras salí del gabinete.

Al día siguiente se verificó el entierro de mi protectora.

Aquella alma mártir que había tenido para mí el amor de una madre.

Desde la iglesia, y sin despedirme de nadie, me dirigí a pie a Santiago.

No quise volver a entrar en la quinta.

Anduve cuatro leguas por la carretera, bajo una lluvia tenaz en un día de invierno.

En Santiago dormí en los porches de una iglesia.

Al día siguiente tuve que pedir limosna.

Durante muchos días me mantuvo la caridad pública.

Al fin pude entrar de aprendiz en un taller.

Entonces empezó mi vida de trabajos, de privaciones y de angustias.

Un año después me hallé casualmente en la calle con el marido de la pobre mártir.

Aún iba vestido de luto.

Quise torcer de camino, pero él me llamó:

—¡Víctor!… ¡Víctor!

Me acerqué tembloroso…

Al verme sonrió con su mala y antipática sonrisa, y me dijo:

—Me alegro de verte, Víctor. Cuando saliste de la quinta tenía que revelarte un secreto referente a tu nacimiento. ¿Tú no has sabido nunca quiénes han sido tus padres?…

Yo bajé la cabeza avergonzado.

Él continuó:

—Quizás hayas oído —ciertas cosas nunca permanecen completamente ocultas— que tu madre ha sido una hija de la Condesa muerta muy joven.

La vergüenza no me dejaba responder.

Aquel hombre prosiguió implacable.

—En ese error permanecimos mi pobre mujer y yo.

Hizo una pausa, y con su maligna sonrisa, continuó:

—No hace mucho he sabido toda la verdad. Hela aquí. El nieto de la Condesa se criaba en la aldea de Bradamín. La Condesa pagaba espléndidamente a los pobres labriegos que le cuidaban. Murió el niño, y ellos por no perder las ganancias y la protección de la Condesa, ocultaron la muerte, y sustituyeron al niño. El sustituto fuiste tú. El marido de tu nodriza, próxima ya a morir, hizo esta declaración ante varios testigos. El párroco de Bradamín fue el encargado de transmitírmela.

Todavía aquel hombre, el verdugo de mi desgraciada protectora, siguió hablando algunos momentos. Creo que quiso ofrecerme protección en su nombre y en nombre del hijo de la Condesa, del padre de Carlos, a quien, como es natural, había enterado de todo lo ocurrido. Pero yo no quise oírle y me alejé corriendo de su lado.

Entonces empecé a aborrecer y sentí el desprecio de la sociedad.

* * *

Así terminaba el manuscrito de Víctor Rey.

D. Máximo Baroja cerró el cuaderno, lo guardó en un cajón de su mesa y quedó pensativo.

CAPÍTULO XX

VÍCTOR EN MADRID

ESPOLEADO por la necesidad, Víctor Rey trabajaba en un taller de pintor decorador, establecido en la ciudad de Santiago.

Pero un día abandonó el taller y se dirigió a Madrid en busca de fortuna.

Sus compañeros de taller, habituados a su genio excéntrico y sombrío —pues conviene advertir que el carácter de Víctor había sufrido un cambio muy esencial—, no le echaron de menos, ni extrañaron su resolución.

Sin embargo, en el taller profesaban por él una cierta admiración, porque le atribuían una inteligencia superior y una superior cultura.

Pasaba por no tener gran juicio, no porque hubiese dado pruebas de no ser juicioso, sino porque parecía distinto del común de las gentes, y tener apariencias de originalidad suele ser para muchas buenas personas no tener juicio.

Víctor, agriado por sus desgracias, se había hecho anarquista.

Los que le oían exponer sus ideas le auguraban un mal fin, porque su modo de pensar y su lenguaje ofendían las ideas de los burgueses.

Cuando discurría, hablaba con excesiva exaltación o fríamente, casi con crueldad.

Él fue quien primero levantó en los cenáculos de su tierra ciertas cuestiones irritantes de política local, luego derivadas por una acentuada tendencia de generalización, para los problemas de organización social que él parecía blandir, como banderas.

Un compañero de taller —anarquista como él y que le había precedido en el abandono de su ciudad natal por la villa y corte— le enviaba de Madrid opúsculos y periódicos librepensadores, que él leía de noche a la luz de quinqué humoso.

El entusiasmo que aquellos escritos le producían era tan grande que Víctor no podía menos de anotar las márgenes con comentarios de asentimiento y de aplauso.

En aquellos opúsculos y en aquellos periódicos todo era novedad para su

espíritu, pero una novedad embriagadora y nociva, como el vino.

Saboreaba la lectura de tales publicaciones con placer de vicios ocultos, y a medida que se dejaba penetrar de su significación iba adquiriendo una creciente exaltación de apóstol.

Por último, reputándose poseedor de conocimientos superiores a los de sus compañeros de taller adquirió también el sentimiento de una manifiesta superioridad, y miraba con ojos de desdén a todo lo que le rodeaba en aquella ciudad ultramontana.

A medida que fue conociendo el credo del anarquismo y el socialismo, fuese convenciendo de que se hallaba en posesión de nociones casi misteriosas de la vida, y poco a poco, dándose a sí mismo una misión dentro de la sociedad y de su tiempo.

De ahí su extraño porte, su actitud agresiva y sus palabras siempre en insurrección.

Le sobrevino una crisis de proselitismo.

A propósito de todo, estableció teorías y quiso convencer.

La gente que lo oía parecía sorprendida, y hubo quien lo tuvo por loco de remate.

El dueño del taller en que trabajaba, hombre más enriquecido con el trabajo ajeno que con el propio, afirmaba con gran convencimiento que Víctor acabaría mal.

Esta afirmación, sin duda, en mucha parte se debía a que de cuantas personas Víctor conocía y trataba, el dueño del taller era el más ofendido.

Víctor le había dicho varias veces, batiéndole solemnemente en el hombro, que él o sus nietos aún habían de expiar un día el delito de ser ricos.

Esta opinión, complicada de una tan insolente amenaza, pareció al buen hombre enteramente criminal.

Así cuando Víctor abandonó el taller, dejó en pos de sí una vaga impresión de bienestar.

La presencia de aquel joven obrero, de ideas tan radicales y de espíritu tan audaz, parecía amenazar la seguridad de la vieja y levítica ciudad.

* * *

Cuando se halló en Madrid, Víctor Rey experimentó un gran aturdimiento,

mezclado con una gran excitación.

Pasó la primera noche en la Posada del Peine y al día siguiente, por la mañana, se dirigió al domicilio del compañero con quien mantenía correspondencia desde Santiago, y el cual solía enviarle a la vieja ciudad del Apóstol toda suerte de opúsculos y periódicos demagogos.

Llamábase aquel compañero Antonio Palomero, y aunque ejercía el humilde oficio de albañil, no era esto parte a impedirle redactar, con otros amigos de su cuerda, un periódico socialista para los obreros.

Era el tal Palomero mozo de mucha verbosidad y alguna cultura para su clase.

Víctor Rey tuvo la suerte de encontrarle en casa, por ser aquel día domingo.

Palomero vivía en una casa de huéspedes de los barrios bajos.

Cuando Víctor llamó a la puerta, salió a abrirle una moza alcarreña, llamada Patrocinio, y a la cual todos los huéspedes llamaban Patro.

Patro hizo entrar al visitante, y guiándole por el laberinto de un pasillo estrecho y obscuro, que olía a guisado, llegó hasta la puerta de la alcoba de Palomero.

Llamando con el rabo de la escoba, la criada gritó al mismo tiempo:

—¡Señor Antonio! ¡Señor Antonio! Aquí está un señor de su tierra que pregunta por usted.

La voz de Palomero respondió desde dentro:

—¿Qué dices, muchacha?

—Uno de su tierra que pregunta por usted.

—¿Quién es?

Patro se volvió hacia Víctor, que esperaba en la obscuridad del corredor:

—¿Hace el favor de decirme quién es?

Pero este, en lugar de responder a la pregunta de la alcarreña, se acercó a la puerta y gritó a su vez:

—¡Abre, Antonio! ¡Soy yo! ¡Víctor!

El otro contestó:

—¡Espera!

Y saltando de la cama, abrió la ventana y vino en dos zancadas, descalzo, a dar vuelta a la llave de la puerta.

Después volviendo a chapuzarse en la cama, gritó:

—¡Abre! ¡Está abierta!

Víctor levantó el pestillo, abrió la puerta y entró.

Palomero exclamó al verle:

—¡Al fin te has decidido a venir a Madrid!

Y los dos se abrazaron.

Luego sobrevino un torbellino de preguntas y respuestas, de estas que los amigos cambian cuando son jóvenes y quieren con aquella efusión que es propia de los primeros afectos.

Víctor se veía al fin en Madrid, y conseguido este ideal, parecía gozar su posesión con beatitud.

Su boca habitualmente seria, sonreía, sus ojos brillaban.

Palomero, que parecía participar de su satisfacción, exclamaba:

—Es que ya no sales de aquí.

Víctor, transportado de júbilo, respondió:

—¡No salgo!

Estaba un crudo tiempo de invierno, venteaba con violencia y llovía a cántaros.

Hacía frío.

La perspectiva de tejados que se ofrecía a la vista desde la ventana del cuarto de Palomero, aparecía blanca por la nieve.

A aquella hora, en aquel cuarto de la casa de huéspedes, diríase que amanecía.

Oíase el agua batiendo abajo en las piedras de la calle.

El cielo, de ceniza, aparecía manchado por grandes nubes algodonáceas.

La llovizna perenne hacía como una cortina de niebla.

¡Y sin embargo, para Víctor Rey ningún día había amanecido más alegre!

Ahora en el cuarto de Antonio Palomero, su confidente, su inspirador, su amigo, sentíase completamente feliz y se figuraba que nunca volvería a serlo tanto.

En aquel delicioso primer encuentro en que todo se quería decir de una vez y a un tiempo, los pensamientos y las palabras se atropellaban, y mil agradables banalidades acudían borboteantes a los labios.

Los dos amigos se hablaban como dos enamorados.

En la amistad y en el corazón de Víctor, Palomero, el obrero socialista, había sustituido a Carlos el nieto de la infortunada Condesa de Porta-Dei.

Fue objeto primero de su conversación las cosas que se venían diciendo en sus cartas y que en un momento recapitularon; después los proyectos de Víctor, y, por último, los detalles domésticos de la instalación.

Palomero, sonriendo con su boca de vieja, le informaba de todo:

—Mira, esta casa de huéspedes es de lo peor de Madrid, pero por lo mismo es de lo más económica. Los huéspedes son obreros y estudiantes de veterinaria. En general, buena gente. Debo advertirte que no se puede vivir peor, pero en compensación no se puede vivir más barato. Doña Lola, a quien luego te presentaré, encontrará modo de atender a tu subsistencia mediante una suma tan módica, que muchos de sus huéspedes, sin duda avergonzados, se han declarado en huelga y no se la pagan, lo que no impide que ella continúe alimentándolos. Pretende la excelente doña Lola que vivimos en familia y es cierto. No hay para hermanar a los hombres como obligarlos a comer en la misma mesa. Por lo demás, ya tú verás…

Se incorporó en la cama y llamó con grandes voces:

—¡Patro! ¡Patro!

La alcarreña respondió desde la cocina:

—¡Voy, señor Antonio!

No tardaron en oírse sus pasos a lo largo del pasillo; y un momento después Patro asomaba en la puerta de la alcoba, secándose las manos a una punta del mandil.

—¿Qué se ofrecía?

—Este señor es un nuevo huésped.

—Por muchos años.

—Di a doña Lola que le den el cuarto pequeño.

—No está la señora.

—¿Dónde va?

—Ha ido a misa.

—Pues cuando regrese…

Y Palomero, volviéndose a su amigo, añadió:

—Vas a ver. Probablemente te darán el cuarto pequeño. Cabe la cama. Tiene una ventana que da al patio. Tú no conoces estos patios de vecindad. Ya verás. Una jaula de fieras de todas clases.

Víctor reía, encontrando todo aquello admirable:

—Tú exageras.

—¿Exagero? Ya tendrás ocasión de convencerte, por tus propios ojos. Tu cuarto, sin embargo, es el cuarto que conviene a un hombre como tú, que viene del fondo de una provincia a conocer la vida. Es el cuarto de los iniciados. Es la celda que todo hombre tiene en su pasado. Es estrecho como conviene a quien

precisa encerrarse en sí mismo, concentrarse, meditar, reflexionar. Tú tienes imaginación, lo cual es una facultad terrible para la vida. En una alcoba estrecha como una sepultura, tu imaginación ha de sentirse más sujeta, menos a su voluntad y tú tendrás tal vez que optar por el frío y metódico raciocinio, lo cual es siempre mucho más conveniente.

Víctor oía casi encantado a su amigo Palomero. El obrero intelectual como se llamaba pomposamente a sí mismo.

Víctor exclamó en un rapto de entusiasmo:

—¡Tú eres fenomenal!

—¡Fenomenal! Ese es uno de los adjetivos de Santiago.

Y después bruscamente:

—¿Tú quieres dormir?

Pero Víctor no quería dormir, no tenía sueño.

En la Posada del Peine se descansaba admirablemente y allí había pasado la noche. ¡Como no conocía Madrid!

Lo único que Víctor deseaba entonces era tomar alguna cosa caliente, un sorbo de café y salir con Palomero a ver algo de la villa y corte.

Pero su amigo no pareció muy dispuesto:

—¡Con este tiempo!

—¡Qué importa!

Palomero dirigió una mirada a la ventana, cuyos vidrios goteaban el agua.

Era absurdo.

Con todo, Víctor insistió, y como Palomero se negase, decidió salir solo hasta la hora del almuerzo.

* * *

En la puerta de la calle, Víctor se detuvo un momento, mirando a la acera, donde la lluvia caía con violencia.

Un momento dudó entre salir y volver a subir la escalera.

Pero una extraordinaria curiosidad, un deseo infantil de encontrarse solo en el dédalo de la gran ciudad desconocida acabó por decidirlo.

Abrió el paraguas que Palomero le había prestado y echó por la calle de Toledo arriba, en dirección de la Plaza Mayor, que no le pareció ni tan grande ni tan monumental como la plaza del hospital de la vieja Compostela.

Después de detenerse algunos minutos bajo los soportales o porches de la plaza, continuó su excursión, caminando a la ventura.

Ni él mismo podía comprender el sentimiento que le dominaba en aquel momento, hasta el punto de arrastrarlo a una excursión tan poco agradable.

Era un alborozo, una fiebre infantil, que le llevaba a experimentar placer en dejarse mojar, en chapotear en el agua con sus gruesos zapatos de obrero.

Conocer una ciudad que nunca se vio, tiene siempre interés.

Y para Víctor, que llegaba del fondo de una provincia sin haber visto otro pueblo que Santiago, el interés se convertía en invencible curiosidad.

Habitar Madrid para siempre era su sueño.

La capital ejerce sobre la juventud de las provincias una permanente fascinación.

París atrae la mitad de la juventud.

En la calle Mayor, un individuo que como él parecía no tener destino ni rumbo determinado, le preguntó la hora.

Víctor sacó su reloj —un antiguo reloj de plata recuerdo de la Condesa—, y consultó la esfera.

Eran las once.

El individuo saludó, llevándose la mano a la gorra y se alejó con las manos en los bolsillos, sin curarse de la lluvia.

¿Qué haría aquel hombre en aquel lugar?

Víctor un momento lo juzgó sospechoso, pero luego pensó que sería tal vez un desgraciado de esos que en las grandes ciudades duermen al aire libre, en los bancos de los paseos o en las puertas de las iglesias.

Le miró con curiosidad, procurando descubrir en su semblante la huella de los grandes sufrimientos que la miseria imprime siempre en el rostro humano.

El individuo se sintió observado e hizo acción de acercarse.

Víctor desvió rápidamente los ojos.

Se alejó.

Pero no tardó en oír una voz sofocada:

—¡Caballero! ¡Caballero!

Se volvió y halló al hombre desconocido que murmuraba a su espalda.

Con una sonrisa de mendigo le preguntó si por acaso no tenía un cigarro que le diese.

Un poco molestado por esta petición, Víctor se llevó la mano al bolsillo, y sin decir palabra, alargó un cigarro al pobre diablo, que dio las gracias al

recibirlo, y se puso a liarle de nuevo sin apartarse de Víctor.

Al cabo de algunos momentos, llevándose el cigarro a la boca, preguntó:

—¿El señorito no es de Madrid?

Víctor respondió tímidamente:

—No.

El hombre tornó a decir:

—Luego se conoce.

Y después de una pausa:

—A mí la gente de Madrid no se me despinta.

Y ya familiar, acercándose más a Víctor, interrogó:

—¿Y un fósforo? ¿Tendrá por acaso un fósforo?

Pero Víctor no tenía fósforos.

Pasó en esto un obrero y el individuo desconocido se dirigió a él, pidiéndole fuego.

Volvió al lado de Víctor con el cigarro encendido.

Y se puso a enterarle de las costumbres de la villa y corte.

—Aquí en Madrid es así. Se pide lumbre al primero que pasa.

Y como Víctor no respondiese, añadió:

—¿El señorito tampoco conoce Madrid?

Víctor un poco molestado, y disponiéndose a separarse, contestó:

—No.

Y Víctor se alejó por la calle Mayor en dirección de la Puerta del Sol.

La compañía rápida de aquel sospechoso desconocido de plaza pública le había dejado en el espíritu una impresión de vago recelo.

El hecho de haber tropezado con un personaje de tan equívoca apariencia le hizo apresurar el paso para llegar a casa cuanto antes y encontrarse al abrigo de la amistad y de la experiencia de su compañero Palomero.

En aquel hombre mal vestido y demacrado que pedía cigarros a los transeúntes, Madrid se le aparecía como una ciudad de acechanzas y celadas, llena de miseria astuta, ofreciendo al recién llegado como él peligros de novela.

Un momento le pasó por la cabeza que el hombre desconocido le seguiría y al volver una esquina miró para atrás.

Ya en casa, de nuevo en el cuarto de Palomero, que continuaba en cama, encontró qué contar, como si regresase de una larga excursión.

Aún seguía el relato de sus aventuras por las calles de la corte, cuando entró la criada a preguntarles si querían almorzar.

Al oír la pregunta, Palomero incorporándose en el lecho, exclamó:

—Tú debes estar muriendo de hambre. ¿Qué hora tienes?

—Voy a verlo.

Víctor se llevó la mano al bolsillo del chaleco. Después al bolsillo del pantalón. Y acabó palpándose todo con sorpresa y angustia.

Palomero preguntó:

—¿Qué es? ¿Qué te falta?

—El reloj.

—¿Lo habrás perdido en el viaje?

—No. Esta mañana lo tenía. Sería capaz de jurar que fue el hombre del cigarro.

Víctor repitió con pesarosa conformidad:

—Fue el hombre del cigarro.

Palomero al ver la triste figura de su amigo, soltó la carcajada.

—Te has dejado timar como un *Isidro*. Llegas a Madrid y lo primero que haces es dejar en él el reloj entre las uñas del primer golfo que se te acerca. ¿Y qué tal era el reloj? ¿Valía al menos algo?

Víctor al mismo tiempo vejado y contristado, se encogió de hombros.

—No siento el reloj por su valor, pero era un regalo de la Condesa.

—Déjate de romanticismos. ¿El reloj valía o no valía?

—No valía gran cosa.

—Pues en ese caso permíteme que te diga que el timado no eres tú, sino el timador.

—¿Él?

—Sí.

—¿Te has vuelto loco?

—Como tú quieras.

—¿Pero no bromeas?

—No, por cierto.

—¡Pues ten la bondad de explicarte!

—Ese hombre liquidó una parte de sus cuentas contigo, o por lo menos con la porción de la sociedad que tú representas tan lastimosamente. Lo que tú has hecho abandonándole tu reloj ha sido una simple restitución. Tú le debías ese reloj como cada uno de tus semejantes le debe un reloj igual, que él, probablemente, se encargará de apropiarse.

Víctor protestó:

—Esas son teorías disolventes. Yo no voy tan lejos.

Palomero repuso con gran seriedad:

—Es que tú, aun cuando creas otra cosa, eres un reaccionario.

—¡Reaccionario yo! ¡Estás loco!

—Al contrario, nunca me sentí más en mi juicio.

—Para sostener paradojas.

—No lo son. Digo y repito que lo que tú has hecho, o lo que te obligaron a hacer, fue una simple restitución.

Y como Víctor pareciese querer sinceramente comprender, añadió:

—Vas a hacerme el favor de responderme. ¿Reparaste en el prójimo que te limpió el reloj?

Víctor respondió obediente:

—Reparé.

—¿Era un golfo, no es verdad?

—Sí, eso parecía.

—Lo encontraste en mitad de la calle Mayor, arrostrando impávido un aguacero cuando todo el mundo buscaba dónde cobijarse.

—Sí.

—Según todas las apariencias, ese pobre diablo estaba allí, porque no podía estar en otra parte, porque no tenía como tú y como yo un techo que lo abrigase. ¿No es eso lo más verosímil?

—Quizás.

—Ese hombre habría pasado la noche en claro, embutido en el quicio de alguna puerta. Tendría frío y hambre. Según me has dicho te pidió un cigarro, ese refugio de los que no tienen que hacer y de los que no tienen que comer. ¡Y sin embargo ese pobre diablo tenía tu apariencia; era un hombre como tú, con las mismas funciones y las mismas necesidades! En la escala animal y en la escala social era, según todas las apariencias, tu hermano. Corazón, cabeza y estómago: los tres ángulos del triángulo. Ese hombre era en todo como tú te repito. ¿Siendo esto así, por qué motivo vagaba sin albergue del Viaducto a la calle Mayor, cuando tú, recién llegado a Madrid, ya tenías tu hospedaje asegurado en casa de doña Lola? ¿Por qué motivo?

Víctor seguía con extraordinaria atención el raciocinio de Palomero como procurando apoderarse completamente de él.

Palomero muy satisfecho de la manera como el otro atendía, prosiguió:

—Sí, ¿por qué motivo? ¿Por qué razón del orden social aquel hombre era un

desgraciado, y tú, comparado con él, eres casi un favorecido de la fortuna? ¿Qué razón hay para esas diferencias entre un hombre y otro hombre? ¿No son todos iguales? ¡Porque tú eres más dichoso que aquel desgraciado!

Víctor interrumpió:

—¿Quién te ha dicho a ti que yo soy más dichoso?

Palomero repuso con autoridad:

—No seas panoli. Tener hoy el almuerzo asegurado es ser más feliz.

—Con felicidad material. ¿Pero los dolores morales?

—No existen. Son sombras que nosotros inventamos para imaginarnos seres superiores. El hombre vive para comer. El desiderátum de la humanidad es llenar el estómago. Dado este ideal, ¿cómo comprendes tú que unos lo alcancen y otros no, que unos mueran de hambre y otros de indigestión?

Víctor balbuceó:

—Es el orden de las cosas…

—Precisamente; pues ese orden de cosas es abominable.

Y prosiguió ferozmente:

—Con arreglo a ese orden de cosas la iniquidad más injusta reina perpetuamente en la humanidad. La vida es una serie de monopolios. Unos tienen el monopolio del poder y otros el monopolio de la fortuna. Entre un millón de hombres, una docena se come la ración de todos, mientras los demás se muerden las uñas. En las sociedades modernas no hay ley ni hay justicia. Suele decirse que los que triunfan son los más fuertes, y no es verdad. El acaso, solamente el acaso da o quita el triunfo. Así como la sociedad es una serie de monopolios, la vida es una serie de casualidades, una lotería en que la mayor parte de los billetes no tienen nunca premio. Ahora considera si todo eso es justo. ¿Es justo que el derecho a la vida no sea de todos? ¿Es justo que los bienes de la tierra, al igual del aire, no sean repartidos entre todos? ¿En virtud de qué principio, en virtud de qué moral está la humanidad distribuida en grupos: unos destinados a vivir sufriendo, otros destinados a vivir sin sufrimiento? ¿Sostendrás aún que todo esto no es monstruoso?

Víctor no respondió.

Con la mirada perdida en el vacío buscaba una solución al problema.

Palomero prosiguió implacable, como quien procura demostrar una verdad de un orden superior:

—Ahora ponme al hombre dentro de la sociedad así constituida, dale un lugar aparte en el gran grupo de los desvalidos, estimula sus instintos y le verás

necesariamente, robar, incendiar, matar. Y ahora te pregunto. ¿Es un criminal ese hombre?

—Sí.

—No.

—¿Pues entonces?

—Es una víctima. Es la víctima de todos, la víctima de la sociedad. Cuando roba no comete un delito. Procura rescatar lo que es suyo. Roba en legítima defensa. Pero el robo no basta, y muchas veces el asesinato es su legítima consecuencia. Una consecuencia justa.

Aquí Víctor se levantó protestando:

—¡No digas atrocidades; la vida humana es inviolable!

Pero su amigo, con una lógica de hierro, no le dejó proseguir:

—Si la vida humana es inviolable, ¿por qué razón se muere de hambre y de frío? ¿No es atentar contra la vida humana condenar a una parte de la gente a morirse, por efecto de la miseria? ¡Ah, la vida está llena de hipocresías! Es crimen matar derramando sangre y no es crimen matar sin derramarla. Las iniquidades de la organización social pesando sobre ciertas clases de la sociedad son causa constante del desquiciamiento y de la extinción de generaciones enteras. Hay madres cuya leche no alimenta a sus hijos, porque ellas mismas no se alimentan. Los hijos mueren, si no inmediatamente, al cabo de algún tiempo. ¿Mueren? ¿Qué digo yo? ¡Son asesinados! Es la sociedad quien los mata. ¡Y cómo los mata! Los asesinos de profesión tienen puñales, la sociedad tiene arsenales enteros. Los asesinos descargan un golpe, la sociedad descarga un millón de golpes. La miseria hace más víctimas en un mes que el crimen en un año. Y aquí tienes tú cómo la famosa doctrina de la inviolabilidad de la vida es una mentira con la agravante de que es una mentira imprudente. Esta humanidad que tanto cela la vida humana incluye en cambio entre sus distracciones periódicas la guerra, la cual consiste en que unos hombres exterminen a otros en nombre de una ambición. La vida humana es inviolable, lo que no impide que su violación sea permanente.

Calló un momento Palomero, y Víctor que había escuchado con gran atención, murmuró en voz baja:

—¡Tienes razón!

Palomero sonrió con sonrisa de triunfo:

—¡Ah! Me das la razón. ¿Comprendes entonces por qué te decía hace poco que el hombre que te robó el reloj no hizo más que cobrarse por sus manos de

una cuenta que tú le debías?

Y como Víctor no pareciese completamente de acuerdo, Palomero siguió:

—Está claro. Apoderándose de tu reloj, ese hombre se cobró de una pequeña parte de lo que la sociedad le debe. Pero, según tú mismo confiesas, el reloj no valía cosa, por lo cual la amortización no ha sido grande. Por eso te decía antes que el robado ha sido el ladrón. ¿Cuánto valdría el reloj?

—Ocho o diez duros.

—¡Valiente cosa! ¡Ocho o diez duros! ¿Y crees tú haber indemnizado a ese hombre de las injusticias de que es víctima, con ocho o diez duros? ¡Ocho o diez duros a cambio de una iniquidad social, es vergonzoso!

Víctor arguyó entonces.

—¿Pero por qué razón he de ser yo la víctima expiatoria de los crímenes de la sociedad?

—La expiación no elije sus víctimas, es el que cae. Caíste tú. Tú has expiado el crimen de la sociedad.

—¡Pero eso es injusto!

—No lo creas.

—¿Si te hubiese sucedido a ti?

—Me conformaría.

—¿Y si pudieses echarle la mano?

—¿A quién? ¿Al reloj?

—No, al ladrón.

—Procuraría que no se me escapase.

—¿Y entonces tu filosofía?

—Mi filosofía permanecía intacta…

—¿Cómo?

—Muy sencillamente.

—Pues no lo entiendo.

—Mi filosofía, como tú la llamas, tiene por base el instinto y por ideal la conservación. O en otros términos, el principio de legítima defensa extendiéndose a todos. Mi dogma es la justicia. Los hombres están todavía en estado de barbarie. Se defienden. Se defienden los que están debajo y se defienden los que están encima. Quien tiene hambre, roba; quien tiene un reloj, lo sujeta con una cadena a un ojal del chaleco. Y así sucederá hasta que los hombres lleguen a un acuerdo y cada uno tenga su reloj y ninguno tenga hambre. A propósito de hambre, tú debes estar con el estómago pegado al espinazo.

Llamó con grandes voces a la criada:

—¡Patro! ¡Pairo!

La Patro acudió presurosa:

—¿Qué se ofrecía?

—Saber si podemos almorzar.

—Cuando quieran.

—Pues ahora.

La Patro se alejó corriendo.

En la estrecha y obscura cocina se la sintió trajinar moviendo gran estrépito de platos y cacerolas.

Poco después venía a avisar que el almuerzo esperaba en la mesa.

Capítulo XXI

La casa de doña Lola

LA casa de huéspedes de doña Lola ocupaba el tercer piso de un destartalado caserón, cuya fecha se remontaba a los tiempos del Rey Felipe IV.

Tres grandes balcones de piedra, resguardados por mohoso barandal, daban a la calle.

Al patio caían hasta ocho ventanas altas y angostas. Todo lo cual no impedía que el caserón fuese por demás triste y obscuro, merced a las casas de enfrente, que prolongaban sobre la calle sus grandes aleros negruzcos y eran no menos viejas y antiguas.

En la escalera apenas se veía, y algunas veces para subir era necesario encender fósforos a mitad del día.

La puerta de la calle nunca se cerraba, lo cual daba ocasión a que los individuos encontrasen más de una vez en el portal vagabundos durmiendo o abrigándose del mal tiempo. Los aposentos de los huéspedes eran mezquinos.

Una cama de hierro, un lavabo de pino y una mesa de la misma madera, con más una silla de anea, componían todo el ajuar.

La mejor habitación de la casa la había reservado doña Lola para sí.

Era una sala grande, ocupada por pesados muebles, una enorme cama de caoba y un aparador cargado de loza y traído para allí, por no caber en el comedor.

Una cómoda y un retablo, ante el cual ardía noche y día, una lamparilla de aceite en homenaje piadoso a un San Antonio de boj.

Era allí donde la rozagante doña Lola alojaba su ajamonada persona.

Era allí, al lado del monumental lecho de caoba, sentada en amplia poltrona de gutapercha verdosa y resquebrajada, donde daba audiencia a sus huéspedes.

A aquel santuario los llamaba para reprenderlos o pedirles las cuentas atrasadas.

Era allí donde doña Lola proponía y disponía. Determinaba la comida y los almuerzos, daba órdenes, hacía leyes.

A pesar de que su mesa era excesivamente frugal, estaba convencida de que

sus huéspedes lo pasaban en su casa mejor que en cualquier otra parte, y cuando se enteraba de que alguno de ellos comía fuera, se ofendía como si le infiriesen un agravio personal.

Si alguno se ausentaba por algún tiempo, cuando volvía a la casa, doña Lola le recibía siempre con grandes aspavientos, asegurando que se hallaba mucho más flaco. Lo cual la buena señora atribuía a la ausencia, y sobre todo a la falta de sus cuidados.

Era muy cariñosa y francota.

Trataba a los huéspedes como a hijos.

Cada uno que se iba le costaba un disgusto.

Doña Lola parecía creer que todo aquel que no se hallase bajo su ala protectora sería infinitamente desgraciado.

Doña Lola era un tipo.

No se sabía bien si era casada, viuda o soltera.

En su álbum de viejos retratos, mostraba frecuentemente la fotografía de un sargentazo de gastadores, al cual llamaba *su hombre*.

En los tiempos de nuestra historia sostenía íntimas relaciones con uno de sus huéspedes, llamado el señor Trillo, Eleuterio Trillo, el cual no era otro que aquel personaje que hubimos de presentar al lector en el comienzo de esta verídica historia, enamorado de Soledad, la mujer de Ramón.

Pero volvamos a doña Lola, que no es bien adelantemos sucesos tan importantes, y que en el curso de nuestro relato habrán de tener amplio lugar.

Doña Lola, sin ser joven, era aún una mujer de buen ver.

Los huéspedes de doña Lola eran tantos cuantos cabían en la casa, que como ella ufanamente decía, estaba llena como un huevo.

Con excepción del cuarto que vacara a la llegada de Víctor, los demás estaban ocupados.

El mejor de la casa se llamaba *el cuarto de las ventanas*, por tener dos a la calle y una al patio, y estaba ocupado por Eleuterio.

Eleuterio Trillo, merced a sus relaciones con doña Lola, era un huésped distinguido y de categoría superior a los demás.

Las criadas le llamaban señor Trillo, con todo respeto.

Los compañeros de casa le tenían también en gran consideración.

Palomero era el único que aparentaba despreciarlo.

No se reservaba de nadie para decir que Eleuterio era un canalla, y que estaba viviendo a expensas de doña Lola.

Nada de esto ignoraba Eleuterio, pero aparentaba no saberlo.

Eleuterio era cobarde.

Desde el día que Víctor llegó a casa de doña Lola, Eleuterio fue su amigo.

En vano Palomero le puso al corriente de quién era aquel hombre. ¡Un albañil que había dejado el oficio para vivir a cuenta de la infeliz doña Lola! Un hombre despreciable.

Todo fue inútil.

Desde el primer momento, Eleuterio tuvo una gran influencia sobre Víctor Rey.

Aquella influencia era inexplicable, porque Eleuterio era un obrero sin cultura, falto de corazón y de inteligencia.

* * *

Los primeros días de su estancia en Madrid transcurrieron para Víctor insensiblemente, como los de una nueva y feliz existencia.

Como Palomero tenía casi todo el día ocupado, Eleuterio fue quien cuidó de enseñarle Madrid.

Lo llevó a las tabernas, a las Ventas y a la Bombilla.

Se acostaba tarde, y entre el bando de amigos de Eleuterio, pasaba las horas alegremente jugando al *mus* en una taberna de la calle de Toledo.

Así, poco a poco, fue tomando el gusto a la vida alegre y ociosa.

Frecuentó los cafés de la chulería.

Conoció el flamenquismo y sintió su influencia.

Tuvo todas las tentaciones de la juventud.

Amó con el pensamiento.

Bebió y se emborrachó.

En esa especie de sueño quería vivir siempre.

Los días de su existencia actual le parecían mucho más bellos que los vividos en su país natal, durante toda su infancia y su juventud.

¡Allá todo era monotonía, aquí todo era imprevisto!

Hasta la luz le parecía más intensa, más vibrante.

Cuando por las mañanas se despertaba, su primer pensamiento era saltar del lecho y salir a la calle a ver gente, caras nuevas, hombres atareados, mujeres hermosas, multitud, bullicio, ruido…

La calle le atraía como un teatro donde el espectáculo es siempre nuevo, y para él la vida era el espectáculo siempre nuevo de la calle.

Cuando salía llamaba en la puerta del cuarto de Eleuterio, todavía en cama:

—¡Buenos días!

—¡Adiós!

—¡Hasta luego!

—¿A dónde vas?

—A dar una vuelta.

—¡Adiós!

Y toda la mañana vagabundeaba por la ciudad.

Cuando volvía entraba triunfante en el cuarto de Eleuterio.

—¡Está una mañana espléndida! ¡Y tú todavía en cama!

Eleuterio no se sorprendía. Decía que todo aquello le había de pasar. Que había de renegar de Madrid y de sus mañanas, y que acabaría por quedarse en cama como él a gozar del dulce sueño del día.

Pero Víctor afirmaba que no, que nunca dejaría de levantarse temprano. Que era lo más saludable.

Oyéndole hablar así, Eleuterio sonreía socarronamente.

Eleuterio jamás llevaba a nadie la contraria.

La fuerza de su carácter estribaba en eso, precisamente.

Eleuterio Trillo, aunque hijo de padres valencianos, había nacido en la capital del principado, la industriosa y culta Barcelona.

Era muy niño cuando sus padres se trasladaron con él a Zaragoza, con poco más que un hatillo de ropa y algunas pesetas.

Su estancia en la ciudad heroica no fue larga.

El padre fue contratado para servir en una fábrica de Santander, y allá se trasladó toda la familia.

Durante dos años llevaron la vida mezquina del salario, hasta que un día se cerró la fábrica.

Entonces a la mezquindad siguió la miseria.

El padre no tardó en inclinar la cabeza y exhalar el último aliento.

Le enterraron de limosna.

La madre, vieja y enferma, fue conducida al hospital.

Eleuterio, que siempre había mostrado mala índole, solamente una vez fue a verla en la mansión de la caridad.

Era un mozalbete díscolo y de malas costumbres.

Se pasaba la vida en la playa con otros mozalbetes.

Cuando por casualidad reunía algún dinero, lo primero que hacía era jugárselo o emborracharse.

La pobre madre presentía un desastroso fin para su hijo.

La vida que aquel llevaba no era para menos.

El médico que asistía a la desventurada anciana, viéndola de continuo afligida y llorosa en su lecho del hospital, hubo de sentir una profunda compasión.

Como a la pobre madre lo que más la asustaba era ver a su hijo entregado a las peores compañías y falto de sujeción y guía, el médico le ofreció poner en juego su influencia para hacer entrar a Eleuterio en el Hospicio.

Allí viviría bajo una saludable vigilancia y aprendería un oficio.

La pobre enferma besó llorando las manos del médico.

Pocos días después Eleuterio entraba en el Hospicio.

Allí pasó cuatro años.

Un día, en unión de otro compañero, logró escaparse.

Aquel compañero se llamaba Eustaquio.

El primer cuidado de los dos mozalbetes fue tomar el camino de la corte.

Después de tres años de miseria y vagancia, Eleuterio entró de huésped en casa de doña Lola donde no tardó en hacer la conquista de la ajamonada patrona.

Y allí vivía como dueño y señor en el momento en que Víctor Rey llegó de Galicia.

Ya hemos dicho que Eleuterio hizo desde el primer momento grandes amistades con Víctor, y que él fue quien tomó a su cargo iniciarle en los misterios de la vida madrileña.

La tarde del primer domingo que Víctor pasó en Madrid fueron juntos a la Bombilla.

Eran los primeros días de abril.

En el cielo, de un hermoso azul, parecía estallar una alegría gloriosa.

La multitud dominguera llenaba el camino.

Los tranvías se detenían cargados de gente.

En un corro, un organillo tocaba el tango de una zarzuelilla en boga.

A la puerta de los merenderos algunos juerguistas sentados en bancos conversaban y bebían peleón, viendo pasar la gente.

En medio de toda aquella alegría los árboles todavía sin hojas tenían un aspecto triste.

Un ambiente seco de polvo llenaba el aire.

Por toda la carretera venía como un largo susurro de risas y voces, con el constante restallar de la arena pisada.

La tarde era de las más hermosas de la estación. Una tarde serena y de calma, propia para pasearse y lucir el garbo.

Por la carretera venían filas de niñeras asidas del brazo, flanqueadas por dos soldados.

A veces pasaba alguna chulapa con su hombre. El socio, un tipejo; la soda, una barbiana de primera que dejaba por donde iba un rastro de ¡olés! y chicoleos.

Los organillos, aunque destemplados, atraían mucha gente.

Se empezaba formando corro en torno del golfo rey del manubrio y se concluía improvisando un baile, allí mismo, a la orilla de la carretera polvorienta.

En el cercado de un merendero bebían al aire libre y tomaban caracoles Víctor y su nuevo amigo Eleuterio.

Víctor, un poco mareado por el vino y la bullanga, miraba hacia la carretera con mirada de aburrimiento.

Víctor tenía entonces veinte años.

Estaba en esa edad donde el tipo del hombre se determina y fija.

Los rasgos de la adolescencia se fundían armoniosamente con la gracia viril del mozo, que ya se picaba de bigote, y de la barba que le apuntaba negra y rizosa.

En aquella dichosa edad, la fisonomía de Víctor respiraba al mismo tiempo que una energía un gran candor.

Tenía un aire triste, como de aparente resignación, pero debajo de aquella niebla melancólica, los rasgos de su rostro guardaban un singular vigor.

Era alto y moreno, delgado y fuerte.

El que una vez lo viese, le recordaría siempre.

Quien reparase en él no dejaría de encontrar en aquel rostro algo de vagamente extraño.

Y esa tal vez sería la razón de haber vuelto dos veces la cabeza para mirarle una preciosa muchacha que acompañada de otras dos paseaba por la carretera.

¿Sería por haber reparado en él entre tantos hombres, entre tantas fisonomías?

Víctor también reparó en ella y la siguió con la vista.

Poco después volvió a pasar la muchacha.

Sus dos amigas la conducían en medio.

Al cruzar por delante del merendero nuevamente, miró a Víctor.

Diríase que con los ojos le había buscado al aproximarse al punto donde antes le dejara.

Era ciertamente una muchacha muy gentil, con un palmito lleno de gracia.

Nada, sin embargo, ni en su porte ni en sus ademanes denunciaba el deseo de ser notada y de agradar.

Lejos de eso aparecía llena de modestia, lo mismo en su aire que en su vestido.

Y quizás eso mismo daba a su linda cabeza de estatua un nuevo vigor.

Pasó y repasó, y ni una sola vez dejó de mirar a Víctor.

Había en aquella mirada interés, pero sin intención femenil y provocativa, tanto que Víctor, al principio, se imaginó objeto de una curiosidad molesta.

* * *

Los habitantes de la villa y corte han sido siempre esencialmente enamoradizos.

Enamorar es un hábito, casi un vicio.

Las niñas arrojan a un rincón la comba para tener novio, y los mozalbetes se marean con el cigarro por presumir delante de ellas.

Pero no todos los enamoramientos son iguales.

Hay varias categorías.

Las principales son dos:

Amores de ventana.

Amores de escalera.

Las niñas que viven en pisos interiores o muy altos, son las heroínas de estos últimos.

Víctor, en vista de la insistencia con que la desconocida de los ojos garzos le miraba, decidió hacerla el amor.

No dejaba de agradarle la idea de tener una novia que le iniciara en la vida, para él ignorada, del amor.

Entonces decidió seguirla.

La ocasión se le ofrecía propicia.

En aquel momento Eleuterio abandonaba la mesa con estas palabras:

—¡Chico, voy a estirar las piernas en el baile! Hasta luego.

—Adiós.

Víctor se levantó y salió a la carretera.

Un poco a distancia siguió a su desconocida que iba muy entretenida, charlando con sus amigas.

Esta, al principio, no pareció reparar en Víctor.

Una de las amigas fue la primera que le vio y comunicó la noticia a las otras dos, entre risas y bromas.

Víctor pareció un poco azorado, pero no desistió del oxeo.

Siguió detrás hasta el último merendero, pero como la desconocida no había vuelto ni una sola vez la cabeza, figurose que estaba perdiendo el tiempo y volvió a reunirse con Eleuterio, que ya advirtiera su ausencia.

Eleuterio al verle llegar, le preguntó:

—¿A dónde has ido?

Víctor, fingiendo indiferencia, contestó:

—Fui a dar una vuelta.

Anochecía ya.

La gente empezaba a retirarse.

Los bailes eran menos frecuentes.

Los organillos enmudecían.

Acompañada de otra de más edad, salió del merendero una chulapa de ademán brioso y rozagante.

Al pasar saludó a Eleuterio con la mano.

Víctor preguntó:

—¿Quién es?

Eleuterio no contestó al pronto. Quedara distraído, siguiendo a la barbiana con la vista.

De un grupo próximo, se levantó un murmullo de chicoleos al paso de la real moza:

—¡Olé!

—¡Viva tu madre!

—¡Viva el garbo!

Víctor lleno de curiosidad interrogó otra vez:

—¿Quién es?

Eleuterio sin dejar de mirar a la chulapa, respondió:

—¿Pero no la conoces?…

Víctor quedó un poco perplejo y como molesto por no conocer aquella real moza a quien todos parecían conocer, excepto él.

Pero no tardó en comprender que era una prójima de trueno.

Y no se equivocara.

Todo aquel trapío y aquella gracia eran prendas que andaban en feria.

Pero nada de todo esto impidió que aquella mujer le hubiese parecido a Víctor por todo extremo codiciable.

Uno de los del otro grupo donde habían jaleado a la chulapa dijo, sacudiendo los dedos en el aire:

—¡Es una mujer de primera!

Los del corro afirmaron.

Por un momento todos miraron a Pepe el Extremeño, un mozo alto y agitanado que se sentaba con ellos.

Fue una mirada de admiración, porque entre todos aquellos bigardones, el Extremeño era el favorecido.

Uno de los amigos exclamó:

—¡Cuidado que tiene sombra este gachó!

Pepe el Extremeño, que humeaba tranquilamente una colilla, repuso dándose tono:

—Es cuestión de coba.

Víctor, que oía cuanto hablaban en el otro grupo, miró a Pepe el Extremeño con rencor.

Desde aquel momento, el agitanado Don Juan se le hizo antipático por el hecho de ser el amante de la ilustre prójima.

Al levantarse para irse, dijo tomando el brazo de Eleuterio:

—Ese Pepe el Extremeño me es insoportable.

—¿Por qué?

—¡Porque sí!

Eleuterio dijo sonriendo:

—Oye, ¿quieres que se lo diga?

El otro, muy serio, respondió:

—¡Díselo!

Y tuvo intenciones de liquidar en aquel instante a puñetazo limpio aquella brusca y violenta antipatía.

Comenzaba a obscurecer.

Los árboles, sin hojas, tomaron súbitamente su aspecto más triste.

Los merenderos, tan alegres momentos antes, se quedaban desiertos.

El grupo donde estaba el Extremeño salió también.

El Don Juan, gitano, preguntó a Eleuterio:

—Oye, compadre, ¿por dónde piensas caer esta noche?

Pero el otro no tenía nada pensado.

—Ni lo sé.

—Entonces pásate por el Café del Gallo. Ahora todas las noches vamos por allí unos amigos. Buena trinca.

—¿Dónde os sentáis?

—Al lado del mostrador.

—Pues allá iremos. Este también.

Y señalaba a Víctor. Pero Víctor le interrumpió, fríamente:

—Yo no podré…

Eleuterio echándolo a barato le obligó a aceptar.

—No seas majadero. ¿Dónde demonios quieres tú pasar la noche?

Y Víctor, que obedecía a Eleuterio como a un tutor, no quiso replicar, contentándose con encogerse de hombros.

* * *

Muy tarde se retiraron a casa aquella madrugada, después de haber pasado la mayor parte en charla y discusión hasta las altas horas en el Café del Gallo.

La real hembra del merendero había estado en el café.

Se había sentado en la misma mesa que ellos, al lado de Pepe el Extremeño.

Allí fue una serie de incidentes que irritaron a Víctor, en quien la belleza de la magnífica barbiana había producido una impresión profunda.

Pepe el Extremeño no cesara de hacer demostraciones de su familiaridad con la chulapa, hasta el punto de causar escándalo en el café, lleno aquel día de familias burguesas y honrados industriales de la calle de Toledo.

En uno de los intervalos, como el Extremeño se levantase para ir a saludar a unos amigotes que estaban en otra mesa, Víctor dijo a Eleuterio en voz baja:

—¡Me revienta ese tío!

Eleuterio se echó a reír:

—¿Qué demonios tienes tú hoy?

Y Víctor, como el hombre que hace esfuerzo por dominar una gran exaltación, dijo:

—¡Tengo ganas de armarla!

—¿Pero qué te ha hecho el Extremeño?

—Nada. Únicamente que me revienta.

—Pues mira, vámonos. Yo no tengo ganas de gresca.

—Vamos.

Pero ninguno de los dos se movió.

La chulapa, ocupada en charlar con otra prójima, no había oído nada del anterior diálogo, que por otra parte había sido sostenido en voz casi imperceptible.

A Eleuterio le llamó desde luego la atención que Víctor no se apresurase a dejar la compañía del Extremeño, cuando tan antipático le era.

¿Qué motivo le detenía?

El motivo que detenía a Víctor, aun cuando él no osase confesárselo, era un motivo real, dominador, imperioso.

Este motivo era ella, la ilustre prójima, liada con el Donjuán gitano.

¿Qué extraño sentimiento era el suyo?

¿Qué sentía él por aquella mujer a quien no conocía, y cuya existencia ni aun sospechaba algunas horas antes?

Víctor no sabía decirlo, pero aquel sentimiento estúpido, imprevisto, lo sentía de una manera subyugadora.

Y ahora, en aquel rincón del café, en torno de aquella mesa llena de copas y terrones de azúcar, al mismo tiempo que una súbita y múltiple inquietud lo asaltaba, experimentaba una extraña e incomprensible felicidad, en la contemplación de aquella mujer, en verla cerca de sí, en sentirse a su lado, en tener la certeza de su existencia.

Así cuando Eleuterio le propuso retirarse, no se movió, porque su deseo era poder mirar a la prójima, poder verla toda la noche hasta que ella se fuese.

Por eso fueron de los últimos en salir del café.

Ya en la casa de huéspedes, cuando Eleuterio abrió cautelosamente la puerta de su cuarto y encendió el candelero que había sobre la mesa de noche, Víctor, que hasta entonces había venido discutiendo acremente mil cosas extrañas a su preocupación, exclamó de pronto:

—¡Hubiera hecho bien en darle dos patadas al Extremeño!

Eleuterio interrogó:

—¿Pero por qué? ¿Qué te ha hecho ese hombre?

Hubo una pausa, y como Víctor no respondiese, Eleuterio siguió:

—No ha sido el Extremeño quien te llevó a ese estado de irritación.

—¿Pues quién entonces?

—¿Quién? La prójima que estaba con él.

Víctor siguió guardando silencio.

Eleuterio insistió:

—¿Fue o no fue?

Víctor se volvió bruscamente:

—Pues bien, figúrate que fue ella.

Entonces Eleuterio mudando de tono y sentándose en el borde de la cama, dijo:

—¿De manera que te has chalado por Paca la Gallarda?

Víctor murmuró encendiendo un cigarro:

—Tanto como chalado, no.

—Sí, chalado. Pero la conquista no me parece muy difícil. Porque la Gallarda, ya habrás comprendido que no es una virtud. Lo que debes es guardarte del Extremeño. Tío más bruto es difícil hallarlo.

Víctor, humeando tranquilamente el cigarro, respondió:

—Pues ten por seguro que la brutalidad del Extremeño es lo que menos me preocupa. Cuando llega el caso, yo soy más bruto que él.

Hasta el amanecer, fue una larga peroración entre las cuatro paredes del cuarto, en una atmósfera caliente de tabaco.

Cuando Víctor se acostó era de día.

Hasta que el sueño vino a cerrarle los ojos, no vio más que el gracioso y picaresco rostro de la Gallarda. Sonreía la chulapa, y aquella sonrisa que parecían asomar los claveles de su boca fresca y aromada, era para él, para Víctor.

Capítulo XXII

Amor y fatalidad

¿QUÉ es el amor?

El hombre no lo sabe.

Por más que procure penetrar el misterio, no lo consigue.

El amor tiene su origen en las relaciones del hombre y de la mujer, y resulta de la conjunción de los dos.

Su misterio, sin embargo, permanece impenetrable.

En apariencia es un estado morboso.

La patología lo ha clasificado ya, como ha clasificado todo, porque hoy todo es morboso.

El genio es una enfermedad y el crimen lo mismo.

El bien y el mal dejarán sus limbos transcendentales para ser fabricados en los laboratorios.

El amor es esto: una enfermedad.

Víctor estaba enfermo.

La primera manifestación del amor es la obsesión.

El hombre que ama tiene una idea fija.

¡El amor!

El amor que si es contrariado lo hace sufrir, y si es favorecido le da la mayor suma de venturas.

En ambos casos lo absorbe.

El amor prende, avasalla, invade.

No deja lugar a otro sentimiento.

Es señor absoluto.

Amar es vivir para el amor.

El hombre que ama y es amado olvida todo por su amor, y por él lo sacrifica todo.

Entonces puede decirse que no es solo un sentimiento, es también un vicio.

Si encuentra obstáculos, enloquece.

El amor no satisfecho es una pasión torturante.

Los síntomas del amor son en ambos casos los síntomas de una enfermedad.

Lo que caracteriza el amor es la misantropía.

La misantropía del amor feliz es discreta.

La misantropía del amor infeliz es alucinada.

El hombre que ama y es feliz cae con frecuencia en éxtasis prolongados. En silenciosos pasmos beatíficos.

Todo él sueña.

Ninguna compañía le es grata a no ser la del ser amado y cuando está a su lado tiene un solo pensamiento y un solo deseo: hacer uno de los dos, fundirse, compenetrarse.

Ese pensamiento lo absorbe por completo.

Sufre en la ausencia y vive, no se calma.

En amor, la presencia es indispensable a la vida.

La mujer amada es tan necesaria como el aire.

El amor contrariado es una agonía.

Los obstáculos, lejos de calmarle, lo exacerban más.

No desiste, no renuncia. Se obstina, se exalta, se agarra con ambas manos a la esperanza de la felicidad y cuando no la alcanza anda sombríamente asaltado de mil angustias y mil sospechas tenebrosas.

Víctor hallábase en ese período amoroso que no se define y que es caracterizado por un vago anhelo.

Ya la idea fija le atormentaba.

No lograba desviar su pensamiento de la espléndida visión de la chulapa y sobre la invasión de ese sentimiento nuevo bordaba exaltadamente supersticiosas conjeturas.

Por una natural tendencia de todos los enamorados, procuraba engrandecer y dar mayor relieve a su pasión.

Así atribuíale un origen misterioso, una como preexistencia, y decíase a sí propio que antes de conocerla, aquella mujer fuera adivinada por él; porque la mayor parte de los amantes suponen a sus elegidas predestinadas para ellos.

Creía, o simulaba creer, que aquella era la mujer entre todas escogida para revelarle el amor, y ya en su espíritu la distinguía, diputándola superior a su condición y a su impureza.

La idea de ser amado por aquella magnífica y deseada mujer lo invadía al mismo tiempo que le perturbaba los sentidos.

Lo que más lo exaltaba era el pensamiento torturante de que ella era de otros

y el deseo de hacerla suya, solo suya.

Al mismo tiempo que la amó tuvo celos de ella, y por la primera vez en su vida sufrió, viéndose pobre, solo y abandonado…

Sufría al no poder conquistar la felicidad a golpes de fortuna, comprando a la gentil barbiana.

Sin embargo, esta contingencia no lo desanimó y tuvo la inocente vanidad de creer posible conquistarla por el amor, interesándola el corazón y, por decirlo así, redimiéndola.

El amor cuando es grande se cree capaz de todas las victorias.

Así procuró verla con frecuencia en el Café del Gallo a donde el Donjuán gitano solía llevarla todas las noches.

Eleuterio le acompañaba frecuentemente.

Víctor le buscaba. El amor tiene siempre un confidente.

Pero la arrogante chulapa no parecía reparar en Víctor.

Eleuterio algunas veces no podía menos de reírse de la locura de su amigo. Otras veces le recriminaba. Decía que era absurdo estar así haciendo platónicamente la corte a una prójima de la calaña de Paca la Gallarda. Que lo más sencillo y lo más rápido era esperar una ausencia del Extremeño y aprovecharla convidándola a merendar en las Ventas o en la Bombilla.

Víctor escuchaba con el ceño fruncido y concluía siempre rogándole que se callase.

Pero Eleuterio sostenía que cuando menos debía chicolearla, pues todas las mujeres gustan de oír lisonjas.

Víctor, sin embargo, no quería dirigirle la palabra e invocaba mil pretextos para ocultar su timidez, porque el amor es casi siempre tímido y receloso.

En una de estas conversaciones que tan frecuentemente sostenían, Eleuterio exclamó:

—Yo mismo se lo diré a la Gallarda. Así saldrás del paso.

Víctor se puso rojo:

—¡No hagas eso!

—Pues chico, estás haciendo el primo.

—Mejor… Tú no te metas en nada.

Víctor se disculpaba de sus incertidumbres, diciendo que deseaba proceder sin precipitación y sin imprudencias.

Eleuterio concluía invariablemente:

—¡Qué estúpidos os volvéis los enamorados!

Pero Víctor no quería oírlo. Se irritaba y acababa por pedirle que no le hablase más del asunto.

¡Y, sin embargo, lo que él quería y buscaba, como todos los hombres apasionados de una mujer, era un cómplice!

Eleuterio le decía frecuentemente:

—Sé al menos razonable. Confiesa que eres un doctrino.

Víctor se encogía de hombros:

—Lo que tú quieras.

—Pues es claro; te enamoras de la Gallarda como si fuese una princesa, cuando todo el mundo sabe cómo se abre la puerta de su casa.

Víctor interrumpió bruscamente:

—¡Cállate! Ya estoy harto de oírte decir eso.

—Pues si estás harto de oírmelo decir, ¿por qué no sigues mi consejo?

—¡Porque no quiero!

—Di la verdad: porque no puedes. Y porque no puedes, andas viendo de conquistarla por el físico… Mal camino con prójimas tan corridas y tan lagartas, como la Gallarda.

—Ya lo veremos.

—No seas inocente. El amor en esas gachís es un modo de vida y no una distracción ni un capricho ni una pasión…

Y luego dejándose llevar de su afán de disertar —afán frecuente en todos los obreros que van a los clubs—, Eleuterio continuaba:

—Tú, aun cuando no lo confieses, tienes la manía de redimirla. Quieres salvar a aquella alma perdida, y más fácil es que ella te pierda a ti… Paca la Gallarda, como otras muchas Pacas, es una profesional. No representa siquiera un caso doloroso de la vida… Está dentro de su situación de una manera consciente y deliberada. No se cree una infortunada. Todo lo contrario, es feliz. Ve a decirle a Paca la Gallarda que es una víctima del nacimiento o de la suerte, o de la sociedad. Se reirá de ti. Ella está muy a gusto con su vida y con el Extremeño.

Víctor se estremeció:

—No me recuerdes a ese hombre.

—Bueno.

Eleuterio lio un cigarro de papel y continuó:

—En las condiciones de Paca la Gallarda, irle a proponer un cambio de situación solemnemente, con ventajas morales, es el colmo de la inocencia.

—Tú pretendes que no es una mujer como las demás.

—Al contrario, pretendo que es igual.

—Tus ideas sobre la mujer y las mías son completamente opuestas.

—Pues veremos quién tiene razón.

Y con estas palabras los dos amigos se despidieron para ir a acostarse.

* * *

Entre tanto la situación tornábase difícil para Víctor.

No tenía colocación ni pensara en buscarla.

¿A decir verdad en qué podría ocuparse?

De esto habló una mañana largamente con Palomero.

Palomero, el obrero orador y socialista, era para Víctor al mismo tiempo que un amigo una especie de tutor.

Palomero empezó por llevar muy a mal el enamoramiento de Víctor.

Paca la Gallarda no era mujer que pudiese convenir a ningún hombre. Era una mujer fatal.

Palomero creía que lo mejor era que Víctor no volviese a verla. Pero Víctor protestaba:

—¡Imposible! Me sería imposible.

—Bueno. Allá tú. Casi todos los hombres de tu temperamento tienen en la vida una mujer así. La mujer fatal es la que se ve una vez y se recuerda siempre. Esas mujeres son desastres, de los cuales quedan siempre vestigios en el cuerpo y en el alma. Hay hombres que se matan por ellas, otros que se extravían, tú serás de estos últimos.

—¡Deliras!

—Leo el porvenir. Esa mujer ha de tener una influencia seria sobre tu vida.

—¿Pero hablas en serio?

—Desgraciadamente para ti. Cuando un hombre como tú sufre la dentellada de la mujer, ese hombre está envenenado.

Víctor se encogía de hombros sonriendo.

Palomero continuó:

—¿Tú te ríes? Hay casos, en efecto, en que esas mujeres son completamente inofensivas, como tú quieres dar a entender. En el caso, por ejemplo, del Extremeño, que ya está completamente encanallado, y es un candidato al

presidio. Pero tu caso no es el mismo. Para naturalezas morales como la tuya, las mujeres como Paca la Gallarda son terribles.

Víctor un poco emocionado, preguntó:

—¿Y por qué?

—Porque Paca la Gallarda no es una mujer, es un problema social. Es el problema del lupanar, que tú quieres resolver por el amor. Esos problemas nunca se resuelven, y cuando el hombre llega a convencerse de que es impotente para resolverlos, está estropeado, si no está muerto moralmente. Cuando una pasión cuesta dinero arruina el cuerpo y el alma… Pero no hablemos más. Veo que no has de convencerte y vamos a otra cosa. Es preciso pensar en aclarar un poco tu situación.

Víctor bajó la cabeza y se puso colorado.

—Sí, ya he pensado en eso…

Lo cierto es que la situación de Víctor era casi precaria.

Palomero, a pesar de sus menguados recursos, casi lo mantenía.

Le daba dinero para sus pequeños gastos, y le garantizaba el cuarto y la comida en casa de doña Lola.

Lo hacía con un gran tacto y una gran delicadeza; pero Víctor comenzó a comprender que no debía prolongar aquella dependencia.

De común acuerdo trataron de arbitrar un medio decoroso para que Víctor pudiese vivir.

Palomero prometió hablar con algunos personajes del partido republicano, a los cuales conocía.

A partir de entonces todo fueran correrías por las casas de los individuos a quien Palomero buscaba dejando a Víctor en la puerta.

De aquellas visitas Palomero no llevaba trazas de obtener otra cosa que buenas palabras.

Un día, ya cansado, le dijo a Víctor:

—¿Pero tú no conoces a nadie?

Víctor no conocía. De repente se puso colorado y pareció confuso. Al mismo tiempo reflexionaba.

Palomero volvió a interrogarle:

—¿Conoces a alguien?

—Sí.

—¿A quién?

Víctor en vez de contestar se pasó la mano por la frente y murmuró:

—En otra ocasión creo haberte contado la historia de mi vida… ¿La recuerdas?

—Perfectamente.

—Ya sabes que me crie en el palacio de la Condesa de Porta-Dei.

—Tu abuela.

—Ese es un misterio que nunca he podido aclarar… Pues bien; la Condesa de Porta-Dei tenía un nieto, Carlos…

—¿Y está en Madrid?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Le he visto.

—¿Cuándo?

—Hace un momento.

—Le has hablado.

—No.

—¿Por qué?

—Carlos ni siquiera ha reparado en mí.

—Haberle detenido.

—Imposible.

—¿Por qué?

—Carlos era ese joven que hace un momento cruzó la calle guiando un coche magnífico de dos caballos.

—¿Es ese el hijo del Conde de Porta-Dei?

—No, es el mismo Conde.

—¿Cómo?

—Su padre ha muerto hace un año.

—¿Y hasta ahora no te acordaste de que Carlos, tu primo o tu amigo, podía servirte de mucho aquí?

—¡Me acordé muchas veces!

—¿Por qué entonces no has procurado verle?

—Un temor extraño me ha detenido siempre.

—¿Temor de qué?

—Yo mismo no acierto a explicármelo.

—Pues es preciso que le veas inmediatamente y que le digas cuál es tu situación. A él le será fácil remediarla.

Como Víctor bajaba la cabeza sin responder, Palomero insistió:

—¿Qué dices?

—Nada. Temo un desengaño…

—De todos modos, es preciso probar.

—Probaré.

—Si te atiende y protege, eso te encuentras.

—Créeme que abrigo grandes dudas…

—Yo también abrigo algunas. Pero si nada hace por ti ese aristócrata, tampoco habrás perdido el tiempo.

—No te comprendo.

—Lo digo porque habrás recibido una enseñanza que puede serte muy provechosa.

Así hablando llegaron hasta la Puerta del Sol.

Habían resuelto que Víctor buscase al joven Conde de Porta-Dei para pedirle que se interesase por él.

Víctor recordaba perfectamente que el nieto de su protectora la Condesa vivía en Madrid en un hermoso hotel de la Castellana, y allá se dirigió con el alma llena de zozobra.

En la puerta del hotel, un imponente portero de librea le cerró el paso.

—¿Qué se ofrecía?

—Ver al señor Conde.

—El señor Conde no recibe en este momento.

—¿Cuándo podría verle?

—No sé. Estos días está muy ocupado. El mejor sitio para verle es el Congreso. El señor Conde es diputado.

Víctor decidió ir al día siguiente al Congreso, y si no podía verle, dejarle una carta.

Se volvió a la casa de huéspedes, y en componer la carta y copiarla después, se le pasó el resto de la tarde.

Acababa de meterla en el sobre cuando llamaron para comer.

Palomero no estaba y Víctor no pudo comunicarle el resultado de sus gestiones.

Comió poco y con desgana.

Antes de llegar el final de la comida, abandonó la mesa.

Deseaba estar solo.

Fuese a su habitación, echó el cerrojo y se tendió vestido sobre la cama.

* * *

Eran las tres de la tarde del día siguiente cuando Víctor entraba en el Congreso.

Allí, como en casa del Conde, un portero le salió al paso. Víctor, un poco intimidado, le preguntó por el señor Conde de Porta-Dei.

El portero, mirándole desdeñosamente, interrogó a su vez:

—¿Es diputado?

—Sí, señor. Diputado por Bradamín.

—¡Ah!, sí… No sé si habrá venido.

Y se alejó lentamente.

Víctor le siguió:

—¿No podría usted enterarse?

El portero se volvió a un ujier que pasaba.

—Trigueros, ¿sabe usted si ha venido el diputado por Bradamín?

Trigueros se detuvo, reflexionando.

—Sí, ha venido.

Víctor se adelantó tímidamente:

—¿Podría usted hacerle entregar esta carta?

Y fue con humildad, llevándose la mano al ala del sombrero, como formuló la demanda.

El ujier tomó la carta de mala voluntad, murmurando que el señor Conde estaba en conferencia con un importante personaje.

Pero, en fin, llevose la carta que era lo más importante. Víctor quedó esperanzado.

Pasó bastante tiempo, el ujier volvió a pasar.

Víctor le interrogó:

—¿Entregó la carta?

El otro contestó sin detenerse:

—Allá queda.

—¿Qué dijo el señor Conde?

—Nada… No sé…

Y el ujier desapareció detrás de una mampara de paño verde que batió sordamente.

Víctor permaneció parado en el sitio en que estaba.

La carta así entregada le parecía perdida.

Se oía un continuo campanilleo de timbres. Los ujieres pasaban presurosos.

Un caballero de sombrero de copa entró de la calle y pasó al lado de Víctor, que le miró lleno de sorpresa.

Era el Conde de Porta-Dei.

Cuando pasado el primer momento de timidez y confusión Víctor pensó en acercarse, el Conde, que no había reparado en él, desaparecía tras la batiente mampara de paño verde.

Víctor quedó sumido en grandes dudas.

—¿A quién habrían entregado su carta?

Víctor corrió hacia un ujier que pasaba, y rápidamente le explicó el caso.

El otro encogiéndose de hombros murmuró alejándose:

—Eso debe ser cosa de Trigueros.

Víctor, muy preocupado con el destino de su carta, preguntaba por el tal Trigueros a todos los ujieres que pasaban, pero ninguno le sabía dar noticia. Al fin el portero le dijo que Trigueros debía haber salido.

Parecía que aquellas gentes se burlaban de él.

No sabiendo qué resolución tomar, resolvió esperar a que el Conde saliese.

Con efecto, tres horas después el Conde salía, pero salía entre un grupo de diputados y Víctor no se atrevió a acercarse.

El Conde, como de costumbre, no reparó en él.

Al día siguiente por la mañana, Víctor volvió al hotel del Conde; pero el imponente portero que le reconoció le dijo:

—El señor Conde salió anoche para París.

Capítulo XXIII

Un periódico socialista

UNA mañana Palomero entró en el cuarto de Víctor y le despertó con gran algazara.

Víctor, medio dormido, se incorporó en la cama:

—¿Qué hay?

—¡Hay colocación!

—¡Cómo!

—Lo que oyes.

—¿Qué clase de colocación?

—Muy modesta.

—No importa.

—Habrá que trabajar mucho.

—A todo estoy dispuesto.

—¡Veo que tienes admirables propósitos!

—Tú lo has dicho: ¡admirables! Pero dime, ¿qué es ello?

—La fundación de un periódico.

—¡Pero yo qué sé de eso!

—Lo mismo que yo.

—Lo cual equivale a no saber nada.

—No tanto. Equivale a saber poco.

—Bueno; pero explícate.

—Se trata de un periódico socialista, redactado por obreros.

—Magnífica idea.

—Yo te he propuesto a ti para redactor y corrector de pruebas. ¿Aceptas?

—¿Y todavía lo preguntas?

—El sueldo ya te he dicho que es muy modesto. Quince duros.

Víctor se echó a reír:

—Yo soy más modesto que el sueldo.

Palomero se levantó para irse.

—Bueno, pues te dejo. Vístete pronto. Tenemos que ver a los nuevos

compañeros. Adiós.

—Hasta luego.

—No tardes.

—No tardo.

La entrada de Víctor en la Redacción de *El Socialista* fue un verdadero acontecimiento en su vida.

A despecho de la situación subalterna que iba a ocupar, se creyó desde luego iniciado en una religión nueva, y por primera vez en su vida tuvo pruritos de publicidad y confusas ambiciones políticas y literarias.

El Socialista se publicaba todos los sábados y tenía un número limitadísimo de lectores.

La Redacción era en la calle del Ave María, una de esas calles viejas y corcovadas del antiguo Madrid.

Ocupaba el piso principal y estaba instalada en aposentos estrechos, que antes habían servido de domicilio a una familia pobre.

En la mejor sala había una mesa habitualmente cubierta de papeles o iluminada por dos grandes lámparas de petróleo, donde los redactores garrapateaban en común.

Las paredes forradas con papel pintado, a trechos rasgado en tiras, estaban cubiertas de alto a bajo de periódicos pendientes de ganchos de hierro.

A esta sala seguía el despacho del director —el compañero Fajardo—; los muebles consistían en una mesa de despacho, en bastante mal estado, y en algunas sillas de paja.

El corrector de pruebas trabajaba en una alcoba interior.

El periódico se hacía de noche.

A las nueve llegaba el más puntual de todos, que era López, el compañero López, siempre cargado con un paquete de periódicos y siempre cayendo en profundos accesos de sueño.

El compañero López abría los periódicos y leía con recogimiento hasta que llegaba el segundo, el compañero Rubau.

Después venían los otros.

Víctor cayó lleno de aturdimiento y de alegría en aquel medio nuevo.

Fue para él una verdadera iniciación la primera noche que pasó en el cuartucho interior de la redacción corrigiendo las pruebas del periódico.

Cuando se recogió a la casa de huéspedes, cerca de las cuatro de la mañana, estaba contento, porque le parecía que había encontrado su verdadera vocación.

Una sola cosa lamentaba: no haber podido ir aquella noche por el Café del Gallo para ver a Paca la Gallarda, cuya imagen no se le apartaba de la imaginación.

En la casa de huéspedes, la noticia de que Víctor entrara en un periódico le dio cierta importancia.

Doña Lola lo refería con orgullo a las vecinas.

A la hora de la comida, en la mesa, los huéspedes felicitaron a Víctor, como si hubiese alcanzado una alta situación social.

Eleuterio dijo que era necesario celebrarlo con una juerga, pero Palomero no estuvo conforme.

Aquel obrero socialista era un profundo aborrecedor del vino.

Según él, era únicamente el agua la que hacía a los hombres fuertes y honrados.

El vino es el hermano mayor del presidio, solía decir.

Queda, pues, la juerga aplazada, si no desechada por completo.

* * *

Algunas semanas después, Palomero resolvió súbitamente trasladarse a Barcelona, donde se hacía a la sazón una gran propaganda socialista.

Cuando comunicó a Víctor esta resolución, contándole al mismo tiempo las excelencias de la rica y floreciente capital del principado, Víctor quedó como anonadado.

Palomero era para él algo más que un amigo, era un punto de apoyo en la vida.

Sin él le parecía quedarse completamente abandonado.

Así, al saber que Palomero lo dejaba por tiempo, quizá para siempre, Víctor tuvo la impresión de que le faltaba el suelo debajo de los pies:

—¿Pero de veras, te vas?

—Sí.

—¿Pero cómo te ha dado ese capricho?

—No es capricho.

—Lo has resuelto de pronto.

—No.

—¿No?

—Hace mucho que abrigaba ese proyecto.
—¿Cómo no me habías dicho nada?
—No debía decírtelo.
—Pero tan activa es la propaganda socialista en Barcelona.
—Mucho; pero no es eso solo. ¡Hay otra propaganda mayor!…
—¿La republicana?
—No. La anarquista.
—¿Crees tú eso?
—Sí.
—¿Pero lo crees solamente o tienes pruebas?
—Tengo pruebas.
—¡Me dejas sorprendido! Yo hubiera creído siempre que esas ideas no arraigarían nunca en España.
—Yo también. Pero esa es la obra de los malos gobiernos. El anarquismo no es una idea, es un remedio.
—Un remedio brutal.
—Tú lo has dicho. Brutal como las amputaciones.
—¿Y acaso cura?
—Yo no lo sé todavía.
—El anarquismo hace víctimas inocentes.
—Sí, como el mar y como el fuego. Como todo lo grande. Como la cólera divina.
—¿Tú eres anarquista?
—Lo mismo pudieras preguntarme si era partidario de los naufragios, y de los incendios y de las guerras. Son cosas ante las cuales hay que inclinar la cabeza y reconocerlas necesarias. Es la leyenda de Sodoma y Gomorra, la leyenda del diluvio que se repite.
Víctor callaba y oía pensativo. Después de un largo silencio, interrogó de nuevo:
—¿Y tú partes inmediatamente?
—No. Aún tendré que detenerme algunos días aquí.
Palomero había escrito a algunos amigos de Barcelona, preguntando cómo andaba el trabajo en la industriosa capital, y tenía que esperar la respuesta en Madrid. Tenía aún para una o dos semanas.
Las dos semanas, que para Víctor fueron de verdadera angustia, transcurrieron, y cuando llegó el momento de separarse de Palomero, sufrió

tanto, que pasó una noche entera llorando como un niño en su cuarto.

La víspera estuviera ayudándole a empaquetar libros, papeles y ropas; silencioso, con el corazón oprimido, comprendiendo que ahora al verse solo sin aquel apoyo iba a ser inmensamente infeliz.

Palomero le dejaba mil pequeños recuerdos y le daba aquellos grandes consejos que en su boca parecían solemnes máximas.

Una gran superioridad emanaba de la persona de aquel obrero metódico y socialista.

Así Víctor lo oía con un casi recogimiento, como un hijo oye a su padre.

Si no fuese por el afán de aparecer fuerte, se echaría sollozando en sus brazos.

Palomero debía partir aquel día en el expreso.

Muy temprano doña Lola vino ella misma a despertarlo, lo que solamente hacía cuando se trataba de alguna despedida de importancia.

Ya Palomero estaba en pie cuidando de los últimos preparativos.

Doña Lola le recomendó que no se le olvidase nada; pero añadió que si algo se le olvidaba ella lo recogería y tendría guardado hasta que él lo mandase pedir o determinase lo que con ello se hacía.

Se informó con interés de la hora de la salida del tren, insistiendo con Palomero en que comiese antes de partir, a pesar de que él afirmaba que no tenía apetito.

Víctor ya vestido, fúnebre, se presentó a Palomero todo preocupado con la idea de aquel viaje.

Palomero le dijo al verlo:

—Ayúdame a cerrar esta maleta.

Y sin pronunciar una palabra Víctor y él, respirando con esfuerzo, trataron de cerrar la maleta.

—Hazme el favor de ver si queda algo en esos cajones.

Silenciosamente Víctor abrió los cajones de la mesa y respondió con abatimiento:

—No, no queda nada.

Palomero estaba radiante.

Iba a Barcelona, donde pensaba trabajar en la propaganda socialista y aquello le ponía contento, como pocas veces solía estarlo.

En mangas de camisa, en medio de la habitación, se frotaba las manos alegremente, mirando los objetos que lo rodeaban.

Fue solamente después de haber terminado todos los preparativos y de haberse sentado sobre una maleta, cuando mirando jubilosamente a Víctor, dijo:

—¿Qué cuentas?

—¡Qué he de contar!

—¡Tienes razón!

Y no queriendo pronunciar vanas palabras de amistad y afecto, se levantó y estrechó la mano, como si en aquel apretón le agradeciese el pesar que le causaba su partida.

Después de una larga pausa, Palomero miró.

—Ya te escribiré mi llegada.

—Sí, no dejes de hacerlo.

—Quién sabe si todavía tú irás a dar en Barcelona.

El rostro de Víctor tuvo una sonrisa de desaliento; sin embargo, murmuró:

—¡Quién sabe!

Palomero añadió:

—¡El mundo da tantas vueltas!

—Sí, por cierto.

—Solo temo que Paca la Gallarda te sea fatal. Si supiera que habías de seguir mis consejos te diría: no veas más a esa mujer.

Víctor, sentado en el borde de la cama revuelta, escuchaba con la cabeza inclinada sobre el pecho, sin responder.

Palomero, poniéndole cariñosamente una mano en el hombro, añadió:

—Otra cosa te aconsejaría. Que huyeses la compañía de Eleuterio.

Antes de que Víctor tuviese tiempo de responder, llamaron a la puerta del cuarto.

Era el mozo de cuerda que venía por el baúl y la maleta para conducir ambos bultos a la estación.

Era tiempo de partir.

—Vamos, Víctor.

—Vamos.

* * *

El tren salía a las ocho.

Era el mes de julio y la tarde, después de un caluroso día, por extremo

apacible.

Víctor y Palomero caminaban juntos.

Ninguno de los dos hablaba.

Las calles iban llenas de gente.

Los comercios empezaban a iluminarse.

Palomero apresurando el paso, exclamó:

—¡Qué hermosa tarde!

Víctor murmuró apenas:

—Sí, muy hermosa.

Era, en efecto, bella y apacible la tarde.

Una tarde de partida, una tarde de viaje.

El lucero vespertino parpadeaba en el cielo límpido y azul, como el cielo de Grecia.

Todo decía alegría, expansión, fuerza, estímulo, esperanza.

Sin embargo, Víctor aparecía anonadado.

El mismo aspecto de la tarde sonriente, parecía abatirle.

Palomero iba a partir y en aquel momento decisivo de la separación, Víctor experimentó por él un sentimiento extraño.

Algo que era muy distinto de la amistad y del afecto.

Sintió un vago y obscuro rencor.

Una antipatía indefinible.

Palomero partía a trabajar en una causa que a él se le presentaba como la más noble y la más alta.

El socialismo, que había de cambiar la faz del mundo.

Y él, Víctor, quedaba allí entregado a una tarea obscura. Cerrado el porvenir, todo más negro y fluctuante que nunca.

¿Por qué sufría Víctor?

¿Por ver partir a Palomero?

¡No!

¿Por verlo partir feliz?

¡Tal vez!

El suyo era el pesar de la ajena ventura, una ventura que a él le era negada.

Caminando al lado de Palomero por las calles llenas de gente iba premeditando uno de esos odios feroces contra todo bien que no fuese su propio bien, contra toda felicidad que no fuese su propia felicidad.

Y tan absorto iba en estos pensamientos, que no oyó a Palomero que le decía:

—¿El mozo de cuerda va delante, verdad?

Llegaban entonces al final de la calle de Atocha y ya descubrían la estación del Mediodía, rodeada de simones, carros y ómnibus.

Víctor recordaba aquella mañana triste, invernal y lluviosa en que él había llegado a Madrid.

Recordaba aquel paseo por las calles desiertas, llenas de fango.

Recordaba cómo un hombre mojado y haraposo, le había robado el reloj, y después, en la casa de huéspedes, las alegres exclamaciones de Palomero al tener noticia del suceso y su teoría declamatoria de que el robo es una restitución.

El hombre mojado y haraposo se le aparecía entonces como si fuese el propio Víctor, reducido al extremo de robar relojes.

Y lo justificó plenamente gracias a la casuística de su despecho que en aquel momento lo justificaba todo.

Se decía a sí mismo, profundamente convencido de que él también robaría relojes, y robaría todo cuanto fuera preciso, para recuperar con sus manos lo que la sociedad le robaba.

Y se afirmó en su espíritu con una especie de aislada convicción, el derecho al robo, como una prerrogativa legítima de los hijos de la injusticia.

Palomero volviera a repetir su anterior pregunta:

—¿Sabes si el mozo de cuerda va delante con el equipaje?

Víctor no se acordaba y respondió fríamente:

—No estoy seguro.

—¡Veremos si está en la estación!

Y con paso rápido Palomero atravesó la plaza seguido de Víctor que le seguía como si le costase trabajo andar.

El mozo no estaba en la estación.

Palomero lo buscó por todas partes, y como no lo encontrase, regresó al lado de Víctor.

—¡No hallo por ninguna parte a ese condenado!

—¿Idas mirado en la cantina?

—No.

—Pues es lo más probable que haya entrado a beberse unas copas.

—Puedo ser.

—¡Y tanto!

—Ven, vamos hasta allá.

—Vamos.

Entraron en la cantina.

Con efecto, el mozo estaba allí apurando tranquilamente una copa de aguardiente.

El mozo se volvió al verlos:

—El equipaje está en la estación.

Palomero sin pasar de la puerta respondió:

—Bueno.

Y añadió secamente:

—¿Cuánto le adeudo compañero?

—Lo que tenga voluntad.

—No; de ninguna manera.

—Pues una peseta. ¿Le parece a usted mucho? Palomero hizo un movimiento de indiferencia y le dio la peseta.

Se alejaban, y la mujerona que estaba en la cantina los llamó.

—¿Esta copa quién la paga?

Palomero se volvió.

—El que la haya pedido.

Y salió acompañado de Víctor.

Palomero le dijo de pronto:

—Ahí tienes una cosa que no haré nunca, pagar copas. Pero Víctor no respondió. Entonces, dado el estado de su ánimo, la conducta de Palomero le parecía mezquina y aquel incidente de la copa le irritaba.

Palomero le miró, y sorprendiendo algo de amargo y contraído en la fisonomía de Víctor le dijo:

—¿Qué te pasa?

Víctor respondió:

—Nada.

—¿Estás de mal humor porque me voy?

—No.

—¿Entonces qué tienes?

—Murria.

—No, tú estás irritado.

Y después de una pausa, añadió:

—Por lo demás, es natural.

Estaban en el andén.

La locomotora silba, ruge, jadea, retrocede.

Los viajeros empiezan a montar en los coches.

Un empleado gritaba:

—¡Señores viajeros, al tren!…

Palomero abrió la portezuela de un coche de tercera, y con el pie ya en el estribo estrechó afectuosamente la mano de Víctor, que en aquel momento volvió a sentir un verdadero desconsuelo al verle alejarse, partir quizá para siempre.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Y se separaron verdaderamente conmovidos.

No parecían dos amigos, sino dos hermanos.

CAPÍTULO XXIV

LA MALA SOMBRA

CUANDO Víctor se encontró solo en el andén de la estación, después que el tren partió llevándose a Palomero para Barcelona, dudó sobre lo que debía hacer en Madrid.

La ausencia de Palomero dejaba alrededor de su persona un gran vacío.

Ahora que le parecía haberlo perdido, Víctor se consideraba abandonado.

Se consolaba, sin embargo, de aquel sentimiento que era también despecho, pensando en Paca la Gallarda, y en que aquella noche la vería en el Café del Gallo.

A pesar de ir casi todas las noches, Víctor era poco conocido en el café.

Como casi no hacía gasto ni metía ruido, los mozos le conocían vagamente. Los parroquianos muy pocos eran los que sabían quién era aquel amigote de Eleuterio.

Víctor aún no mostraba una individualidad saliente y definida.

Solamente su figura, al mismo tiempo dolorida y enérgica, llamaba por veces la atención de alguno de los parroquianos del café.

El único con quien solía hablar largos ratos era un tal Cardama, pintor, bebedor y noctámbulo, que le encontraba un buen tipo.

Por lo demás, su presencia tampoco era atrayente, porque parecía extremadamente reservado, teniendo la apariencia a la vez tímida y hostil.

Iba allí con Eleuterio, que, por el contrario, era dicharachero y trivial, y su situación no le preocupaba.

El consejo de Palomero, respecto a dejar prudentemente la amistad de Eleuterio, le parecía lleno de un frío egoísmo.

No, Eleuterio era su amigo y lo sería siempre.

Se volvió un momento mirando a lo lejos y vio la columna de humo de la locomotora que se alejaba.

Permaneció un momento aturdido.

Después, tomando una súbita resolución, se encaminó para la casa de huéspedes.

Al subir las escaleras inclinaba la cabeza, como bajo el peso de un gran dolor.

Su corazón latía con fuerza.

Abrió sin llamar, pasó por delante de la puerta del cuarto de Palomero, como si alguien hubiese muerto allí, y corrió a echarse vestido sobre la cama, conteniendo una formidable expansión de amargura.

Pero alguien le había sentido, sin duda, porque llamaron a la puerta.

Víctor preguntó con mal humor:

—¿Quién es?

La maritornes respondió desde fuera:

—La señora tiene que decirle una palabra.

Se volvió en la cama y no respondió; pero al poco rato la criada volvió con el mismo recado:

—¿Que cuándo puede?

Víctor contestó:

—Ya voy.

Y se levantó con mal talante.

¿Qué diablos podía quererle doña Lola?

Doña Lola estaba sentada en el sofá de su alcoba, enfrente de la gran cama de caoba.

Doña Lola lo esperaba para decirle que ahora que Palomero había partido, no podía continuar dejándole atrasarse.

Víctor ya se había atrasado uno o dos meses, que Palomero solventara antes de partir.

Doña Lola, que había comprendido desde el primer momento la situación de los dos amigos, hizo lo que ella llamaba meticulosamente poner los puntos sobre las íes.

Víctor le merecía muy escasa consideración y su plaza de corrector y redactor de *El Socialista*, estaba lejos de deslumbrarla.

Aun cuando parezca extraño, la amistad de Víctor con Eleuterio era un poderoso motivo que hacía desconfiar a doña Lola.

A la pobre señora le salían harto caras sus complacencias con Eleuterio, y ya que no tuviese valor para desprenderse de aquel hombre, no quería al menos que sus amigotes le costasen también dinero.

Cuando un huésped intimaba con Eleuterio, procuraba que se fuese.

Por lo demás, sabía que Víctor no tenía recursos y quería advertirlo.

—No se deje atrasar. Arregle su vida, pero no se deje atrasar.

Víctor sintiose humillado e irritado.

En aquel momento experimentó una gran antipatía por doña Lola.

Pero no sabiendo qué responder a las observaciones de doña Lola, se volvió a su cuarto, diciendo:

—¿No era más que eso?

La patrona respondió con altanería:

—¡Nada más!

Corrió furioso a echarse nuevamente sobre la cama, y cuando anochecido le llamaran para comer, respondió de dentro con ferocidad:

—No como.

Doña Lola al enterarse, pronunció con mal humor:

—Bueno. ¡Que ayune!

* * *

Cuando aquella noche entró, como de costumbre, en la redacción de *El Socialista*, recibió un nuevo golpe.

¡El último y el más terrible de todos!

¡El Gobierno había suprimido el periódico!

Entró entonces Víctor en un largo período de infortunio, del cual conoció todas las fases dolorosas.

Fue ante todo la casa de huéspedes.

El primer mes de atraso aún pudo pasarlo con promesas.

Al segundo mes, doña Lola se puso inaguantable, constantemente llamándole para quejarse y mandándole recados por la criada.

Víctor llegó a temerla, y solamente el oír su voz ya le causaba inquietud y desasosiego.

Tenía agotado todo su repertorio de promesas que, a decir verdad, nunca le sirvieran de mucho con doña Lola.

Ella veía la angustiosa situación de Víctor y comprendía que no había ni trazas ni esperanza de mejoramiento.

Una de las cosas que Víctor temía más era que doña Lola se negase a darle de comer, porque entonces esperaba el hambre, que aún no conocía.

Para serle menos gravoso a la patrona dejaba de almorzar, pasándose las

mañanas en la cama, procurando dormir, para no pensar. Pero esto irritaba más a doña Lola, que se quejaba a los huéspedes que Víctor era un vago.

Después de mediodía, cuando toda la casa caía en un gran sosiego, Víctor se vestía sin hacer ruido, para que no conociesen que él se estaba preparando para salir, y escapaba a hurtadillas de doña Lola.

La hora de comer era un suplicio.

Esperaba que estuviesen todos a la mesa para aparecer y decía:

—¡Buenas noches!

Y se sentaba lúgubremente en medio de un silencio que le parecía significativo, porque sospechaba, y así era en efecto, que todos los huéspedes conocían su situación.

La criada volvía de mal humor con la sopa que ya había sido recogida y Víctor se ponía a comer con angustia aquella pobre pitanza, que le parecía un veneno.

Pero la estratagema de venir después de los otros disgustó a doña Lola, que no perdía ocasión de serle desagradable.

Así fue que un día después de llegar y sentarse a la mesa, como la comida ya iba un poco adelantada, doña Lola gritó desde su cuarto en un tono de voz irritado:

—La hora de comer es a las siete. Esto no es una fonda.

Todos los huéspedes callaron y miraron a Víctor que se puso rojo hasta el blanco de los ojos.

La vida allí se le volvió un infierno.

De noche no dormía.

Pasaba horas y horas dando vueltas en la cama, y cuando al fin, postrado, podía cerrar los ojos, era de día.

Tomó entonces el hábito de levantarse a la hora de comer, pálido y molido, yéndose de la mesa antes de terminar la comida para que doña Lola no tuviese tiempo de llamarlo, y escabullándose hasta la puerta de la calle.

Solamente allí respiraba, fuera de la casa de huéspedes.

Así se pasó una semana sin que doña Lola le molestase, cuando una tarde al sentarse a la mesa y en presencia de todos los huéspedes, la criada le dijo solemnemente:

—¡La señora desea hablarle!

—¿Ahora mismo?

—Sí, señor, ahora.

Víctor sintió una gran opresión.

Se levantó en medio de la atención de todos y se dirigió al gabinete de doña Lola, que al verle entrar puso un gesto de vinagre, y le recibió con estas palabras:

—Ya usted comprende que esto no puede continuar. Así, pues, busque casa…

Víctor sintió que una onda de sangre le subía a la cabeza, y por un momento tuvo tentaciones de estrangular a la patrona.

Se detuvo y balbuceó.

—¿Quiere usted que me vaya ahora?

Doña Lola respondió implacable:

—Sí, señor. Hace mucho que debía haberse ido. En cualquier otra casa…

Víctor no la dejó proseguir:

—Bueno. Basta.

Y le volvió bruscamente la espalda.

Doña Lola le llamó:

—Si quiere puede continuar con el cuarto. Comer es lo que no puede ser.

Víctor que estaba en el umbral de la puerta muy pálido, dijo apenas:

—¡Bueno!

Y se retiró.

En el comedor se cuchicheaba. Cuando Víctor pasó rápidamente para su cuarto, todos se callaron y le siguieron con los ojos.

Hubo largo silencio.

Uno de los huéspedes, tomándose la última cucharada de sopa, exclamó:

—¡Pobre muchacho!

Un cabo de Orden Público, que estaba de huésped desde hacía pocos días, intervino:

—No. Doña Lola tiene razón.

Al oír esto todos los huéspedes clavaron en él una mirada desdeñosa.

Otro huésped afirmó:

—No quieras para otros aquello que no quieras para ti.

Algunos confirmaron:

—¡Cierto!

—¡Cierto!

Después de una pausa, un viejo que copiaba música preguntó:

—¿Y Eleuterio? ¿Qué es de Eleuterio?

—Eleuterio, voló.
—¿No está en Madrid?
—Sí, está.
—¿Cómo dejó la casa?
Otro huésped indicó sonriendo:
—Diga usted cómo dejó a doña Lola.
—¿La dejó?
—Parece que sí. ¡Tiene suerte ese Eleuterio!
—Con las viejas.
—¡No tanto!
—¿Cómo dejó a doña Lola?
—Por otra… Una estanquera.
—¿También le sostiene?
—Pues es claro.
—¡Ya comprendo el mal humor de doña Lola!
—¡Y mire usted quién lo paga!
—¿Quién?
—¡Ese pobre muchacho!
—¡Ah! Víctor…
Sintieron toser a doña Lola, que andaba en la despensa, y callaron, aplicándose a comer.
Hasta el fin de la comida no hubo medio de romper el frío glacial de la situación.
Entretanto, Víctor esperó que todos hubiesen salido para salir, y cuando abrió la puerta, se encontró con doña Lola que le vigilaba el cuarto.

* * *

Al salir aquella noche de casa, el pensamiento de Víctor fue buscar a Eleuterio, que continuaba siendo su mejor amigo.
Informado de lo que pasaba, Eleuterio se desfogó en vociferaciones contra doña Lola.
Concluyó afirmando que era preciso comer.
No tenía dinero, pero la cosa se arreglaría.
Fueron los dos juntos al estanco donde Eleuterio tenía su apaño, pero la

estanquera había salido.

Entonces se acordó de un maestro de obras amigo. Pensaba pedirle un duro prestado. Fueron a verle y tampoco le encontraron.

¡Era una hora terrible!

Todos habían acabado de comer, menos Víctor.

Este, resignado, acompañaba a Eleuterio, casi se dejaba guiar, no osando pronunciar una palabra.

Ya fatigado por los dos inútiles pasos que diera, Eleuterio propuso, finalmente, empeñar alguna cosa que, cuando menos, diese unas pesetas para comer aquella noche.

Convinieron entonces en que Víctor iría a la casa de huéspedes en busca de la capa para empeñarla, y que Eleuterio le esperaría en la puerta.

Víctor dudó antes de subir la escalera.

¡No fuese a verle doña Lola!

Eleuterio le animó.

—¡Y a ella qué le importa!

—Temo que me arme un escándalo.

—Si te grita, tú le gritas más.

—Te confieso que le tengo miedo a esa mujer.

—Mal hecho. Lo que debes hacer es no irte de la casa sin romperle primero un hueso. Anda, sube.

Víctor entró en el portal.

Subió la escalera corriendo.

Casi sin aliento se detuvo delante de la puerta.

Tiró de la llave que dejaban siempre debajo, y abrió.

La puerta giró con estridor y le hizo estremecer.

En el corredor ardía colgada de la pared, una candileja de petróleo.

Víctor entró, procurando dar a su paso cierta naturalidad.

Al atravesar el comedor, se encontró con doña Lola, que tenía el aire de vigilar la casa.

Víctor pasó de prisa murmurando:

—¡Buenas noches!

En su azoramiento le pareció que doña Lola no le había respondido.

Penetró en el cuarto a obscuras y dio luego con la capa colgada detrás de la puerta; pero no osó salir inmediatamente.

Parecía un ladrón.

Estuvo largo tiempo con la capa al brazo, dudando, con el oído atento a los rumores de la casa.

De pronto comprendió que lo más sencillo era ponerse la capa y salir.

De esa manera no llamaría la atención.

En el comedor, doña Lola simulaba arreglar la torcida del quinqué, pero en realidad espiaba.

Al pasar, Víctor dijo nuevamente:

—¡Buenas noches!

Esta vez percibió claramente que doña Lola no le había respondido.

Bajó las escaleras de dos en dos.

En la puerta contó a Eleuterio que doña Lola le había estado espiando.

—¡Que se vaya al diablo!

Y precipitadamente echaron calle abajo.

En la esquina Víctor se quitó la capa, que un *golfillo* que ellos dejaran esperando llevó a la Casa de Préstamos.

Entretanto Eleuterio se deshacía en lamentaciones sobre la avidez de los empeñistas que cada vez robaban más a los desgraciados que caían en sus manos, y hacía cálculos sobre lo que darían por la capa.

Víctor esperaba que tal vez diesen dos duros, pero Eleuterio no creía que diesen más de uno, y efectivamente, así fue.

El *golfillo* vino con cinco pesetas y la papeleta.

Era tarde, cerca de las diez, y Víctor no había comido en todo el día. Entraron en una casa de comidas con honores de taberna, y los dos comieron juntos.

Víctor, disipado ya el primer peligro, quiso a todo trance que Eleuterio le hiciese compañía.

Víctor teniendo asegurada la compañía de alguien en la primera noche de miseria se sintió casi feliz.

Las malas situaciones tienen eso de bueno: con cualquier cosa se alivian.

Al terminar la comida, los dos amigos entraran en el terreno de las confidencias.

Víctor, medio embriagado, se quejaba de Palomero que en dos meses apenas le mandara de Barcelona una carta escrita deprisa, sin darse por enterado de las alusiones que Víctor tenía hechas en sus cartas de precaria situación.

Eleuterio descargando un puñetazo sobre la mesa le dijo:

—Para que conozcas lo que es ese hipócrita. Socialista de camama.

—¡Ya lo conozco!

—Palomero es socialista para comer. Pero en el fondo está vendido a los jesuitas.

Víctor exclamó de pronto:

—¡Lo que son las cosas! ¡Yo había tenido esa sospecha!

—¿Has observado algo en ese tío?

—No, nada. Pero tenía sospechas…

—Del hombre que no bebe vino, no te fíes nunca.

—¡Es verdad!

—Buenos en apariencia, y en el fondo de un egoísmo feroz. Ese Palomero es así. Contigo se ha portado como un canalla.

—¡No lo sabes bien!

Al fin de cuentas, Víctor viniera a Madrid por causa de Palomero, que le estimulara a ello. Que le tranquilizara garantizándole que todo se había de arreglar, y lo que sucedió es que le dejaba abandonado en Madrid, largándose él a Barcelona.

¿Para qué lo obligara a dejar Compostela?

¿Para qué lo incitara?

Entonces se entretenía escribiéndole largas cartas, tal vez para pasar el tiempo.

Después que saliera de Madrid, ni una palabra más, y sabiéndole sin recursos, casi en la miseria, le mandaba cuatro líneas al correr de la pluma.

Víctor decía muy irritado que si Palomero alguna vez le había favorecido, lo hiciera solamente por darse aires de apóstol, y no por impulsos de la amistad.

Eleuterio, dándole en todo la razón, añadía:

—Ya sabes que yo no aguardo a decírtelo ahora. Te lo he dicho hace mucho tiempo. Palomero se ocupaba de ti por fantasía. Tú tenías la debilidad de admirarle, no sé lo qué… ¡las palabras! Le servías de interlocutor, de comparsa. Precisaba a alguien que le acompañase, que le oyese. Y tú no solamente le oías, le admirabas.

Víctor interrumpió secamente:

—Lo mejor es no hablar de eso… Bébete esa copa y demos una vuelta. Aquí hace mucho calor.

Eleuterio se bebió la copa en dos sorbos y salieron a la calle mal alumbrada y solitaria.

Eran los últimos días de otoño, y las noches comenzaban a ser muy frías.

Sin embargo, los dos amigos no parecían sentir el frío.

Víctor hasta llegó a quitarse el sombrero y desabrocharse los botones del chaleco, porque ardía.

Caminaron algún tiempo en silencio.

De pronto Víctor, encarándose con Eleuterio, murmuró con voz sorda:

—¿Sabes lo que me dan tentaciones de hacer cuando veo ciertas cosas?

El otro le miró sonriendo.

Víctor prosiguió con energía casi feroz:

—Me dan tentaciones de saltar al pescuezo del primero que pasa y ahogarlo.

—No digas disparates. Ni tienes razones para hacerlo ni eres capaz de hacerlo.

—¿Que no soy capaz?

Y Víctor tuvo una extraña sonrisa de desafío.

—¡Quieres verlo! Me echo al primero que pase y lo estrangulo.

Eleuterio notando que Víctor estaba borracho, intervino:

—No seas loco. Vamos hasta la Plaza de Oriente para tomar un poco el fresco.

Pero Víctor no abandonaba su idea.

—Tal vez no lo creas, pero hay ocasiones en que siento una ceguedad capaz de todo.

Se detuvo, y sujetándole con fuerza del brazo, sintiendo las palabras, murmuró:

—Ahora era capaz de ahogarte a ti mismo.

Eleuterio, que era cobarde, no pudo menos de dar un paso atrás.

—Pues no lo intentes que son bromas pesadas.

—Cuando fui a acompañar a Palomero y lo vi a mi lado, paseándose en el andén de la estación, sonriente, contento, cuando yo moría de tristeza, tuve intenciones de arrojarme a él, y allí mismo…

Eleuterio inquieto y comenzando a dar al diablo la compañía de Víctor, exclamó:

—Tú no estás bueno de la cabeza.

Y Víctor deteniéndose y apoyándose en el quicio de una puerta, murmuró:

—Es verdad, no estoy bueno de la cabeza.

—¿Sería lo mejor irnos hacia casa?

—No, paseémonos. El aire me hace bien.

Entonces Eleuterio empezó a canturrear tangos y jotas zarzuelescas para

distraer al otro.

Así llegaron hasta el final de la calle de Ferraz.

En una taberna Víctor quiso entrar, pero Eleuterio se opuso.

—¿A qué santo beber más?

Víctor insistió y acabaron por entrar los dos, bebiendo sobriamente una copa de aguardiente, de pie, delante del mostrador.

Después de pagar, Víctor se volvió a Eleuterio:

—¿Va otra?

—No; nada más.

—Sí, otra.

—No, no.

Víctor terminó la discusión, encarándose con el tabernero, y diciéndole imperativamente:

—Eche dos copas más.

Eleuterio se encogió de hombros y con aire resignado bebió. Pero Víctor no quiso beber.

Después de haberse llevado la copa a la boca, lo arrojó todo fuera, diciendo que era una peste.

La taberna se alarmó, y el tabernero exigió que le pagasen la copa.

Víctor le dijo torvo y provocador:

—Se paga la copa. ¿Cuánto es?

La copa era cinco céntimos.

Víctor arrojó la moneda encima del mostrador y salió empujado por Eleuterio, que le decía al oído que tuviese juicio.

En la calle la borrachera pareció recrudecérsele.

Cantó la *Marcha de Cádiz*, insultó a una mujeruca que pasaba y que huyó despavorida y quiso interpelar al sereno, lo que no hizo, porque Eleuterio agarrado a él le pidió que no lo comprometiese.

Después le sobrevino una crisis nueva. Empezó a hablar de Paca la Gallarda, de su amor del Extremeño, y como Eleuterio le confiase para calmarle que él también anduviera enamorado de la Gallarda, Víctor le echó los brazos y comenzó a sollozar.

Habían vuelto sobre sus pasos y Eleuterio lo encaminaba dulcemente para la casa de huéspedes.

Ya en la puerta costó grandes trabajos obligarlo a subir y recogerse, pero al fin Eleuterio pudo dejarlo.

Víctor, en lo obscuro de la escalera, sintió que la cabeza le daba vueltas.

Encendió fósforos y subió contando los escalones, porque se reconocía embriagado.

Abrió la puerta y entró encendiendo sucesivamente fósforos que le quemaban las yemas de los dedos.

Buscó su cuarto.

La casa estaba en silencio.

Todo dormía.

En el cuarto quiso encender la palmatoria, pero la palmatoria había desaparecido.

En su trastorno se imaginaba objeto de una ilusión.

La palmatoria debía estar allí.

Sin embargo, no era así.

La palmatoria no estaba.

¿Quedaría en el comedor?

Fue al comedor. Miró sobre la mesa:

¡Nada!

¡Tal vez en la cocina!

La criada se habría olvidado.

Pero el fósforo se le apagó entre los dedos.

Dejó caer la caja.

Se bajó para cogerla palpando en el suelo, pero no la encontró.

En esto se oyó un ruido.

De encima de una mesa había caído alguna cosa con estruendo.

Una voz dijo de dentro:

—¿Quién anda ahí?

Víctor no contestó y continuó buscando en el suelo.

—¿Quién anda ahí?

Nuevo silencio, apenas interrumpido por la respiración jadeante de Víctor, inclinado sobre el suelo, palpando a ciegas.

En esto la cocina se iluminó y doña Lola apareció en la puerta.

—¿Qué está usted haciendo ahí?

Víctor, sin incorporarse, echando al fin mano a la caja de fósforos, repitió en un tono que no dejaba dudas acerca de su estado.

—¿Qué estoy haciendo?

—Sí, señor. ¿Qué hace aquí?

—¿No lo ve usted? Buscaba los fósforos que se me habían caído.

—¡Buena manera de venir a casa!

—¡Qué! ¡Qué! ¡Qué!

Y Víctor se irguió lentamente. Mirando fiero a doña Lola continuó:

—Sepa usted que no tengo ganas de conversación. Diga usted a la criada que me ponga la palmatoria pues no he de acostarme a obscuras.

Doña Lola respondió de mal humor:

—No hay palmatoria. Si quiere luz compre velas.

Víctor en un tono de voz cada vez más irritado repitió:

—¿Que compre velas?

—Sí, señor.

—¡Y si no me da la gana!

—Se acuesta a obscuras.

—¿Y si no me da la gana?

Doña Lola dejó la luz sobre la mesa y volviéndose a Víctor, puestas ambas manos en las caderas, replicó:

—Si no le da a usted la gana, se va de mi casa. Yo aquí no quiero borrachos.

Víctor poseído de un extraño furor, exclamó:

—Usted es la que va a salir, tía bruja. Pero no por la puerta, sino por la ventana.

—¡No me falte usted, desvergonzado!

—¡Tía bruja!

—¡Que no me falte!

—¡Vieja loca!

—Que estoy en mi casa.

—Ya verá usted si está en su casa…

Y haciendo un gesto de amenaza, adelantó hacia doña Lola, que retrocedió asustada.

En aquel momento apareció la criada:

—¿Qué pasa, señora?

—¡Este borracho!

No concluyó.

Víctor se arrojó sobre ella. La criada gritó:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Doña Lola no daba señal de defenderse con las uñas.

La mesa, empujada por los dos, rodara con estrépito hasta la pared.

La criada seguía gritando:

—¡Acudan! ¡Acudan!

El cabo de Orden Público apareció en calzoncillos.

—¿Qué sucede? ¿Qué pasa?

Y luego viendo a Víctor y a doña Lola se arrojó a separarlos.

La criada no cesaba de llamar:

—¡Acudan! ¡Acudan!

Llena de miedo, no se atrevía a acercarse.

Apareció el copista de música que corrió a prestar apoyo al cabo, asegurando a Víctor con ambas manos. Doña Lola pudo verse libre de las garras de Víctor. Toda trémula suplicó:

—Por Dios, asegurarlo bien.

El cabo, sujetando a Víctor que rugía, murmuró con arrogancia:

—¡Está seguro!

Entonces doña Lola recobró un poco de ánimo:

—¡Canalla! ¡Insolente! ¿Han visto ustedes?

Pero Víctor, de nuevo, arremetió contra ella.

Doña Lola huyó hasta la puerta de la cocina.

Fue preciso hacer nuevos esfuerzos para sujetar a Víctor. Al cabo de un momento pareció ceder.

Entonces doña Lola, desgreñada y trémula, gritó desde la puerta de la cocina:

—¡Que se vaya ese hombre! ¡Que se vaya!

Hubo un largo silencio.

Doña Lola, siempre dispuesta a ocultarse en la cocina, volvió a repetir:

—¡Que se vaya ese hombre!

Víctor, en quien aquella escena parecía haber disipado la embriaguez, solo entonces comprendió lo que pasaba.

Se desprendió de los dos hombres que le sujetaban, y dijo sombríamente:

—¡Está bien!

Se bajó para coger el sombrero que le cayera al suelo.

Dio las gracias a los dos huéspedes que le sujetaran, impidiéndole cometer un disparate, y salió.

Nadie osó pronunciar una palabra.

Se oyó el ruido de sus pasos todo a lo largo del pasillo, el estallido de un fósforo, y la puerta que se abría y se cerraba con furia.

El cabo fue a cerciorarse de que había salido.

Volvió al comedor murmurando:

—¡Vaya con Dios!

Doña Lola chilló:

—¡Vaya con todos los demonios y que no vuelva!

La criada corrió a cerrar la puerta con cerrojo y llave.

Doña Lola, dejándose caer en una silla, dio expansión a sus sentimientos.

—¡Nunca me sucediera una cosa semejante!… ¡Qué borracho, señor! ¡Todo aquello le pasaba por tener buen corazón! Hacía lo menos dos meses que debía haberle echado de casa. ¡Qué manera de agradecer lo que había hecho por él!… ¡No tenía dinero para pagar la casa de huéspedes, y lo tenía para emborracharse!

La criada, ayudada por uno de sus huéspedes que había aparecido a última hora, puso la mesa en su sitio.

El cabo pidió un vaso de agua, pero doña Lola, agradecida a su intervención, hizo abrir una botella de vino blanco y distribuyó copas.

La cuestión y el alboroto terminó así; y a la luz del amanecer que entraba mortecina por las ventanas del comedor, los huéspedes de doña Lola, en calzoncillos y mangas de camisa, apuraban tranquilamente la botella de vino con que la patrona les regalara.

Capítulo XXV

Un socorro

ERA casi día claro, cuando Víctor, completamente atolondrado, se encontró a la puerta de la calle.

¿A dónde ir en aquella hora?

Permanecía parado en la acera, y dudando, sin saber qué resolución adoptar.

Y no cesaba de preguntarse a sí mismo.

¿A dónde ir?

Por un momento ocurriósele ir en busca de Eleuterio, que vivía en la Cava Baja, pero reflexionó que era demasiado temprano.

Seguramente no le abrirían.

¿Qué hacer?

La embriaguez se le disipaba; quedárale, sin embargo, un gran aturdimiento que aún le hacía tambalear.

Tenía sed.

La boca le ardía.

Le pesaban los párpados.

Se sentía lleno de fatiga, como después de un gran trabajo.

Tenía sueño, pero en aquella hora era difícil encontrar dónde dormir.

Lo mejor era esperar que llegase la mañana y fuese hora de buscar a Eleuterio.

Aún le quedaban cinco reales del duro que le dieran por la capa.

Aquel dinero, por poco que fuese, diole cierta seguridad. Cuando menos le aseguraban el almuerzo, y un lugar donde poder esperar la hora de ver a Eleuterio.

Echó por la calle de Toledo arriba y llegó a la Plaza Mayor. Estaba desierta, y todavía envuelta en una vaga sombra. ¿Qué hora sería?

En esto un hombre que marchaba muy de prisa con el cuello del gabán levantado se cruzó con Víctor, que casi maquinalmente le detuvo, preguntándole con brusquedad:

—¿Qué hora es?

El del gabán pareció asustarse y retrocedió exclamando.

—¡No se acerque o llamo!

Víctor un poco sorprendido, sin moverse replicó:

—¿Está usted loco? ¡Me toma usted por un ladrón!

El otro muy excitado, separándose más a cada movimiento de Víctor, no cesaba de repetir:

—¡No se acerque!… ¡Le digo que no se acerque!

—¡Vaya al diablo!

Y Víctor siguió adelante.

El del gabán, que poco a poco se apartara casi andando para atrás, súbitamente se desató a correr como un loco.

Este incidente produjo en el espíritu de Víctor una impresión singular.

Sin ser un ladrón pasó por serlo, y esta confusión, lejos de alarmarle, le dio una impresión de fuerza.

El hecho de haber asustado a un transeúnte le hizo sonreír con un vago orgullo de sí propio.

Siguió andando, sin destino ni rumbo, por las calles desiertas.

No pensaba ya en el alboroto de la casa de huéspedes.

No pensaba en nada. No podía pensar.

Hasta cerca de las nueve estuvo dando vueltas por la Puerta del Sol.

A esa hora, fatigado y muerto de sueño, se dirigió a la Cava Baja, donde vivía Eleuterio.

Le halló todavía en cama.

Eleuterio, un poco sorprendido, casi sin acabar de despertarse, le dijo al verle:

—¿Qué te pasa?

Víctor cerró la puerta de la alcoba, y acercándose al lecho, murmuró:

—Has de perdonar. Pero me sucede esto.

Y contó lo que le había pasado en casa de doña Lola.

Eleuterio pareció despertarse del todo y se echó a reír.

—¿De manera que has querido matar a mi antigua prenda?

—¡Casi!

—¡Pero tú tienes el diablo en el cuerpo!

—Lo que yo tenía era vino.

—¿Y has llegado a sacudir el polvo a la Lola?

—No te digo, que faltó poco para que la estrangulase.

—Pues la mujer debe estar de oír.

—¡Figúrate!

—¿Cuál de los huéspedes fue el primero que intervino?

—El cabo.

—¡Ese será mi sustituto en el corazón de la patronal!

—Puede ser.

—Ahí está una plaza que tú debiste haber ocupado.

—¡Hombre, por Dios!

—¡Perdona, hermano! Pues no eres tú poco fino… Confiesa que si no seguiste mis huellas, ha sido por miedo al grave censor y mentor…

—¿A quién? ¿A Palomero?

—Naturalmente. Mira qué bien pudiste haber arreglado tu vida. Otra cosa más que tienes que agradecerle al Apóstol.

Y cambiando de tono, exclamó:

—Pero a todo esto, ¿qué hora es?

—Las nueve.

—¡Eres el Demonio!

Y después de una pausa.

—¿Y ahora, qué vas a hacer?

Víctor hizo un gesto.

—¡No lo sé!

Eleuterio reflexionó:

—¿Quieres descabezar un sueño?

Víctor aceptó. Y desocupó un sofá destartalado que había en la alcoba con el fin de tenderse en él.

Eleuterio, volviéndose en el lecho del lado de la pared, murmuró casi entre dientes:

—Si te es lo mismo, cierra la ventana.

Víctor obedeció y se acostó en el sofá, buscando una posición cómoda para dormirse.

Estaba fatigadísimo.

El sueño no tardó en cerrar sus párpados.

Allá afuera hacía un sol magnífico, y toda la calle de la Cava Baja, se henchía de pregones matinales.

Cerca de las doce se despertó con todo el cuerpo dolorido. Buscó una nueva posición para reanudar el interrumpido sueño, pero le fue imposible.

Su piel ardía.

Parecía que tenía fiebre.

Mezclados llegaban hasta él los ruidos de la calle y los ruidos domésticos.

Una voz cascada hablaba en el patio, y en la buhardilla cantaba con alegres trinos un canario prisionero en su jaula.

Todo tenía una apariencia de paz, de estabilidad y de ventura, que contrastaba con su situación.

¡Estaba allí, sin domicilio, sin lecho, sin abrigo, huérfano de todo amparo, refugiado como un malhechor!

Tuvo un momento de profunda postración.

Fue uno de esos momentos en que el hombre vencido quita de por medio todo el pensamiento de resistencia a la vida, y, por decirlo así, capitula.

Un gran vacío se hizo en su cerebro, y tomando al acaso un libro caído al suelo, se puso a leer indiferentemente, forcejeando por distraerse.

En aquel momento se despertó Eleuterio.

—¡Ah! ¡Es verdad que estabas tú ahí! ¿Qué hora es?

—Las doce.

—¡Diablo! ¡Cuánto he dormido!… ¿Y tú has dormido algo? —¡Poca cosa!

Eleuterio se restregó los ojos, exclamando:

—¡Bueno! ¡Voy a levantarme!

Y se puso en pie, mientras Víctor miraba distraídamente por la ventana que caía al patio.

Cuando acabó de vestirse, Eleuterio dijo a su amigo:

—Vamos a salir. Yo como ahí a la vuelta en una taberna que hay en la esquina. Tú comerás conmigo, tengo crédito.

—¡Gracias!

—Después nos pasaremos por el estanco de la socia, para que nos regale a cada uno un puro, y le pediré además una peseta para café.

Con arreglo a este programa se realizaron los hechos. ¡Cosa extraña y que raras veces sucede!

Que es ya apodíctica aquella frase:

«El hombre propone y Dios dispone».

Después de tomar café en el de Gallo, Víctor y Eleuterio salieron humeando los cigarros como dos hombres felices.

Solo entonces volvió con una alusión a la noche anterior el recuerdo de la situación.

¿Qué pensaba hacer Víctor?

¡Víctor mismo no lo sabía!…

Eleuterio le dijo:

—¿Por qué no te vuelves a tu tierra?

—¿A Santiago? ¡Jamás!

—¿Por qué?

—Porque es preferible la miseria aquí.

—¿No tienes familia?

—No.

—¿Ninguna?

—¡Ninguna!

—¿Y amigos?

—Tampoco. Los que tengo no pueden valerme.

—Me habían dicho que tú te habías criado en un palacio.

—¡Es verdad!

—Que tu abuela era una condesa.

—No sé si era mi abuela… Solo sé que es la persona que más me ha querido en el mundo…

Y Víctor calló no queriendo dejar adivinar su emoción, una emoción sincera y profunda.

Después de un largo silencio, Eleuterio volvió a decir:

—Y si no arreglas algo, ¿qué vas a hacer?

—Ya te he dicho que no lo sé. Buscaré sin descanso.

—¿Dónde?

—Veré…

La verdad es que era aquella una situación terrible.

Al salir del café habían echado hacia la Puerta del Sol, y después por la calle de Alcalá, de paseo, sin destino.

Víctor aseguraba que tenía todos los nervios tirantes y que necesitaba andar, andar mucho, sin descanso.

Eleuterio ya empezaba a cansarse.

En una taberna, próxima a la plaza de Toros, tomaran cerveza con limón.

Pagó Víctor con los cinco reales que le quedaban, y se empeñó en que continuasen el paseo.

De pronto exclamó:

—Ya que estamos cerca de Madrid Moderno, vamos allá.

Eleuterio se opuso.
—¡Pero te has vuelto loco! Yo ya no puedo con mi alma.
—No seas perezoso ni tumbón.
—¿Pero a qué vamos allá?
—Tengo una idea.
—¿De qué clase?
—No me preguntes nada. Anda, acompáñame.
Eleuterio cedió.
Cuando llegaron a Madrid Moderno, Víctor se orientó buscando la calle de Castelar.
Ante una casa nueva y sin número se detuvo.
—¿Quieres esperarme aquí?
—Con tal que no tardes.
—No tardaré. Aquí vive la señora de Neira. Una señora de Santiago, amiga de la difunta Condesa.
—Pues anda y no tardes.
Víctor entró en el portal.
Eleuterio quedose paseando en la acera.
No tuvo que esperar mucho tiempo.
Antes de un cuarto de hora, Víctor apareció radiante.
—¿No te lo dije? ¡Fue una excelente idea!
Y mostraba a Eleuterio un billete de cien pesetas.
El otro parecía asombrado.
—¿Quién te ha dado eso?
—La señora de Neira.
—¡Pues es mejor que mi estanquera!
—¡No seas bruto!
—Ya tienes para una temporada.
—Sí; volvamos a Madrid.
En todo el camino no dejaron de hacer comentarios acerca del suceso.

* * *

El lector ya sabe cómo llegó a manos de Víctor aquel socorro tan oportuno de un billete de cien pesetas, pero ignora los detalles del hecho.

Al encontrarse cerca del barrio donde moraban los señores de Neira, se acordó repentinamente de ellos, y repentinamente tomó la idea de verlos.

Su intención no era pedirles dinero, sino indicarles de una manera indirecta que atendiesen a mejorar su aflictiva y desesperada situación.

Al pronto, cuando le acudió la idea de que los señores de Neira podrían ayudarle, pensó en visitarles al día siguiente; pero como las circunstancias eran imperiosas, pronto reflexionó que pues tenía que verlos, cuanto antes mejor.

¿Por qué retardarlo?

Así fue como le vimos proponer súbitamente a Eleuterio que le acompañase a Madrid Moderno.

Doña Carlota Saco, casada en la actualidad con don Felipe Neira, era natural de Santiago de Galicia.

En primeras nupcias, y siendo muy joven, había estado casada con un rico propietario, que al morir la dejara por heredera de toda su fortuna.

Mantúvose durante mucho tiempo viuda, con esa natural desconfianza de las mujeres ricas, que en todos ven pretendientes interesados.

Pero habiendo decidido trasladar su residencia a Madrid, y puéstolo en acto, su situación de viuda empezó a preocuparla.

Decidió casarse.

Conoció entonces a D. Felipe Neira, comandante de artillería, y algunos años más joven que ella.

El Sr. de Neira casi la sedujo. La viuda experimentó por él una de esas pasiones tardías.

Más que bello le halló hombre de mundo, distinguido, atrayente.

Casi fue ella quien le solicitó, porque él, sabiéndose preferido, tuvo el cuidado de no manifestar impaciencia.

De su matrimonio conservaba a su lado una hija, que, como su madre, se llamaba Carlota.

El comandante D. Felipe Neira, que de soltero era un habitual frecuentador de clubs y de casinos, conservó siempre la costumbre.

Así, cuando los asuntos de su hacienda y la de su mujer, en su mayor parte consistente en tierras aforadas, no le obligaban a permanecer en Galicia, sucedía que casi siempre estaba en el Casino.

Su hija Carlota habíase casado con un joven oficial del Ejército, que al mes de matrimonio había tenido que embarcarse para Cuba, donde encontrara la muerte, y vivía ella en Galicia, retirada en un caserón de familia.

Cuando Víctor se presentó en casa de los señores de Neira, la anciana dama estaba sola.

Don Felipe hacía algunos días que se hallaba fuera de Madrid; pero esta circunstancia, lejos de inquietarle, vino a infundirle más ánimo.

Al comandante apenas le conocía, mientras que a su mujer la había visto desde niño en el palacio de la Condesa de Cela, a donde solía ir todas las tardes.

La señora de Neira le recibió bien, con cierta sorpresa casi familiar, informándose de las particularidades de su vida.

Después de una penosa pausa en la conversación, Víctor se resolvió a decir a la señora lo que pretendía.

Ella quedó un poco sorprendida, porque naturalmente suponía que Víctor la visitaba por mera cortesía, pero le oyó sin interrumpirle.

Víctor, que tenía la facultad de referir las cosas con cierta elocuencia, le contó las circunstancias en que viniera para Madrid y una parte de su vida desde la muerte de la Condesa.

Viniera a Madrid en la esperanza de poder trabajar y vivir; pero hasta entonces todos sus esfuerzos habían resultado infructuosos.

No aludió a su paso por la redacción de *El Socialista*, y sombríamente, encogiéndose de hombros, repitió varias veces:

—¡No sé qué hacer! ¡No sé qué hacer!

La señora de Neira le oía con atención, y no parecía comprender las relaciones que hubiese entre aquello que le contaba y su visita.

Como todas las personas que oyen referir infortunios a los cuales son indiferentes, esperaba que él concluyese.

Víctor comprendió la situación, y procuró hacerla más clara.

No tenía relaciones.

Estaba solo en Madrid.

Nadie podía ayudarlo.

Las únicas personas de algún valimiento a quien conocía eran ellos, los señores de Neira.

La anciana, en un tono de desaliento, como si anticipadamente afirmase que en nada podía ayudarle, murmuró:

—¿Pero nosotros en qué podemos ayudarle?

—Yo mismo no lo sé, señora. He venido aquí porque en resumidas cuentas el deber del hombre que se siente perdido es procurar salvarse.

La anciana, pareciendo orientarse, preguntó:

—¿Pero usted qué hace ahora?

—¡Nada!

—¡Eso no puede continuar!

—¡Desgraciadamente continúa hace mucho tiempo!

—Usted es joven.

—¡De nada me sirve!

—Usted es fuerte.

—Ya se encargará la desgracia de hacerme débil.

—Usted es inteligente.

—Pues acabaré por volverme loco.

Hubo un penoso silencio.

La señora de Neira, sentada enfrente de Víctor, parecía reflexionar.

Víctor comprendió que se ocupaba de él y no la interrumpió. De repente la anciana exclamó:

—¡Si mi marido estuviese en Madrid! Pero ayer mismo salió para Galicia, y tardará siete u ocho días en volver.

Y después de otra pausa.

—¿Quiere pasarse para entonces por aquí?

Este plazo a Víctor le pareció tan largo, que dijo suspirando:

—¡Dentro de ocho días!

—¿Le parece a usted mucho?

—¡Mucho, señora!

—Ocho días se pasan en seguida.

—¡A veces son siglos!

—Ocho días son como un soplo.

—A veces, señora, son como un huracán…

Y advirtiendo que la anciana estaba conmovida, le contó toda su miseria, toda su desgracia…

Sin embargo, recelando herirla con una narración demasiado cruda, omitió la circunstancia de encontrarse sin domicilio, limitándose a referir a la anciana que estaba amenazado de perderlo.

Contó que aquel mismo día había sido intimado para marcharse o pagar; y por una hábil maniobra transformó esta intimación en la causa principal de su visita.

La señora de Neira se conmovió.

Víctor creyó distinguir en los ojos de la anciana un ligero vapor de lágrimas.

La señora preguntó después de una pausa:

—¿Y cuánto debe en la casa de huéspedes?

—Ni yo mismo lo sé.

Lentamente, sin decir una palabra, la anciana tiró del cordón de la campanilla.

Se presentó un criado.

—Busque usted el llavero de las llaves pequeñas, que está sobre el tocador.

El criado salió y volvió a poco con el llavero.

—Abra el segundo cajón de aquella mesa. Deme la cartera grande.

El criado le dio la cartera.

—Váyase.

Salió el criado. La anciana se levantó trabajosamente. Abrió la cartera sobre un mueble. Todo con gran lentitud.

Víctor también se había levantado.

Comprendiendo la intención de la anciana estaba trémulo de sorpresa.

¿Cuánto le daría?

La anciana cerró la cartera, metió un billete en un sobre y volviéndose hacia Víctor le dijo:

—Tome usted esto. Cuando mi marido vuelva de su viaje, veremos lo que se puede hacer.

Víctor extendió la mano, y en un tono compungido para disimular su contento, exclamó:

—¡Oh!, señora, ¿cómo agradecerle? ¿Cómo podré yo decirle?…

La anciana interrumpió con bondad.

—No diga nada. Ande, arregle su vida… Arregle su vida…

Víctor pensó en retirarse inmediatamente, pero le pareció grosero.

Al fin, pasados algunos minutos, se despidió.

Estaba impaciente por verse en la calle, por respirar el aire libre y dar expansión a su alegría.

—Señora, con el permiso de usted me retiro… Yo volveré…

Pero la anciana se opuso a que volviese.

—No, mi marido le buscará. No venga… Ya sé lo que es preciso… Deje las señas de su casa… Aquí, en un papel.

Víctor protestó. Volvería él mismo.

La anciana terqueaba:

—No, no.

Y tuvo que ceder; que dejar escrito en una hoja de papel el número de su antigua casa.

Se despidió por segunda vez.

La anciana, que era muy sencilla, fue ella misma a abrirle la puerta.

—A las órdenes de usted. No olvidaré nunca el beneficio…

La señora le interrumpió:

—No hable de eso. Póngase el sombrero. ¡Adiós!

Cuando se halló en la calle y atravesó a la otra acera, donde Eleuterio esperaba paseándose, rasgó rápidamente el sobre que la señora le diera, y se encontró con un billete de cien pesetas.

Sonrió, se encogió de hombros y dijo en voz alta:

—Hay para unos días.

Como veremos más tarde, esta entrevista que acabamos de narrar con absoluta verdad, tuvo una influencia decisiva en la vida de aquel hombre.

¡Una vida accidentada y extraña!

LIBRO SEGUNDO

Capítulo primero

Un año de miseria

DOCE meses transcurrieron.

¡Doce meses de miseria y de penalidades para Víctor Rey!

Doce meses, durante los cuales había caído en todos los abismos de la miseria y conocido todos los dolores.

Después de algunas cartas a Palomero, que complicado en una cuestión anarquista había tenido que emigrar a Francia, Víctor, como no obtuviera ninguna respuesta, quedó en la duda de si su antiguo amigo habría muerto o simplemente dejado de existir para él.

Eleuterio, cuya amistad le alentara en sus primeros tiempos de Madrid, estaba en la cárcel por escándalo y lesiones; aún estaría algunos meses más.

Víctor se hallaba solo, completamente solo.

La protección de los señores de Neira también la había perdido, o por mejor decir, solamente en la ocasión que conocemos había disfrutado de ella.

La había perdido después que el comandante le buscara en la casa de huéspedes de doña Lola y había oído de labios de la obesa patrona el relato de la escena que nosotros ya hemos narrado en otro lugar.

Habiendo vuelto a recurrir a la anciana en un día de extrema miseria, le recibió el comandante, y aludiendo a su procedimiento en la casa de huéspedes, le puso secamente a la puerta, cerrándosela para todo y para siempre.

Varias veces llegó a pensar en el suicidio como en un supremo y único recurso.

En un año hizo todo el aprendizaje de la vida amarga.

Supo lo que era no tener casa ni lecho.

Supo lo que era pasar las noches al aire libre, vagando por las calles o durmiendo en los bancos de los paseos.

Conoció el hambre, los largos días sin comer.

Tuvo todas las alucinaciones de la miseria, desde las que hacen creer que es fácil encontrar dinero en las calles, hasta las que llevan el espíritu febril y alucinado a planear hipotéticos crímenes.

Entró en la intimidad de los miserables como él; en la taberna y en las esquinas solitarias; en las puertas de las iglesias y en los solares abandonados.

En compañía de aquellos miserables supo lo que era tener frío, y supo lo que era partir con ellos una corteza de pan.

Les inspiró confianza; recibió sus confidencias y oyó el lenguaje monótono del sufrimiento lento de la miseria.

Acabó por familiarizarse con su desgracia.

Todo en la vida es así.

El hombre transforma todo en hábitos, y así como se acostumbra a ser feliz, así se habitúa a ser desgraciado.

La felicidad tan deseada, cuando se obtiene por largo tiempo, se torna monótona e insípida.

La desventura, tan temida, igualmente se hace monótona, y pierde su carácter temeroso cuando se sufre largos días.

El hombre se habitúa a la miseria como se habitúa al lujo.

Víctor se habituara a la miseria.

Sus vestidos hechos harapos, sus botas agujereadas, sus largos cabellos, revueltos y enmarañados, y su barba inculta no le avergonzaban ya como al principio, cuando comenzó a luchar contra las primeras invasiones de la adversidad.

Había tenido pudores que poco a poco fueron desapareciendo.

No se avergonzaba de mostrarse en las calles más céntricas a la luz del día, y, poco a poco, fue perdiendo la dignidad, que se transformó en un revolucionario desprecio para todo el mundo.

Ciertos escrúpulos fueron por completo barridos de su espíritu.

Dejó de reflexionar, de discutir consigo mismo sus propios actos antes de practicarlos.

Se entregó completamente a su instinto.

Se ligó con un extraño personaje, hombre misterioso, perseguido por la policía, y el cual había recorrido medio mundo.

Aquel hombre habiéndole enseñado una noche por broma cómo se robaban carteras y relojes, Víctor intentó una noche, aprovechando la confusión de un incendio en las Américas, robar a un hombre que estaba boquiabierto admirando las llamas y cómo las bombas arrojaban el agua.

Le sacó del bolsillo de la chaqueta una cartera; pero cuando la abrió para ver lo que contenía, la arrojó lejos de sí con rabia, porque la cartera era vieja y estaba casi vacía.

Pensó entonces que, por aquel miserable chirimbolo, podía haber sido preso, y mentalmente resolvió que era estúpido buscar la fortuna en aquellas condiciones hipotéticas, y que, a tener de correr riesgos, era preferible correrlos con más seguras probabilidades de buen éxito.

Entre tanto ocurrió este hecho: Víctor se ligó sin amor y sin interés con una pobre mujer, miserable y abandonada como él, y de ella tuvo una hija.

El nacimiento de aquella niña no despertó, sin embargo, ningún sentimiento nuevo.

No le inquietó, siquiera, la noción de sus responsabilidades para con aquel ser débil y enfermizo que nacía al mundo.

Ser padre en las condiciones en que él lo era, y en las circunstancias en que él se encontraba, le parecía absurdo, y merced a la casuística feroz de su miseria, abandonó a la hija y a la madre, sin remordimientos y sin preocuparse de ninguno de aquellos dos seres que yacían en la mayor de las desesperaciones.

Como veremos más tarde en el transcurso de esta historia, aquella hija, nacida en tan crueles circunstancias, vino a expiar dolorosamente las faltas de su padre, o, para explicarnos mejor, la falta de moralidad de su padre.

Transcurrió un año, dijimos. ¡Un siglo para el desgraciado!

Víctor tenía veintisiete. Los cabellos empezaban a blanquear en su cabeza; los rasgos de su rostro parecían ahondados; la boca contraíase en melancólico pliegue, y los ojos, hundidos y apagados, tenían de continuo una expresión triste.

El alma de Víctor no era vieja, era caduca.

En tales momentos reapareció Palomero.

¿Cómo?

Una mañana Víctor se paseaba por la calle de Sevilla, desesperado y sin saber qué hacer de sí. De pronto vio dos hombres que salían del Café Inglés, en uno de ellos rápidamente reconoció a Palomero.

Al ver a su antiguo amigo, Víctor corrió hacia él; iba a hablarle, a llamarle, pero súbitamente, y sin saber por qué, se detuvo.

Por la primera vez después de mucho tiempo, se sentía avergonzado de sus harapos.

De los dos que salían del Café, ninguno reparó en él.

Víctor los siguió a distancia, espiándolos.

No hablara inmediatamente a Palomero, pero pensaba hablarle, saber dónde vivía, verse con él.

Palomero y su amigo echaron por la calle de Alcalá.

Víctor los siguió, pegado a las paredes, sin perderlos de vista, todo agitado de conmoción.

Llegaron a la Puerta del Sol.

El compañero de Palomero miró la hora en el reloj del Ministerio de la Gobernación, y después, hablando a Palomero con animación, apresuraron el paso.

Tomaron por la calle del Arenal, y entraron en un gran portal.

Víctor permaneció en la calle sin saber qué partido tomar.

Pensó interrogar al portero, pero no se atrevió.

Paseándose en la acera de enfrente, se decía:

—¿Vivirá aquí o vendría con objeto de visitar a alguno?

Lo mejor era esperar.

Esperó durante dos horas largas, lleno de impaciencia.

Al fin se decidió a interrogar al portero:

—¿Está aquí hospedado D. Antonio Palomero?

El portero respondió secamente:

—Está. ¿Qué se le ofrece?

Víctor se alejó sin responder.

De allí a pocos momentos, Palomero recibía la siguiente carta:

«Amigo mío:

Si aún te acuerdas de este nombre, ¡Víctor!, acude hoy, a las dos de la tarde, a la Plaza de Oriente.

Que no te sorprenda ni la cita ni el sitio.

Todo es muy sencillo, como te explicarás al verme.

Tuyo

Víctor».

* * *

A las dos en punto, Palomero acudió a la Plaza de Oriente.

Durante algunos minutos, por más que buscó, no descubrió por ninguna parte ni vestigios de Víctor.

Se disponía a retirarse, cuando oyó pronunciar discretamente su nombre.

Se volvió, y vio ante él un hombre pálido, sonriente y andrajoso, que era Víctor.

Antes de que Palomero hubiese vuelto de su sorpresa, Víctor murmuró:

—¡Ya ves que no podía buscarte!

Palomero, como si acabase de ver alguna cosa increíble, exclamó:

—¿Pero cómo es posible que tú hayas llegado a este estado?

Víctor respondió tristemente:

—¡La desgracia que no deja de perseguirme!

Palomero le estrechó la mano, le miró intensamente, y, pareciendo en un momento haber comprendido todo, le dijo con resolución:

—¡Ven! Hay que poner fin a esto. Afortunadamente estoy yo aquí. Ahora se acabó el peligro. ¡Se acabó! ¡No pienses más en eso!… Positivamente se acabó.

Y luego, sin darle tiempo de pronunciar una sola palabra, añadió:

—Vamos a ver. ¿Dónde vives? Probablemente en alguna covacha…

Víctor murmuró:

—¡Ni eso!…

Palomero repitió estupefacto:

—¡Ni eso!…

Y volvió a interrogarle:

—¿Pero cómo has llegado a ese estado?

Víctor se encogió de hombros, y repuso tristemente:

—Poco a poco… Poco a poco se llega a todo, y yo llegué a esto que ves…

Palomero no contestó.

La situación en que se hallaba su amigo, al mismo tiempo que le apenaba, le producía cierta molestia.

Instintivamente le parecía vergonzoso tener amigos así.

La miseria, cuando alcanza ciertas proporciones, no se perdona.

Se supone que el hombre que desciende hasta el andrajo capitula ante su dignidad.

A los ojos de Palomero, Víctor apareció, por primera vez, como un ser sospechoso y esquivo.

No tenía el aspecto respetable de un hombre en el infortunio, tenía el aspecto

de un *golfo*.

Si alguien le viese con él, necesariamente sospecharía de tal acompañante.

Ya un guardia que cruzaba por el jardín solitario los observaba con sorpresa.

Palomero, deseando borrar las diferencias de aspecto que existían entre ellos, ofreció inmediatamente a Víctor cuanto le fuese preciso para vestirse con decoro.

Allí mismo, en el jardín de la Plaza, le dio un portamonedas con algunos duros, pidiéndole con urgencia que se vistiese, se bañase, y, pretextando graves ocupaciones, se alejó rápidamente, diciéndole que a la noche le buscase.

O porque hubiese comprendido la naturaleza exacta del sentimiento que inspiraba a Palomero, o porque su feroz hostilidad contra todo el bien ajeno le hubiese una vez más irritado, Víctor vio partir a su antiguo amigo con indiferencia, y cuando se encontró solo, enderezándose, como robustecido por el contacto del dinero, se alejó rumiando nuevos pensamientos, proyectos, planes, sueños…

Por dos veces escribió a Palomero, preguntándole cuándo partía, fríamente, como quien trata un negocio, y seis días después del encuentro en la Plaza de Oriente se le presentó en su hospedaje, vestido de nuevo y recortadas barbas y cabellos.

Al verlo nuevamente, Palomero exclamó con jovialidad:

—¡Cualquiera te conoce!

Víctor sonrió de una manera forzada.

Al observarle rápidamente, Palomero creyó observar que aquel año de miseria le había cambiado profundamente.

Ahora sus rasgos eran más duros.

La vaga tristeza que antes velaba su rostro, parecía tener cierta ferocidad.

En sus ojos melancólicos brillaban súbitos relámpagos de audacia.

Toda su persona tenía una expresión nueva. Una expresión rastrera y felina.

Palomero, lleno de sorpresa, no le apartaba los ojos.

Como, sin embargo, tenía un serio empeño en servirle, le dijo, desde luego, que ya había pensado en él, y que, según todas las probabilidades, le colocaría en una casa de Banca. Una sociedad fundada por grandes capitales americanos.

Palomero no conocía a ninguno de los accionistas. Él vivía en esfera muy humilde, no había pasado de ser el compañero Palomero; pero un amigo suyo, un socialista inglés, corresponsal de un periódico de Londres, tenía gran amistad con el Gerente de la nueva sociedad, y le había ofrecido recomendar a Víctor

con gran eficacia.

Con efecto, pocos días después Víctor entraba empleado en el Crédito Argentino.

Por primera vez desde que llegara a Madrid, tenía la vida material garantida.

Palomero regresó a Barcelona, dejándole colocado.

Llevara, sin embargo, consigo una leve sospecha de su amigo.

Sospecha que se traslucía en esta recomendación, casi tímida, hecha en el momento de partir:

—Pórtate bien, Víctor. Espero que no me dejarás quedar mal.

Víctor protestó:

—¡No! ¡Jamás!…

Víctor, esta segunda vez, vio partir a Palomero sin pena, y entrevió una existencia nueva.

Y en esta nueva fase de la vida de Víctor es donde vamos a introducir al pío lector.

Capítulo II

Dos amores

CON la imprevista mudanza de situación todo mudó en la vida de Víctor.

Fue a residir en una casa de huéspedes de la calle de Valverde, donde ocupaba un lindo cuarto con balcón a la calle del Desengaño.

Al mudar de posición, mudó de aspecto y de hábitos.

Le acudió entonces el cuerdo y natural deseo de vivir bien y con comodidad, y como había conocido todas las inclemencias de la miseria, saboreó con doble placer aquellos primeros meses de quietud y de paz.

Como era inteligente y poseía varias actitudes, su situación mejoró mucho en la Casa de Banca, donde comenzaba a ser muy estimado.

Familiarizose pronto con los asuntos de comercio, adquiriendo en poco tiempo lo que los hombres de negocios llaman práctica.

Comenzaba a inspirar confianza, a ser necesario.

El Gerente le trataba con esa severidad de maneras que es el aspecto exterior de la disciplina, del comercio; pero ya le atribuían facultades y le concedían prerrogativas.

Así Víctor se ocupaba de ir a los Bancos y de entregar o recibir dinero.

Era puntual y metódico.

Se levantaba temprano y se recogía lo mismo.

Su espíritu, turbado por dos años de agitación, tornábase nuevamente cristalino y claro, como un vino añejo que se asentase.

El provinciano que estaba dentro del aventurero, recuperaba su lugar.

Pero en el camino de los hombres predestinados la suerte levanta siempre nuevos obstáculos.

Cuando uno está vencido, otro surge.

Joven y fuerte, Víctor solamente conocía de la vida lo que ella tenía de más cruel.

La felicidad aún no le había sido revelada en ninguno de sus aspectos.

Su alma estaba virgen.

Restituido a la paz de una existencia tranquila, el amor vino definitivamente

a turbarlo.

De su período de iniciación en Madrid, quedárale un recuerdo doloroso y profundo.

Haber conocido y amado a una mujer para él imposible.

Aquel sentimiento, que fue, como todo amor dirigido a las mujeres impuras, a un mismo tiempo amor y crimen, le hiciera, sin embargo, vislumbrar la felicidad.

Pero su existencia de entonces, llena de vicisitudes y trastornos, fue causa de que aquel sentimiento fuerte cediese su lugar a otros más imperativos.

Mas ahora que al igual su cuerpo que su alma parecía reposar el amor, renacía lento, pero avasallador.

Las circunstancias misteriosas que parecen dirigir el destino de los hombres, le pusieron en contacto con Paca la Gallarda, que estaba entonces en la plenitud de su belleza.

Paca la Gallarda no tenía edad, al menos no sería posible fijársela.

Pero era joven.

En Madrid y en su barrio la encontraban bonita.

No era bonita solamente, era extraña.

Su rostro no tenía la expresión común a la belleza femenina, antes bien, tenía como un sello masculino.

Era un mixto de hombre y de mujer, poseyendo con toda la gracia de esta toda la varonil decisión de aquel.

Su mirar era claro y franco; su nariz, levemente insolente; su boca, fresca; sus cejas, negras y enérgicas.

Vestía su cuerpo, alto y arrogante, con trajes llamativos y lucía de ordinario ricos y floreados pañolones de Manila, que llevaba con graciosa desenvoltura.

Era rozagante y briosa y muy suelta de mano para castigar en la calle a los granujas que le decían chicoleos groseros.

Este aspecto y estas maneras la daban nueva gracia a los ojos de Víctor.

El hecho de murmurarse que su incógnito padre era un título de Castilla la hacía también más interesante.

Paca la Gallarda era muy conocida en los teatros llamados del género chico.

¿Fue todo esto, a más de la belleza de aquella barbiana, lo que sedujo a Víctor?

¿Tuvieron tanto que ver en aquel amor los negros ojos de la Gallarda y los sucesos extraños y novelescos de su vida?

¡Quién sabe!

Ello es que de cuantas mujeres conoció en Madrid fue aquella la única que con tan irresistible fuerza la atrajo.

Se encontraron una noche en el teatro de Novedades, donde se representaba un melodrama.

Tenían las butacas contiguas, y se hablaron durante el espectáculo.

Un pretexto cualquiera bastó para que se entendiesen.

Las primeras palabras, como suele suceder, fueron banales, sin importancia.

Paca la Gallarda respondía distraída, reclinada en el respaldo de su butaca.

En un principio Víctor le pareció vulgar y hasta un poco ridículo.

Con todo, no le trató con la desenvoltura que solía, porque halló en la fisonomía del hombre algo de austero a que no estaba acostumbrada.

Pero poco a poco Víctor fue diciéndole al oído palabras de un vago sentido.

Ella las escuchaba sonriendo, un poco curiosa, porque tales frases le eran de todo en todo desconocidas.

Este hecho, sin embargo, no fue bastante para presentarle a Víctor bajo un aspecto interesante.

Más de una vez, al oírlo, le miró con espanto, y momentos hubo en que le consideró como un verdadero maniático.

Entre tanto Víctor proseguía hablándole en voz baja casi al oído, y hablándole así, experimentaba un placer tal, que nunca se sintiera tan completamente feliz. ¿Qué le estaba diciendo?

Él mismo no lo sabía.

Lo que era cierto es que le hablaba de cosas perturbadoras, porque él mismo se sentía perturbado.

A media noche, cuando concluyó la representación, Paca la Gallarda se levantó, murmurando sencillamente:

—Buenas noches.

Y se alejó, al parecer, tan indiferente para aquel hombre como antes de conocerlo.

* * *

Con aquella mujer coincidió otra.

Otra a quien un año antes había visto en la tarde de un domingo.

El encuentro fue también obra del acaso en una verbena.

La vio y no tardó en reconocerla.

Ella le reconoció también, porque volvió a mirarle con la misma afable y tímida curiosidad de la primera vez.

Durante algún tiempo no hicieron sino mirarse con miradas largas y sostenidas.

Víctor, ansioso por saber quién era aquella muchacha, la siguió discretamente hasta su casa.

Un viejo y una anciana la acompañaban.

Debían ser sus padres.

Su apariencia era de obreros en día de fiesta.

De aquel encuentro en la verbena resultaron unas relaciones largas, delicadas, interesantes, que, como veremos en el transcurso de esta historia, se relacionan en muchos puntos capitales con sus más importantes personajes.

Aquella mujer la hemos conocido en el comienzo de esta historia.

Se llamaba Soledad.

Algún tiempo después en la Plaza Mayor, que atravesaba viniendo de la oficina, Víctor encontró nuevamente a Paca la Gallarda.

Se vieron y se saludaron levemente.

Pero Víctor, que iba en dirección opuesta, volvió sobre sus pasos y la siguió.

Ella, que se volviera, tal vez para verle, notó que él la seguía y entró rápidamente en un portal.

Víctor la siguió.

Paca la Gallarda, que entrara allí para hablarle, se sonrió. Sorprendido y encantado Víctor, al cual semejante aventura llenaba de felicidad, pero dudando todavía que la chulapa se hubiese detenido por él, o queriendo oírlo de su boca, interrogó:

—¿Por qué entró usted aquí?

—¡Ya lo está usted viendo!

Y se echó a reír con desgaire.

Víctor murmuró:

—¿Que yo lo estoy viendo?

—Me parece.

—Pues será que no sé lo que veo.

—En ese caso cómprese usted antiparras.

—¿De mucho aumento?

—Para mirar el sol de tamaño natural.
Los dos se echaron a reír.
Víctor preguntó, mirando a Paca en el fondo de los ojos:
—¿Es usted el sol?
La barbiana murmuró, haciendo un gesto de gracioso desdén:
—¡Puede!
De pronto los dos se pusieron serios.
Víctor murmuró, bajando la voz:
—Contésteme usted.
—¿Pero qué quiere que le conteste, criatura?
—¿Por qué entró usted aquí?
—Por hablarle.
Y como Víctor tardase en responder, la Gallarda añadió:
—Tengo que darle un consejo.
—¿Cuál?
—Uno. Haga usted por verme.
—¿Para oír el consejo?
—No. El consejo es eso…
Víctor, sintiéndose completamente feliz, interrogó:
—¿Cuándo quiere usted que la vea?
—Cuando usted quiera.
—¿Ahora?
—¡Va usted en ferrocarril!
—¿Entonces, cuándo?
—Mañana.
—¿A qué hora?
—A la mañana. De once a doce.
¡Y así fue!
Al día siguiente, poco después de las once, Víctor Rey entraba en casa de Paca la Gallarda.
Fue introducido por una criada vieja y experta.
Mientras esperó a que Paca se presentase tembló físicamente, como no temblaría al tener que arrostrar un verdadero peligro.
Se miró en un espejo.
Estaba pálido.
Parecía un enfermo.

Paca la Gallarda entró.

Venía dando órdenes a la criada, que respondía desde las habitaciones interiores.

Al entrar cerró la puerta, y de un golpe corrió el portier.

Dirigiéndose a Víctor, que esperaba de pie, le estrechó la mano y le hizo sentar en el sofá.

Ella, tomando asiento a su vez en un sillón cercano, murmuró:

—Veo que no se ha olvidado usted de lo que hablamos.

Y reía picarescamente.

Sin otras explicaciones, Paca la Gallarda le preguntó todo lo que una mujer pregunta cuando se interesa por un hombre.

Le preguntó su edad, su profesión, su pasado.

En un momento lo supo todo, quedó enterada de todo; porque no hay mejor confesor que una mujer.

Después, haciéndole lentamente levantar y estrechándole ambas manos con fuerza, murmuró:

—¡Un beso!…

Tímidamente, Víctor la besó en la frente.

—¡No!… ¡Ahí no!

Víctor la estrechó apasionadamente, y con un beso ardiente pareció sellar su destino.

Durante un mes Víctor vivió completamente feliz.

El amor, tan plenamente recompensado, le dio una sensibilidad nueva.

Vio todas las cosas bajo un aspecto diferente.

Diríase que la nube negra de su existencia se había disipado al primer beso de Paca la Gallarda y que celajes de ópalo y carmín vinieran a sustituirla, dando un aspecto risueño a lo que hasta entonces fuera triste y sombrío.

Podían aplicársele los versos inmortales:

Al aire, al campo, a las fragantes flores,
Le prestaba esplendor, vida, colores.

Su alma, antes desnuda, vestía ahora una túnica de esperanza.

Aquel amor era su primera pasión.

Como sucede frecuentemente a los hombres que se enamoran de mujeres mundanas y pecadoras, vino la idealización y el redentorismo a dar nuevo combustible para la hoguera.

Paca la Gallarda apareció a sus ojos como una criatura rara, sufriendo la influencia fatal de la educación.

Víctor hizo de la chulapa una víctima conmovedora y heroica.

Creía en sus palabras como en un evangelio, y la oía con la misma unción que el creyente fervoroso oye al sacerdote.

Paca la Gallarda le había confesado que su padre había sido un título de Castilla, que un día tuviera un pasajero capricho por su madre; y este pormenor tomó a los ojos de Víctor todo el aspecto misterioso de una predestinación.

¿No era él también un bastardo?

¿No llevaba también en sus venas sangre noble?

¿No era su madre de la más alta nobleza?

Un lazo invisible los unía.

Una mano misteriosa los juntara.

Así no tuvo reparo en mostrarse con ella públicamente, aprovechando una larga ausencia del Extremeño que estaba de apoderado de una cuadrilla de toreros en Portugal.

Paca la Gallarda, que parecía conocer por primera vez el placer delicado de amar y ser amada, le hacía repetir a cada instante:

—Di, di que me quieres. Di «te quiero mucho».

Él, sin embargo, no se atrevía.

Callaba sonriendo.

Era tímido.

Sentía que realmente la quería mucho, pero no se atrevía a decirlo.

¿Por qué?

Porque tenía el pudor, tan frecuente en ciertas almas, de las cosas del corazón.

—Di, di: «Te quiero mucho».

Y solamente instado repetía tímidamente como un niño:

—Te quiero mucho.

Ella replicaba:

—No quiero que digas así. Quiero que digas de otra manera.

—¿De qué manera?

—Así.

Y añadía enfáticamente:

—Te quiero mucho.

Pero él rehusaba obedecer.

—¡Tonta!

Paca contestaba riendo:

—¡Payaso!

Solamente entonces Víctor, dulcemente, le cogía la cabeza entre las manos, como quien toma una flor de la cual se quiere aspirar el perfume sin arrancarla del tallo, y la besaba con lentitud.

Para huir de estas escenas que lo perturbaban y le robaban la alegría, haciéndole caer en una vaga melancolía, se complacía estimulando a su amiga para que más de una vez le dijese cómo fuera que tan súbitamente comenzara a quererle.

Pero ella misma no lo sabía.

Confesaba que la primera vez que le viera en el teatro le había impresionado:

—¿Por qué?

—¡Quién sabe!

Después, cuando en la calle le viera nuevamente, sintiera una impresión de curiosidad extraña.

Deseara conocerle mejor.

Más de cerca.

Le había dado en el corazón, como ella decía.

Víctor no se conformaba con aquella explicación.

Le disgustaba la sospecha de haber sido para ella como un capricho.

Y de ahí, tal vez para que le amase con más fundadas razones, le contaba lo que una vez Palomero le dijera hablando de ella.

Él, Palomero, estaba convencido de que el amor era un atributo de la virtud.

Paca se indignaba:

—Ese amigo tuyo es un completo gilí.

Víctor no la contradecía.

Al contrario, y un día le contó muy alegre que había escrito a Palomero una carta capaz de darle un verdadero berrinche, contándole cómo era feliz y cómo Paca era buena y desinteresada.

Con efecto, Paca era desinteresada, lo que no impedía que el culto de su amor comenzase a preocupar seriamente a Víctor.

Una mujer cuesta siempre mucho, aun cuando nada cueste.

Tal era el caso de Paca la Gallarda.

Víctor se hallaba en ese período de alucinación en que el hombre se deja apoderar del espíritu femenino y se entrega a él en cuerpo y alma.

Ya en aquel tiempo comenzaba a tener aprensiones, tristezas, cuidados que le sobrevenían en los momentos más dulces de su intimidad.

Ella preguntaba invariablemente:

—¿Qué tienes?

Y él, invariablemente respondía:

—Nada.

Pero ya en la calle, lejos de aquella mujer que le enloquecía, lejos de su contacto, camino de su escritorio, la nube negra volvía a envolver su espíritu, y por esfuerzos que hacía para disiparla no lo conseguía.

¿Qué le pasaba?

¿Qué le sucedía?

Algo muy vulgar y muy terrible a la vez.

Víctor, que desde hacía algunos meses estaba empleado en la caja del Crédito Argentino, un puesto de verdadera confianza, comenzaba a comprometerse.

Las primeras sumas que había sustraído de la caja había podido reintegrarlas contrayendo deudas y firmando pagarés.

Pero ahora su crédito estaba agotado, y las necesidades aumentaban.

Eran los teatros, eran las cenas en los cafés, eran las juergas en las Ventas y en los merenderos de la Bombilla, llevándose cuanto ganaba.

Al principio tomara el dinero de la caja con el pensamiento sincero que tienen todos los pecadores en su primer pecado de reembolsarlo.

Durante algún tiempo pudo hacerlo, pero ahora le era completamente imposible, y se consideraba completamente perdido.

Muchas veces en el escritorio, considerando la caja abierta, pensaba:

—Imposible que pueda reintegrar el dinero que falta. ¿Dónde buscarlo?

Pero llegaba la hora de cerrar el escritorio, y luego la perspectiva de encontrarse de nuevo con Paca, y sus temores y sus angustias se desvanecían.

Paca la Gallarda no sospechaba siquiera la crisis en que le estaba precipitando.

El amor es un sentimiento irracional que no deja ver sino dentro de su esfera resplandeciente.

De la situación de Víctor solamente tenía una idea imperfecta.

Sabía que estaba empleado en una casa de Banca, y no sabía más.

Como le quería desinteresadamente, no había tenido la curiosidad de enterarse de su fortuna y de cuáles eran en detalle sus medios de vida.

Por lo demás, estaba convencida de que no costaba a Víctor otra cosa que el tiempo que le consagraba; porque las mujeres de vida airada únicamente se juzgan dispendiosas cuando los hombres las mantienen y se arruinan por ellas.

Por su parte, Víctor también era incapaz de darle a entender que ella comenzaba a ser desastrosa en su existencia.

¡Aquella existencia inaugurada con tan metódicos y honrados recursos después que Palomero le había dejado en las circunstancias que conocemos!

Tenía como un peligro las sospechas de Paca a este respecto, y, como para disiparlas, tiraba el dinero, haciendo gastos ridículos en homenaje a su amor.

Como no comía casi nunca en su casa, y por un escrúpulo de amante digno no quería participar de la mesa de ella, mandaba traer de fondas y *restaurantes* aparatosos manjares, acompañados de exquisitos vinos.

Ella hallaba todo aquello encantador.

Víctor sonreía viéndola contenta, y durante algún tiempo olvidaba sus preocupaciones y tristezas.

Pero no era sino por breve plazo.

El recuerdo de su crítica y angustiosa situación resurgía con mayor pujanza amenazador, penetrante como la hoja de un puñal.

En medio de las más embriagadoras intimidades, se nublaba su frente, se fruncía su ceño.

Una agonía súbita parecía invadirle el alma.

Procuraba disimular.

Imposible.

Su angustia era evidente.

Paca le decía:

—¿Qué tienes? ¿Estás incomodado?

Para ocultar la verdadera causa de su mal, inventaba entonces vértigos, dolores de cabeza, males imaginarios.

Paca le rodeaba de cuidados y solicitudes; pero tales desvelos, lejos de calmarle, agravaban su angustia porque la prolongaban.

Entonces, como bálsamo único para aquel dolor íntimo, Víctor se entregaba al amor de Paca como quien se embriaga para olvidar.

Pero con el tiempo, aquel amor comenzó a ser para él un sufrimiento también, como un anestésico que no adormece completamente y deja el dolor de la operación.

A Víctor le sobrevenían grandes crisis nerviosas.

Paca, al verle en aquellos momentos, se asustaba. No comprendía lo que le pasaba a su amigo.

Hablaba de llamar a un médico.

Pero él se oponía.

—Si no es nada. Cosas de los nervios.

Una noche, en una hora de ardiente pasión, asegurándole con fuerza las dos manos entre las suyas, le propuso, con los ojos llameantes, morir juntos.

Paca se rio, exclamando:

—¡Estás loco!

Pero como viese luego que él hablaba en serio, comprendió que el estado de Víctor era anormal.

Besándole en la frente y hundiendo los dedos entre sus cabellos, le preguntó cariñosamente lo que tenía.

¿Por qué no era franco?

¿No era ella por ventura su amiga?

Por un momento, Víctor, penetrado de la confortación de aquel efecto de mujer, estuvo por confesarlo todo.

Pero se contuvo.

Confesar era condenarla y condenarse a la separación.

¿Qué haría ella si él le dijese que estaba comprometido por su causa?

No, no se lo diría nunca.

Era estúpido.

Decidió callar.

Disculpó y explicó su estado de nervios con palabras vagas:

Había sido siempre así, impresionable.

Era ella quien, con su amor, le ponía de aquella suerte.

¿Aquella idea de morir los dos juntos no era la expresión más intensa de su amor?

¡La Muerte es hermana gemela del Amor!

Paca no podía comprenderlo; así fue que repetía con cariñosa sonrisa:

—¡Pero estás loco!

Y, sin embargo, Víctor no estaba loco, sentía solamente pesar sobre su vida la Fatalidad.

Fue entonces cuando, buscando el olvido de sus dolores, creyó que con otro amor podría borrar el de Paca la Gallarda, y se puso en relaciones con Soledad, la criatura honrada a quien hemos visto en las primeras páginas de esta historia.

Pero el amor de Soledad no pudo neutralizar el de Paca.

Si no renunció a las relaciones de Soledad desde el primer día, fue porque revestían a sus ojos el carácter de una interesante aventura que en más de un punto le enorgullecía.

Un día, en un momento de irreprimible vanidad, no resistió al deseo de contárselo todo a Paca.

Paca sintió, o aparentó sentir por el hecho de conocer Víctor otra mujer, un vivo despecho; pero él la tranquilizó riendo.

¡Aquello era un simple pasatiempo!

¡No podía tener consecuencias!

Él quería a ella solamente. No podía querer a otra.

Paca la Gallarda tuvo entonces el capricho de conocer a Soledad.

Quería verla.

Le interrogaba con curiosidad:

—¿Era bonita?

Víctor se encogía de hombros:

—No valía cosa.

—Pues quisiera conocerla.

—Ya la conocerás.

Y quedó acordado que, un domingo en el Retiro, él se la mostraría; pues solía ir los días de fiesta con otras amigas.

Pasaron una tarde combinando cómo se haría.

Víctor le indicaría por señas cuál era Soledad.

No podía acompañar a Paca la Gallarda donde estuviese Soledad, que al fin y al cabo era su novia.

Pero le haría una seña y su curiosidad podría quedar satisfecha.

Paca no se avenía con esto.

Quería que Víctor la acompañase a paseo aquella tarde. Víctor movía la cabeza y hacía objeciones.

No, no podía ser.

Paca se enfureció, declarando que le haría una escena en el paseo.

Por fin se apaciguó, y Víctor le enseñó dos cartas de Soledad, en que esta se quejaba de lo raras que sus visitas eran. Paca exclamó, riendo con una sombra de despecho:

—¡Valiente tonta!

Y arrancando las cartas de la mano de Víctor las rompió en menudos

pedacitos.

Víctor la miraba hacer sonriente, casi satisfecho.

Después se abrazaron e hicieron las paces.

Capítulo III

Alternativas crueles

UNA tarde de invierno, Víctor salió del escritorio tiritando, casi con fiebre. Sentíase enfermo, sin poder precisar su enfermedad. Hacía ya algunos días que no estaba nada bien.

Perdía el apetito; tenía accesos de frío.

Pero ahora el mal parecía agravarse.

Le flaqueaban las piernas; perdía la energía vital. Cerraba las manos, y le parecía no tener fuerzas para apretarlas.

Paca la Gallarda no lo esperaba.

El día anterior le había dicho que iría a comer en casa de una amiga, Concha Juárez, una jamona retirada.

Víctor había pensado en alargarse hasta casa de Soledad. Casualmente el día anterior le había escrito doliéndose de sus ausencias.

Pero en la calle se sintió tan mal, que tomó un coche para que le condujese a su casa.

Necesitaba acostarse, dormir.

En el camino, sin embargo, pensó desfallecido.

—¿Qué voy a hacer en casa? Aburrirme entre aquellas cuatro paredes.

Le acometió una gran cobardía.

¡Si estuviese realmente enfermo!

En casa de Paca estaría mejor.

Más confortado, más protegido.

Decidió ir a esperarla. Mientras ella llegaba la esperaría echado sobre su lecho o en un sofá.

Era temprano. Tendría que esperar.

¡No importaba!

En casa de una querida el tiempo pasa de prisa, aun cuando se espere por ella.

Decidiose de pronto.

Asomó la cabeza por la ventanilla, y dio al cochero las señas de casa de

Paca.

Durante el camino casi se adormeció.

Cuando el coche se detuvo ante la puerta, pareció sorprenderse.

Se apeó con trabajo.

En el primer descansillo de la escalera se detuvo para cobrar aliento.

Subía con fatiga.

Llegó ante la puerta.

Del interior de la casa no llegaba ruido alguno.

Tiró de la campanilla y esperó, apoyado en el marco de la puerta.

Pasaron algunos segundos.

No venían a abrir.

¿Habría salido la criada?

Pero en este momento le pareció oír pasos en el pasillo. Volvió a llamar.

Al cabo de un instante la voz de la criada preguntó:

—¿Quién es?

Víctor respondió:

—Yo soy, abre.

Hubo una pausa y una espera.

La criada no abrió.

Víctor, impaciente, repitió:

—Abre, soy yo.

La criada, sin abrir, respondió:

—Ha salido la señora.

—No importa, abre.

La criada replicó:

—Come fuera de casa, con una amiga.

—Estúpida. Ya lo sé. Abre.

La puerta se abrió.

La criada murmuró:

—¡No le esperaba!

Un poco perpleja, estaba en medio del pasillo sin apartarse para dejar paso a Víctor.

De pronto exclamó:

—Si va de prisa aún la alcanza. El ama acaba de salir. Debió haberla encontrado en la esquina.

Víctor dudó.

—He venido en coche.

—Mire qué casualidad. Pues aún la alcanza.

—¿A qué horas volverá Paca?

—Quién sabe. Pensaba ir de teatro.

Víctor, después de algunas vacilaciones, pareció decidirse:

—No importa. La esperaré. Cuando venga, aquí me encontrará.

Y, separando un poco a la criada, trató de entrar.

Esta se puso colorada, y, cogiéndole de la manga, le detuvo.

Víctor se volvió de mal talante y sorprendido.

—¿Qué hay?

—Por ahí no.

Sorprendido Víctor, interrogó:

—¿Por qué?

—Tenga paciencia. Está ahí un sujeto esperando al ama. Víctor palideció.

—¿Quién es?

La criada se encogió de hombros, y, tomándole blandamente por la manga de la chaqueta, le dijo en voz baja:

—Venga por aquí. Pase al comedor.

Víctor, cada vez más pálido, interrogó de nuevo.

—¿Pero qué sujeto es ese?

La criada, arrastrándole siempre para el interior de la casa, contestó:

—Yo no le conozco. Quería esperar a la señora y le mandé entrar.

Víctor exclamó:

—¿Cómo es eso posible, si la señora acaba de salir de aquí?

La criada, un poco confundida, balbuceó:

—Ya hace un rato que ha salido.

—¿Cómo me dijo antes que acababa de salir?

En esto, Víctor creyó oír un vago murmullo de voces en la alcoba de Paca.

Sintiose impelido, sin tener conciencia de lo que hacía, como si una mano invisible le arrastrase.

Sacudió a la criada, que fue a batir contra la pared, y abriendo violentamente la puerta de la sala entró.

La sala estaba desierta.

La cruzó a grandes pasos y penetró en la alcoba.

Lo primero que vio fue a Paca, envuelta en una bata blanca y las pupilas destellando cólera.

Víctor no pudo pronunciar una palabra.

No comprendía aún todo.

Los amantes difícilmente comprenden.

Paca, alzando la cabeza con un gesto de desafío, preguntó:

—¿Qué quieres?

Víctor, todo palpitante, como poseído de sorpresa, murmuró:

—¿Qué hacías?

—¿Te importa acaso?

—¿Por qué no me recibiste? ¿Por qué me has dicho que comías fuera?

—Porque me ha dado la gana.

Víctor repitió, con ese vago desvarío que precedía en él a las grandes crisis:

—¿Porque te ha dado la gana?

—Sí. ¿Se te ofrece algo?

En aquel momento una puerta rechinó en la alcoba, después otra, y Víctor tuvo la impresión de que salía alguien.

Con un movimiento de tigre echó las manos a las muñecas de Paca, y trató de separarla para abrirse camino.

Paca resistió.

Víctor gritó:

—Déjame pasar.

—No.

—Sepárate.

—No.

—Sepárate.

Y con un violento esfuerzo la arrojó al suelo.

Entró.

¡Nadie!

La alcoba estaba vacía.

La cama desierta.

Abrió con violencia la puerta de escape.

Dio algunos pasos por el corredor.

Lo recorrió todo con una furia de animal que persigue su presa.

No era un hombre, era un huracán.

Todo en él aparecía sacudido por la cólera.

En la cocina dio un violento empuje a la criada, y después de revolverlo todo volvió a la sala.

Paca la Gallarda le preguntó con insolencia:

—¿Lías acabado?

Víctor rugió:

—¡No! Quiero saber quién estaba aquí.

Paca respondió fríamente:

—Un hombre…

No concluyó.

Sonó una bofetada y Paca se llevó las manos a la cabeza. Se tambaleó como si fuese a caerse.

Pero en el mismo instante, tomada de una furia loca, cogió un quinqué de encima de la mesa y lo arrojó a la cabeza de Víctor.

Este se apartó rápidamente, y el quinqué se estrelló contra la pared.

Inmediatamente Víctor se arrojó sobre Paca, golpeándola con furia.

Al fin la mujer pudo escaparse de entre las manos del hombre y corrió a refugiarse en la alcoba.

Pero luego volvió, cegada por una súbita y trágica resolución.

Lanzando rápidas miradas a derecha e izquierda, con los dientes cerrados, sin pronunciar una sola palabra, como quien busca alguna cosa, corrió a un mueble.

¿Qué buscaba?

¿Un puñal?

¿Un revólver?

Pero Víctor, que no la perdía de vista, cayó sobre ella.

Asegurándola por ambos brazos dos veces la sacudió con fuerza.

—¿Qué intentas?

Paca se dobló como una hiena, procurando morderle las manos.

—¡Canalla!

Y le clavó los dientes.

Víctor sintió un dolor agudo, y la soltó, derribándola a sus pies.

Pero ella, levantándose prontamente, quiso reanudar la escena brutal.

Ya Víctor había llevado las manos a una silla como en un pugilato de taberna, cuando ella, dominándose y pareciendo súbitamente serena, abrió la boca y pronunció estas palabras estridentes:

—¡Sal de aquí!

Como si le hubiesen herido en el corazón, y la sangre, saliendo a borbotones, le dejase exánime, Víctor sintiose poseído de un súbito desfallecimiento.

Toda su cólera se desvaneció.

Borrose de su memoria todo lo sucedido momentos antes.

Olvidó la traición de Paca, su perfidia, el hombre puesto en fuga, dueño todavía del lecho que él suponía ser solamente suyo, la infamia de saber que era una mercenaria, querida de muchos, la indignidad, la humillación, la íntima vergüenza.

Lo olvidó todo ante aquella mujer que parecía arrojarle para siempre de su corazón.

Privarle de su contacto.

Paca repitió colérica:

—Salga usted.

Víctor no se movió.

Sentía en todo su ser la fuerza de la rebelión.

No, no saldría.

Paca, señalándole la puerta, repitió nuevamente:

—Salga usted.

Víctor, soltando la silla que agarrara momentos antes, balbuceó:

—No, no salgo.

—Llamaré.

—Llama a quien quieras. ¡No salgo!

Y como Paca se dispusiese a salir para llamar, él corrió como antes a tomarle las manos; pero esta vez cobarde, suplicante.

La sujetó.

La estrechó contra su pecho.

El aliento de aquella boca húmeda, el aroma perturbador de aquel cuerpo lo agitaron y perturbaron como un veneno. Casi suplicante murmuró:

—¡Paca! ¡Paca!

Ella dijo enojada:

—¡Era lo que faltaba!

Y desligándose de sus brazos, añadió:

—Lo mejor es que terminemos de una vez esta situación.

—¡No! ¡No!

—Sí.

Víctor, siempre suplicante, repitió:

—¡Paca, por favor!

Pero ella contestó inflexible:

—Ni yo le convengo a usted ni usted me conviene a mí. Víctor preguntó con

desaliento:

—¿Por qué dices eso, Paca?

Paca respondió con crueldad:

—Porque usted quiere tener amantes exclusivamente suyas, y yo no puedo tener amantes exclusivamente míos. No soy bastante rica para pagarme ese capricho.

Víctor iba a replicar con una frase ultrajante, pero se detuvo.

Reflexionó un momento y dijo:

—Tienes razón. Fue una locura. Tienes razón.

Y después con acritud, suponiendo herirla profundamente, añadió:

—El que quiere tener amantes exclusivamente suyas las paga.

Cínicamente, Paca la Gallarda respondió:

—¡Claro está!

* * *

Las relaciones de Víctor con Paca no terminaron, como pudiera creerse, después de la escena que acabamos de narrar.

Quedaron en suspenso por algunos días, al cabo de los cuales vino el arreglo consiguiente.

Hacia el Carnaval, Víctor, que cada día continuaba más enamorado, propuso a Paca la situación que ella reclamaba para pertenecerle exclusivamente.

A partir de entonces dejó de ser el amante del corazón para ser el amante del dinero.

Fuera, al cabo de largos días de tortura, cuando el infortunado amante resolviera dar aquel paso en el resbaladizo camino de su perdición.

¡Cómo un pobre empleado como él podría mantener a una mujer como Paca la Gallarda!

¡Y, sin embargo, no vacilaba en cargarse con tamaña obligación!

¿Cómo podría cumplirla? Él mismo lo ignoraba.

Lo único que sabía era que cuando en el Crédito Argentino se descubriesen las sustracciones clandestinas verificadas en la caja, los engaños en el balance o las cuentas que todos suponían pagadas y que estaban por pagar, los recibos falsos, los documentos falsos, la vida le sería imposible.

Cuando se desciende, se desciende hasta el fin.

Víctor procuró descender hasta lo más hondo de su destino. Sus relaciones con Paca mudaron, desde luego, de carácter.

Paca le pareció otra desde que le pertenecía mediante la compra de su amor.

Hasta allí había sido la querida ideal, apasionada, romántica, como las heroínas de las novelas, de amor fácil, pero delicado, jovial compañera de la juventud. ¡Ave cantando siempre!

Ahora se transformaba.

Era la amante pagada.

Era un mueble que se alquila y se presta pasivamente a ser utilizado.

En ella, diríase que la pasión había de todo en todo desaparecido.

En cuanto a él, ¡cruel contraste!, diríase que se había acrecentado, no ya como un intenso dolor del alma, sino como un ulcerante dolor físico.

Víctor no amaba. Sufría.

¡Y qué sufrimiento!

Comprendía la situación con una lucidez tanto mayor cuanto mayor era su angustia.

Sabía con entera seguridad, porque lo veía, porque lo sentía, que dejara de inspirar interés a su amante.

Paca estaba cansada de él, no cabía dudarlo.

Su capricho disipárase bajo el primer momento de cansancio.

Lo había deseado, lo había amado.

¡Estaba ahíta!

Y él, en tanto, no la amaba ya con aquel cariño que fuera el sentimiento más dulcificador de su vida; la deseaba más y más, como un sediento a quien ninguna agua apaga la sed.

Sentía que le era imposible pasar sin su contacto, y lo hallaba tan necesario a su vida como el aire.

Estaba, en una palabra, poseído de ella como del demonio.

Paca la Gallarda comenzaba a justificar las palabras y las prevenciones de Palomero.

Era la mujer fatal, la funesta criatura a quien todo hombre de temperamento apasionado encuentra, desde luego, en la vida.

Entre tanto sobreveníale, con el dolor de haber perdido el amor de Paca, la brujuleante esperanza de participar del amor de felicidad.

Al lado de la mujer impura, la mujer honrada aparecíale por primera vez en un luminoso contraste.

La una tomó a sus ojos las proporciones simbólicamente monstruosas del Vicio, mientras que la otra adquiría la áurea glorificación de la Virtud.

Entonces dio en frecuentar con más asiduidad la casa de Soledad, con el propósito egoísta de quien intenta una curación.

Pero, ¡singular fenómeno!, al mismo tiempo que en su corazón Soledad aquistaba poco a poco un lugar, Paca mantenía triunfante el suyo.

Víctor reconoció, con espanto, que podía amar a las dos a un tiempo sin hacerlas incompatibles.

De aquel dualismo del corazón de Víctor, Paca no tardó en darse cuenta.

Sin embargo, como le era indiferente que Víctor, a quien ya no amaba, tuviese nuevas preferencias, lejos de inquietarse rio de la aventura.

Un día no pudo resistir al deseo de preguntarle:

—¿Conque al fin es verdad que te casas?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Nadie.

—¿Por qué entonces me haces esa pregunta?

—Por sospechas.

—Pues no es verdad.

Paca exclamó con ironía:

—¿De veras?

—Sí. No pienso casarme.

—Pues haces mal.

—¿Por qué?

Paca le miró burlonamente.

—Estabas tallado para marido.

Víctor, que se habituara a soportar las impertinencias de su amante, se limitó a contestar:

—¡Puede ser!

Paca insistió:

—No lo dudes.

Y los dos guardaron silencio.

* * *

Las relaciones de Víctor con Soledad eran todo lo opuesto a las relaciones

con Paca la Gallarda.

Revestían una gran serenidad.

Soledad, a despecho del vivo interés que Víctor le inspiraba, no parecía sufrir la perturbadora influencia del amor eir las doncellas.

Le recibía con dignidad.

Le hablaba sin conmoción.

Le oía sin alborozo.

Cuando sucedía estar tres o cuatro días sin verle, le decía apenas secamente:

—Creía que no pensabas volver.

Víctor se disculpaba.

Alegaba ocupaciones, indisposiciones de salud.

Soledad se sonreía sin replicar, y luego entraba en otro asunto.

Al contrario de lo que suele acontecer con todas las mujeres, estaba en presencia de Víctor como podría estar en presencia de alguien que le fuese completamente extraño.

Con todo, a pesar de estas apariencias, Soledad poseía un alma apasionada y un corazón ardiente.

Sus actitudes, su apariencia, todo era como una túnica severa y densa, bajo la cual palpitaba la mujer llena de juventud y de fuerza.

Así se explicaba que en presencia de Víctor, a quien amaba con el candor de una niña, pareciese tan fría y tan indiferente, sufriendo, sin embargo, la influencia de su amor.

Víctor le decía muchas veces, realmente sorprendido de verla tan poco expansiva, tan poco mujer a su lado:

—¿Por qué eres tan indiferente?

Ella se limitaba a sonreír.

Cuando el amante insistía bajaba los ojos y llena de rubor respondía:

—No soy indiferente. Lo parezco, pero no lo soy.

Y con efecto, no lo era.

Quien la observase bien durante aquellas cortas entrevistas, notaría cómo ella envolvía a Víctor en una mirada constante, fija y profunda.

Y lo que aquella mirada decía no era amor solamente, era fascinación.

Porque en realidad Soledad estaba fascinada.

¿Qué había encontrado de particular en aquel hombre para así dejarse poseer de su amor tan súbitamente y de manera tan extraña?

Ella misma no lo sabía.

¿Pero acaso hay alguien que sepa lo que es el amor y los misteriosos caminos que recorre?

Lo único que Soledad sabía es que jamás, en su vida, había sido impresionada en una forma tan profunda y tan imprevista.

El primer día que viera a Víctor había reparado en él.

No porque Víctor fuese un hombre de arrogante belleza, sino porque había en su fisonomía alguna cosa al mismo tiempo misteriosa e insinuante.

La sonrisa torturada de Víctor la había herido como una aparición.

Le amó con interés casi maternal.

Tuvo por él una de esas afecciones que parecen llenar la vida y a las cuales toda ausencia de deseo imprime un carácter de superior elevación.

Como amaba con todas las virginidades del pensamiento, nunca tuvo de Víctor la menor sospecha.

Le juzgó bueno, de una bondad rara, y conociéndole apenas, le consagró un culto en su corazón.

Capítulo IV

Las horas del infortunio

CUANDO en el Crédito Argentino se descubrió que cierta cuenta de algunos miles de pesetas no había sido pagada, pensose inmediatamente en exigir a Víctor la responsabilidad correspondiente.

Fue entonces el Gerente de la casa quien intervino, prohibiendo que se hablase con Víctor de semejante asunto. Antes quería practicar ciertas averiguaciones.

El Gerente sospechaba, y con motivo, que siendo Víctor el autor de la *irregularidad,* habría practicado algunas otras, las cuales aún no habían sido descubiertas.

El Gerente del Crédito Argentino, con un feroz instinto de negociante, se proponía descubrirlas.

Para este fin organizó en torno de Víctor un verdadero espionaje.

Hizo que se le vigilase como quien vigila a un criminal.

El ladrón, como la mujer adúltera, descuida frecuentemente el adoptar precauciones.

Ni el uno ni la otra acostumbran proceder con la cautela necesaria para vivir a cubierto de peligro.

El ladrón y la mujer adúltera dejan siempre una puerta abierta.

Víctor estaba condenado.

Ya hacía mucho tiempo que temía ser descubierto.

De un día a otro esperaba la catástrofe.

¿Cuándo sería?

Lo ignoraba.

¡Podía ser hoy!

¡Podía ser mañana!

El peligro era de todas las horas, de todos los momentos.

Estaba en capilla, como el reo que espera su hora, y había perdido la esperanza de salvarse.

Cuando se halló muy comprometido, intentó por mil caminos la fortuna.

Compró billetes de Lotería.

Jugó…

Con todo esto su situación se agravó más.

El azar únicamente sirve a quien no lo busca.

Al reconocerse Víctor preso por las circunstancias, sujeto a ellas, víctima de ellas, pensó en huir.

¿Pero huir a dónde?

¿Cómo?

¿Con qué recursos?

Sin embargo, ante aquella hipótesis de salvación todos los medios le parecieran buenos, pero todos le faltaban.

Llegó a pensar en la fuga sin recursos de fortuna, caminando a pie, al acaso…

Pero le faltaba el valor de las resoluciones extremas.

¡Tuvo miedo!

Se asustó ante la idea de ser detenido en una carretera como un ladrón.

Su situación era mala, pero la fuga la tornaba peor.

Por lo demás, huir era denunciarse.

No dejaba también de ocurrírsele que no huir y esperar la catástrofe era entregarse a la policía.

Era el deshonor y la cárcel.

Víctor pasaba las noches en claro rumiando soluciones.

Cuando se dirigía a su oficina se preguntaba a sí mismo con angustia:

—¿Qué habrá pasado?

Temía llegar y que todo estuviese ya descubierto.

Al entrar se detenía en la puerta, trémulo, presa de una terrible angustia.

Empujaba la mampara y el timbre sonaba, y aquel son vibrante le parecía que lo delataba, anunciando su entrada como la de un malhechor que es acechado y cogido de sorpresa.

En el escritorio, donde ya trabajaba alguno que otro empleado, daba los buenos días desconfiado, y cuando no le respondían en el tono jovial de costumbre, pensaba con un pavor que le causaba frío:

—¿Habrán descubierto alguna cosa?

Una vez, como uno de los porteros le dijese al entrar que el Gerente tenía que hablarle, palideció horriblemente, y al entrar en el despacho tuvo que apoyarse en la pared para no caer.

Mientras el Gerente, ocupado en poner la firma a unas cartas, no dijo lo que quería, sufrió en un minuto una larga tortura.

Cuando el Gerente, dejando la pluma, se volvió para darle una orden sin importancia que nada tenía que ver con su temor, un sudor helado le cubría la frente, se dejó caer sobre una silla y dobló la cabeza sobre el pecho.

Le preguntaron qué tenía.

Se quejó del estómago, y pidió que le diesen un vaso de agua con ginebra, que fueron a buscar.

Durante las horas de trabajo, una voz, un campanillazo, una interpelación imprevista, le producían una agitación que difícilmente conseguía dominar.

A veces le llamaban:

—Víctor Rey.

Y este hecho sencillísimo bastaba a conmoverlo horriblemente.

De este estado de nerviosismo morboso, comenzó a resentirse su espíritu.

Sufría olvidos, distracciones.

Por la tarde, cuando dejaba el escritorio y veía salir al Gerente con su fisonomía de todos los días, experimentaba una gran tranquilidad.

Tenía ante sí unas pocas horas, libres del peso abrumador de su terrible cuidado, y las aprovechaba como si fuesen las últimas de su vida.

Corría a casa de Paca la Gallarda, y allí, cerca de ella, señor de ella, procuraba afanosamente olvidar.

Conoció entonces esa cosa horrible: la mujer entregándose sin pasión.

Conoció ese horror y esa inmundicia.

Supo lo que es el beso que se da, y del cual no se siente el eco.

El abrazo que se da, y del cual no se siente el estremecimiento.

¡Sufrió el más horrible de los dolores!

* * *

Una hermosa mañana Víctor se dirigía a su oficina como quien se dirige a un suplicio.

Nunca se había sentido tan sobresaltado.

Por dos veces tuviera que detenerse, llevándose la mano al corazón, como si tratase de contener sus latidos.

Por dos veces se dijo a sí mismo:

—¿Qué será esto? ¿Qué tengo yo hoy?

Estaba exacerbado, nervioso, inquieto.

Sentíase sin fuerzas.

Una vaga cobardía le robaba toda energía.

Ocupó su puesto en el escritorio y se pasó la mano por la frente.

Un sudor frío le humedecía las sienes.

Había tal expresión de sufrimiento en su rostro, que uno de los empleados que trabajaban a su lado le preguntó:

—¿Está usted enfermo?

Víctor respondió:

—Un poco.

El empleado replicó:

—Hace tiempo que no anda usted bien.

Poco después llegaron algunos empleados de la casa, y Víctor intentó ponerse al trabajo.

Fue un suplicio.

La pluma le caía de las manos.

Al tomar un libro algo pesado de encima de un estante lo dejó caer.

Los dedos se le abrían.

Sin embargo, no quería retirarse.

Ya no era la primera vez que bajo el pretexto de hallarse enfermo abandonara la oficina, y le parecía que esto era de mal efecto entre los demás empleados y, sobre todo entre los superiores.

Efectivamente, un día que le había pedido permiso al Cajero para retirarse, pretextando hallarse enfermo, el Cajero le dijera en un tono que a Víctor le había parecido de censura:

—Sí, señor, puede irse. Pero cuídese. El que está enfermo se cuida.

Así fue que no quiso solicitar un nuevo permiso, y decidió llevar la cruz hasta la cumbre del Calvario en aquel día de perturbación.

Cerca de las diez, el Cajero pasó con las manos en los bolsillos y el gorro puesto.

Todos se levantaron.

Él dijo:

—Buenos días.

Y entró en su despacho.

En aquel día todo fueron idas y venidas, que acabaron por aumentar el temor

de Víctor.

La menor cosa le sobresaltaba.

A las once, un empleado, llegando cerca de la mesa de Víctor, le dijo:

—El señor Gerente tiene que hablarle.

Víctor se puso intensamente pálido, y exclamó dejando caer la pluma:

—¡A mí!

El empleado hizo un gesto ambiguo, como el que ignora el asunto de que se trata, y se alejó.

Víctor temblaba. Todo su cuerpo parecía conmovido por un terrible escalofrío.

Antes de ver al Gerente procuró serenarse.

—¿Qué será? ¿Qué habrá pasado?

En la puerta del despacho pidió licencia tímidamente:

La voz del Gerente respondió de dentro:

—Adelante.

Víctor entró.

El Gerente, que estaba solo, le dijo rápidamente lo que deseaba, casi sin mirarle.

Un observador perspicaz notaría, sin embargo, que el Gerente procuraba disimular, fuese lo que fuese, y que su aparente indiferencia era el resultado de una estratagema.

Pero Víctor no lo notó.

Toda su lucidez de otras veces desaparecía bajo el torbellino de sus alarmas.

El Gerente iba a partir para Inglaterra a verse con uno de los más importantes socios del Crédito Argentino.

Dentro de algunas horas tomaría el tren para Barcelona, donde se embarcaría para Londres.

Víctor se atrevió a preguntar:

—¿Por mucho tiempo?

—No, unos quince días. Tal vez un mes. No cuento detenerme más.

Entre tanto, Víctor tendría que encargarse de ciertos trabajos extraordinarios en la casa.

Después le dio instrucciones, notas, papeles, disposiciones de hombre de negocios que se ausenta y quiere dejar todas las cosas en orden.

Por fin el Gerente le alargó la mano, diciéndole:

—Hasta la vuelta.

Y sin soltarle la mano, con gran afabilidad, le repitió algunas de las recomendaciones que antes le había hecho. Nunca el Gerente había sido tan afectuoso con Víctor.

Al salir del despacho, Víctor sonreía satisfecho.

De repente su mal y su angustia se disiparan, dando lugar a una alegría expansiva.

Lo que acababa de pasarle, parecía haber disipado por mucho tiempo los peligros de su situación.

El hecho de ausentarse el Gerente dejándole en un puesto de confianza, le daba la ilusión de la impunidad.

Abrigó por un momento en su espíritu el absurdo de que el desfalco de la caja, los falsos documentos, los falsos recibos, nunca serían reconocidos.

A pesar de ser esta una suposición inaceptable, la aceptó voluntariamente para su sosiego, como quien se burla voluntariamente para embeberse en las fuentes de la ilusión.

En fin, la partida del Gerente para Londres era una tregua.

Iba a poder vivir sin agonía, amar sin sobresalto, dormir sin cuidados.

Sus días correrían tranquilos, sus sueños no serían turbados por horribles pesadillas.

Sus amores, sus horas de pasión, no serían turbadas por la interposición constante de sus crueles afanes.

Se volvió a su mesa y se sentó; pero si antes el temor, ahora la alegría no le dejaban trabajar.

A la una el Gerente volvió a pasar por las oficinas.

Se acercó a la mesa de Víctor, y puso sobre el vade un pequeño manojo de llaves.

—Aquí tiene usted. Adiós. El tren sale a las tres, y aún tengo algunas cosas que hacer.

Salió apresuradamente.

Este incidente contribuyó a exaltar más a Víctor.

Sentíase dueño de la casa, de la caja, casi de la considerable fortuna del Crédito Argentino.

Tuvo la impresión de que todo aquello era suyo, solamente suyo.

Fue una embriaguez.

¡Qué felicidad la vida así!

¡La vida, con aquella fuente de riquezas!

Pero era un sueño.

Lo que no era un sueño era que él podría encontrarse dentro de poco solo en el escritorio con la caja a su disposición, con la caja llena de oro.

Entonces se puso a meditar una serie de noches radiosas con Paca la Gallarda.

Noches de amor feliz y colmado.

Y la idea vanidosa, abrigada durante mucho tiempo, de fundir el hielo de la cruel indiferencia de Paca la Gallarda, ofreciéndole en un beso aquel lindo brillante que tanto la tentara un día en el escaparate de un joyero.

Sería realmente de un efecto encantador.

Ya gustaba el placer de verla intrigada cuando él, mostrándole el estuche de terciopelo envuelto en velludo carmesí, le dijese:

—¡Vamos! ¿A que no adivinas lo que hay aquí dentro?

Y ella, todavía indiferente, pero ya curiosa, le respondería:

—No sé. Cualquier cosa.

Porque Paca sospecharía, primeramente, que era algún regalillo sin valor.

Después él desenvolvería el estuche y lo abriría.

Y ella, al ver rutilar el brillante, no podría menos de exclamar:

—¡Ah! ¿Cómo has comprado eso?

Y le miraría con ternura, con la ternura de los primeros días.

¡Y después cuántos placeres no le aguardaban en los brazos de la mujer querida!

¿Por qué no había de proporcionárselos aquella noche mismo?

¿Por qué retrasar un placer que a tan poca costa podría lograrse?

Era cuestión de tomar algún dinero de la caja.

¡De la caja que rebosaba de oro y billetes de banco!

Víctor sentíase poseído de una impaciencia febril.

Quería correr inmediatamente a casa del joyero, comprar la sortija que ostentaba el hermoso diamante.

Presentarse en casa de Paca, ávido de sus caricias, las caricias del reconocimiento.

Eran las dos, y el escritorio no se cerraba hasta las cinco.

¡Todavía tres horas de espera!

¿Pero por qué?

¿Quién le impedía salir?

El Gerente había partido, y el servicio del escritorio no urgía.

Se levantó, cerró los cajones de su mesa, y dijo a uno de los empleados:

—Voy al Banco. No sé si me entretendré.

Después, entrando en el despacho, donde estaba el pesado cofre de hierro, sacó las llaves del bolsillo y se dispuso a abrirlo.

En aquel momento le pareció oír un leve ruido, y se volvió bruscamente.

El despacho estaba vacío.

Aquello le tranquilizó.

Sin embargo, al meter la llave en la cerradura del cofre su mano temblaba.

Precipitadamente abrió la puerta de hierro, y sacó un abultado fajo de billetes.

Eran de quinientas pesetas.

Los ojeó con afán y separó algunos.

¿Cuántos?

No los contó.

¿Por qué?

El mismo no lo sabía.

Siempre trémulo, agitado, casi febril, guardose los billetes en el pecho como un ladrón que teme ser cogido antes de haberse apoderado del robo.

Después dejó el fajo de billetes en el fondo del cofre.

En aquel instante, ¡tac! Un estallido súbito.

Víctor se volvió rápidamente, teniendo aún los billetes en la mano.

En la puerta del despacho estaba el Gerente con los ojos clavados en él.

El Gerente no pronunció una palabra, no hizo un gesto.

Estaba en la puerta. Inmóvil, mirando, con una mirada terrible.

Diríase que no era él, sino su estatua.

Víctor, que no pensara un solo momento en disimular, se volvió bruscamente, haciendo frente a la amenazadora aparición, como el hombre que se siente acometido.

En aquel momento su fisonomía no expresaba debilidad ni miedo, sino una cosa única, resuelta, feroz: defensa.

No era el hombre, era la fiera sorprendida.

¿Qué iba a pasar?

Impasible, con el sombrero de copa en la cabeza y las manos cruzadas a la espalda, el Gerente dijo en un tono de voz que a Víctor le pareció que venía de un mundo diferente:

—No se asuste. Yo ya lo sabía.

Víctor no se movió.

Capítulo V

Un amigo antiguo

PERDÓNENOS el lector que, antes de pasar adelante, nos detengamos a presentarle un nuevo personaje.

Su papel en esta historia ha de ser tan importante, que no podemos dejarle por más tiempo en la obscuridad.

Trátase de un amigo de Víctor.

Amistad sellada en un día de negra miseria.

Se habían conocido en un banco de un paseo una noche en que ninguno de los dos tenía asilo.

Desde entonces fueron grandes amigos.

La desgracia une siempre más que la dicha.

A pesar de su amistad, solían pasar grandes temporadas sin verse, hasta el momento en que Víctor se puso en relaciones con Paca la Gallarda, porque desde entonces se vieran casi diariamente.

Aquel hombre conocía a Paca, y hasta podía decirse que tenía una gran influencia sobre ella.

Influencia misteriosa y por mucho tiempo incomprensible para Víctor.

Decimos por mucho tiempo, porque en el momento en que presentamos este personaje a nuestros lectores, acaba de contar su historia a Víctor.

Salían juntos de casa de Paca.

De pronto Vicente Vellido, que caminaba al lado de Víctor, exclamó, poniendo una mano en el hombro de su amigo:

—Ha llegado la hora de las confidencias íntimas.

Víctor le miró con extrañeza.

El otro continuó:

—Conviene que me conozcas tal cual soy, sin que ignores lo más mínimo.

Víctor insistió con la cabeza.

Vicente Vellido, después de una pausa, dijo así:

—Desde que nos conocimos jamás hubo secretos entre nosotros; pero te falta conocer algunos detalles de mi vida, y quiero revelártelos.

Dichas estas palabras, sacó un cigarro y lo encendió.

Después, cogiéndose del brazo de Víctor, se puso a hablar muy despacio, como si quisiera grabarle en su mente una por una todas sus palabras.

Nosotros haremos gracia al lector de estas confidencias, que en su mayor parte carecen de importancia, y nos limitaremos a dar a conocer la parte más importante.

Aquel hombre, como hemos dicho poco antes, se llamaba Vicente Vellido.

Era natural de Castellón, en el reino de Valencia.

Había recibido una educación bastante esmerada, y sus padres eran tan honrados que nadie podía echarle la menor cosa en cara.

Cuando llegaba a la juventud, Vellido había tenido la desgracia de quedar huérfano.

Entonces se dedicó a correr el mundo como viajante de comercio.

Tenía veinte años, y se hallaba en París cuando se encontró en el Bosque de Bolonia una joven hermosísima de la cual se enamoró perdidamente.

Aquel casual encuentro decidió su existencia.

En efecto; siguió a la joven, averiguó dónde vivía y no tardó en hallar manera de ser introducido en su casa.

La joven era huérfana, y vivía con una pariente suya muy anciana.

Vellido supo hacerse querer de la joven, y en pocos meses se casó con ella.

Entonces fue feliz.

¡Solo entonces!

Pero su dicha no fue larga.

La mujer que su corazón había elegido por compañera murió al dar a luz una niña.

¡Qué desesperación tan horrible la de aquel hombre!

Hubo un momento en que cuantos le rodeaban temieron que se volviese loco.

A la primera exaltación sucedió una postración completa, con sombrío abatimiento.

Aquel estado duró mucho tiempo.

Incapaz de hacer nada, de ocuparse de nada, descuidó todos sus negocios.

Se halló en la miseria.

Y la miseria y el hambre volvieron a despertar su inteligencia.

Miró en derredor y vio una tierna niña que le tendía los brazos.

Tenía las mismas facciones de su madre.

A los dos años se le parecía mucho.

Y aquella encantadora criatura, su hija, su sangre, volvió a darle la conciencia de la vida y del deber.

Era necesario vencer aquel abatimiento, sacudir aquel idiotismo, cesar de ser estúpido y volver a ser hombre para alimentarla.

Pero era demasiado tarde.

Las casas de comercio que antes le ayudaban y le confiaban su crédito, ahora le cerraban fríamente sus puertas.

Las había descuidado durante mucho tiempo y otro ocupaba su puesto.

En cuanto a los clientes, huían de aquel desgraciado cuyos servicios habían buscado antes con tanto empeño.

Confundían la desesperación con la locura.

Los hombres no desean la compañía de otro que no sepa ahogar su dolor.

Se le tilda a uno de loco por haber querido mucho a una mujer, a una compañera cariñosa.

Aquel desgraciado no encontraba destino en ninguna parte, ni pan para su hija, solamente por esta causa.

En todas partes recibía la misma contestación:

—Debe usted volver a su país.

Como si pudiera hacerlo a pie, sin un céntimo y con una niña en brazos.

Hubiera, tal vez, mendigado por ella durante el viaje.

Pero en Francia a los mendigos les aprisionan y les quitan sus hijos los gendarmes.

Decidió, pues, quedarse en París, o, por mejor decir, se vio forzado a ello.

Entonces conoció la miseria.

La espantosa y horrible miseria en un país extraño, donde le consideraban como un paria, como un apestado.

En aquel tiempo aprendió a odiar a sus semejantes.

Sintió nacer en su corazón odios implacables y una terrible necesidad de vengarse de la sociedad que tan mal le trataba.

* * *

Víctor oía en silencio el relato de Vicente Vellido. La semejanza de aquella historia y de la suya le atraía y casi le espantaba.

El otro, mirándole fijamente y deteniéndose, exclamó:

—Tú has pasado por situación muy semejante a la mía. Lo sé. Por eso eres mi amigo. ¡Pero tú no tenías una hija!

Víctor bajó la cabeza y no dijo nada.

Vicente Vellido, volviendo a cogerse del brazo de Víctor, habló así.

—Al mismo tiempo que estos sentimientos de odio y de venganza contra la especie humana, mi cariño por mi hija aumentaba cada día. Si entonces no apelé al suicidio para poner término a mis males, fue por mi hija. Por ella y para ella tenía la obligación de vivir.

Calló un momento, encendió otro cigarro y continuó:

—Al fin hallé un compatriota que, apiadado de mi situación, me costeó el viaje de París a Madrid. Aquel caballero se llamaba el Duque de Ordax.

—¿El padre de Paca?

—No.

—Ella me ha dicho siempre…

—Pues ella te ha engañado.

—¿Qué interés tenía en ello?

—No decirte quién era su verdadero padre.

—¿Le conoce entonces?

—Sí.

—¿Acaso Paca…?

—Es mi hija.

—¡Tu hija!

—¿Te sorprende?

—¡Y no ha de sorprenderme! ¿Pero por qué la voz popular dice que Paca es hija del Duque de Ordax?

—Porque cuando regresamos a Madrid veníamos entre la servidumbre, y a la gente le pareció mejor que la niña fuese un lío del amo, que no una hija del criado.

Después de estas palabras, los dos hombres guardaron silencio.

Parecían agobiados, el uno por los recuerdos, el otro por las revelaciones que acababa de oír.

Caminaron mucho tiempo en silencio, el uno al lado del otro.

De pronto, Víctor preguntó a su amigo:

—¿Cuál ha sido tu vida después?

—Una vida llena de aventuras. El Duque de Ordax fue nombrado ministro de España en China, y yo le acompañé allí. Me gustan los países cálidos, soy de

naturaleza aventurera. Confié, pues, a mi hija a una pobre mujer, parienta de mi madre, y me prometí hacer rápidamente fortuna, de cualquier manera que fuese. En China no tardé en dejar el servicio del Duque. Comencé a trabajar por cuenta propia en el comercio de negros, hombres y niños, los cuales se venden muy caros a los persas. Conducía numerosos rebaños de bestias humanas de uno a otro país. Oficio duro y hasta terrible bajo un cielo implacable, en medio de áridos desiertos, en los que mi escolta y mi tropa de esclavos morían como moscas.

Se detuvo para cobrar aliento, y después continuó el relato de sus aventuras.

Era la suya una historia de luchador llena de incidentes dramáticos.

Todo el dinero que en aquel rudo oficio había ganado, y fuera mucho, Vellido lo cambiaba al llegar a la costa, en una casa de comercio, por buenas libranzas, que remitía inmediatamente a Madrid.

De tarde en tarde tenía noticias de su hija.

Siempre muy raras.

No podía menos de suceder así, dada la vida errante que llevaba.

Pero un año dejó de recibir carta suya.

Se apoderó de él un miedo horrible.

¿Se habría perdido la carta?

Con esta duda, que le partía el alma, vendió los últimos valores que le quedaban y se hizo a la vela para Europa.

Llegó a Trieste con cinco meses de retraso, después de una travesía horrible con abordaje, naufragio e incendio.

De Trieste pasó a España.

Llegó a Madrid.

Fue a casa de la parienta a quien había confiado su hija.

La pobre mujer no estaba.

Había muerto.

Preguntó a los vecinos por su hija.

La anciana hacía cerca de dos años que había muerto, y la niña estaba sola en Madrid sin recursos.

Las sumas enormes que le enviaba su padre se las dirigía a la difunta, y la niña, después de su muerte, no había podido cobrarlas, por ser menor de edad.

A las preguntas afanosas del pobre padre, los vecinos le dijeron que la niña había abandonado la casa y que creían que se hallaba en Sevilla con una familia que la había recogido.

Sin detenerse a arreglar sus asuntos, Vicente Vellido tomó el camino de Sevilla.

Recorrió la hermosa ciudad del Guadalquivir buscando a la familia, cuyas señas le habían dado.

Pero a pesar de sus trabajos exploratorios, no consiguió dar con su pista.

Tuvo entonces días negros de desesperación.

¿Dónde encontrarla?

Después de tantos años habría cambiado, y aun cuando la viese quizá no la reconocería ya.

Buscó por todas partes, avizorado, afanoso, como un perro que ha perdido a su amo.

Corrió a todos los sitios públicos donde se reúnen mujeres.

¡Qué sé yo cuál es su vida, después de tantos años sin verla!

¡Quizás fuese beata!

Y ante esta idea, registró todas las iglesias.

Quizás sea aficionada al teatro, y los recorrió todos.

Así pasé dos meses en Sevilla, hasta que desesperado di la vuelta a Madrid.

¿Habría muerto de alguna enfermedad?

Ideas horribles cruzaban por mi cabeza.

Una noche se me ocurrió ir a cenar al Café del Gallo.

Acababa de servirme el mozo una ración de riñones, cuando una pareja vino a sentarse en la mesa próxima a la mía.

Levantó la cabeza.

¡Era ella!

¡Era mi hija!

¿Pero quién era aquel hombre que la acompañaba?

Sentí que una mano de hierro me oprimía el corazón.

Aquel hombre tú lo has conocido.

Era el Extremeño.

Vellido calló un instante para vencer su emoción y reanudar sus recuerdos.

Cuando recobró la calma dijo a Víctor:

—Sí, era Paca, hermosa, alta, encantadora, admirable.

Paca, a quien todos llamaban la Gallarda.

Presintiera que había de ser hermosa algún día, pues se parecía a su madre, la única mujer a quien he querido, y así era en efecto.

En Asia, durante mis largos viajes, y por la noche bajo mi tienda de lona

levantada sobre la movible arena, pensaba en mi hija, en aquella hija adorada que había dejado en Madrid.

La veía crecer y desarrollarse, y hasta seguía cuidadosamente los cambios que el tiempo imprimía en su semblante.

¡Siempre mi cariño me la pintaba hermosa y encantadora!

Pero nunca había soñado que fuese tan bella como se apareció a mis ojos aquella noche en el Café del Gallo.

¡Era su madre!

¡Su madre perfeccionada, idealizada!

¿Cómo he podido ser padre de una criatura tan hermosa, yo que soy tan feo?

La naturaleza tiene cosas bien raras.

Cobró aliento, y después, apoyando su mano sobre el hombro de Víctor, exclamó:

—Tú creerás, tal vez, que me acerqué a mi hija; que la estreché entre mis brazos, que la cubrí de besos las mejillas.

Pues nada de eso.

No me conocerías si lo hubieses pensado.

Ya te he dicho, y vuelvo a repetírtelo, que no es ese mi carácter.

Soy muy especial.

Siento y sufro, quiero y aborrezco sin darlo a conocer.

Hay en mí una voluntad de hierro.

Tenía ciertos proyectos acerca del porvenir de mi hija y no quería echarlos a perder.

—No, yo no quería llamar la atención sobre la persona de Vicente Vellido, afortunadamente olvidado de todos, y mucho menos sobre el hombre nuevo que me proponía ser desde aquel instante.

Me levanté y salí a la calle.

Esperé en la puerta del Café.

Después de una hora, Paca y su acompañante salieron.

Me oculté para que no me viesen y los seguí a distancia.

Averigüé de esta manera dónde vivía mi hija, y al día siguiente, por la mañana, me presenté en su casa.

Paca al pronto no pareció reconocerme.

Me miró indecisa.

Diez años en Asia, en aquellas selvas desiertas, cambian completamente a un hombre.

Además llevaba toda la barba, y no la tenía cuando me separé de ella.

Sin dejar de observarla, le dije:

—¿No me conoces? ¡Soy tu padre!

No se desilusionó mucho, al menos. Es bastante dueña de sí para venderse. Lanzó un grito de sorpresa y me abrazó.

Vellido bajó la voz y continuó:

—No estoy seguro de que mi hija me quiera. Mi vida misteriosa, que no conocerá jamás, le inspira cierta especie de respeto. Adivina también en mí un ser terrible, y me teme. ¡Qué me importa, después de todo! Yo la quiero, y eso me basta. ¿No te sucede a ti lo mismo?

Víctor bajó la cabeza sin contestar. El otro continuó:

—Se ha querido establecer categorías dentro del amor: el amor paternal, el amor maternal, el amor filial, el amor de esposo y el de amante o querida. Denominaciones tontas. La palabra amor no admite adjetivos. Por sí sola, sin aditamentos, dice todo cuanto tiene que decir: abnegación, sacrificio, renunciación de sí mismo…

La voz de Vicente Vellido, de ordinario áspera y gutural, tenía entonaciones muy dulces cuando hablaba de su hija.

Se fatigaba y se veía a cada rato obligado a interrumpir su narración.

Esta vez, después de algunos instantes de reposo, añadió:

—Excuso decirte que en aquella primera visita Paca me refirió su vida. La muerte de la parienta con quien vivía, su orfandad, su miseria, y la necesidad en que se viera de echarse en brazos de un *protector*. Ella le llamaba así. Aquel protector tú le has conocido, era el Extremeño. El dolor más grande de mi vida lo experimenté entonces, al oír de labios de mi hija esta confesión, que me llenaba de vergüenza. Además, yo había soñado, y aún sueño para Paca un porvenir mucho mejor, y no me encontraba en disposición de cambiar de repente mis proyectos, tan larga y maduramente meditados. Entregué a mi hija el dinero que aún me quedaba, y le encargué al mismo tiempo que no hablase a nadie de mi presentación. Si alguien aún se acordaba de mí, debía creerme muerto. Esto me importaba mucho. Hay en mi vida más de un misterio, y me importa mucho que se me tenga por muerto. Pero de esto me propongo hablarte más adelante. Lo importante es que todos me crean muerto. El antiguo viajante, el miserable que recorría las calles de París y de Madrid mendigando un pedazo de pan, el aventurero que más tarde se había dedicado a la trata de negros, había desaparecido en medio de la arena del desierto.

Hizo una pausa y continuó:

—Después, tú has venido a mezclarte en la vida de mi hija. Cómo eso sucedió, no he de contártelo, tú lo sabes mejor que yo. Tú te has enamorado ciegamente de Paca y te has arruinado por ella.

Víctor se detuvo sorprendido:

—¿Cómo sabes?

—No te importa.

—¿Pero quién ha podido decirte?…

—Nadie. ¿Acaso soy yo imbécil? Me ha bastado verte para comprender.

Víctor bajó la cabeza y murmuró con abatimiento:

—Sí, estoy perdido.

Vicente Vellido le asió del brazo y le sacudió con fuerza:

—No, no estás perdido.

—¿Por qué me dices eso?

—Porque es necesario que te dispongas a luchar.

—Imposible.

—Para un hombre resuelto no hay nada imposible.

Víctor, que empezaba a entrever una esperanza, murmuró:

—Pues bien, ¿qué debo hacer?

—Volver a la caja del Crédito Argentino el dinero que has tomado de ella.

—¡Pero si no lo tengo!

—Lo buscas.

—¿Y si no lo hallo?

—Lo robas.

Y al pronunciar estas palabras, Vicente Vellido estaba terrible.

El europeo había desaparecido para dar paso al salvaje, al hombre-bestia.

El tratante de esclavos se presentaba de repente en toda su brutalidad, en toda su barbarie, en todo su horror.

Se le veía a través de los desiertos y de las selvas, defendiéndose con los dientes y con las uñas de los reptiles y de las bestias feroces, y estrangulando al esclavo que, harto de sufrir, se rebelaba.

Víctor caminaba al lado de aquel hombre con la cabeza baja, sumido en graves meditaciones.

Las palabras de Vicente Vellido le producían un extraño efecto al pensar sobre ellas.

¡Volver el dinero a la caja!

¡Robar! ¡Siempre robar!

Después de un momento, Víctor dijo a Vellido, que guardaba silencio:

—Te conozco lo bastante para saber lo que en tus labios significa el consejo que hace un momento acabas de darme, referente a que integre en la caja de el Crédito Argentino las cantidades que en mal hora sustraje.

Víctor hizo una pausa, esperando, sin duda, que el otro dijese algo; pero viendo que continuaba callando, prosiguió así:

—No te preguntaré tampoco cómo has llegado a poseer mi secreto. Pero sí te preguntaré lo que has imaginado en cuanto a los medios para hacerse dueño de ese dinero.

Vellido sonrió de una manera extraña.

—Veo que me has comprendido.

Víctor contestó:

—Sí, te he comprendido; pero el que te haya comprendido no quiere decir que te obedezca.

—¿Qué temes?

Víctor vaciló antes de contestar:

—Que sea demasiado terrible lo que vas a proponerme.

—Por muy terrible que sea creo que no debes vacilar. Ya lo sabes, si no devuelves esa cantidad te espera el presidio.

Víctor calló.

Vellido, cogiéndole del brazo, le hizo entrar en una taberna.

Se sentaron a una mesa, y en voz baja Vellido empezó a exponerle su plan.

A juzgar por el gesto de Víctor, debía ser terrible.

CAPÍTULO VI

CON AGUA HASTA EL CUELLO

HEMOS suspendido nuestro relato en el momento en que el Gerente del Crédito Argentino sorprendía a Víctor sustrayendo una nueva cantidad de la caja.

Fue aquel un momento terrible.

Se hizo una larga pausa.

Víctor miraba al Gerente como magnetizado, y este, a su vez, no apartaba los ojos de Víctor.

¿Qué iba a suceder allí?

¿Qué pasaría?

Cerrando lentamente la puerta del despacho, el Gerente adelantó dos pasos.

Con la voz dura, fría y hostil, preguntó:

—¿Cuánto dinero ha robado usted ahora?

Víctor no respondió. No podía.

Un nudo le apretaba la garganta.

Los esfuerzos que hizo para hablar fueron inútiles.

Toda su energía parecía haberse concentrado en los ojos, sombríos, feroces.

Era el suyo el mirar del tigre acosado.

El Gerente insistió, frío, imperativo:

—¿Cuánto ha robado ahora de la caja?

Dejando caer los brazos en una actitud de abandono, Víctor balbuceó:

—¡No sé!

Pero el Gerente no pareció oírle, porque ya impaciente exclamó:

—Vamos, liquidemos este asunto. No me haga usted perder el tiempo…

Ansiosamente acudió esta frase a los labios de Víctor, como si el temor de lo que iba a pasar le restituyese su energía para defenderse.

—¡Pero qué intenta usted hacer conmigo!

El Gerente, implacable, respondió:

—Lo que yo intento hacer, a usted no le interesa. ¿Cuánto dinero ha robado usted ahora?

Víctor bajó la cabeza anonadado:

—No sé; ya he dicho que no lo sé.

—Bueno; pues yo lo sé.

Y sacando lentamente del bolsillo un papel, y pasándole una rápida mirada, añadió:

—Hasta hoy tiene usted robado a la caja, según el último balance, seis mil pesetas.

Y después de una pausa, con serenidad, como quien expone un negocio, el Gerente continuó:

—Va comprendida en esta suma la cuenta de Antón Vázquez y Compañía, que usted dijo que había pagado y no pagó.

Víctor no respondió.

El Gerente, acercándose más, prosiguió:

—¡Vamos! ¿Cuánto ha sustraído ahora? Restituya al menos espontáneamente ese resto.

Con un movimiento brusco, de alucinado, Víctor hundió la mano derecha en el bolsillo, y sacó un fajo de billetes que arrojó sobre la mesa.

Después se quedó inmóvil.

El Gerente, con un tono de amenazadora ironía, le dijo:

—¿Es eso todo? Mire usted bien. Busque usted en el fondo de los bolsillos.

Víctor obedeció, y sacó algunos billetes más envueltos con papeles y monedas de cobre.

El Gerente murmuró:

—¡Cien pesetas más! Todo es dinero. ¿Y en los otros bolsillos? Mire usted en los otros bolsillos.

Con la voz alterada Víctor respondió:

—¡No tengo más!

—Mire usted bien.

—No tengo más.

El Gerente sonrió cruelmente:

—Vamos, tendré que llamar a alguien…

Víctor se llevó las manos a la cabeza suplicando:

—¡Por amor de Dios! ¡Por amor de Dios!

—Perfectamente, enseñe usted los bolsillos. Rápidamente, Víctor se acercó al Gerente, como quien se entrega, y dijo suplicante:

—¡Mire usted! ¡Vea! No tengo más.

El Gerente no replicó.

Sin alterarse, tan lenta y tranquilamente como lo haría en cualquier situación normal, se puso a contar los billetes que Víctor depositara sobre la mesa.

El silencio era trágico.

Entre los dedos del Gerente, los billetes corrían rápidos.

Después de haberlos contado, el Gerente tomó una pluma y trazó algunos números.

Luego, dejando la pluma y volviéndose a Víctor, le dijo con frialdad:

—Con las seis mil anteriores, son ocho mil pesetas sustraídas a la caja.

Y mirando a Víctor, que apenas alentaba, añadió:

—¿Cómo pretendía pagar esto?

Fue un rayo de luz para Víctor.

Por un momento se creyó salvado.

El peligro se conjuraba.

Pagaría.

¿Por qué no?

Pagaría, costase lo que costase. ¡Pagaría!

Haría sacrificios, viviría con lo estrictamente necesario.

Cortaría sus relaciones con Paca.

Pondría término a aquella locura.

¿No había ejemplos de hombres que, después de haber cometido grandes faltas, consiguieran repararlas y hacerlas olvidar?

Por otra parte, el Gerente parecía estar dispuesto a tener tolerancia con la falta de Víctor.

Él, al menos, lo creía así.

Si no estuviese predispuesto a la tolerancia, no habría esperado a cogerle *in fraganti*.

Anteriormente le habría denunciado a la policía.

El Gerente era, sin duda, un buen hombre.

No querría ciertamente perderle.

Así, animado por estos pensamientos apaciguadores, contestó con una voz alborozada de esperanzas:

—Pagaré como usted quiera. ¡Como usted quiera!… Dígame usted lo que debo hacer… Obedeceré ciegamente.

El Gerente replicó:

—Ya veo que no me comprende.

Víctor quedó aterrado.
—¡Cómo!
El Gerente repitió:
—Sí, no me ha comprendido.
Víctor exclamó con angustia:
—¿Pero cómo quiere usted que yo pague?
—Eso me es indiferente. Lo indispensable es que pague.
Después dijo estas palabras, que cayeron en el oído de Víctor como una sentencia de muerte:
—Y le hacemos a usted esta concesión por honra nuestra. Solamente en un caso extremo haremos público que somos robados por nuestros empleados. Pero tenga usted presente que si no integra en la caja el dinero robado, le entregaremos a la policía.
En aquel momento la fisonomía de Víctor sufrió una alteración profunda.
Estaba lívido, tenía las ojeras profundas y maceradas.
El labio trémulo.
Desvariado murmuró:
—¡La policía!
El Gerente repitió fríamente:
—Sí, la policía.
Y añadió con fría crueldad:
—Todo se arregla pagando.
Víctor cerró los puños.
Por sus ojos pasó un relámpago.
Una furia salvaje empezaba a apoderarse de él.
No veía.
Estaba ciego.
La voz se extinguía en su garganta.
En esto se abrió la puerta, y un empleado dijo desde el umbral.
—Ahí está una persona que desea hablar con el señor Gerente.
Este incidente salvó a Víctor.
Un momento bastó para que dejase de cometer un crimen.
Una puerta que se abría, una voz, bastaron.
Los impulsos son así.
La menor cosa los arrebata. La menor cosa los detiene, los calma.
Víctor comprendió que estuviera a punto de lanzarse sobre el Gerente.

Que estuviera a punto de estrangularlo con sus dedos nerviosos.

Más tranquilo murmuró:

—No tengo esperanzas algunas de poder reparar esta falta en las condiciones que se me imponen. Pero voy a intentarlo. Pagar inmediatamente me es imposible. No tengo recursos, no tengo amigos, no tengo relaciones. ¿Cuándo quiere que le pague?

—En veinticuatro horas.

—¿Mañana?

—Mañana.

—Tenga usted piedad de mí. Mañana me es imposible.

El Gerente no respondió.

Su fisonomía tomó una expresión de dura ferocidad.

Empujó la puerta y abrió.

Al mismo tiempo murmuraba con una voz fría, helada:

—Puede salir. Está libre. Puede hasta huir, si quiere. Tiene veinticuatro horas. Si al cabo de ese tiempo no ha aparecido, ya sabe… Le entregaré a la policía.

Víctor dio un paso hacia la puerta.

Saludó acobardado y vergonzoso, y salió.

La puerta quedó batiendo tras él.

* * *

Víctor salió loco.

Eran las cinco de la tarde.

El día era hermoso, y la gente llenaba las calles.

La temperatura era suave.

Los rostros de los transeúntes expresaban alegría.

Toda la gente que pasaba parecía feliz y contenta en aquel día espléndido.

Víctor no sabía bien a dónde iba.

Parecía ebrio.

Se tambaleaba, no veía, no oía.

Al salir del Crédito Argentino vagó por las calles.

¿Por cuáles?

No podría decirlo.

De pronto sintió la necesidad de huir, de refugiarse en alguna parte donde no hubiese importunos, gente extraña a su dolor y a su desgracia.

Entonces corrió a su casa. Al tercer piso en que vivía, allá por las proximidades de la calle Mayor.

Al llegar se encerró en su cuarto.

Se echó sobre la cama, desfallecido, inerte, sin voluntad.

Se decía en voz alta, apretándose la cabeza con las manos:

—¿Qué hacer? ¿Dios mío, qué hacer?

No pudiendo permanecer acostado, tanta era su excitación, saltó de la cama y se paseó por la habitación.

De nuevo, asiéndose la cabeza con las manos, se decía:

—¿Qué hacer?

Aflictiva situación.

Le faltaba el aire.

Abrió la ventana de par en par.

Miró a la calle.

Sintió un vértigo.

Era una gran altura.

Consideró la calle inmensa y vacía, llena de luz.

Las losas iguales de la acera que brillaban al sol.

Por un momento le pasó por la cabeza, como un relámpago que ilumina un momento y luego se apaga, la idea de suicidarse.

Sí; el suicidio era, tal vez, el único medio de resolver la cuestión.

La muerte liquida todas las cuentas.

Volvió a mirar hacia bajo: la calle solitaria, la acera lisa, igual, y la idea del suicidio le volvió a la mente.

¡Era el único medio!

¡El único!

¿Tenía por ventura algún otro?

¿Acaso podía esperar que alguien le salvase?

¿Y dónde estaba ese alguien?

¿Dónde?

No podía hacerse ilusiones.

El único medio era matarse, acabar consigo, poner un punto final a su vida con un poco de sangre.

¿A qué seguir con paso acongojado de la fortuna la mudable rueda?

Había delinquido y no valía la pena vivir. Delinquiría siempre.

Su destino estaba escrito.

La iniquidad social le había elegido por una de sus víctimas.

Vivir bajo el peso de esta condena era imposible.

Mejor sería morir protestando.

Pero en torno suyo todo era como un nuevo estímulo a la vida.

El cielo era azul, el aire perfumado, las palomas se arrullaban en el alero de una casa cercana.

A lo lejos, una charanga militar pasaba tocando.

Sintió el horror de la muerte, y se apartó de la ventana murmurando:

—¡No!

¡Morir no!

¡Todo menos morir!

Todo: la deshonra, la cárcel, la expiación, todo menos morir.

Quería conocer la vida, gozar de ella.

¿Comenzaba mal? ¡Tanto peor!

La vida está llena de variedad.

¡Quién sabe lo que todavía le tenía reservado la vida!

Se pasó la mano por la frente, y, más sereno, se puso a pensar en su situación.

Lo primero que se le ocurrió fue huir.

Pero huir no era práctico.

¿Huir a dónde?

Huir era ser encontrado.

Entonces pensó en buscar alguien que le pudiese ayudar.

Buscó en toda la escala de sus relaciones desde su infancia.

Conocía poca gente, y casi toda sin recursos.

De pronto le acudió al espíritu el nombre de Carlos, el Conde de Porta-Dei, su amigo de la infancia.

Salió apresuradamente, y se dirigió al hotel de la Castellana donde habitaba el joven conde.

La voz le temblaba al dirigirse al majestuoso portero:

—¿Está el señor Conde?

El portero, antes de contestar, le miró de alto a bajo.

—No, señor, no está.

—¿Sabe usted cuándo estará?

—No sé.

Y añadió, después de un momento:

—El señor Conde está viajando por Italia.

Víctor palideció intensamente.

Se pasó la mano por la frente, y salió tambaleándose.

El portero le miró con desconfianza.

Volvió a su casa, perdido el ánimo por completo.

De nuevo se encerró en su cuarto, y se echó sobre la cama.

Le parecía que dentro de su cabeza había un gran vacío, como si le hubiesen extraído los sesos.

No podía pensar.

Poco a poco anocheció.

Le llamaron para comer.

Se incorporó sobresaltado.

Al enterarse de lo que era, respondió volviendo a dejarse caer sobre las almohadas:

—¡No como! No tengo gana.

Se levantó y se puso a recorrer la habitación.

De pronto sintió dentro de sí como un rayo de esperanza. Acababa de ocurrírsele el nombre de la señora de Neira.

Aquella dama se le había mostrado siempre buena y sensible. La última vez que le había visto, sorprendiera en los ojos de aquella señora una niebla de lágrimas cuando él le contaba sus cuitas.

¿Quién sabe? Tal vez exponiéndole sentidamente la situación…

Tal vez, ante la idea de salvar a un hombre de la cárcel, la señora se impresionase, y en uno de esos impulsos generosos, tan frecuentes en las mujeres, resolviese generosamente el conflicto…

¿Quién sabe?

Pero luego se clavó en su espíritu la convicción cruel de que no sería así.

Era absurdo.

Por muy poderosas y sentidas que fuesen las razones que él le presentase, nunca la señora de Neira, educada en el culto de la fortuna, consentiría en entregarle generosamente una suma que excedía del cómputo de todas las necesidades vulgares.

¡Nunca!

Era inútil pensar en ello.

Por ese lado nada había que hacer.

Buscar a la señora de Neira era inútil.

Aquella anciana le respondería evasivamente, alegaría cualquier pretexto para no darle el dinero, y él volvería peor de aquella tentativa, porque traería un desengaño más.

¿Pero a quién dirigirse?

¿A quién?

¡Inútiles esfuerzos!

Estaba vencido.

Tendría que entregarse.

Buscaría al Gerente del Crédito Argentino, y le diría:

—¡Aquí me tiene! Haga usted de mí lo que guste.

Pero hacer esto era condenarse anticipadamente, y con esta idea no le era posible reconciliarse.

La idea del suicidio volvió a apoderarse de su espíritu.

Entonces, por huir de aquel pensamiento atenazador, que como un remordimiento le perseguía, se levantó y salió.

Una vez en la calle se preguntó:

—¿A dónde iré?

Y se dirigió a casa de Paca.

Quería gozar por última vez las dulzuras de su amor.

De aquel amor fatal que le ponía al borde del abismo.

Capítulo VII

Premeditación

PACA la Gallarda no estaba en casa.

La criada le dijo que acababa de salir.

Víctor ya se disponía a dar la vuelta cuando una voz fuerte le gritó desde dentro:

—¡Pasa, Víctor! Tengo que hablarte.

Víctor reconoció la voz de Vicente Vellido y entró.

Vellido se levantó al verle.

—Vamos a la calle; puede llegar Paca y tenemos que hablar. Te estaba esperando.

Salieron.

La conversación que medió entre ellos ya la conocemos.

Les hemos dejado conversando en una taberna, y allí continuaban todavía, a hora muy avanzada de la noche.

Pasaba de las doce cuando se separaron, prometiendo reunirse al día siguiente.

Víctor regresó a su casa.

Parecía más animado.

¿Qué proyectaba?

¿Qué idea diabólica le había sugerido Vicente Vellido?

¿Era salvadora?

¡Tal vez!

Era un crimen.

El crimen como idea yace en el fondo de todas las conciencias.

En unas duerme, en otras vela.

En el espíritu del hombre criminal, el crimen existe antes de ser concebido.

Su advenimiento es precedido de una conmoción, y cuando ella surge, surge el hecho.

Una vez en su cuarto, Víctor se acostó, pero no pudo dormirse.

A cada momento se llevaba las manos a la cabeza, y murmuraba

sombríamente:

—Vellido tiene razón. Es el medio único.

Adoptada una resolución criminal, es difícil desistir de ella.

Y si en el crimen se cree encontrar la salvación, entonces el crimen parece inevitable.

Esto le sucedía a Víctor.

Convencido por Vellido de la necesidad del crimen, ya solamente le faltaba ejecutarlo.

¿Cómo?

Aquí Víctor vacilaba; pero contaba con la valiosa ayuda de Vellido.

Vellido lo decidiría todo.

Víctor no quería deliberar a este respecto.

Pero sin querer pensaba en el *asunto* que Vellido le había propuesto.

Era la cosa más sencilla.

Se trataba de robar a la señora de Neira.

El marido, D. Román, estaba ausente.

Vellido aseguraba saberlo.

La señora de Neira se hallaba sola, sin otra compañía ni otra defensa que una criada.

¡Sola!

Y sin saber por qué esta idea fijaba la calenturienta atención de Víctor, como un punto luminoso la vista de un sonámbulo.

¡Sola!

¿Qué debía hacer?

No lo sabía bien.

De pronto le pasó por la imaginación una extraña sospecha.

¿Por qué Vellido estaba tan enterado de la disposición del piso que habitaban los señores de Neira?

Él le había dicho que lo conocía perfectamente.

¡Y lo raro era eso!

¿Cómo Vicente Vellido había podido introducirse en aquella casa, tan cerrada a todo el mundo?

Y que se había introducido no tenía duda.

Vicente Vellido había llegado hasta el extremo de decir que podía hacerse con una llave.

¡Tan fácil y segura había presentado aquel hombre la ejecución de su plan!

Víctor no durmió en toda la noche, ni pudo arrojar de su espíritu las palabras tentadoras y sombrías del que acababa de presentársele como el padre de Paca.

Al antiguo negrero, en cambio, le había sucedido todo lo contrario.

Durmiera con el sueño tranquilo de todas las noches.

A la mañana, cuando se despertó, se puso a combinar fríamente el *golpe*.

Hacía ya mucho tiempo que él meditaba por su cuenta un *tiento* a la vieja de Neira.

No había explicado las razones por las cuales prefería aquel *negocio* a otros, pero debían ser poderosas.

Era un asunto que venía estudiando.

Todas las dificultades que Víctor le había presentado, Vicente Vellido parecía tenerlas ya resueltas de antemano.

Decíamos que a la mañana siguiente su primer pensamiento fue para el *golpe* a la vieja…

Pensó en la manera de asegurarlo bien.

Por regla general, el hombre criminal no elige libremente la forma de cometer su crimen.

La impone el temperamento.

En el crimen, aun en hombres como Vicente Vellido, todos los actos obedecen a los impulsos.

Al mismo tiempo que combinaba su crimen, Vellido veía ante sus ojos una mancha de sangre, y fue en sangre donde amasó poco a poco una forma.

Lo primero era armarse.

¿Pero con qué arma?

Vellido concedió a este punto larga meditación.

Un arma de fuego, un revólver, era comprometedor.

Las armas de fuego son escandalosas.

En la laboriosa ideación de su crimen estaba comprendida la impunidad, pensamiento que acompaña a todos los crímenes como un estímulo, y el arma de fuego era una denuncia.

¡Una faca!

En aquel instante, sus manos parecían asir el pomo de una faca, y Vellido vio asombrado sobre su mesa una faca.

¿Quién la había puesto allí?

¿Estaría soñando?

Aquella faca parecía cosa de pesadilla.

Se aproximó como quien se aproxima a una sombra.

La faca no se disipó como visión de ensueño.

Existía, era real, estaba allí sobre la mesa, auténtica, verdadera, con su hoja resplandeciente y su mango de cuerno, húmeda aún del contacto de las manos de alguien.

Un millón de ideas perturbadoras le asaltaron el cerebro.

La aparición de aquella faca, coincidiendo tan lógicamente con la necesidad que Vellido tenía de ella para practicar el crimen que meditaba, lo aterró como la aparición de un espectro.

Nada de aquello era natural.

Pero por otro lado la faca estaba allí, existía, con las proporciones normales de un gran cuchillo de cocina y sin ninguna apariencia mentirosa.

Vellido no pudo menos de decirse:

—¿Pero cómo vino esta faca aquí?

Entonces, restituido a la realidad por la evidencia, pensó que habrían dejado la faca allí olvidada.

Tal vez la criada que arreglaba el cuarto la dejaría allí al venir de la cocina, que era a dos pasos, o tal vez se hubiese servido de ella para cualquier uso y la dejaría olvidada sobre la mesa, entre los papeles y los libros.

Debía ser una de esas cosas.

La faca no había caído del cielo, no fuera traída por ningún mensajero misterioso.

La coincidencia, sin embargo, aún le sobresaltaba.

Era extraño que aquella arma se le apareciese precisamente cuando él la necesitaba.

Se diría que circunstancias fatales la habían traído allí, como para ayudar a cometer el crimen.

En presencia de aquella singular casualidad creyó en la intervención del Destino, disponiendo las cosas misteriosamente para guiar a un punto fatal la vida de los hombres.

¡Era inconcebible!

Tomó la faca y la examinó detenidamente como si fuese objeto para él nunca visto.

Pero como al final de cuentas, aquella faca era como todas las facas, desechó de su espíritu temores y suspicacias, y la aceptó como instrumento de su crimen fría y reflexivamente.

La faca tenía el mango de cuerno, sujeto por tres gruesos clavos de cobre.

Cuando blandía el arma, la hoja vacilaba un poco.

Tal defecto lo había adquirido, sin duda, por efecto de un largo servicio.

Serenamente, Vicente Vellido probó el filo de la faca en el borde de la mesa.

Después la blandió en el aire fiera y fuertemente.

Convencido de que la faca era capaz y resistente para el objeto a que la destinaba, la guardó en el bolsillo de su chaqueta, la cual se abrochó cuidadosamente.

Un reloj cercano dio las diez.

La mañana era hermosa.

Un sol ya espléndido brillaba en los cristales allá en los pisos más altos de las casas.

Automáticamente Vellido cerró la ventana, tomó el sombrero y salió.

Su mano febril palpaba frecuentemente el pecho, sobre el cual sentía la dureza del arma.

Cuando salía, una voz de mujer le gritó desde el fondo obscuro del pasillo:

—¿No almuerza en casa?

Vellido caviló un momento.

Por último respondió:

—No, no como en casa.

Y lentamente, como hombre que sale a la calle sin otro objeto que tomar el sol, abrió la puerta y bajó la escalera.

* * *

Los dos cómplices, llamémosles ya así, Vicente Vellido y Víctor Rey, habían acordado no volver a reunirse en Madrid, a fin de evitar sospechas.

No volverían a verse hasta el momento de cometer el crimen que meditaban.

El punto de reunión sería un solar próximo a la calle de Castelar.

Víctor había escrito al Gerente del Crédito Argentino pidiéndole que ampliase por otras veinticuatro horas el plazo concedido para reintegrar el dinero a la caja, y el Gerente había accedido a ello.

Hasta las cinco de la tarde Víctor permaneció en casa.

A las cinco salió y se dirigió a pie a Madrid Moderno.

El día estaba nublado.

Parecía que alguna cosa agonizaba en la tarde.

Era como si en el aire palpitase el alma enferma y melancólica del día.

La calle en que Víctor vivía parecía la calle de un poblachón de Castilla.

En la villa y corte hay muchas así.

Los niños jugaban a la puerta de las casas.

En las ventanas, alguna que otra mujer miraba tristemente hacia la calle.

Víctor echó rápidamente calle arriba como quien lleva ocupación muy urgente.

En la esquina de la calle un ciego, rodeado de gente, tocaba la guitarra.

Víctor cambió maquinalmente de acera para no tener que detenerse.

Iba de prisa. Tenía fiebre.

Sentía el corazón opreso, y si quisiese hablar, articular una sola palabra, no lo conseguiría tal vez.

En lo alto de la calle de Alcalá oyó llamar.

—¡Oye tú! ¡Oye!

Temiendo que fuese por él, no miró para atrás y apresuró el paso.

Cuando distinguió a lo lejos los primeros hoteles de Madrid Moderno, sintiose tomado de una súbita cobardía.

La idea de conmover a la anciana señora de Neira y de no practicar el crimen se le aparecía como una esperanza.

¿Quién sabe? Tal vez la anciana se apiadase de él.

Todo era posible.

¡Y qué grande, qué inmenso alivio sentiría su corazón si pudiese volver de aquella excursión sombría, libre, inocente de la sangre que iba a verter, y de la cual ya le parecía ver manchadas sus manos!

Entonces se acordó de Vellido, y tuvo miedo.

Le pareció que el crimen era inevitable.

Vellido no desistiría de cometer su propósito.

¡Era un hombre terrible!

Y Víctor comprendía que no tendría fuerzas ni voluntad para oponerse al padre de Paca.

Caminó algún tiempo con la cabeza baja, profundamente abatido.

Se detuvo un momento para orientarse, y distinguió el solar donde Vellido le esperaba.

Sintió un estremecimiento.

¡Era allí!

Allí debían acordar los últimos detalles del crimen.

Y Víctor, reaccionando sobre sí mismo, se propuso oponerse con todas sus fuerzas.

No, él no sería nunca un criminal como Vellido.

Había sido un ladrón, pero no sería un asesino.

Sus ojos se llenarían de lágrimas.

De nuevo tuvo miedo al padre de Paca.

¿Sería tanta su desgracia que, después de haber robado por el amor de la hija, tuviese que matar por la imposición del padre?

Penetró temblando en el solar.

Durante un momento no vio nada.

Una niebla le obscurecía los ojos.

Ya, más dueño de sí, distinguió a un hombre echado boca arriba tomando el sol.

Aquel hombre no se parecía en nada a Vellido.

Estaba vestido de harapos. Parecía un vagabundo.

Tenía una gorra negra y mugrienta echada sobre los ojos.

Los dedos de sus pies asomaban por entre los rotos de sus botas, y sus pantalones no estaban en mejor estado.

Víctor sintió un gran alivio al ver que Vellido no había acudido a la cita, y ya se disponía a salir del solar, cuando el vagabundo le hizo con la mano seña de que se detuviese.

Víctor sintió toda su sangre agolparse al corazón.

Tuvo miedo de aquel hombre.

Pero no se movió ni para huir ni para acercarse.

El otro se aproximaba sonriendo.

Víctor quiso recordar.

Aquella mirada y aquella sonrisa le eran conocidas.

¿Pero dónde las había visto?

El vagabundo llegó al lado de Víctor y le puso una mano en el hombro.

Víctor dio un salto, como si una serpiente le hubiese mordido.

El otro se echó a reír.

Aquella risa hizo palidecer a Víctor.

¡Acababa de reconocer al vagabundo!

¡Era Vellido!

Antes de que Víctor hubiese tenido tiempo de profe reúna palabra, el padre

de Paca le dijo con ironía:

—¿De veras no me habías reconocido?

Víctor contestó fríamente:

—No.

—¡Ya se ve; ignorabas esta habilidad mía!…

Víctor guardó silencio.

Vellido continuó:

—Por estos barrios no puedo andar a cara descubierta. Víctor murmuró con desdén:

—Ya veo que sabes tomar precauciones. El caso es que a ti no puedan reconocerte. A los demás que nos parta un rayo.

—¡No seas imbécil!

—No lo soy, aun cuando tú me tomes por tal.

—Te repito que no seas imbécil. A la policía no se la desorienta con estos disfraces.

—¿Por qué los adoptas entonces?

—Porque no es a la policía a quien tengo que engañar.

—¿A quién entonces?

—A una mujer.

—¿Y esa mujer es?…

Vellido murmuró con una extraña sonrisa:

—¡La mía!

—¡La tuya!

—Sí, la mía.

—¿La madre de Paca?

—No.

—¿No? ¡Pues no comprendo!

—¿Acaso los hombres solo se casan una vez?

—¿Tú te has casado dos?

—Sí.

—¿Y vive tu segunda mujer?

—Sí.

—¿Y temes que te reconozca?

—Naturalmente.

—¿Pero cómo has sabido que reside aquí, en Madrid Moderno?

—Porque la he visto. Es nada menos que la portera de la casa de la señora de

Neira. Pero no perdamos el tiempo. Vamos allá.

Y Vicente Vellido echó a andar delante.

Víctor le detuvo.

—Escucha.

El otro se volvió.

—¿Qué quieres?

—Lo he pensado, y yo no he nacido para asesino.

Vellido palideció de cólera.

—Has nacido entonces solamente para ladrón.

—¡Vellido!

—¿Te ofende la verdad?

Víctor enrojeció de cólera y cerró los puños.

Vellido continuó impasible:

—No comprendo que después de haberse dejado coger en la trampa como un inocente ratoncillo, que después de haberse abierto torpemente la puerta del presidio, todavía se empeñe uno en entrar… La verdad, no te comprendo.

Hizo una pausa, y atajando la palabra a Víctor, que iba a contestarle, continuó:

—¿Estás dispuesto a pudrirte en la cárcel? En ese caso no hablemos más.

Víctor contestó impaciente:

—No estoy dispuesto a pudrirme en la cárcel; pero antes de manchar mis manos en sangre quiero intentar todos los medios decorosos y honrados…

Vellido le interrumpió con energía:

—No los hay.

—¡Quién sabe!

—Eres un iluso.

—La señora de Neira es mujer de gran corazón; puede conmoverse. En otra ocasión ya lo hizo…

—Las ocasiones no se repiten.

—Nada se pierde con intentarlo.

—Sí, se pierde el tiempo.

—Se me ha concedido otro plazo de veinticuatro horas.

—¿Y con eso ya crees haber solucionado la cuestión?

—No; pero ya te he dicho que quiero apurar todos los medios antes que cometer un crimen.

—¿Cuál es entonces tu idea? ¿Qué te propones?

—Ver a la señora de Neira y pedirle el dinero.

—¿Y si no te lo da, como es natural?

—Entonces buscaré en otra parte.

—¿Y si tampoco encuentras?

—Me pegaré un tiro. ¿Crees que la vida está para mí tan llena de atractivos, que sienta dejarla?

Vellido le miró fijamente, y pronunció con gran lentitud estas palabras:

—Creo que sí. Tú amas a Paca, y cuando se ama se siente siempre dejar la vida.

Víctor bajó la cabeza, mordiéndose el bigote.

Vellido continuó:

—Pero vamos a nuestro asunto. Yo no te digo que mates a la señora de Neira. Te digo simplemente que la robes. El matarla puede ser un medio, nunca un fin. Que ese medio te repugna, pues busquemos otro. Pero el caso es que el dinero de esa vieja rica pase a nuestros bolsillos. ¿Estás conforme?

Víctor murmuró sombríamente:

—Sí, estoy conforme.

Capítulo VIII

Bordeando el abismo

VICENTE Vellido y Víctor Rey se separaron, no sin antes haber cuidadosamente combinado la manera de dar el *golpe* en casa de los señores de Neira.

Víctor debía entrar primero, y, puesto que era conocido de la casa, no había dificultades para ello.

En cuanto a Vellido, la cuestión ya cambiaba.

Pero tampoco ofrecía grandes dificultades.

Vellido tenía una llave.

La llave que había en la portería, y de la cual ya se había apoderado, aprovechando un descuido de la portera.

Cómo Vellido llevó a cabo esta hazaña, habremos de narrarlo en otro capítulo.

Por ahora bastará con lo dicho.

Y volvamos a Víctor.

Al separarse de Vellido volvió a sentir que el ánimo le faltaba.

Hubo un momento en que pensó volverse a Madrid y tirarse de cabeza por el Viaducto.

Al entrar en la calle de Castelar sintió frío en el corazón y le flaquearon las piernas.

Un sudor frío le humedecía la frente.

Sin embargo, logró hacerse dueño de sí por uno de esos movimientos de energía propios de los individuos que, entregados a la tiranía de una resolución, procuran vencer la ingénita flaqueza.

Subió la calle lentamente.

A medio camino reflexionó que no era conveniente subir por allí, mostrarse, dejarse ver por los vecinos ociosos, que, naturalmente, repararían en él, y se volvió bruscamente para esperar a que fuese más tarde y hubiese menos luz.

A partir de entonces, todo fueron precauciones.

La vista de un agente de Orden Público le alarmó.

Después, como el agente no había reparado en él, creyó haber escapado de un peligro.

Cuando hubo anochecido subió pegado a las paredes.

Se ocultaba en la sombra de las casas.

El sentimiento de defensa le hacía prudente.

Al mismo tiempo que su conmoción cedía, comprendía que se hallaba completamente dueño de sí mismo.

Señor de su voluntad.

El peligro arrostrado con premeditación transforma al hombre en una fuerza.

Víctor caminaba lentamente, con la cabeza baja, para que los transeúntes o los vecinos que estaban en las ventanas no le pudiesen distinguir claramente la cara.

Como estaba seguro de reconocer el portal de casa de la señora de Neira, caminaba con seguridad.

Aun cuando el corazón latía con fuerza en su pecho, su resolución era cada vez mayor.

Desde que había acordado con Vellido que no habría derramamiento de sangre, que la vida de la anciana señora sería respetada, su resolución era mucho más firme, y mucho mayor su tranquilidad.

Diríase que el robar no lo consideraba como delito.

Reconoció el portal, y entró.

Todavía no habían encendido.

Atravesó el portal con paso de lobo.

Subió las escaleras sin detenerse.

En el primer descansillo se detuvo a escuchar.

En toda la casa reinaba un profundo silencio. Resueltamente tiró del cordón de la campanilla, que resonó en el interior con un sonido vibrante que poco a poco se fue apagando.

Respirando con fuerza, Víctor se dijo a sí mismo, casi en voz alta:

—¡Valor!

Pasó algún tiempo sin que viniesen a abrir.

Víctor pensó:

—Si hubiesen salido.

Pero casi en el mismo momento se oyó un ruido de pasos, y una mano corrió la rejilla.

Un rostro de mujer asomó detrás de la puerta.

Víctor preguntó:

—¿La señora está?

El rostro que asomaba por detrás de la rejilla murmuró:

—Haga el favor de decirme su nombre.

—Víctor Rey.

—Gracias. Voy a ver si está la señora…

Pero ni siquiera tuvo tiempo a separarse de la puerta. La voz de la señora de Neira inquirió desde el fondo del pasillo.

—¿Quién es, muchacha?

—Un señor que pregunta por usted.

La anciana se acercó a la puerta, y miró por la rejilla. Sin duda reconoció a Víctor, porque se apartó y abrió la puerta.

Víctor se quitó el sombrero, y saludó un poco turbado. La anciana le contestó con afabilidad:

—¡Pase! ¡Pase!

Y le guio hasta la sala, donde le hizo sentar en un sillón al lado del sofá.

Víctor, que había dejado el sombrero en la antesala, se sentó con timidez y resolución al mismo tiempo.

Llegara el momento decisivo.

No podía salir de allí sin haber liquidado su destino.

Esto se hallaba firmemente grabado en su espíritu.

Su situación era la de un condenado.

Aquella sala, en que estaba de visita con la anciana señora, le parecía la antecámara de algo desconocido y sombrío.

Más allá de aquella sala estaba la vida, pero estaba también la muerte, o quizás algo peor que la muerte:

¡Lo desconocido!

En aquella estancia, llena de bienestar y de riqueza, había una sombra fúnebre.

Antes de que Víctor le hablase, fue la anciana quien primero le dirigió la palabra:

—Afortunadamente mi marido no está en Madrid. Si estuviese, probablemente no le recibiría, porque ha quedado muy mal impresionado después que le ha buscado en la casa de huéspedes donde usted vivía.

Víctor no contaba con aquella interpelación, aun hecha así, en un tono familiar.

Balbuceó algunas palabras:

—La verdad es que… Yo le explicaré…

Pero la anciana no le dejó proseguir:

—Ya sé… Ya sé… Cuestiones de dinero. Es siempre doloroso tener que vivir en dependencia… Pero usted debió haber dado otras señas. Excusaba de saberse eso, y excusaba principalmente mi marido de saberlo.

Víctor aprovechó el momento para referir la nota conmovedora de su penuria de entonces, y dijo:

—Cómo quería usted que diese otras señas, si no tenía casa…

La anciana le miró fijamente, con una mirada de dolor y de sorpresa a un mismo tiempo.

Después suspiró:

—¡Válgame Dios!

Este incidente, sin embargo, solo sirvió para desviar el asunto.

Lo que Víctor quería era encaminarle rápida y rectamente.

La imprevista interpelación de la anciana lo alejara por un momento.

Así fue que, para no prolongar su incertidumbre, abordó resueltamente la cuestión:

—Permítame usted…

Pero se detuvo.

Real o fingidamente apareció dominado por una profunda conmoción.

Cruzó las manos, y bajando la cabeza pareció que iba a hablar, pero no pronunció una sola palabra.

La anciana le animó con bondad:

—¡Diga! ¡Diga!

Estas palabras le reanimaron, y murmuró:

—¡Oh! Señora, usted tendrá que perdonarme.

Y tomando aliento, como el que se lanza a un gran peligro, añadió:

—Estoy en una situación muy crítica…

Su fisonomía revelaba, con efecto, una profunda angustia.

—Es, ciertamente, la situación más crítica de mi vida… Se da en mí un hecho que me avergüenzo de contar a usted; pero es forzoso que se lo cuente.

La anciana, siempre con su animadora y bondadosa sonrisa, murmuró:

—¿Por qué ha de avergonzarse? Dígame lo que tenga que decirme.

Víctor bajó la cabeza.

—Es una situación tal la mía, que no puedo menos de sonrojarme.

—¿Pero por qué? Usted no ha matado… No ha robado… Ser pobre no es vergüenza.

—¡Por Dios, señora, no diga usted eso! ¡Perderé toda esperanza si usted no quiere ser benévola conmigo!… Yo le suplico toda su benevolencia, toda su bondad todo su perdón.

—¿Mi perdón?

—¡Sí, señora! Porque yo cometí un crimen. Me aluciné, perdí la razón. ¡Hice mal! Me comprometí, me desacredité…

Como la anciana no comprendiese, preguntó:

—¿Pero diga qué le ha pasado? Yo no comprendo.

—Pues bien, señora, voy a decírselo; tanto más que he venido aquí a confesarme y a pedirle al mismo tiempo que me salve; porque estoy perdido… Perdido, si no encuentro quien me salve.

La anciana exclamó:

—Jesús, Dios mío, ¿qué le pasa?

Entonces pausada, pero angustiosamente, como un gran pecador que se confiesa, Víctor dijo:

—Hace poco más o menos un año que me coloqué en el Crédito Argentino.

La anciana, a la vez inquieta y curiosa, murmuró:

—¡Hace un año!

Víctor confirmó con un largo suspiro:

—Sí, hace un año.

Después, en un tono monótono de narración, prosigue:

—No quiero colocarme, a los ojos de usted, en una situación simpática. Lejos de eso. Quiero que vea usted que he procedido mal, y quiero también un testimonio sincero de mi arrepentimiento.

Hizo una pausa y continuó:

—Mi situación en el Crédito Argentino era buena.

La señora de Neira interrumpió:

—Era buena. Entonces ya no lo es.

—Me explicaré, señora. Adquirí rápidamente la confianza del Gerente de la casa, y concluyeron por confiarme las llaves de la caja.

Al decir esto, Víctor miró a la anciana; pero en la fisonomía de esta no había sino curiosidad.

Evidentemente no había comprendido.

Tanta sencillez, tanto candor, perturbaron a Víctor, que súbitamente,

temiendo producir en el espíritu de la señora de Neira una impresión funesta para sus propósitos, decidió ocultarle la verdad y dar a su caso un aspecto diferente.

Decirle que había robado la caja del Crédito Argentino le pareció arriesgado sobremanera.

La señora de Neira podía recibir mal aquella noticia y cortarle inmediatamente toda esperanza.

En esta disposición de espíritu prosiguió su narración, inventándola conforme la hacía.

—Diré a usted, señora; entre tanto, y este es el punto grave, conocí una mujer, la cual tuvo de mí una hija, una niña que vive y a quien quiero con extremos del que es padre por primera vez. No son amores que yo pueda confesar a todo el mundo, porque no todo el mundo los comprendería; pero usted, que está llena de bondad, los comprenderá y los perdonará ciertamente.

Esta revelación de Víctor produjo un singular efecto en el espíritu de la anciana, que, lejos de impresionarse de una manera desagradable, sintió impensadamente por Víctor una nueva simpatía.

Las mujeres, aun aquellas que ya están fuera de la edad del amor, se interesan siempre por los amores ajenos.

El amor es como una palabra de pase en masonería femenina.

Todas las mujeres lo comprenden, y se diría que el amar sirve para evocar un espíritu de solidaridad.

Aquella aventura amorosa, resolviéndose en un hijo, interesó extraordinariamente a la anciana señora de Neira.

Lo que ella no comprendía era la relación que podía existir entre aquel hecho y las primeras palabras de Víctor.

Sin embargo, la anciana no hizo ninguna pregunta, y Víctor pudo continuar:

—De aquellas relaciones resultó para mi vida una perturbación enorme; me creé necesidades nuevas a las cuales no podía hacerse frente con lo que ganaba. Adquirido el compromiso fue necesario mantener a la madre y a la hija… Hice sacrificios, me privé de todo. Pero las exigencias de la situación eran grandes… Me encontré solo, sin un amigo, sin un guía, sin un protector, y un día, alucinado, impulsado por las circunstancias, perdí la cabeza y cometí la primera falta…

Miró a la anciana.

Sin duda la señora de Neira esperaba que él concluyese su relato, pero no

pronunció una sola palabra, no hizo un solo gesto por el cual diese a conocer que seguía su pensamiento, que conocía la significación de las palabras que Víctor acababa de pronunciar.

Víctor, cada vez con mayor embarazo, continuó:

—Frecuentemente me acontecía tener que pagar cuentas del Crédito Argentino. Estas casas de negocios tienen siempre cuentas que satisfacer… De una de estas veces dejé de pagar… Simulé un recibo y guardé el dinero… ¿Comprende usted ahora mi situación?

La anciana repitió automáticamente, como si en realidad no comprendiese todavía.

—Sí, comprendo.

Víctor, observando atentamente las diferentes expresiones del rostro de la señora de Neira, continuó:

—Mis necesidades eran muchas… Una enfermedad de mi hija acabó de aniquilarme. Médicos… Medicinas… ¡Lo que todo esto me costó! Después hizo falta un ama… La madre y la hija. ¡Oh!…

Víctor ya no expresaba pensamientos.

Decía palabras mecánicamente.

Continuó:

—Tuve que instalarlas a las dos. Arrendé una casa modesta; pero una casa, aunque modesta, es para el hombre sin recursos un gasto enorme. Además, yo no quería que pasasen necesidades. ¿Qué culpa tenían ellas, pobrecillas, del mal que yo les había hecho? ¿Qué culpa tenía aquel ser inocente de haber nacido?

Víctor se detuvo un momento.

En los ojos de la dama brillaban algunas lágrimas.

Hizo signo a Víctor de que continuase, y este prosiguió así:

—Yo adoro a mi pequeñuela. Por mi hija soy capaz de todo. ¡Por mi hija me eché un dogal al cuello! Tuve que pagar otra cuenta, y, como la primera, no la pagué. Pasó mucho tiempo sin que en el Crédito Argentino se descubriese el abuso. Para que allí se supiese era necesario que alguien se quejase. Vinieron otras cuentas, todas pequeñas, de poca importancia, y yo, arrastrado por el primer impulso y siempre esperando en poder por cualquier capricho de la suerte reparar el daño antes de que fuese descubierto, no pude ya detenerme. Cuando se comienza a descender, se desciende hasta el fondo.

La señora de Neira comprendiera al fin.

En su rostro más bien se revelaba la sorpresa que la acusación.

Sus ojos hundidos y todavía hermosos parecían llenos de piedad.

Víctor, animado por el éxito satisfactorio de sus palabras, procuraba atraerse por completo las simpatías de la anciana, conquistar plenamente aquel corazón que tan sensible se mostraba.

Con la voz un poco trémula, porque, en cierto modo, él mismo no dejaba de estar algo emocionado, continuó:

—Ahora, señora, imagínese usted el horror de mi vida. A partir del día en que cometí la primera falta comenzó para mí una horrible tortura. Yo desconfiaba de todo y de todos; veía en todos y en todo la denuncia del hecho abusivo que yo practicara. Mis esperanzas de reparación eran ilusorias. ¿Cómo había yo de remediar el daño? ¿Por qué medios? ¿Con qué recursos? Me sentí perdido y esperé, entre angustias, el día fatal en que mi primera falta fuese descubierta. ¡Ese día llegó!

La señora de Neira preguntó con cierta dolorosa turbación:

—¿Cuándo? ¿Cómo pasó eso?

Víctor dijo, con la voz nublada y temblorosa:

—Ayer, señora.

Hubo un largo silencio.

La sala había quedado poco a poco a obscuras.

En la calle era casi de noche.

La criada asomó en la puerta de la sala.

Antes de que tuviese tiempo de hablar, la anciana le interrogó:

—¿Qué hay? ¿Está alguien ahí?

—No, señora. Es que voy al comercio, que no hay petróleo en casa para las luces, y se lo venía a decir.

—Bueno. Vaya y no tarde.

La criada salió.

La señora de Neira cruzó las manos y permaneció silenciosa, sentada en frente de Víctor.

A pesar de haber comprendido que se trataba de una situación horrible, la anciana no medía con exactitud su alcance.

El caso de Víctor era para ella tan desusado, que difícilmente podía abarcarlo por entero.

La impresión que tenía era de un peligro profundo y anormal.

Tan anormal y tan profundo, que Víctor no le inspiraba antipatía, sino piedad por estar expuesto a él.

La piedad en la mujer es el sentimiento preponderante, y merced a la piedad la mujer perdona todo lo que puede conmover su corazón, así sea el mayor de los crímenes.

En general la mujer es la criatura que más se apiada del criminal.

Y en el caso de Víctor, debemos añadir que este se le presentaba bajo un aspecto conmovedor de padre y de amante sacrificado, y esa circunstancia contribuía grandemente en su favor.

La señora de Neira, levantando la cabeza, repitió:

—¿De manera que ha sido ayer?

Víctor afirmó de nuevo, en el mismo tono sombrío:

—Sí, señora, ayer.

Y súbitamente, exaltándose, con sincera pasión, dijo:

—Ahora, señora, considere usted lo que me pasa. Descubierta mi falta fui llamado a presencia del Gerente del Crédito Argentino. Y aquel hombre, frío y egoísta, como casi todos los hombres de negocios, me dijo fríamente: «Le hacemos a usted la concesión de no denunciarle a la policía si reembolsa a la caja en veinticuatro horas el dinero de que se apropió. Si no paga le entregaremos a los tribunales». Al oír esto creí volverme loco. Loco de dolor y de vergüenza. Salí a la calle como ebrio. No veía, no veía. Corro a mi casa para estar solo, para reflexionar, para resolver. Todo era inútil. ¡Yo estaba perdido! De pronto me acuerdo de usted. Se me ocurre el nombre de usted como el de una santa… Soy como un náufrago. Apelo a todo. Los hombres solo se acuerdan de que Dios existe cuando precisan de Él. Yo me acordé de usted como de Dios. Me dije a mí mismo: ¿quién sabe? Vine aquí como quien va a una iglesia a implorar la protección divina.

Dijo esto y calló.

Estaba verdaderamente conmovido.

La señora de Neira lo estaba también.

Víctor la había tocado en el corazón, en el lugar delicado que decide de las resoluciones humanas.

La sensibilidad es un sistema mecánico que fácilmente se maneja.

Víctor, por un instante, se juzgó salvado.

La anciana estaba sinceramente conmovida.

Las desgracias de Víctor le habían, efectivamente, tocado en el corazón.

Sin embargo no se decidiera, porque ella misma no sabía a qué decidirse.

Víctor acudía a ella.

¿Para qué?

¿Qué deseaba aquel desgraciado?

Que lo salvase.

¿Cómo?

Para no ser entregado a la policía le era necesario pagar el dinero de que se apropiara.

¿A cuánto ascendía este dinero?

La anciana se perdía en un dédalo de conjeturas.

Un sentimiento que acompañaba en ella a todos los impulsos de la piedad, la dominó, como deteniéndola en la pendiente resbaladiza de la piedad.

La señora de Neira, como todas las personas que atesoran, era celosa de la integridad de su fortuna.

En el llamamiento de Víctor a su bondad, vio, desde luego, un largo llamamiento a su fortuna.

¿Cuánto necesitaría?

Calculó mil o mil quinientas pesetas, y ya le pareció excesivo.

Tuvo miedo.

Se sintió contrariada.

La idea de aminorar sus ahorros, tan metódicamente acumulados, la asustó, y esta poderosa razón material hizo por un momento cesar todas las consideraciones sentimentales de su corazón.

Sin embargo, se hallaba dispuesta a salvar a aquel pobre muchacho.

¿En fin, cuánto necesitaba?

Ella necesitaba saberlo.

Víctor sintió que su corazón le golpeaba el pecho.

Murmuró con timidez:

—Es mucho, señora. Mucho más de lo que debo esperar de su bondad… ¡Y, sin embargo, es mi salvación, es mi vida!

La señora de Neira pronunció, casi con sequedad:

—Bueno. Diga usted cuánto es.

Víctor, al advertir el tono de la anciana, sintió frío.

Haciendo un poderoso llamamiento a su voluntad murmuró:

—Son más de tres mil pesetas, señora.

La anciana estaba lejos de esperar semejante suma.

¡Tres mil pesetas!

Era demasiado.

Casi se irritó.

Le parecía un acto de la mayor osadía venir así, sin más ni más, a pedir tres mil pesetas.

¡Tres mil pesetas!

¡Qué locura!

Sin embargo, no podía menos de infundirle lástima aquel pobre muchacho, sentado delante de ella, pálido, tembloroso, como un reo de muerte.

La señora de Neira no se atrevía a arrancarle con una sola palabra las esperanzas que con tantas le había hecho concebir.

La anciana señora sentía la timidez propia de los que rehúsan.

La timidez de los que por motivos de egoísmo se niegan a ser útiles y a ser buenos.

Buscando trabajosamente las palabras y sin atreverse a mirar a Víctor, empezó a decir:

—Usted, hijo mío, creerá que le voy a dar una disculpa… Que no es verdad lo que voy a decirle…

Se detuvo y, cruzando las manos, continuó:

—Voy a hablarle con absoluta verdad. Yo no puedo, así, de una vez, disponer de esa cantidad; y no puedo porque mi marido es quien administra mis bienes…

Y como Víctor se demudase horriblemente, añadió con cierta inquietud:

—Pero espere… Sosiéguese… Tal vez pueda arreglarse todo… Deje usted que venga mi marido… A ver si puede usted conseguir que esa gente espere… Mi marido debe llegar esta semana…

Las palabras de la anciana no consiguieron infundir una nueva esperanza en el ánimo de Víctor.

Con el mayor abatimiento murmuró:

—Usted acaba de pronunciar mi sentencia.

La anciana se sobrecogió un poco.

—¿Pero por qué? ¿No puede esperar a que llegue mi marido?

Víctor levantó la cabeza y, mirando a la señora de Neira con mal contenido enojo, contestó:

—Pero señora, si usted misma acaba de decirme que su marido había quedado mal impresionado respecto a mí, y que tal vez no me recibiría si estuviese aquí.

Así, cogida de sorpresa, la anciana balbuceó:

—Sí… Es verdad… Él no quedó bien impresionado, no.

—En ese caso…

—Pero quién sabe…

—Es inútil. Si usted no lo hace, menos lo hará su marido. Los hombres tienen el corazón mucho más duro.

La señora de Neira no sabía qué responder.

Estaba aturdida, comprometida. En aquel momento su más ardiente deseo era que Víctor se alejase.

Su presencia le era en extremo molesta.

Víctor, sin embargo, no desistió, y al verla vacilante se animó a hacer una nueva tentativa.

Se había olvidado por completo de sus proyectos criminales.

Lo que ansiaba a todo trance era salvarse, persuadiendo a la anciana de la gravedad y de la urgencia de su situación.

Entonces le habló de otra manera, suplicándole en nombre de cosas delicadas y sentidas.

Se animó.

Derramó lágrimas verdaderas, y acabó por postrarse a sus pies.

La señora de Neira, obligándole a levantarse, le dijo así:

—Voy a probarle que deseo sinceramente salvarle del apuro en que se ve.

Una sonrisa de suprema esperanza iluminó el rostro pálido de Víctor.

La anciana, volviéndose hacia un pequeño escritorio de nogal que había en un ángulo de la sala, añadió:

—En aquel mueble tengo, poco más o menos, la cantidad que usted precisa.

Víctor murmuró, sin ser dueño de dominarse:

—¡Allí!

La anciana, sin mirarle, un poco inquieta, repitió:

—Sí, allí. Ese dinero lo recibí ayer, y está allí para ser entregado a mi marido cuando llegue… Voy a escribirle, a contarle lo que a usted le sucede, y si él está de acuerdo conmigo en prestarle ese servicio… Pero hay que esperar unos días. Arregle sus cosas. Dígale a esa gente que tenga paciencia.

Víctor tuvo una inspiración:

—¿Y usted me autoriza para hacer uso del nombre de su marido en el Crédito Argentino?

—¡No! Eso no. Yo no puedo resolver por él. Ya usted comprende que es muy grave.

Víctor volvió a sentir un impulso de cólera:

—¡En ese caso todo está perdido!

La anciana alzó los hombros con un movimiento que era a la vez expresión de frialdad, de impotencia y de disgusto.

Víctor comprendió.

¡Estaba perdido!

Aquella mujer no se conmovía ante su desgracia.

En cuanto al marido, se conmovería mucho menos.

Entonces sintió que era llegado el momento culminante de su drama.

Se acordó de Vellido.

Vicente Vellido debía estar oculto en la casa.

Él poseía una llave que le permitía entrar con relativa facilidad.

La ausencia de la criada acababa de allanarle el camino.

Sin duda, Vellido habría aprovechado aquella favorable coyuntura para entrar en la casa y ocultarse.

Instintivamente Víctor miró a la puerta.

Sintió un estremecimiento.

Las cortinas acababan de moverse.

Vellido está allí.

Era el tigre que acecha su presa.

Vicente Vellido solamente esperaba un momento propicio.

Esperaba que Víctor le llamase.

Pero Víctor volvió a sentir miedo ante la idea de un crimen.

Quiso intentar un último medio de salvación honrosa.

Suplicó de nuevo.

Puso ante los ojos de la anciana la perspectiva de su irremisible perdición si ella no le salvaba.

Después de hablarle al sentimiento, le habló a la razón.

Procuró conmoverla, haciéndole ver que después de la confesión que él acababa de hacerle, las responsabilidades morales que ella contraía eran considerables, por cuanto conociendo un mal no lo evitaba.

¿Sabía ella lo que iba a ser de aquel desgraciado que le suplicaba?

¿No lo sabía?

¿No se lo imaginaba siquiera?

Lo que iba a suceder era esto:

La cárcel, la honra perdida, el abandono de su hija, ¡una pobre niña inocente!, la muerte moral del padre y de la hija, a la cual iba a herir con un

golpe de irreparable infortunio.

Negándose a salvarlo, la señora de Neira no hacía una víctima. ¡Hacía tres!

La anciana, abroquelada con el pretexto que encontrara más fácil y rápido para esquivar un acto de generosa largueza que no estaba en sus hábitos de propietaria, respondió:

—¡Pero quién le dice que yo me niego!… Yo no me niego. No puedo… No está en mi mano…

Víctor se irguió.

Estaba resuelto.

Miró de nuevo a la puerta.

De nuevo se movieron las cortinas.

La cabeza de Vicente Vellido asomó entre ellas.

Capítulo IX

¡La sangre!

VÍCTOR lanzó una rápida mirada en torno.

La estancia estaba casi a obscuras.

Pero la mirada de Víctor parecía escudriñar en la sombra. La señora de Neira tuvo instintivamente miedo.

Víctor susurró con los dientes cerrados:

—De manera que el dinero está allí.

La anciana sintió un estremecimiento que agitó todo su cuerpo caduco.

Con voz débil murmuró:

—Sí, allí.

La señora de Neira quiso levantarse del sillón en que estaba.

¡Imposible!

Estaba paralizada.

Sus ojos, desencajados, vidriosos, se fijaban en la puerta con espanto.

Un hombre separaba las cortinas, y adelantaba amenazador.

¡Era Vicente Vellido!

La anciana quiso gritar, llamar, porque comprendía que corría un gran peligro a solas con aquellos dos hombres. Quiso gritar, pero no pudo.

Un nudo le oprimía la garganta.

Todo esto pasó en un relámpago de tiempo.

Vicente Vellido se arrojó entre el grupo que formaban la anciana y Víctor.

La señora de Neira quiso levantarse, pero se sintió cogida por el rostro.

Solamente pudo decir:

—¡Jesús!

Su voz era dolorida, suplicante, agónica.

De repente, poseída de una nueva energía, se dejó escurrir por el sillón abajo para huir a la prisión y al contacto de aquella mano que le atenazaba el rostro.

La mano la siguió.

La derribó en el suelo brutalmente.

Ya no era la frente y los ojos únicamente lo que la mano cubría: era la boca y

el mentón, como si tuviese las formidables proporciones de la mano de un gigante.

Pesaba como si fuese de plomo, y la tenía fuertemente sujeta sobre la alfombra.

El resto de su cuerpo se agitaba aún, pero la cabeza permanecía inmóvil.

Lanzó un grito, pero aquel grito no se oyó, quedó ahogado entre las manos de Vellido.

Víctor permanecía inmóvil, lleno de estupor.

Con la voz un poco ronca, murmuró:

—Vellido, matar no.

Vellido se volvió, lanzándole una mirada de cólera:

—¡Calla!

Y acompañó la palabra imperiosa con una terrible maldición.

Al mismo tiempo Vicente Vellido hundía la mano que le quedaba libre en el bolsillo interior de su chaqueta, y la sacaba armada de un cuchillo que brilló con acerados siniestros resplandores.

¡Era la faca que aquel hombre, en su cinismo criminal, había llegado a llamar: Providencial!

Encorvado sobre el cuerpo de la anciana, como el tigre sobre su presa, Vellido le segó el cuello desnudo de un solo golpe de faca.

Víctor no protestó; pero tuvo que apoyarse en una silla para no caerse.

Una honda de sangre bullente manó de la herida, y empapó la alfombra en brevísimo tiempo.

El cuerpo de la señora de Neira se movió un poco.

Después quedó inerte, rígido, lleno del reposo de la muerte, indiferente a todo: lo mismo al amor que al odio.

Vicente Vellido se incorporó, sin soltar la faca.

¡Estaba terrible!

Se volvió a Víctor, con ademán airado:

—¿Qué haces ahí? ¿Por qué no has descerrajado ese mueble?

Víctor se acercó como un autómata al escritorio donde la infortunada señora había dicho, momentos antes, que guardaba el dinero.

Intentó abrirlo.

Inútil empeño.

El escritorio estaba cerrado con llave, y la cerradura era muy resistente.

No dijo nada ni reclamó el auxilio de Vellido.

El cuerpo sin vida de la señora de Neira le inspiraba menos terror.

Se acercó al cadáver y levantó un extremo del vestido sacudiéndole.

Alguna cosa sonó.

Eran las llaves.

En menos tiempo del que se tarda en contarlo, se levantó con las llaves en la mano.

Cuatro llaves.

Probó a abrir con todas.

Al fin una sirvió.

Las puertas del escritorio se abrieron.

En aquel momento un gran reloj antiguo que había en el recibimiento dio horas.

A Víctor le pareció oír pasos.

Se volvió, mirando afanoso en torno suyo.

Estaba lívido.

Vio a Vicente Vellido que de un salto se ponía en la puerta, dispuesto a herir, con el cuchillo en alto.

Vellido se volvió hacia el ángulo de la habitación en que estaba Víctor, y dijo en voz baja, pero imperiosa:

—¡Anda! Date prisa.

Víctor obedeció, metió las manos y los brazos en los cajones del escritorio.

Cuentas, recibos, cartas, legajos, todo menos dinero. ¿Habría mentido la anciana?

Un sudor frío corría por la frente de Víctor.

De nuevo se volvió, mirando a la puerta donde Vellido estaba en acecho.

Le pareció que alguien andaba en el pasillo.

Entonces, lejos de asustarse, seguro, porque Vellido defendía la puerta, hizo un nuevo y más detenido registro en los cajones.

En uno de ellos había un pequeño cofre de hierro.

Víctor le arrastró hacia sí.

El cofre era pesado.

Le alzó con las manos y le puso en el suelo.

El cofre estaba abierto.

Alzó la tapa todo tembloroso, murmurando palabras vagas.

—¡Es aquí!… ¡Aquí!…

Con efecto, el dinero estaba allí.

Un montón de cartuchos en oro, colocados en un rincón entre rosarios y papeletas de una congregación religiosa.

El sudor se secó súbitamente en su rostro.

Se apoderó furiosamente de aquel oro, con las manos ávidas, ansiosas, abiertas como garras, y lo ocultó en sus bolsillos.

Vellido permanecía guardando la puerta.

Un segundo más y estaban salvados.

Víctor buscó su sombrero.

¿Dónde lo dejara?

No podía acordarse.

A largos pasos recorrió la sala.

Investigó, palpó en la penumbra todos los rincones, todos los muebles.

Renegó entre dientes.

Maldijo.

—¡Mal rayo me parta! ¡Maldito sea!

Pensó que tal vez habría dejado el sombrero en la antesala.

Se lo dijo a Vellido.

Los dos iban a salir.

En esto, allá en el fondo del pasillo, apareció una luz.

La luz se aproximaba.

Vellido se volvió a Víctor, haciéndole seña de que se ocultase.

Víctor obedeció rápidamente, replegándose en un ángulo, detrás de un sillón.

En aquel momento la criada de la señora de Neira apareció en la puerta.

Traía una luz en la mano.

Víctor vio a Vellido que, como una pantera, se lanzaba sobre la criada.

Esta, que con el susto dejó caer el candelera, que se apagó sobre la alfombra, pudo escapar hasta la ventana. Vellido la persiguió.

La dio alcance y la aseguró por los cabellos.

Como la criada hiciese esfuerzos para desasirse, le puso una rodilla en el pecho y la hizo caer pesadamente.

Entonces, ciego de furia, la descargó un golpe en el cuello, con intención de degollarla, como había hecho con la señora de Neira.

Pero la criada era joven y podía defenderse más enérgicamente que la anciana, sacrificada momentos antes.

La criada hablaba, implorando compasión:

—¡Déjeme! ¡Por su madre! ¡Suélteme!

Después lanzó un profundo suspiro, tuvo algunos estremecimientos convulsivos y quedó inerte.

Pasó un segundo.

Víctor se acercó pálido y trémulo.

Vellido ni siquiera se volvió a mirarle.

Tenía los ojos fijos en el cuerpo de la criada.

La observaba.

La víctima no se movía.

Vicente Vellido tenía la faca en las manos, húmeda de sangre.

Sus propias manos estaban también manchadas.

Víctor le tocó en el hombro:

—¡Vamos!

Vellido se volvió y repitió sordamente:

—¡Vamos!

Víctor solamente tenía un pensamiento.

¡Huir!

Entretanto, Vellido tuvo un momento de olvido y dejó caer la faca.

Se inclinó para buscarla, pero no la halló.

La sala estaba completamente a obscuras.

Palpó sobre la alfombra.

Todo inútil.

No quiso seguir buscando la faca.

Comprendía que era necesario salir cuanto antes de allí.

Víctor volvió a decirle:

—¡Vamos!

—Sí, vamos.

Semejantes a dos sombras siniestras atravesaron la sala.

Víctor tropezaba como ebrio.

De pronto exclamó:

—¡Mi sombrero! ¿Dónde he dejado yo mi sombrero?

Vellido le dijo sordamente:

—En la antesala.

Salieron.

Efectivamente, el sombrero estaba en la antesala.

Víctor lo cogió con las manos temblorosas.

Estaban libres.

Él mismo se adelantó para abrir la puerta.
Estaba solamente entornada.
Iban a salir cuando oyeron pasos de alguien que subía la escalera.
Se pusieron en escucha.
Vellido dijo en voz muy baja:
—Se han detenido en el descanso.
Víctor murmuró:
—¿Qué será?
En esto oyeron un grito:
—¡Socorro! ¡Socorro!
Se miraron en la obscuridad sin poder verse.
Víctor, lleno de espanto, abrió la puerta y se lanzó a la escalera.
Se oyó otro grito:
—¡Socorro!
Abajo se oían voces.
Vicente Vellido, siempre más dueño de sí, pensó subir la escalera hasta los últimos pisos.
Los gritos de socorro continuaban saliendo del interior de la casa.
Víctor bajó la escalera decidido, resuelto.
Tenía la serenidad que en los grandes peligros suelen demostrar aun los hombres más cobardes.
Vellido, en vez de descender la escalera, la subió.
Los dos criminales se separaron.
¿Qué iba a ser de ellos?
¿Lograrían burlar la persecución de la justicia?
¡Quién sabe!
¡Tal vez consigan burlar la justicia de los hombres, pero no la de Dios!

Capítulo X

La coartada

VÍCTOR bajaba la escalera.

Ahora oía distintamente las voces y el ruido de pasos. Estuvo un momento vacilante.

El peligro estaba allí.

Venía de abajo.

Esta idea le dio fuerzas.

Era preciso tener serenidad.

¡Y la tuvo!

Se dijo a sí mismo, como el hombre que se resuelve a todo:

—¡Sea!

Y bajó la escalera simulando un porte indiferente, lleno de naturalidad.

El rumor de las voces aumentaba.

Se encontró con tres personas que subían atropelladamente, y no repararon en él por efecto de la gran obscuridad de la escalera.

Abajo había más gente, que también se disponía a subir. Víctor dijo con naturalidad al grupo de vecinos que subía:

—Debe ser en el principal…

Y continuó hasta el portal.

En la calle también empezaba a juntarse gente.

Víctor salió sin que hubiesen reparado en él.

Al pisar la acera tuvo que hacer un violento esfuerzo para no echar a correr.

De vez en cuando se decía a sí mismo:

—Despacio, despacio.

Automáticamente, como impelido, seguía hacia adelante, siempre de frente.

¿A dónde iba?

Él mismo no lo sabía.

Estaba aún bajo la influencia del terror, como alguien que hubiese tenido una sombría pesadilla y no estuviese bien despierto todavía.

Al llegar a lo último de la calle de Castelar se detuvo un momento.

Vacilaba, necesitaba reflexionar.

Tuvo miedo de inspirar sospechas y continuó andando siempre de frente.

Toda aquella barriada de Madrid Moderno le asustaba.

Se figuraba que mientras estuviese dentro de ella, tan próximo al lugar del crimen, era denunciarse.

De pronto se creyó perseguido y rápidamente volvió la cabeza.

Deseaba encontrarse en Madrid entre mucha gente. En un lugar donde hubiese ruido, perderse, confundirse.

El criminal, después de cometido el delito, rara vez tiene el valor y la prudencia de aislarse.

De pronto sintió una extraña curiosidad por saber lo que había sido de Vicente Vellido, y unido a esto un insaciable y loco deseo de volver al lugar del crimen y enterarse y saber por sí mismo los comentarios que del suceso hacían los vecinos.

Y no pudiendo resistir este deseo, que le atraía con atracción malsana del abismo, volvió sobre sus pasos.

De nuevo se acercó a la casa, de la cual antes saliera con tanto empeño en huir.

¿Por qué se acercaba?

¿Qué quería ver?

¿Qué ansiaba oír?

No lo sabía.

Era tal vez la fatalidad que le impulsaba.

Una fuerza desconocida guiaba sus pasos.

Llegó.

A la puerta de la casa había reunida mucha gente: vecinos, policías, transeúntes curiosos.

Aquel pedazo de la calle de Castelar tenía un aspecto anormal.

Se hablaba, se discutía, se daban pormenores del crimen.

Lo que más preocupaba a la gente era el asesino.

Nadie sospechaba quién pudiese ser.

La versión general era que se trataba de una cuadrilla de malhechores.

Sin embargo, nadie se explicaba cómo habían podido escaparse, puesto que la gente había acudido desde los primeros gritos de auxilio lanzados por la criada.

Un vecino emitió su opinión.

—Tal vez hayan huido por el tejado.

Pero otro vecino, que conocía la casa, explicó que por el tejado no podía ser.

El piso de la señora de Neira no tenía comunicación con las buhardillas.

Solamente se explicaba en el caso de que los inquilinos del último piso fuesen cómplices de los criminales.

Esta hipótesis era absurda.

Todos conocían a los inquilinos del tercer piso, gente seria y honrada a carta cabal.

Entonces fue también cuando Víctor supo que la criada de la señora de Neira había sido transportada al hospital todavía con vida.

No pudo resistir al deseo de pedir pormenores.

Algunos vecinos se apresuraron a dárselos.

Llegó hasta formarse un grupo.

A decir verdad, con certeza no se sabía nada del caso.

Nadie podía asegurar que la criada viviese.

Apenas hacía cinco minutos que fuese conducida al hospital.

Lo más probable era que no se salvase.

No cesaban de oírse exclamaciones como esta:

—¡Pobre mujer!

—¡Qué crimen más horrible!

—¡Y se dice que el móvil ha sido el robo!

—¿Cuánto le han robado?

Y esta pregunta, que hizo uno de los vecinos que formaban el grupo, volvió la lucidez al turbado espíritu de Víctor.

Comprendió que corría un peligro enorme.

Si le registraban, le hallarían encima el dinero del crimen.

Otro peligro corría también.

Si la criada hablase estaba perdido.

Daría pormenores, haría indicaciones.

Según todas las probabilidades sería descubierto.

Cuando pensó esto se apartó del grupo y descendió rápidamente la calle.

Hizo el camino en poco tiempo.

Llegó a Madrid sudoroso y muerto de cansancio.

Se dirigió a su casa.

Apenas murmuró un «buenas noches» a la criada que abrió la puerta y entró en su cuarto.

Le costó trabajo encender luz, porque las manos le temblaban.

Su primera advertencia fue examinarse cuidadosamente.

Era necesario ocultar todos los vestigios del crimen.

Se desnudó y a la luz de la bujía examinó su ropa.

La examinó prenda por prenda.

No había nada que pudiera delatarle.

Solamente en las botas sentía una humedad viscosa.

Palpó en los dedos y los examinó a la luz del candelero.

¡Era sangre!

Organizó entonces fríamente un meticuloso sistema de limpieza, como quien llega de un viaje.

Lavó las botas con mil precauciones.

Volvió a examinar el pantalón y la chaqueta y el chaleco y hasta el sombrero.

Seguro de que no guardaba en sí vestigio alguno del crimen, vertió el agua sucia de la sangre sobre el tejado de una casa vecina.

Solo entonces, más calmado y dueño de sí, como si entre aquella hora y la hora del crimen mediasen mil años, se preocupó con la existencia del dinero, que al entrar dejara sobre la mesa.

Y solo entonces, como a la luz de un relámpago, vio y comprendió que acababa de cometerse un crimen estúpido e inútil.

Vellido le había engañado.

Vellido le había tomado como cómplice fríamente, de una manera egoísta y sabiendo de antemano que el dinero robado no podía, en manera alguna, salvar a Víctor del apuro en que estaba por el desfalco hecho en la caja del Crédito Argentino.

Y volvió a repetirse a sí mismo y en voz alta:

—Este dinero no me sirve para pagar; hacerlo sería delatarme.

Para poder mostrar, para poder hacer uso de él, era indispensable explicar de dónde provenía.

Si por casualidad encontrasen aquel dinero en su poder, vendría a ser una prueba del crimen, un testigo mudo que, sin embargo, hablaría en contra de él.

¿Dónde podría él ir a buscar tanto dinero, quién se prestaría a ser su cómplice, afirmando que se lo prestara?

¡Seguramente nadie!

Aquel dinero era un delator implacable.

Pesaba sobre su destino.

Urgía, por tanto, deshacerse de él, ocultarlo de manera que no pudiese ser descubierto por la justicia.

Pero aquel dinero que así le comprometía sin que pudiese salvarle, ¿por qué lo había adquirido al precio de dos crímenes?

Por la primera vez este hecho se levantaba ante él como una muralla de granito cortándole el paso.

El crimen y el robo habían sido para salvarse, y no se salvaba.

Estaba irremediablemente perdido.

Con efecto, si era cierto que una de las víctimas había quedado con vida, ¿cómo podía él, sin imprudencia, sin riesgo, sin peligro, hacer uso de un dinero que atestiguaba su crimen?

¿Podía racionalmente presentarse al día siguiente en el Crédito Argentino y decirle al Gerente: «Aquí tiene usted el importe del desfalco»?

¿Podía hacer esto racionalmente?

Y reflexionando sobre este punto, llegó a suponer que podía hacerlo.

El Gerente no le preguntaría ciertamente de dónde aquel dinero provenía.

Podría retirarse sin obstáculo, casi con la cabeza levantada.

El peligro de ser entregado a la policía por ladrón casi le pareció inverosímil.

Pero por otro lado surgía un peligro mayor, más asustador, más terrible.

Si la criada de la señora de Neira, sobreviviendo, ponía a la policía en la pista del verdadero criminal, él estaba descubierto.

Quizás Vellido se salvase, porque la criada no le había visto; pero él, Víctor, no se salvaría.

Y esta idea despertó en él una ira sorda contra Vellido.

En la incertidumbre de su pensamiento, volvió a creer que lo mejor sería no reintegrar el dinero a la caja del Crédito Argentino.

Corría un riesgo mucho menor.

Como ladrón, como falsario, podría estar en la cárcel un año o dos.

Como asesino estaría toda la vida, y no era solamente la cárcel lo que le esperaba.

¡Era peor!

Era el presidio en África.

La muerte lenta, sin una palabra de consuelo.

Entonces la perspectiva de todos estos males trágicos le hizo ver el descubrimiento de su crimen como cosa indudable, exacta, cierta.

Para su espíritu ya no había duda.

La criada de la señora de Neira sobreviviría para perderlo.

Acaso en aquel momento estuviese denunciándole.

Y volvía Víctor a indignarse contra Vicente Vellido, que la había dejado con vida.

Clavó los ojos en el dinero amontonado encima de la mesa, y sintió un estremecimiento de miedo.

Lo importante, lo urgente, era ocultar el dinero, y con el dinero ocultar todo vestigio del crimen.

Era preciso urdir finamente un sistema de defensa.

Suponiendo que fuese descubierto, toda su base de defensa debía consistir en negar.

Pero negar no bastaba.

En muchas ocasiones, negar es estúpido.

Era, por tanto, indispensable que los hechos no estuviesen en oposición con sus palabras.

Recordó entonces algunas historias de crímenes que conocía por haberlas leído y recapacitó sobre este detalle particular.

En general los criminales que niegan son puestos por los magistrados en el caso de justificar el empleo de su tiempo, en el día o en la hora del crimen.

Y puestos en este apuro, se verifica muchas veces que el criminal no pueda justificar el empleo de su tiempo.

En tal caso están perdidos.

Para que toda defensa sea sólida, es preciso que no haya en ella lagunas.

Una defensa mal hecha es un camino lleno de barrancos donde a cada paso se cae.

Víctor pensó en alta voz:

¿Dónde podría yo haber estado?

Pero afirmar que había estado en otra parte tampoco bastaba.

Los jueces no se contentan con meras afirmaciones.

Es indispensable probar.

Se necesita el testimonio de alguien que compruebe la afirmación.

Para despistar a la policía se necesita deslumbrarla con la verdad o con apariencias de verdad.

Si el crimen fuese descubierto.

Si la criada hablase.

¿Qué alegaría Víctor?

Estuvo un momento buscando en su espíritu una solución.

No la encontraba.

¿Cómo hallarla?

Para que alguien afirmase haberlo visto a la hora en que se practicó el crimen, era necesario que ese alguien se decidiese a ser su cómplice, porque había que referirle el hecho.

Pero todo esto era absurdo.

Para obtener un cómplice, sería necesario decirle: en tal día, y a tal hora, he sido coautor en el asesinato de dos mujeres para robarlas, y practiqué un crimen cobarde, repugnante, infame. Es preciso salvarse, y para esto, reclamo tu complicidad. Si fuese necesario decir ante el juez que me has visto, que me hablaste, que estuve contigo en tal día y en tal hora, decláralo con energía.

¿Era esto posible?

Evidentemente no.

¡Y sin embargo, era absolutamente preciso encontrar una solución!

Desde que concibiera en su espíritu el propósito de defenderse a todo trance, se apoderó de él, y a este innato sentimiento de la propia conservación se asía, como el hombre que, suspenso en el aire sobre un abismo, puede asirse a la rama de un árbol.

Instantánea; como un relámpago, tuvo una inspiración.

—¡Si Soledad se prestase!

Pero después de un momento de reflexión, también esto le pareció absurdo.

Pensó entonces en Eleuterio, el obrero que había conocido a su llegada a Madrid; pero hacía mucho tiempo que dejara de verle y no sabía dónde encontrarle.

Además Eleuterio no era ninguna garantía de seguridad para la justicia.

Sospecharían de los dos.

Otra cosa le detenía también.

Eleuterio querría una parte del dinero.

Desechó en absoluto toda idea de la ayuda de un amigo.

Llegó a una conclusión.

Si había alguien que pudiese ser su cómplice nunca sería un hombre.

Solamente una mujer, con su inmensa bondad, sería capaz de prestarse a un sacrificio de aquella naturaleza.

Paca no estaba en condiciones de poder hacerlo.

¿Qué valdría su testimonio si se descubría que Vicente Vellido era su padre y

uno de los acusados?

Además Paca era vulgar, no tenía suficiente pureza para comprender la situación.

Se necesitaba una niña con todo su candor o una mujer con toda su bondad.

La idea de que Soledad podría salvarlo volvió a su espíritu de una manera pertinaz.

Al cabo decidió verla aquella misma noche.

Soledad le amaba locamente.

Sus relaciones con ella habían tenido en poco tiempo un cambio radical.

¿Cómo?

Soledad se había entregado.

Era la mujer que ama, y la mujer que ama resiste rara vez.

Un día, al salir del taller, Víctor la esperó.

Ella se sorprendió y se alegró mucho al verle.

Caminaba a su lado con paso menudo, sonriente.

La menor palabra que él le decía era una corriente dulce que le subía por las venas.

Soledad no se cuidaba de ocultar la satisfacción que experimentaba al lado de Víctor.

Era una joven llena de sinceridad.

Su franqueza y su candor la perdieron.

Víctor, con súplicas y ruegos, le pidió para aquella noche la llave de la casa para entrar a las altas horas, cuando los ancianos tíos de Soledad estuviesen dormidos.

La joven se negó al principio, pero acabó por conceder lo que se le pedía.

Después quiso volverse atrás, y pidió la llave; quería que Víctor se la devolviese.

Víctor sonreía y se negaba.

Al fin convinieron los dos en que no haría uso de la llave.

Le hizo a Víctor que lo jurase.

Él lo juró.

Se separaron.

Soledad estuvo toda la noche muy preocupada.

La señora Jesusa le preguntó varias veces:

—¿Pero qué tienes, muchacha? ¿Qué te pasa?

—Nada, tía. Un poco de dolor de cabeza.

—Pues acuéstate.

—No, si no vale nada.

Se recogieron a las diez.

Una vez en su cuarto Soledad, tardó mucho en acostarse. Abrió la ventana y se asomó.

Necesitaba respirar el aire fresco de la noche.

Daban las doce en el reloj del Buen Suceso cuando se retiró.

Sus manos, al cerrar la ventana, temblaban.

Tenía fiebre.

Se desnudó lentamente.

Iba a meterse en el lecho cuando oyó un rumor apagado, y la puerta se abrió casi sin ruido.

Víctor cayó a los pies de Soledad pidiéndole perdón.

Estaba muy mal lo que hacía; pero él no había podido resistir a su pasión.

Víctor la asía por el talle, la estrechaba contra sí. Soledad apenas resistía.

¿Qué podía ella temer?

¿No iban ellos a casarse?

¿No estaba segura del amor profundo, eterno, que él sentía por ella?

Soledad le escuchaba temblando…

Sin voluntad para resistir, porque ella le adoraba.

* * *

Convencido de este amor fue por lo que más tarde Víctor pensó en Soledad como encubridora de su crimen. Aquella era una solución.

Pero urgía salir de allí, dejar aquel cuarto, ocultar cuanto antes aquel dinero comprometedor y funesto.

Un reloj dio horas.

¿Cuántas?

No lo sabía.

Empezó a meterse el dinero en el bolsillo.

En esto llamaron a la puerta.

Víctor, súbitamente aterrado, frío, pálido, preguntó:

—¿Quién es?

Una voz de mujer respondió desde fuera:

—Son las siete. ¿No quiere usted comer?

Víctor, sin abrir la puerta y haciendo esfuerzos por que su voz apareciese serena, contestó:

—No; hoy como fuera.

—Pues usted dispense.

Y se oyó como unos pasos ligeros que se alejaban por el corredor.

Víctor acabó de guardarse el dinero en los bolsillos, se puso el sombrero y salió, dejando la luz encendida.

Desde el pasillo dijo a la criada, que estaba en el comedor poniendo la mesa:

—Dejo el quinqué encendido; haga el favor de apagarlo.

—Está bien.

Cuando se encontró en la calle, Víctor se dirigió a casa de Soledad.

Durante el trayecto varias veces le acometió la tentación de arrojar en cualquier calle desierta aquel dinero que le quemaba las manos y parecía atraerle al fondo de un insondable y misterioso abismo.

Renunciar al dinero, hacerlo desaparecer, era apagar el único vestigio palpable de su crimen.

Pero no se decidió.

En lo último de su conciencia, la idea, que aún podía serle útil, le sonreía.

Fue entonces cuando tuvo la inspiración diabólica de confiar a Soledad la custodia del dinero que robara a la infortunada señora de Neira.

* * *

Doroteo cabeceaba cuando un violento toque de campanilla le despertó.

—¿Quién es?

Soledad dejó la costura y se levantó para acudir a la puerta.

Le costó trabajo reconocer a Víctor.

Sonriendo, con satisfacción de verle, le dijo:

—Ya no te esperaba.

—¿Por qué? ¿Tan tarde es?

—No; pero como tu costumbre es venir más temprano calculé que ya no vendrías esta noche. Entra…

La señora Jesusa preguntó desde dentro:

—¿Quién es?

Soledad respondió:
—Es Víctor, tía.
—¡Ah!
Víctor entró en la habitación donde estaban reunidos los tíos de Soledad.
Saludó con cierto embarazo, y, como de costumbre, se sentó en una silla junto a la mesa.
Hubo un silencio, que siempre había cuando Víctor entraba y que Soledad era invariablemente la primera en romper.
—¿Por dónde has andado? Te encuentro pálido.
Víctor, queriendo simular indiferencia, contestó:
—He tenido mucho que hacer.
Después se habló de banalidades: del tiempo, de una huelga de albañiles, de lo que decía un periódico republicano.
Viendo a Doroteo cabecear, Soledad le dijo:
—Tío, ¿por qué no se va usted a acostar?
—Tienes razón. ¡Y que mañana tengo que madrugar!
Y dando las buenas noches a todos, para no tener que dárselas directamente a Víctor, se retiró de la sala.
Después de que salió, Víctor dijo a Soledad:
—¿Qué le pasa a tu tío?
Soledad repuso sonriendo:
—Es que cuesta más trabajo conquistar a los tíos que a las sobrinas.
Víctor sonrió.
Oyose un ruido en la cocina, como de cacharros rotos, y la señora Jesusa se puso en pie.
—Ya está ahí el gato de la portera. Condenado animal.
Soledad preguntó:
—¿Pero por dónde entra?
—Por la ventana tiene que ser.
Y la señora Jesusa se dirigió a la cocina con amenazador ademán.
Viendo salir a su tía, Soledad se acercó más a Víctor:
—¿Qué tienes? Dime alguna cosa. Parece que es necesario arrancarte las palabras. ¿Estás a disgusto a mi lado?
—¿Por qué dices eso? ¿No te he dado mil pruebas de lo contrario?
—Yo creo que te las he dado mayores.
Y al decir esto, Soledad se puso encendida como la grana.

—Tú me las has dado muy grandes, y, sin embargo, estoy seguro que no me quieres como yo a ti.

Soledad sonreía y negaba, moviendo la cabeza.

Víctor prosiguió, animándose:

—Tú no sabes cómo yo concibo el amor. Es la renuncia de la propia personalidad. La persona que quiere a otra con intensidad debe dejar de pertenecerse. Por ejemplo…

Aquí Víctor se detuvo como si temiese ir demasiado lejos.

Soledad repitió:

—¿Por ejemplo?…

Víctor, poseído de cierta excitación nerviosa, continuó:

—Por ejemplo. Suponte un momento que amas a un hombre susceptible de haber practicado un crimen. El hecho de haber practicado ese crimen lo inutilizaba para tu amor. ¿No es verdad? Pues bien: yo sostengo que el amor debe ser indestructible, sin que ninguna circunstancia, ni la más fuerte, pueda combatirlo, a no ser el olvido, su único y verdadero enemigo.

Hubo una larga pausa, al cabo de la cual dijo Soledad:

—Yo creo como tú. El amor debe ser superior a todo.

—¿Hasta al crimen?

—Hasta al crimen…

—Vamos a ver. Imagínate que yo practico un crimen. Supon también que mi salvación está en tus manos. ¿Tú me salvarías?

Soledad respondió resuelta:

—Te salvaría.

—¿Tú sabes lo que dices?

—Lo sé.

—Imagínate por un momento que yo…

—¡Qué absurdo, Dios mío!

—Ya se sabe que son suposiciones; pero escucha.

Y Víctor, encendiendo un cigarro, continuó en el mismo tono de demostración:

—Imagínate que yo soy preso por asesino. Que me acusan de haber matado a un hombre o dos hombres, a una mujer o dos, por fatalidad o por ambición. Imagínate que, instado por un juez a confesar mi crimen, yo niego para salvarme. De mi delito no quedan vestigios: una arma, ni una moneda ni una gota de sangre. Un solo hecho me podía comprometer y perder. El hecho de no

serme posible decir a la justicia y a la policía: «No soy autor de ese crimen; porque cuando se cometió estaba en otra parte con alguien». ¿Con quién?, me preguntaría la justicia.

Y liando otro cigarro, Víctor concluyó, cambiando de tono:

—Ahora escúchame. ¿Tú aseguras que yo podría decir: cuando se cometió ese crimen, yo estaba con mi mujer, con mi querida o con mi novia, sin correr el riesgo de que mujer, amante o novia me desmintiesen y perdiesen?

Soledad, con los ojos brillantes, contestó:

—Si yo fuese alguna de ellas, lo aseguro.

Víctor interrogó con fingido asombro:

—¿Cómo? ¿Tú serías capaz de hacerlo?

—Yo sí.

—¿Pero no comprendes que en el caso que acabo de presentarte se trata de una complicidad?…

—Sí, lo comprendo.

Víctor murmuró:

—Tu respuesta me vence.

Y después de un momento:

—Sin embargo, ya se dio el caso. Hace tiempo en París se descubrió un crimen horrible. Dos mujeres aparecieron asesinadas en una casa. Se buscó el asesino, y se encontró un hombre que parecía serlo. Pero no había más que sospechas. Nada lo acusaba de una manera definitiva. Un solo hecho le comprometía: el hecho de no poder decir a la justicia dónde estuviera, y lo que hiciera a la hora en que se perpetrara el crimen. Interrogado a este respecto, respondía apenas: «No puedo decir dónde estuve». Pero la justicia hizo de este hecho base de acusación, y el hombre se sintió perdido. Entonces se acordó de una mujer a quien amaba, y que a su vez le amaba mucho. Apelando a su amor le dijo: «Solo tú puedes salvarme». ¿Cómo? «Consintiendo en decir que en el día y en la hora en que el crimen se cometió yo estaba contigo, en tu casa en tu compañía. ¿Quieres salvarme?».

Soledad interrumpió, preguntando curiosa:

—¿Qué respondió la mujer?

—¡Nada!… El pobre diablo cayó en la tontería de citarla como testigo en su descargo; pero en pleno tribunal ella le desmintió, pretextando que no podía soportar el peso de semejante complicidad. Y aquí tienes lo que fue el amor de aquella mujer para aquel hombre. Presenté el caso en mí para hacerlo más

elocuente. Si el caso se diese conmigo, tú dices que me salvarías…

Soledad respondió con firmeza:

—Sí, te salvaría.

—¡Júramelo!…

Soledad exclamó, riendo del disparate:

—¡Jesús, qué loco!

Víctor, sin embargo, insistió:

—¡Júramelo!

—Pues bien… ¡Te lo juro!…

—No, así no. Dilo de otra manera. Di así: «Juro que te salvaría».

—Juro que te salvaría.

Víctor se rio con risa forzada:

—Ahora sé que me quieres verdaderamente.

El reloj de la casa dio horas.

Soledad las contó:

—Las nueve. Hoy has venido más tarde que de costumbre.

Víctor repuso en un tono ligero:

—Ahí tienes precisamente el caso. Son las nueve. Pues bien; imagínate que era necesario para salvarme decir que yo había estado contigo a las siete, de las siete a las ocho. ¿Qué harías?

—Diría que habías estado conmigo desde las siete a las ocho.

—Figúrate que a esa hora se practicaba en Madrid un crimen, y que yo era el autor de ese crimen.

Soledad se levantó:

—¿Pero tú qué tienes hoy?

—Responde.

—Ya respondí. En cualquier circunstancia en que te viese perdido y dependiese de mí el salvarte, te salvaría.

—¿Y continuarías queriéndome?

—Eso no sé…

Volvió la señora Jesusa, y la conversación cambió completamente de rumbo.

Víctor se animara, y parecía de mejor humor que nunca. Miraba a Soledad con ojos de pasión.

A las nueve y media se levantó para irse.

Soledad le preguntó:

—¿Vienes mañana?

—Mañana no sé.

—Es domingo.

—¡Ah! Sí.

Se despidió de la señora Jesusa.

Mientras en el pasillo se ponía el sombrero y Soledad alumbraba, murmuró:

—Me contraría andar con esto en el bolsillo.

Y se tentaba el pecho de la chaqueta.

Soledad interrogó:

—¿Qué te pasa?

—Nada. Un dinero que traigo conmigo para entregar por la mañana… Y por no tener que ir al escritorio y volver a salir, lo he recogido hoy.

—Pues ten cuidado; no te roben.

—Y tienes razón. Además es una suma relativamente grande.

Soledad dijo riendo:

—Dámelo; yo te lo guardaré.

Víctor repuso radiante:

—Y por qué no. Es una excelente idea… Mañana pasaré a buscarlo. Es además una manera de verte.

—Pues en ese caso ya no te dejo… Venga el dinero. Víctor sacó del bolsillo un abultado fajo de billetes y se lo entregó a Soledad.

La muchacha, un poco perpleja con el dinero en la mano, murmuró:

—Si la tía sabe que tenemos este dinero en casa no duerme.

—¿Por qué?

—Porque tiene mucho miedo a los ladrones.

—Lo mejor, entonces, será no decírselo.

—Sí; yo le esconderé.

Víctor se despidió nuevamente, y salió.

La calle estaba obscura.

Adelantó algunos pasos.

No transitaba nadie.

De pronto sintió un quejido triste, que le pareció haber sonado casi a su espalda.

Se volvió.

Horrorizado creyó ver en las tinieblas la vaga figura de la señora de Neira, agitando furiosamente, por un hilo de carne, la cabeza degollada.

Se alejó corriendo.

Capítulo XI

¡Un día más!

EN uno de los primeros capítulos de este libro dejamos a Soledad desfallecida en su lecho al tener noticia del doble asesinato realizado en Madrid Moderno.

El lector habrá, sin duda alguna, comprendido que la pobre muchacha sucumbiera a la sospecha fulminante de que el hecho se relacionaba con las palabras que Víctor pronunciara la noche anterior, y con el juramento que le arrancara de que le salvaría si le viese perdido.

Cuando la señora Jesusa entró en su cuarto y le hizo relato del crimen, sintió un escalofrío, como si le hubiesen dado una noticia personal de horrible alcance.

Se durmiera recordando las palabras de Víctor y su infantil sospecha de que ella no le amaba bastante y su doctrina del amor indestructible, y, finalmente, su proposición monstruosa de un crimen y de un criminal a quien es necesario salvar…

Se despertó con la noticia de un crimen, semejante en todo al que Víctor había supuesto.

Entonces, en una instantánea evocación de la escena de la víspera, vio a Víctor en un aspecto nuevo, y dio a sus palabras una muy distinta significación.

Le pareció verle sobresaltado, inquieto, poseído de una preocupación extraña.

Recordó que la expresión de su rostro no era la habitual, y que en toda la persona de Víctor se advertía una profunda agitación.

Todo esto, como en confuso torbellino, acudió en un momento a su espíritu.

Sintiose poseída de un súbito pavor, y sin poder dominarse prorrumpió en un llanto inexplicable.

Logró, sin embargo, serenarse, y a solas, en su alcoba, reflexionó que quizás era absurdo todo cuanto estaba pensando.

Su alma, honrada y buena, no podía admitir la idea de que Víctor hubiese cometido un crimen.

Un crimen lo practica un criminal, y Víctor no era un criminal.

No tenía ese aspecto. No tenía las actitudes que el ser criminal requiere.

¿Era acaso posible que Víctor, el amor de su vida, practicase un crimen?

No, no era posible.

¿Y para qué un crimen?

¿Con qué objeto?

Había, por tanto, disipado esa monstruosa aprensión, cuando su tía entró de nuevo en la alcoba, y en pocas palabras la puso enfrente del crimen tal como Víctor lo había supuesto, tan rigurosamente como ella se lo oyera contar la noche anterior.

¡Dos mujeres asesinadas al caer de la tarde, el asesino en fuga; en una palabra, el crimen real, auténtico, inconfundible!

Tuvo la impresión real y abrumadora de que el crimen fuera efectivamente cometido por Víctor, el cual la había hecho su cómplice arrancándole el juramento de que le salvaría si le viese perdido.

Esta impresión fue rápida y precisa.

Sintió entonces tal horror que perdió el sentido como ante la luz fulgurante de un rayo.

Cuando entró el médico, que había sido llamado a toda prisa, Soledad aún no había recuperado el sentido.

La señora Jesusa, muy asustada, lloraba a su lado.

El médico se acercó, acompañado de Doroteo, que no decía una sola palabra, pero en cuya fisonomía se advertía una gran inquietud.

El médico se informó minuciosamente de las circunstancias en que le había dado el síncope.

Quedó muy sorprendido cuando la señora Jesusa le contó entre lágrimas lo que había pasado.

Después de un instante el médico murmuró:

—Es curioso. Una muchacha tan fuerte. ¡Nunca le había sucedido eso!

—Nunca. Ha sido siempre muy robusta.

El médico recetó rápidamente en una hoja de papel que Doroteo llevó a la botica, y mientras esperaba que volviese con los medicamentos, procuró reanimar a Soledad haciéndole respirar sales y mojándola las sienes con agua.

Pero sus cuidados y sus esfuerzos fueron inútiles.

Soledad parecía muerta.

La señora Jesusa estaba muy asustada.

El médico no cesaba de murmurar:

—Es curioso que la noticia del crimen le haya causado tanta impresión.

La señora Jesusa musitó:

—Sí. Ella nunca fue nerviosa. Pero desde que está en amores ha cambiado mucho.

El médico asintió:

—Es verdad. Parece más flaca. ¿Iba a casarse?

La señora Jesusa no respondió.

Soledad acababa de moverse en el lecho.

Se aproximaron.

La señora Jesusa, encorvándose sobre las almohadas y acercando su rostro al rostro de Soledad, murmuró:

—¡Soledad! ¡Hija mía!

La enferma no respondió.

El médico la tomó el pulso.

—Está muy agitada. Es preciso calmarla.

Soledad abrió los ojos y volvió a cerrarlos, como si quisiese dormir.

De tiempo en tiempo sufría un estremecimiento y exhalaba un largo suspiro.

Llegó Doroteo con los remedios.

La señora Jesusa intentaba despertar a Soledad de aquel largo e inexplicable desmayo:

La llamaba angustiada y llorosa:

—¡Soledad! ¡Hija mía! ¿No me oyes? ¡Despierta! ¿No me ves?

Soledad parecía haber caído en un profundo sueño.

El médico salió del cuarto con Doroteo, dejando a la señora Jesusa al lado de la enferma.

Antes de que Doroteo le interrogase, el médico dijo:

—No es cosa de cuidado. Está en una edad crítica. ¿Por qué no la casan ustedes?

—Va a casarse.

—¿Con quién? ¿Puede saberse?

—Con un muchacho empleado en el Crédito Argentino.

Quedaron los dos silenciosos un instante.

El médico era joven, recién salido de la Universidad; pero ya había adquirido una excelente reputación.

Apenas hacía un año que vivía en el barrio, lo cual no impedía que gozase ya de una clientela numerosa.

Era un hombre de mediana estatura, que podía frisar en los treinta años.

Hacía pocos meses que era el médico de la familia.

Hacía pocos momentos que permanecía en la sala con Doroteo cuando la señora Jesusa gritó desde la alcoba:

—¡Doroteo! ¡Doroteo!

El médico dijo:

—Vamos allá. Sin duda ha vuelto ya en sí.

Volvieron a la alcoba de Soledad.

Con efecto, la enferma había vuelto en sí y lloraba en silencio, sin querer responder a ninguna de las preguntas que le dirigían.

* * *

Ahora veamos lo que había sido de Víctor al salir de casa de Soledad.

Acobardado y lleno de recelos se dirigiera a su domicilio y se acostara, pero en toda la noche no había podido hacer sueño de provecho.

Solamente hacia la mañana logró quedar traspuesto.

Se despertó hacia el mediodía.

El sol entraba a torrentes por la ventana que por descuido quedara abierta.

—¡Mediodía ya! —pensó Víctor.

Como justificando su pensamiento un reloj lejano dio las doce.

Apenas faltaban algunas horas para que finalizase el plazo que el Gerente del Crédito Argentino le marcara para el reembolso de la suma robada.

¡Dos horas!

¡Qué hacer!

¿Salir?

El espíritu, de nuevo desordenado, inquieto y conturbado, necesitaba subordinarse al frío raciocinio, a la resolución práctica que le sugiriese su mente en el momento crítico, en aquel momento que se acercaba rabioso e inexorable.

Inquieto, pero deseoso de hallar un fin a sus inquietudes, Víctor se levantó.

Estaba vistiéndose cuando un son agudo, vibrante, fino, llegó a su oído.

Se estremeció.

Era la campanilla de la puerta.

Alguien la hacía sonar con violencia.

Víctor pensó palideciendo:

—¡Sin duda la policía!

El crimen estaba descubierto.

Tal vez la criada herida le había indicado como uno de los asesinos.

Con profundo estupor comprendió la inutilidad de su crimen.

Una vez más sintió su horror.

Así se sucedían de tropel los temores, las suposiciones y las dudas en el espíritu del criminal, cogido de sorpresa al levantarse del lecho. Acorralado en su alcoba, y como fiera perseguida, acorralado en lo más hondo de la caverna que le sirve de abrigo.

Aplicó el oído.

Abrían la puerta.

Pasos pesados resonaban en el corredor.

Una voz pausada, cavernosa, con marcado acento gallego, saludaba a la sirvienta.

Era el aguador que ascendía con su pesada cuba.

¡No era todavía la policía!

Respiró.

Su pecho quedó libre de la opresión nerviosa que le impedía respirar.

¿Por qué temer?

Todavía no estaba perdido.

Era preciso conservar la serenidad.

Era preciso reflexionar.

A merced del acaso preparaba ya el medio de defenderse hasta el último extremo.

Sin duda que Soledad justificaría ante el juez lo que él, Víctor, hiciera entre siete y ocho de la noche aquel día fatal en que su sino le lanzara en el declive que debía conducirle a la ignominia del presidio si le faltaba serenidad y astucia para la defensa.

Una vez más se repitió a sí mismo.

—¡Serenidad! ¡Serenidad! Es preciso serenidad para defenderse.

Resuelto a vivir, acabó por decidirse y afrontar fríamente la pena que le impusiesen los tribunales por el robo en la caja del Crédito Argentino.

Aquietado su espíritu pudo raciocinar fríamente.

Necesitaba estar calmado, sereno, con absoluta consciencia de que la responsabilidad exigida por los tribunales no pasaría de la consecuente a un desfalco de la Caja.

Necesitaba convencerse para su defensa que no había cometido el horrible asesinato que los periódicos pregonaban con grandes letras.

El terrible asesinato de Madrid Moderno, que servía de pasto al terror y a la locuacidad de las mujeres inactivas, reunidas en el patio de esas colmenas humanas que se llaman casas de vecindad.

Era preciso estar tranquilo.

La tranquilidad era la victoria.

¿Cómo conseguirla?

Convenciéndose de que sus manos no estaban teñidas de la sangre de la anciana señora de Neira y de su imprudente criada.

El asesino era Vicente Vellido.

Para conseguir llegar a este fin se paseaba pausadamente a lo largo del cuarto, gesticulando, sugestionándose la extraña convicción de que no era un criminal.

Necesitaba la convicción, urgía proveerse de ella, armarse con ella, como con una coraza invulnerable que resiste a todos los golpes.

Víctor ladrón, era un hecho positivo, auténtico, indiscutible.

Víctor asesino, era una acusación infame, que debía rechazar por absurda, injustificada.

¡Era la calumnia!

A la hora del crimen Víctor estaba al lado de Soledad.

Si se lo preguntasen ella lo declararía así.

A las sospechas de la policía o las acusaciones de los jueces respondería sereno y a la fuerza de la convicción.

Él, Víctor, procedía en aquel momento al tenaz trabajo de expulsar de su cerebro la verdad, sustituyéndola por la necesidad.

En el interior de la casa de nuevo el reloj vibró agudo y rápido tres veces.

Las tres de la tarde.

En breve el Gerente del Crédito Argentino cumpliría su palabra entregándole a la policía.

Instintivamente miró hacia la puerta en espera que un ruido denunciase la proximidad de los agentes.

¡Nada!

La tranquilidad que le rodeaba se unía a la tranquilidad del día, lleno de luz.

Se aproximó a la ventana y miró hacia la calle.

La idea de un peligro cercano, inminente, le preocupaba.

Con rápida ojeada recorrió todo el trayecto que desde la ventana se abarcaba.

La calle estaba desierta.

Un relámpago de alegría brilló en sus ojos.

Brilló y pasó rápidamente.

Tal vez el Gerente no cumpliese la amenaza de entregarle a los tribunales tan pronto el plazo de las 48 horas transcurriese.

Pero esta esperanza quimérica no arraigó en su espíritu.

La Sociedad del Crédito Argentino vivía por el dinero y para el dinero.

No debía esperar clemencia.

Sería implacable como el destino.

Y, ¿por qué temer?

El peligro que la víspera lo llevara a ser el cómplice de Vicente Vellido impulsado por un exagerado sentimiento de defensa, era hoy mirado por Víctor fríamente y sin susto.

Ayer, por huir del robo, presenció un asesinato en el cual era cómplice; hoy, por huir del asesinato, se complacía en ser ladrón.

Así, obligado a afirmar y reconocer el robo practicado, se concentraba en sí mismo y vivía únicamente para el castigo y la pena de un delito relativamente pequeño, insignificante.

De ese, únicamente de ese, respondería ante la justicia de los hombres.

El resto no existía.

Era falso.

Víctor, que al abandonar la ventana reanudara sus paseos a lo largo de la habitación, acabó de completar su plan de defensa.

Ya no temía a la policía como antes.

Preparado a recibirla se sentía fuerte.

Tomó el sombrero y se dispuso a salir.

¿La policía no lo buscaba?

Él iría a su encuentro.

Bajó la escalera lentamente.

Al pisar la calle se estremeció.

En la acera de enfrente se paseaban dos hombres vestidos con descuido.

Parecían disfrazados aquellos dos hombres.

Víctor se detuvo y pensó:

—¡Son ellos!

Reconocía a dos individuos de la policía secreta.

Llegada la hora el Gerente le había denunciado.

En la satisfacción mal contenida que los agentes dejaban adivinar en la mirada, Víctor comprendió la supresión de su libertad.

Comprendió que de allí en adelante pasarían sus días en un calabozo infecto.

Aquella sonrisa de satisfacción que brilló en los labios de los agentes denunciaba la misión cumplida.

Las órdenes superiores satisfechas.

Uno de los policías avanzó.

Automáticamente el otro hizo lo mismo.

Interceptaron el paso apoyados en el bastón característico.

El más viejo de los dos agentes interrogó:

—¿De dónde viene Vd.?

—Vengo de mi casa.

—¿En qué piso habita Vd.?

—En el tercero.

—¿Está Vd. empleado en una casa de Banca?

—Sí. ¿Pero con qué derecho me interroga Vd.?

—Soy agente de policía.

—¡De policía!

—Sí.

Víctor quedó indeciso.

El agente continuó:

—¿En qué casa está Vd. empleado?

—En el Crédito Argentino.

—¿Su nombre de Vd.?

—Víctor Rey.

El agente se volvió a su compañero murmurando:

—¡Es él!

El otro hizo un gesto de asentimiento.

Víctor preguntó con cierta arrogancia.

—En fin, ¿qué desean?

—Que nos acompañe.

—¿A dónde?

—A presencia del juez.

—¿Por qué?

—No sabemos. Tiene que acompañarnos.

Víctor sintió frío en las venas.

Dudaba si le prendían por el robo en la caja del Crédito Argentino, o por el asesinato de Madrid Moderno.

Hizo un poderoso esfuerzo sobre sí mismo, y logró serenarse.

Volviéndose a los agentes dijo, afectando frialdad:

—¡Vamos! Estoy a las órdenes de ustedes.

Los tres echaron calle abajo.

Víctor caminaba entre los dos agentes.

Llegaron a las Salesas.

En el edificio de juzgados se notaba un gran movimiento. El crimen de Madrid Moderno era el tema obligado de todas las conversaciones.

Víctor entró con el sombrero echado sobre los ojos. Deseaba ocultarse en lo posible a las miradas de los curiosos.

Un portero murmuró al verle:

—¿Será cosa del asunto de Madrid Moderno?

Víctor sintió un escalofrío.

Un alguacil repuso:

—No me lo parece.

Víctor y los agentes se internaron por los largos corredores. No tardó en ser introducido en el despacho del juez de guardia.

El juez era un hombre todavía joven.

El interrogatorio fue corto.

Se trataba del robo de la caja del Crédito Argentino.

El preso no huía las responsabilidades de la acusación. Era él quien había robado la caja.

Su confesión fue espontánea, fría, precisa.

El juez hizo un gesto, y los dos agentes condujeron a Víctor a la Cárcel Modelo.

Una vez allí se le encerró en un obscuro calabozo.

Era obscuro y sórdido.

Víctor, al encontrarse solo, se dejó caer en una estera que había en un rincón.

La tarde comenzaba a declinar.

Los rayos dorados del sol penetraban por un alto tragaluz. Víctor miró con profunda tristeza aquel sol que había iluminado su último día de libertad.

Cerró los ojos y pensó…

No podía dudar de la suerte que le esperaba.

La sentencia se reduciría a un año de prisión.

Tal vez seis meses.

Después, rehabilitado por la expiación, emprendería una vida nueva.

El mundo era grande.

Miró al tragaluz.

El sol había desaparecido.

El calabozo estaba obscuro.

Pasó la noche en una gran agitación tendido sobre la estera.

Al día siguiente, un guardia de uniforme entró a llamarle:

—Acompáñeme.

Víctor se puso en pie.

Todo el cuerpo le dolía.

Estaba entumecido.

Dirigiéndose al guardia, interrogó:

—¿Quién me llama?

—El señor juez.

—Ya me ha interrogado…

—Ha sido el señor juez de guardia.

—¿Quién es ahora?

—Don Máximo Baroja.

Víctor salió conducido por el guardia.

Fue llevado a presencia del juez.

Don Máximo Baroja estaba sentado en un sillón, y se limpiaba las gafas con el pañuelo.

Al entrar el reo se las puso.

Iba a empezar el interrogatorio.

Capítulo XII

La casa de Doroteo

PARECÍA un hogar visitado por la desgracia aquel honrado hogar de obreros.

En la casa reinaba un silencio sombrío y de mal agüero.

Doroteo, sentado en un extremo de la sala, parecía abatido por una gran tristeza.

La señora Jesusa iba de un lado al otro, trajinando por la casa.

Tenía los ojos llorosos.

Soledad, aquella sobrina a quien querían como a una hija, se había enamorado de un ladrón.

El Liberal de aquella mañana traía la noticia de la prisión de Víctor Rey, acompañada de pormenores referentes a la captura y al robo en la casa del Crédito Argentino.

No era infundada, pues, la instintiva y secreta desconfianza que el honrado Doroteo había sentido por Víctor desde el primer momento.

Mentalmente recordaba la mala impresión que Víctor le causara.

De circunstancia en circunstancia recordaba hechos, frases sueltas que Víctor más de una vez había pronunciado y que le quedaran grabadas en la memoria.

La señora Jesusa entró agobiada bajo el peso de su pena y preguntó:

—¿Quieres que cenemos?

Doroteo repuso distraídamente:

—Bueno.

Pero no se movió.

Al cabo de un momento murmuró, dirigiéndose a su mujer:

—¿Y Soledad?

La señora Jesusa, por toda respuesta, se enjugó los ojos con un pico de su delantal y suspiró:

—¡Pobre hija! ¡Pobre hija! Quién podría suponer.

Doroteo exclamó con cólera.

—Pues a mí no me ha engañado nunca ese ladrón.

Callaron los dos. La sala volvió al silencio, cortado breves momentos por el diálogo entre los dos esposos.

Entró Soledad. Estaba muy pálida pero parecía resignada y serena.

Al violento desmayo del primer momento sobrevenía la serenidad de las grandes resoluciones.

Víctor estaba preso.

El hombre pérfido que la envolviera en el secreto sangriento de un crimen acudiría a ella para salvarse.

¡Y ella prometiera salvarle!

¡Lo había jurado!

¡Era preciso cumplir aquel juramento!

No habría ni dudas ni vacilaciones ni temores que la detuviesen.

Su carácter honrado, puro e íntegro le indicaba no la complicidad en una tragedia horrible, en la cual se transforma en delito la solidaridad, sino el cumplimiento de un deber que se había impuesto por una promesa.

¿Había jurado a Víctor arrancarle de aquel abismo de eterna perdición?

Pues debía cumplir el juramento empeñado.

Después, en lo porvenir, procuraría olvidar al hombre que el destino cruzara en su existencia para perturbarla y herirla.

Por el presente urgía patentizar con hechos la afirmación sincera que Víctor le arrancara en nombre del más puro y elevado sentimiento que puede cobijarse en un alma femenina.

Había pasado muchas horas meditando en la posibilidad de que Víctor no fuese el asesino.

Dolorosa meditación.

Soledad no podía tener dudas acerca de aquel punto tan doloroso.

¿Por qué forjarse todavía esa hipótesis salvadora?

Con la certeza de la infamia de Víctor, su dolor sería más grande.

Víctor, el hombre al que ella había juzgado como un ser superior.

¿Qué fuera aquella discusión sobre el amor que con ella, con Soledad, sostuviese aquella misma noche del crimen?

Una hábil y cobarde maniobra para engañar a los jueces si era acusado.

Había sorprendido la buena fe de Soledad conduciéndola a una celada ruin.

Era su novia y la había hecho su cómplice.

Y una repugnancia invencible asaltaba el espíritu de Soledad.

Las dos víctimas del crimen estaban condenadas a no encontrar venganza

porque Soledad salvaría al criminal.

¿Qué hacer?

Víctor, sin duda, invocaría ante el juez, a fin de demostrar su inocencia, el testimonio de la honrada muchacha que le había dado el corazón y la honra.

A todos los instantes aplicaba el oído convencida de que no tardaría en ser reclamada su declaración, y cada vez que la campanilla vibraba creía ver la figura de un policía que venía a buscarla.

Cuando llegase el momento decisivo, ¿tendría el valor de presentarse ante el juez y, cumpliendo la promesa empeñada, declarar en falso?

¿Se dejaría envolver en una emboscada sentimental?

¿Debía aceptar entera la responsabilidad contraída?

Una dificultad se imponía temerosa.

¿Cómo prevenir a sus tíos de que prometiera afirmar falsamente ante el juez que Víctor Rey, de las siete a las ocho de la noche estuviera junto a ella en la misma casa que habitaban?

Soledad, no solo se obligara a declarar en falso, sino que arrastraba también a sus tíos.

¡Era demasiado!

Podía jugar con su felicidad, podía jugar con la tranquilidad de su conciencia.

Pero, ¿tenía derecho para arrastrar también a sus tíos?

Y Soledad no hallaba solución al doloroso conflicto.

La situación no podía ser modificada.

Era un fantasma que se erguía inexorable.

No se podía huir del destino.

Podría hablar a sus tíos, decirles toda la verdad que le quemaba el alma.

Podría arrojarse a sus pies y demostrarles con la persuasiva elocuencia del llanto la violencia del dolor que la torturaba.

Firmemente resuelta, arrostraría el peligro; quería conjurar la tempestad para debilitar sus efectos inmediatos.

Se irguió del lecho pálida y serena cual estatua.

La ironía del destino produjo en sus labios una dolorosa contracción de sonrisa.

—¡Vamos allá!

Soledad, erguida, encaminose hacia el lugar donde estaban sus tíos.

Pasaron unos momentos.

Los tíos esperaban cabizbajos y silenciosos que Soledad hablase.
Adivinaban que se trataba de alguna cosa terrible.
La actitud serena de Soledad confirmaba aún más sus sospechas.
—¿Por qué te has levantado? —preguntó Doroteo.
—Tengo que hacerles una confesión.
—Habla.
—Víctor está preso.
La señora Jesusa bajó aún más la cabeza.
Doroteo murmuró sombrío:
—Sí, robó la caja que le fuera confiada.
Soledad, con el espanto y la sorpresa pintado en su rostro repitió:
—¿Robó la caja?
Doroteo explicó entonces gravemente:
—Sí, hija mía. Después del desmayo que has sufrido juzgué prudente ocultártelo.
Soledad lanzó un grito.
—¡Ah! Lo comprendo todo, todo…
Y sin poder proferir más palabras cayó desvanecida.
Doroteo y su mujer siguieron por mucho tiempo ignorando el terrible secreto que unía a su sobrina con el asesino.

* * *

Cuando volvió de su desmayo Soledad se encontró en su lecho cuidadosamente asistida por su tía.
Después de administrarla una taza de tila, la señora Jesusa le dijo con cariño, entregándole una carta:
—Toma, Soledad, hace una hora la han traído; el mozo todavía espera la respuesta.
Soledad rasgó el sobre con mano temblorosa.
La señora Jesusa se apartó para levantar los visillos de la ventana y Soledad, así, tuviese luz para leer. Pero viendo que Soledad palidecía y dejaba caer la cabeza de la almohada, acudió corriendo.
Curiosa y anhelante interrogó:
—¿Qué tienes, qué dice esa carta?

Antes de que Soledad hubiese tenido tiempo de contestar, entró Doroteo.

Se acercó presuroso y cogió la carta que Soledad había dejado resbalar hasta el suelo.

Soledad murmuró con voz débil:

—Léala Vd.

Doroteo comenzó la lectura con la voz emocionada:

«Soledad, estoy preso. Los tribunales me acusan de un singular delito: la policía me juzga autor del doble asesinato del Madrid Moderno.

Como se ve, la situación en que me encuentro es difícil y dolorosa.

Conducido al hospital fui careado con la criada de la infeliz señora de Neira, que, sin duda aconsejada por la justicia o llevada de un error deplorable, afirmó ser yo el individuo que cometió el crimen.

Excusado es encarecer con palabras lo grave de la situación.

Por la lectura de los periódicos juzgo que tú, Soledad, debes a esta hora conocer que el crimen fue cometido entre las siete y ocho de la tarde.

Mejor que nadie saben en esa casa que es imposible pueda yo ser autor del crimen que me imputan.

Entre siete y ocho de la tarde yo me hallaba allí.

¿No es verdad?

—*Sí.*

No pudiendo probar dónde me encontraba a las horas dichas, estaré irremediablemente perdido. Sin embargo, dudé en afirmar que había estado en esa casa, lo que tan fácil sería de probar.

Era natural la duda.

No quería evocar un nombre puro y mancharlo con la deshonra que sobre mí pesa.

Pero hoy mi libertad y mi vida dependen de esa prueba.

Si un desgraciado que se llama Víctor aún encuentra un eco piadoso en el corazón de Soledad, no será condenado como asesino.

Es lo último que quizá tenga derecho a pedir después de mi falta.

Víctor Rey.

Cárcel Modelo, tres de la tarde».

Doroteo terminó la lectura de la carta, se enjugó la frente húmeda de sudor.

La señora Jesusa miró a Soledad y preguntó con timidez:

—¿Tú te acuerdas a qué hora vino ese día?

Soledad murmuró apenas.

—Sí, señora.

—¿Vino efectivamente entre siete y ocho?

—Sí, señora.

La anciana calló un momento y luego concluyó:

—Me parecía que había venido más tarde. Pero ya que tú dices que no… Yo

tengo tan mala memoria.

De nuevo guardaron silencio.

Soledad, haciéndose superior a su angustia, se incorporó en el lecho.

—Tía, deme Vd. papel para contestar esa carta.

La señora Jesusa fue a hacer lo que su sobrina le pedía.

Doroteo, retirado en un extremo de la estancia, parecía irritado y confuso, abatido y despechado.

La lectura de aquella carta le indignara.

El singular documento que Víctor enviara desde el calabozo venía fatídico y brutal a completar la obra destructora de aquellos amores.

Pasaron algunos momentos.

Soledad dobló la carta que había escrito rápidamente. El mozo aún esperaba la respuesta.

Doroteo y su mujer se acercaron a Soledad.

La sobrina leyó en voz baja y ronca la respuesta que enviaba a su antiguo novio.

Soledad respondía que el deseo manifestado por Víctor en su carta sería satisfecho.

Salió Doroteo con torvo aspecto a entregar al mozo la respuesta.

Cuando salió el anciano, la señora Jesusa y Soledad se abrazaron llorando.

Capítulo XIII

Una prueba inútil

DESPUÉS de la escena del reconocimiento llevada a cabo entre la criada herida y Víctor, este fue conducido de nuevo a la cárcel.

Don Máximo Baroja se sentía contrariado.

Su ardid judicial no había dado resultado.

El crimen de Madrid Moderno continuaba envuelto en las sombras de un impenetrable misterio.

Víctor asomó la cabeza por el ventanillo de su calabozo y llamó al carcelero.

Este acudió con un manojo de llaves en la mano.

La puerta se abrió rechinando sobre sus goznes.

El carcelero preguntó con voz adusta:

—¿Qué se ofrece?

Víctor respondió:

—Necesito hablar con el señor juez.

—¿Quiere hablarle?

—Sí.

—Tendrá que esperar una hora.

—¿Por qué?

—Porque no está en el edificio. Aquí no son los juzgados. Víctor repuso de mal talante, retirándose al fondo del calabozo:

—Ya lo sé.

El carcelero dijo en el mismo tono áspero y brutal:

—Pues parece olvidarlo.

El carcelero hizo sonar las llaves y cerró de nuevo la puerta.

Después llamó a un agente de Orden Público para que llevase al juez el recado comunicándole el deseo del preso.

El nombre de Soledad iba a entrar en el enmarañado proceso del asesinato de la señora de Neira.

Víctor, solicitando comparecer ante el juez, intentaba utilizar una prueba.

Él escribiría a Soledad pidiéndole una declaración que sería sin duda el

cumplimiento de lo que la joven jurara.

El juez, D. Máximo Batoja, se hallaba en su despacho cuando llegó a las Salesas el agente encargado de comunicarle los deseos del acusado del crimen de Madrid Moderno.

El juez se perdía en cavilaciones cuando el guardia abrió la cortina de terciopelo rojo preguntando:

—¿Da su licencia el señor juez?

El juez contestó distraído:

—Entre.

El guardia entró saludando.

—El detenido por el crimen de Madrid Moderno desea hablar con el señor juez.

Don Máximo Baroja levantó la cabeza sorprendido.

Antes de pronunciar palabra, se quitó los anteojos y los dejó sobre la mesa.

Todo en su rostro parecía interrogar.

Pero dominándose murmuró con frialdad:

—¿Qué decía Vd.?

El agente repitió:

—El detenido por el crimen de Madrid Moderno desea hablar con el señor juez.

—¿No ha manifestado lo que tiene que decirme?

—No, señor.

—¿Pero se sabe si es una declaración lo que quiere hacer?

—Sí, señor. Una declaración.

—Vaya Vd. a decir al actuario que nos trasladamos a la cárcel para tomar una declaración.

El agente salió.

Poco después entraba el actuario.

Se puso a las órdenes del señor juez.

Don Máximo Baroja pidió su abrigo a un ujier, que se lo trajo velozmente, y con gran respeto le ayudó a ponérselo.

El juzgado se trasladó a la Cárcel Modelo.

Llegaron en breve rato.

El carcelero acudió a ponerse a las órdenes del juzgado.

Guiado por un dédalo de corredores condujo al juez y al actuario al calabozo del preso.

Don Máximo Baroja, que creía conocer las intenciones pacíficas de Víctor, mandó retirar a sus acompañantes con un gesto y murmuró al mismo tiempo:

—Esperen ahí fuera. Si es necesario les llamaré.

Y entró tranquilamente en el calabozo.

Víctor, que estaba echado sobre el camastro, se levantó al verlo.

Don Máximo Baroja le interrogó.

—¿Ha manifestado Vd. deseos de verme?

—Sí, señor.

—¿Quiere Vd. ampliar su declaración?

—Sí, señor.

Don Máximo Baroja sonrió. Después, con cierta satisfacción dijo al reo:

—¿Al fin se decide Vd. a auxiliar al juzgado?

—Está Vd. equivocado, señor juez.

—¿Cómo?

—Sí, señor. Yo no soy policía.

Don Máximo Baroja frunció el ceño.

—Advierto al reo que estoy dispuesto a castigar su insolencia.

Víctor repuso con gran serenidad:

—No son insolencias, señor juez.

—Sí; Vd. procura deprimir mi autoridad.

Después de una pausa continuó el juez:

—¿Por qué ha solicitado Vd. ampliar su declaración? ¿Desea Vd. confesarme algún hecho omitido y que juzga importante?

—Sí, señor.

—Puede Vd. comenzar.

—El señor juez se ha molestado cuando dije que no era policía…

Don Máximo Baroja le interrumpió:

—Procure el preso evitar digresiones.

—Indispensables, sin embargo…

—Continúe Vd.

—Cuando afirmé que no era policía era mi intento demostrar que si hablo no es para auxiliar al juzgado, sino para defenderme de la injusta acusación que pesa sobre mí.

—En el último interrogatorio no ha conseguido usted destruirla.

—Perdón; el señor juez se olvida…

—No olvido nada.

—Sí, señor; he dicho que a la hora del crimen me hallaba en otro lugar.

—¡Ah! ¡Sí! Esa novela de una mujer…

—El señor juez puede clasificarla como mejor le parezca, pero yo también podré probar la verdad de lo que digo.

Don Máximo Baroja se cruzó de brazos y dijo con ironía:

—Veamos esa prueba magna.

Y añadió después de una pausa.

—Mucho más útil sería para el reo una confesión franca que todas esas argucias y coartadas, con las cuales no logra despistar al juzgado ni probar su inocencia.

Don Máximo Baroja sabía emplear la suavidad y la dulzura como una ganzúa para abrir clandestinamente el corazón de los reos.

Pero Víctor no era un reo vulgar y aquel procedimiento no dio el menor resultado.

Encarándose con el juez, dijo con la mayor sangre fría:

—El señor juez pretende de mí una franca confesión y yo propongo una prueba. Discretamente, el señor juez procura insinuarse, sorprenderme, obligándome a confesar lo que rechazo…

Don Máximo Baroja le interrumpió:

—Diga el acusado lo que tiene que decir y suprima los comentarios y las consideraciones.

—Procuraré complacer al señor juez.

—Sería de desearlo.

—Movidos por sentimientos opuestos, estamos empeñados en un fin idéntico.

—Procure el reo aclarar más los conceptos.

—El señor juez quiere castigar; yo quiero defenderme. No somos adversarios, somos socios.

D. Máximo Baroja miró estupefacto a Víctor. Dudó si se había vuelto loco.

Víctor, que observó la sorpresa de D. Máximo, dijo con la mayor naturalidad:

—Veo que el señor juez se sorprende.

D. Máximo Baroja, aparentando indiferencia, dijo:

—Espero que el reo concluya de explicarse.

—Es muy fácil. El señor juez busca un criminal.

—Ciertamente.

—Pues por eso anuncié una comunicación importante.

—Que todavía no ha hecho.

—Pero que haré.

—Veamos.

—Continuar persiguiendo una pista falsa es perjudicial para la justicia.

—¿Cómo?

—Garantiza la impunidad del criminal y yo deseo probar de una manera concluyente que el juzgado sigue una pista falsa. Presto con esto un servicio a la justicia y pruebo mi inocencia. Tal es el raciocinio que hace poco me hizo decir con gran extrañeza por parte del señor juez que éramos socios.

—¿Y cree el reo que podrá probar su inocencia?

—Así lo espero.

—Si es así, antes debió haberlo hecho.

—Olvida el señor juez que afirmé haber estado a la hora del crimen en casa de una mujer. Recordará el señor juez que dudé en citarla como testigo, sin previa autorización por parte de ella para poder unir su nombre a mi deshonra. Así que cuando me retiré al calabozo fue el meditar y resolver.

—¿Resolver qué?

—Escribirle.

Don Máximo Baroja miró fijamente al reo como si con los ojos tratase de penetrar en su conciencia, y después interrogó:

—¿De manera que está dispuesto a escribirle?

—Sí, señor.

Entonces D. Máximo Baroja abrió la puerta y llamó.

Entraron el actuario, el carcelero y dos guardias.

Don Máximo Baroja dispuso que trajesen al reo recado de escribir.

Fue obedecido y Víctor borrajeó en pocos momentos la carta dirigida a Soledad.

Concluida la tarea miró al juez, que en todo aquel tiempo había tenido los ojos clavados en él.

Dobló la carta y se la entregó.

—El señor juez tendrá la bondad de hacer llegar esta carta a su destino.

—Ahora la llevarán.

—Un ruego tengo que hacer al señor juez: que el nombre de esa mujer no sea dado a los periodistas. Es una mujer honesta, soltera y no quiero envolverla en mi deshonra.

Víctor, aludiendo a Soledad en aquella forma, tenía como mira principal avalorar en la opinión del juez la declaración de la joven.

Don Máximo Baroja pronunció con cierta honrada sequedad.

—Tenga el acusado la seguridad de que el nombre de esa mujer no será del dominio público.

Víctor murmuró, bajando la cabeza:

—Gracias.

Don Máximo Baroja desdobló la carta, la leyó detenidamente y pareció satisfecho.

Después, volviéndose al carcelero, dijo:

—Dé Vd. esta carta a un hombre de confianza que vaya inmediatamente a entregarla.

—¿Tiene respuesta?

—Sí.

El carcelero salió a cumplir las órdenes del juez.

En el calabozo reinó un silencio sombrío.

Volvió a poco el carcelero haciendo sonar sus llaves y el juzgado salió.

La puerta del calabozo se cerró de nuevo y Víctor quedó solo, entregado a sus dolorosos pensamientos.

Una duda cruel le asaltaba.

¿Cuál sería la declaración de Soledad?

¿Cumpliría el juramento hecho?

¿No habría sido un error y una audacia imperdonable llamarla a declarar como testigo?

¿No era locura fiar en las palabras de una mujer, aunque esa mujer fuese su novia y estuviese ligada a él por vínculos tan íntimos?

Tales pensamientos, tales dudas y tales sospechas, hubieron de producirle un estado morboso de sobreexcitación nerviosa.

Lo más probable era que Soledad temiese comprometerse con una declaración que la haría cómplice en un terrible asesinato.

Y entonces, ¿qué haría? Seguramente lo confesaría todo.

Referiría ante el juez la conversación sostenida con Víctor pocas noches antes.

Referiría cómo, sin saberlo, se había comprometido. Cómo su novio le arrancara el juramento de salvarle.

Víctor ya no dudaba que había sido una torpeza incalificable citar a Soledad

como testigo en su defensa.

Pero ninguna de sus sospechas se realizó.

Soledad no pudo declarar ante el juzgado.

Enferma y retenida en el lecho, la prueba propuesta por Víctor, fuera necesariamente aplazada.

Luego, la detención de Doroteo vino a hacerla completamente inútil.

¿Qué importancia podía tener como prueba de descargo la declaración de la joven en favor de su novio y de su tío, que hacía con ella las veces de padre?

¡Ninguna!

* * *

En otro capítulo de este libro hemos dejado a Doroteo, el honrado albañil que conocimos al principio de esta historia, acusado y preso, como uno de los autores del doble asesinato de Madrid Moderno.

Su prisión, sin embargo, no fue larga. Bien que los autores del crimen no fuesen descubiertos, Doroteo pudo probar plenamente su inocencia.

D. Máximo Baroja era un juez lleno de sagacidad, y, si equivocado al principio, no tardó en advertir su error y subsanarlo, ordenando la libertad de Doroteo.

De aquella diligencia de registro que el mismo día de la detención de Doroteo mandara practicar en casa de este, no había resultado ningún indicio de culpabilidad contra el buen hombre.

Soledad, que guardaba, como nuestros lectores saben, los billetes que Víctor le entregara —dinero que la pobre muchacha ignoraba que procedía de un crimen y de un robo—, acababa de quemarlo.

Sus sospechas de la culpabilidad de Víctor eran tan grandes, y tal trastorno produjeron en sus facultades mentales, que arrojó al fuego aquel depósito.

Otra mujer menos leal y menos noble que Soledad quizá hubiera pensado solamente en ocultar mejor aquel dinero, pero Soledad solo pensó en hacerlo desaparecer por medio del fuego.

¡El fuego lo purifica todo!

Y el fuego hizo inútil la obra criminal de Víctor y de Vicente Vellido. A veces el destino tiene estas venganzas horribles.

CAPÍTULO XIV

¡LA HIJA!

NO hallando la policía rastro de Vicente Vellido ni pruebas de la culpabilidad de Víctor, el crimen de Madrid Moderno quedó por entonces en las sombras del misterio.

Víctor cumplió solamente condena por el robo cometido en la caja del Crédito Argentino.

Era la mañana de un hermoso día de verano.

En ella debíamos encontrarnos de nuevo con un personaje, a quien hemos conocido —siquiera muy rápidamente— en el comienzo de esta historia.

Lentamente subía por la calle de la Princesa, que conduce a la Cárcel Modelo, una mujer joven y de humilde aspecto, que daba la mano a una niña.

La mujer decía a la pequeña, que forcejeaba por detenerse ante todos los puestos de cachivaches y juguetes.

—Vamos, Luisita, anda. Es allí delante; mira, ya falta poquito.

La pequeña, a quien llamaban Luisita, era hija de Víctor.

El sol iluminaba la fachada de la Cárcel Modelo.

En el patio central algunos golfos desharrapados, de mirar equívoco y aspecto torpe, conversaban sobre los motivos de su prisión.

Era día de visita.

Los presos llenaban los patios.

Otros esperaban detrás de las rejas con los ojos interrogadores, aguardando la visita probable de algún amigo o pariente portador de algún auxilio de viandas o de dinero.

Los miserables, solos en el mundo sin amparo de padres y de amigos, esperaban también la visita de algún compañero de cárcel.

Los desgraciados, solidarios por el infortunio, se unen más fácilmente que los felices llenos de venturas.

En la cárcel todos son iguales.

El final de la condena es lo que los separa y diferencia.

Convencidos de que son víctimas de una injustificada venganza se prestan

mutuo auxilio en la lucha contra la sociedad que los condena.

¿Cuál fue su falta?

¿Robar?

También muchos hombres de la política y de la alta banca robaban y no estaban en la cárcel.

¿Habían burlado el Código?

¿Habían despreciado la ley?

Pues bien: ¿cuántos de los que vivían en medio del lujo y llenos de honores no habían hecho lo mismo?

¡La ley! ¡El Código! ¡La sociedad!

Mentiras.

Lo que en el mundo se necesita es tener protectores.

Ligados por el raciocinio que los inducía a la rebelión, planeaban ya la forma más hábil de escapar a la ley cuando reentrasen en la vida social, y poder prevaricar al amparo del código.

Los patios de la cárcel empezaban a llenarse de presos.

En los largos y húmedos corredores se respiraba una atmósfera de crimen.

A las rejas se asomaban nuevas figuras de presos.

Víctor no esperaba a nadie.

Pertenecía a la categoría de los miserables entregados al aislamiento de la suerte que los hería.

Desesperaba de encontrar protección en los hombres.

Estaba preso por auto del juez, que le había mandado a la cárcel en vista de que no podía presentar fiador para la libertad provisional.

Pero faltaba todavía la sentencia definitiva que debía dictar un jurado.

Era todo lo que Víctor sabía.

Tampoco quería saber más.

Para suavizar y endulzar su situación le bastaba saber que el asesinato de la señora de Neira permanecía en el misterio.

De Vicente Vellido no había vuelto a tener noticia.

Parecía que la tierra se lo había tragado.

Víctor no dejaba de pensar muchas veces en Paca la Gallarda.

Pero Paca no parecía recordarle siquiera.

Desde que Víctor estaba preso ni una sola vez fuera a verle.

Era natural.

El Víctor Rey que tenía dinero y pagaba trajes, y cenas y billetes para las

corridas de toros, ya no existía.

El empleado, que disponía de la caja del Crédito Argentino, había muerto.

Quedaba en su lugar un ladrón sin recursos, a merced de una condena que no debía hacerse esperar.

Víctor reflexionaba fríamente sobre su situación cuando fue sorprendido por la noticia que un compañero de cárcel vino a transmitirle.

¡Preguntaban por él!

¿Quién?

Una mujer todavía joven, pero con indelebles señales en su rostro marchito de una vida de sufrimiento.

Con la mujer venía una niña de corta edad.

¿Era posible que aún existiese alguien que no le hubiese olvidado?

Sin duda la indiferencia que le rodeaba no era tan espesa que un rayo de luz no viniese a infundirle alientos para proseguir la vida.

Sorprendido por la noticia pensara en las mujeres que había conocido cuando estaba en libertad.

¿Sería Soledad?

¡Imposible!

¿Paca la Gallarda?

Tampoco era probable.

Sacudido por la sorpresa, Víctor caminó rápidamente a encontrarse con la visita, ansioso de penetrar el misterio.

* * *

Nuestros lectores recordarán que Víctor, después de la marcha de Palomero, había tenido que dejar la casa de huéspedes, y que de degradación en degradación había llegado a confundirse en las últimas capas sociales.

Durante un año de miseria conoció en las tabernas sórdidas y sospechosas una sociedad ignorable, con la cual se identificara y de la cual solamente el encuentro imprevisto con Palomero, de vuelta en Madrid, había podido salvarlo empleándole en el Crédito Argentino.

Rara vez Víctor recordaba esa fase de la accidentada existencia que el destino le reservara.

No es de extrañar.

El hombre olvida fácilmente los duelos de la miseria cuando se ve libre de sus quebrantos.

Víctor no constituía una excepción.

Durante su empleo en el Crédito Argentino gozaba de una existencia holgada.

Le fue por esto, quizás, más fácil apagar en su espíritu los recuerdos de aquellos días en que vagaba por las calles como un mendigo, y dormía en los bancos de los paseos.

La sorpresa de Víctor, avisado de que lo llamaban, iba a dar lugar a nuevos sentimientos que constituirían la orientación de su vida futura, todavía no entrevista.

En medio de la sala, que el sol inundaba pasando por entre las rejas que defendían las ventanas, una mujer esperaba.

Asida por la mano tenía a una niña que forcejeaba por desprenderse.

Víctor miró al grupo y no reconoció a los visitantes.

La mujer se acercó.

Vestía pobremente, pero con aseo.

Llevaba la cabeza cubierta con un velo que al acercarse se levantó.

Su aspecto, pálido y dolorido, tenía la indeleble huella que denuncia esas existencias a las cuales el sufrimiento presta esas tintas sombrías que jamás se borran.

Estaba allí el tipo inconfundible de la mujer del pueblo sufrida y pacífica.

La mujer pronta al sacrificio y dispuesta a sobrellevar las mayores penurias con tal de ser útil a las personas que le son queridas.

La desconocida alzó los ojos hacia Víctor, preguntando:

—¿No se acuerda de mí?

Víctor un poco confuso, murmuró:

—Sí, me parece…

La mujer interrumpió rápidamente:

—Soy Luisa.

—¿Luisa?

—Sí.

Víctor, ahora, reconocía a la visitante.

Era la compañera del período de miseria.

De su unión efímera había nacido una niña.

Instintivamente, Víctor miró a la niña y la reconoció.

Luisa, indicando a la niña que curiosa miraba a aquel hombre, al cual veía por primera vez, murmuró enjugándose una lágrima:

—¡Es la hija!…

Movido de un impulso irresistible, Víctor se inclinó, tomó en brazos a la niña y la besó.

Sus mejillas enflaquecidas también se humedecieron de lágrimas.

¡Una hija!

Era el primer rayo de luz suave que lo acariciaba después de la negra noche en que vivía.

Sin duda, había hecho bien en luchar, salvándose.

Su vida, que hasta entonces no había tenido norte, tenía ahora un fin, un objetivo noble: ¡su hija!

Hacía pocos momentos se encontraba solo. Ahora invocaba una paternidad que en otro tiempo desdeñara y pusiera en olvido.

Sentíase invadido por un sentimiento nuevo hasta entonces desconocido.

Era padre.

En aquella niña de mirar vivo y cabellos rubios, encontraba el renacimiento de su sensibilidad casi embotada.

Luisa y su hija venían a encontrarle de nuevo en la situación miserable que determinara la unión y el nacimiento.

Víctor, poseído de un sentimiento de ternura, miraba a la niña y le agradecía la ventura que le proporcionaba.

Sobre Paca la Gallarda y sobre los amigos, surgía la mujer del pueblo dejada en el más cruel abandono.

¡Y era ella la única que no le olvidaba en la cárcel!

Con la voz muy conmovida, Víctor preguntó a Luisa:

—¿Supiste que estaba preso?

—Me lo dijo una vecina que lee los periódicos.

—¿Me conocía a mí?

—No. Pero como yo algunas veces le nombraba… Cuando leyó el periódico me lo dijo.

—¿Y resolviste venir aquí?

—Naturalmente… No he venido la semana pasada porque Luisita no tenía un vestido decente.

Víctor se sintió humillado.

Su hija no tenía vestido. Tal vez pasase hambre mientras él gastaba

alegremente con Paca el fruto del robo de la caja.

Ahora medía todo el abismo de la indignidad que cometiera; Víctor meditaba con la niña en brazos.

Aún podía reparar los efectos del crimen practicado.

Librando al mismo tiempo a Soledad de la dolorosa responsabilidad de la custodia del dinero que le había confiado.

Porque Víctor, incomunicado como estuviera los primeros días, no tenía la menor noticia de la momentánea detención de Doroteo, ni de la diligencia de registro practicada en su casa ni de la resolución adoptada por Soledad de quemar los billetes.

¡El producto del robo ya no era más que cenizas!

Pero Víctor lo ignoraba, así que resolvió interrogar a Luisa.

—¿Estás pronta a servirme?

—Estoy.

—¿Sabes que el jurado me condenará dentro de pocos días?

—Sí… Me lo han dicho.

—Pues bien: yo necesito de tu auxilio.

—Puede mandarme como antes, y como siempre.

—Cuando salgas de aquí, vas a las Salesas e indagas el día marcado para la vista.

—No dude que así lo haré.

—Y me mandas a decir.

—Yo misma vendré.

—Bueno… Todavía tienes otro servicio que hacerme.

—Diga.

—Es preciso que guardes el mayor secreto.

—¡Se lo juro!

—¿Por la muerte de mi hija?

—¡Sí!

—Fíjate en lo que voy a decirte. Vas a tener en tus manos el porvenir de esta niña.

Luisa interrogó llena de resolución.

—¿Qué es preciso hacer?

Víctor había tocado la cuerda más sensible del corazón de aquella pobre mujer. Sacó una tarjeta del bolsillo, y escribió algunas palabras con lápiz.

Al mismo tiempo que le entregaba a Luisa la tarjeta, le dijo:

—Aquí tienes…

—¿Dónde hay que entregarlo?

—Ahí lleva escrita la dirección. Dentro de unos días vas a esa casa de cambio de esa tarjeta, te darán cierto dinero que guardarás cuidadosamente hasta que yo recobre la libertad. Si tuvieses necesidad, puedes gastar de él.

Luisa interrogó recelosa:

—¿Y ese dinero?…

Víctor atajó rápidamente:

—Es mío.

—No; si no dudo…

—No puedes dudar. Es un depósito hecho por un amigo de familia para evitarme la prisión; desgraciadamente llegó tarde. Pero ya que no puede librarme de la prisión, quiero aplicarlo en favor de mi hija.

Luisa murmuró enternecida:

—¿Desea alguna cosa más?

—¡No!… ¿Ya quieres retirarte?

—La hora de visita debe estar acabando.

—Espera un poco, Luisa.

Y estrechando a la niña que se le colgaba del cuello, le preguntó con cariño:

—¿Cómo te llamas?

La pequeña risueña, pero recelosa, miró a su madre como solicitando permiso.

—Vamos, di a tu papá cómo te llamas.

La niña volvió a reírse.

Después, instada por Víctor, murmuró:

—Luisita, como mi mamá.

La madre murmuró:

—Es un encanto. ¿Está muy crecida, verdad?

—Dentro de poco es una mujer… ¿Dime, cómo has vivido?

—¡Yo misma no lo sé! Después de dar a luz en el hospital, viví al acaso. Una noche, tan desesperada estaba, que resolví matarme. Me dirigí con mi niña en brazos hacia el Viaducto. Ya iba a arrojarme cuando me sentí asida por la espalda. Me volví temblando. Ante mis ojos estaba un sacerdote.

Luisa se interrumpió. Estaba muy emocionada, y tenía los ojos llenos de lágrimas.

Aquel ministro del Señor, alzando los ojos al cielo, me dijo con solemne

acento:

—¡Solo Dios puede disponer de nuestra vida!

Sus palabras llegaban a mi alma, como palabras bajadas del cielo.

En aquel momento Luisita rompió a llorar.

La pobrecita se abrazaba a mi cuello y entre gemidos, me decía:

—¡Mamá, dame pan! ¡Dame pan!

Oyendo los quejidos de mi niña, yo lloraba también.

Lloraba sin consuelo.

Aquel bondadoso sacerdote, compadecido de nuestra miseria y abandono, me dijo enternecido:

—«Hija mía, acompáñame a mi casa. Vivo aquí cerca, en la cuesta de San Vicente». Se interrumpió viendo el ademán de sorpresa y de disgusto que yo hice.

Añadió sonriendo con dulzura:

—«Mi madre y mi hermana viven conmigo, nada tienes que temer».

Asegurada sobre este punto, le seguí con mi hija en brazos, que no dejaba de llorar.

En casa de aquel honrado sacerdote estuvimos un mes, hasta que me buscó una casa donde asistir como mandadera. Una casa rica de una señora condesa.

Víctor preguntó con mal reprimida curiosidad:

—¿Condesa?

—Sí, Condesa de Porta-Dei.

Víctor se puso intensamente pálido.

Después, con la voz un poco trémula, interrogó.

—¿Sigues todavía en casa de esa señora?

—No, hace algunos meses que se ha ido a París con toda su servidumbre.

—¿Y tú, qué haces ahora?

—Trabajo en la que me sale. Hoy aquí, mañana allá… Y así vamos ganando el pan de cada día.

—¿No has sentido alguna vez odio contra mí?

—¿Por qué?

—Te dejé abandonada, entregada al acaso, con una hija… ¿No es eso lo bastante?

—Al pronto sentí rabia, por qué negarlo, pero después pensé que usted también era un desgraciado como yo.

Víctor bajó la cabeza conmovido.

Luisa continuó:

—A pesar de no ser instruida comprendí que pertenecía a buena familia, y que únicamente la desgracia le pudo haber llevado a encontrarme.

Luisa se detuvo para enjugarse una lágrima que temblaba en sus párpados.

Luego, con la voz trémula, prosiguió:

—En caso de quejarme, debía hacerlo de la suerte que con tanta saña me perseguía.

Víctor tuvo un impulso y la abrazó muy conmovido, al mismo tiempo que decía:

—En este momento me haces olvidar el egoísmo de la sociedad…

Luisa, estupefacta, miraba a Víctor sin poder comprender el sentido de las palabras que acababa de pronunciar.

Víctor entonces le dijo, con una amarga sonrisa:

—¿Te admiras?

—No, pero no comprendo.

—Ni debes comprender… Eres feliz así. Cuanto más se sabe, más se sufre.

Y añadió después de una pausa:

—Ahora, dime: ¿cuándo volveremos a vernos?

—El domingo.

—¿No faltarás?

—Únicamente por enfermedad.

—Espero que semejante cosa no suceda. No te olvides de ir a las Salesas y preguntar qué día es el señalado para la vista de la causa, y el domingo vienes a decírmelo.

—No se preocupe que así lo haré. Cuando vuelva traeré todo sabido.

La hora de visita terminaba.

Luisa se anudó el pañuelo debajo de la barbeta, asegurando uno de los extremos entre los dientes, como es costumbre entre las mujeres del pueblo.

Víctor dijo un poco emocionado:

—¡Adiós, Luisa, hasta el domingo!

Luisa murmuró en voz baja:

—¡Adiós!

—No te olvides. La tarjeta vas a entregarla dentro de unos días. ¿Sabes el nombre de la persona por quien debes preguntar?

Luisa, que ya se alejaba, volviose para contestar:

—Sí, Soledad…

—¿Y la calle?

—Sí, Calvo Asensio, 4.

—Te recomiendo el mayor secreto… Se trata del porvenir de nuestra hija.

—Confíe en mí. Haré todo como lo desea.

Víctor dio un último beso a su hija.

Luisa, poniéndose colorada y toda confusa, le alargó a Víctor un pequeño envoltorio, al mismo tiempo que murmuraba:

—Ha de disculpar…

—¿Qué es?

—Nada… Una insignificancia… Tabaco.

Y al decir esto, se alejó presurosa con la niña en brazos. Víctor, sorprendido ante aquella delicadeza, permaneció un momento inmóvil.

Después, con la cabeza baja y lento andar, se dirigió a su calabozo y se arrojó sobre el miserable camastro.

Necesitaba reconcentrarse en sí mismo.

La aparición de la generosa mujer y de su hija se le ofrecía como una consoladora esperanza, dejándole entrever un porvenir honrado capaz de borrar los recuerdos del terrible pasado.

Capítulo XV

En libertad

EL asesinato de la señora de Neira en su casa de Madrid Moderno estaba destinado a permanecer en el misterio después de haber alarmado por mucho tiempo a la opinión pública.

Era asunto terminado el célebre crimen que tantas cavilaciones inútiles había costado al juez de instrucción D. Máximo Baroja.

Perdida en absoluto la pista de Vicente Vellido, y probada la pretendida inocencia de Víctor, fue preciso sobreseer la causa.

La justicia humana se declaraba impotente para el castigo de aquel crimen.

Habían ya transcurrido algunos meses.

Los periódicos dieron la noticia en la «Crónica de Tribunales» de que el empleado en la caja del Crédito Argentino, llamado Víctor Rey, había sido condenado por el tribunal del jurado a una pena casi insignificante.

Víctor habíase conducido en la audiencia en tal forma ante el jurado, que este había reconocido toda suerte de atenuantes movido de la mayor piedad para el hombre joven y apasionado que había sido amante de Paca la Gallarda.

Había sido la ceguera producida por la pasión amorosa quien condujera a Víctor Rey al banco de los reos.

Esta consideración era bastante para obtener la benevolencia de un jurado compuesto de ciudadanos españoles siempre dispuestos a la indulgencia para todos los casos pasionales.

Fue así como Víctor pasó de la audiencia a la Cárcel Modelo a cumplir una condena insignificante.

La justicia de los hombres estaba satisfecha.

Víctor podría volver a la vida social, cumplida la expiación impuesta por la ley.

Pero la vida en Madrid ya le sería poco menos que imposible.

Víctor era el primero en comprenderlo así.

De antemano conocía que la sociedad, convencida de la inutilidad de la prisión para el fin de regenerar al hombre criminal, negaba a quien una vez

prevarica garantías de vida después de la expiación.

«La ocasión hace al ladrón», filosofa benévolamente la sociedad cuando quiere disculpar una falta, pero tampoco olvida la fórmula pesimista: «el que hace un cesto hace ciento» y así, con la moral de un simple adagio destruye la esperanza al reo de poder encontrar al cabo de la condena elementos para seguir una vida honrada.

Siempre contradictoria, incoherente, superficial, la sociedad hace del hombre que una vez robó impulsado por irresistible alucinación, el futuro ladrón oficial.

Se comienza por irreflexión y apasionamiento, y se acaba por un determinismo justificado.

La irreflexión se transforma en necesidad, y el hombre, impelido por la sociedad que le niega el derecho a la vida, completa la obra de perdición.

De esta suerte reflexionaba Víctor, recluso en la Cárcel Modelo, y cercano ya a cumplir el tiempo de la condena que le había sido impuesta en nombre de la ley ofendida.

Luisa continuaba visitándolo todos los días que el reglamento de la cárcel lo consentía.

Llevaba siempre consigo a la pequeña, que poco a poco se apoderaba del corazón de Víctor.

Muchas veces, mirando a su hija, se le llenaban los ojos de lágrimas.

Diríase que Víctor tenía la intuición de las futuras desgracias que pesaban sobre el destino de la pobre niña, ahora inocente, y feliz agarrándose con sus manecitas a las rejas de una cárcel.

¡Pero aquella criatura había nacido en un hospital, y en su infancia frecuentaba una cárcel!

Coincidencia y solo coincidencia, concluía mentalmente Víctor, deseoso de penetrar la ley misteriosa del destino, y deseoso de tranquilizar su espíritu, lo que no conseguía.

La niña que el acaso había hecho su hija, y a la cual se entregaba ahora con la esperanza de arrancar una víctima al abismo de la fatalidad, le parecía contener el germen de lógicas torturas que lo aniquilarían expiando así el mal moral que con la herencia le había transmitido.

Mirando a su hija, Víctor permanecía absorto.

Quería penetrar el porvenir y no podía.

Luisa, cumpliendo las órdenes de Víctor, había ido a casa de Soledad.

Sorprendida esta al oír a su tía Jesusa que una mujer deseaba hablarla, salió a

la puerta.

Allí esperaba la desconocida, portadora del recado y de la carta de Víctor.

Terminada la rápida lectura, Soledad se puso roja de vergüenza.

El dinero que Víctor le pedía, el depósito sangriento que abusando de su inocencia Víctor le había hecho la noche misma del crimen, había sido pasto de las llamas.

Soledad, quemando los billetes que le habían sido confiados, liquidara de un solo golpe la tremenda responsabilidad que la ligaba al crimen practicado en el barrio de Madrid Moderno.

¿Pero cómo decírselo a Víctor?

Meditó un momento.

Después, en la misma carta de Víctor, y cuidando de desfigurar la letra, escribió:

> «Quizás usted desconfíe de mí, pero mi conciencia está tranquila.
> El depósito que usted reclama fue quemado el mismo día que el juzgado ordenó un registro en esta casa».

Dobló la carta y la metió en un sobre en el cual no escribió ninguna dirección.

Antes de entregársele a Luisa, le preguntó:

—¿Sabe usted leer?

Luisa respondió poniéndose colorada:

—¡No!…

Le entregó la carta y la despidió.

Cuando Víctor la leyó, tuvo un momento de rabia dolorosa.

No dudaba de Soledad, pero maldecía de aquel crimen que cada vez le resultaba más inútil.

Una duda le asaltaba.

¿Qué sería de él al recobrar la libertad?

¿A dónde iría, deshonrado, sin amigos y sin dinero?

¿A dónde?

Pero sus dudas respecto a este punto duraron pocas horas.

Al día siguiente por la mañana el cartero de la cárcel le entregó una carta certificada.

Víctor la abrió con mano trémula.

No reconocía la letra ni sospechaba de quién podía ser. Los sellos eran de

París.

¿Quién le escribiría a él desde París?

Abierto el sobre, lo primero que sacó fue una letra de cambio, la leyó estupefacto.

¡Era de cinco mil francos!

Miró el sobre. A la letra no acompañaba carta alguna, sino una tarjeta.

En la tarjeta no había escrito más que un nombre. ¡Pero aquel nombre se lo reveló todo a Víctor!

La tarjeta decía:

«El Conde de Porta-Dei».

Víctor al pronto no se explicaba aquel socorro providencial.

Después, de deducción en deducción, acabó por darse a sí mismo explicación de que el Conde había leído en los periódicos de Madrid la noticia de su prisión y que venía en su auxilio.

Poseedor de aquel dinero, Víctor se sintió lleno de ánimos.

Los días transcurrían serenos. El momento de la libertad se acercaba.

En la primera quincena de octubre, que comenzara hacía pocos días, terminaba su condena.

La cárcel le abriría sus puertas devolviéndole a la sociedad.

Víctor pensaba en abandonar España emigrando a América, donde trabajando podría asegurar el porvenir de su hija.

A pesar de las fatigas y contratiempos de su vida aventurera y apasionada, se reconocía vigoroso para luchar.

¡El mundo era grande!

Expatriado, confiaría la niña a los cuidados de la madre, y él trabajaría para todos.

Entregado a los pensamientos que debían encarrilar su vida futura, Víctor se paseaba distraído en uno de los patios de la cárcel.

Era la hora de asueto.

Aquel día el reglamento autorizaba visita, y Víctor esperaba a Luisa y a su hija.

Ya tardaban más de lo acostumbrado.

Víctor empezaba a preocuparse.

Buscaba una manera tranquilizadora de explicarse aquella tardanza cuando se le acercó un preso que desempeñaba en la cárcel los oficios de mandadero.

Víctor, al verle, no pudo reprimir un estremecimiento de zozobra.

El preso le dijo:
—Ahí fuera está un golfo que pregunta por ti.
—Dile que pase.
El preso no se movió. Con el mayor cinismo dijo a Víctor:
—Oye, ¿tienes tabaco?
—Sí, tengo alguno.
Pues dame un par de cigarros.
Víctor hundió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y se los dio.
Después añadió:
—Anda, dile a ese que pase.
El preso se alejó.
Poco después entraba un rapazuelo como de doce años de edad.
Se acercó a Víctor un poco sofocado, pero muy despierto y vivaz.
Víctor, al verle, le interrogó sin dejarle tiempo de hablar:
—¿Qué hay? ¿Traes algún recado para mí?
—Sí, señor.
—¿De quién?
—De la señora Luisa.
—¿Dónde ha quedado?
—En su casa.
—¿Cómo te envía a ti?
—Porque ella no puede venir, y me dijo que me llegase a decírselo.
—¿Tú, quién eres?
—Yo, soy el chico de la portera.
¿Y por qué no puede venir la señora Luisa?
—Porque tiene a la niña enferma.
Víctor preguntó muy inquieto:
—¿Qué tiene la niña?
El golfo se rascó la cabeza, sin saber lo que debía contestar.
Después de reflexionarlo exclamó alzando los hombros:
—Pues tiene que está enferma.
—¿Y no sabes desde cuándo?
—Me parece que desde ayer.
—¿Estás seguro?
Sí, señor. Ayer a la mañana todavía estaba jugando en el patio.
¿Y la señora Luisa no te ha dicho si la niña estaba de peligro?

—No, señor.
—¿Pero algo más te diría?
—Sí, señor. Me ha dicho que no se asustase usted.
Víctor quedó silencioso.
Pasado un rato, el chico de la portera murmuró:
—Si no tiene alguna cosa que mandarme, me iré.
—Sí, vete…
El chico se alejaba lentamente, volviendo la cabeza y rozándose contra la pared.
Víctor, comprendiendo lo que significaba todo aquello, le llamó:
—Toma… Para el tranvía —y le dio algunas perras.
Los ojos del golfillo brillaron de alegría.
—Muchas gracias. Ya le diré a la señora Luisa que queda bueno.
Y se alejó corriendo.
El recado de Luisa fue para Víctor motivo de contrariedad y de disgusto.
Aquel hombre, poseedor de una tan singular organización moral, frío y escéptico, se modificaba poco a poco mediante el amor de aquella niña que era su hija, y a quien no había visto nunca antes de su entrada en la Cárcel Modelo.
Pero desde entonces, aquella criatura rubia y risueña había constituido el único objetivo que debía orientarle en el transcurso de su existencia.
La imposibilidad de salir le obligaba a resignarse con una resignación sombría y dolorosa.
Se consolaba únicamente pensando que ya poco tiempo permanecería alejado de su hija.
Luisa enviaba de una manera regular noticias sobre la salud de la niña que empezaba a mejorar.
Llegó por fin el día en que Víctor debía recobrar la libertad.
La pena impuesta por los tribunales de justicia al empleado infiel del Crédito Argentino estaba cumplida.
Víctor no había dormido aquella última noche de prisión.
Una a una había podido contar todas las lúgubres campanadas del reloj de la cárcel.
Todavía la mañana no despuntara por completo y ya Víctor se paseaba en su calabozo.
Una agitación nerviosa le devoraba.
Esperaba con ansia el momento en que, cumplidas las formalidades

impuestas por la ley, pudiese trasponer la puerta de la cárcel y respirar a plenos pulmones el aire de la calle.

A las dos de la tarde Víctor fue considerado libre.

La sociedad, satisfecha, volvía a considerarle ciudadano; hasta allí solamente había sido un reo.

Rápidamente Víctor se mudó el traje sórdido y mugriento que llevaba en la cárcel, y gracias a la previsión de Luisa que no descuidara enviarle un traje modesto, pudo salir a la calle ofreciendo el aspecto vulgar de un transeúnte desocupado.

A la salida miró por última vez la roja fachada de la Cárcel Modelo.

Después, con el andar un poco trémulo, bajó por la calle de la Princesa.

Tomó luego por el paseo de Areneros hasta la glorieta de Quevedo.

Allí tomó el tranvía que le condujo hasta los Cuatro Caminos, en cuyo barrio vivía Luisa.

En la terrible partida jugada en contra de la justicia de los hombres, había salido vencedor a despecho de los rudos y terribles contratiempos que más de una vez estuvieran a punto de hacerle sucumbir.

¡Estaba libre!

Como un relámpago le atravesó el espíritu el recuerdo de Paca la Gallarda.

Pero no fue más que un momento.

Había muerto para todo lo que antes constituyera su vida afectiva.

Empezaba ahora a vivir para su hija.

Dominado por la imagen risueña de la niña, que se dibujaba en su espíritu clara y distinta como envuelta en amoroso nimbo, cerró los ojos.

De pronto el tranvía se detuvo.

Desenganchaban el tiro.

Víctor se bajó.

Parado en medio del camino procuró orientarse.

Al fin, sus ojos repararon en una casa de modesta apariencia que había en medio de un solar guardado con una valla.

Era allí.

Capítulo XVI

¿Qué fue de Vellido?

PASADOS los primeros momentos de alegría, Luisa, observando la nerviosa agitación de Víctor, le hizo acostar y tomar una taza de tila, por la cual tuvo que ir ella misma a la botica.

Después cerró las ventanas, y salió llevándose a la niña. Poco a poco, Víctor logró conciliar el sueño.

Era ya de noche y aún no se había despertado.

Luisa, un poco alarmada, había entrado dos veces en el cuarto, pero Víctor dormía con un sueño tan sosegado y profundo que no se atreviera a despertarle.

Luisa entró en la cocina y empezó a preparar la cena. Cuando la cena estuviese lista, llamaría a Víctor. Hallábase ocupada en esta tarea cuando sonaron dos golpes en la puerta.

Sin saber por qué, Luisa sintió miedo.

Tomó un pequeño quinqué en la mano y fue a ver quién llamaba.

Precavida y recelosa quiso primero enterarse mirando por la rejilla.

Con la voz un poco insegura, preguntó:

—¿Quién es? ¿Por quién pregunta?

Una voz bronca respondió desde fuera:

—¿Víctor Rey? ¿No está aquí Víctor Rey?

El primer impulso de Luisa fue negarle. Contestar que no estaba allí.

Después reflexionó que tal vez fuese un amigo de Víctor. ¿Qué de extraño tenía?

Sin duda era algún amigo.

La voz desconocida volvió a preguntar desde fuera:

—¿Víctor Rey? ¿No está aquí?

Luisa, temblando sin saber por qué, respondió:

—Sí, señor, pero está descansando. ¿Qué deseaba?

—Verle. Soy un amigo.

Luisa, siempre sin abrir la puerta, indicó tímidamente:

—¿No podría volver mañana?

La voz desconocida respondió:
—Es absolutamente preciso que le hable hoy.
—Voy a llamarle.
Al poco rato Luisa volvió preguntando:
—¿Hace el favor de decirme su nombre?
—Eleuterio.
Víctor, que le había oído, gritó desde dentro:
—¡Ah! ¡Eleuterio!… Ábrele, Luisa. Efectivamente es un amigo.
Luisa abrió.
Entró Eleuterio con la gorra puesta y murmurando apenas:
—¡Buenas noches!
Luisa, que tenía el quinqué en la mano, le examinó llena de curiosidad.
Aquel desconocido le fue antipático desde el primer momento.
Eleuterio estaba muy desfigurado.
A Víctor le costó trabajo reconocerle.
Hacía tres años que los dos antiguos huéspedes de doña Lola no se veían.
Eleuterio parecía venir de camino.
Traía una manta amarillenta echada al hombro. En la cabeza, completamente rasurada, una boina azul, y en los pies unos alpargates blancos llenos de barro.
Víctor, al verle, sintió una extraña impresión.
Se saludaron fríamente.
Luisa dejó el quinqué encima de la mesa y salió con la niña a dar una vuelta a la cocina.
Al quedarse solos, los dos amigos se miraron.
Aquella mirada era en ambos una mirada interrogadora.
Eleuterio fue el primero en romper el silencio.
Bajando la voz, y poniendo una mano en el hombro de Víctor, murmuró:
—Tenemos que hablar largamente.
Víctor, sacando tabaco del bolsillo, contestó al mismo tiempo que alargaba a Eleuterio la petaca:
—Cuando quieras empezar, puedes.
—Aquí, no.
—¿Por qué?
—No conviene que nos oigan.
Víctor dijo sonriendo:
—¿Tan importante es lo que tienes que decirme?

—¡Mucho!

Al decir esto, Eleuterio se había puesto en pie.

Víctor le dijo:

—Habla aquí y no fastidies.

—Si pongo reparos es por ti. No conviene que nos oigan. Víctor un poco alarmado, preguntó:

—¿Pero de qué se trata?

Antes de contestar, Eleuterio dirigió una mirada en torno suyo.

Después, bajando mucho la voz, murmuró:

—Se trata de Vicente Vellido…

Víctor palideció intensamente.

Haciendo un poderoso esfuerzo por dominarse, se levantó, y sin pronunciar una sola palabra salió acompañado de Eleuterio.

Al oírle salir, Luisa acudió presurosa a la puerta:

—¿Qué? ¿No espera a cenar?

—No me es posible. Pero luego volveré.

—Como quiera.

Salieron a la calle.

Anduvieron algún tiempo en silencio.

Ninguno de los dos quería ser el primero en hablar.

De pronto Víctor, deteniéndose, preguntó con la voz trémula:

—¿Dónde has visto a Vicente Vellido?

—En el penal de Zaragoza.

—¿Vienes de Zaragoza?

—Sí… Allí me he pasado tres años.

—¿Cumpliendo condena?

—Sí.

—¿Qué habías hecho?

Eleuterio repuso con un cinismo repugnante y cruel, que le heló la sangre en las venas:

—Mucho menos que tú… Pintarle a un gachó cuatro chirlos en la cara.

Víctor quiso disimular y exclamó con fingida sonrisa:

—¡Diablo! ¡A eso le llamas tú menos!…

Eleuterio se detuvo en seco:

—Oye, conmigo ahórrate evasivas.

Todavía Víctor quiso seguir disimulando.

—¿De manera que tú consideras más grave la apropiación de unas cuantas pesetas, con ánimo de devolverlas, que unas puñaladas?

—No me refería al asunto del Crédito Argentino, sino al otro…

Víctor sintió correr por sus venas un frío mortal.

Se quedó paralizado sin saber qué responder.

Eleuterio prosiguió:

—El compadre Vellido me lo ha dicho todo.

—¿Es posible?

—¡Y tanto!

—¿Dónde está Vellido?

—En Zaragoza.

—¿Qué hace allí?

—¿Qué quieres que haga?

—¿Pero cómo le ha dado la idea de irse a Zaragoza?

Eleuterio repuso riendo:

—La idea no ha sido precisamente suya.

—¿Cómo?

—¡Pues es claro! Tú debes saberlo… Vellido era un escapado de presidio…

Víctor murmuró anonadado:

—¡No lo sabía!

Eleuterio continuó:

—Hace algunos años fue condenado a cadena perpetua.

—¿Por qué?

—Un caso como el de ahora… Robo con asesinato… Víctor interrogó casi sin voz:

—¿Cómo le han echado mano?

—Un cumplido de condena le ha conocido y le ha denunciado a la Guardia civil. Aquí me tienes, pues, al amigo Vellido puesto a la sombra.

Calló Eleuterio, y siguieron los dos antiguos amigos breves momentos en silencio.

Al fin, Víctor se decidió a preguntar:

—¿Cómo Vellido, tan ladino y tan prudente, te ha confiado el asunto de…?

Víctor se detuvo vacilante.

Eleuterio pronunció con gran naturalidad:

—¿El asunto de la vieja de Neira?

Víctor murmuró con la voz ronca y temblorosa:

—Sí.

—Pues muy sencillo. Porque ya no tiene nada que temer. ¿No ves que la condena anterior es presidio perpetuo? Y en el caso de la vieja de Neira, caso que hubiera de aplicarse la última pena, sería para ti y no para él.

—¡Si él ha sido quien la mató!

—Ya lo sé… Pero diría que fuiste tú. Y como tú eras el amigo de la casa, y como tú te has llevado el dinero…

Víctor bajó la cabeza anonadado.

—¡Yo aparecería siempre como el principal autor!…

—Naturalmente. ¡Por eso el otro no tiene reparo en contarlo!…

—¡Y te amenaza!…

—¿Cómo? ¿Me amenaza?…

—Sí, chico…

—¿A ti te ha dicho algo?

—A mí me ha dicho que te viera en cuanto llegase.

Víctor murmuró sombríamente:

—¡Y ya lo has hecho!

—Sí; pero más ha sido por servirte a ti, por prevenirte…

—Gracias.

—¿Parece que lo dudas?

—No, no lo dudo. ¡Nada! ¿Y qué te ha dicho Vellido?

—Que vieses de mandarle el dinero. Que no se contenta con la mitad, que lo quiere todo. Ahora tú verás lo que haces.

Víctor murmuró sombríamente:

—Yo no tengo ningún dinero que mandarle.

—Eso es asunto vuestro. Yo cumplo diciéndote lo que él me dijo. Sus palabras fueron estas: «Busca a Víctor. Dile que si antes de tres días no he recibido el dinero de la vieja, le denuncio».

Víctor repitió como si hablase consigo mismo:

—¡Le denuncio!… ¡Y lo hará!… ¡Sí, lo hará!…

Eleuterio le dijo a modo de consejo, poniéndole una mano en el hombro:

—Mira, chico: para ahorrarte disgustos, lo mejor que puedes hacer es enviarle ese dinero.

—¡No lo tengo!…

—¿Cómo no lo tienes?

—¡No!

—Vamos, hombre, no quieras hacerme creer que los sapos vuelan.

Entonces Víctor contó a Eleuterio cómo había confiado aquel dinero a Soledad y cómo esta lo había arrojado a las llamas.

Al terminar preguntó:

—¿Tú dudas de Soledad?

—¡Yo no! Es la única mujer de quien no dudo… Pero Vicente Vellido dudará de ti, y dudará de ella, y dudará de todos… Y lo que es peor, cumplirá su palabra de denunciarte.

Víctor se mordía el bigote con desesperación.

—¿Qué hacer?

Eleuterio exclamó de pronto:

—Tengo una idea. Le diré a Vellido que estás en la enfermería de la cárcel con una fiebre y que no podrás salir hasta dentro de seis o siete días…

Víctor murmuró con desaliento:

—¿Y qué se consigue con eso?

—Ganar tiempo. Hoy es 15; el 20 sale vapor para Buenos Aires; tienes tiempo de arreglar todo y de marcharte.

Víctor tuvo una sospecha.

Creyó que aquel era un lazo que se le tendía y contestó:

—¿Pero cómo pago el billete?

—Vas como emigrante, sin que te cueste nada.

—¿Puede irse de esa manera?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Segurísimo. Hace algún tiempo yo pensé en hacer ese mismo viaje y estuve en el consulado a enterarme.

Víctor aparentó convencerse.

Su propósito era ocultar que poseía dinero.

Los cinco mil francos del Conde de Porta-Dei le parecían un depósito sagrado.

Con ellos era preciso labrar el porvenir de su hija.

Eleuterio, que no sospechaba nada, continuó explicándole las diligencias y requisitos que era preciso cumplir para embarcar como emigrante.

Cuando hubo concluido exclamó:

—Ya comprenderás que todo esto algo vale y algo cuesta.

—Ya te he dicho que estoy más pobre…

—No se trata de dinero.
—Habla entonces. ¿De qué se trata?
—De Soledad.
—¿De Soledad?
—Sí. ¿Te extraña?
—Y es natural.
—¡Tú continúas en relaciones con ella!
—No.
—Con franqueza, ¿te ha dejado ella?
—Sí… Soledad no es mujer para mantener relaciones con un ladrón.
—Sin embargo, ella parecía quererte.
—¡Mucho!
—¿Y habías llegado lejos?
—Sí.
—¿En toda regla?
—En toda regla.
—¿Tú tendrás cartas que la comprometan?
—Las he quemado.
Eleuterio murmuró cínicamente:
—Lo siento, porque era la única manera de arreglar el otro asunto.
—Explícate.
—Yo tengo mis miras respecto a Soledad. Es una mujer que me tiene loco. Esas cartas me hubieran servido de mucho; pero ya que las has quemado, no hablemos más… Eleuterio hizo ademán de alejarse.
Víctor le detuvo.
—¿Tú no crees que yo haya quemado esas cartas?
—No.
—¡Y sin embargo es la verdad!
Eleuterio dijo brutalmente:
—También es verdad que has robado a la vieja de Neira y que Vicente Vellido está allá en el penal de Zaragoza dispuesto a cantar la historia esa…
De nuevo Eleuterio hizo ademán de alejarse y de nuevo Víctor le detuvo.
—Oye, Eleuterio, ¿tú quieres una prueba que ponga a Soledad en tus manos?…
—Sí.
Víctor murmuró con un doloroso esfuerzo:

—Yo tengo esa prueba. No son sus cartas… Como antes te dije, las he quemado… Es un retrato… Yo pensaba devolvérselo… Mi mala suerte no me lo permite… Ese retrato tiene una dedicatoria.

Eleuterio le interrumpió:

—¿Y esa dedicatoria es bastante?…

—¡Es todo!…

—¿Y ese retrato cuándo me lo das?

—Ahora mismo. Mañana quizás me arrepentiría…

Y Víctor, al mismo tiempo que hablaba así, sacaba el retrato del bolsillo.

Antes de dárselo a Eleuterio le besó con respeto, murmurando:

—Al entregar este retrato cometo la acción más vil de mi vida.

Y se lo dio a Eleuterio con una mirada llena de odio, acompañada de estas palabras:

—¡Toma, canalla!

Y volviéndole la espalda, se alejó casi corriendo.

Cuando Víctor volvió a casa de Luisa, encontrose a esta muy alarmada por su ausencia.

La niña salió a la puerta, recibiéndole con gritos llenos de alborozo.

Víctor la tomó en brazos y entró con ella en la casa.

Luisa vio sobre su frente una nube de tristeza, pero no se atrevió a interrogarle.

Víctor se sentó con la niña en brazos.

Una lágrima corría por su mejilla.

Después de un instante llamó a Luisa.

Luisa, que estaba en la cocina, acudió presurosa.

Con su habitual dulzura interrogó:

—¿Me llamabas?

—Sí, Luisa. Haz el favor de sentarte.

La pobre mujer obedeció.

Muy pálida, y con la voz un poco trémula, interrogó:

—¡Dios mío! ¿Qué pasa?

Víctor le tomó una mano con cariño:

—¡Nada!… No te asustes.

—¿Quién era ese hombre?

Víctor contestó evasivamente:

—Un antiguo amigo.

—Me había parecido un mal hombre.

Víctor repuso sombríamente:

—No te has equivocado, Luisa.

Y añadió animándose:

—Los consejos de ese y de otros como ese son los que me han llevado a la cárcel.

Luisa le miró intensamente.

Víctor al hablar así era sincero.

Después de una pausa, Víctor exclamó con el tono de un hombre que adopta una resolución:

—Una sola pregunta, Luisa. ¿Estás dispuesta a acompañarme con la niña a cualquier parte que vaya?

Luisa respondió con gran vehemencia:

—¡Adonde sea!

—¿Aun cuando tengas que salir de España?

—¡Aunque sea al fin del mundo!

Víctor repuso conmovido:

—¡Gracias, Luisa!

Y besó a la niña, que se había dormido sobre sus rodillas.

—¡Hija de mi alma, ya nunca te separarás de mí!

La niña sonrió en sueños.

Sus padres guardaban silencio.

Después de un momento, Víctor interrogó en voz baja, con miedo de despertar a la niña:

—¿De manera, Luisa, que no hay nada que te detenga aquí?

—¡Nada!

¿Y si yo te dijese que hoy mismo nos pusiésemos en camino?

—Obedecería muy gustosa.

Víctor concluyó levantándose.

—Es todo cuanto quería saber, Luisa…

Dio algunos paseos por la habitación y añadió luego: Puesto que no tienes inconveniente, hoy mismo nos pondremos en camino.

—¿Hoy?

—Sí.

Luisa no protestó.

Antes bien parecía que la resolución de Víctor la llenaba de júbilo.

Pero pasado algún tiempo tuvo una objeción que revelaba su corazón maternal:

—Este viaje, así tan precipitado, ¿no le hará daño a la niña, delicada como está todavía?

Víctor se apresuró a disipar los temores de Luisa, exclamando:

—¡Haremos el viaje con toda suerte de precauciones!…

Víctor se puso su sombrero y se dirigió a la puerta.

Luisa le detuvo con un gesto:

¿Pero a dónde vas? ¿No cenas?

No… Apenas queda tiempo…

Un reloj cercano dio las ocho.

Víctor las contó en voz alta.

Después, dirigiéndose a Luisa, exclamó:

—¡Ya ves! Son las ocho. El último tren sale a las ocho y treinta y cinco para Cádiz… Hoy estamos a 15, el 18 sale vapor para el Brasil.

Luisa interrogó:

—¿Pero a dónde vas ahora?

Víctor repuso ya desde la puerta:

—Voy en busca de un coche. Dentro de unos minutos estaré aquí de vuelta.

Salió apresuradamente.

No tardó en volver con un coche.

Luisa esperaba con la niña envuelta en un pañolón de abrigo.

La niña no se había despertado.

Víctor la tomó en sus brazos de los de Luisa e hizo montar a la madre en el coche la primera.

Después le entregó a la hija.

Luisa la estrechó contra su pecho sollozando.

Víctor montó en el coche, y cerrando la portezuela de golpe, gritó al cochero:

—A la estación del Mediodía… A escape, que te ganarás buena propina.

El cochero fustigó al caballo, que partió al trote largo.

Víctor miró instintivamente por la ventanilla; pero al cabo de un momento retiró con rapidez la cabeza y trató de ocultarse en el interior del coche.

¿Qué había visto? Eleuterio estaba en pie a un lado del camino.

Víctor no dudó que le había espiado.

Eleuterio observó el movimiento de Víctor para ocultarse, y al pasar el coche por su lado le gritó burlonamente:

—¡Buen viaje!

Víctor sentía una inquietud extraña.

Le parecía que aquel coche, en vez de conducirle a una estación para tomar el tren, le conducía nuevamente a la cárcel.

Luisa observaba la inquietud de Víctor, pero no se atrevía a interrogarle.

Al pasar por una calle llena de gente y de comercios iluminados le tocó suavemente en el hombro.

Víctor volvió hacia ella su rostro pálido, sonriendo tristemente:

—¿Qué quieres?

Luisa murmuró un poco cohibida:

—¿Quieres que pare un momento el coche?

—¿Para qué?

—Para comprar una manta de viaje… ¡Tengo miedo que la niña se me constipe!

Víctor, olvidado de sus temores, hizo detener el coche.

Se bajó apresuradamente y entró en un comercio, donde compró tres mantas de viaje.

Un momento después el coche volvía a rodar por las calles, llenas de barro.

Cuando llegaron a la estación del Mediodía aún faltaban siete minutos para la salida del tren.

Víctor tomó los billetes.

En aquel momento creía que iban a detenerle para conducirle de nuevo a la cárcel.

En el anchuroso andén reinaba esa animación característica que anuncia la próxima salida de los trenes.

El ir y venir de viajeros, mozos y empleados; el áspero chirrido de las carretillas que conducen los equipajes; la monótona canturía de los vendedores de guías y periódicos; el murmullo de cien conversaciones; los golpes de las portezuelas, y dominando los múltiples rumores el sordo y profundo del hervir del agua en las entrañas de la locomotora. Todo ello forma un conjunto armónico de movimiento y ruido reveladores de una verdadera exuberancia de vida.

Víctor no tenía tiempo que perder.

Los viajeros, en su mayor parte, ocupaban sus coches.

Algunos esperaban la señal de la partida al pie de las portezuelas.

Y los rezagados corrían de un lado a otro buscando asiento.

—¡Señores viajeros, al tren! —gritaban los empleados.

En este momento los ojos de Víctor se fijaron en una pareja de la Guardia civil que acababa de entrar en un coche de tercera.

Y al ver a los guardias se estremeció.

Detuvo su paso y quedó inmóvil.

Solo entonces se formuló en su cerebro una idea clara del peligro a que se exponía con aquel impremeditado viaje.

Recordó el tono zumbón con que Eleuterio le saludara al verle pasar en el coche.

En aquel saludo iba envuelta una terrible amenaza.

Era posible que Eleuterio formulara la denuncia contra él sin esperar a que Vicente Vellido lo hiciera desde Zaragoza.

Sabiendo que pensaba emigrar, seguramente no le daría tiempo.

Por otra parte, no era posible que en dos días pudiera arreglar en Cádiz todos los requisitos que a los emigrantes se exigen.

Él no tenía ningún documento.

Nunca se había cuidado del padrón ni de la quinta.

Y estaba sujeto a esta responsabilidad.

No había entrado en sorteo.

Realmente era un prófugo.

Iba, pues, a encontrar serios inconvenientes para el embarque.

Y si perdía el vapor que estaba próximo a salir, tendría que esperar al siguiente, con tiempo sobrado para que la policía le buscara.

Además, la salida de los vapores debía estar muy vigilada, precisamente para evitar la fuga de los prófugos y de los criminales.

Y Víctor pensó con horror que él estaba comprendido dentro de las dos categorías.

En suma, que si Eleuterio le hacía traición sería detenido al llegar a Cádiz.

Y de todos modos, antes de que pudiera embarcar, si el presidiario cumplía su amenaza, se vería perdido.

Aquella fuga precipitada era una torpeza.

En Madrid estaba más seguro, sobre todo creyendo Eleuterio que había partido.

Entonces se felicitó de aquel encuentro que tanto sobrecogió su ánimo, cuando su antiguo camarada le gritó:

—¡Buen viaje!

Envuelto su espíritu en estas dudas, Víctor permanecía inmóvil, sin decidirse

a nada.

Luisa le contemplaba con pena, aunque no podía adivinar aquella espantosa lucha de ideas que producía vértigos en el cerebro de Víctor.

Por fin se atrevió a decir tímidamente:

—¿Vamos?

—No, espera —contestó Víctor con voz temblorosa.

En aquel momento dio la señal el jefe de estación.

La locomotora dejó escapar un silbido estridente.

Cerráronse las últimas portezuelas con ruidosos golpes, y con paso majestuoso se puso el tren en movimiento.

Y Víctor quedó allí, de pie en el andén, inmóvil, casi rígido.

Luisa seguía contemplándole, cada vez más apenada.

Su instinto de mujer amante le decía que Víctor sufría mucho.

Por fin este, que había inclinado la cabeza sobre el pecho, pareció reaccionar.

Irguiose con cierta altivez, como hombre dispuesto a sostener la lucha, y dijo:

—Volvamos a Madrid.

—Como quieras —contestó Luisa, que no discutía nunca la voluntad de su amante.

Salieron del andén, y en la explanada de la estación tuvieron la fortuna de encontrar un coche.

Víctor hizo entrar a Luisa y la niña, y antes de subir él dio al cochero las señas de la casa.

—Por esta noche —dijo a Luisa— estamos allí seguros, puesto que Eleuterio me cree camino de Cádiz. Mañana nos mudaremos a otro barrio.

Luisa, aunque nada comprendía, asintió a todo.

Durante el trayecto, Víctor volvió a encerrarse en sus meditaciones.

Entonces calculó que era más fácil salvar la frontera de Francia que embarcar en un puerto de España como emigrante.

De este modo, mientras la policía le buscaba en Cádiz, él podría llegar a París sin el menor peligro.

Allí buscaría a Carlos; con su protección encontraría manera de vivir, y en último caso, saldría para América: pero ya sin los riesgos que ofrecía el embarque en un puerto de España.

Estas nuevas soluciones llevaron alguna calma a su espíritu.

El coche se detuvo.

Habían llegado.

Víctor pagó y despidió al cochero, y antes de entrar en la casa dirigió una mirada investigadora en torno suyo.

No había nadie.

Esto le tranquilizó.

Luisa colocó a la niña en la cuna.

Víctor se acercó, y después de contemplar largo rato a su hija con infinita ternura, depositó un beso en su frente, murmurando:

—Este ángel me salvará.

Luisa, que contemplaba la escena, que veía la incertidumbre de Víctor y adivinaba sus terrores, no se atrevía a pedir una explicación.

Y menos pudo entender las últimas frases de Víctor al recogerse, que fueron estas:

—Después de todo, bueno es saber dónde está Vicente Vellido.

Capítulo XVII

Desasosiegos

TERRIBLE fue aquella noche para Víctor.

Ni pudo conciliar el sueño ni lo intentó siquiera.

La inquietud de su espíritu tenía que reflejarse en una tensión nerviosa extraordinaria.

Y en la excitación de su cerebro, se sucedían en él las ideas en rápido torbellino, confundiéndose unas con otras; pero presentándose con lucidez los peligros del presente, los recuerdos del pasado y las incertidumbres del porvenir.

La aspiración a la felicidad es innata en el hombre; la persigue siempre, como objeto y como ideal de la vida.

Víctor la había perseguido también, buscando primero el bienestar material, después la satisfacción de sus pasiones, que vino a encarnar en Paca la Gallarda.

Esto fue el principio de su perdición.

Se lanzó a la senda del crimen.

Y había rodado hasta el abismo.

Y en el abismo del crimen no puede encontrarse la felicidad. Después, como todos los desgraciados y como todos los criminales, creyó posible su regeneración.

Libre de responsabilidad por el crimen de asesinato y robo, cumplida su condena por el desfalco, podría emprender nuevos derroteros, dar nuevos rumbos a su vida, rehabilitarse en sociedad.

Para emprender este camino tenía dinero: aquellos cinco mil francos que le envió su compañero de la niñez.

Además, no estaba solo.

Había encontrado en su camino una mujer que con su abnegación consiguiera despertar en su alma sentimientos íntimos de gratitud que se transformaban en un amor plácido y verdadero.

No era el sacudimiento pasional, la ceguedad de los sentidos, como el que le inspiró un día Paca la Gallarda, ni el mero capricho o pasatiempo como el que le llevó al lado de Soledad para hacerla su víctima. Era algo más dulce y más

tranquilo, pero más profundo.

Aquella mujer, aquella pobre Luisa, a la que un día encontró en la calle, pobre harapo social, barrido de un lado a otro, como la hoja caída del árbol y arrastrada por el viento; flor marchita y deshojada antes de que abriera su capullo; la pobre Luisa, al cabo de los años, había venido a buscarle, y cuando todos le abandonaban, ella le tendía su mano generosa, perdonándolo todo para recordar únicamente aquel sentimiento de atracción que los uniera un día.

Tres mujeres habían ejercido influencia en la vida de Víctor: Paca, Soledad y Luisa.

Por Paca la Gallarda, hija de un asesino, y que le había lanzado al crimen, sentía una repulsión parecida al odio.

De Soledad, que había sido su víctima, se sentía olvidado.

Luisa, solo Luisa le amaba.

Y de aquella mujer tenía una hija.

Y aquella niña despertaba en él sentimientos desconocidos, de una ternura infinita.

Al pensar en ella se estremecía todo su ser.

¿Habría venido al mundo aquella criatura para ser víctima de las faltas de su padre?

Era preciso impedirlo.

Era preciso hacer su felicidad.

Por eso Víctor perseguía ahora la felicidad, con anhelo inmenso, casi con rabia.

La perseguía para su hija.

Por un momento creyó fácil realizarla.

Huir lejos, muy lejos, con aquella mujer y con aquella niña. El problema, contando con recursos, era sencillísimo.

Y de repente, sin darle tiempo para su solución, le salían al paso las consecuencias de su crimen.

Su cómplice se interponía en su camino.

Y la amenaza era terrible.

¿La cumpliría?

El terror de Víctor estaba justificado.

Aunque Vicente Vellido fuera, cuando cometió el crimen, un fugado del presidio, un reincidente, y preso entonces no hubiera escapado del patíbulo, ahora, denunciado el crimen por él, se aminoraría la pena. Y no podían

imponerle más de la que ya sufría. Nada arriesgaba; nada tenía que perder.

Y aún había otro peligro. Eleuterio conocía el secreto.

Víctor quedaba a merced de aquellos dos hombres.

La única manera de conjurar los peligros del momento era despistarlos.

Después, con más tiempo y más calma, prepararía la fuga.

Todas estas ideas, recuerdos y propósitos se amontonaban, se atropellaban en su imaginación.

Y al cabo de muchas horas de esta tortura moral, cuando ya los primeros albores del día, penetrando por las rendijas de la ventana, disipaban las tinieblas, sintió Víctor la reacción de aplanamiento que era forzoso siguiera a tan prolongada tensión nerviosa.

Entonces vino a caer en una especie de sopor que, sin hacerle perder la conciencia, anulaba su voluntad.

En esta situación lo encontró Luisa al abandonar el lecho.

No se atrevió a molestarle, y se dedicó a preparar el desayuno y a vestir a su hija.

Víctor, en medio de su postración profunda, oía, como se oye una música lejana, el ir y venir de aquella pobre mujer y los balbuceos de la niña.

Entonces sintió impulsos de llorar.

Moralmente, Víctor estaba regenerado.

Sentía horror de sí mismo.

Con un poderoso esfuerzo de voluntad, consiguió incorporarse.

Luisita corrió hacia él, tendiéndole los brazos y balbuceando:

—Papá, papá.

Víctor sintió algo así como el sacudimiento de una descarga eléctrica.

Tomó a su hija en brazos, la apretó contra su corazón y besó con frenesí aquel rostro de ángel, aquella cabecita rubia, cubierta de sedosos y enmarañados bucles.

Luisa se acercó también, y también Víctor besó sus manos, diciendo:

—Todo, todo por vosotras.

Y como si se hubieran despertado en su alma nuevas energías, se lanzó fuera del lecho.

Su aspecto era el de un hombre decidido a no dejarse abatir, resuelto a sostener la lucha y a triunfar.

Luisa sirvió el desayuno.

—Óyeme bien —dijo Víctor.

—Soy toda oídos —contestó Luisa sonriendo, como para dar ánimos a su amante.

—Vas a salir inmediatamente con la niña: buscas una casa lejos, muy lejos de aquí, allá por los barrios bajos. Haces esto por la mañana: por la tarde trasladas los muebles, y a las nueve de la noche vas a buscarme a la Plaza del Progreso a la taberna de los Andaluces.

—Allí caeré a las nueve, y todo estará arreglado.

—En ti confío. ¿Qué dinero necesitas?

—No lo sé.

—Toma veinte duros.

Con esto, Víctor se puso en pie, besó de nuevo a la madre y a la hija, y salió.

Su primer cuidado fue hacerse afeitar en una barbería, haciendo desaparecer su bigote.

En seguida se dirigió a Madrid.

Calculando que si volvía a encontrarse con Eleuterio podría convenirle estar prevenido, compró en una casa de préstamos un buen revólver, que guardó en el bolsillo de su cazadora.

Después, como si se complaciera en buscar los peligros, o como si quisiera adquirir la convicción de que no corría ninguno, se dirigió a la Plaza de las Salesas y entró en la casa llamada de Canónigos.

Allí están establecidos los juzgados de instrucción.

Allí están los jueces, los escribanos, los alguaciles, los perseguidores de los criminales.

Víctor pasó media hora recorriendo las galerías.

Nadie se fijó en él.

Recordaba aquellos tiempos de su primera juventud, cuando sin casa, sin hogar, sin recursos, a merced del acaso, veía también transcurrir las horas sin otra ocupación que recorrer calles y plazas, sufriendo el hambre, el frío, las inclemencias todas de la Naturaleza y las torturas de su propio organismo.

Entonces fue cuando conoció a Luisa, pobre niña, arrojada también a la vía pública por obra de la brutalidad.

Con esto reconstituyó todo su pasado, toda la historia de sus amores casuales con aquella mujer.

Y se horrorizó de que su hija pudiera correr aquellas vicisitudes, pudiera caer en el fango, en la ciénaga social donde se agitan los desgraciados y los criminales sin esperanzas de redención.

—No —se dijo—. He sido ladrón, he sido cómplice de un asesinato, pero no seré parricida… Y abandonar a un hijo es criminal, más repugnante que darle muerte.

Su espíritu había reaccionado.

Sentíase con fuerzas.

Y estaba seguro de triunfar.

Él borraría su pasado y prepararía un nuevo porvenir.

Poco antes de las nueve se dirigió a la Plaza del Progreso y entró en una tienda llamada de los Andaluces, modesto colmado, que viene a ser algo más que una taberna y algo menos que un restaurante.

A la derecha hay una habitación cuadrada, con reja a la calle.

Algunas mesas de pino pintado y las necesarias banquetas componen el ajuar.

Al entrar Víctor no había más parroquianos que cinco o seis cigarreras, que comían chicharrones, bromeaban, cantaban y palmoteaban con el clásico buen humor de las hijas del pueblo de Madrid.

Luisa no había llegado aún.

Pero no se hizo esperar muchos minutos.

Entró poco después, llevando a la niña de la mano.

Ni la madre ni la hija conocieron a Víctor, tan desfigurado estaba sin el bigote.

Víctor las llamó, sonriendo satisfecho.

Podía estar seguro de no ser conocido si la casualidad le hacía tropezar con alguna de sus antiguas relaciones.

—Pareces otro —dijo Luisa.

—Eso es lo que deseo. ¿Habéis cenado?

—No.

—Cenaremos aquí.

—Como quieras.

—¿Qué has hecho?

—Lo que me dijiste. Todo está arreglado.

—¿Dónde vivimos?

—Muy cerca. En la calle de Juanelo.

Tranquilamente cenaban, hablando en voz muy baja, y teniendo Víctor a su hija sobre sus rodillas, cuando resonó en la tienda una voz de mujer que decía con acento imperioso:

—Chico, una botella de manzanilla y unas ruedas de salchichón.

Víctor, al oír aquella voz, se estremeció violentamente y miró con terror hacia la puerta.

Tres mujeres entraron con risas y alboroto.

Una de ellas era Paca la Gallarda, fresca aún y como siempre arrogante.

Dirigió una mirada a los concurrentes, hizo un gesto desdeñoso y fue a tomar asiento con sus amigas en una mesa inmediata a la que ocupaban las cigarreras.

Víctor no sabía cómo interpretar el gesto de Paca.

¿Era que le había reconocido y quería manifestarle su desdén?

¿Era, por el contrario, que no había encontrado allí la gente que tal vez esperaba?

De todos modos, la presencia de aquella mujer desasosegaba a Víctor.

Esta impresión no pasó desapercibida para Luisa.

—¿La conoces? —preguntó a Víctor.

—Sí, por desgracia.

—Yo también.

—¡Tú!

—Es muy conocida en Madrid.

—¿Por qué?

—Por sus escándalos.

—Es verdad.

—¿Has tenido algo que ver con ella?

—Luisa, no quieras saber historias del pasado.

—Contesta; no he de tener celos.

—Te diré solo que esa mujer ha ejercido en mi vida una influencia perniciosa. Conviene que no me vea, que no me conozca.

—Vámonos.

—Yo saldré primero. Tú te quedas a observar.

—Muy bien.

Y Víctor, sin terminar su cena, se levantó y salió, tal vez con más apresuramiento del que convenía.

Paca se fijó en él y le siguió con la mirada.

Después dijo con descaro, dirigiéndose a Luisa:

—Oiga usted, señora, ¿es su hombre de usted?

—Es mi marido —contestó la joven con altivez—. ¿Por qué es la pregunta?

—Por nada, creí conocerle; pero no tema usted, hija, que no se lo vamos a

robar.

—Muchas gracias.

Paca se encogió de hombros, y palmoteando con fuerza, llamó al chico, que aún no les había servido.

Luisa continuó en su puesto algunos minutos; se puso en pie lentamente, y cogiendo a la niña, salió.

Desde la tienda oyó reír a Paca.

Luisa se reunió en la plaza con Víctor, que la esperaba impaciente, y le dio cuenta de lo ocurrido.

A Víctor le disgustó aquel encuentro.

Quedaba en la duda de si le había o no conocido Paca la Gallarda.

Le tranquilizaba que no hubiera intentado acercarse a él, ni detenerle ni seguirle.

Pero si aquella mujer, como era probable, veía a Eleuterio, le diría que Víctor estaba en Madrid.

Y a este le convenía que aquel le creyera muy lejos.

Víctor delante, y Luisa detrás guardándole las espaldas, se dirigieron a su nueva vivienda.

Allí Víctor se juzgó seguro por el momento.

Y aunque le preocupaba su encuentro con Paca la Gallarda, acabó por convencerse de que no tendría ulteriores consecuencias, y rendido por el insomnio de la noche anterior, acabó por conciliar un sueño relativamente tranquilo.

CAPÍTULO XVIII

SIGAMOS los pasos de Eleuterio para reanudar el drama que pendiente quedó en los comienzos de esta historia, y que había de complicar la situación de todos los personajes.

Digamos, ante todo, que ni por un momento pensara Eleuterio en delatar a Víctor.

Nada ganaba con ello.

Creía que Víctor estaba exhausto de recursos.

De otro modo hubiera procurado explotarle.

Cuando le vio pasar en el coche, camino de la estación, le gritó con sorna:

—¡Buen viaje!

Y después murmuró:

—Allá se entiendan él y Vicente Vellido. Ni entro ni salgo. Yo he conseguido lo que deseaba.

Y al decir esto acariciaba con su mano en el bolsillo el retrato de Soledad.

Continuó su camino, entró en Madrid y pasó aquella noche en una posada.

Al día siguiente fue su primer cuidado comprar en la Plaza Mayor un traje más decoroso que el que llevaba. Eleuterio estaba en fondos.

Ya transformado, y resuelto a buscar a Soledad, cuyo recuerdo constituía para él una especie de obsesión, se dirigió a casa de Doroteo.

Pero este hacía mucho tiempo que se trasladara de domicilio, y no daban razón de él.

Los vecinos de Madrid son muy dados a cambiar de casas.

Son los menos los que viven algunos años en un mismo sitio.

Pero Eleuterio no se desanimó.

Tenía trazado su plan.

Conviene recordar que Vicente Vellido era el primer esposo de Gabina, la portera de la casa de Madrid Moderno. El segundo marido era Doroteo, el tío de Soledad.

Eleuterio conocía esta historia.

Sabía que Doroteo visitaba con frecuencia a su primera mujer.

Esta le daría noticias.

Dirigiose, pues, a Madrid Moderno, habló con Gabina y supo que Doroteo habitaba en el barrio del Pacífico, a corta distancia del Cuartel de los Docks.

Por la calle de Atocha bajaba Eleuterio al caer la tarde, pensando en la manera de encontrarse a solas con Soledad, cuando un encuentro no esperado vino a torcer su camino, y tal vez a retrasar sus proyectos.

Fue el caso que una voz de mujer exclamó con alegría:

—¡Si es Eleuterio!

Y al mismo tiempo sintió este que una mano se posaba sobre su hombro.

Tenía delante a una mujer de unos veinticinco años, bastante agraciada, aunque de maneras sobrado desenvueltas, que a las claras revelaban una vida y unas costumbres harto libres.

—¡Encarna! —exclamó Eleuterio.

Eran antiguos conocidos.

—¿De dónde sales? —preguntó la mujer—. ¡Tanto tiempo sin verte!

—He viajado.

—¿Por Ceuta y por Melilla?

—No, hija; no he pasado de Zaragoza.

—Más vale así. ¿Vienes en fondos?

—¿Por qué lo preguntas?

—Para que convides y hablemos.

—Andando.

—Pues, mira, aquí está el café de Zaragoza. Figúrate que no has salido de allí.

Y, en efecto, estaban a dos pasos del café que lleva el nombre de la invicta ciudad, y en él entraron.

—¿Hasta dónde te corres? —preguntó Encarna.

—Hasta donde quieras. Vamos a cenar.

—No eres tú nadie cuando quieres ser rumboso.

Por largo rato la conversación fue indiferente, hasta que Encarna preguntó:

—Y ahora, ¿cómo vives? ¿Qué piensas hacer?

—No lo he pensado aún. Estoy en una posada; tengo dinero para algún tiempo, y después buscaré trabajo.

—¿En qué oficio?

—En el que salga.

—Con tal que no vuelvas a Zaragoza.

—No quisiera.

—¿Sabes lo que te digo?

—Di.

—Que necesitas casa y mujer, que vas siendo mayor de edad y no has de vivir hecho un golfo.

—¿Y dónde está todo eso?

—Casa, la mía… Y mujer…

—Gracias, Encarna. Acepto.

Cerraron trato.

A los dos les convenía.

A Encarna, porque Eleuterio estaba en fondos, y a este, por no vivir aislado.

—Vaya —dijo—, no puedo quejarme. Entré en Madrid con buen pie.

En otros tiempos, Encarna y Eleuterio se habían amado, si puede darse este nombre a la unión de dos seres que junta un día la casualidad y otro día los separa.

—¿A dónde te dirigías cuando te encontré? —preguntó Encarna.

—Al barrio del Pacífico, en busca de Doroteo.

—¿Le buscabas a él o a Soledad?

—Quería reanudar amistades.

—Pues la de Soledad no la reanudas.

—Nunca he tenido relaciones con ella.

—No por falta de deseos.

—Si yo hubiera querido…

—No quieras más.

—¿Te opones tú?

—Puede ser; pero, en fin, no es por eso.

—¿Por qué entonces?

—Porque Soledad se ha casado.

—¡Imposible! ¿Quién iba a recoger lo que otro desperdicia?

—Ahí verás; hay hombres para todo.

—¿Y quién ha sido ese mandria?

—Ramón.

—¿El albañil?

—El mismo.

—Pero, ¿sabe la historia de Soledad y Víctor?

—Digo yo que no debe saber nada.

—¡Tanto mejor! —exclamó Eleuterio.

Encarna no pudo comprender el doble sentido de estas frases, y prosiguió:

—Cuando Víctor estaba en la cárcel y todas creíamos que Soledad iría a verle, porque para las ocasiones son los amigos, y las amigas, ella, como si tal cosa, y si te he visto no me acuerdo. Mira tú, para que a ti, sabiéndolo yo, te hubiera faltado nunca una cajetilla.

—Es que tú eres tú.

—Y que lo digas. En fin, que de la noche a la mañana, Ramón, que es muy amigo de Doroteo, empieza a entrar, y que en un dos por tres arreglan los papeles y se casan por la iglesia y por lo civil.

Haciendo comentarios sobre este tema pasaron algún tiempo, hasta que salieron del café, dirigiéndose a la calle del Fúcar, donde Encarna tenía su domicilio.

Las intenciones de Eleuterio no podían ser más traidoras.

Lejos de sentir el casamiento de Soledad, se regocijaba de él.

Ella, libre, hubiera podido resistir.

Ante el temor de que su marido llegara a conocer el secreto, tendría que ceder.

Eleuterio tenía en sus manos un arma terrible para amenazarla y vencerla.

Sin embargo, decidió esperar algún tiempo.

Encarna, que se había interpuesto en su camino, podía crearle complicaciones y desbaratarle su plan.

Algunos días transcurrieron.

Aquella improvisada pareja se llevaba en la mejor armonía.

Eleuterio pasaba la mitad de la vida en la taberna jugando al mus.

Vida deliciosa para él.

Una noche le dijo Encarna:

—Vamos al Café del Gallo, donde aún encontrarás antiguos amigos.

Y así lo hicieron.

Allí estaban Paca la Gallarda y Pepe el Extremeño, que, acostumbrados una a otro, cien veces se habían separado y otras tantas se habían vuelto a reunir, y gastaban y triunfaban con otros conocidos de Eleuterio, que fue recibido en la reunión, después de una larga ausencia, con grandes muestras de regocijo.

—Oye, Pepe —dijo Eleuterio, después de haber apurado algunas copas de *cognac*—. Necesito hablar con Paca. ¿Lo permites?

—¿Por qué no?

—Pues, oye tú, que hay cosas que no deben decirse en voz alta.

Paca y Eleuterio se retiraron a otra mesa.

—¿Qué significa este misterio? —preguntó la Gallarda.

—Tengo que darte noticias de personas de tu aprecio.

—¿De Víctor tal vez? Juraría haberle visto la otra noche.

—No es posible.

—¿Por qué?

—Porque ha salido para América.

—Habrá sido después, porque era él, no tengo duda. Va afeitado, como si quisiera no ser conocido; pero a mí no se me despinta.

—Pues bien, no son de Víctor las noticias que te traigo.

—¿De quién entonces?

—De tu padre.

Paca palideció ligeramente.

—¿Y tú sabes quién es mi padre? —preguntó con extrañeza.

—Lo he sabido en el presidio de Zaragoza.

—¿Quién te lo ha contado?

—El mismo.

Paca pareció un momento conmovida.

Una nube de tristeza empañó sus ojos.

Pero se repuso, y murmuró:

—Ha hecho mal.

—¿Es que te avergüenza ser su hija?

—Por lo menos no hay motivos para sentirse orgullosa.

—Vicente Vellido vale mucho.

—Bien, no hablemos de eso. ¿Cómo está?

—Mejor que nunca. Solo te diré que es el amo del establecimiento. Todos le temen y le respetan.

—Si tan considerado está allí…

—¿Qué?

—Conviene que no salga.

—No digas eso. La libertad es muy hermosa. Desgraciadamente, tu padre no volverá a disfrutar de ella.

—Te engañas —dijo una voz ronca a espaldas de Eleuterio.

Paca dejó escapar un grito de sorpresa.

Eleuterio se volvió y quedó sorprendido también.

Vicente Vellido estaba allí.

* * *

Vivía Soledad en una modesta casita, a poca distancia de la que ocupaba su tío, y era tan dichosa cuanto puede serlo la mujer que tiene que ocultar a su marido un secreto vergonzoso.

Sentíase amada por Ramón con amor vehemente, profundo, casi idolátrico.

Y ella le correspondía con la misma sinceridad.

Había arrancado de su alma hasta las reminiscencias de aquella primera ilusión de su vida que la llevó a caer en brazos de Víctor.

Una mañana, Ramón había salido temprano, como de costumbre, para ir a su trabajo.

Soledad había hecho su compra, y se ocupaba en preparar la comida que había de llevar a Ramón, cuando oyó que llamaban a la puerta.

—Adelante quien sea —dijo, suponiendo que no podía tratarse más que de alguna vecina.

Un hombre entró en la pequeña estancia, amueblada con sencillez, pero con cierto gusto.

Soledad reconoció a Eleuterio, y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa y un gesto de desagrado.

—Soledad —dijo Eleuterio—, ¿así recibes a un amigo?

—Como hace tanto tiempo que no nos vemos, es posible que ignores…

—Sé que te has casado. Ramón y yo nos apreciamos, hemos corrido juntos muchas juergas y puedo venir a su casa.

—Ven entonces cuando él esté.

—Pero es el caso que tengo que hablar contigo, y puede no convenirte que él se entere.

—¿Qué puedes decirme que él no pueda oír?

—Todo lo que se refiere a Víctor.

—¡Ah!

Soledad palideció.

—Ahora, elige tú —añadió Eleuterio—. ¿Prefieres que hablemos a solas o en su presencia?

—Siéntate y habla —dijo Soledad.

—Tú sabes, Soledad, que yo era el confidente de Víctor.

—Por desgracia suya.

—Sin embargo, el único asunto que le salió mal fue aquel que no me consultó. Con mi consejo nunca hubiera llegado al crimen.

—¡Ah!… ¿Sabes?…

—Lo sé todo, y como ha quedado pendiente un asunto de importancia que aún puede dar con tu antiguo amante en el patíbulo, y tú puedes verte comprometida, vengo a prevenirte. Ya ves cómo debes agradecérmelo.

—Explícate —dijo Soledad, que estaba pálida como una muerta.

—Víctor te hizo depositaria de la cantidad que él y otro robaron a la señora de Neira después de asesinarla.

—Es cierto.

—Hoy su cómplice le reclama su parte. Si no se la entrega, delatará el crimen. Es preciso que tú devuelvas ese depósito.

—Imposible. Lo arrojé al fuego.

—Eso cree Víctor; pero su cómplice no.

—Esa es la verdad.

—No habrá manera de convencer de esa verdad a Vicente Vellido; este cumplirá su amenaza, y tú, como depositaría, te verás envuelta por complicidad en las responsabilidades del crimen.

—¡Eso es horrible!

—Pues bien, yo vengo a salvarte a ti.

—¿Cómo?

—Si no consigo convencer a Vicente Vellido, por lo menos conseguiré detenerle.

—¡Quién sabe!

—Tengo suficiente influencia sobre él. Y en último caso, le quitaré de en medio.

—¡Un nuevo crimen!

—Mira, los crímenes se enredan unos con otros, lo mismo que las cerezas.

—Nunca, nunca. Yo no puedo consentirlo.

—Si ese hombre no cede, mientras viva, Víctor puede ir al patíbulo y tú a la galera de Alcalá.

—¡Qué horror! ¡Qué horror!

—Pero, en fin, no te apures. Yo intentaré que ceda.

—Eleuterio, si lo consigues…

—¿Qué?

—Puedes contar con mi gratitud para toda la vida.

—¿Con tu gratitud nada más?

—¿Qué más deseas?

—Que me quieras, así, como quisiste a Víctor.

—Eso es imposible, Eleuterio.

—¿Por qué?

—Yo entonces era soltera, disponía de mi persona. Hoy pertenezco a mi marido.

—¿Eres feliz con él?

—Muy feliz.

—Engañándole.

—¡Yo!

—Sí, porque seguramente le ocultas el secreto de tu vida.

—Por su propia tranquilidad.

—Por eso mismo debes ceder a mi súplica. De otro modo se aclarará el misterio si eres denunciada a los tribunales como cómplice de Víctor. Has engañado a Ramón una vez, le engañas otra… Todo por su felicidad.

Fueron dichas estas frases con tanto cinismo, que Soledad, en su indignación, sintió afluir a su rostro una oleada de sangre.

Su palidez fue sustituida por el rojo color de la vergüenza.

—Infamia por infamia —exclamó—; prefiero el desprecio de Ramón y la galera de Alcalá. Hemos concluido, Eleuterio.

Y al decir esto se puso en pie.

—¿Me despides?

—Sí.

—Quiero ser generoso. Tres días te doy de tiempo para pensarlo.

—Es inútil. Veo claro tu juego. Pretendes amenazarme y vencerme con una mentira, y no lo conseguirás.

Eleuterio desplegó una sonrisa de demonio, y dijo sacando de su bolsillo el retrato de Soledad:

—Y este retrato, por ti dedicado a Víctor, ¿es mentira también?

Soledad quedó anonadada.

—Ya ves —continuó Eleuterio— que tengo pruebas sobradas para perderte.

—Eres un infame.

—Ya lo sé; pero no es mía la culpa de que tú seas tan hermosa. Ya lo sabes, tienes tres días.

Eleuterio llegó hasta la puerta, y desde allí, mirando a Soledad, dijo con voz amenazadora:

—Volveré.

Soledad quedó presa de un profundo terror.

Por un momento, cuando vio claras las infames pretensiones de Eleuterio, creyó que toda la historia de la reclamación del depósito era una mentira.

Pero al ver su retrato en manos de aquel hombre tuvo que convencerse de que tenía, en verdad, pruebas acusadoras contra ella.

Transcurrieron los tres días fatales del plazo concedido por Eleuterio a Soledad.

La desdichada joven vivía en perpetua zozobra.

Sin embargo, hubo un momento en que llegó a alimentar una esperanza.

Transcurrió una semana sin que volviera a ver a Eleuterio.

Con esto llegó a creer que el miserable habría desistido de sus pretensiones.

Y era que Eleuterio, firme en su propósito de perseguir a Soledad, aprovechando la amistad que le unía con Ramón y Doroteo, que juntos trabajaban en la construcción de un hermoso edificio en el barrio de Salamanca, consiguió que en aquella obra le proporcionaran trabajo.

Llegó por fin el día en que aquella situación violenta había de tener su desenlace.

Eleuterio salió al encuentro de Soledad, como dijimos al comienzo de esta historia, y sus instancias fueron más vivas, sus amenazas más violentas.

La intervención de Doroteo, a quien la joven participó sus angustias, no dio resultado.

Eleuterio despreció sus amenazas, y por su parte cumplió la suya, haciendo que Ramón desconfiara de Soledad.

Y cuando aquel consiguió escapar de entre sus manos, y Ramón intentó perseguirle, gritando: —Canalla, di que es mentira—, presentose Soledad, diciendo:

—No, no es mentira, Ramón.

Y como si esta confesión terrible hubiera agotado sus fuerzas, cayó desplomada.

Inmóvil, perplejo, anonadado, Ramón no sabía qué determinación tomar, si perseguir al malvado o socorrer a Soledad, que estaba allí en el suelo, sin movimiento, sin voz, pálida como una muerta.

Doroteo se presentó.

—Viene usted a buena hora —dijo Ramón con voz reconcentrada—. Socorra a su sobrina.

—Deber es tuyo más que mío —replicó Doroteo, asiendo por un brazo a Ramón, que intentaba alejarse.

—Esa mujer me ha engañado, no es digna de mí.

—Cuando la hayas oído, podrás juzgarla.

—Déjeme usted, Sr. Doroteo. Si hoy la oyera, la mataría.

—¿Qué piensas hacer?

—Reclamarla nuestro hijo y dejarla en libertad para no volver a verla. Esa será mi resolución. Ahora, déjeme usted, le digo; no quiero oír nada.

Y rechazando bruscamente a Doroteo, se alejó presuroso.

—Esto tenía que llegar —murmuró el viejo.

Y al inclinarse para reconocer a lajoven, esta se incorporó.

—¿Has oído? —preguntó Doroteo.

—Todo, todo —contestó Soledad con amargura—. Perdí las fuerzas, pero no el conocimiento… Tiene razón; procede como lo que es, como un nombre honrado; pero si yo lo consintiera, mi pobre hijo vendría a pagar las culpas de su madre.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada. Ir a casa y esperar a Ramón.

—Yo iré contigo.

—De ningún modo. La explicación ha de ser a solas.

—Pero…

—Nada tema usted. Ramón es incapaz de un atropello.

Insistió Doroteo; pero Soledad se mantuvo firme.

No quería testigos.

Y como si hubiera reaccionado de su abatimiento, se dirigió a su casa con paso firme, después de recoger a su hijo, que estaba, según costumbre, en casa de Doroteo.

Una vez en su casa, quitose el mantón, los pendientes, el vestido de lana, todo lo que pudiera representar algún valor, murmurando:

—Todo esto le pertenece a él.

Después se vistió no ya humilde, sino pobremente, con el traje que solía usar para las faenas de la casa, y cogiendo en brazos a su hijo, volvió a salir a la calle.

Brillaba en sus ojos un extraño fuego.

Se adivinaba en sus movimientos nerviosos y en sus actitudes una resolución

irrevocable.

En efecto, sin un solo instante de vacilación ni de duda, atravesando plazas y calles, sin fijar su atención en nada, llegó hasta el Viaducto.

Detúvose en su centro, encima de la calle de Segovia.

Miró entonces a su hijo, que dormía en sus brazos, y murmuró:

—Morir juntos y abrazados, esta es mi última felicidad.

Y con ánimo resuelto avanzó hacia la barandilla.

Su gesto entonces y su actitud eran los de una loca.

De pronto, Soledad se sintió asida por un brazo. Volvió la cabeza y se encontró frente a frente de un sacerdote, que le dijo con voz solemne:

—¡Solo Dios puede disponer de nuestra vida!

Una nueva reacción se operó en el espíritu de Soledad y rompió a llorar amargamente.

A este tiempo llegaron presurosos los guardias: pero el sacerdote les convenció de que no debían detener a aquella infeliz.

Don Benigno, que así se llamaba el sacerdote, se alejó con Soledad, haciéndola entrar en la próxima iglesia del Sacramento.

Y allí la oyó no en confesión vulgar, sino en una verdadera expansión del alma.

—Esa confesión —dijo D. Benigno— debes hacérsela a tu esposo. Yo estaré presente.

Dirigiéronse a casa de Soledad.

Allí estaba Ramón.

—Creí que no volverías —dijo con severidad—, y hubieras hecho bien.

—Antes de que esta señora conteste —interrumpió el sacerdote—, ¿me dispensará usted la honra de concederme una breve conferencia?

—No tengo inconveniente —contestó Ramón sorprendido.

Salieron a la calle.

Soledad dejose caer sobre una silla, y besando una y mil veces la frente de su hijo, se dispuso a esperar.

Media hora tardaron en volver.

Ramón parecía profundamente emocionado.

Soledad, al verle, cayó de rodillas, diciendo:

—Mátame o perdóname; pero no me desprecies, no me separes del hijo de mis entrañas.

—¡Pobre mártir! —exclamó Ramón besándola en la frente—; lo que has

sufrido te redime. Querías morir por mí y yo quiero que vivas para mí y para nuestro hijo.

Y al decir esto confundió en un solo abrazo al hijo y a la madre.

El grupo era conmovedor.

—¡Que Dios os bendiga! —dijo el padre Benigno.

Capítulo último

La Cara de Dios

POCOS días después la prensa de Madrid daba cuenta de un grave suceso ocurrido en un lujoso comercio de una calle céntrica.

El sereno oyó ruidos sospechosos a deshora de la noche, al tiempo que por allí pasaba casualmente una pareja de la Guardia civil.

Sereno y guardias entraron por el portal y vieron entornada una puerta que allí había de comunicación con la tienda.

Penetraron en esta resueltamente y sorprendieron a dos ladrones, que, lejos de rendirse, intentaron resistir, abriéndose paso con sus navajas.

Uno de los guardias fue herido ligeramente.

Entonces los guardias hicieron fuego. Uno de los ladrones murió en el acto, y el otro poco después en la casa de socorro.

Este era el suceso de que daban cuenta los periódicos, añadiendo que los muertos se llamaban Eleuterio F. de Incógnito y Vicente Vellido, licenciado aquel de presidio y fugado este.

La sociedad no se preocupó ni poco ni mucho con la pérdida de tales elementos.

Y nuestros lectores comprenderán que alguien había de alegrarse: Víctor y Ramón.

* * *

Era el día de Viernes Santo.

El pueblo de Madrid celebraba la romería de la Cara de Dios.

Y allá fueron en las primeras horas de la mañana Víctor, que ya vivía tranquilo, Luisa y la niña.

La animación era extraordinaria.

Las chulas de Madrid, envueltas en sus vistosos pañolones de Manila, con su gracia inimitable daban animación a la fiesta.

En un grupo Víctor vio a Paca la Gallarda, que, sin duda, no creyó

conveniente guardar el duelo por la muerte de su padre.

—Aunque solo fuera por esta mujer —pensó Víctor—, quiero salir de España.

Poco después sentose Víctor con Luisa y Luisita en una de esas buñolerías improvisadas al aire libre, cuando en la mesa inmediata vio a Doroteo con su mujer, Ramón, Soledad y el niño.

Soledad se puso pálida.

Ramón frunció el ceño, y dirigiéndose a Víctor, exclamó:

—Por fin te encuentro. Tenemos que hablar.

—Yo lo deseo también —contestó Víctor.

Y retirándose algunos pasos, hablaron largamente.

Todos estaban pendientes de aquella conferencia, de la que no oyeron más que las últimas frases de Ramón, que fueron estas:

—Por mi hijo y por tu hija, te perdono. Ahora vamos a la Cara de Dios.

Reuniéronse todos, y entre la apiñada muchedumbre entraron en la capilla.

Cuando llegaron delante del altar mayor donde se venera la Sagrada religión que, según la tradición popular, es uno de los tres paños de la Verónica en los que quedó impresa la Santa Faz, Víctor, cogiendo una mano de Ramón, dijo solemnemente:

—Ante la Cara de Dios juro haberte dicho la verdad, y renuevo mi promesa de huir de España.

—Y yo te perdono ante la Cara de Dios.

* * *

Allá en América, Víctor encontró la redención en el trabajo. Solo el trabajo y la honradez pueden alcanzar la redención del culpable.

Aquí, en Madrid, Ramón y Soledad, después de dar el pasado al olvido, en su virtud y en su amor encontraron la ventura.

Y todos los años el día de Viernes Santo van a la capilla del Príncipe Pío a dar gracias a la Cara de Dios.

FIN

CORTE DE AMOR

FLORILEGIO DE HONESTAS Y NOBLES DAMAS

ENVÍO

Gentiles damas de la «Corte de Amor»: Rosa, Eulalia, Augusta, llevad mi homenaje de admiración y de afecto al amable narrador de La Cigarra.

ROSITA

I

ZUMBADOR enjambre de abejorros y tábanos rondaba los grandes globos de luz eléctrica que inundaban en parpadeante claridad el pórtico del *Foreing Club*: un pórtico de mármol blanco y estilo pompeyano, donde la acicalada turba de gomosos y *clubmanes* humeaba cigarrillos turcos y bebía cócteles en compañía de algunas damas galantes. Oyendo a los caballeros, reían aquellas señoras, y sus risas locas, gorjeadas con gentil coquetería, besaban la dorada fimbria de los abanicos que, flirteadores y mundanos, aleteaban entre aromas de amable feminismo. A lo lejos, bajo la Avenida de los Tilos, iban y venían del brazo Colombina y Fausto, Pierrot y la señora de Pompadour. También acertó a pasar, pero solo y melancólico, el Duquesito de Ordax, agregado entonces a la Embajada Española. Apenas le divisó Rosita Zegri, una preciosa que lucía dos lunares en la mejilla, quitándose el cigarro de la boca, le ceceó con andaluz gracejo.

—¡Espérame, mamarracho!

Puesta en pie apuró el último sorbo del cóctel y salió presurosa al encuentro del caballero, que con ademán de rebuscada elegancia, se ponía el monóculo para ver quién le llamaba. Al pronto el Duquesito tuvo un movimiento de incertidumbre y de sorpresa. Súbitamente recordó:

—¡Pero eres tú, Rosita!

—¡La misma, hijo de mi alma!… ¡Pues no hace poco que he llegado de la India!

El Duquesito arqueó las cejas, y dejó caer el monóculo: fue un gesto cómico y exquisito de polichinela aristocrático. Después exclamó atusándose el rubio bigotejo con el puño cincelado de su bastón:

—¡Verdaderamente tienes locuras dislocantes, encantadoras, admirables!

Rosita Zegri entornaba los ojos con desgaire alegre y apasionado, como si quisiese evocar la visión luminosa de la India.

—¡Qué tierra aquella! ¡Más calor que en Sevilla!

Y como el Duquesito insinuase una sonrisa algo burlona, Rosita aseguró:

—¡Más calor que en Sevilla! ¡No pondero lo menos!

El Duquesito seguía sonriendo:

—Bueno, mucho calor… Pero cuéntame cómo has hecho el viaje.

—Con *lord* Salvurry. Tú le conociste. Aquel inglés que me sacó de Sevilla… ¡Tío más borracho!

—¿Ahora estás aquí con él?

—¡Quita allá!

—¿Estás sola?

—Tampoco. Ya te contaré. ¿Tú querías que estuviese sola?

El caballero se inclinó burlonamente.

—Yo quiero todo lo que tú quieres, Rosita.

Se miraron alegremente en los ojos.

—¡Cuidado que estás encantadora!

—¡Vaya, que deseaba encontrarme con alguno de Sevilla!

Rosita Zegri no podía olvidarse de su tierra. Aquella andaluza, con ojos tristes, de reina mora, tenía los recuerdos alegres, como el taconeo glorioso del bolero y del fandango. Sin embargo, suspiró:

—Dime una cosa: ¿Estabas tú en Sevilla cuando murió el pobre Manolillo?

—¿Qué Manolillo?

—¡Pues cuál va a ser! Manolo el Espartero.

El Duquesito hizo un gesto indiferente.

—Yo hace diez años que no caigo por allá.

Rosita puso los ojos tristes.

—¡Pobre Manolo!… Ahí tienes un hombre a quien he querido de verdad. ¿Tú le recuerdas?

—Desde que empezó.

—¡Mira que tenía guapeza en la plaza!

—Pero no sabía de toros.

—¡Pobre Manolillo! Cuando leí la noticia me pasé llorando cerca de una hora.

La sonrisa del Duquesito, que parecía subir enroscándose por las guías del bigote, comunicaba al monóculo un ligero estremecimiento burlón:

—No sería tanto tiempo, Rosita.

Rosita se abanicó gravemente.

—¡Sí, hijo!… Hay cosas que no pueden olvidarse.

—¿Fue tu primer amor, sin duda?

—Uno de los primeros.

El monóculo del gomoso tuvo un temblor elocuente.

—¡Ya!… Tu primer amor entre los toreros, como yo entre los aristócratas.

—¡Cabal!… ¡Cuidado que tienes talento!

Y Rosita se reía guiñando los ojos y luciendo los dientes blancos y menudos. Después, ajustándose un brazalete, volvió a suspirar. ¡Era todavía el recuerdo de Manolillo! Aquel suspiro hondo y perfumado, levantó el seno de Rosita Zegri como una ola de juventud fecunda. Para endulzar su pena se dispuso a saborear los confites que llevaba dentro de un huevo de oro.

—Anda, hijo, tenme un momento el abanico. Daremos una vuelta al lago, y luego volveremos al *Foreing Club*.

Metiose un confite en la boca, y tomando otro con las yemas de los dedos, brindóselo al Duquesito.

—Ten. ¡No hay más!

El galán, con uno de sus gestos de polichinela, solicitó el que la dama tenía en la boca. La dama sacóle al aire en la punta de la lengua:

—¡Vamos, hombre, no te encalabrines!

II

TUVIERON que apartarse para dejar paso a una calesa con potros a la jerezana: reclinadas en el fondo, riendo y abanicándose, iban dos mujeres jóvenes y casquivanas, ataviadas manolescamente con peinetas de teja, y pañolones de crespón que parecían jardines. Cuando pasaron, Rosita murmuró al oído del Duquesito:

—¿Las conoces?

—Sí… También son españolas…

—Y de Sevilla.

—¿No erais amigas?

—Muy amigas… Pero no está bien que me saluden a la faz del mundo. A ti mismo te permito que me hables como en nuestros buenos tiempos, porque aquí

estoy de incógnito… De otra manera tendrías que darme tratamiento.

—¿Cuál, Rosita?

—De Majestad.

—Su Graciosa Majestad.

—¡Naturalmente!

Desde la orilla lejana, un largo cortejo de bufones y de azafatas, de chambelanes patizambos y de princesas locas, parecía saludar a Rosita agitando las hachas de viento que se reflejaban en el agua. Era un séquito real. Cuatro enanos cabezudos conducían en andas a un viejo de luengas barbas, que reía con la risa hueca de los payasos, y agitaba en el aire las manos ungidas de albayalde para las bofetadas chabacanas. Princesas, bufones, azafatas, chambelanes, se arremolinaban saltando en torno de las andas ebrias y bamboleantes. Todo el séquito cantaba a coro: un coro burlesco de voces roncas.

La dama cogió el brazo del galán.

—Demos vuelta. No quiero lucirme contigo.

Y levantándose un poco la falda, le arrastró hacia un paseo solitario. La orilla del agua fue iluminándose lentamente con las antorchas del cortejo. Bajo la Avenida de los Tilos, la sombra era amable y propicia. En los viejos bancos de piedra, parejas de enamorados hablaban en voz baja. El Duquesito de Ordax intentó rodear el talle de Rosita Zegri, que le dio con el abanico en las manos.

—Vamos, hijo, que atentas a mi pudor.

Con la voz un poco trémula, el Duquesito murmuró:

—¿Por qué no quieres?

—Porque no me gustan las uniones morganáticas.

—¿Y un beso?

—¿Uno nada más?

—Nada más.

—Sea… Pero en la mano como a las reinas.

Y haciendo un mohín, le alargó la diestra, cubierta de sortijas hasta la punta de los dedos. El Duquesito posó apenas los labios. Después se atusó el bigote, porque un beso, aun cuando sea muy ceremonioso, siempre lo descompone un poco.

—¡Verdaderamente eres una mujer peligrosa, Rosita!

Rosita se detuvo riendo con carcajadas de descoco, que sonaban bajo el ramaje de la Avenida, como goqeos de un pájaro burlón.

—¿Pero oye, mamarracho, has creído que pretendo seducirte?

—Me seduces sin pretenderlo. ¡Ahí está el mal!

—¿De veras?… Pues hijo, separémonos.

La dama apresuró el paso. El galán la siguió.

—¡Oye!

—No oigo.

—En serio.

—Me aburre lo serio.

—Tienes que contarme tu odisea de la India.

Rosita Zegri se detuvo y volvió a tomar el brazo del Duquesito. Mirándole maliciosamente suspiró:

—¡Ay!… Está visto que nos une el pasado.

—Debíamos renovarlo.

—¿Y mi reputación?

—¿Cuál reputación?

—Mi reputación de mujer de mundo. ¡Ni que fuese yo una prójima de las que tienen un amante diez años, y hacen las paces todos los domingos! Es de muy malísimo tono restaurar amores viejos.

El Duquesito puso los ojos en blanco, y alzó los brazos al cielo. En una mano tenía el bastón de bambú, en la otra los guantes amarillos.

—¡Ya estamos en ello, Rosita!… Y tú me conoces lo bastante para saber que soy incapaz de proponerte nada como no sea absolutamente correcto. ¡Pero la noche, la ocasión!

Rosita inclinó la cabeza sobre un hombro, con gracia picaresca y gentil:

—¡Ya caigo! Deshojemos una flor sobre su sepultura, y a vivir…

El Duquesito se detuvo, y miró en torno:

—Sentémonos en aquel banco.

Rosita no hizo caso, y siguió adelante.

—Me hace daño el rocío.

—Sin embargo, en otro tiempo, Rosita…

—¡Ah!… En otro tiempo aún no había estado en la India.

El galán alcanzó a la dama y volvió a rodearle el talle, y quiso besarla en la boca. Ella se puso seria.

—¡Vamos, quieres estarte quieto!

—¿Decididamente, te sientes Lucrecia?

—No me siento Lucrecia, chalado… ¡Pero lo que pretendes no tiene sentido común!… ¡Aquí, al aire libre, sobre la hierba!… Ciertas cosas o se hacen bien o

no se hacen…

—¡Pero Rosita de mi alma, la hierba no impide que las cosas se hagan bien!

Rosita Zegri, un poco pensativa, paseó sus ojos morunos y velados, todo a lo largo de la orilla que blanqueaba el claro de la luna. Los remos de una góndola tripulada por diablos rojos batían a compás en el dormido lago donde temblaban amortiguadas las estrellas, y alguna dama, con la cabeza empolvada, tal vez una duquesa de la Fronda, cruzaba en carretela por la orilla. Rosita se apoyó lánguidamente en el brazo del Duquesito.

—Cómo se conoce que eres hombre. ¡Todos sois iguales! Así oye una esas tonterías de que venimos del mono. ¡Vosotros tenéis la culpa, mamarrachos! A los monos también les parece admirable la hierba para hacerse carocas. Los he visto con mis bellos ojos en la India.

Y la risa volvió a retozar en los labios de Rosita Zegri.

III

EL Duquesito agitaba en el aire sus guantes amarillos. Parecía desesperado:

—En otro tiempo no eras tan mirada, Rosita.

—¡Como que en otro tiempo aún no había estado en las tierras del sol, y no me hacía daño el rocío!

—Te desconozco.

—Achaque viejo, chiquillo. ¿Cuándo has sabido leer en mi corazón? ¡Nunca!… Te dio siempre la ventolera por decir que te engañaba.

—¿Y no era verdad?

Rosita se detuvo rehaciendo en sus dedos los rizos lacios y húmedos de rocío que se le metían por los ojos.

—Como verdad, sí… Pero yo te engañaba solamente con algún amigo, mientras que Leré te ha engañado con todo el mundo. ¡Suerte que tienen algunas! Esa te había puesto una venda en los ojos.

El Duquesito de Ordax alzó los hombros, como pudiera alzarlos el más sabio de los estoicos.

—No creas… Únicamente que con el tiempo cambia uno mucho. He comprendido que los celos son plebeyos.

—Todos los hombres comprendéis lo mismo cuando no estáis enamorados.

—¡Hoy quién se enamora!

—¿También es plebeyo?
—Anticuado nada más.
Rosita se detuvo recogiéndose la falda, y miró al Duquesito con expresión burlona. Su risa de faunesa, alegre y borboteante, iluminaba con una claridad de nieve la rosa de su boca.
—Oye, en nuestros buenos tiempos la pasión volcánica debió ser el último grito. ¡Mira que has hecho tonterías por mí!
—¿Estás segura?
—¿De que eran tonterías? ¡Vaya!
La sonrisa del Duquesito hacía temblar el monóculo, que brillaba en la sombra como la pupila de un cíclope. Rosita se puso seria.
—¿Vas a negarlo? Si me escribías unas cartas inflamadas… Aún hace poco las he quemado. Todo era hablar de mis ojos, a donde se asomaba el alma de una sultana, y de las estrellas negras… ¿Te acuerdas de tus cartas?
El Duquesito dejó caer el monóculo que, prendido al extremo de la cinta de seda, quedó meciéndose como un péndulo sobre el chaleco blanco.
—¡Ay, Rosita!… ¡Si te dijese que todo eso lo copiaba de los dramas de Echegaray! ¡Las mujeres sois tan sugestionables!
La mirada de Rosita Zegri volvió a vagar perdida a lo lejos, contemplando las ondas que rielaban. Sobre su cabeza, la brisa nocturna estremecía las ramas de los tilos con amoroso susurro.
Caminaron algún tiempo en silencio. Después, Rosita fijó largamente en el Duquesito sus ojos negros, poderosos y velados: ¡aquellos ojos a donde se asomaba el alma de una sultana!
—Oye, ¿cómo no estando enamorado eras tan celoso?
—Por orgullo. Aún no sabía que en amor a todos los hombres nos ocurren los mismos contratiempos.
—¡Ese consuelo no lo tengas, hijo!
—¿Qué, no somos todos engañados, Rosita?
—No.
—¿Tú has sido fiel alguna vez?
—No recuerdo.
—¡Pues entonces!
Rosita le miró maliciosamente, humedeciéndose los labios con la punta de la lengua.
—Qué trabajo para que comprendas. ¿A cuántos engañé contigo? ¡A

ninguno!… ¡Y a mi pobre Duquesito con tantos!… Ahí tienes la diferencia.

El Duquesito cogió una mano de Rosita.

—Anda, déjame que te bese la garra.

—No seas payaso… Dime, ¿y los versos que escribiste en mi abanico?

—De Bécquer.

—¡Habrá farsante!… ¡Yo que casi riño con Carolina Otero porque me dijo que ya los había leído!

—¡Tiene gracia!

—No puedes figurártelo. Porque al fin me confesó que no los había leído… Únicamente que Carolina no te creía capaz…

El Duquesito sonrió desdeñosamente, se puso el monóculo y contempló las estrellas que parpadeaban en el horizonte. Rosita lo miraba de soslayo:

—¡Yo no sabía que fueses tan temible!… ¿De manera que la tarde aquella, cuando me enseñaste un revólver jurando matarte, también copiabas de Echegaray?

—La frase de Echegaray, el gesto de Rafael Calvo.

—Por lo visto, en la aristocracia únicamente servimos para cómicos.

El Duquesito se atusó el rubio bigotejo con toda la impertinencia de un *dandy*.

—Y para cómicos malos. Desgraciadamente ciertos desplantes solo conmueven a los corazones virginales.

Rosita le amenazó con el abanico.

—¡Calla, chalado!… Eso no lo dirás por mí.

IV

UN grupo de muchachas alegres y ligeras pasó corriendo y persiguiéndose con risas y gritos. Entre sus cabellos sueltos y sus faldas crujientes, traían una brisa de jardín. Era un tropel airoso y blanco que se desvaneció en el fondo apenas esclarecido, donde la luna dejaba caer su blanca luz. La dama se detuvo y alargó su mano al galán:

—Aquí termina nuestro paseo. Encantada de tu compañía.

Y Rosita Zegri despedía al Duquesito de Ordax haciendo una cortesía principesca. El Duquesito aparentó sorprenderse:

—¿Qué te ha dado, Rosita?

—Nada. Veo la iluminación del *Foreing Club*, y no quiero lucirme contigo.

—¿Te has enojado por lo que dije?

—No, por cierto. Siempre me había figurado eso…

—¿Entonces, qué?

—¡Entonces, nada! Que me aburre la conversación y prefiero terminar sola el paseo. Quiero ver cómo la luna se refleja en el lago.

—¿Te has vuelto poética?

—No sé…

—Luna, lago, nocturnidad.

—¡Qué quieres! Eso me recuerda las verbenas del Guadalquivir. En ciertos días me entra un aquel de Sevilla, que siento tentaciones de arrancarme por soledades. Te lo digo yo: el único amor de verdad es el amor patrio.

El Duquesito no tuvo la osadía de reírse. Había oído lo mismo infinitas veces a todos los grandes oradores de España. Sin embargo, movió la cabeza en señal de duda.

—¿Y dónde dejas el amor maternal, Rosita?

Rosita suspiró:

—Por ahí no me preguntes, hijo. Yo no he conocido a la pobrecita de mi madre. Tengo oído que ha sido una mujer de aquellas que dan el ole.

Y Rosita Zegri permaneció un momento con las manos en cruz, como si rezase por aquella madre desconocida que daba el ole. Bajo la luz de la luna fulguraba la pedrería de sus anillos en los dedos pálidos. El aliento del ondulante lago le alborotaba las plumas del sombrero. Distinguió un banco en la orilla del camino, y andando con fatiga fue a sentarse.

—¡Qué hermosa noche!…

—¡Y qué mal la aprovechamos!

El galán quiso sentarse en el banco al lado de la dama, pero ella tendió la sombrilla para impedírselo.

—¡Lejos, lejos!… No te quiero a mi lado.

El Duquesito se apoyó en el tronco de un árbol.

—Me resigno a todo.

La luna, arrebujada en nubes, dejaba caer su luz lejana y blanca sobre el negro ramaje de los tilos. Parecía la faz de una religiosa amortajada con tocas negras. Rosita entornó los ojos y respiró con lánguido desmayo.

—¡Qué agradable aroma! Ya empiezan a florecer las acacias. Me gustaría pasar aquí la noche.

—¿Y la humedad, Rosita? Recuerda que has estado en la India.

Rosita siguió abanicándose en silencio y mirando ondular el lago. A lo lejos cantaba un pescador con los remos levantados, goteando en el agua, y la barca deslizábase sola impulsada por la corriente. El pescador cantaba los amores tristes que riman los poetas con la luna. El pescador quería morir. Rosita suspiró arreglándose los rizos:

—¡Ah!… Yo también.

Después volviose hacia el Duquesito.

—Me da pena verte ahí como una estatua. Siéntate si quieres.

Y la dama hizo sitio al galán. En aquel momento tenía los ojos llenos de lágrimas que permanecían temblando en las pestañas. El Duquesito pareció consternado:

—¡Tú lloras!

Rosita parpadeó sonriendo con melancolía.

—Me dan estas cosas. Tú quizá no lo comprenderás.

El Duquesito se dejó ganar el corazón por aquella voz acariciadora, voz de mujer interesante y bella que le hablaba al claro de la luna, ante el rielar de un lago, en el silencio de la noche.

—Sí, lo comprendo, Rosita. Yo mismo, lloro muchas veces el vacío de mi vida. ¡Es la penitencia por divertirse demasiado, chiquilla!

—¡Ah!… ¡Si cuando yo me lancé hubiese encontrado un hombre de corazón en mi camino!

—Te hubieras divertido menos.

—Pero hubiera sido más feliz. Créeme: yo no había nacido para ciertas cosas. La vida ha sido muy dura conmigo. ¿Tú sabes la historia de aquel *clown*, que se moría de tristeza haciendo reír a la gente?… ¡Ah! ¡Si yo hubiese encontrado un hombre en mi camino!

El monóculo del Duquesito permanecía inmóvil, incrustado bajo la ceja rubia. Ya no sonreía.

—¿Y si encontrases, todavía, alguno en tu diapasón, Rosita?

—Puede ser que hiciese una locura.

—¿Una nada más? Para ti es muy poco. ¿De tus amantes antiguos no has querido a ninguno?

—De esta manera que sueño, no.

Y Rosita volvió a seguir con los ojos el cabrilleo de las ondas. Allá en el fondo misterioso, balanceábase la barca negra donde cantaba el pescador.

—¿Qué exigirías de ese amante ideal?

—No sé.

—¿Sería un Abelardo, un Romeo o un Alfonso?

—Lo que él quisiese.

—¿Y si pretendía ser el único?

Rosita Zegri se volvió gentilmente.

—¿Tienes alguno que proponerme? ¿Quién es el gachó?

El Duquesito no respondió, pero su mano buscó en la sombra la mano de Rosita, una mano menuda que íntima y tibia se enlazó con la suya. La dama y el galán guardaron silencio, mirando a lo lejos cómo la luna crestaba de plata las olas negras. El Duquesito murmuró en voz baja, con cierto trémolo apasionado y ronco.

—Hace un momento, cuando tú me has llamado, iba pensando en dar un paseo solitario. También estaba triste sin motivo. Cruzaba por la avenida removiendo en mi pensamiento recuerdos casi apagados. Aventando cenizas.

—¿Pensabas en mí?

—También pensaba en ti… ¡Y cuánta verdad, que muchas veces basta un soplo para encender el fuego! Tu voz, tus ojos, tu deseo de un amor ideal, ese deseo que nunca me habían confesado tus labios… ¡Si yo lo hubiese adivinado! Pero qué importa, si aun ignorándolo, te quise como a ninguna otra mujer, porque yo no he querido a nadie más que a ti, y te quiero aún… Cuando me hablabas hace un momento, veía en tus ojos la claridad de tu alma.

Rosita le interrumpió riendo:

—¡Calla! ¡Calla!… Lo que tú quieras, pero nada de citas.

—¿De citas?

—Sí… ¡De Echegaray, supongo!… De los dramas de Echegaray.

El galán agitó los guantes, y miró a la dama para ver si en realidad se burlaba. Ella se puso en pie, y echándole los brazos al cuello, le besó alegremente:

—¡Embustero! Ya has visto cómo sé vengarme. Ahora no negarás…

Se reía, y en aquellos labios de clavel andaluz, la risa era fragante, el aire se aromaba.

V

ROSITA tomó el brazo del Duquesito, y le arrastró hacia el *Foreing Club*. Caminaron un momento en silencio cambiando miradas. Rosita volvió a reírse.

—Parece que jugamos al escondite con los ojos.

El galán se detuvo estrechando amorosamente en la sombra el talle de la dama, y buscando sus labios.

—Es preciso que volvamos a vernos.

Rosita rompió suavemente el cerco de aquellos brazos, y continuó andando.

—¡Elijo, no me tientes! El viaje a la India ha decidido para siempre mi destino. Yo, con mil amores, vendría aquí todas las noches, solo para oírte.

—¿A pesar de la hierba?

—A pesar de la hierba. Tú no sabes cómo camelan el oído esas frases poéticas, apasionadas, tiernas… Los parlamentos de Echegaray… Pero no puede ser: ¡No puede ser!… ¡No puede ser!

—¿Todo por ese viaje a la India?

—Todo… ¡Ay, chiquillo, si tú supieses lo que verdaderamente me animó a embarcarme para ese fin del mundo!… Yo que hasta en tierra me mareo.

Y naturalmente, como el Duquesito no sabía nada, Rosita se apresuró a contárselo:

—Pues, hijo, únicamente ver leones y panteras en libertad. ¡Es de aquello que las fieras me encantan!

—A mí también… Ya lo sabes.

—¡Quita allá gracioso!

—¿No hubo algún príncipe negro o amarillo que diese cacerías en tu honor?

—¡Todos los días! Los que nunca se dieron en mi honor han sido los leones y los tigres. Solamente he visto un elefante, y el infeliz se arrodillaba para que yo montase. ¡Calcúlate lo fiero que sería!

Y Rosita Zegri cruzaba las manos con trágico abatimiento. ¡Para eso había dejado su escenario de El Molino Rojo y los amigos de París y aquellas alegres cenas del amanecer, las adorables cenas que Rosita terminaba siempre saltando sobre la mesa del festín y bailándose sevillanas entre las copas rotas y las flores marchitas! ¡Qué tiempos! En Londres dijeron los lores que aquel cuerpo de andaluza era la cuna del donaire: en París dijeron los poetas que las gracias se agrupaban en torno de su falda, cantando y riendo al son de cascabeles de oro. Rosita, al oírlos se burlaba. Solo llevaban razón los novilleros de Sevilla: ¡ella era muy gitana! Todas sus palabras tenían un aleteo gracioso, como los decires

de las manolas. En el misterio de su tez morena, en la nostalgia de sus ojos negros, en la flor ardiente de su boca bohemia, vivía aquella quimera de admirar en libertad tigres y leones: las fieras rampantes y bebedoras de sangre que hace tantos siglos emigraron hacia las selvas lejanas y misteriosas donde están los templos del sol.

—¡Ay, chiquillo!… ¡Las cosas que tengo que contarte!

Cansada de correr mundo al son de sus castañuelas, volvía de la India sin haber visto, por parte alguna, ni tigres ni leones. Rosita, al recordarlo, cruzaba las manos y se desconsolaba con mucha gracia:

—A mí ya me parecía que esos animalitos no podían andar sueltos por ninguna parte. ¡Infundios que nos tragamos aquí! Todos esos tíos de los circos dicen que cazan los leones en las selvas vírgenes de la India. ¡Guasones! Chiquillo, estoy convencida de que son historias.

Hablaba con adorable alocamiento, entornando los ojos de princesa egipcia. Bajo sus pestañas parecía mecerse y dormitar la visión maravillosa del tiempo antiguo, con las serpientes dóciles al mandato de las sibilas, con los leones favoritos de cortesanas y emperatrices. Siempre riendo, riendo, proseguía el cuento cascabeleante de sus aventuras:

—Yo, para decirte la verdad, no pasé de Kilakua. Allí tuve que firmar los pasaportes a mi *lord*. Ya me tenía hasta más allá de la punta de los pelos. Con todo, el viaje me trajo la gran suerte. Creo que Dios quiso premiar mi resolución de mandar a paseo un tío protestante. Esta sortija de la esmeralda me la regaló el emperador del Japón cuando me casé.

Aquello era tan extraordinario, que el Duquesito dejó caer el monóculo.

—¡Diablo qué cosas! Nada, ni la menor noticia.

—¿De veras?… ¡Pero si es imposible que no sepas!… Todas las *Ilustraciones* han traído mi retrato. De España también me lo pidieron, pero no me quedaba ya ninguno. Me escribió aquel tío que vendía en Sevilla el agua de azahar. Puede ser que quisiese darme como Madama Soponcio. El hombre decía que era dueño de un periódico y me mandaba un número que traía a la familia real. ¡Daba pena verla, pobrecilla!

—¿Es preferible salir en las cajas de fósforos, verdad?

—¡Y bien! Siquiera ahí solo salen mujeres de aquellas que dan el ole.

—De aquellas que lo dan todo, Rosita.

—¡Quieres callar!… De otra manera renuncio a contarte mis aventuras.

Rosita Zegri se dio aire con el abanico. Sonreía recordando su historia. ¡Una

historia maravillosa y bella!

—Pues verás…

Y se detuvo de pronto, soltando el brazo del galán. Por la Avenida de los Tilos adelantaba un hombre con ropaje oriental: era negro y gigantesco, admirable de gallardía y de nobleza. Llegose a ellos y saludó al caballero con leve sonrisa, al par amable y soberana. Rosita Zegri los presentó:

—Un amigo de Sevilla. Mi marido…

Y ante el gesto de asombro que hizo el Duquesito, se interrumpió riendo, con su reír sonoro y claro. Mordiéndose los labios, añadió:

—Mi marido, el Rey de las Islas de Dalicam.

Su Majestad, después de dudar un momento, dignose a tender al Duquesito una mano cubierta de anillos: parecía la mano de un Rey Mago. Sonrió el Duquesito y con alarde de ironía, se inclinó para besarla, pero la Reina de Dalicam interpuso su sombrilla llena de encajes.

—¿Qué haces, resalado? ¿No sabes que viajamos de incógnito?

Y bajo aquella mirada picaresca y riente, el Rey de Dalicam y el Duquesito de Ordax se estrecharon las manos vigorosamente, muy a la inglesa. Rosita, como si la sombrilla fuese una alabarda, dio con el regatón un golpe en tierra:

—¡Al pelo, hijos!

VI

EN los jardines del *Foreing Club*, Pierrot y la Señora de Pompadour, Colombina y Fausto bebían cócteles y humeaban cigarrillos turcos. La bella Cardinal y la bella Otero, como dos favoritas reales, se apeaban de sus carrozas doradas, luciendo el zapato de tacón rojo y la media de seda. Un loro mexicano gritaba en el minarete del palacio árabe; y una vieja enlutada, con todo el cabello blanco, acechaba tras los cristales esperando al galán de su señora la princesa, para decirle, por señas, que no podía subir. El enjambre de abejorros y tábanos zumbaba en torno de los globos de luz eléctrica que iluminaban el pórtico del *Foreing Club*; y sobre la terraza de mármol blanco, colgada de enredaderas en flor, la orquesta de zíngaros preludiaba en sus violines un viejo minué de Andrés Belino.

El Duquesito de Ordax quiso despedirse. La Reina de Dalicam le retuvo.

—Quédate hijo. Quiero que intimes con mi marido.

Y al mismo tiempo, los dedos enguantados de Rosita Zegri —primera de su nombre en la historia de Dalicam— buscaban algunos luises, prisioneros entre las mallas de un bolsillo con cierre de turquesas.

—¡Todo mi caudal!… Vamos a jugarnos estos tres luises. Asocio vuestra suerte a la mía. ¡No olvidéis que cada uno me adeuda un luis!…

Adivinando el sentido de aquellas palabras Su Majestad el Rey de Dalicam mostró la nieve de los dientes bajo el belfo opulento, y alargó una mano florecida de piedras preciosas. Rosita depositó en ella sus tres luises de oro.

—Duquesito, le dejaremos que los juegue.

El Duquesito se inclinó.

—La voluntad de un rey es sagrada.

—Si continúas así serás nuestro primer ministro.

Y con un mohín picaresco de los labios y de los ojos, Su Majestad Rosita Zegri tomó asiento al pie de un árbol iluminado con faroles de colores. Después levantó la cabeza y sonrió al Rey:

—Aquí esperamos.

El Rey le envió un beso con las yemas de los dedos que unidos, imitaron apretado racimo de moras, y se alejó reposado y solemne. Rosita se volvió al Duquesito:

—¿Qué corazonada tienes?

—Ninguna.

—¿Perdemos o ganamos?

—No sé… Debiste advertirle que jugase los reyes.

—¡Pues tienes razón!

Por la carrera enarenada, siempre riendo tras los abanicos, llegaban las dos andaluzas de los pañolones de crespón y las peinetas de teja. Viendo todavía juntos a la Reina de Dalicam y al Duquesito de Ordax se hicieron un guiño picaresco. ¡Qué noble indignación la de Rosita!

—¿Has visto? Se figuran que estamos en camino de ponerle otra corona a mi marido.

—No debes hacer caso.

—Naturalmente.

El Rey de Dalicam apareció bajo el pórtico del *Foreing Club*. Desde lejos levantó los brazos y abrió las manos indicando que había perdido. Rosita puso los ojos tristes.

—No tenía fe ninguna. Yo hubiera querido que jugases tú. No olvides que

me debes un luis.

—Voy a tener el honor de devolvértelo.

—¡Ahora no! Pueden verte y creer que se trata de otra cosa. Te lo recuerdo porque estoy completamente arrancada. Nos hemos jugado la corona, y estamos camino de jugarnos el cetro.

El Rey de Dalicam se acercaba lentamente, y el Duquesito de Ordax se puso en pie, esperando a que llegase para retirarse con la venia real. Era gentilhombre en la corte de España, y conocía el ceremonial palatino. Su Majestad, después de dudar breves momentos, le retuvo con un gesto y, de entre la faja con que ceñía su túnica de seda azul turquí, sacó varias fotografías hechas a su paso por París en casa de Nadar. Tomó asiento bajo el árbol iluminado con faroles de colores, al lado de la Reina, y con un gesto expresivo que descubría el blanco de los ojos y el blanco de los dientes, ofreció uno de aquellos retratos al Duquesito; antes de entregárselo, sin duda, para hacerle más honor, descolgó el lapicero de oro que colgaba entre los tres mil dijes de su reloj y, silencioso y solemne, lo depositó en manos de Rosita como si fuese el cetro de su reino. La andaluza, con el lapicero de oro entre los labios, alzó los ojos hacia las estrellas: las consultaba. De pronto sacó al aire la roja punta de la lengua. Había sentido el aleteo de la inspiración, bajo la mirada amorosa de su dueño. ¡Aquel magnífico rey negro de las Islas de Dalicam, que como los reyes de las edades heroicas no sabía escribir!…

EULALIA

I

LARGA hilera de álamos asomaba por encima de la veija su follaje que plateaba al sol. Allá en el fondo albeaba un palacete moderno con persianas verdes y balcones cubiertos de enredaderas. Las puertas, áticas y blancas, también tenían florido y rumoroso toldo: daban sobre la carretera y sobre el río. Cuando Eulalia apareció en lo alto de la escalinata, sus hijas, tras los cristales del mirador, le mandaban besos. La dama levantó sonriente la cabeza y las saludó con la mano. Después permaneció un momento indecisa. Estaba muy bella, con una sombra de vaga tristeza en los ojos. Suspirando abrió la sombrilla y bajó al jardín, alejose por un sendero entre rosales, enarenado y ondulante. El aya entonces retiró a las niñas.

Eulalia salió al campo. Su sombrilla pequeña, blanca y gentil, tan pronto aparecía entre los maizales como tornaba a ocultarse, y ligera y juguetona, volteaba sobre el hombro de Eulalia, clareando entre los maizales como una flor cortesana. A cada movimiento, la orla de encajes mecíase y acariciaba aquella cabeza rubia que permanecía indecisa entre sombra y luz. Eulalia dando un largo rodeo, llegó al embarcadero del río. Tuvo que cruzar alegres veredas y umbrías trochas, donde a cada momento se asustaba del ruido que hacían los lagartos al esconderse entre los zarzales y de los perros que asomaban sobre las bardas, y de los rapaces pedigüeños que pasaban desgreñados, lastimeros, con los labios negros de moras…

Eulalia desde la ribera llamó:

—¡Barquero!… ¡Barquero!…

Un viejo se alzó del fondo de la junquera donde adormecía al sol. Miró hacia el camino, y cuando reconoció a la dama, comenzó a rezongar:

—Quedeme en seco… Apenas lleva agua el río… De haberlo sabido…

Arremangose hasta la rodilla, y empujó la barca medio oculta entre los juncales. Eulalia interrogó con afán:

—¿Hay agua?

El viejo se detuvo, con el rostro luciente de sudor, y cobró aliento.

—Paréceme que habrá.

Restregose las manos, y empujó de nuevo la barca, que resbaló hasta la orilla, y quedó meciéndose. Saltó a bordo y previno los remos.

—Ya puede embarcar mi señora.

Eulalia alzose levemente la falda, y quedó un momento indecisa, como queriendo penetrar con los ojos la profundidad del río. Una onda lamió sus pies entenados en la arena de la ribera. El barquero atracó hincando un remo.

—No tenga miedo de mojarse, mi señora. El agua del río no hace mal.

Eulalia, trémula y sonriente, le alargó una mano y saltó a bordo. Sentíase mojada, y aquello le traía el recuerdo de infantiles alegrías llenas de juegos y de risas. Suspirando por el tiempo pasado, sentose a proa enfrente del barquero.

—¡Oh!… ¡Qué paisaje tan encantador!

En la tarde azul, llena de paz, volaban las golondrinas sobre el río, rozando un pico del ala, y los mimbrales de la orilla se espejaban en el fondo de los remansos, con vaguedad de ensueño. Eulalia miraba el remolino que hacía el agua en la proa de la barca, y sentía una larga delicia sensual al sumergir su mano. El río dormía cristalino y verdeante. El barquero bogaba con lentitud, y los remos, al romper el espejo del agua, parecía como si rompiesen un encanto. Era el barquero un aldeano viejo, con guedejas blancas y perfil monástico. El viento, entrándole por el pecho, hinchaba su camisa y dejaba ver un islote de canoso y crespo vello. Sus ojos glaucos parecían dos gotas de agua caídas en la hundida cuenca.

Cuando la barca tocó la orilla, el viejo desarmó los remos, y metiose en el río hasta media pierna. Un zagal, que llevaba sus vacas por el fondo de un prado, quedose mirando a la blanca dama que venía sentada a proa. Eulalia puso la enguantada mano en el hombro sudoroso del barquero, y saltó sobre la hierba lanzando un grito femenil. Al pronto quedó indecisa, buscando con los ojos el camino. Luego abrió la sombrilla, y decidiose a seguir una vereda trillada por los zuecos de los pastores que, anochecido, bajaban a la ribera para abrevar sus ganados. Era húmeda y honda aquella vereda, perdida entre setos de laurel, con turbios charcos y pasaderas bailoteantes. Una cuadrilla de segadores pasó llenándola con los gritos de su lengua visigoda. Eulalia sintió espanto de

aquellos hombres curtidos, sudorosos, polvorientos, que volvían en hordas de la tierra castellana, con la hoz al hombro. Se apartó para dejarles paso, y quedó inmóvil sobre la orilla del camino hasta que se perdieron a lo lejos. Entonces interrogó a un zagal que segaba hierba:

—¿El molino de la Madre Cruces, sabes dónde queda?

El zagal levantó la cabeza y se quitó la montera:

—¿El molino de la Madre Cruces?… Allá abajo, conforme se va para San Amedio…

La dama sonrió levemente.

—¿Y para San Amedio, es camino por aquí?

—Es camino, sí, señora.

Eulalia siguió adelante. Ya iba lejos, cuando el zagal salió al camino llamándola a voces:

—¡Señora!… ¡Mi señora! ¿Quiere que le muestre el molino?

La dama se volvió:

—Bueno.

—¿Y qué me dará?

De nuevo asomó una sonrisa en los labios tristes de Eulalia:

—Te daré lo que quieras.

El zagal cargó el haz de hierba y echó delante.

—Ha de saber mi señora que el molino de la Madre Cruces casi no muele. No lleva agua la presa.

Eulalia suspiró, distraída en sus pensamientos:

—Hijo, yo tengo poco grano que moler.

El zagal la miró con sus ojos de aldeano, llenos de malicias.

—Eso se me alcanza. La señora va a visitar al caballero que vino poco hace. Un caballero enfermo que toma los aires en el molino de la Madre Cruces.

Eulalia quedó sonriente y pensativa. Después preguntó al zagal:

—¿Tú le conoces?

—Conozco, sí, señora. También le tengo mostrado las veredas.

—¿Y qué hace en el molino?

—Pues toma los aires.

—¿No anda alrededor de las rapazas?

—Por sabido que andará. ¡Andan todos los caballeros!…

Soltó el haz de hierba en medio del camino y trepó a un bardal.

—¡Allí tiene el molino! ¡Mírele allí!

Eulalia se detuvo, llevándose ambas manos al corazón, que latía como un pájaro prisionero.

II

ES alegre y geórgica la paz de aquel molino aldeano, con sus muros cubiertos de húmeda hiedra, con su puerta siempre franca gozando la sombra regalada de un cerezo. Feliz y benigna, la piedra gira moliendo el grano y el agua verdea en la presa, llena de vida inquieta y murmurante. Sentada ante la puerta, bajo la sombra amiga, hila una vieja que tiene todo el cabello blanco. Las palomas torcaces picotean en la era llena de sol. El perro dormita atado al cerezo. Hállase franca la cancela, y Eulalia entra llamando:

—¡Madre Cruces!… ¡Madre Cruces!…

La vieja con la rueca en la cintura sale a encontrarla.

—¡Mi reina!… ¡Todos los días esperándola!

—¡Hasta hoy estuve prisionera!

—¡Pobre paloma!

La dama se detiene recelosa, mirando al perro, que hace sonar la cadena y endereza las orejas.

—¿Muerde, Madre Cruces?

Aquella vieja recuerda otros tiempos, y parece llena de feudatario respeto.

—No tenga temor, mi reina… Le tenemos atado.

—Puede romper la cadena.

—No tenga temor. ¡Quieto, Solimán!

El perro agacha las orejas y vuelve a echarse en el hoyo polvoriento donde antes dormitaba. Las moscas acuden de nuevo, y con las moscas anda mezclado un tábano rojo y zumbador. La vieja exclama:

—¡Algo bueno anuncia!

—Yo creía que era mal agüero, Madre Cruces.

—Mal agüero si fuese negro… Ese mismo lo vide antes.

Eulalia sonríe con incrédula tristeza, sentada en uno de los poyos que flanquean la puerta.

—¿Estás tú sola, Madre Cruces?

—Sola, mi reina… Ya llegará el galán que consuele ese corazón.

—¿Dónde ha ido?

—Recorriendo esos campos, paloma.

—Cuéntame, Madre Cruces… ¿Está triste?

—Menos lo estaría si tanto no recordase a quien le quiere.

—¿Tú comprendes que me recuerda?

—¡Claramente! Por veces éntrame pena cuando le oigo suspirar.

—No suspirará más tristemente que suspiro yo.

Los ojos de Eulalia brillan arrasados de lágrimas. La molinera deja quieto el huso entre sus dedos arrugados, y con ademán de abuela consejera se inclina hacia la dama:

—Pues hace mal mi señora. Siempre vale mejor que pene uno solo. Por veces, viendo triste al buen caballero digo entre mí: ¡suspira, enamorado galán, suspira, que todo lo merece aquella paloma blanca!

La vieja habíase levantado para entrar en el molino. Eulalia al quedar sola vuelve los ojos con afán hacia aquel camino de verdes orillas, largo y desierto, que aparece dorado bajo el sol de la tarde. En el fondo de los hierbales pacen las vacas, y sobre los oteros triscan las ovejas. La lejanía son montes azules con el caserío sinuoso, cándido y humilde de los nacimientos. La barca de Gondar comienza su lento pasaje entre las dos riberas, y la gente de las aldeas desciende por medio de los maizales dando voces al barquero para que espere. El río, paternal y augusto como una divinidad antigua, se derrama en holganza, esmaltando el fondo de los prados. La Madre Cruces reaparece en la puerta del molino, con la falda llena de olorosas manzanas.

—¿No quiere mi señora honrar esta pobreza?

Y colma el regazo de la dama que sonríe encantada.

—¡Qué hermosas son!

—¡Una regalía! Todas del mismo árbol, mi reina.

La Madre Cruces vuelve a sentarse y, en silencio, hila su copo, porque los ojos de Eulalia miran siempre a lo lejos. La dama suspira:

—¡Cuánto tarda! ¡Cómo no le dice el corazón que yo estoy aquí!…

—¡El corazón es por veces tan traidor!

—¡El mío es tan leal!…

—¡Cuitado pajarillo!

—¡Hoy anochece más temprano, Madre Cruces!

—No anochece… Son los árboles que aquí hacen oscuro, mi señora.

—Ese mismo lo vide antes. Si tarda no le veré.

—Mía fe no tardará. A esta hora ordeñamos la vaca y toma la leche

conforme sale de las ubres.

La vieja había dejado la rueca para descolgar las madejas de lino puestas a secar en una rama del cerezo. ¡Aquellas madejas de antaño olorosas, morenas, campesinas, que las abuelas devanaban en los viejos sarillos de nogal! Después la Madre Cruces vuelve a sentarse en el poyo de la puerta: entre sus manos crece un ovillo. Eulalia, distraída, lo mira dar vueltas bajo aquellos dedos arrugados y seniles. La rosa pálida de su boca tiembla con una sonrisa de melancolías.

—¡Déjame, Madre Cruces!

La Madre Cruces le cede el ovillo complacida.

—Antaño algunas madejas me tiene enredado. Apenas si recordará.

—¡Me acuerdo tanto! Venía con mi abuelo. ¿Era tu padrino, verdad, Madre Cruces?

—Sí, mi reina… Padrino como cumple, de bautizo y de boda… Un gran caballero. ¡De aquellos cual no quedan!…

—¡Pobre abuelo!

—Mejor está que nosotros allá en el mundo de la verdad.

—¡Si viviese no sería yo tan desgraciada!

—Nuestras tribulaciones son obra de Dios, y nadie en este mundo tiene poder para hacerlas cesar.

—Porque nosotros somos cobardes… Porque tememos la muerte.

—Yo, mi señora, no la temo. Tengo ya tantos años que la espero todos los días, porque mi corazón sabe que no puede tardar.

—Yo también la llamo, Madre Cruces.

—Mi señora, yo, llamarla, jamás. Podría llegar cuando mi alma estuviese negra de pecados.

—Yo la llamo, pero le tengo miedo… Si no le tuviese miedo la buscaría…

La Madre Cruces suspira:

—¡No diga tal, mi reina! ¡No diga tal!…

Y quedan las dos silenciosas y tristes, con la vaga tristeza de la tarde. Anochece y las palomas torcaces vuelan en parejas buscando el nido, y en la orilla del río canta un ruiseñor. El cerezo de la puerta deja caer un velo de sombra, y allá sobre el camino solitario, tiembla el rosado vapor de la puesta solar. Rostro al molino viene un pordiosero. Torna de recorrer las ventas, las rectorales y los pazos donde le dan limosna cada disanto. Es viejo, zaino y sin piernas. Desde hace muchos años va en un caballo blanco por aquellas viejas feligresías de Cela, de Gondar y de Cardeña. Su rocín pace la hierba de las

veredas. Ante la cancela del molino el pordiosero se detiene y salmodia la letanía de sus penas. La Madre Cruces se levanta y le pone en las alforjas algunas espigas de maíz. El viejo, inclinado sobre el cuello de su caballo, reza. Es un rezo humilde y lastimero por las buenas almas caritativas y por sus difuntos.

III

EL galán asomaba en lo alto del camino, y Eulalia, con amoroso sobresalto, la voz ahogándose en lágrimas, gritó:

—¡Jacobo! ¡Jacobo!

Y sintiendo cómo las fuerzas le fallecían de amor, tuvo que sentarse. La Madre Cruces salió a la cancela, dando voces regocijada:

—¡Señor!… ¡Llegue presuroso, señor!… ¡Mal sabe quién le espera!…

El galán aún venía lejos. Delante correteaban sus perros: un galgo y un perdiguero con lujosos collares. Jacobo Ponte volvía de tirar a las codornices en los Agros del Priorato. Caminaba despacio, con las polainas blancas de polvo y el ancho sombrero de cazador derribado sobre las cejas para resguardarse del sol poniente. Los cañones de su escopeta brillaban. Eulalia, con los ojos arrasados, miraba hacia el camino, y temblaban sus lágrimas en una sonrisa. La Madre Cruces seguía clamando en el umbral de la cancela:

—¡Supiera el enamorado galán la buena ventura que le aguarda!… ¡Tal supiera mía fe, que alas deseara!…

Jacobo Ponte entró silbando a los perros que se quedaban en el camino y horadaban los zarzales, de donde salían algunos pájaros asustados. Vio a Eulalia bajo la sombra del cerezo, y sonriendo se detuvo para entregar su escopeta a la Madre Cruces, porque era muy medrosa la dama y se asustaba de las armas. Entonces ella suspirando vino a su encuentro:

—¡Llegas cuando tengo que irme!…

Y echándole los brazos al cuello descansó la cabeza sobre su hombro. Jacobo murmuró:

—¡Temí que no vinieses ya nunca!

Eulalia levantó los ojos:

—¿Has creído eso?

—Sí.

—¡Tú no sabes cómo te quiero!

Caminaban enlazados como esos amantes de pastorela en los tapices antiguos. Los dos eran rubios, menudos y gentiles. Ante una escalera de piedra que tenía frondoso emparrado se detuvieron. Jacobo oprimió dulcemente la mano de Eulalia:

—¿Subimos?

Eulalia inclinó la cabeza:

—¡Es tarde!… ¡Tengo que irme!…

Jacobo suplicó en voz baja, con ardiente susurro:

—¡Un momento! ¡Solo un momento!

Se miraban en el fondo de los ojos, indecisos y sonrientes. Después, cogidos de la mano subieron en silencio la escalera, y entraron a una sala entarimada de nogal, con tres puertas sobre la solana, y ruinosa balconada sobre el río. La luna esclarecía débilmente la estancia. En la sombra del techo, grandes racimos de uvas maduraban colgados de las oscuras vigas. Sobre la rústica tracería de las puertas, estaban claveteadas pieles de zorro. Allá en el fondo, bajo la tardecina claridad que caía de dos ventanas, guarnidas por sendos poyos de piedra, brillaba la madera lustrosa de una cama antigua. El aire traía gratos aromas aldeanos. Quiso Eulalia asomarse al balcón, y Jacobo la siguió.

—Espera… Puedes caerte…

Y se asomaron los dos dándose de nuevo la mano. Estaba derruida la balaustrada, y arriesgaron un paso tímido, para mirar el fondo de la presa donde temblaba amortiguado el lucero de la tarde. El agua salpicaba hasta el balcón. Quiso Eulalia acercarse más, y Jacobo la retuvo:

—Entremos.

Eulalia se volvió un poco pálida:

—¡Qué felices viviríamos los dos solos aquí!

Jacobo le cogió las manos:

—¡Si tú quisieses!…

Y ella suspiró inclinando la frente.

—¡Qué sería de mis pobres hijas!…

Jacobo apartose silencioso y sombrío. Después, allá en el fondo, sentado en el poyo de una ventana, murmuró con la cabeza oculta entre las manos:

—¡Siempre tus hijas!… ¡Las aborrezco!

Los ojos de Eulalia le buscaron en la mortecina claridad, llenos de amor y resignados.

—¿A mí también me aborreces?

Y se acercaba lenta y lánguida, con andar de sombra. Jacobo alzó la cabeza y sonrió levemente:

—También.

—¿Como a mis hijas?

—Igual.

Eulalia le forzó a que la mirase, posándole las manos en los hombros.

—¡Qué ogro tan salado eres!… Déjame que te vea. ¡Hace tan oscuro aquí dentro!

Y abrió la ventana, de donde volaron dos golondrinas. Jacobo se incorporó. Tenía un aire de grave cansancio, casi de abatimiento. Sobre su frente pálida temblaban algunos rizos húmedos de sudor: la sonrisa de su boca era triste y pensativa: sus ojos de niño, azules y calenturientos, se fijaban en Eulalia.

—¿Cuándo vas a volver?

Ella le miró intensamente.

—No sé. Ahora estoy más presa que nunca. Mi marido lo sabe todo.

—¡Tu marido!… ¿Quién ha podido decírselo?

—Yo misma, Jacobo. ¡Yo misma!

—¿Y por qué? ¿Estabas loca? ¿Tu marido qué ha hecho?

—¡Llorar!… Es un hombre sin valor para nada. Jamás le hubiera confesado la verdad si creyese que podía haberte buscado.

Los labios de Jacobo perdieron el color, quedaron de una altanera lividez. Aquellos ojos infantiles cobraban de pronto el frío azul de dos turquesas. Bajo el rubio entrecejo asestaban la mirada, duros y crueles, como los ojos de un rey joven.

—¿Cuándo me has visto temblar, Eulalia?

Y su voz velada, tenía nobles acentos de cólera y de tristeza. Eulalia se apresuró a besarle, desagraviándole.

—¡Nunca!… ¡Nunca!… Pero podía haberte matado por la espalda.

Jacobo sonrió bajo los besos de Eulalia, dejándose acariciar como un niño dócil y silencioso. Permanecieron en la ventana con las manos unidas y las almas presas en la melancolía crepuscular. Gorjeaban los pájaros ocultos en las copas oscuras de los árboles. Se oyó lejano el mugir de un buey, y luego el paso de un rebaño y la flauta de un zagal. Después todo se hundía en ese silencio campesino, lleno de paz, con fogatas de pastores y olor de establos. En medio del silencio, resonaba la rueda del molino, que como un acompañamiento recordaba las voces caducas y temblonas de las abuelas sabedoras, que refieren

consejas y decires, dando vueltas al huso, sentadas bajo el candil que alumbra la velada, mientras cae el grano y muele la piedra.

IV

HABLABAN con las manos juntas, apoyados en el borde de la ventana, bajo el claro de la luna. Se contaban su vida durante aquellos días que estuvieran sin verse. Era un susurro ardiente, entrecortado de suspiros. Tenía la melancolía del amor y la melancolía de la noche. A veces quedaban en silencio y oían las voces de los pastores que cruzaban el camino. Eulalia dijo:

—¡Qué tarde debe ser!… ¿Dejas que me vaya, Jacobo? Jacobo inclinó la cabeza besándole las manos:

—¿Y cuándo volveremos a vernos?

—¡Quién sabe, amor mío!… Cuando pueda escaparme otra vez.

—¿Allá saben que has venido?

—Lo sospecharán.

—¿No temes nada?

—Nada.

—¿Qué hará tu marido cuando vuelvas?

—Me tendrá más presa.

Aquella venganza indecisa y lejana transfiguraba su amor, dándole un encanto doloroso y poético. Se apartaron de la ventana con una sonrisa triste los dos. Andaban sin soltarse las manos, y sus sombras se desvanecían lentamente en la oscuridad de la estancia. Jacobo dijo:

—Eulalia, no vuelvas allá.

—¿Por qué?

—Porque te pierdo para siempre… Me lo dice el corazón…

—¡Eso jamás!… Tendría que morirme.

—Quédate, Eulalia…

—¡No puedo, Jacobo!… ¡No puedo!

—Robaré a tus hijas… Las tendrás tú.

—¡No puedo, Jacobo! ¡No puedo!

—¡Eulalia, y que hayas sido tú misma nuestra delatora!

Eulalia suspiró:

—¡Estaba loca!… No podía seguir tejiendo mi vida con hilo de mentiras. Se

lo dije todo… ¿Recuerdas la última tarde que nos vimos? Aquella tarde fue. Yo esperaba que al saberlo no querría verme más. Creí que nuestra casa se desharía para siempre. Muchas noches, desvelada, ya tenía cavilado en ello… ¡Cuántas veces me había consolado esa esperanza, al mismo tiempo que me hacía llorar por mi pobre casa deshecha!… Yo viviría retirada con mis hijas. Te vería a ti sin recelos, sin temores. ¡Pobre amor mío! Si tuve valor para decírselo, fue por eso. ¡Jacobo, cómo nos equivocamos al pensar lo que pasa en los corazones! Aquel hombre tan frío, que aparentaba desdeñarme como a una niña sin juicio, me quiere hasta la locura, Jacobo. ¡Me quiere más que a sus hijas, más que a su madre, más que a todo en el mundo!

En el misterio de la sombra, la voz de Eulalia empañada de lágrimas, temblaba. Al fin los sollozos cubrieron sus querellas. Pasó en el claro de la luna como un fantasma, y tornose lenta a la ventana y quedó allí silenciosa y suspirante, apoyada en el alféizar. Jacobo la siguió. Volvieron a mirarse en silencio. La brisa pasaba murmuradora. El perro, atado a la puerta del pajar, ladraba a las estrellas que palidecían en el cielo. Jacobo dijo temblándole la voz:

—Eulalia, es la última vez que nos vemos.

—No digas eso… Yo vendré siempre… Te juro que volveré… ¿No se escapan los presos de las cárceles?…

En los labios de Jacobo había una sonrisa doliente.

—¿Y sabes acaso si cuando vuelvas me hallarás?

Eulalia le asió las manos.

—Te hallaré, sí… ¿Por qué dices que no te hallaré?

Y quedó mirándole dolorida, con tímido afán.

—Porque este amor nuestro es imposible ya.

Ella murmuró temblando:

—¿Y qué quieres?

—Quiero que termine por bien tuyo y por bien de tu marido.

—¡Eres cruel!… ¡Eres cruel!…

Y sollozaba con angustia, los ojos puestos en Jacobo, que permanecía mudo y esquivo. De pronto, Eulalia serenose, enjugó sus lágrimas con fiereza y volvió a cogerle las manos hablándole desesperada y ronca:

—Jacobo, tú quieres que yo viva a tu lado. Tú no sabes que seríamos muy desgraciados… No debes sacrificarme lo mejor de tu vida. Eres un niño y tendrías demasiados años para arrepentirte… Yo tampoco merezco ese sacrificio.

Jacobo la miró con amargura:

—¡No quieras mostrarte generosa!

Ella repitió con duelo:

—¡No, no merezco ese sacrificio!…

Estaba pálida, temblaban sus manos y sollozaba con los ojos secos.

—Voy a causarte una gran pena. Yo ambicioné que tú me quisieses como a esas novias de los quince años… ¡Pobre loca!… Y te oculté mi vida y todo te lo negué cuando me has preguntado, y ahora, ahora… Tú me adivinas, Jacobo, tú me adivinas y no me dices que me perdonas.

Jacobo murmuró sordamente, temblándole la voz como si temiese adivinar:

—¿Has querido a otros?…

Eulalia inclinó la cabeza, Jacobo la sacudió rudamente por los hombros:

—¿Quiénes fueron tus amantes?

—Se ha muerto ya.

—¿Uno nada más?

—Nada más.

—¡Y conmigo dos!…

Se apartó violentamente, rechazando los brazos que Eulalia le tendía, llamándole con desesperado afán:

—¡Óyeme!… ¡Óyeme! ¡Mi amor querido, óyeme!

Jacobo desde el fondo de la estancia gritó con fiereza:

—¡Calla!

Los ojos de Eulalia le buscaron en la oscuridad, con anhelo amoroso y cobarde.

—¡Jacobo!

Y los sollozos velaban su voz. Jacobo volvió a gritar:

—¡Calla!

Ella se acercó lentamente.

—Jacobo, ahora soy tu esclava… Ahora haré cuanto tú quieras… Háblame, mírame. ¡Jacobo! ¡Jacobo!…

—¡Déjame!… Vete para siempre… Vete.

Eulalia quedó mirándole en éxtasis doloroso:

—¡Niño!… ¡Niño adorado!…

Y lloraba de ternura comprendiendo que Jacobo la había querido como a una colegiala de quince años. Ante aquella desesperación candorosa y juvenil, sentía ennoblecidos sus amores, y el dolor de Jacobo le daba estremecimientos, como una nueva caricia apasionada y casta. Jacobo la miró con rencor y con duelo:

—¡Te parezco un niño! Tienes razón: como un niño creí todas tus mentiras.

—Jacobo, no merezco ser tratada así. Entonces no te conocía.

Jacobo seguía contemplándola fijamente.

—¿Hace muchos años?

—Sí.

—¿Tu marido lo supo?

—Sí.

—¿Y qué hizo?

Eulalia calló. Jacobo acercose a ella, y sacudiéndola rudamente repitió:

—¿Qué hizo?

Eulalia levantó la cabeza:

—¿Para qué quieres saberlo?

—Dilo.

—Mi marido no lo supo, Jacobo. Te dije antes que sí, pero no es verdad.

Jacobo se apartó fieramente, con los brazos en alto.

—¡Todavía ese hombre es más feliz que yo!

Eulalia quiso retenerle.

—Jacobo, ¿quieres que se lo diga?… Se lo diré.

Jacobo la miró con sombrío abatimiento.

—¡Eres despreciable, Eulalia!

Ella sollozó:

—Mátame si quieres, pero no me insultes así.

Y se arrodilló abrazándose a las rodillas de Jacobo.

—¡Mátame si quieres!

Jacobo sonreía con esa sonrisa triste y agónica de los desesperados.

—No intentes conmoverme…

Y pálido, trémulo, abatido, se pasó la mano por los ojos, ya falto de voluntad y de cólera.

—No sé matar, Eulalia, ya lo sabes. Yo solo te digo adiós. Siento que a tu lado ya nunca podría ser feliz… Tengo todas tus cartas, voy a dártelas.

Eulalia, sentada en el suelo, sollozaba. Jacobo, desde el fondo sombrío de la estancia, le arrojó las cartas, y sin pronunciar una sola palabra, salió. Ella alzose, llamándole:

—¡Jacobo!… ¡Jacobo!…

Desolada, retorciéndose las manos, corrió de la puerta al balcón. Le vio alejarse seguido de los perros que saltaban, acosándole con retozos. Atravesaba

por medio de un linar ondulante, y las sombras negras de aquellos perros inquietos y ladradores, al claro de la luna, parecían llenas de maleficio.

V

EL rumor de unas pisadas sobre el empedrado de la solana sobresaltó a Eulalia. Poco después, la Madre Cruces aparecía en la puerta alumbrándose con un farol.

—Mi reina, que más tarde no tendrá barca.

Eulalia suspiró enjugándose los ojos.

—¿Dónde ha ido Jacobo?

—¡Y quién lo sabe!

—¡Qué desgraciada soy, Madre Cruces!

La vieja intentó consolarla:

—Mi señora verá cómo las penas del querer luego se tornan alegrías. Entre enamorados todo es ansí. De las querellas salen las fiestas.

La vieja continuaba en la puerta, y Eulalia se levantó. Salieron en silencio.

La Madre Cruces iba delante alumbrando. Era ya noche cerrada, y bajo el follaje de los árboles hacía completamente oscuro. Eulalia murmuró:

—¿Qué decías de la barca, Madre Cruces?

—Que presto se irá.

—¿Aún la alcanzaremos?

—Tal presumo, mi reina. Yo llevele al barquero aviso de esperar. No tenga zozobra.

Cruzaron presurosas el huerto susurrante y húmedo del rocío. La Madre Cruces dejó el farol sobre la hierba para abrir la cancela. Eulalia, con los ojos llorosos, contemplaba las ventanas: les mandaba un adiós. Después salieron al camino:

—¿Cuándo volverá mi señora?

—¡Ya nunca!

Y Eulalia se llevó el pañuelo a los ojos. La angustia entrecortaba su voz, y al mismo tiempo que combatía por serenarla, pasaban por su alma como ráfagas de huracán locos impulsos de llorar, de mesarse los cabellos, de gritar, de correr a través del campo, de buscar un precipicio donde morir. Sentía en las sienes un latido doloroso y febril que le hacía entornar los párpados. Caminaba sin

conciencia, viendo apenas cómo el camino blanqueaba al claro de la luna, ondulando entre los maizales que se inclinaban al paso del viento con un largo susurro:

—¡Dios mío, no le veré más!… ¡No le veré más!…

Y el camino se lo figuraba insuperable a sus fuerzas, y su casa y sus hijas se le aparecían en una lontananza triste y fría. Toda su vida sería ya como un largo día sin sol. Caminaba encorvada al lado de la Madre Cruces.

—¡No le veré más! ¡Todo acabó para siempre!… ¡No ha querido ni conservar mis cartas, mis pobres cartas que yo escribí con tanto amor!…

Al cruzar los Agros del Priorato, las dos mujeres se detuvieron asustadas. Rompiendo por entre los maizales venían hacia ellas unos perros negros.

—¿Estarán rabiosos. Madre Cruces?

—No parece, mi señora.

Los perros llegaban con alegre zalagarda, y la Madre Cruces creyó reconocerlos. Los llamó, todavía insegura, con leve susto en la voz:

—*¡Morito! ¡Solimán!*

Los perros acudieron dando corcovos y ladridos. La vieja acaricioles:

—¿Dónde queda el buen amo, *Morito*?

Eulalia sollozó:

—¿Son los perros de Jacobo?

—Ellos son, mi reina.

—¿Y dónde está él?

—Pues no estará lejos.

Eulalia volviose y, como perdida en la noche, miró en torno, gritando con voz desfallecida, que repitió el eco en un castañar:

—¡Jacobo!… ¡Jacobo!…

Los perros la rodeaban retozones, queriendo lamerle las manos, que ella retiraba asustada:

—¡Jacobo!… ¡Jacobo!…

Saltando las cercas un hombre cruzó a lo lejos el camino y metiose entre los maizales. Eulalia gimió:

—¡Es él!

Desesperada quiso detener a los perros, que avizorados tomaban vientos. Lloraba intentando sujetarlos por los collares, y los perros lanzaban alegres ladridos. Oyose lejos un silbido y se partieron corriendo, dejándola en abandono.

Ronca y angustiada volvió a gritar:

—¡Jacobo!… ¡Jacobo!…

Y volvió a responderle el eco desde el temeroso castañar. Desfallecida se detuvo, asiéndose a la Madre Cruces, porque apenas podía tenerse. Estaba tan pálida que la vieja creyó verla morir. La llamó asustada:

—¡Mi reina!… ¡Mi paloma!

Y dejó el farol en medio del camino para poder llevarla hasta un ribazo, donde la hizo sentar. Eulalia abrió los ojos, dando un largo suspiro, y reclinó la frente sobre el hombro de la vieja:

—Madre Cruces, tú le hablarás siempre de mí.

—Por sabido, mi reina.

—Aun cuando no quiera oírte.

—Sí, paloma.

Por el camino pasaban dos arrieros a caballo. La Madre Cruces acudió a recoger su farol y tornose adonde estaba Eulalia, que al verla llegar se alzó lánguidamente. Continuaron andando. La noche era calma y serena. Perdida en el silencio oíase la esquila de una cabra descarriada que buscaba su redil: las luciérnagas brillaban inmóviles entre los zarzales del camino. Al bajar la cuesta de San Amedio comenzaba el lento marrullar de las aguas del río. Un ruiseñor cantaba en los mimbrales de la orilla, y las ranas cantaban en el fango de las junqueras, al borde de las charcas. El río brillaba bajo el cielo estrellado. La Madre Cruces llamó:

—¡Barquero!… ¡Barquero!…

El viejo saltó a la ribera.

—¿Qué hay? Es la señora. Si llego a presumir que sería tan luenga la tardanza, tiendo una red… ¡Mi alma si llego a presumirlo!

La Madre Cruces murmuró:

—¿Acaso son horas de pesca?

—Con la luna que hay, las mejores.

Eulalia tenía el pañuelo sobre los ojos. Muda y pálida adelantose hacia la barca. Dejose abrazar por la Madre Cruces y sin una palabra, sin un gemido, en medio de un silencio mortal, embarcó. La Madre Cruces permaneció en la ribera. El barquero empuñó los remos y bogó. La barca se alejaba y la Madre Cruces tornose al molino con la zozobra de mirar si estaban recogidas las gallinas, porque hacía noches que el raposo andaba al acecho. Caminando a lo largo de la orilla, gritó:

—¡Adiós, mi reina!

Sentada en la proa de la barca, Eulalia lloraba en silencio, y esparcidas en su regazo contemplaba las cartas que Jacobo le había devuelto. La luz de la luna caía sobre sus manos cruzadas, inmóviles y blancas como las de una muerta, y más lejos temblaba sobre las aguas del río. Eulalia besó con amor todas sus cartas, y sollozando las arrojó en la corriente. En la estela de la barca quedaron flotando como una bandada de místicas aves blancas. Eulalia entonces se inclinó, y sus lágrimas cayeron en el río. El viejo barquero, doblándose sobre los remos, le gritó:

—¡Cuidado, mi señora!

Y al erguirse de la bogada oyó un sollozo, y vio apenas una sombra indecisa y blanca que caía en el río. Presuroso acudió a una y otra borda, sondando con los ojos en el agua. Arrastrado por la corriente, en medio de la indecisa bandada de sus cartas, iba el cuerpo de Eulalia. La luna marcaba un camino de luz sobre las aguas, y la cabellera de Eulalia, deshecha ya, apareció dos veces flotando. En el silencio oíase cada vez más distante la voz de un mozo aldeano que cruzaba por la orilla, cantando en la noche para arredrar el miedo, y el camino por donde se alejaba aparecía blanco entre una siembra oscura. Y era el del mozo este alegre cantar:

¡Ei ven o tempo de mazar o liño!
¡Ei ven o tempo do liño mazar!
¡Ei ven o tempo rapazas do Miño,
Ei ven o tempo de se espreguizar!

AUGUSTA

I

—¡ERES encantador!… ¡Eres el único!… Nadie como tú sabe decir las cosas. ¿De veras son estos tus versos?… Yo quiero que seas el primer poeta del mundo… ¡Tómalos!… ¡Tómalos!… ¡Tómalos!…

Y la gentil Augusta del Fede besaba al Príncipe Attilio Bonaparte con el gracioso aturdimiento, entre frescas risas de cristal. Después, rendida y feliz, volvía a leer la dedicatoria, un tanto dorevillesca, con que el Príncipe le ofrecía los *Salmos Paganos*. Aquellos versos de amor y voluptuosidad, que primero habían sido salmos de besos en los labios de la gentil amiga.

Era el amor de Augusta alegría erótica y victoriosa, sin caricias lánguidas, sin decadentismos anémicos, pálidas flores del bulevar. Ella sentía por aquel poeta galante y gran señor esa pasión que aroma la segunda juventud con fragancias de generosa y turgente madurez. Como el calor de un vino añejo, así corría por su sangre aquel amor de matrona lozana y ardiente, amor voluptuoso y robusto como los flancos de una Venus, amor pagano, limpio de rebeldías castas, impoluto de los escrúpulos cristianos que entristecen la sensualidad sin domeñarla. Amaba con la pasión olímpica y potente de las diosas desnudas, sin que el cilicio de la moral atarazase su carne blanca, de blanca realeza, que cumplía la divina ley del sexo, soberana y triunfante, como los leones y las panteras en los bosques de Tierra Caliente.

Bajo las frondas de un jardín real había sentido Augusta la seducción del Príncipe Attilio, y el capricho de amarle y de rendirle. No hubo esa larga y sutil seducción que prepara la caída. Como una princesa del Renacimiento, se le ofreció desnuda. Deseaba entregarse, y se entregó. Después, aquellos amores llenaron con su perfume galante y sensual el sombrío palacio de una reina viuda. Fueron como las frescas y fragantes rosas pompadur, que crecían en el fondo de

los jardines realengos, bajo las enramadas melancólicas. Augusta parecía hechizada por aquel Príncipe poeta, que cincelaba sus versos con el mismo buril que cincelaba Benvenuto las ricas y floreadas copas de oro, donde el Magnífico Duque de Médicis bebía los vinos clásicos, loados por el viejo Horacio.

En los *Salmos Paganos* queda el recuerdo ardiente de aquella locura. El Príncipe Attilio Bonaparte admiraba la tradición erótica y galante del Renacimiento florentino, y quiso continuarla. Sus estrofas tienen el aroma voluptuoso de los orientales camerinos del Palacio Borgia, de los verdes y floridos laberintos del Jardín de Bóboli. Como un nuevo Aretino, supo celebrar la pasión cínica y lujuriante con que Augusta del Fede encantaba sus amores. Los *Salmos Paganos* parecen escritos sobre la espalda blanca y tornátil de una princesa apasionada y artista, envenenadora y cruel. Galante y gran señor, el poeta deshoja las rosas de Alejandría sobre la nieve de divinas desnudeces, y ebrio como un dios, y coronado de pámpanos, bebe en la copa blanca de las magnolias el vino alegre y dorado, que luego en repetidos besos vierte en la boca roja y húmeda de Venus Turbulenta.

II

AUGUSTA miró al Príncipe y suspiró:

—¡Mañana llega mi marido!

—Dejémosle llegar, madona.

La dama hizo un delicioso mohín de enfado.

—¿De suerte que no te contraría?

Una sonrisa desdeñosa tembló bajo el enhiesto mostacho del Príncipe Attilio.

—Tu marido es el más sesudo despreciador de Otelo.

Augusta le miró un momento fingiendo enojo. Después se levantó, riendo con risa picaresca y alocada.

—De Otelo y de ti…

Y alzando las holgadas mangas de su traje, enlazó al cuello del Príncipe los brazos desnudos, tibios, perfumados, blancos. El Príncipe rodeó el talle de Augusta, y ella se colgó de sus hombros. Con calentura de amor fueron a caer sobre un diván morisco. De pronto la dama se incorporó jadeante:

—¡Ahora no, Attilio!… ¡Ahora no!…

Se negaba y resistía con ese instinto de las hembras que quieren ser

brutalizadas cada vez que son poseídas. Era una bacante que adoraba el placer con la epopeya primitiva de la violación y de la fuerza. El Príncipe se puso en pie: clavó la mirada en Augusta, y tornó a sentarse, mostrando solamente su despecho en una sonrisa.

—¡Gracias, madona!… ¡Gracias!

—¿Te has enojado?… ¡Qué chiquillo eres! Si lo hago por la ilusión que me produce el verte así. ¡Todas las pruebas de que te gusto me parecen pocas!

Y graciosa y desenvuelta corrió a los brazos del galán.

—Caballero, béseme usted para que le perdone.

Quiso el Príncipe obedecerla, y ella, huyendo velozmente la cabeza, exclamó:

—Ha de ser tres veces: la primera en la frente, la segunda en la boca, y la tercera de libre elección.

—Todas de libre elección.

La voz del Príncipe tenía ese trémulo enronquecido, donde, aun las mujeres más castas, adivinan el pecado fecundo, hermoso como un dios. Breves momentos permanecieron silenciosos los dos amantes. Augusta, viendo las pupilas del Príncipe que se abrían sobre las suyas, tuvo un apasionado despertar:

—¡Qué ojos tan bonitos tienes! A veces parecen negros, y son dorados, muy dorados. ¡Cuánto me gusta mirarme en ellos!

Y con los brazos enlazados al cuello de su amante, echaba atrás la cabeza para contemplarle.

—¡Oh!… ¡Traidorcillos, a cuántas miraréis! ¡Ojos míos queridos!… Quisiera robártelos y tenerlos guardados en un cofre de plata con mis joyas.

El Príncipe Attilio sonrió:

—¡Róbamelos! Veré con los tuyos.

—¡Embusterísimo!

—¡Preciosa!

Inclinose el Príncipe, y la dama juntó los labios esperando. Después entornó las pestañas con feliz desmayo, y pronunció sin desunir ya las bocas:

—¡Hoy no has de hacerme sufrir!

El Príncipe respondió en voz muy baja, con ardiente susurro:

—¡No, mi amor querido!

Augusta, que parpadeaba estremecida y dichosa, cobró aliento en largo suspiro.

—¡Ay!… ¡Cuantísimo nos gustamos!… ¿Sabes lo que estoy pensando,

Attilio?… Quisiera que cuantos me han hecho la corte, sin conseguir nada, supiesen que soy tu querida.

El Príncipe sonrió levemente, y Augusta insistió mimosa.

—¡Jamás te halaga nada de lo que te digo!… Te quiero tanto, que me gustaría cometer por ti muchas, muchísimas locuras. ¡Ay!… No hallo ninguna nueva. Ya las hice todas…

Augusta reía, tendiéndose sobre el diván, mostrando en divino escorzo la garganta desnuda, y el blanco y perfumado nido del escote. Sobre la alfombra yacían los *Salmos Paganos*. ¡Aquellos versos de amor y voluptuosidad que primero habían sido salmos de besos en los labios de la gentil amiga!…

III

De pronto Augusta se incorporó sobresaltada. Una mano blanca donde lucían las sortijas, alzaba el cortinaje que caía en majestuosos pliegues sobre la puerta del salón. Augusta se inclinó para recoger el libro caído al pie del diván. Azorada y prudente murmuró en voz baja:

—¡Ahí está mi hija! Arréglate el bigote.

Nelly entró riendo, tirando de las orejas a un perrillo enano que traía en brazos. Su madre la miró con ojos vibrantes de inquietud y despecho:

—Nelly, no martirices a *Ninón*.

—Ya sabe *Ninón* que es broma. ¿Verdad que es broma, *Ninón*?

Y como el lindo gozquejo se desmandase con un ladrido, le hizo callar besuqueándole. Silenciosa y risueña fue a sentarse en un sillón antiguo de alto y dorado respaldo. El Príncipe la contempló en silencio. Ella, sin dejar de sonreír, inclinó los párpados, y quedaron en la sombra sus ojos sibilinos y misteriosos, como aquella sonrisa que no llegaba a entreabrir el divino broche formado por los labios. El Príncipe, mirándola intensamente como si buscase el turbarla, pronunció en voz baja, que simulaba distraída:

—¡Parece la Gioconda!

Era una Gioconda tan pálida y tan blanca, que su faz brillaba bajo la crencha rubia, como brilla la nieve en la cumbre de los montes bajo los dorados rayos del sol poniente. Oyendo al Príncipe bajó los ojos, donde temblaba un miosotis azul. Augusta levantó los suyos, donde reían dos amorcillos traviesos: reclinada en la mecedora, agitaba un gran abanico de blancas y rizadas plumas: mecíase la

dama, y su indolente movimiento dejaba ver en incitante penumbra la redonda y torneada pierna. Nelly se levantó celerosa y le puso a *Ninón* en el regazo. Con gracia de niña arrodillose para arreglarle la falda. Después le echó los brazos al cuello, dejando un beso en aquella boca, estremecida aún por los besos del amante. La mano de Augusta, una mano carnosa y blanca de abadesa joven e infanzona, acarició los cabellos de Nelly con lentitud llena de amor y de ternura.

—¡Es encantadora esta pequeña mía! ¿Y usted, Príncipe, por qué no cerraba los ojos?

—Hubiera sido un sacrilegio. ¿Sabe usted de algún santo que los haya cerrado a la entrada del cielo?

—Pero lo que no hacen los santos lo hacen los diablos.

Y Augusta estrechaba maternalmente contra el seno la rubia cabeza de su hija, al mismo tiempo que sonreía al Príncipe con los ojos. Después se levantó llena de perezosa languidez, apoyándose en ambos hombros de Nelly.

—Pasaremos un momento a la terraza. ¡Cuando se pone el sol está deliciosa!

La terraza, como decía Augusta, era un largo balcón con dos viejas escalinatas y gentiles arcos empenachados de hiedra. Durante los estíos cambiaba de aspecto y aun de nombre, porque era muy bella la boca de Augusta para decir la solana, como hacían el señor capellán y los criados. Pero llegadas las primeras nieblas de octubre, los señores tornábanse a su palacio de la corte y el balcón recobraba su aspecto geórgico y campesino: las enredaderas que lo entoldaban sacudían alegremente sus campanillas blancas y azules; volvía a oírse el canto de dos tórtolas que el pastor tenía prisioneras en una jaula de mimbres; aspirábase el aroma de las manzanas que maduraban sobre las anchas losas, y la vieja criada, que había conocido a los otros señores, hilaba sentada al sol con el gato sobre la falda.

IV

—¡DESDE aquí, los celajes de la tarde son encantadores!…

La dama, con el abanico extendido, señalaba el horizonte. Estaba muy bella, detenida en la puerta del balcón, bajo el arco de flores que las enredaderas hacían: en el fondo de sus ojos reía el sol poniente con una risa dorada, aureolaban su frente las campanillas blancas, y las palomas torcaces venían a picotear en ellas, deshojándolas sobre los hombros de Augusta como

una lluvia de gloria.

El Príncipe, olvidándose de Nelly, murmuró con lírico entusiasmo:

—¡Madona, no sabes todo lo bella que estás!

Nelly se volvió a mirarle con ojos llenos de asombro; pero ya Augusta le interrumpía riendo, con su reír sonoro y claro:

—¡Príncipe!… ¡Príncipe!… Ese tuteo debe ser una licencia poética.

El Príncipe se inclinó:

—Ciertamente, señora, una licencia involuntaria. Por fortuna, el ingenio de usted todo lo salva y todo lo perdona.

Los labios de Augusta se plegaron maliciosos.

—¡Qué hacer! ¿Ofenderme?… ¡Es usted tan capaz de achacarlo a coquetería! Si se tratase de Nelly, tal vez dudase si representaban ustedes una comedia.

—Sería la más deliciosa comedia modernista.

Las mejillas de aquella pálida y silenciosa Gioconda se tiñeron de rosa. Augusta, haciendo un delicioso mohín de horror, ocultó el rostro y la risa en el pañolito de encajes.

—¡Con qué cinismo confiesa!…

—¿Qué confieso?

—Sus intenciones perversas.

Atendía Nelly con una sonrisa casi dolorosa, deshojando las hiedras que alegraban la vejez de los balaustres. Augusta miró a su hija y le envió un beso. Después, olvidadiza y risueña, comenzó a desnudar de flores la vieja enredadera que entoldaba la solana. Sus manos, aquellas manos ungidas para las silenciosas y turbulentas caricias, formaban un ramo de jazmines. Feliz y sonriente, arrancó con los labios un capullo y suspiró, entornando los ojos para beber su aroma. La fragante campanilla en la boca de Augusta, parecía un beso del Abril galán.

Miraba al Príncipe a través del velo inquieto de las pestañas, y de tiempo en tiempo sacaba la lengua tentadora y divina, para humedecer los labios y la flor. Nelly clavaba en su madre aquellos ojos de Gioconda misteriosos y profundos y se ruborizaba. En el fondo de sus pupilas brillaban dos lágrimas indecisas. Augusta se puso en pie y llamó a *Ninón*. El lindo gozquejo enderezose velozmente y Augusta, inclinándose sobre el hombro del Príncipe, lanzó por alto el jazmín, que *Ninón* atrapó en el aire. Sin dejar de reír dio una vuelta por la solana, arrancando puñados de hojas y de flores, que arrojaba sobre el Príncipe. Llegó al lado de Nelly y se detuvo. Nelly no se movió: con mirada supersticiosa

seguía los aleteos de un murciélago que danzaba en la media luz del crepúsculo. Augusta, apoyada en el hombro de su hija, descansó cobrando aliento: reía, reía siempre. La respiración levantaba su seno en ola perfumada de juventud fecunda. Por momentos su cabeza desaparecía entre los verdes penachos de las enredaderas que columpiaba el aire. En el recogimiento silencioso de la tarde resonaba el coro glorioso de sus risas. ¡Salmo pagano en aquella boca roja, en aquella garganta desnuda y bíblica de Dalila tentadora!…

V

VOLVIÓ Augusta al lado del Príncipe, e inclinándose pronunció velozmente:

—¿Estás triste?

La respuesta fue esa mirada sin parpadeos, intensa, que parece de rito en todo amoroso escarceo. Augusta buscó en la sombra la mano de su amante y se la estrechó furtivamente.

—Esta noche, ¿quieres que nos veamos?

El Príncipe dudó un momento. Aquella pregunta, rica de voluptuosidad perfumada de locura ardiente, deparábale ocasión donde mostrarse cruel y desdeñoso. ¡Placer amargo más grato que todas las dulzuras del amor! Pero Augusta estaba tan bella, tales venturas prometía, que triunfó el encanto de los sentidos y una ola de galantería sensual envolvió al poeta:

—¡Madona, esta noche y todas!…

Y los dos amantes, sonriendo, tornaron a estrecharse las manos, y se dieron la mirada besándose, poseyéndose, con posesión impalpable, en forma mística, intensa y feliz como el arrobo. Fue un momento no más. Nelly volvió la cabeza, y ellos se soltaron vivamente. La niña se encaminó a la puerta de la solana, y allí, dirigiéndose al poeta, preguntó con timidez adorable:

—Príncipe, ¿quiere usted que, como ayer, ordeñemos la vaca, y que después bajemos a probar la miel de las colmenas?

Augusta los miró sin comprender.

—¿Pero qué locura es esa? ¡Vaya una merienda de pastores!

Nelly y el Príncipe cambiaban sonrisas, como dos camaradas que recuerdan juntos alguna travesura. La niña, sintiéndose feliz, exclamó:

—¡Tú no sabes, mamá!… Ayer lo hemos hecho así. ¿Verdad, Príncipe?

Sus mejillas, antes tan pálidas, tenían ahora esmaltes de rosa; se alegraba el misterio de sus ojos, y su sonrisa de Gioconda adquiría expresión tan sensual y tentadora, que parecía reflejo de aquella otra sonrisa que jugaba en la boca de Augusta. El Príncipe Attilio, apoyado en el alféizar, se atusaba el mostacho con gallardía donjuanesca. A todo cuanto hablaba Nelly asentía inclinándose como ante una reina, pero sus ojos de gran señor permanecían fijos en ella, siempre audaces y siempre dominadores. Todavía quiso insistir Augusta; pero su hija, echándole los brazos al cuello, la hizo callar sofocada por los besos.

—¡No digas que no, mamá! Ya verás como yo misma ordeño a la vaca. El Príncipe me prometió ayer que con ese asunto escribiría una «Egloga Mundana». ¿No dijo usted eso, Príncipe?

Y Nelly, con aturdimiento desusado en ella, bajó al jardín dando gritos para que sacasen a la vaca del establo. Augusta quedó un momento pensativa. Después, volviéndose a su amante, pronunció entre melancólica y risueña:

—¡Pobre hija mía!

El Príncipe Attilio hizo un gesto enigmático, tomó ambas manos de Augusta y la llevó al otro extremo, allí, donde la hiedra entrelazaba sus celosías más espesas. Caía la tarde, quedaba en amorosa sombra el nido verde y fragante que, recamando el balcón, habían tejido las enredaderas. El follaje temblaba con largos estremecimientos nupciales al sentirse besado por las auras, y el dorado rayo del ocaso penetraba triunfante, luminoso y ardiente como la lanza de un arcángel. Aquella antigua solana, con su ornamentación mitológica, cubierta de seculares y dorados líquenes, y su airosa balaustrada de granito donde las palomas se arrullaban al sol, y su rumoroso dosel que descendía en cascada de penachos verdes hasta tocar el suelo, recordaba esos parajes encantados que hay en el fondo de los parques feudales: camarines de bullentes hojas donde rubias princesas hilan en ruecas de cristal…

VI

AUGUSTA murmuró suspirando:

—¡Qué tristeza tener que separarnos!… ¡Oh! ¡Qué bien dices tú en aquellos versos!: ¡No hay días felices, hay solamente horas felices!

El Príncipe Attilio interrumpió vivamente:

—¡Augusta, no me calumnies!

Augusta repuso con ligereza encantadora:

—Yo lo he aprendido de tus labios, y para mí será siempre tuyo…

Se estrechó a él, cubriéndole de besos, y murmuró en voz muy baja:

—¿Te he dicho que mi marido llega mañana? ¿No te contraría a ti eso? Para mí es la muerte. ¡Si tú supieses cómo yo deseo tenerte siempre a mi lado! ¡Y pensar que si tú quisieses!… ¿Di, por qué no quieres?

—¡Si yo quiero, Augusta!

Y murmuró quedo, muy quedo, rozando la oreja nacarada y monísima de la dama:

—¡Pero temo que tú, tan celosa, te arrepientas luego y sufras horriblemente!

Augusta quedose un momento contemplando a su amante con expresión de alegre asombro.

—¡Estás loco, hijo de mi alma! ¿Por qué había yo de arrepentirme ni de sufrir? Al casarte con ella me parece que te casas conmigo…

Y riendo como una loca, hundía sus dedos blancos en la ola negra que formaba la barba del poeta, una barba asiria y perfumada como la del Sâr Peladan. El Príncipe pronunció con ligera ironía:

—¿Y si la moral llama a tu puerta, madona?

—No llamará. La moral es la palma de los eunucos.

El Príncipe quiso celebrar la frase besando a la madona en aquella boca que tales gentilezas decía. Ella continuó:

—¡Pues si es la verdad, corazón!… Cuando se sabe querer, esa vieja se está muy encerrada en su convento…

El Príncipe reía alegremente. Hallaba encantadora aquella travesura ingenua y depravada de Colombina, y aquella sensualidad apasionada y noble de Dogaresa.

—Este verano se arregla todo… Os casáis en mi oratorio. Si es preciso, yo misma os echo las bendiciones, canto la misa y digo la plática.

Habíase sentado en las rodillas de su amante, y hablaba con el ceño graciosamente fruncido.

—Si la novia no te gusta, mejor. Te gusto yo, y basta. ¡Como que por eso te casas!

—No, si la novia me gusta.

—¡Embustero! Quieres darme celos. ¡Quien te gusta soy yo!

—Pues por lo mismo que me gustas tú. ¡Es una derivación!…

—No seas cínico, Attilio. ¡Me hace daño oírte esas cosas!

—¡Eres encantadora, madona!… ¡Ya estás celosa!

—¡No tal!… Comprende que eso sería un horror. Pero no debías jugar así con mis afectos más caros.

—No jugaré ni haré la conquista de ese inocente corazón.

—¡Si ya lo tienes conquistado, ingrato!… ¡Es la herencia!…

Y reían, el uno en brazos del otro. Después Augusta musitaba con susurro ansioso, caliente y blando:

—¿Verdad que eso de que te gusta lo dices por desesperarme?

Entraba Nelly en aquel momento, y Augusta, sin dar tiempo a la respuesta del poeta, continuó en voz alta, con ese incomparable fingimiento que hace de todas las adúlteras actrices adorables:

—¿No preguntaba usted por Nelly? Aquí la tiene usted. Digo, usted no la tiene, todavía es de su madre…

Nelly miraba al Príncipe, y sonreía: el enigma de su boca de Gioconda era alegre y perfumado de pasión como el capullo entreabierto de una rosa. Augusta murmuró maliciosamente mientras acariciaba los cabellos de su hija:

—Oiga usted un secreto, Príncipe… Tengo prometidos a la Virgen los pendientes que llevo puestos, si me concede lo que le he pedido.

—¡Oh, qué bien sabe usted llegar al corazón de las Vírgenes!

Augusta interrumpió vivamente:

—¡Calle usted, hereje!… Búrlese usted de mí, pero respetemos las cosas del cielo.

Y hablaba santiguándose para arredrar al demonio. A fuer de mujer elegante, era muy piadosa, con aquella devoción frívola y mundana de las damas aristocráticas: era el suyo un cristianismo placentero y gracioso como la faz del Niño Jesús. El Príncipe, sin apartar la mirada de Nelly, pero hablando con Augusta, pronunció lenta e intencionadamente:

—¿Se puede saber lo que le ha pedido usted a la Virgen?

—No se puede saber, pero se puede adivinar.

—Tengo para mí que pronto cambiarán de dueño los pendientes.

Y callaron los dos, mirándose y sonriéndose.

VII

NA zagala pelirroja entró en el huerto conduciendo del ronzal a la Foscarina, la

Ures destinada para celebrar la «Égloga Mundana», aquel nuevo rito de un nuevo paganismo. Nelly descendió corriendo los escalones de la solana, y acercándose a la vaca, comenzó por acariciarle el cuello.

—¡Príncipe, mire usted qué mansa es!

La vaca se estremecía bajo la mano de Nelly, una mano muy blanca que se posaba con infantil recelo sobre el luciente y poderoso lomo. Nelly levantó la cabeza:

—¿Pero no bajan ustedes?

Entonces Augusta interrumpió el coloquio que a media voz sostenía con el Príncipe.

—¡Hija mía, a qué cosas obligas tú a este caballero!

Y sonreía burlonamente, designándole con un ademán de gentil y extremada cortesía. El Príncipe Attilio inclinose a su vez y ofreció el brazo a la dama para descender al huerto. En lo alto de la escalinata, bajo el arco de follaje que entretejían las enredaderas, se detuvieron contemplando los dorados celajes del ocaso. El Príncipe arrancó un airón de hiedra que se columpiaba sobre sus cabezas.

—¡Salve Nelly!… Ya tenemos con qué coronar a la Foscarina.

Al mismo tiempo unía los dos extremos de la rama, temblorosa en su alegre y sensual verdor. Augusta se la quitó de las manos.

—Yo seré la vestal encargada de adornar el testuz sagrado.

Miró al Príncipe, y sacudió la cabeza, alborotándose los rizos y riendo.

—Usted no dudará que sabré hacerlo.

Por recatarse de Nelly adoptaba un acento de alocado candor, que, velando la intención, realzaba aquella gracia cínica, delicioso perfume que Augusta sabía poner en todas sus palabras. Había hecho una corona con el ramo de hiedra, y la colocó sobre las astas de la Foscarina. Después se volvió a Nelly:

—¿No tiene más lances la «Égloga Mundana»?

Nelly permaneció silenciosa. Sus ojos verdes, de un misterio doloroso y trágico, se fijaban con extravío en el rostro de Augusta, que supo conservar su expresión de placentera travesura. La sonrisa de Gioconda agonizaba dolorida sobre los castos labios de la niña. Augusta cambió una mirada con el Príncipe. Al mismo tiempo fue a sentarse en el banco de piedra que había al pie de un castaño secular. El Príncipe se acercó a Nelly:

—¿Quiere usted que bajemos al colmenar?…

Nelly pronunció con una sombra de melancolía:

—¡Yo quería ordeñar la vaca para que usted probase la leche como ayer!…

Augusta murmuró, reclinándose en el banco:

—¡Pues ordéñala, hija mía; la probaremos todos!

Nelly se arrodilló al pie de la vaca. Su mano pálida, donde ponía reflejos sangrientos el rubí de una sortija, aprisionó temblorosa las calientes ubres. Un chorro de leche salpicó el rostro de la niña, que levantó riendo la cabeza.

—¡Míreme usted, Príncipe!

Estaba muy bella, con las blancas gotas resbalando sobre el rubor de las mejillas. El Príncipe se la mostró a la dama.

—¡Augusta: es el bautizo pagano de la naturaleza!…

Como si un estremecimiento voluptuoso pasase sobre la faz del mundo, se besaron las hojas de los árboles con largo y perezoso murmullo. La vaca levantó arrogante el mitológico testuz, coronado de hiedra, y miró, de hito en hito, al sol que se ocultaba. Herida por los destellos del ocaso, la Foscarina parecía de cobre bruñido, recordaba esos ídolos que esculpió la Antigüedad clásica; divinidades robustas, benignas y fecundas que cantaron los poetas.

VIII

UN momento se distrajo Nelly, y el Príncipe murmuró al oído de Augusta:

—¿Quieres quedarte hoy sin los pendientes?

Augusta contestó con aquella risa sonora y clara, que semejaba borboteo de agua en copa de oro.

—¡Príncipe! ¡Príncipe!… No me tiente usted.

Luego, volviéndose a Nelly, quedose un momento contemplándola con alegre expresión de amor y de ternura.

—Ven aquí, hija mía. Este caballero…

Y señalaba al Príncipe con ademán gracioso y desenvuelto. El Príncipe saludó.

—Ya lo ves cómo se inclina… ¡Jesús, qué poco oradora me siento!… En suma, hija mía, que acaba de pedirme tu mano…

Nelly dudó un momento. Después, abrazándose a su madre, empezó a sollozar nerviosa y angustiada…

—¡Ay, mamá! ¡Mamá de mi alma!… ¡Perdóname!

—¿Qué he de perdonarte yo, corazón?

Y Augusta, un poco conmovida, posó los labios en la frente de su hija.

—¿Tú no le quieres?

Nelly ocultaba las mejillas en el hombro de su madre, y repetía cada vez con mayor duelo:

—¡Mamá de mi alma, perdóname!… ¡Perdóname!

—¿Pero tú no le quieres?

En la voz de Augusta descubríase una ansiedad oculta. Pero de pronto, adivinando lo que pasaba en el alma de su hija, murmuró con aquel cinismo candoroso, que era el mayor de sus encantos:

—¡Pobre ángel mío!… ¿Tú has pensado que las galanterías del Príncipe se dirigían a tu madre, verdad?

Nelly se cubrió el rostro con las manos.

—¡Mamá! ¡Mamá!… ¡Soy muy mala!…

—¡No, corazón!

Augusta apoyaba contra su seno la cabeza de Nelly. Sobre aquella aurora de cabellos rubios, sus ojos negros de mujer ardiente se entregaban a los ojos del Príncipe. Augusta sonreía, viendo logrados sus ensueños.

—¡Pobre ángel!… ¡Quiera Dios, Príncipe, que sepa usted hacerla feliz!

El Príncipe no contestó. Acariciábase la barba y dejaba vagar distraído la mirada. Pensaba si no había en todo aquello un poema libertino y sensual, como pudiera desearlo su musa. Augusta le tocó con el abanico en el hombro.

—¡Hijos míos, daos las manos!… Debimos haber esperado a que llegase mi marido; pero —¡qué diablo!— la felicidad no es bueno retardarla… Ahora vamos a las colmenas para celebrar esa «Égloga Mundana» que ha dicho Nelly. Príncipe, usted me servirá de caballero.

Y apoyándose en el brazo del Príncipe Attilio, murmuró emocionada, con voz que apenas se oía:

—¡Ya verás lo dichoso que te hago esta noche!…

Se detuvo, enjugándose dos lágrimas que abrillantaban el iris negro y apasionado de sus ojos. ¡Después de haber labrado la ventura de todos, sentíase profundamente conmovida! Y como Nelly tornaba la cabeza con gracioso movimiento, y se detenía esperándolos, suspiró, mirándose en ella con maternal arrobo.

—¡Hija de mi alma, tú también eres muy feliz!

Las pupilas de Nelly respondieron con alegre llamear. Augusta, reclinando con lánguida voluptuosidad todo el peso delicioso de su cuerpo en aquel brazo

amante que la sostenía, exclamó con íntimo convencimiento:

—¡Qué verdad es que las madres, las verdaderas madres, nunca nos equivocamos al hacer la felicidad de nuestras hijas!…

BEATRIZ

I

UN jardín señorial, lleno de noble recogimiento, cercaba el Palacio. Entre mirtos seculares, blanqueaban estatuas de dioses: ¡pobres estatuas mutiladas! Los cedros y los laureles cimbreaban con augusta melancolía sobre las fuentes abandonadas; algún tritón, cubierto de hojas, borboteaba a intervalos su risa quimérica, y el agua temblaba en la sombra, con un latido de vida misteriosa y encantada.

La Condesa casi nunca salía del Palacio: contemplaba el jardín desde el balcón plateresco de su alcoba, y con la sonrisa amable de las devotas linajudas, le pedía a Fray Ángel, su capellán, que cortase las rosas para el altar de la capilla. Era muy piadosa la Condesa. Vivía como una priora noble retirada en las estancias tristes y silenciosas de su Palacio, con los ojos vueltos hacia el pasado: ¡ese pasado que los reyes de armas poblaron de leyendas heráldicas! Carlota Elena Aguiar y Bolaño, Condesa de Porta-Dei, las aprendiera cuando niña deletreando los rancios nobiliarios. Descendía de la Casa de Bradomín, una de las más antiguas y esclarecidas, según afirman ejecutorias de nobleza y cartas de hidalguía signadas por el señor Rey Don Carlos I. La Condesa guardaba como reliquias aquellas páginas infanzonas aforradas en velludo carmesí, que de los siglos pasados hacían gallarda remembranza con sus grandes letras floridas, sus orlas historiadas, sus grifos heráldicos, sus emblemas caballerescos, sus cimeras empenachadas y sus escudos de diez y seis cuarteles miniados, con paciencia monástica, de gules y de azur, de oro y de plata, de sable y de sinople.

La Condesa era unigénita del célebre Marqués de Bradomín, que tanto figuró en la primera guerra carlista. Hecha la paz, después de la traición de Vergara —nunca los leales llamaron de otra suerte al convenio—, el Marqués de Bradomín emigró a Roma. Y como aquellos tiempos eran los hermosos tiempos del Papa

Rey, el caballero español fue uno de los gentiles hombres extranjeros con cargo palatino en el Vaticano. Durante muchos años llevó sobre sus hombros el manto azul de los guardias nobles, y lució la bizarra ropilla acuchillada de terciopelo y raso. ¡El mismo arreo galán con que el divino Sanzio retrató al divino César Borgia!

Los títulos de Marqués de Bradomín, Conde de Barbazán y Conde de Lantaño, extinguiéronse con el buen caballero Don Pedro Aguiar y Mendoza, que maldijo en su testamento, con arrogancias de castellano leal, a toda su descendencia, si entre ella había uno solo que, traidor y vanidoso, pagase lanzas y anatas a cualquier Señor Rey que no lo fuese por la gracia de Dios. Su hija admiró llorosa la soberana gallardía de aquella maldición que se levantaba del fondo de un sepulcro, y acatando la voluntad paterna, dejó perderse los títulos que honraran veinte de sus abuelos; pero suspiró siempre por el Marquesado de Bradomín. Para consolarse solía leer, cuando sus ojos estaban menos cansados, el nobiliario del monje de Armentáriz, donde se cuentan los orígenes de aquel esclarecido linaje.

Si más tarde tituló de Condesa, fue por gracia pontificia.

II

LA mano atenazada y flaca del capellán levantó el blasonado cortinón.

—¿Da su permiso la señora Condesa?

—Adelante, Fray Ángel.

El capellán entró. Era un viejo alto y seco, con el andar dominador y marcial. Llegaba de Bradomín, donde estuviera cobrando los forales del mayorazgo. Acababa de apearse en la puerta del palacio, y aún no se descalzara las espuelas. Allá en el fondo del estrado, la noble Condesa suspiraba tendida sobre el canapé de damasco carmesí. Apenas se veía dentro del salón. Caía la tarde adusta e invernal. La Condesa rezaba en voz baja, y sus dedos, lirios blancos aprisionados en los mitones de encaje, pasaban lentamente las cuentas de un rosario traído de Jerusalén. Largos y penetrantes alaridos llegaban al salón desde el fondo misterioso del Palacio: agitaban la oscuridad, palpitaban en el silencio, como las alas del murciélago Lucifer…

Fray Ángel se santiguó:

—¡Válgame Dios! ¿Sin duda el demonio continúa martirizando a la señorita

Beatriz?

La Condesa puso fin a su rezo, santiguándose con el crucifijo del rosario, y suspiró:

—¡Pobre hija mía! El demonio la tiene poseída. A mí me da espanto oírla gritar, verla retorcerse como una salamandra en el fuego… Me han hablado de una saludadora que hay en Céltigos. Será necesario llamarla. Cuentan que hace verdaderos milagros.

Fray Ángel, indeciso, movía la tonsurada cabeza.

—Sí que los hace; pero lleva veinte años encamada.

—Se manda el coche, Fray Ángel.

—Imposible por esos caminos, señora.

—Se la trae en silla de manos.

—Únicamente. ¡Pero es difícil, muy difícil! La Saludadora pasa del siglo… Es una reliquia.

Viendo pensativa a la Condesa, el capellán guardó silencio. Era un viejo de ojos enfoscados y perfil aguileño, inmóvil, como tallado en granito. Recordaba a esos obispos guerreros que en las catedrales duermen o rezan a la sombra de un arco sepulcral. Fray Ángel había sido uno de aquellos cabecillas tonsurados, que robaban la plata de sus iglesias para acudir en socorro de la facción. Años después, ya terminada la guerra, aún seguía aplicando su misa por el alma de Zumalacárregui. La dama, con las manos en cruz, suspiraba. Los gritos de Beatriz llegaban al salón en ráfagas de loco y rabioso ulular. El rosario temblaba entre los dedos pálidos de la Condesa que, sollozante, musitaba casi sin voz:

—¡Pobre hija! ¡Pobre hija!

Fray Ángel preguntó:

—¿No estará sola?

La Condesa cerró los ojos lentamente al mismo tiempo que, con un ademán lleno de cansancio, reclinaba la cabeza en los cojines del canapé.

—Está con mi tía la generala y con el señor Penitenciario, que iba a decirle los exorcismos.

—¡Ah! ¿Pero está aquí el señor Penitenciario?

La Condesa respondió tristemente:

—Mi tía le ha traído.

Fray Ángel habíase puesto en pie con extraño sobresalto.

—¿Qué ha dicho el señor Penitenciario?

—Yo no le he visto aún.

—¿Hace mucho que está ahí?

—Tampoco lo sé, Fray Ángel.

—¿No lo sabe la señora Condesa?

—No… He pasado toda la tarde en la capilla. Hoy comencé una novena a la Virgen de Bradomín. Si sana a mi hija, le regalaré el collar de perlas y los pendientes que fueron de mi abuela, la Condesa de Barbazán.

Fray Ángel escuchaba con torva inquietud. Sus ojos, enfoscados bajo las cejas, parecían dos alimañas monteses azoradas. Calló la dama suspirante. El capellán permaneció en pie.

—Señora Condesa, voy a mandar ensillar la mula, y esta noche me pongo en Céltigos. Si se consigue traer a la Saludadora, debe hacerse con gran sigilo. Sobre la madrugada ya podemos estar aquí.

La Condesa volvió al cielo los ojos que tenían un cerco amoratado.

—¡Dios lo haga!

Y la noble señora, arrollando el rosario entre sus dedos pálidos, levantose para volver al lado de su hija. Un gato que dormitaba sobre el canapé, saltó al suelo, enarcó el espinazo y la siguió maullando… Fray Ángel se adelantó: la mano atezada y flaca del capellán sostuvo el blasonado cortinón. La Condesa pasó con los ojos bajos y no pudo ver que temblaba…

III

BEATRIZ parecía una muerta: con los párpados entornados, las mejillas muy pálidas y los brazos tendidos a lo largo del cuerpo, yacía sobre el antiguo lecho de madera legado a la Condesa por Fray Diego Aguiar, un obispo de la noble casa de Bradomín, tenido en opinión de santo. La alcoba de Beatriz era una gran sala entarimada de castaño, oscura y triste. Tenía angostas ventanas de montante, donde arrullaban las palomas, y puertas monásticas, de paciente y arcaica ensambladura, con clavos danzarines en los floreados herrajes.

El señor Penitenciario y Misia Carlota, la anciana generala, retirados en un extremo de la alcoba, hablaban muy bajo. El canónigo hacía pliegues al manteo. Sus sienes calvas, su frente marfileña, brillaban en la oscuridad. Rebuscaba las palabras, como si estuviese en el confesonario, poniendo sumo cuidado en cuanto decía y empleando largos rodeos para ello. Misia Carlota le escuchaba atenta, y entre sus dedos, secos como los de una momia, temblaban las agujas de

madera y el ligero estambre de su calceta. Estaba pálida, y sin interrumpir al señor Penitenciario, de tiempo en tiempo, repetía anonadada.

—¡Pobre niña! ¡Pobre niña!

Como Beatriz lloraba suspirando, se levantó para consolarla. Después volvió al lado del canónigo, que con las manos cruzadas y casi ocultas entre los pliegues del manteo, parecía sumido en grave meditación. Misia Carlota, que había sido siempre dama de gran entereza, se enjugaba los ojos y no era dueña de ocultar su pena. El señor Penitenciario le preguntó en voz baja:

—¿Cuándo llegará ese fraile?

—Tal vez haya llegado.

—¡Pobre Condesa! ¿Qué hará?

—¡Quién sabe!

—¿Ella no sospecha nada?

—¡No podía sospechar!…

—Es tan doloroso tener que decírselo…

Callaron los dos. Beatriz seguía llorando. Poco después entró la Condesa, que procuraba parecer serena: llegó hasta la cabecera de Beatriz, inclinose en silencio y besó la frente yerta de la niña. Con las manos en cruz, semejante a una dolorosa, y los ojos fijos, estuvo largo tiempo contemplando aquel rostro querido. Era la Condesa todavía hermosa; prócer de estatura y muy blanca de rostro, con los ojos azules y las pestañas rubias, de un rubio dorado que tendía leve ala de sombra en aquellas mejillas tristes y altaneras. El señor Penitenciario se acercó:

—Condesa, necesito hablar con ese Fray Ángel.

La voz del canónigo, de ordinario acariciadora y susurrante, estaba llena de severidad. La Condesa se volvió sorprendida.

—Fray Ángel no está en el Palacio, señor Penitenciario.

Y sus ojos azules, aún empañados de lágrimas, interrogaban con afán, al mismo tiempo que sobre los labios marchitos temblaba una sonrisa amable y prudente de dama devota. La anciana generala, que estaba a la cabecera de Beatriz, se aproximó muy quedo:

—No hablen ustedes aquí… Carlota, es preciso que tengas valor.

—¡Dios mío! ¿Qué pasa?

—¡Calla!

Al mismo tiempo llevaba a la Condesa fuera de la estancia. El señor Penitenciario bendijo en silencio a Beatriz y sin recoger sus hábitos talares salió

detrás. Misia Carlota quedó en el umbral. Inmóvil y enjugándose los ojos, contempló desde allí cómo la Condesa y el Penitenciario se alejaban por el largo corredor. Después, santiguándose volvió sola al lado de Beatriz, y posó su mano llena de arrugas sobre la frente tersa de la niña:

—¡Hija mía, no tiembles!… ¡No temas!…

Cabalgó en la nariz los quevedos con guarnición de concha, abrió un libro de oraciones, por donde marcaba el registro de seda azul ya desvanecida, y comenzó a leer en alta voz.

Oración

«¡Oh Tristísima y Dolorosísima Virgen María, mi Señora, que siguiendo las huellas de vuestro amantísimo Hijo, y mi señor Jesucristo, llegasteis al Monte Calvario, donde el Espíritu Santo quiso regalaros como en monte de mirra, y os ungió Madre del linaje humano! Concededme, Virgen María, con la Divina Gracia, el perdón de los pecados, y apartad de mi alma los malos espíritus que la cercan, pues sois poderosa para arrojar a los demonios de los cuerpos y de las almas. Yo espero, Virgen María, que me concedáis lo que os pido, si ha de ser para vuestra mayor gloria, y mi salvación eterna. Amén».

Beatriz repitió:

—¡Amén!

IV

LOS ojos del gato, que hacía de centinela al pie del brasero, lucían en la oscuridad. La gran copa de cobre bermejo aún guardaba entre la ceniza algunas ascuas mortecinas. En el fondo apenas esclarecido del salón, sobre los cortinajes de terciopelo, brillaba el metal de los blasones bordados: la fuente de plata y los nueve róeles de oro que Don Enrique III diera por armas al Señor de Bradomín, Pedro Aguiar de Tor, llamado el «Chivo» y también el «Viejo». Las rosas marchitas perfumaban la oscuridad, deshojándose misteriosas en los antiguos floreros de porcelana, que imitaban manos abiertas. Un criado encendía los candelabros de plata que había sobre las consolas. Después la Condesa y el Penitenciario entraban en el salón.

La dama, con ademán resignado y noble, ofreció al eclesiástico asiento en el canapé, y trémula y abatida por oscuros presentimientos, se dejó caer en un sillón. El canónigo, con la voz ungida de solemnidad, empezó a decir:

—Es un terrible golpe, Condesa…

La dama suspiró:

—¡Terrible, señor Penitenciario!

Quedaron silenciosos. La Condesa se enjugaba las lágrimas que humedecían el fondo azul de sus pupilas. Al cabo de un momento murmuró, cubierta la voz por un anhelo que apenas podía ocultar:

—¡Temo tanto lo que usted va a decirme!

El canónigo inclinó con lentitud su frente pálida y desnuda, que parecía macerada por las graves meditaciones teológicas:

—¡Es preciso acatar la voluntad de Dios!

—¡Es preciso!… ¿Pero qué hice yo para merecer una prueba tan dura?

—¡Quién sabe hasta dónde llegan sus culpas! Y los designios de Dios, nosotros no los conocemos.

La Condesa cruzó las manos dolorida:

—Ver a mi Beatriz privada de la Gracia, poseída de Satanás.

El canónigo la interrumpió:

—No, esa niña no está poseída… Hace veinte años que soy Penitenciario en nuestra catedral, y un caso de conciencia tan doloroso, tan extraño, no lo había visto. ¡La confesión de esa niña enferma todavía me estremece!…

La Condesa levantó los ojos al cielo.

—¡Se ha confesado! Sin duda Dios Nuestro Señor quiere volverle su Gracia. ¡He sufrido tanto viendo a mi pobre hija aborrecer de todas las cosas santas! Porque antes estuvo poseída, señor Penitenciario.

—No, Condesa; no lo estuvo jamás.

La Condesa sonrió tristemente, inclinándose para buscar su pañuelo, que acababa de perdérsele. El señor Penitenciario lo recogió de la alfombra: era blanco, mundano y tibio, perfumado de incienso y estoraque, como los corporales de un cáliz.

—Aquí está, Condesa.

—Gracias, señor Penitenciario.

El canónigo sonrió levemente: la llama de las bujías brillaba en sus anteojos de oro. Era alto y encorvado, con manos de obispo y rostro de jesuita: tenía la frente desguarnida, las mejillas tristes, el mirar amable, la boca sumida, llena de

sagacidad. Recordaba el retrato del cardenal Cosme de Ferrara que pintó el Perugino. Tras leve pausa continuó:

—En este Palacio, señora, se hospeda un sacerdote impuro, hijo de Satanás…

La Condesa le miró horrorizada.

El Penitenciario afirmó inclinando tristemente la cabeza, cubierta por el solideo rojo, privilegio de aquel cabildo.

—¿Fray Ángel?

—Esa ha sido la confesión de Beatriz. ¡Por el terror y por la fuerza han abusado de ella!…

La Condesa se cubrió el rostro con las manos, que parecían de cera: sus labios no exhalaron un grito. El Penitenciario la contemplaba en silencio. Después continuó:

—Beatriz ha querido que fuese yo quien advirtiese a su madre. Mi deber era cumplir su ruego. ¡Triste deber, Condesa! La pobre criatura, de pena y de vergüenza, jamás se hubiera atrevido. Su desesperación al confesarme su falta era tan grande, que llegó a infundirme miedo. ¡Ella creía su alma condenada, perdida para siempre!

La Condesa, sin descubrir el rostro, con la voz ronca por el llanto, exclamó:

—¡Yo haré matar al capellán! ¡Le haré matar! ¡Y a mi hija no la veré más!

El canónigo se puso en pie lleno de severidad:

—Condesa, el castigo debe dejarse a Dios. Y en cuanto a esa niña, ni una palabra que pueda herirla, ni una mirada que pueda avergonzarla.

Agobiada, yerta, la Condesa sollozaba como una madre ante la sepultura abierta de sus hijos. Allá fuera, las campanas de un convento volteaban alegremente, anunciando la novena que todos los años hacían las monjas a la seráfica fundadora. En el salón las bujías lloraban sobre las arandelas doradas, y en el borde del brasero apagado, dormía el gato.

V

LOS gritos de Beatriz resonaron en todo el Palacio… La Condesa estremeciose oyendo aquel plañir que hacía miedo en el silencio de la noche, y acudió presurosa. La niña, con los ojos extraviados y el cabello destrenzándose sobre los hombros, se retorcía: su rubia y magdalénica cabeza

golpeaba contra el entarimado, y de la frente yerta y angustiada manaba un hilo de sangre. Retorcíase bajo la mirada muerta e intensa del Cristo: un Cristo de ébano y marfil, con cabellera humana, los divinos pies iluminados por agonizante lamparilla de plata, el rostro envuelto en la sombra del dosel que habían bordado las manos de una abadesa noble. Beatriz evocaba el recuerdo de aquellas blandas y legendarias princesas santas de trece años ya tentadas por Satán. Al entrar la Condesa se incorporó con extravío, la faz lívida, los labios trémulos, como rosas que van a deshojarse. Su cabellera apenas cubría la candidez de los senos:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Perdóname!

Y le tendía las manos, que parecían dos blancas palomas azoradas. La Condesa quiso alzarla en sus brazos.

—¡Sí, hija, sí! Acuéstate ahora, pobrecita mía.

Beatriz retrocedió con los ojos horrorizados, fijos en el revuelto lecho.

—¡Ahí está Satanás! ¡Ahí duerme Satanás! Viene todas las noches. Ahora vino y se llevó mi escapulario. Me ha mordido en el pecho. ¡Yo grité, grité! Pero nadie me oía. Me muerde siempre en este pecho…

Y Beatriz mostrábale a su madre el seno de blancura eucarística, donde se veía la huella negra que dejan los labios de Lucifer cuando besan. La Condesa, pálida como la muerte, descolgó el crucifijo y lo puso sobre las almohadas:

—¡No temas, hija mía! ¡Nuestro Señor Jesucristo vela ahora por ti!

—¡No! ¡No!

Y Beatriz se estrechaba al cuello de su madre. Temerosas las dos, fueron a refugiarse en el fondo de la alcoba, sobre el antiguo sofá de seda azul con pájaros quiméricos, uno de esos muebles arcaicos que todavía se hallan en las casas de abolengo. La Condesa arrodillose en el suelo: entre sus manos guardó los pies descalzos de la niña, como si fuesen dos pájaros enfermos y ateridos. Beatriz, ocultando la frente en el hombro de su madre, sollozó:

—Mamá querida, fue una tarde que bajé a la capilla para confesarme… Yo te llamé gritando; tú no me oíste… Después quería venir todas las noches y yo estaba condenada…

—¡Calla, hija mía! ¡No recuerdes!…

Y las dos lloraron juntas en silencio, mientras sobre la puerta de arcaica ensambladura y floreados herrajes arrullaban dos tórtolas, que Fray Ángel había criado para Beatriz… La niña, con la cabeza apoyada en el hombro de su madre, trémula y suspirante, adormeciose poco a poco. La luna de invierno brillaba en

el montante de las ventanas y su luz blanca se difundía por la estancia. Fuera se oía el viento, que sacudía los árboles del jardín, y el rumor de una fuente.

La Condesa acostó a Beatriz en el canapé, y silenciosa, llena de amoroso cuidado, la cubrió con una colcha de damasco carmesí, ese damasco antiguo, que parece tener algo de litúrgico. Beatriz suspiró sin abrir los ojos. Sus manos quedaron sobre la colcha: eran pálidas, blancas, ideales, transparentes a la luz: las venas azules dibujaban una flor de ensueño. Con los ojos llenos de lágrimas, la Condesa ocupó un sillón que había cercano. Estaba tan abrumada que casi no podía pensar, y rezaba confusamente, adormeciéndose con el resplandor de la luz que ardía a los pies del Cristo en un vaso de plata. Ya muy tarde entró Misia Carlota apoyada en su muleta, con los quevedos temblantes sobre la corva nariz. La Condesa se llevó un dedo a los labios indicándole que Beatriz dormía, y la anciana se acercó sin ruido, andando con trabajosa lentitud.

—¡Al fin descansa!

—Sí.

—¡Pobre alma blanca!

Sentose y arrimó la muleta a uno de los brazos del sillón. Las dos damas guardaron silencio. Sobre el montante de la puerta la pareja de tórtolas seguía arrullando.

VI

A media noche llegó la Saludadora de Céltigos. Hiciera el camino en un carro de bueyes tendida sobre paja. La Condesa dispuso que dos criados la subiesen. Entró salmodiando saludos y oraciones. Era vieja, muy vieja, con el rostro desgastado, como las medallas antiguas, y los ojos verdes, del verde maléfico que tienen las fuentes abandonadas, donde se reúnen las brujas. La noble señora salió a recibirla hasta la puerta, y temblándole la voz, preguntó a los criados:

—¿Visteis si ha venido también Fray Ángel?

En vez de los criados respondió la Saludadora con el rendimiento de las viejas que acuerdan el tiempo de los mayorazgos:

—Señora mi Condesa, yo sola he venido, sin más compañía que la de Dios.

—¿Pero no fue a Céltigos un fraile con el aviso?…

—Estos tristes ojos a nadie vieron, mi señora.

Los criados dejaron a la Saludadora en un sillón. Beatriz la contemplaba: los ojos, temerosos y sombríos, abiertos como sobre un abismo. La Saludadora sonrió con la sonrisa yerta de su boca desdentada:

—¡Miren con cuánta atención está la blanca rosa! No me aparta la vista.

La Condesa, que permanecía de pie en medio de la estancia, interrogó:

—¿Pero no vio a un fraile?

—A nadie, mi señora.

—¿Quién llevó el aviso?

—No fue persona de este mundo. Ayer de tarde quedeme dormida, y en el sueño tuve una revelación. Me llamaba la buena Condesa moviendo su pañuelo blanco, que era después una paloma volando, volando para el cielo.

La dama preguntó temblando:

—¿Es buen agüero eso?…

—¡No hay otro mejor, mi Condesa! Díjeme entonces entre mí: vamos al Palacio de tan gran señora.

La Condesa callaba pensativa. Después de algún tiempo, la Saludadora, que tenía los ojos clavados en Beatriz, pronunció lentamente:

—A esta rosa galana le han hecho mal de ojo. En un espejo puede verse, si a mano lo tiene mi señora.

La Condesa le entregó un espejo guarnecido de plata antigua. Levantole en alto la Saludadora, igual que hace el sacerdote con la hostia consagrada, lo empañó echándole el aliento, y con un dedo tembloroso trazó el círculo del Rey Salomón. Hasta que se borró por completo tuvo los ojos fijos en el cristal:

—La Condesita está embrujada. Para ser bien roto el embrujo han de decirse las doce palabras que tiene la oración del Beato Electus al dar las doce campanadas del mediodía, que es cuando el Padre Santo se sienta a la mesa y bendice a toda la cristiandad.

La Condesa se acercó a la Saludadora; el rostro de la dama parecía el de una muerta; sus ojos azules tenían el venenoso color de las turquesas:

—¿Sabe hacer condenaciones?

—¡Ay, señora mi Condesa, es muy grande pecado!

—¿Sabe hacerlas? Yo mandaré decir misas y Dios se lo perdonará.

La Saludadora meditó un momento.

—Sé hacerlas, mi Condesa.

—Pues hágalas…

—¿A quién, mi señora?

—A un capellán de mi casa.

La Saludadora inclinó la cabeza.

—Para eso hace menester del breviario.

La Condesa salió y trajo el breviario de Fray Ángel. La Saludadora arrancó siete hojas y las puso sobre el espejo.

Después con las manos juntas, como para un rezo, salmodió:

—¡Satanás! ¡Satanás! Te conjuro por mis malos pensamientos, por mis malas obras, por todos mis pecados. Te conjuro por el aliento de la culebra, por la ponzoña de los alacranes, por el ojo de la salamantiga. Te conjuro para que vengas sin tardanza y en la gravedad de aqueste círculo del Rey Salomón te encierres, y en él te estés sin un momento te partir, hasta poder llevarte a las cárceles tristes y escuras del infierno, el alma que en este espejo ahora vieres. Te conjuro por este rosario que yo sé profanado por ti y mordido en cada cuenta. ¡Satanás! ¡Satanás! Una y otra vez te conjuro.

Entonces el espejo se rompió con triste gemido de alma encarcelada. Las tres mujeres, mirándose silenciosas, con miedo de hablar, con miedo de moverse, esperan el día. Puestas las manos en cruz esperan y esperan… Ya amanecía cuando sonaron grandes golpes en la puerta del Palacio. Unos aldeanos de Céltigos traían a hombros el cuerpo de Fray Ángel, que al claro de la luna descubrieran flotando en el río…

¡La cabeza yerta, tonsurada, pendía fuera de las andas!

APÉNDICE

BREVE NOTICIA ACERCA DE MI ESTÉTICA CUANDO ESCRIBÍ ESTE LIBRO

Prólogo a la edición de *Corte de Amor: Florilegio de Honestas y Nobles Damas* (Madrid: Imprenta de Balgañón y Moreno, 1908, 13-30).

HE aquí un libro de juventud, un libro escrito en esa edad dichosa de sueños y de esperanzas. ¡Hoy esa edad se me aparece ya casi lejana! Al releer estas páginas, que después de tantos años tenía casi olvidadas, he sentido en ellas no sé qué alegre palpitar de vida, qué abrileña lozanía, qué gracioso borboteo de imágenes desusadas, ingenuas, atrevidas, detonantes. Yo confieso mi amor de otro tiempo por esta literatura: La amé tanto como aborrecí, esa otra, timorata y prudente, de algunos antiguos jóvenes, que nunca supieron ayuntar dos palabras por primera vez, y de quienes su ruta fue siempre la eterna ruta, trillada por todos los carneros de Panurgo. Como aquellos viejos e ignorantes doctores de Salamanca, ni siquiera osan presumir que haya tierras desconocidas, a donde se llegue surcando mares nunca navegados. Amparándose en la gloriosa tradición del siglo XVII, se juzgan grandes solo porque imitan a los grandes, y presumen que hicieron como ellos el divino Lope y el humano Cervantes. Cuando algunos espíritus juveniles buscan nuevas orientaciones, revuélvense invocando rancios y estériles preceptos. Incapaces de comprender que la vida y el arte son una eterna renovación, tienen por herejía todo aquello que no hayan consagrado tres siglos de rutina. Predican el respeto para ser respetados, pero la juventud desoye sus clamores, y hace bien. La juventud debe ser arrogante, violenta, apasionada, iconoclasta.

No haya de entenderse por esto que proclamo yo la desaparición y muerte de las letras clásicas, y la hoguera para sus libros inmortales, no. Han sido tantas veces mis maestros, que como a nobles y viejos progenitores los reverencio.

Estudio siempre en ellos y procuro imitarlos, pero hasta ahora jamás se me ocurrió tenerlos por inviolables e infalibles, acaso porque los buenos cristianos solo reconocemos como dogmática la doctrina de nuestro padre el Sumo Romano Pontífice. Pero hay en el mundo muchos desgraciados, víctimas del Demonio, que discuten las parábolas de Jesús, y no osan discutir una mala comedia de Echegaray, ni un lamentable soneto de Grilo. Estas idolatrías han provocado la cólera divina. El Señor derribó a los ídolos y maldijo a los sacerdotes, secándoles el seso y alargándoles las orejas, como a Nabucodonosor. Esa adulación por todo lo consagrado, esa admiración por todo lo que tiene polvo de vejez, son siempre una muestra de servidumbre intelectual, desgraciadamente muy extendida en esta tierra. Sin embargo, tales respetos han sido, en cierto modo, provechosos, porque sirvieron para encender la furia iconoclasta que hoy posee a todas las almas jóvenes. En el arte como en la vida, destruir es crear. El anarquismo es siempre un anhelo de regeneración, y, entre nosotros, la única regeneración posible. Yo he preferido luchar para hacerme un estilo personal, a buscarlo hecho, imitando a los escritores del siglo XVIII. Leyendo a los antiguos aprendí dónde se hurtan esos postizos clásicos, con que disfrazan su miseria literaria todos los desventurados que van a segar en los fértiles campos de Cervantes y de Quevedo, como los villanos gallegos van a las Castillas para segar espigas en el campo del rico, pero hallo mejor hacerme un huerto y trabajar en él, solo y voluntarioso. De esta manera hice mi profesión de fe modernista: Buscarme en mí mismo y no en los otros. Porque esa escuela literaria tan combatida no es otra cosa. Si han caído sobre ella toda suerte de anatemas, es tan solo porque le falta la tradición. Las obras que los críticos admiten sin protesta, y que todos los hombres admiran, son aquellas que cuentan cientos de años, y que nadie examina, porque ya tienen la sanción universal.

Si en la literatura de hoy existe algo nuevo que pueda recibir con justicia el nombre de modernismo, es, ciertamente, un vivo anhelo de personalidad, y por eso sin duda advertimos en los escritores jóvenes más empeño por expresar sensaciones que ideas. Las ideas jamás han sido patrimonio exclusivo de un hombre, y las sensaciones sí. Las ideas están en el ambiente intelectual, tienen su órbita de desarrollo, y el escritor lo más que alcanza es a perpetuarlas por el hálito de personalidad o por la belleza de expresión. Ocurre casi siempre que cuando un nuevo torrente de ideas y de sentimientos transforma las almas, las obras literarias a que da origen son bárbaras y personales en el primer período,

serenas y armónicas en el segundo, retóricas y artificiosas en el tercero. Podrá, aislada, la personalidad de un poeta, adelantar o retroceder en la evolución, pero la obra literaria en general sigue su órbita con absoluto fatalismo, hasta que germinan nuevas ideas o se forman nuevos idiomas.

Por todo esto no puede afirmarse, sin notoria injusticia, que sean las contorsiones gramaticales y retóricas achaque exclusivo de algunos escritores llamados *modernistas*. En todas las literaturas —si no en todos los tiempos— hubo espíritus culteranos, y todos nuestros poetas decadentes y simbolistas de hoy, tienen en lo antiguo quien les aventaje. Que yo sepa, no ha llegado nadie entre los vivos a las extravagancias del jesuita Gracián, ya citado a este propósito por D. Juan Valera. Gracián, en su poema «Las selvas del Año», nos presenta al sol como picador o caballero en plaza, que torea y rejonea al Toro celeste, aplaudiendo sus suertes las estrellas, que son las damas que miran la corrida desde los palcos o balcones. El sol se convierte luego en gallo,

Con talones de pluma
Y con cresta de fuego.

y las estrellas, convertidas en gallinas, son presididas por el sol,

Entre los pollos del Tindario huevo;

lo cual significa que el sol llega al signo de los Gemelos,

Pues la gran Leda por traición divina,
Empolló clueca y concibió gallina.

Si en la literatura actual existe algo nuevo que pueda recibir con justicia el nombre de *modernismo*, no son, seguramente, las extravagancias gramaticales y retóricas, como creen algunos críticos candorosos, tal vez porque esta palabra, *modernismo*, como todas las que son muy repetidas, ha llegado a tener una significación tan amplia como dudosa. Por eso no creo que huelgue fijar, en cierto modo, lo que ella indica o puede indicar. La condición característica de todo el arte moderno, y muy particularmente de la literatura, es una tendencia a refinar las sensaciones y acrecentarlas en el número y en la intensidad. Hay poetas que sueñan con dar a sus estrofas el ritmo de la danza, la melodía de la música y la majestad de la estatua. Teófilo Gautier, autor de la *Sinfonía en blanco mayor*, afirma en el prefacio a las *Flores del mal* que el estilo de Tertuliano tiene el negro esplendor del ébano.

Según Gautier, las palabras alcanzan por el sonido un valor que los diccionarios no pueden determinar. Por el sonido, unas palabras son como diamantes, otras fosforecen, otras flotan como una neblina. Cuando Gautier habla de Baudelaire, dice que ha sabido recoger en sus estrofas la leve esfumación que está indecisa entre el sonido y el color; aquellos pensamientos que semejan motivos de arabescos y temas de frases musicales. El mismo Baudelaire dice que su alma goza con los perfumes, como otras almas gozan con la música. Para este poeta, los aromas no solamente equivalen al sonido, sino también al color:

Il est des parfums frais comme des chairs d'enfants,
Doux comme les hautbois, verts comme les prairies

Pero si Baudelaire habla de perfumes verdes, Carducci ha llamado verde al silencio, y Gabriel d'Annunzio ha dicho con hermoso ritmo:

Canta la nota verde un bel limone in fiore.

Hay quien considera como extravagancias todas las imágenes de esta índole, cuando en realidad, no son otra cosa que una consecuencia lógica de la evolución progresiva de los sentidos. Hoy percibimos gradaciones de color, gradaciones de sonido y relaciones lejanas, entre las cosas que hace algunos cientos de años no fueron seguramente percibidas por nuestros antepasados. En los idiomas primitivos, apenas existen vocablos para dar idea del color. En vascuence, el pelo de algunas vacas y el color del cielo se indican con la misma palabra: *Artuña*. Y sabido es que la pobreza de vocablos es siempre resultado de la pobreza de sensaciones.

Existen hoy artistas que pretenden encontrar una extraña correspondencia entre el sonido y el color. De este número ha sido el gran poeta Arturo Rimbaud, que definió el color de las vocales en un célebre soneto:

A-noir, E-blanc, I-rouge, U-vert, O-bleu:

Y más modernamente Renato Ghil, que en otro soneto asigna a las vocales, no solamente color, sino también, valor orquestal.

«A» claironne vainqueur en rouge flamboiement

Esta analogía y equivalencia de las sensaciones es lo que constituye el *modernismo* en literatura. Su origen debe buscarse en el desenvolvimiento

progresivo de los sentidos, que tienden a multiplicar sus diferentes percepciones y corresponderías entre sí, formando un solo sentido, como uno solo formaban ya para Baudelaire:

Ô métamorphose mystique
De tous mes sens fondus en un!
Son haleine fait la musique,
Comme sa voix fait le parfum!

Las historias que hallaréis en este libro tienen ese aire que los críticos españoles suelen llamar decadente, sin duda porque no es la sensibilidad de los jayanes. A ese gesto un poco desusado debieron su mala ventura, cuando por primera vez quise hacerlas conocer. Si exceptuáis «Eulalia», todas ellas fueron condenadas a la hoguera, en alguna de esas redacciones donde toda necedad tiene su asiento. Y esta historia quiero recordarla ahora como enseñanza que os sirva de aliento a vosotros, jóvenes amigos, los que sufrís desengaños en este pícaro mundo de las letras. «Augusta» no pareció bien al gran rastacuero de la *España Moderna*; «Rosita» escandalizó al pobre diablo que dirige *La Lectura*, y «Beatriz», cayó en un concurso de *El Liberal*, aquel *Liberal* de antaño, tan apestoso a los cosméticos y aceites de peluquería barata, con que se acicalaba un necio presumido y pedante, que tuvo cierta notoriedad literaria con el nombre de Fernanflor.

Salvose «Eulalia» porque aquella hoja de *Los Lunes de El Imparcial*, cuando la dirigió D. José Ortega Munilla, fue algo desusado en esta tierra. Yo encontré allí una hospitalidad que no hallé en parte alguna, ni entonces que comenzaba mi vida literaria, ni tampoco después. Don José Ortega Munilla, a mí y a otros muchos que comenzaron conmigo, fue el único que en aquellos tiempos nos tendió una mano generosa, cordial y amical.

V-I.

JARDÍN UMBRÍO

HISTORIAS DE SANTOS: DE ALMAS EN PENA: DE DUENDES Y LADRONES

Tenía mi abuela una doncella muy vieja que se llamaba Micaela la Galana: Murió siendo yo todavía niño: Recuerdo que pasaba las horas hilando en el hueco de una ventana, y que sabía muchas historias de santos, de almas en pena, de duendes y de ladrones. Ahora yo cuento las que ella me contaba, mientras sus dedos arrugados daban vueltas al huso. Aquellas historias de un misterio candoroso y trágico, me asustaron de noche durante los años de mi infancia y por eso no las he olvidado. De tiempo en tiempo todavía se levantan en mi memoria, y como si un viento silencioso y frío pasase sobre ellas, tienen el largo murmullo de las hojas secas. ¡El murmullo de un viejo jardín abandonado! Jardín Umbrío.

JARDÍN UMBRÍO:

JUAN QUINTO

MICAELA la Galana contaba muchas historias de Juan Quinto, aquel bigardo que, cuando ella era moza, tenía estremecida toda la Tierra de Salnés. Contaba cómo una noche, a favor del oscuro, entró a robar en la Rectoral de Santa Baya de Cristamilde. La Rectoral de Santa Baya está vecina de la iglesia, en el fondo verde de un atrio cubierto de sepulturas y sombreado de olivos. En este tiempo de que hablaba Micaela, el rector era un viejo exclaustrado, buen latino y buen teólogo. Tenía fama de ser muy adinerado, y se le veía por las ferias chalaneando caballero en una yegua tordilla, siempre con las alforjas llenas de quesos. Juan Quinto, para robarle, había escalado la ventana, que en tiempo de calores solía dejar abierta el exclaustrado. Trepó el bigardo gateando por el muro, y cuando se encaramaba sobre el alféizar con un cuchillo sujeto entre los dientes, vio al abad incorporado en la cama y bostezando. Juan Quinto saltó dentro de la sala con un grito fiero, ya el cuchillo empuñado. Crujieron las tablas de la tarima con ese pavoroso prestigio que comunica la noche a todos los ruidos. Juan Quinto se acercó a la cama, y halló los ojos del viejo frailuco abiertos y sosegados que le estaban mirando:

—¿Qué mala idea traes, rapaz?

El bigardo levantó el cuchillo:

—La idea que traigo es que me entregue el dinero que tiene escondido, señor abad.

El frailuco rio jocundamente:

—¡Tú eres Juan Quinto!

—Pronto me ha reconocido.

Juan Quinto era alto, fuerte, airoso, cenceño. Tenía la barba de cobre, y las pupilas verdes como dos esmeraldas, audaces y exaltadas. Por los caminos, entre

chalanes y feriantes, prosperaba la voz de que era muy valeroso, y el exclaustrado conocía todas las hazañas de aquel bigardo que ahora le miraba fijamente, con el cuchillo levantado para aterrorizarle:

—Traigo priesa, señor abad. ¡La bolsa o la vida!

El abad se santiguó:

—Pero tú vienes trastornado. ¿Cuántos vasos apuraste, perdulario? Sabía tu mala conducta, aquí vienen muchos feligreses a dolerse… ¡Pero, hombre, no me habían dicho que fueses borracho!

Juan Quinto gritó con repentina violencia:

—¡Señor abad, rece el Yo Pecador!

—Rézalo tú, que más falta te hace.

—¡Que le siego la garganta! ¡Que le pico la lengua! ¡Que le como los hígados!

El abad, siempre sosegado, se incorporó en las almohadas:

—¡No seas bárbaro, rapaz! ¡Qué provecho iba a hacerte tanta carne cruda!

—¡No me juegue a burlas, señor abad! ¡La bolsa o la vida!

—Yo no tengo dinero, y si lo tuviese tampoco iba a ser para ti. ¡Anda a cavar la tierra!

Juan Quinto levantó el cuchillo sobre la cabeza del exclaustrado:

—Señor abad, rece el Yo Pecador.

El abad acabó por fruncir el áspero entrecejo:

—No me da la gana. Si estás borracho, anda a dormirla. Y en lo sucesivo aprende que a mí se me debe otro respeto por mis años y por mi dignidad de eclesiástico.

Aquel bigardo atrevido y violento quedó callado un instante, y luego murmuró con la voz asombrada y cubierta de un velo:

—¡Usted no sabe quién es Juan Quinto!

Antes de responderle, el exclaustrado le miró de alto a bajo con grave indulgencia:

—Mejor lo sé que tú mismo, mal cristiano.

Insistió el otro con impotente rabia:

—¡Un león!

—¡Un gato!

—¡Los dineros!

—No los tengo.

—¡Que no me voy sin ellos!

—Pues de huésped no te recibo.

En la ventana rayaba el día, y los gallos cantaban quebrando albores. Juan Quinto miró a la redonda, por la ancha sala donde el tonsurado dormía, y descubrió una gaveta:

—Me parece que ya di con el nido.

Tosió el frailuco:

—Malos vientos tienes.

Y comenzó a vestirse muy reposadamente y a rezar en latín. De tiempo en tiempo, a par que se santiguaba, dirigía los ojos al bandolero, que iba de un lado al otro cateando. Sonreía socarrón el frailuco y murmuraba a media voz, una voz grave y borbollona:

—Busca, busca. ¡No encuentro yo con el claro día, y has de encontrar tú a tentones!…

Cuando acabó de vestirse salió a la solana por ver cómo amanecía. Cantaban los pájaros, estremecíanse las yerbas, todo tornaba a nacer con el alba del día: El abad gritole al bigardo, que seguía cateando en la gaveta:

—Tráeme el breviario, rapaz.

Juan Quinto apareció con el breviario, y al tomárselo de las manos, el exclaustrado le reconvino lleno de indulgencia:

—¿Pero quién te aconsejó para haber tomado este mal camino? ¡Ponte a cavar la tierra, rapaz!

—Yo no nací para cavar la tierra. ¡Tengo sangre de señores!

—Pues compra una cuerda y ahórcate, porque para robar tampoco sirves.

Con estas palabras bajó el frailuco las escaleras de la solana, y entró en la iglesia para celebrar su misa. Juan Quinto huyó galgueando a través de unos maizales, pues se venía por los montes la mañana y en la fresca del día muchos campanarios saludaban a Dios. Y fue en esta misma mañana ingenua y fragante cuando robó y mató a un chalán en el camino de Santa María de Meis. Micaela la Galana, en el final del cuento, bajaba la voz santiguándose, y con murmullo de su boca sin dientes recordaba la genealogía de Juan Quinto:

—Era de buenas familias. Hijo de Remigio de Bealo, nieto de Pedro, que acompañó al difunto señor en la batalla del Puente San Payo. Recemos un Padrenuestro por los muertos y por los vivos.

JARDÍN UMBRÍO:

La adoración de los Reyes

Vinde, vinde, Santos Reyes
Vereil, a joya millor,
Un meniño
Como un brinquiño,
Tan bunitiño,
Qu' á o nacer nublou o sol!

DESDE la puesta del sol se alzaba el cántico de los pastores en torno de las hogueras, y desde la puesta del sol, guiados por aquella otra luz que apareció inmóvil sobre una colina, caminaban los tres Santos Reyes. Jinetes en camellos blancos, iban los tres en la frescura apacible de la noche atravesando el desierto. Las estrellas fulguraban en el cielo, y la pedrería de las coronas reales fulguraba en sus frentes. Una brisa suave hacía flamear los recamados mantos: El de Gaspar era de púrpura de Corinto: El de Melchor era de púrpura de Tiro: El de Baltasar era de púrpura de Menfis. Esclavos negros, que caminaban a pie enterrando sus sandalias en la arena, guiaban los camellos con una mano puesta en el cabezal de cuero escarlata. Ondulaban sueltos los corvos rendajes y entre sus flecos de seda temblaban cascabeles de oro. Los tres Reyes Magos cabalgaban en fila: Baltasar el Egipcio iba delante, y su barba luenga, que descendía sobre el pecho, era a veces esparcida sobre los hombros… Cuando estuvieron a las puertas de la ciudad arrodilláronse los camellos, y los tres Reyes se apearon y despojándose de las coronas hicieron oración sobre las arenas.

Y Baltasar dijo:

—¡Es llegado el término de nuestra jornada!…

Y Melchor dijo:

—¡Adoremos al que nació Rey de Israel!…

Y Gaspar dijo:

—¡Los ojos le verán y todo será purificado en nosotros!…

Entonces volvieron a montar en sus camellos y entraron en la ciudad por la Puerta Romana, y guiados por la estrella llegaron al establo donde había nacido el Niño. Allí los esclavos negros, como eran idólatras y nada comprendían, llamaron con rudas voces:

—¡Abrid!… ¡Abrid la puerta a nuestros señores!

Entonces los tres Reyes se inclinaron sobre los arzones y hablaron a sus esclavos. Y sucedió que los tres Reyes les decían en voz baja:

—¡Cuidad de no despertar al Niño!

Y aquellos esclavos, llenos de temeroso respeto, quedaron mudos, y los camellos, que permanecían inmóviles ante la puerta llamaron blandamente con la pezuña, y casi al mismo tiempo aquella puerta de viejo y oloroso cedro se abrió sin ruido. Un anciano de calva sien y nevada barba asomó en el umbral. Sobre el armiño de su cabellera luenga y nazarena temblaba el arco de una aureola: Su túnica era azul y bordada de estrellas como el cielo de Arabia en las noches serenas, y el manto era rojo, como el mar de Egipto, y el báculo en que se apoyaba era de oro, florecido en lo alto con tres lirios blancos de plata. Al verse en su presencia los tres Reyes se inclinaron. El anciano sonrió con el candor de un niño y franqueándoles la entrada dijo con santa alegría:

—¡Pasad!

Y aquellos tres Reyes, que llegaban de Oriente en sus camellos blancos, volvieron a inclinar las frentes coronadas, y arrastrando sus mantos de púrpura y cruzadas las manos sobre el pecho, penetraron en el establo. Sus sandalias bordadas de oro producían un armonioso rumor. El niño, que dormía en el pesebre sobre rubia paja centena, sonrió en sueños. A su lado hallábase la Madre, que le contemplaba de rodillas con las manos juntas: Su ropaje parecía de nubes, sus arracadas parecían de fuego, y como en el lago azul de Genezaret rielaban en el manto los luceros de la aureola. Un ángel tendía sobre la cuna sus alas de luz, y las pestañas del Niño temblaban como mariposas rubias, y los tres Reyes se postraron para adorarle, y luego besaron los pies del Niño. Para que no se despertase, con las manos apartaban las luengas barbas que eran graves y solemnes como oraciones. Después se levantaron, y volviéndose a sus camellos le trajeron sus dones: Oro, Incienso, Mirra.

Y Gaspar dijo al ofrecerle el Oro:

—Para adorarte venimos de Oriente.

Y Melchor dijo al ofrecerle el Incienso:

—¡Hemos encontrado al Salvador!

Y Baltasar dijo al ofrecerle la Mirra:

—¡Bienaventurados podemos llamarnos entre todos los nacidos!

Y los tres Reyes Magos despojándose de sus coronas las dejaron en el pesebre a los pies del Niño. Entonces sus frentes tostadas por el sol y los vientos del desierto se cubrieron de luz, y la huella que había dejado el cerco bordado de pedrería era una corona más bella que sus coronas labradas en Oriente… Y los tres Reyes Magos repitieron como un cántico:

—¡Este es!… ¡Nosotros hemos visto su estrella!

Después se levantaron para irse, porque ya rayaba el alba. La campiña de Belén, verde y húmeda, sonreía en la paz de la mañana con el caserío de sus aldeas disperso, y los molinos lejanos desapareciendo bajo el emparrado de las puertas, y las montañas azules y la nieve en las cumbres. Bajo aquel sol amable que lucía sobre los montes iba por los caminos la gente de las aldeas: Un pastor guiaba sus carneros hacia las praderas de Gamalea; mujeres cantando volvían del pozo de Efraín con las ánforas llenas; un viejo cansado picaba la yunta de sus vacas, que se detenían mordisqueando en los vallados, y el humo blanco parecía salir de entre las higueras… Los esclavos negros hicieron arrodillar los camellos y cabalgaron los tres Reyes Magos. Ajenos a todo temor se tornaban a sus tierras, cuando fueron advertidos por el cántico lejano de una vieja y una niña que, sentadas a la puerta de un molino, estaban desgranando espigas de maíz. Y era este el cantar remoto de las dos voces:

Camiñade Santos Reyes
Por caminos desviados,
Que pol'os camiños reás
Herodes mandou soldados.

JARDÍN UMBRÍO:

EL MIEDO

ESE largo y angustioso escalofrío que parece mensajero de la muerte, el verdadero escalofrío del miedo, solo lo he sentido una vez. Fue hace muchos años, en aquel hermoso tiempo de los mayorazgos, cuando se hacía información de nobleza para ser militar. Yo acababa de obtener los cordones de Caballero Cadete. Hubiera preferido entrar en la Guardia de la Real Persona; pero mi madre se oponía, y siguiendo la tradición familiar, fui granadero en el Regimiento del Rey. No recuerdo con certeza los años que hace, pero entonces apenas me apuntaba el bozo y hoy ando cerca de ser un viejo caduco. Antes de entrar en el Regimiento mi madre quiso echarme su bendición. La pobre señora vivía retirada en el fondo de una aldea, donde estaba nuestro pazo solariego, y allá fui sumiso y obediente. La misma tarde que llegué mandó en busca del Prior de Brandeso para que viniese a confesarme en la capilla del pazo. Mis hermanas María Isabel y María Fernanda, que eran unas niñas, bajaron a coger rosas al jardín, y mi madre llenó con ellas los floreros del altar. Después me llamó en voz baja para darme su devocionario y decirme que hiciese examen de conciencia:

—Vete a la tribuna, hijo mío. Allí estarás mejor…

La tribuna señorial estaba al lado del Evangelio y comunicaba con la biblioteca. La capilla era húmeda, tenebrosa, resonante. Sobre el retablo campeaba el escudo concedido por ejecutorias de los Reyes Católicos al señor de Bradomín, Pedro Aguiar de Tor, llamado el Chivo y también el Viejo. Aquel caballero estaba enterrado a la derecha del altar: El sepulcro tenía la estatua orante de un guerrero. La lámpara del presbiterio alumbraba día y noche ante el retablo, labrado como joyel de reyes: Los áureos racimos de la vid evangélica parecían ofrecerse cargados de fruto. El santo tutelar era aquel piadoso Rey Mago que ofreció mirra al Niño Dios: Su túnica de seda bordada de oro brillaba

con el resplandor devoto de un milagro oriental. La luz de la lámpara, entre las cadenas de plata, tenía tímido aleteo de pájaro prisionero como si se afanase por volar hacia el Santo. Mi madre quiso que fuesen sus manos las que dejasen aquella tarde a los pies del Rey Mago los floreros cargados de rosas, como ofrenda de su alma devota. Después, acompañada de mis hermanas, se arrodilló ante el altar: Yo desde la tribuna solamente oía el murmullo de su voz, que guiaba moribunda las avemarías; pero cuando a las niñas les tocaba responder, oía todas las palabras rituales de la oración. La tarde agonizaba y los rezos resonaban en la silenciosa oscuridad de la capilla, hondos, tristes y augustos, como un eco de la Pasión. Yo me adormecía en la tribuna. Las niñas fueron a sentarse en las gradas del altar: Sus vestidos eran albos como el lino de los paños litúrgicos. Ya solo distinguía una sombra que rezaba bajo la lámpara del presbiterio: Era mi madre, que sostenía entre sus manos un libro abierto y leía con la cabeza inclinada. De tarde en tarde, el viento mecía la cortina de un alto ventanal: Yo entonces veía en el cielo, ya oscuro, la faz de la luna, pálida y sobrenatural como una diosa que tiene su altar en los bosques y en los lagos…

Mi madre cerró el libro dando un suspiro, y de nuevo llamó a las niñas. Vi pasar sus sombras blancas a través del presbiterio y columbré que se arrodillaban a los lados de mi madre. La luz de la lámpara temblaba con un débil resplandor sobre las manos que volvían a sostener abierto el libro. En el silencio la voz leía piadosa y lenta. Las niñas escuchaban, y adiviné sus cabelleras sueltas sobre la albura del ropaje y cayendo a los lados del rostro iguales, tristes, nazarenas. Habíame adormecido, y de pronto me sobresaltaron los gritos de mis hermanas. Miré y las vi en medio del presbiterio abrazadas a mi madre. Gritaban despavoridas. Mi madre las asió de la mano y huyeron las tres. Bajé presuroso. Iba a seguirlas y quedé sobrecogido de terror. En el sepulcro del guerrero se entrechocaban los huesos del esqueleto. Los cabellos se erizaron en mi frente. La capilla había quedado en el mayor silencio, y oíase distintamente el hueco y medroso rodar de la calavera sobre su almohada de piedra. Tuve miedo como no lo he tenido jamás, pero no quise que mi madre y mis hermanas me creyesen cobarde, y permanecí inmóvil en medio del presbiterio, con los ojos fijos en la puerta entreabierta. La luz de la lámpara oscilaba. En lo alto mecíase la cortina de un ventanal, y las nubes pasaban sobre la luna, y las estrellas se encendían y se apagaban como nuestras vidas. De pronto, allá lejos, resonó festivo ladrar de perros y música de cascabeles. Una voz grave y eclesiástica llamaba:

—¡Aquí, *Carabel*! ¡Aquí, *Capitán*!…

Era el Prior de Brandeso que llegaba para confesarme. Después oí la voz de mi madre trémula y asustada, y percibí distintamente la carrera retozona de los perros. La voz grave y eclesiástica se elevaba lentamente, como un canto gregoriano:

—Ahora veremos qué ha sido ello… Cosa del otro mundo no lo es, seguramente… ¡Aquí, *Carabel*! ¡Aquí, *Capitán*!…

Y el Prior de Brandeso, precedido de sus lebreles, apareció en la puerta de la capilla:

—¿Qué sucede, señor Granadero del Rey?

Yo repuse con voz ahogada:

—¡Señor Prior, he oído temblar el esqueleto dentro del sepulcro!…

El Prior atravesó lentamente la capilla: Era un hombre arrogante y erguido. En sus años juveniles también había sido Granadero del Rey: Llegó hasta mí, sin recoger el vuelo de sus hábitos blancos, y afirmándome una mano en el hombro y mirándome la faz descolorida, pronunció gravemente:

—¡Que nunca pueda decir el Prior de Brandeso que ha visto temblar a un Granadero del Rey!…

No levantó la mano de mi hombro, y permanecimos inmóviles, contemplándonos sin hablar. En aquel silencio oímos rodar la calavera del guerrero. La mano del Prior no tembló. A nuestro lado los perros enderezaban las orejas con el cuello espeluznado. De nuevo oímos rodar la calavera sobre su almohada de piedra. El Prior se sacudió:

—¡Señor Granadero del Rey, hay que saber si son trasgos o brujas!…

Y se acercó al sepulcro y asió las dos anillas de bronce empotradas en una de las losas, aquella que tenía el epitafio. Me acerqué temblando. El Prior me miró sin despegar los labios. Yo puse mi mano sobre la suya en una anilla y tiré. Lentamente alzamos la piedra. El hueco, negro y frío, quedó ante nosotros. Yo vi que la árida y amarillenta calavera aún se movía. El Prior alargó un brazo dentro del sepulcro para cogerla. Después, sin una palabra y sin un gesto, me la entregó. La recibí temblando. Yo estaba en medio del presbiterio y la luz de la lámpara caía sobre mis manos. Al fijar los ojos las sacudí con horror. Tenía entre ellas un nido de culebras que se desanillaron silbando, mientras la calavera rodaba con hueco y liviano son todas las gradas del presbiterio. El Prior me miró con sus ojos de guerrero que fulguraban bajo la capucha como bajo la visera de un casco:

—Señor Granadero del Rey, no hay absolución… ¡Yo no absuelvo a los cobardes!

Y con rudo empaque salió sin recoger el vuelo de sus blancos hábitos talares. Las palabras del Prior de Brandeso resonaron mucho tiempo en mis oídos: Resuenan aún. ¡Tal vez por ellas he sabido más tarde sonreír a la muerte como a una mujer!

JARDÍN UMBRÍO:

Tragedia de ensueño

HAN dejado abierta la casa y parece abandonada… El niño duerme fuera, en la paz de la tarde que agoniza, bajo el emparrado de la vid. Sentada en el umbral, una vieja mueve la cuna con el pie, mientras sus dedos arrugados hacen girar el huso de la rueca. Hila la vieja, copo tras copo, el lino moreno de su campo. Tiene cien años, el cabello plateado, los ojos faltos de vista, la barbeta temblorosa.

La Abuela

¡Cuántos trabajos nos aguardan en este mundo! Siete hijos tuve, y mis manos tuvieron que coser siete mortajas… Los hijos me fueron dados para que conociese las penas de criarlos, y luego, uno a uno, me los quitó la muerte cuando podían ser ayuda de mis años. Estos tristes ojos aún no se cansan de llorarlos. ¡Eran siete reyes, mozos y gentiles!… Sus viudas volvieron a casarse, y por delante de mi puerta vi pasar el cortejo de sus segundas bodas, y por delante de mi puerta vi pasar después los alegres bautizos… ¡Ah! Solamente el corro de mis nietos se deshojó como una rosa de mayo… ¡Y eran tantos, que mis dedos se cansaban hilando día y noche sus pañales!… A todos los llevaron por ese camino donde cantan los sapos y el ruiseñor. ¡Cuánto han llorado mis ojos! Quedé ciega viendo pasar sus blancas cajas de ángeles. ¡Cuánto han llorado mis ojos y cuánto tienen todavía que llorar! Hace tres noches que aúllan los perros a mi puerta. Yo esperaba que la muerte me dejase este nieto pequeño, y también llega por él… ¡Era, entre todos, el que más quería!… Cuando enterraron a su padre aún no era nacido: Cuando enterraron a su madre aún no era bautizado… ¡Por eso era, entre todos, el que más quería!… Íbale criando con cientos de trabajos. Tuve una oveja blanca que le servía de nodriza, pero la comieron los lobos en el monte… ¡Y el nieto mío se marchita como una flor! ¡Y el nieto mío se muere lenta, lentamente, como las pobres estrellas, que no pueden contemplar el amanecer!

La vieja llora y el niño se despierta. La vieja se inclina sollozando sobre la cuna, y con las manos temblorosas la recorre a tientas, buscando dónde está la cabecera. Al fin se incorpora con el niño en brazos: Le oprime contra el seno, árido y muerto, lloran hilo a hilo sus ojos ciegos: Con las lágrimas detenidas en el surco venerable de las arrugas, canta por ver de acallarle. Canta la abuela una antigua tonadilla. Al oírla se detienen en el camino tres doncellas que vuelven del río, cansadas de lavar y tender, de sol a sol, las ricas ambas de hilo de Arabia. Son tres hermanas azafatas en los palacios del Rey: La mayor se llama Andara, la mediana Isabela, la pequeña Aladina.

LA MAYOR

¡Pobre abuela, canta para matar su pena!

LA MEDIANA

¡Canta siempre que llora el niño!

LA PEQUEÑA

¿Sabéis vosotras por qué llora el niño?… Aquella oveja blanca que le criaba se extravió en el monte, y por eso llora el niño…

LAS DOS HERMANAS

¿Tú le has visto?… ¿Cuándo fue que le has visto?

LA PEQUEÑA

Al amanecer le vi dormido en la cuna. Está más blanco que la espuma del río donde nosotras lavamos. Me parecía que mis manos al tocarle se llevaban algo de su vida, como si fuese un aroma que las santificase.

LAS DOS HERMANAS

Ahora al pasar nos detendremos a besarle.

LA PEQUEÑA

¿Y qué diremos cuando nos interrogue la abuela?… A mí me dio una tela hilada y tejida por sus manos para que la lavase, y al mojarla se la llevó la corriente…

LA MEDIANA

A mí me dio un lenzuelo de la cuna, y al tenderlo al sol se lo llevó el viento…

LA MAYOR

A mí me dio una madeja de lino, y al recogerla del zarzal donde la había puesto a secar, un pájaro negro se la llevó en el pico…

LA PEQUEÑA

¡Yo no sé qué le diremos!…

LA MEDIANA

Yo tampoco, hermana mía.

LA MAYOR

Pasaremos en silencio. Como está ciega no puede vernos.

LA MEDIANA

Su oído conoce las pisadas.

LA MAYOR

Las apagaremos en la hierba.

LA PEQUEÑA

Sus ojos adivinan las sombras.

LA MAYOR

Hoy están cansados de llorar.

LA MEDIANA

Vamos, pues, todo por la orilla del camino, que es donde la yerba está crecida.

Las tres hermanas, Andara, Isabela y Aladina, van en silencio andando por la orilla del camino. La vieja levanta un momento los ojos sin vista: Después sigue meciendo y cantando al niño. Las tres hermanas, cuando han pasado, vuelven la cabeza: Se alejan y desaparecen, una tras otra, en la revuelta. Allá, por la falda de la colina, asoma un pastor. Camina despacio, y al andar se apoya en el cayado: Es muy anciano, vestido todo de pieles, con la barba nevada y solemne: Parece uno de aquellos piadosos pastores que adoraron al Niño Jesús en el Establo de Belén.

EL PASTOR

Ya se pone el sol. ¿Por qué no entras en la casa con tu nieto?

LA ABUELA

Dentro de la casa anda la muerte… ¿No la sientes batir las puertas?

EL PASTOR

Es el viento que viene con la noche…

LA ABUELA

¡Ah!… ¡Tú piensas que es el viento!… ¡Es la muerte!…

EL PASTOR

¿La oveja no ha parecido?

LA ABUELA

La oveja no ha parecido, ni parecerá…

EL PASTOR

Mis zagales la buscaron dos días enteros… Se han cansado ellos y los canes…

LA ABUELA

¡Y el lobo ríe en su cubil!…

EL PASTOR

Yo también me cansé buscándola.

LA ABUELA

¡Y todos nos cansaremos!… Solamente el niño seguirá llamándola en su lloro, y seguirá, y seguirá…

EL PASTOR

Yo escogeré en mi rebaño una oveja mansa.

LA ABUELA

No la hallarás. Las ovejas mansas las comen los lobos.

EL PASTOR

Mi rebaño tiene tres canes vigilantes. Cuando yo vuelva del monte, le ofreceré al niño una oveja con su cordero blanco.

LA ABUELA

¡Ah! ¡Cuánto temía que la esperanza llegase y se cobijara en mi corazón como un nido viejo abandonado bajo el alar!…

EL PASTOR

La esperanza es un pájaro que va cantando por todos los corazones.

LA ABUELA

Soy una pobre desvalida, pero mientras conservasen tiento mis dedos, hilarían para tu regalo cuanta lana diere la oveja. ¡Pero no vivirá el nieto mío!… Hace ya tres días, desde que aúllan los perros, cuando le alzo de la cuna siento batir sus alas de ángel como si quisiese aprender a volar…

Vuelve a llorar el niño, pero con un vagido cada vez más débil y desconsolado: Vuelve su abuela a mecerle con la antigua tonadilla. El pastor se aleja lentamente, pasa por un campo verde, donde están jugando a la rueda… Canta el corro infantil la misma tonadilla que la abuela. Al deshacerse, unas niñas con la falda llena de flores se acercan a la vieja, que no las siente, y sigue meciendo a su nieto. Las niñas se miran en silencio y se sonríen. La abuela deja de cantar y acuesta al nieto en la cuna.

LAS NIÑAS

¿Se ha dormido, abuela?

LA ABUELA

Sí, se ha dormido.

LAS NIÑAS

¡Qué blanco está!… ¡Pero no duerme, abuela!… Tiene los ojos abiertos… Parece que mira una cosa que no se ve…

LA ABUELA

¡Una cosa que no se ve!… ¡Es la otra vida!…

LAS NIÑAS

Se sonríe y cierra los ojos…

LA ABUELA

Con ellos cerrados seguirá viendo lo mismo que antes veía. Es su alma blanca la que mira.

LAS NIÑAS

¡Se sonríe!… ¿Por qué se sonríe con los ojos cerrados?…

LA ABUELA

Sonríe a los ángeles.

Una ráfaga de viento pasa sobre las sueltas cabelleras, sin ondularlas. Es un viento frío que hace llorar los ojos de la abuela. El nieto permanece inmóvil en la cuna. Las niñas se alejan pálidas y miedosas, lentamente, en silencio, cogidas de la mano.

LA ABUELA

¿Dónde estáis?… Decidme: ¿Se sonríe aún?

LAS NIÑAS

No, ya no se sonríe…

LA ABUELA

¿Dónde estáis?

LAS NIÑAS

Nos vamos ya…

Se sueltan las manos y huyen. A lo lejos suena una esquila. La abuela se encorva escuchando… Es la oveja familiar, que vuelve para que mame el niño: Llega como el don de un Rey Mago, con las ubres llenas de bien. Reconoce los lugares y se acerca con dulce balido: Trae el vellón peinado por los tojos y las zarzas del monte. La vieja extiende sobre la cuna las manos para levantar al niño. ¡Pero las pobres manos arrugadas, temblonas y seniles, hallan que el niño está yerto!

LA ABUELA

¡Ya me has dejado, nieto mío! ¡Qué sola me has dejado! ¡Oh! ¿Por qué tu alma de ángel no puso un beso en mi boca y se llevó mi alma cargada de penas?… Eras tú como un ramo de blancas rosas en esta capilla triste de mi vida… Si me tendías los brazos eran las alas inocentes de los ruiseñores que encantan en el Cielo a los Santos Patriarcas: Si me besaba tu boca, era una ventana llena de sol que se abría sobre la noche… ¡Eras tú como un cirio de blanca cera en esta capilla oscura de mi alma!… ¡Vuélveme al nieto mío, muerte negra!… ¡Vuélveme al nieto mío!…

Con los brazos extendidos, entra en la casa desierta seguida de la oveja. Bajo el techado resuenan sus gritos. Y el viento anda a batir las puertas.

JARDÍN UMBRÍO:

BEATRIZ

CAP. I

CERCABA el palacio un jardín señorial, lleno de noble recogimiento. Entre mirtos seculares, blanqueaban estatuas de dioses: ¡Pobres estatuas mutiladas! Los cedros y los laureles cimbreaban con augusta melancolía sobre las fuentes abandonadas: Algún tritón, cubierto de hojas, borboteaba a intervalos su risa quimérica, y el agua temblaba en la sombra, con latido de vida misteriosa y encantada.

La Condesa casi nunca salía del palacio: Contemplaba el jardín desde el balcón plateresco de su alcoba, y con la sonrisa amable de las devotas linajudas, le pedía a Fray Ángel, su capellán, que cortase las rosas para el altar de la capilla. Era muy piadosa la Condesa. Vivía como una priora noble retirada en las estancias tristes y silenciosas de su palacio, con los ojos vueltos hacia el pasado: ¡Ese pasado que los reyes de armas poblaron de leyendas heráldicas! Carlota Elena Aguiar y Bolaño, Condesa de Porta-Dei, las aprendiera cuando niña deletreando los rancios nobiliarios. Descendía de la casa de Barbanzón, una de las más antiguas y esclarecidas, según afirman ejecutorias de nobleza y cartas de hidalguía signadas por el Señor Rey don Carlos I. La Condesa guardaba como reliquias aquellas páginas infanzonas aforradas en velludo carmesí, que de los siglos pasados hacían gallarda remembranza con sus grandes letras floridas, sus orlas historiadas, sus grifos heráldicos, sus emblemas caballerescos, sus cimeras empenachadas y sus escudos de diez y seis cuarteles, miniados con paciencia monástica, de gules y de azur, de oro y de plata, de sable y de sinople.

La Condesa era unigénita del célebre Marqués de Barbanzón, que tanto figuró en las guerras carlistas. Hecha la paz después de la traición de Vergara —

nunca los leales llamaron de otra suerte al convenio—, el Marqués de Barbanzón emigró a Roma. Y como aquellos tiempos eran los hermosos tiempos del Papa-Rey, el caballero español fue uno de los gentileshombres extranjeros con cargo palatino en el Vaticano. Durante muchos años llevó sobre sus hombros el manto azul de los guardias nobles, y lució la bizarra ropilla acuchillada de terciopelo y raso. ¡El mismo arreo galán con que el divino Sanzio retrató al divino César Borgia!

Los títulos de Marqués de Barbanzón, Conde de Gondarín y Señor de Goa extinguiéronse con el buen caballero don Francisco Xavier Aguiar y Bendaña, que maldijo en su testamento, con arrogancias de castellano leal, a toda su descendencia, si entre ella había uno solo que, traidor y vanidoso, pagase lanzas y anatas a cualquier Señor Rey que no lo fuese por la Gracia de Dios. Su hija admiró llorosa la soberana gallardía de aquella maldición que se levantaba del fondo de un sepulcro, y acatando la voluntad paterna, dejó perderse los títulos que honraran veinte de sus abuelos, pero suspiró siempre por aquel Marquesado de Barbanzón. Para consolarse solía leer, cuando sus ojos estaban menos cansados, el nobiliario del Monje de Armentáriz, donde se cuentan los orígenes de tan esclarecido linaje.

CAP. II

LA mano atezada y flaca del capellán levantó el blasonado cortinón de damasco carmesí:

—¿Da su permiso la Señora Condesa?

—Adelante, Fray Ángel.

El capellán entró. Era un viejo alto y seco, con el andar dominador y marcial. Llegaba de Barbanzón, donde había estado cobrando los florales del mayorazgo. Acababa de apearse en la puerta del palacio, y aún no se descalzara las espuelas. Allá en el fondo del estrado, la suave Condesa suspiraba tendida sobre el canapé de damasco carmesí. Apenas se veía dentro del salón. Caía la tarde adusta e invernal. La Condesa rezaba en voz baja, y sus dedos, lirios blancos aprisionados en los mitones de encaje, pasaban lentamente las cuentas de un rosario traído de Jerusalén. Largos y penetrantes alaridos llegaban al salón desde el fondo misterioso del palacio: Agitaban la oscuridad, palpitaban en el silencio como las alas del murciélago Lucifer… Fray Ángel se santiguó:

—¡Válgame Dios! ¿Sin duda el Demonio continúa martirizando a la señorita Beatriz?

La Condesa puso fin a su rezo, santiguándose con el crucifijo del rosario, y suspiró:

—¡Pobre hija mía! El Demonio la tiene poseída. A mí me da espanto oírla gritar, verla retorcerse como una salamandra en el fuego… Me han hablado de una saludadora que hay en Céltigos. Será necesario llamarla. Cuentan que hace verdaderos milagros.

Fray Ángel, indeciso, movía la tonsurada cabeza:

—Sí que los hace, pero lleva veinte años encamada.

—Se manda el coche, Fray Ángel.

—Imposible por esos caminos, señora.

—Se la trae en silla de manos.

—Únicamente. ¡Pero es difícil, muy difícil! La saludadora pasa del siglo… Es una reliquia…

Viendo pensativa a la Condesa, el capellán guardó silencio: Era un viejo de ojos enfoscados y perfil aguileño, inmóvil como tallado en granito. Recordaba esos obispos guerreros que en las catedrales duermen o rezan a la sombra de un arco sepulcral. Fray Ángel había sido uno de aquellos cabecillas tonsurados, que robaban la plata de sus iglesias para acudir en socorro de la facción. Años después, ya terminada la guerra, aún seguía aplicando su misa por el alma de Zumalacárregui. La dama, con las manos en cruz, suspiraba. Los gritos de Beatriz llegaban al salón en ráfagas de loco y rabioso ulular. El rosario temblaba entre los dedos pálidos de la Condesa, que, sollozante, musitaba casi sin voz:

—¡Pobre hija! ¡Pobre hija!

Fray Ángel preguntó:

—¿No estará sola?

La Condesa cerró los ojos lentamente al mismo tiempo que, con un ademán lleno de cansancio, reclinaba la cabeza en los cojines del canapé:

—Está con mi tía la Generala y con el señor Penitenciario, que iba a decirle los exorcismos.

—¡Ah! ¿Pero está aquí el señor Penitenciario?

La Condesa respondió tristemente:

—Mi tía le ha traído.

Fray Ángel habíase puesto en pie con extraño sobresalto:

—¿Qué ha dicho el señor Penitenciario?

—Yo no le he visto aún.

—¿Hace mucho que está ahí?

—Tampoco lo sé, Fray Ángel.

—¿No lo sabe la señora Condesa?

—No… He pasado toda la tarde en la capilla. Hoy comencé una novena a la Virgen de Bradomín. Si sana mi hija, le regalaré el collar de perlas y los pendientes que fueron de mi abuela la Marquesa de Barbanzón.

Fray Ángel escuchaba con torva inquietud. Sus ojos, enfoscados bajo las cejas, parecían dos alimañas monteses azoradas. Calló la dama suspirante. El capellán permaneció en pie:

—Señora Condesa, voy a mandar ensillar la mula, y esta noche me pongo en Céltigos. Si se consigue traer a la saludadora, debe hacerse con un gran sigilo. Sobre la madrugada ya podemos estar aquí.

La Condesa volvió al cielo los ojos, que tenían un cerco amoratado:

—¡Dios lo haga!

Y la noble señora, arrollando el rosario entre sus dedos pálidos, levantose para volver al lado de su hija. Un gato que dormitaba sobre el canapé saltó al suelo, enarcó el espinazo y la siguió maullando… Fray Ángel se adelantó: La mano atezada y flaca del capellán sostuvo el blasonado cortinón. La Condesa pasó con los ojos bajos y no pudo ver cómo aquella mano temblaba.

CAP. III

BEATRIZ parecía una muerta: Con los párpados entornados, las mejillas muy pálidas y los brazos tendidos a lo largo del cuerpo, yacía sobre el antiguo lecho de madera legado a la Condesa por Fray Diego Aguiar, un Obispo de la noble casa de Barbanzón tenido en opinión de santo. La alcoba de Beatriz era una gran sala entarimada de castaño, oscura y triste. Tenía angostas ventanas de montante donde arrullaban las palomas, y puertas monásticas, de paciente y arcaica ensambladura, con clavos danzarines en los floreados herrajes.

El señor Penitenciario y Misia Carlota, la Generala, retirados en un extremo de la alcoba, hablaban muy bajo. El canónigo hacía pliegues al manteo. Sus sienes calvas, su frente marfileña, brillaban en la oscuridad. Rebuscaba las palabras como si estuviese en el confesionario, poniendo sumo cuidado en cuanto decía y empleando largos rodeos para ello. Misia Carlota le escuchaba

atenta, y entre sus dedos, secos como los de una momia, temblaban las agujas de madera y el ligero estambre de su calceta. Estaba pálida, y sin interrumpir al señor Penitenciario, de tiempo en tiempo repetía anonadada:

—¡Pobre niña! ¡Pobre niña!

Como Beatriz lloraba suspirando, se levantó para consolarla. Después volvió al lado del canónigo, que con las manos cruzadas y casi ocultas entre los pliegues del manteo, parecía sumido en grave meditación. Misia Carlota, que había sido siempre dama de gran entereza, se enjugaba los ojos y no era dueña de ocultar su pena. El señor Penitenciario le preguntó en voz baja:

—¿Cuándo llegará ese fraile?

—Tal vez haya llegado.

—¡Pobre Condesa! ¿Qué hará?

—¡Quién sabe!

—¿Ella no sospecha nada?

—¡No podía sospechar!…

—Es tan doloroso tener que decírselo.

Callaron los dos. Beatriz seguía llorando. Poco después entró la Condesa, que procuraba parecer serena: Llegó hasta la cabecera de Beatriz, inclinose en silencio y besó la frente yerta de la niña. Con las manos en cruz, semejante a una dolorosa, y los ojos fijos, estuvo largo tiempo contemplando aquel rostro querido. Era la Condesa todavía hermosa, prócer de estatura y muy blanca de rostro, con los ojos azules y las pestañas rubias, de un rubio dorado que tendía leve ala de sombra en aquellas mejillas tristes y altaneras. El señor Penitenciario se acercó:

—Condesa, necesito hablar con ese Fray Ángel.

La voz del canónigo, de ordinario acariciadora y susurrante, estaba llena de severidad. La Condesa se volvió sorprendida:

—Fray Ángel no está en el palacio, señor Penitenciario.

Y sus ojos azules, aún empañados de lágrimas, interrogaban con afán, al mismo tiempo que sobre los labios marchitos temblaba una sonrisa amable y prudente de dama devota. Misia Carlota, que estaba a la cabecera de Beatriz, se aproximó muy quedamente:

—No hablen ustedes aquí… Carlota, es preciso que tengas valor.

—¡Dios mío! ¿Qué pasa?

—¡Calla!

Al mismo tiempo llevaba a la Condesa fuera de la estancia. El señor

Penitenciario bendijo en silencio a Beatriz, y sin recoger sus hábitos talares salió detrás. Misia Carlota quedó en el umbral: Inmóvil y enjugándose los ojos, contempló desde allí cómo la Condesa y el Penitenciario se alejaban por el largo corredor: Después, santiguándose, volvió sola al lado de Beatriz, y posó su mano de arrugas sobre la frente tersa de la niña:

—¡Hijita mía, no tiembles!… ¡No temas!…

Cabalgó en la nariz los quevedos con guarnición de concha, abrió un libro de oraciones, por donde marcaba el registro de seda azul ya desvanecida, y comenzó a leer en voz alta:

Oración

«¡Oh, Tristísima y Dolorosísima Virgen María, mi Señora, que siguiendo las huellas de vuestro amantísimo Hijo, y mi Señor Jesucristo, llegasteis al Monte Calvario, donde el Espíritu Santo quiso regalaros como en monte de mirra, y os ungió Madre del linaje humano! Concededme, Virgen María, con la Divina Gracia, el perdón de los pecados y apartad de mi alma los malos espíritus que la cercan, pues sois poderosa para arrojar a los demonios de los cuerpos y las almas. Yo espero, Virgen María, que me concedáis lo que os pido, si ha de ser para vuestra mayor gloria y mi salvación eterna. Amén».

Beatriz repitió:

—¡Amén!

Cap. IV

LOS ojos del gato, que hacía centinela al pie del brasero, lucían en la oscuridad. La gran copa de cobre bermejo aún guardaba entre la ceniza algunas ascuas mortecinas. En el fondo apenas esclarecido del salón, sobre los cortinajes de terciopelo, brillaba el metal de los blasones bordados: La fuente de plata y los nueve róeles de oro que don Enrique III diera por armas al Señor de Barbanzón, Pedro Aguiar de Tor, llamado el Chivo y también el Viejo. Las rosas marchitas perfumaban la oscuridad, deshojándose misteriosas en antiguos floreros de porcelana que imitaban manos abiertas. Un criado encendía los candelabros de plata que había sobre las consolas. Después la Condesa y el

Penitenciario entraban en el salón. La dama, con ademán resignado y noble, ofreció al eclesiástico asiento en el canapé, y trémula y abatida por oscuros presentimientos, se dejó caer en un sillón. El canónigo, con la voz ungida de solemnidad, empezó a decir:

—Es un terrible golpe, Condesa…

La dama suspiró:

—¡Terrible, señor Penitenciario!

Quedaron silenciosos. La Condesa se enjugaba las lágrimas que humedecían el fondo azul de sus pupilas. Al cabo de un momento murmuró, cubierta la voz por un anhelo que apenas podía ocultar:

—¡Temo tanto lo que usted va a decirme!

El canónigo inclinó con lentitud su frente pálida y desnuda, que parecía macerada por las graves meditaciones teológicas:

—¡Es preciso acatar la voluntad de Dios!

—¡Es preciso!… ¿Pero qué hice yo para merecer una prueba tan dura?

—¡Quién sabe hasta dónde llegan sus culpas! Y los designios de Dios, nosotros no los conocemos.

La Condesa cruzó las manos dolorida:

—Ver a mi Beatriz privada de la gracia, poseída de Satanás.

El canónigo la interrumpió:

—¡No, esa niña no está poseída!… Hace veinte años que soy Penitenciario en nuestra catedral, y un caso de conciencia tan doloroso, tan extraño, no lo había visto. ¡La confesión de esa niña enferma todavía me estremece!…

La Condesa levantó los ojos al cielo:

—¡Se ha confesado! Sin duda Dios Nuestro Señor quiere volverle su gracia. ¡He sufrido tanto viendo a mi pobre hija aborrecer de todas las cosas santas! Porque antes estuvo poseída, señor Penitenciario.

—No, Condesa, no lo estuvo jamás.

La Condesa sonrió tristemente, inclinándose para buscar su pañuelo, que acababa de perdérsele. El señor Penitenciario lo recogió de la alfombra: Era menudo, mundano y tibio, perfumado de incienso y estoraque, como los corporales de un cáliz:

—Aquí está, Condesa.

—Gracias, señor Penitenciario.

El canónigo sonrió levemente. La llama de las bujías brillaba en sus anteojos de oro. Era alto y encorvado, con manos de obispo y rostro de jesuita: Tenía la

frente desguarnida, las mejillas tristes, el mirar amable, la boca sumida, llena de sagacidad. Recordaba el retrato del cardenal Cosme de Ferrara que pintó el Perugino. Tras leve pausa continuó:

—En este palacio, señora, se hospeda un sacerdote impuro, hijo de Satanás…

La Condesa le miró horrorizada:

—¿Fray Ángel?

El Penitenciario afirmó inclinando tristemente la cabeza, cubierta por el solideo rojo, privilegio de aquel Cabildo:

—Esa ha sido la confesión de Beatriz. ¡Por el terror y por la fuerza han abusado de ella!…

La Condesa se cubrió el rostro con las manos, que parecían de cera: Sus labios no exhalaron un grito. El Penitenciario la contemplaba en silencio. Después continuó:

—Beatriz ha querido que fuese yo quien advirtiese a su madre. Mi deber era cumplir su ruego. ¡Triste deber, Condesa! La pobre criatura, de pena y de vergüenza, jamás se hubiera atrevido. Su desesperación al confesarme su falta era tan grande, que llegó a infundirme miedo. ¡Ella creía su alma condenada, perdida para siempre!

La Condesa, sin descubrir el rostro, con la voz ronca por el llanto, exclamó:

—¡Yo haré matar al capellán! ¡Le haré matar! ¡Y a mi hija no la veré más!

El canónigo se puso en pie lleno de severidad:

—Condesa, el castigo debe dejarse a Dios. Y en cuanto a esa niña, ni una palabra que pueda herirla, ni una mirada que pueda avergonzarla.

Agobiada, yerta, la Condesa sollozaba como una madre ante la sepultura abierta de sus hijos. Allá fuera, las campanas de un convento volteaban alegremente, anunciando la novena que todos los años hacían las monjas a la seráfica fundadora. En el salón, las bujías lloraban sobre las arandelas doradas, y en el borde del brasero apagado dormía, roncando, el gato.

CAP. V

LOS gritos de Beatriz resonaron en todo el palacio… La Condesa estremeciose oyendo aquel plañir, que hacía miedo en el silencio de la noche, y acudió presurosa. La niña, con los ojos extraviados y el cabello destrenzándose sobre los hombros, se retorcía: Su rubia y magdalénica cabeza

golpeaba contra el entarimado, y de la frente, yerta y angustiada manaba un hilo de sangre. Retorcíase bajo la mirada muerta e intensa del Cristo: Un Cristo de ébano y marfil, con cabellera humana, los divinos pies iluminados por agonizante lamparilla de plata. Beatriz evocaba el recuerdo de aquellas blancas y legendarias princesas, santas de trece años ya tentadas por Satanás. Al entrar la Condesa, se incorporó con extravío, la faz lívida, los labios trémulos como rosas que van a deshojarse. Su cabellera apenas cubría la candidez de los senos:

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Perdóname!

Y le tendía las manos, que parecían dos blancas palomas azoradas. La Condesa quiso alzarla en los brazos:

—¡Sí, hija, sí! Acuéstate ahora.

Beatriz retrocedió con los ojos horrorizados, fijos en el revuelto lecho:

—¡Ahí está Satanás! ¡Ahí duerme Satanás! Viene todas las noches. Ahora vino y se llevó mi escapulario. Me ha mordido en el pecho. ¡Yo grité, grité! Pero nadie me oía. Me muerde siempre en los pechos y me los quema.

Y Beatriz mostrábale a su madre el seno de blancura lívida, donde se veía la huella negra que dejan los labios de Lucifer cuando besan. La Condesa, pálida como la muerte, descolgó el crucifijo y le puso sobre las almohadas:

—¡No temas, hija mía! ¡Nuestro Señor Jesucristo vela ahora por ti!

—¡No! ¡No!

Y Beatriz se estrechaba al cuello de su madre. La Condesa arrodillose en el suelo: Entre sus manos guardó los pies descalzos de la niña, como si fuesen dos pájaros enfermos y ateridos. Beatriz, ocultando la frente en el hombro de su madre, sollozó:

—Mamá querida, fue una tarde que bajé a la capilla para confesarme… Yo te llamé gritando… Tú no me oíste… Después quería venir todas las noches, y yo estaba condenada…

—¡Calla, hija mía! ¡No recuerdes!…

Y las dos lloraron juntas, en silencio, mientras sobre la puerta de arcaica ensambladura y floreados herrajes, arrullaban dos tórtolas que Fray Ángel había criado para Beatriz… La niña, con la cabeza apoyada en el hombro de su madre, trémula y suspirante, adormeciose poco a poco. La luna de invierno brillaba en el montante de las ventanas y su luz blanca se difundía por la estancia. Fuera se oía el viento, que sacudía los árboles del jardín, y el rumor de una fuente.

La Condesa acostó a Beatriz en el canapé, y silenciosa, llena de amoroso cuidado, la cubrió con una colcha de damasco carmesí, ese damasco antiguo, que

parece tener algo de litúrgico. Beatriz suspiró sin abrir los ojos. Sus manos quedaron sobre la colcha: Eran pálidas, blancas, ideales, transparentes a la luz: Las venas azules dibujaban una flor de ensueño. Con los ojos llenos de lágrimas, la Condesa ocupó un sillón que había cercano. Estaba tan abrumada, que casi no podía pensar, y rezaba confusamente, adormeciéndose con el resplandor de la luz que ardía a los pies del Cristo, en un vaso de plata. Ya muy tarde entró Misia Carlota, apoyada en su muleta, con los quevedos temblantes sobre la corva nariz. La Condesa se llevó un dedo a los labios indicándole que Beatriz dormía, y la anciana se acercó sin ruido, andando con trabajosa lentitud:

—¡Al fin descansa!

—Sí.

—¡Pobre alma blanca!

Sentose y arrimó la muleta a uno de los brazos del sillón. Las dos damas guardaron silencio: Sobre el montante de la puerta la pareja de tórtolas seguía arrullando.

CAP. VI

A media noche llegó la saludadora de Céltigos. La conducían dos nietos ya viejos, en un carro de bueyes, tendida sobre paja. La Condesa dispuso que dos criados la subiesen. Entró salmodiando saludos y oraciones. Era vieja, muy vieja, con el rostro desgastado como las medallas antiguas, y los ojos verdes, del verde maléfico que tienen las fuentes abandonadas, donde se reúnen las brujas. La noble señora salió a recibirla hasta la puerta, y temblándole la voz, preguntó a los criados:

—¿Visteis si ha venido también Fray Ángel?

En vez de los criados respondió la saludadora con el rendimiento de las viejas que acuerdan el tiempo de los mayorazgos:

—Señora mi Condesa, yo sola he venido, sin más compañía que la de Dios.

—¿Pero no fue a Céltigos un fraile con el aviso?…

—Estos tristes ojos a nadie vieron.

Los criados dejaron a la saludadora en un sillón. Beatriz la contemplaba: Los ojos, sombríos, abiertos como sobre un abismo de terror y de esperanza. La saludadora sonrió con la sonrisa yerta de su boca desdentada:

—¡Miren con cuánta atención está la blanca rosa! No me aparta la vista.

La Condesa, que permanecía de pie en medio de la estancia, interrogó:

—¿Pero no vio a un fraile?

—A nadie, mi señora.

—¿Quién llevó el aviso?

—No fue persona de este mundo. Ayer de tarde quedeme dormida, y en el sueño tuve una revelación. Me llamaba la buena Condesa moviendo su pañuelo blanco, que era después una paloma volando, volando para el Cielo.

La dama preguntó temblando:

—¿Es buen agüero eso?…

—¡No hay otro mejor, mi Condesa! Díjeme entonces entre mí: Vamos al palacio de tan gran señora.

La Condesa callaba. Después de algún tiempo, la saludadora, que tenía los ojos clavados en Beatriz, pronunció lentamente:

—A esta rosa galana le han hecho mal de ojo. En un espejo puede verse, si a mano lo tiene, mi señora.

La Condesa le entregó un espejo guarnecido de plata antigua. Levantole en alto la saludadora, igual que hace el sacerdote con la hostia consagrada, lo empañó echándole el aliento, y con un dedo tembloroso trazó el círculo del Rey Salomón. Hasta que se borró por completo tuvo los ojos fijos en el cristal:

—La Condesita está embrujada. Para ser bien roto el embrujo, han de decirse las doce palabras que tiene la oración del Beato Electus, al dar las doce campanadas del mediodía, que es cuando el Padre Santo se sienta a la mesa y bendice a toda la Cristiandad.

La Condesa se acercó a la saludadora: El rostro de la dama parecía el de una muerta, y sus ojos azules tenían el venenoso color de las turquesas:

—¿Sabe hacer condenaciones?

—¡Ay, mi Condesa, es muy grande pecado!

—¿Sabe hacerlas? Yo mandaré decir misas y Dios se lo perdonará.

La saludadora meditó un momento:

—Sé hacerlas, mi Condesa.

—Pues hágalas…

—¿A quién, mi señora?

—A un capellán de mi casa.

La saludadora inclinó la cabeza:

—Para eso hace menester del breviario.

La Condesa salió y trajo el breviario de Fray Ángel. La saludadora arrancó

siete hojas y las puso sobre el espejo. Después, con las manos juntas, como para un rezo, salmodió:

—¡Satanás! ¡Satanás! Te conjuro por mis malos pensamientos, por mis malas obras, por todos mis pecados. Te conjuro por el aliento de la culebra, por la ponzoña de los alacranes, por el ojo de la salamántiga. Te conjuro para que vengas sin tardanza y en la gravedad de aqueste círculo del Rey Salomón te encierres, y en él te estés sin un momento te partir, hasta poder llevarte a las cárceles tristes y escuras del Infierno el alma que en este espejo agora vieres. Te conjuro por este rosario que yo sé profanado por ti y mordido en cada una de sus cuentas. ¡Satanás! ¡Satanás! Una y otra vez te conjuro.

Entonces el espejo se rompió con triste gemido de alma encarcelada. Las tres mujeres, mirándose silenciosas, con miedo de hablar, con miedo de moverse, esperan el día, puestas las manos en cruz. Amanecía cuando sonaron grandes golpes en la puerta del palacio. Unos aldeanos de Céltigos traían a hombros el cuerpo de Fray Ángel, que al claro de luna descubrieran flotando en el río… ¡La cabeza yerta, tonsurada, pendía fuera de las andas!

JARDÍN UMBRÍO:

UN CABECILLA

DE aquel molinero viejo y silencioso que me sirvió de guía para visitar las piedras célticas del Monte Rouriz guardo un recuerdo duro, frío y cortante como la nieve que coronaba la cumbre. Quizá más que sus facciones, que parecían talladas en durísimo granito, su historia trágica hizo que con tal energía hubiéseme quedado en el pensamiento aquella cara tabacosa que apenas se distinguía del paño de la montera. Si cierro los ojos, creo verle: Era nudoso, seco y fuerte, como el tronco centenario de una vid: Los mechones grises y desmedrados de su barba recordaban esas manchas de musgo que ostentan en las ocacidades de los pómulos las estatuas de los claustros desmantelados: Sus labios de corcho se plegaban con austera indiferencia: Tenía un perfil inmóvil y pensativo, una cabeza inexpresiva de relieve egipcio. ¡No, no lo olvidaré nunca!

Había sido un terrible guerrillero. Cuando la segunda guerra civil, echose al campo con sus cinco hijos, y en pocos días logró levantar una facción de gente aguerrida y dispuesta a batir el cobre. Algunas veces fiaba el mando de la partida a su hijo Juan María y se internaba en la montaña, seguro, como lobo que tiene en ella su cubil. Cuando menos se le esperaba, reaparecía cargado con su escopeta llena de ataduras y remiendos, trayendo en su compañía algún mozo aldeano de aspecto torpe y asustadizo que, de fuerza o de grado, venía a engrosar las filas. A la ida y a la vuelta solía recaer por el molino para enterarse de cómo iban las familias, que eran los nietos, y de las piedras que molían. Cierta tarde de verano llegó y hallolo todo en desorden. Atada a un poste de la parra, la molinera desdichábase y llamaba inútilmente a sus nietos, que habían huido a la aldea: El galgo aullaba, con una pata maltrecha en el aire: La puerta estaba rota a culatazos, y el grano y la harina alfombraban el suelo: Sobre la artesa se veían aún residuos del yantar interrumpido, y en el corral la vieja hucha de castaño

revuelta y destripada… El cabecilla contempló tal desastre sin proferir una queja. Después de bien enterarse, acercose a su mujer murmurando, con aquella voz desentonada y caótica de viejo sordo:

—¿Vinieron los negros?

—¡Arrastrados se vean!

—¿A qué horas vinieron?

—Podrían ser las horas de yantar. ¡Tanto me sobresalté, que se me desvanece el acuerdo!

—¿Cuántos eran? ¿Qué les has dicho?

La molinera sollozó más fuerte. En vez de contestar, desatose en denuestos contra aquellos enemigos malos que tan gran destrozo hacían en la casa de un pobre que con nadie del mundo se metía. El marido la miró con sus ojos cobrizos de gallego desconfiado:

—¡Ay, demonio! ¡No eres tú la gran condenada que a mí me engaña! Tú les has dicho dónde está la partida.

Ella seguía llorando sin consuelo:

—¡Arrepara, hombre, de qué hechura esos verdugos de Jerusalén me pusieron! ¡Atada mismamente como Nuestro Señor!

El guerrillero repitió blandiendo furioso la escopeta:

—¡A ver cómo respondes, puñela! ¿Qué les has dicho?

—¡Pero considera, hombre!

Calló dando un gran suspiro, sin atreverse a continuar, tanto la imponía la faz arrugada del viejo. Él no volvió a insistir. Sacó el cuchillo, y cuando ella creía que iba a matarla, cortó las ligaduras, y sin proferir una palabra, la empujó obligándola a que le siguiese. La molinera no cesaba de gimotear:

—¡Ay! ¡Hijos de mis entrañas! ¿Por qué no había de dejarme quemar en unas parrillas antes de decir dónde estábades? Vos, como soles. Yo, una vieja con los pies para la cueva. Precisaba de andar mil años peregrinando por caminos y veredas para tener perdón de Dios. ¡Ay mis hijos! ¡Mis hijos!

La pobre mujer caminaba angustiada, enredados los toscos dedos de labradora en la mata cenicienta de sus cabellos. Si se detenía, mesándoselos y gimiendo, el marido, cada vez más sombrío, la empujaba con la culata de la escopeta, pero sin brusquedad, sin ira, como a vaca mansísima nacida en la propia cuadra, que por acaso cerdea. Salieron de la era abrasada por el sol de un día de agosto, y después de atravesar los prados del Pazo de Melías, se internaron en el hondo camino de la montaña. La mujer suspiraba:

—¡Virgen Santísima, no me desampares en esta hora!

Anduvieron sin detenerse hasta llegar a una revuelta donde se alzaba un retablo de ánimas. El cabecilla encaramose sobre un bardal y oteó receloso cuanto de allí alcanzaba a verse del camino. Amartilló la escopeta, y tras de asegurar el pistón, se santiguó con lentitud respetuosa de cristiano viejo:

—Sabela, arrodíllate junto al Retablo de las Benditas.

La mujer obedeció temblando. El viejo se enjugó una lágrima:

—Encomiéndate a Dios, Sabela.

—¡Ay, hombre, no me mates! ¡Espera tan siquiera a saber si aquellas prendas padecieron mal alguno!

El guerrillero volvió a pasarse la mano por los ojos, luego descolgó del cinto el clásico rosario de cuentas de madera, con engaste de alambrillo dorado, y diósele a la vieja, que lo recibió sollozando. Asegurose mejor sobre el bardal, y murmuró austero:

—Está bendito por el señor obispo de Orense, con indulgencia para la hora de la muerte.

Él mismo se puso a rezar con monótono y frío bisbiseo. De tiempo en tiempo echaba una inquieta ojeada al camino. La molinera se fue poco a poco serenando. En el venerable surco de sus arrugas quedaban trémulas las lágrimas: Sus manos agitadas por temblequeteo senil, hacían oscilar la cruz y las medallas del rosario: Inclinose golpeando el pecho y besó la tierra con unción. El viejo murmuró:

—¿Has acabado?

Ella juntó las manos con exaltación cristiana:

—¡Hágase, Jesús, tu divina voluntad!

Pero cuando vio al terrible viejo echarse la escopeta a la cara y apuntar, se levantó despavorida y corrió hacia él con los brazos abiertos:

—¡No me mates! ¡No me mates, por el alma de!…

Sonó el tiro, y cayó en medio del camino con la frente agujereada. El cabecilla alzó de la arena ensangrentada su rosario de faccioso, besó el crucifijo de bronce, y sin detenerse a cargar la escopeta huyó en dirección de la montaña. Había columbrado hacía un momento, en lo alto de la trocha, los tricornios enfundados de los guardias civiles.

Confieso que cuando el buen Urbino Pimentel me contó en Viana esta historia terrible, temblé recordando la manera violenta y feudal con que despedí en la Venta de Brandeso al antiguo faccioso, harto de acatar la voluntad solapada

y granítica de aquella esfinge tallada en viejo y lustroso roble.

JARDÍN UMBRÍO:

La misa de San Electus

LAS mujerucas que llenaban sus cántaros en la fuente comentaban aquella desgracia con la voz asustada. Éranse tres mozos que volvían cantando del molino, y a los tres habíales mordido el lobo rabioso que bajaba todas las noches al casal. Los tres mozos, que antes eran encendidos como manzanas, ahora íbanse quedando más amarillos que la cera. Perdido todo contento, pasaban los días sentados al sol, enlazadas las flacas manos en torno de las rodillas, con la barbeta hincada en ellas. Y aquellas mujerucas que se reunían a platicar en la fuente cuando pasaban ante ellos solían interrogarles:

—¿Habéis visto al saludador de Cela?

—Allá hemos ido todos tres.

—¿No vos ha dado remedio?

—Vos engañáis, rapaces. Remedio lo hay para todas las cosas queriendo Dios.

Y se alejaban las mujerucas encorvadas bajo sus cántaros, que goteaban el agua, y quedábanse los tres mozos mirándolas con ojos tristes y abatidos, esos ojos de los enfermos a quienes les están cavando la hoya. Ya llevaban así muchos días, cuando con el aliento de tina última esperanza se reanimaron y fueron juntos por los caminos pidiendo limosna para decirle una misa a San Electus. Cuando llegaban a la puerta de las casas hidalgas, las viejas señoras mandaban socorrerlos, y los niños, asomados a los grandes balcones de piedra, los interrogábamos:

—¿Hace mucho que fuisteis mordidos?

—Cumpliéronse tres semanas el día de San Amaro.

—¿Es verdad que veníais del molino?

—Es verdad, señorines.

—¿Era muy de noche?

—Como muy de noche no era, pero iba cubierta la luna y todo el camino hacía oscuro.

Y los tres mozos, luego de recibir la limosna, seguían adelante. Tornaban a recorrer los caminos y a contar en todas las puertas la historia de cómo el lobo les había mordido. Cuando juntaron la bastante limosna para la misa, volviéronse a su aldea. Era el caer de la tarde, y caminaban en silencio por aquella vereda del molino donde les saliera el lobo. Los tres mozos sentían un vago terror. No se había puesto el sol y el borroso creciente de la luna ya asomaba en el cielo. La tarde tenía esa claridad triste y otoñal que parece llena de alma. El arco iris cubría la aldea, y los cipreses oscuros y los álamos de plata parecían temblar en un rayo de anaranjada luz. Los tres mozos caminaban en hilera, y solo se oía el choclear de sus madreñas. Antes de entrar en la aldea se detuvieron en la rectoral que era una casona vieja situada en la orilla del camino. El abad se paseaba en la solana, y ellos subieron humildes, quitándose las monteras:

—¡A la paz de Dios, señor abad!

—¡A la paz de Dios!

—Aquí venimos para que le diga una misa al Glorioso San Electus.

—¿Habéis juntado buena limosna?

—Son muchos a pedir y pocos a dar, señor abad.

—¿Cuándo queréis que se diga la misa?

—Como querer, queríamos mañana.

—Mañana se dirá, pero ha de ser con el alba, porque tengo pensado ir a la feria…

Después los tres mozos se despedían agradecidos, con una salmodia triste. Siempre en silencio, caminando en hilera, entraron en la aldea, y guarecidos en un pajar pasaron la noche. Al amanecer, el que se despertó primero llamó a los otros dos:

—¡Alzarse, rapaces!

Se incorporaron penosamente, con los ojos llenos de angustia y la boca hilando babas. Los dos gimieron: El uno dijo:

—¡No puedo moverme!

Y el otro:

—¡Por compasión, ayudadme!

Y sollozaron medio sepultados en la paja, fijos sus ojos tristes y clavados en

el compañero que estaba de pie, y se quejaron alternativamente: El uno:

—¡Sácame al sol, que aquí muero de frío!

Y el otro:

—¡Por el alma de tus difuntos no nos dejes en este desamparo!

Sus voces sonaban iguales. El compañero les interrogaba asustado:

—¿Qué vos sucede?

Y las voces estranguladas gemían:

—¡Por caridad, sácanos al sol!

El compañero acudió a valerles, pero como tenían las piernas baldadas, fue preciso dejarlos allí con la puerta del pajar abierta, para que las almas caritativas que pasasen pudiesen socorrerlos. Al despedirse de ellos lloraba el compañero:

—Ya tocan para la misa: Yo la oiré por vosotros. No desesperéis, que a todos querrá sanarnos el Glorioso San Electus.

Salió, y por el camino seguía oyendo las dos voces estranguladas que parecían una sola:

—¡Líbrame de penar, Glorioso San Electus!

—¡Glorioso San Electus, no me dejes morir en estas pajas como un can!

A la puerta de la iglesia un niño aldeano tocaba a misa tirando de una cadena. Estaba abierta la puerta, y el abad, todavía por revestir, arrodillado en el presbiterio. Algunas viejas en la sombra del muro rezaban. Tenían tocadas sus cabezas con los mantelos, y de tiempo en tiempo resonaba una tos. El mozo atravesó la iglesia procurando amortiguar el ruido de sus madreñas, y en las gradas del altar se arrodilló haciendo la señal de la cruz. El niño que tocaba la campana vino a encender las velas. Poco después el abad salía revestido y comenzaba la misa. El mozo, acurrucado en las gradas del presbiterio, rezaba devoto: Caído en tierra recibió la bendición. Cuando volvió al pajar caminaba arrastrándose, y durante todo aquel día el quejido de tres voces, que parecían una sola, llenó la aldea, y en la puerta del pajar hubo siempre alguna mujeruca que asomaba curiosa. Murieron en la misma noche los tres mozos, y en unas andas, cubiertas con sábanas de lino, los llevaron a enterrar en el verde y oloroso cementerio de San Clemente de Brandeso.

JARDÍN UMBRÍO:

EL REY DE LA MÁSCARA

EL cura de San Rosendo de Gondar, un viejo magro y astuto, de perfil monástico y ojos enfoscados y parduscos como de alimaña montés, regresaba a su rectoral a la caída de la tarde, después del rosario. Apenas interrumpían la soledad del campo, aterido por la invernada, algunos álamos desnudos. El camino, cubierto de hojas secas, flotaba en el rosado vapor de la puesta solar. Allá, en la revuelta, alzábase un retablo de ánimas, y la alcancía destinada a la limosna mostraba, descerrajada y rota, el vacío fondo. Estaba la rectoral aislada en medio del campo, no muy distante de unos molinos: Era negra, decrépita y arrugada, como esas viejas mendigas que piden limosna, arrostrando soles y lluvias, apostadas a la vera de los caminos reales. Como la noche se venía encima, con negros barruntos de ventisca y agua, el cura caminaba de prisa, mostrando su condición de cazador. Era uno de aquellos cabecillas tonsurados que, después de machacar la plata de sus iglesias y santuarios para acudir en socorro de la facción, dijeron misas gratuitas por el alma de Zumalacárregui. A pesar de sus años conservábase erguido: Llevaba ambas manos metidas en los bolsillos de un montecristo azul, sombrerazo de alas e inmenso paraguas rojo bajo el brazo. Halagando el cuello de un desdentado perdiguero, que hacía centinela en la solana, entró el párroco en la cocina a tiempo que una moza aldeana, de ademán brioso y rozagante, ponía la mesa para la cena:

—¿Qué se trajina, Sabel?

—Vea, señor tío…

Y Sabel, sonriente, un poco sofocada por el fuego, con el floreado pañuelo anudado en la nuca para contener la copiosa madeja castaña, con la camisa de estopa arremangada, mostrando hasta más arriba del codo los brazos blancos,

blanquísimos, rubia como una espiga, mohína como un recental, frondosa como una rama verde y florida, mostraba sobre la boca del pote la fuente de rubias filloas, el plato clásico y tradicional con que en Galicia se festeja el antruejo. Catolas el cura con golosina de viejo regalón, y después, sentándose en un banquillo al calor de la lumbre, sacó de la faltriquera un trenzado de negrísimo tabaco, que picó con la uña, restregando el polvo entre las palmas, procediendo siempre con mucha parsimonia. Hallábase todavía en esta tarea cuando los tenaces ladridos del perro, que corría venteando de un lado a otro, parándose a arañar con las manos en la puerta, le obligaron a levantarse para averiguar la causa de semejante alboroto:

—¡Condenado animal!

Sabel murmuró un poco inmutada:

—¿Estará rabioso?

—¡Rabioso, buena gana! Si estuviese rabioso no ladraba así.

A esta sazón rompió a tocar en la vereda tan estentórea y desapacible murga, que parecía escapada del infierno: Repique de conchas y panderos, lúgubres mugidos de bocina, sones estridentes de guitarros destemplados, de triángulos, de calderos. Abrió Sabel la ventana, escudriñando en la oscuridad:

—¡Pues si es una mascarada!

Apenas divisaron a la moza los murguistas, empezaron a aullar dando saltos y haciendo piruetas, penetrando en la casa con el vocerío y llaneza de quien lleva la cara tapada. Eran hasta seis hombres, tiznados como diablos, disfrazados con prendas de mujer, de soldado y de mendigo: Antiparras negras, larguísimas barbas de estopa, sombrerones viejos, manteos remendados, todos guiñapos sórdidos, húmedos, asquerosos, que les hacían de repugnante agüero. En unas angarillas traían un espantajo, vestido de rey o emperador, con corona de papel y cetro de caña: Por rostro pusiéranle groserísima careta de cartón, y el resto del disfraz lo completaba una sábana blanca.

Instoles el cura con tosca cortesía a que se descubriesen y bebieran un trago, mas ellos lo rehusaron farfullando cumplimientos, acompañados de visajes, genuflexiones y cabeceos grotescos. Habían posado las angarillas en tierra y asordaban la cocina, embullando muy zafiamente al eclesiástico y a la moza, que no por eso dejaban de celebrarlo con risa franca y placentera: Solamente el perro, guarecido bajo el hogar, enseñaba los dientes y se desataba en ladridos. El párroco insistía en que habían de probar el vino de su cosecha, y acabó por incomodarse: Mejor no se hacía en diez leguas a la redonda: Era puro como lo

daba Dios, sin porquerías de aguardientes, ni de azúcares, ni de campeche… Encendió un farolillo, descolgó una llave mohosa de entre otras muchas que colgaban de la ennegrecida viga, y descendió la escalerilla que conducía a la bodega. Desde abajo se le oyó gritar:

—¡Sabel! Trae el jarro grande.

—¡Voy, señor tío!

Sabel apartó del fuego la sartén, descolgó el jarro y desapareció por la oscura boca, que la tragó, como un monstruo. Entonces, uno de los enmascarados se acercó a la ventana y la abrió lentamente, procurando no hacer ruido. Una ráfaga de viento apagó el candil, dejando la habitación a oscuras. Solo se distinguía el fulgor rojo, sangriento de la brasa, y la diabólica fosforescencia de las pupilas del gato, que balanceaba dulcemente la cola adormilado sobre la caldeada piedra del hogar. De repente reinó un profundo silencio. Una voz murmuró muy bajo:

—¡No pasa un alma!

—Pues andando…

Buscaron a tientas la puerta y desaparecieron como sombras. En la escalerilla de la bodega resonaban ya las pisadas de los huéspedes. Sabel venía delante y se detuvo, sin atreverse a andar en la oscuridad. Por la ventana que los otros habían dejado abierta alcanzaba a ver el cielo anubarrado y el camino blanco por la nieve, sobre el cual caía trémulo y melancólico el lunar:

—¡Se han ido!

Y Sabel tuvo miedo sin saber por qué. El cura, que venía detrás con el farolillo, repuso jovial:

—¡Qué granujas! Ya volverán.

¿Cómo no habían de volver? Allí en medio de la cocina estaba el rey, grotesco en su inmóvil gravedad, con su corona de papel, su cetro de caña, el blanco manto de estopa, la bufonesca faz de cartón… Sabel, ya repuesta, adelantó algunos pasos y le acercó el jarro a los labios:

—¿Quieres beber, señor rey?

Al separarlo, después de un segundo, la careta se corrió hacia abajo, descubriendo una frente amarilla, unos ojos vidriados, pavorosos, horribles:

—¡María Santísima!

Y la moza, horrorizada, retrocedió hasta tropezar con la pared. El cura la increpó:

—¡Qué damita eres tú!

—No…, no… señor tío… ¡Pero es un difunto!

Y, estrechándose contra el viejo, se aproximaba palpitante, con ese miedo de las mujeres aldeanas que las impulsa a mirar, a acercarse, en vez de cerrar los ojos y de huir. El párroco tiró de la careta con resolución. Luego alzó el farol, proyectando la luz sobre el inmóvil y blanco enmascarado. Le contempló atentamente, dilatados los ojos por ávida mirada de estupor, y bajando el farolillo, que temblaba en su mano agitada por bailoteo senil, murmuró en voz demudada y ronca:

—¿Tú le conoces, muchacha?

Ella respondió:

—Es el señor abad de Bradomín.

—Sí… Mañana le aplicaremos la misa por el alma.

Sabel temblaba con todos sus miembros, y gemía preguntando qué hacían, lamentando su mala estrella, lo que iba a ser de ellos si la justicia se enteraba:

—¡Tío…, señor tío! Podemos avisar en el molino.

El cura meditó un momento:

—No; ahí menos que en ninguna parte. Me parece que conocí a los dos hijos del molinero. Pero podemos enterrarlo en el corral, junto a los naranjos.

—¿Y si lo descubren los perros como al criado del vinculero de Sobran? ¿No se recuerda?

—Pues con él aquí no hemos de estarnos. ¿Hay tojo?

—Alguno hay.

Entonces el párroco fue a la ventana y la cerró, poniendo la tranca, y lo mismo hizo con la puerta.

—Ahora cumple hacer callar a ese perro. Al que llame no se le contesta. ¡Así se hunda la casa! ¿Entiendes?

Quitose el levitón, y empuñando una horquilla bajó a la bodega. A poco volvió con un inmenso haz de tojo y otro de paja: Los dejó caer de golpe delante de Sabel, que estaba acurrucada junto a la lumbre, gimiendo con la cara pegada a las rodillas, y la ordenó que pusiese fuego al horno. La rapaza se enderezó sumisa, sin dejar de temblar, pálida como un espectro… No tardaron las llamas, con música de chisporroteos y crujidos de leña seca, en cubrir la chata y negra boca del horno: Se alargaban llegando hasta el medio de la cocina, como una bocanada de aliento inflamado: Sus encendidos reflejos daban a la lívida faz del muerto apariencia de vida. El cura le desató de las angarillas, y haciendo a Sabel que se apartase, metiole de cabeza en el horno; pero como estaba rígido, fue preciso esperar a que se carbonizase el tronco para que el resto pudiese entrar.

Cuando desaparecieron los pies, empujados por la horquilla con que el párroco atizaba la lumbre, Sabel, casi exánime, se dejó caer en el banco:

—¡Ay! ¡Nuestro Señor, qué cosa tan horrible!

El cura le dijo que si bebía un vaso de vino cobraría ánimo, y para darle ejemplo, se llevó el jarro a la boca, donde lo tuvo buen espacio. Sabel seguía lloriqueando:

—¡De por fuerza lo mataron para robarlo! Otra cosa no pudo ser. ¡Un bendito de Dios que con nadie se metía! ¡Bueno como el pan! ¡Respetuoso como un alcalde mayor! ¡Caritativo como no queda otro ninguno! ¡Virgen Santísima, qué entrañas tan negras! ¡Madre Bendita del Señor!

De pronto cesó en su llanto, se levantó, y con esa previsión que nace de todo recelo, barrió la ceniza y tapó la negra boca del horno, con las manos trémulas. El cura, sentado en el banco, picaba otro cigarrillo, y murmuraba con sombría calma:

—¡Pobre Bradomín!… ¡Válate Dios la hornada!

JARDÍN UMBRÍO:

Mi hermana Antonia

I

¡SANTIAGO de Galicia ha sido uno de los santuarios del O mundo, y las almas todavía guardan allí los ojos atentos para el milagro!…

II

UNA tarde, mi hermana Antonia me tomó de la mano para llevarme a la catedral. Antonia tenía muchos años más que yo: Era alta y pálida, con los ojos negros y la sonrisa un poco triste. Murió siendo yo niño. ¡Pero cómo recuerdo su voz y su sonrisa y el hielo de su mano cuando me llevaba por las tardes a la catedral!… Sobre todo, recuerdo sus ojos y la llama luminosa y trágica con que miraban a un estudiante que paseaba en el atrio, embozado en una capa azul. Aquel estudiante a mí me daba miedo: Era alto y cenceño, con cara de muerto y ojos de tigre, unos ojos terribles bajo el entrecejo fino y duro. Para que fuese mayor su semejanza con los muertos, al andar le crujían los huesos de la rodilla. Mi madre le odiaba, y por no verle, tenía cerradas las ventanas de nuestra casa, que daban al atrio de las Platerías. Aquella tarde recuerdo que paseaba, como todas las tardes, embozado en su capa azul. Nos alcanzó en la puerta de la catedral, y sacando por debajo del embozo su mano de esqueleto, tomó agua bendita y se la ofreció a mi hermana, que temblaba. Antonia le dirigió una mirada de súplica, y él murmuró con una sonrisa:

—¡Estoy desesperado!

III

ENTRAMOS en una capilla, donde algunas viejas rezaban las Cruces. Es una capilla grande y oscura, con su tarima llena de ruidos bajo la bóveda románica. Cuando yo era niño, aquella capilla tenía para mí una sensación de paz campesina. Me daba un goce de sombra como la copa de un viejo castaño, como las parras delante de algunas puertas, como una cueva de ermitaño en el monte. Por las tardes siempre había corro de viejas rezando las Cruces. Las voces, fundidas en un murmullo de fervor, abríanse bajo las bóvedas y parecían iluminar las rosas de la vidriera como el sol poniente. Sentíase un vuelo de oraciones glorioso y gangoso, y un sordo arrastrarse sobre la tarima, y una campanilla de plata agitada por el niño acólito, mientras levanta su vela encendida, sobre el hombro del capellán, que deletrea en su breviario la Pasión. ¡Oh, Capilla de la Corticela, cuándo esta alma mía, tan vieja y tan cansada, volverá a sumergirse en tu sombra balsámica!

IV

LLOVIZNABA, anochecido, cuando atravesábamos el atrio de la catedral para volver a casa. En el zaguán, como era grande y oscuro, mi hermana debió de tener miedo, porque corría al subir las escaleras, sin soltarme la mano. Al entrar vimos a nuestra madre que cruzaba la antesala y se desvanecía por una puerta. Yo, sin saber por qué, lleno de curiosidad y de temor, levanté los ojos mirando a mi hermana, y ella, sin decir nada, se inclinó y me besó. En medio de una gran ignorancia de la vida, adiviné el secreto de mi hermana Antonia. Lo sentí pesar sobre mí como pecado mortal, al cruzar aquella antesala donde ahumaba un quinqué de petróleo que tenía el tubo roto. La llama hacía dos cuernos, y me recordaba al Diablo. Por la noche, acostado y a oscuras, esta semejanza se agrandó dentro de mí sin dejarme dormir, y volvió a turbarme otras muchas noches.

V

IGUIERON algunas tardes de lluvia. El estudiante paseaba en el atrio de la

Scatedral durante los escampos, pero mi hermana no salía para rezar las Cruces. Yo, algunas veces, mientras estudiaba mi lección en la sala llena con el aroma de las rosas marchitas, entornaba una ventana para verle: Paseaba solo, con una sonrisa crispada, y al anochecer su aspecto de muerto era tal, que daba miedo. Yo me retiraba temblando de la ventana, pero seguía viéndole, sin poder aprenderme la lección. En la sala grande, cerrada y sonora, sentía su andar con crujir de canillas y choquezuelas… Maullaba el gato tras de la puerta, y me parecía que conformaba su maullido sobre el nombre del estudiante:

¡Máximo Bretal!

VI

BRETAL es un caserío en la montaña, cerca de Santiago.

Los viejos llevan allí montera picuda y sayo de estameña, las viejas hilan en los establos por ser más abrigados que las casas, y el sacristán pone escuela en el atrio de la iglesia: Bajo su palmeta, los niños aprenden la letra procesal de alcaldes y escribanos, salmodiando las escrituras forales de una casa de mayorazgos ya deshecha. Máximo Bretal era de aquella casa. Vino a Santiago para estudiar Teología, y los primeros tiempos, una vieja que vendía miel, traíale de su aldea el pan de borona para la semana, y el tocino. Vivía con otros estudiantes de clérigo en una posada donde solo pagaban la cama. Son estos los seminaristas pobres a quienes llaman códeos. Máximo Bretal ya tenía Órdenes Menores cuando entró en nuestra casa para ser mi pasante de Gramática Latina. A mi madre se lo había recomendado como una obra de caridad el cura de Bretal. Vino una vieja con cofia a darle las gracias, y trajo de regalo un azafate de manzanas reinetas. En una de aquellas manzanas dijeron después que debía de estar el hechizo que hechizó a mi hermana Antonia.

VII

NUESTRA madre era muy piadosa y no creía en agüeros ni brujerías, pero alguna vez lo aparentaba por disculpar la pasión que consumía a su hija. Antonia, por entonces, ya comenzaba a tener un aire del otro mundo, como el estudiante de Bretal. La recuerdo bordando en el fondo de la sala, desvanecida

como si la viese en el fondo de un espejo, toda desvanecida, con sus movimientos lentos que parecían responder al ritmo de otra vida, y la voz apagada, y la sonrisa lejana de nosotros: Toda blanca y triste, flotante en un misterio crepuscular, y tan pálida, que parecía tener cerco como la luna… ¡Y mi madre, que levanta la cortina de una puerta, y la mira, y otra vez se aleja sin ruido!

VIII

VOLVÍAN las tardes de sol con sus tenues oros, y mi hermana, igual que antes, me llevaba a rezar con las viejas en la Capilla de la Corticela. Yo temblaba de que otra vez se apareciese el estudiante y alargase a nuestro paso su mano de fantasma, goteando agua bendita. Con el susto miraba a mi hermana, y veía temblar su boca. Máximo Bretal, que estaba todas las tardes en el atrio, al acercarnos nosotros desaparecía, y luego, al cruzar las naves de la catedral, le veíamos surgir en la sombra de los arcos. Entrábamos en la capilla, y él se arrodillaba en las gradas de la puerta besando las losas donde acababa de pisar mi hermana Antonia. Quedaba allí arrodillado como el bulto de un sepulcro, con la capa sobre los hombros y las manos juntas. Una tarde, cuando salíamos, vi su brazo de sombra alargarse por delante de mí, y enclavijar entre los dedos un pico de la falda de Antonia:

—¡Estoy desesperado!… Tienes que oírme, tienes que saber cuánto sufro… ¿Ya no quieres mirarme?…

Antonia murmuró, blanca como una flor:

—¡Déjeme usted, don Máximo!

—No te dejo. Tú eres mía, tu alma es mía… El cuerpo no lo quiero, ya vendrá por él la muerte. Mírame, que tus ojos se confiesen con los míos. ¡Mírame!

Y la mano de cera tiraba tanto de la falda de mi hermana, que la desgarró. Pero los ojos inocentes se confesaron con aquellos ojos claros y terribles. Yo, recordándolo, lloré aquella noche en la oscuridad, como si mi hermana se hubiera escapado de nuestra casa.

IX

YO seguía estudiando mi lección de latín en aquella sala, llena con el aroma de las rosas marchitas. Algunas tardes, mi madre entraba como una sombra y se desvanecía en el estrado. Yo la sentía suspirar hundida en un rincón del gran sofá de damasco carmesí, y percibía el rumor de su rosario. Mi madre era muy bella, blanca y rubia, siempre vestida de seda, con guante negro en una mano, por la falta de dos dedos, y la otra, que era como una camelia, toda cubierta de sortijas. Esta fue siempre la que besamos nosotros y la mano con que ella nos acariciaba. La otra, la del guante negro, solía disimularla entre el pañolito de encaje, y solo al santiguarse la mostraba entera, tan triste y tan sombría sobre la albura de su frente, sobre la rosa de su boca, sobre su seno de Madona Litta. Mi madre rezaba sumida en el sofá del estrado, y yo, para aprovechar la raya de luz que entraba por los balcones entornados, estudiaba mi latín en el otro extremo, abierta la Gramática sobre uno de esos antiguos veladores con tablero de damas. Apenas se veía en aquella sala de respeto, grande, cerrada y sonora. Alguna vez, mi madre, saliendo de sus rezos, me decía que abriese más el balcón. Yo obedecía en silencio, y aprovechaba el permiso para mirar al atrio, donde seguía paseando el estudiante, entre la bruma del crepúsculo. De pronto, aquella tarde, estando mirándolo, desapareció. Volví a salmodiar mi latín, y llamaron en la puerta de la sala. Era un fraile franciscano, hacía poco llegado de Tierra Santa.

X

EL Padre Bernardo en otro tiempo había sido confesor de mi madre, y al volver de su peregrinación no olvidó traerle un rosario hecho con huesos de olivas del Monte Oliveto. Era viejo, pequeño, con la cabeza grande y calva; recordaba los santos románicos del pórtico de la catedral. Aquella tarde era la segunda vez que visitaba nuestra casa, desde que estaba devuelto a su convento de Santiago. Yo, al verle entrar, dejé mi Gramática y corrí a besarle la mano. Quedé arrodillado mirándole y esperando su bendición, y me pareció que hacía los cuernos. ¡Ay, cerré los ojos, espantado de aquella burla del Demonio! Con un escalofrío comprendí que era asechanza suya, y como aquellas que traían las historias de santos que yo comenzaba a leer en voz alta delante de mi madre y de Antonia. Era una asechanza para hacerme pecar, parecida a otra que se cuenta en

la vida de San Antonio de Padua. El Padre Bernardo, que mi abuela diría un santo sobre la tierra, se distrajo saludando a la oveja de otro tiempo, y olvidó formular su bendición sobre mi cabeza trasquilada y triste, con las orejas muy separadas, como para volar. Cabeza de niño sobre quien pesan las lúgubres cadenas de la infancia: El latín de día, y el miedo a los muertos, de noche. El fraile habló en voz baja con mi madre, y mi madre levantó su mano del guante:

—¡Sal de aquí, niño!

XI

BASILISA la Galinda, una vieja que había sido nodriza de mi madre, se agachaba tras de la puerta. La vi y me retuvo del vestido, poniéndome en la boca su palma arrugada:

—No grites, picarito.

Yo la miré fijamente porque le hallaba un extraño parecido con las gárgolas de la catedral. Ella, después de un momento, me empujó con blandura:

—¡Vete, neno!

Sacudí los hombros para desprenderme de su mano, que tenía las arrugas negras como tiznes, y quedé a su lado. Oíase la voz del franciscano:

—Se trata de salvar un alma…

Basilisa volvió a empujarme:

—Vete, que tú no puedes oír…

Y toda encorvada metía los ojos por la rendija de la puerta. Me agaché cerca de ella. Ya solo me dijo estas palabras:

—¡No recuerdes más lo que oigas, picarito!

Yo me puse a reír. Era verdad que parecía una gárgola. No podía saber si perro, si gato, si lobo. Pero tenía un extraño parecido con aquellas figuras de piedra, asomadas o tendidas sobre el atrio, en la cornisa de la catedral.

XII

SE oía conversar en la sala. Un tiempo largo la voz del franciscano:

—Esta mañana fue a nuestro convento un joven tentado por el Diablo. Me contó que había tenido la desgracia de enamorarse, y que desesperado, quiso

tener la ciencia infernal… Siendo la media noche había impetrado el poder del Demonio. El ángel malo se le apareció en un vasto arenal de ceniza, lleno con gran rumor de viento, que lo causaban sus alas de murciélago, al agitarse bajo las estrellas.

Se oyó un suspiro de mi madre:

—¡Ay, Dios!

Proseguía el fraile:

—Satanás le dijo que le firmase un pacto y que le haría feliz en sus amores. Dudó el joven, porque tiene el agua del bautismo que hace a los cristianos, y le alejó con la cruz. Esta mañana, amaneciendo, llegó a nuestro convento, y en el secreto del confesonario me hizo su confesión. Le dije que renunciase a sus prácticas diabólicas, y se negó. Mis consejos no bastaron a persuadirle. ¡Es un alma que se condenará!…

Otra vez gimió mi madre:

—¡Prefería muerta a mi hija!

Y la voz del fraile, en un misterio de terror, proseguía:

—Muerta ella, acaso él triunfase del Infierno. Viva, quizá se pierdan los dos… No basta el poder de una pobre mujer como tú para luchar contra la ciencia infernal…

Sollozó mi madre:

—¡Y la gracia de Dios!

Hubo un largo silencio. El fraile debía de estar en oración meditando su respuesta: Basilisa la Calinda me tenía apretado contra su pecho. Se oyeron las sandalias del fraile, y la vieja me aflojó un poco los brazos para incorporarse y huir. Pero quedó inmóvil, retenida por aquella voz que luego sonó:

—La Gracia no está siempre con nosotros, hija mía. Mana como una fuente y se seca como ella. Hay almas que solo piensan en su salvación, y nunca sintieron amor por las otras criaturas: Son las fuentes secas. Dime: ¿Qué cuidado sintió tu corazón al anuncio de estar en riesgo de perderse un cristiano? ¿Qué haces tú por evitar ese negro concierto con los poderes infernales? ¡Negarle tu hija para que la tenga de manos de Satanás!

Gritó mi madre:

—¡Más puede el Divino Jesús!

Y el fraile replicó con una voz de venganza:

—El amor debe ser por igual para todas las criaturas. Amar al padre, al hijo o al marido, es amar figuras de lodo. Sin saberlo, con tu mano negra también

azotas la cruz como el estudiante de Bretal.

Debía tener los brazos extendidos hacia mi madre. Después se oyó un rumor como si se alejase. Basilisa escapó conmigo, y vimos pasar a nuestro lado un gato negro. Al Padre Bernardo nadie le vio salir. Basilisa fue aquella tarde al convento, y vino contando que estaba en una misión, a muchas leguas.

XIII

¡CÓMO la lluvia azotaba los cristales y cómo era triste VA la luz de la tarde en todas las estancias!…

Antonia borda cerca del balcón, y nuestra madre, recostada en el canapé, la mira fijamente, con esa mirada fascinante de las imágenes que tienen los ojos de cristal. Era un gran silencio en torno de nuestras almas, y solo se oía el péndulo del reloj. Antonia quedó una vez soñando con la aguja en alto. Allá en el estrado suspiró nuestra madre, y mi hermana agitó los párpados como si despertase. Tocaban entonces todas las campanas de muchas iglesias. Basilisa entró con luces, miró detrás de las puertas y puso los tranqueros en las ventanas. Antonia volvió a soñar inclinada sobre el bordado. Mi madre me llamó con la mano, y me retuvo. Basilisa trajo su rueca, y sentose en el suelo, cerca del canapé. Yo sentía que los dientes de mi madre hacían el ruido de una castañeta. Basilisa se puso de rodillas mirándola, y mi madre gimió:

—Echa el gato que araña bajo el canapé.

Basilisa se inclinó:

—¿Dónde está el gato? Yo no lo veo.

—¿Y tampoco lo sientes?

Replicó la vieja, golpeando con la rueca:

—¡Tampoco lo siento!

Gritó mi madre:

—¡Antonia! ¡Antonia!

—¡Ay, diga, señora!

—¿En qué piensas?

—¡En nada, señora!

—¿Tú oyes cómo araña el gato?

Antonia escuchó un momento:

—¡Ya no araña!

Mi madre se estremeció toda:

—Araña delante de mis pies, pero tampoco lo veo.

Crispaba los dedos sobre mis hombros. Basilisa quiso acercar una luz, y se le apagó en la mano bajo una ráfaga que hizo batir todas las puertas. Entonces, mientras nuestra madre gritaba, sujetando a mi hermana por los cabellos, la vieja, provista de una rama de olivo, se puso a rociar agua bendita por los rincones.

XIV

MI madre se retiró a su alcoba, sonó la campanilla y acudió corriendo Basilisa. Después, Antonia abrió el balcón y miró a la plaza con ojos de sonámbula. Se retiró andando hacia atrás, y luego escapó. Yo quedé solo, con la frente pegada a los cristales del balcón, donde moría la luz de la tarde. Me pareció oír gritos en el interior de la casa, y no osé moverme, con la vaga impresión de que eran aquellos gritos algo que yo debía ignorar por ser niño. Y no me movía del hueco del balcón, devanando un razonar medroso y pueril, todo confuso con aquel nebuloso recordar de reprensiones bruscas y de encierros en una sala oscura. Era como envoltura de mi alma, esa memoria dolorosa de los niños precoces, que con los ojos agrandados oyen las conversaciones de las viejas y dejan los juegos por oírlas. Poco a poco cesaron los gritos, y cuando la casa quedó en silencio escapé de la sala. Saliendo por una puerta encontré a la Galinda:

—¡No barulles, picarito!

Me detuve sobre la punta de los pies ante la alcoba de mi madre. Tenía la puerta entornada, y llegaba de dentro un murmullo apenado y un gran olor de vinagre. Entré por el entorno de la puerta, sin moverla y sin ruido. Mi madre estaba acostada, con muchos pañuelos a la cabeza. Sobre la blancura de la sábana destacaba el perfil de su mano en el guante negro. Tenía los ojos abiertos, y al entrar yo los giró hacia la puerta, sin remover la cabeza:

—¡Hijo mío, espántame ese gato que tengo a los pies! Me acerqué, y saltó al suelo un gato negro, que salió corriendo. Basilisa la Galinda, que estaba en la puerta, también lo vio, y dijo que yo había podido espantarlo porque era un inocente.

XV

Y recuerdo a mi madre un día muy largo, en la luz triste de una habitación sin sol, que tiene las ventanas entornadas. Está inmóvil en su sillón, con las manos en cruz, con muchos pañuelos a la cabeza y la cara blanca. No habla, y vuelve los ojos cuando otros hablan, y mira fija, imponiendo silencio. Es aquel un día sin horas, todo en penumbra de media tarde. Y este día se acaba de repente, porque entran con luces en la alcoba. Mi madre está dando gritos:

—¡Ese gato!… ¡Ese gato!… ¡Arrancármelo, que se me cuelga a la espalda!

Basilisa la Galinda vino a mí, y con mucho misterio me empujó hacia mi madre. Se agachó y me habló al oído, con la barbeta temblona, rozándome la cara con sus lunares de pelo.

—¡Cruza las manos!

Yo crucé las manos, y Basilisa me las impuso sobre la espalda de mi madre. Me acosó después en voz baja:

—¿Qué sientes, neno?

Respondí asustado, en el mismo tono que la vieja:

—¡Nada!… No siento nada, Basilisa.

—¿No sientes como lumbre?

—No siento nada, Basilisa.

—¿Ni los pelos del gato?

—¡Nada!

Y rompí a llorar, asustado por los gritos de mi madre. Basilisa me tomó en brazos y me sacó al corredor:

—¡Ay, picarito, tú has cometido algún pecado, por eso no pudiste espantar al enemigo malo!

Se volvió a la alcoba. Quedé en el corredor, lleno de miedo y de angustia, pensando en mis pecados de niño. Seguían los gritos en la alcoba, e iban con luces por toda la casa.

XVI

DESPUÉS de aquel día tan largo, es una noche también muy larga, con luces encendidas delante de las imágenes y conversaciones en voz baja, sostenidas en el hueco de las puertas que rechinan al abrirse. Yo me senté en el

corredor, cerca de una mesa donde había un candelera con dos velas, y me puse a pensar en la historia del Gigante Goliat. Antonia, que pasó con el pañuelo sobre los ojos, me dijo con una voz de sombra:

—¿Qué haces ahí?

—Nada.

—¿Por qué no estudias?

La miré asombrado de que me preguntase por qué no estudiaba, estando enferma nuestra madre. Antonia se alejó por el corredor, y volví a pensar en la historia de aquel gigante pagano que pudo morir de un tiro de piedra. Por aquel tiempo, nada admiraba tanto como la destreza con que manejó la honda el niño David: Hacía propósito de ejercitarme en ella cuando saliese de paseo por la orilla del río. Tenía como un vago y novelesco presentimiento de poner mis tiros en la frente pálida del estudiante de Bretal. Y volvió a pasar Antonia con un braserillo donde se quemaba espliego:

—¿Por qué no te acuestas, niño?

Y otra vez se fue corriendo por el corredor. No me acosté, pero me dormí con la cabeza apoyada en la mesa.

XVII

NO sé si fue una noche, si fueron muchas, porque la casa estaba siempre oscura y las luces encendidas ante las imágenes. Recuerdo que entre sueños oía los gritos de mi madre, las conversaciones misteriosas de los criados, el rechinar de las puertas y una campanilla que pasaba por la calle. Basilisa la Galinda venía por el candelera, se lo llevaba un momento y lo traía con dos velas nuevas, que apenas alumbraban. Una de estas veces, al levantar la sien de encima de la mesa, vi a un hombre en mangas de camisa que estaba cosiendo, sentado al otro lado: Era muy pequeño, con la frente calva y un chaleco encarnado. Me saludó sonriendo:

—¿Se dormía, estudioso *puer*?

Basilisa espabiló las velas:

—¿No te recuerdas de mi hermano, picarito?

Entre las nieblas del sueño, recordé al señor Juan de Alberte. Le había visto algunas tardes que me llevó la vieja a las torres de la catedral. El hermano de Basilisa cosía bajo una bóveda, remendando sotanas. Suspiró la Galinda:

—Está aquí para avisar los óleos en la Corticela.

Yo empecé a llorar, y los dos viejos me dijeron que no hiciese ruido. Se oía la voz de mi madre:

—¡Espantarme ese gato! ¡Espantar ese gato!

Basilisa la Galinda entra en aquella alcoba, que estaba al pie de la escalera del fayado, y sale con una cruz de madera negra. Murmura unas palabras oscuras, y me santigua por el pecho, por la espalda y por los costados. Después, me entrega la cruz, y ella toma las tijeras de su hermano, esas tijeras de sastre, grandes y mohosas, que tienen un son de hierro al abrirse:

—Habernos de libertarla, como pide…

Me condujo por la mano a la alcoba de mi madre, que seguía gritando:

—¡Espantarme ese gato! ¡Espantarme ese gato!

Sobre el umbral me aconsejó en voz baja:

—Llega muy paso y pon la cruz sobre la almohada… Yo quedo aquí, en la puerta.

Entré en la alcoba. Mi madre estaba incorporada, con el pelo revuelto, las manos tendidas y los dedos abiertos como garfios. Una mano era negra y otra blanca. Antonia la miraba, pálida y suplicante. Yo pasé rodeando, y vi de frente los ojos de mi hermana, negros, profundos y sin lágrimas. Me subí a la cama sin ruido, y puse la cruz sobre las almohadas. Allá en la puerta, toda encogida sobre el umbral, estaba Basilisa la Galinda. Solo la vi un momento, mientras trepé a la cama, porque apenas puse la cruz en las almohadas, mi madre empezó a retorcerse, y un gato negro escapó de entre las ropas hacia la puerta. Cerré los ojos, y con ellos cerrados, oí sonar las tijeras de Basilisa: Después la vieja llegose a la cama donde mi madre se retorcía, y me sacó en brazos de la alcoba: En el corredor cerca de la mesa que tenía detrás la sombra enana del sastre, a la luz de las velas, enseñaba dos recortes negros que le manchaban las manos de sangre, y decía que eran las orejas del gato. Y el viejo se ponía la capa, para avisar los santos óleos.

XVIII

LLENOSE la casa de olor de cera y murmullo de gente que reza en confuso son… Entró un clérigo revestido, andando de prisa, con una mano de perfil sobre la boca. Se metía por las puertas guiado por Juan de Alberte: El sastre, con

la cabeza vuelta, corretea tieso y enano, arrastra la capa y mece en dos dedos, muy gentil, la gorra por la visera, como hacen los menestrales en las procesiones. Detrás seguía un grupo oscuro y lento, rezando en voz baja. Iba por el centro de las estancias, de una puerta a otra puerta, sin extenderse. En el corredor se arrodillaron algunos bultos, y comenzaron a desgranarse las cabezas. Se hizo una fila que llegó hasta las puertas abiertas de la alcoba de mi madre. Dentro, con mantillas y una vela en la mano, estaban arrodilladas Antonia y la Calinda. Me fueron empujando hacia delante algunas manos que salían de los manteos oscuros, y volvían prestamente a juntarse sobre las cruces de los rosarios: Eran las manos sarmentosas de las viejas que rezaban en el corredor, alineadas a lo largo de la pared, con el perfil de la sombra pegado al cuerpo. En la alcoba de mi madre, una señora llorosa que tenía un pañuelo perfumado, y me pareció toda morada como una dalia con el hábito nazareno, me tomó de la mano y se arrodilló conmigo, ayudándome a tener una vela. El clérigo anduvo en torno de la cama, con un murmullo latino, leyendo en su libro…

Después alzaron las coberturas y descubrieron los pies de mi madre rígidos y amarillentos. Yo comprendí que estaba muerta, y quedé aterrado y silencioso entre los brazos tibios de aquella señora tan hermosa, toda blanca y morada. Sentía un terror de gritar, una prudencia helada, una aridez sutil, un recato perverso de moverme entre los brazos y el seno de aquella dama toda blanca y morada, que inclinaba el perfil del rostro al par de mi mejilla y me ayudaba a sostener la vela funeraria.

XIX

LA Galinda vino a retirarme de los brazos de aquella señora, y me condujo al borde de la cama donde mi madre estaba yerta y amarilla, con las manos arrebujadas entre los pliegues de la sábana. Basilisa me alzó del suelo para que viese bien aquel rostro de cera:

—Dile adiós, neno. Dile: Adiós, madre mía, más no te veré.

Me puso en el suelo la vieja, porque se cansaba, y después de respirar, volvió a levantarme metiendo bajo mis brazos sus manos sarmentosas:

—¡Mírala bien! Guarda el recuerdo para cuando seas mayor… Bésala, neno.

Y me dobló sobre el rostro de la muerta. Casi rozando aquellos párpados inmóviles, empecé a gritar, revolviéndome entre los brazos de la Calinda. De

pronto, con el pelo suelto, al otro lado de la cama apareciose Antonia. Me arrebató a la vieja criada y me apretó contra el pecho sollozando y ahogándose. Bajo los besos acongojados de mi hermana, bajo la mirada de sus ojos enrojecidos, sentí un gran desconsuelo… Antonia estaba yerta, y llevaba en la cara una expresión de dolor extraño y obstinado. Ya en otra estancia, sentada en una silla baja, me tiene sobre su falda, me acaricia, vuelve a besarme sollozando, y luego, retorciéndome una mano, ríe, ríe, ríe… Una señora le da aire con su pañolito; otra, con los ojos asustados, destapa un pomo; otra entra por una puerta con un vaso de agua, tembloroso en la bandeja de metal.

XX

YO estaba en un rincón, sumido en una pena confusa, que me hacía doler las sienes como la angustia del mareo. Lloraba a ratos y a ratos me distraía oyendo otros lloros. Debía ser cerca de media noche cuando abrieron de par en par una puerta, y temblaron en el fondo las luces de cuatro velas. Mi madre estaba amortajada en su caja negra. Yo entré en la alcoba sin ruido, y me senté en el hueco de la ventana. Alrededor de la caja velaban tres mujeres y el hermano de Basilisa. De tiempo en tiempo el sastre se levantaba y escupía en los dedos para espabilar las velas. Aquel sastre enano y garboso, del chaleco encarnado, tenía no sé qué destreza bufonesca al arrancar el pabilo e inflar los carrillos soplándose los dedos.

Oyendo los cuentos de las mujeres, poco a poco fui dejando de llorar: Eran relatos de aparecidos y de personas enterradas vivas.

XXI

RAYANDO el día, entró en la alcoba una señora muy alta, con los ojos negros y el cabello blanco. Aquella señora besó a mi madre en los ojos mal cerrados, sin miedo al frío de la muerte y casi sin llorar. Después se arrodilló entre dos cirios, y mojaba en agua bendita una rama de olivo y la sacudía sobre el cuerpo de la muerta. Entró Basilisa buscándome con la mirada, y alzó la mano llamándome:

—¡Mira la abuela, picarito!

¡Era la abuela! Había venido en una mula desde su casa de la montaña, que estaba a siete leguas de Santiago. Yo sentía en aquel momento un golpe de herraduras sobre las losas del zaguán donde la mula había quedado atada. Era un golpe que parecía resonar en el vacío de la casa llena de lloros. Y me llamó desde la puerta mi hermana Antonia:

—¡Niño! ¡Niño!

Salí muy despacio, bajo la recomendación de la vieja criada. Antonia me tomó de la mano y me llevó a un rincón:

—¡Esa señora es la abuela! En adelante viviremos con ella.

Yo suspiré:

—¿Y por qué no me besa?

Antonia quedó un momento pensativa, mientras se enjugaba los ojos:

—¡Eres tonto! Primero tiene que rezar por mamá.

Rezó mucho tiempo. Al fin se levantó preguntando por nosotros, y Antonia me arrastró de la mano. La abuela ya llevaba un pañuelo de luto sobre el crespo cabello, todo de plata, que parecía realzar el negro fuego de los ojos. Sus dedos rozaron levemente mi mejilla, y todavía recuerdo la impresión que me produjo aquella mano de aldeana, áspera y sin ternura. Nos habló en dialecto:

—Murió la vuestra madre y ahora la madre lo seré yo… Otro amparo no tenéis en el mundo… Os llevo conmigo porque esta casa se cierra. Mañana, después de las misas, nos pondremos al camino.

XXII

AL día siguiente mi abuela cerró la casa, y nos pusimos en camino para San Clemente de Brandeso. Ya estaba yo en la calle montado en la mula de un montañés que me llevaba delante en el arzón, y oía en la casa batir las puertas, y gritar buscando a mi hermana Antonia. No la encontraban, y con los rostros demudados salían a los balcones, y tornaban a entrarse y a correr las estancias vacías, donde andaba el viento a batir las puertas, y las voces gritando por mi hermana. Desde la puerta de la catedral una beata la descubrió desmayada en el tejado. La llamamos y abrió los ojos bajo el sol matinal, asustada como si despertase de un mal sueño. Para bajarla del tejado, un sacristán con sotana y en mangas de camisa saca una larga escalera. Y cuando partíamos, se apareció en el atrio, con la capa revuelta por el viento, el estudiante de Bretal. Llevaba a la cara

una venda negra y bajo ella creí ver el recorte sangriento de las orejas rebanadas a cercén.

XXIII

EN Santiago de Galicia, como ha sido uno de los santuarios del mundo, las almas todavía conservan los ojos abiertos para el milagro.

JARDÍN UMBRÍO:

DEL MISTERIO

¡HAY también un demonio familiar! Yo recuerdo que, cuando era niño, iba todas las noches a la tertulia de mi abuela una vieja que sabía estas cosas medrosas y terribles del misterio. Era una señora linajuda y devota que habitaba un caserón en la Rúa de los Plateros. Recuerdo que se pasaba las horas haciendo calceta tras los cristales de su balcón, con el gato en la falda. Doña Soledad Amarante era alta, consumida, con el cabello siempre fosco, manchado por grandes mechones blancos, y las mejillas descarnadas, esas mejillas de dolorida expresión que parecen vivir huérfanas de besos y de caricias. Aquella señora me infundía un vago terror, porque contaba que en el silencio de las altas horas oía el vuelo de las almas que se van, y que evocaba en el fondo de los espejos los rostros lívidos que miran con ojos agónicos. No, no olvidaré nunca la impresión que me causaba verla llegar al comienzo de la noche y sentarse en el sofá del estrado al par de mi abuela. Doña Soledad extendía un momento sobre el brasero las manos sarmentosas, luego sacaba la calceta de una bolsa de terciopelo carmesí y comenzaba la tarea. De tiempo en tiempo solía lamentarse:

—¡Ay, Jesús!

Una noche llegó. Yo estaba medio dormido en el regazo de mi madre, y, sin embargo, sentí el peso magnético de sus ojos que me miraban. Mi madre también debió de advertir el maleficio de aquellas pupilas, que tenían el venenoso color de las turquesas, porque sus brazos me estrecharon más. Doña Soledad tomó asiento en el sofá, y en voz baja hablaron ella y mi abuela. Yo sentía la respiración anhelosa de mi madre, que las observaba queriendo adivinar sus palabras. Un reloj dio las siete. Mi abuela se pasó el pañuelo por los ojos, y con la voz un poco insegura le dijo a mi madre:

—¿Por qué no acuestas a ese niño?

Mi madre se levantó conmigo en brazos, y me llevó al estrado para que besase a las dos señoras. Yo jamás sentí tan vivo el terror de Doña Soledad. Me pasó una mano de momia por la cara y me dijo:

—¡Cómo te le pareces!

Y mi abuela murmuró al besarme:

—¡Reza por él, hijo mío!

Hablaban de mi padre, que estaba preso por legitimista en la cárcel de Santiago. Yo, conmovido, escondí la cabeza en el hombro de mi madre, que me estrechó con angustia:

—¡Pobres de nosotros, hijo!

Después me sofocó con sus besos, mientras sus ojos, aquellos ojos tan bellos, se abrían sobre mí enloquecidos, trágicos:

—¡Hijo de mi alma, otra nueva desgracia nos amenaza!

Doña Soledad dejó un momento la calceta y murmuró con la voz lejana de una sibila:

—A tu marido no le ocurre ninguna desgracia.

Y mi abuela suspiró:

—Acuesta al niño.

Yo lloré aferrando los brazos al cuello de mi madre:

—¡No quiero que me acuesten! Tengo miedo de quedarme solo. ¡No quiero que me acuesten!…

Mi madre me acarició con una mano nerviosa, que casi me hacía daño, y luego, volviéndose a las dos señoras, suplicó sollozante:

—¡No me atormenten! Díganme qué le sucede a mi marido. Tengo valor para saberlo todo.

Doña Soledad alzó sobre nosotros la mirada, aquella mirada que tenía el color maléfico de las turquesas, y habló con la voz llena de misterio, mientras sus dedos de momia movían las agujas de la calceta:

—¡Ay, Jesús!… A tu marido nada le sucede. Tiene un demonio que le defiende. Pero ha derramado sangre…

Mi madre repitió en voz baja y monótona, como si el alma estuviese ausente:

—¿Ha derramado sangre?

—Esta noche huyó de la cárcel matando al carcelero. Lo he visto en mi sueño.

Mi madre reprimió un grito y tuvo que sentarse para no caer. Estaba pálida, pero en sus ojos había fuego de una esperanza trágica. Con las manos juntas

interrogó:

—¿Se ha salvado?

—No sé.

—¿Y no puede usted saberlo?

—Puedo intentarlo.

Hubo un largo silencio. Yo temblaba en el regazo mi madre, con los ojos asustados puestos en Doña Soledad. La sala estaba casi a oscuras: En la calle cantaba el violín de un ciego, y el esquilón de las monjas volteaba anunciando la novena. Doña Soledad se levantó del sofá y andando sin ruido la vimos alejarse hacia el fondo de la sala, donde su sombra casi se desvaneció. Advertíase apenas la figura negra y la blancura de las manos inmóviles, en alto. Al poco comenzó a gemir débilmente, como si soñase. Yo, lleno de terror, lloraba quedo, y mi madre, oprimiéndome la boca, me decía ronca y trastornada:

—Calla, que vamos a saber de tu padre.

Yo me limpiaba las lágrimas para seguir viendo en la sombra la figura de Doña Soledad. Mi madre interrogó con la voz resuelta y sombría:

—¿Puede verle?

—Sí… Corre por un camino lleno de riesgos, ahora solitario. Va solo por él… Nadie le sigue. Se ha detenido en la orilla de un río y teme pasarlo. Es un río como un mar…

—¡Virgen mía, que no lo pase!

—En la otra orilla hay un bando de palomas blancas.

—¿Está en salvo?

—Sí… Tiene un demonio que le protege. La sombra del muerto no puede nada contra él. La sangre que derramó su mano, ya la veo caer gota a gota sobre una cabeza inocente…

Una puerta batió lejos. Todos sentimos que alguien entraba en la sala. Mis cabellos se erizaron. Un aliento frío me rozó la frente, y los brazos invisibles de un fantasma quisieron arrebatarme del regazo de mi madre. Me incorporé asustado, sin poder gritar, y en el fondo nebuloso de un espejo vi los ojos de la muerte y surgir poco a poco la mate lividez del rostro, y la figura con sudario y un puñal en la garganta sangrienta. Mi madre, asustada viéndome temblar, me estrechaba contra su pecho. Yo le mostré el espejo, pero ella no vio nada: Doña Soledad dejó caer los brazos, hasta entonces inmóviles en alto, y desde el otro extremo de la sala, saliendo de las tinieblas como de un sueño, vino hacia nosotros. Su voz de sibila parecía venir también de muy lejos:

—¡Ay, Jesús! Solo los ojos del niño le han visto. La sangre cae gota a gota sobre la cabeza inocente. Vaga en torno suyo la sombra vengativa del muerto. Toda la vida irá tras él. Hallábase en pecado cuando dejó el mundo, y es una sombra infernal. No puede perdonar. Un día desclavará el puñal que lleva en la garganta para herir al inocente.

Mis ojos de niño conservaron mucho tiempo el espanto de lo que entonces vieron, y mis oídos han vuelto a sentir muchas veces las pisadas del fantasma que camina a mi lado implacable y funesto, sin dejar que mi alma, toda llena de angustia, toda rendida al peso de torvas pasiones y anhelos purísimos, se asome fuera de la torre, donde sueña cautiva hace treinta años. ¡Ahora mismo estoy oyendo las silenciosas pisadas del Alcaide Carcelero!

JARDÍN UMBRÍO:

A MEDIA NOCHE

CORREN jinete y espolique entre una nube de polvo: En la lejanía son apenas dos bultos que se destacan por oscuro sobre el fondo sangriento del ocaso. La hora, el sitio y lo solitario del camino, ayudan al misterio de aquellas sombras fugitivas. En una encrucijada el jinete tiró de las riendas al caballo y lo paró, dudando entre tomar el camino de ruedas o el de herradura. El espolique que corría delante, parándose a su vez y mirando alternativamente a una y otra senda, interrogó:

—¿Por dónde echamos, mi amo?

El jinete dudó un instante antes de decidirse, y después contestó:

—Por donde sea más corto.

—Como más corto es por el monte. Pero por el camino real se evita pasar de noche la robleda del molino… ¡Tiene una fama!…

Volvió a sus dudas el de a caballo, y tras un momento de silencio a preguntar:

—¿Qué distancia hay por el monte?

—Habrá como cosa de unas tres leguas.

—¿Y por el camino real?

—Pues habrá como cosa de cinco.

El jinete dejó de refrenar el caballo:

—¡Por el monte!

Y sin detenerse echó por el viejo camino que serpentea a través del descampado, donde apenas crece una yerba desmedrada y amarillenta. A lo lejos, confusas bandadas de vencejos revoloteaban sobre la laguna pantanosa. El mozo, que se había quedado un tanto atrás, observando el aspecto del cielo y el dilatado horizonte, donde aparecían ya muy desvaídos los arreboles del ocaso, corrió a

emparejarse con el jinete:

—¡Pique bien, mi amo! Si pica puede ser que aún tengamos luna para pasar la robleda.

Pronto se perdieron en una revuelta, entre los álamos que marcan la línea irregular del río. Cerró la noche y comenzó a ventar en ráfagas que pasaban veloces y roncas, inclinando los árboles sobre el camino, con un largo murmullo de todas sus hojas. Jinete y espolique corrieron mucho tiempo en la oscuridad profunda de una noche sin estrellas. Ya se percibía el rumor de la corriente que alimenta el molino y la masa oscura del robledal, cuando el mozo advirtió en voz baja:

—Mi amo, vaya prevenido por lo que pueda saltar.

—No hay cuidado.

—Y bien que le hay. Una vez, era uno así de la mayor conformidad, porque tampoco tenía temor, y en la misma puente le salieron dos hombres y robáronle, y no lo mataron por milagro divino.

—Esos son cuentos.

—¡Tan cierto como que todos nos hemos de morir!

El jinete guardó silencio. Percibíase más cerca el rumor de la corriente aprisionada en los viejos dornajos del molino; era un rumor lleno de vaguedad y de misterio que tan pronto fingía alarido de can que ventea la muerte, como un gemido de hombre a quien quitan la vida. El espolique corría al flanco del caballo. Allá en la hondonada recortaba su oscura silueta una iglesia, cuyas campanas sonaban lentamente con el toque del nublado. El jinete murmuró:

—Ya estamos cerca de la rectoral.

Y respondió el espolique:

—Engaña mucho la luna, mi amo.

De pronto moviéronse las zarzas de un seto separadas con fuerza, y una sombra saltó en mitad del camino:

—¡Alto! La bolsa o la vida.

Encabritose el caballo, y el resplandor de un fogonazo iluminó con azulada vislumbre el rostro zaino y barbinegro de un hombre que tenía asidas las riendas y que se tambaleó y cayó pesadamente. El espolique inclinose a mirarle, y creyó reconocerle.

—Mi amo, paréceme el Chipén.

—¿Quién dices?

—El hijo del molinero.

—¡Dios le haya perdonado!

—¡Amén!

—¿Tú le conocías?

—¡Era mismamente un Satanás!

Estaba tendido en medio del camino. Tenía una hoz asida con la diestra, descalzos los pies que parecían de cera, la boca llena de tierra y chamuscada la barba. Un hilo de sangre le corría de la frente. El jinete, afirmándose en la silla, le hincó las espuelas al caballo, que temblaba, y le hizo saltar por encima. El espolique le siguió. Chispearon bajo los cascos las piedras del camino, y amo y criado se perdieron en la oscuridad. Pronto descubrieron el molino en un claro del ramaje que iluminaba la luna. Era de aspecto sospechoso y estaba situado en una revuelta. Sentada en el umbral dormitaba una vieja, tocada con el mantelo. Parecía hallarse en espera. El espolique la interrogó azorado:

—¿Lleva agua la presa?

La vieja se incorporó sobresaltada:

—Agua no falta, hijo.

—¿A quién aguarda?

—A nadie… Salime un momento hace, por tomar la luna. Tengo molienda para toda la noche y hay que velar.

—¿No está el pariente?

—No está. Fuese a la villa para cumplir con la señora, mi ama, a quien pagamos un foro de doce ferrados de trigo y doce de centeno.

—¿Y el rapaz?

—Marchose anochecido. ¡Cosas de rapaces! Pidiole relación a una moza de la aldea y tiene con ella parrafeo todas las noches.

—Bien dice: ¡Cosas de rapaces!

—Aquí estoy esperándole.

—Espérele muy dichosa.

Y el espolique se alejó corriendo para dar alcance al jinete. Emparejose y siguió jadeante al flanco del caballo:

—¡No me andaba engañado, mi amo!

—Parece que no.

—¡Era aquel que dije!…

—¡Y la madre esperándole!…

Callaron con las almas sobresaltadas y cubiertas de misterio. Habían dejado el camino de herradura por otro de ruedas, cuando se cruzaron con un arriero que

iba medio dormido sobre su mula, arrebujado en una manta. Apartados sobre la orilla del camino secretearon amo y criado:

—Madruga la gente de la feria…

—Nos exponemos a un mal encuentro.

—Eso pensaba, mi amo.

—Tú, ahora te vuelves con el caballo. Yo tomo la barca.

—¿Y si no se atopan allí los mozos de la partida?

—Estará, cuando menos, don Ramón María. ¿No te ha dicho que me esperaba?

—Eso díjome, sí, señor.

—¿Qué hora será?

—Cuando cruzamos la aldea, ya cantaban los gallos.

—Aún hay tres horas de noche.

—Eso habrá. ¿Conoce el camino?

—Creo que sí.

—Más mejor, salvo su parecer, sería que llegásemos a la puente, y luego yo volveríame por la vereda, que es camino más seguro.

—No repliques, rapaz.

—¡Dame pavor el muerto!

—Aún alcanzas compañía.

Y señalaba al arriero que subía el camino lleno de charcos, donde se reflejaba la luna.

—¡Puede recelarse!

—Disimulas. Monta si quieres…

Obedeció el espolique, y una vez sobre la silla se inclinó para escuchar al caballero, que le intimó en voz baja:

—¡Te va la vida en callar!

Y con esto arrendose el encubierto, para dejarles paso, un dedo puesto sobre los labios: Al verse solo, se santiguó devotamente. ¿A dónde iba? ¿Quién era? Tal vez fuese un emigrado. Tal vez un cabecilla que volvía de Portugal. Pero de las viejas historias, de los viejos caminos, nunca se sabe el fin.

JARDÍN UMBRÍO:

Mi bisabuelo

DON Manuel Bermúdez y Bolaño, mi bisabuelo, fue un caballero alto, seco, con los ojos verdes y el perfil purísimo: Hablaba poco, paseaba solo, era orgulloso, violento y muy justiciero. Recuerdo que algunos días en la mejilla derecha tenía una roséola, casi una llaga: De aquella roséola la gente del pueblo murmuraba que era un beso de las brujas, y a medias palabras venían a decir lo mismo mis tías las Pedrayes. La imagen que conservo de mi bisabuelo es la de un viejo caduco y temblón que paseaba al abrigo de la iglesia en las tardes largas y doradas. ¡Qué amorosa evocación tiene para mí aquel tiempo! ¡Dorado es tu nombre, Santa María de Louro! ¡Dorada tu iglesia con nidos de golondrinas! ¡Doradas tus piedras! ¡Toda tú dorada, villa de Señorío!

De la casa que tuvo allí mi bisabuelo solo queda una parra vieja que no da uvas, y de aquella familia tan antigua un eco en los libros parroquiales; pero en torno de la sombra de mi bisabuelo flota todavía una leyenda. Recuerdo que toda la parentela le tenía por un loco atrabiliario. Yo era un niño y se recataban de hablar en mi presencia; sin embargo, por palabras vagas llegué a descubrir que mi bisabuelo había estado preso en la cárcel de Santiago. En medio de una gran angustia presentía que era culpado de algún crimen lejano, y que había salido libre por dinero. Muchas noches no podía dormir, cavilando en aquel misterio, y se me oprimía el corazón si en las altas horas oía la voz embarullada del viejo caballero que soñaba a gritos: Dormía mi bisabuelo en una gran sala de la torre, con un criado a la puerta, y yo le suponía lleno de remordimientos, turbado su sueño por fantasmas y aparecidos. Aquel viejo tan adusto me quería mucho, y correspondíale mi candor de niño rezando para que le fuese perdonado su crimen. Ya estaban frías las manos de mi bisabuelo cuando supe cómo se habían cubierto de sangre.

Un anochecido escuché el relato a la vieja aldeana que ha sido siempre la crónica de la familia: Micaela hilaba su copo en la antesala redonda, y contaba a los otros criados las grandezas de la casa y las historias de los mayores. De mi bisabuelo recordaba que era un gran cazador, y que una tarde, cuando volvía de tirar a las perdices, salió a esperarle en el camino del monte el cabezalero de un foral que tenía en Juno. Era un hombre ciego a quien una hija suya guiaba de la mano: Iba con la cabeza descubierta al encuentro del caballero:

—¡Un ángel lo trae por estos caminos, mi amo!

Hablaba con la voz velada de lágrimas. Don Manuel Bermúdez le interrogó breve y muy adusto:

—¿Ha muerto tu madre?

—¡No lo permita Dios!

—¿Pues qué te ocurre?

—Por un falso testimonio están en la cárcel dos de mis hijos. ¡Quiere acabar con todos nosotros el escribano Malvido! Anda por las puertas con una obliga escrita, y va tomando las firmas para que ninguno vuelva a meter los ganados en las Brañas del Rey.

Suspiró la mocina que guiaba a su padre:

—Yo lo vide a la puerta de tío Pedro de Vermo.

Se acercaron otras mujeres y unos niños que volvían del monte agobiados bajo grandes haces de carrascas. Todos rodearon a Don Manuel Bermúdez:

—Ya los pobres no podemos vivir. El monte donde rozábamos nos lo quita un ladrón de la villa.

Clamó el ciego:

—Más os vale no hablar y arrancaros la lengua. Por palabras como esas están en la cárcel dos de mis hijos.

Al callar el ciego gimió la mocina:

—Por estar encamada no se llevaron los alcaldes a mi madre Águeda.

Cuentan que mi bisabuelo al oír esto dio una voz muy enojado, imponiendo silencio:

—¡Habla tú, Serenín! ¡Que yo me entere!

Todos se apartaron, y el ciego labrador quedó en medio del camino con la cabeza descubierta, la calva dorada bajo el sol poniente: Llamábase Serenín de Bretal, y su madre, una labradora de cien años, Águeda la del Monte. Esta mujer había sido nodriza de mi bisabuelo, quien le guardaba amor tan grande, que algunas veces cuando andaba de cacería llegábase a visitarla, y sentábase bajo el

emparrado a merendar en su compañía un cuenco de leche presa. Don Manuel Bermúdez, amparado en una sombra del camino, silencioso y adusto, oía la querella de Serenín de Bretal:

—¡Acaban con nos! ¡No sabemos ya dónde ir a rozar las carrascas, ni dónde llevar los ganados! Por puertas nos deja a todos los labradores el escribano Malvido. Los montes, que eran nuestros, nos los roban con papeles falsos y testimonios de lenguas pagadas, y porque reclamaron contra este fuero, tengo dos hijos en la cárcel. ¡Ya solamente nos queda a los labradores ponernos una piedra al cuello y echarnos de cabeza al río!

Se levantó un murmullo popular:

—¿Adónde irás que no penares?

—¡La suerte del pobre es pasar trabajos!

—¡Para el pobre nunca hay sol!

—¡Sufrir y penar! ¡Sufrir y penar! Es la ley del pobre.

Las mujeres que portaban los haces de carrascas, juntas con otras que volvían de los mercados, formaban corro en torno del ciego labrador, y a lo lejos una cuadrilla de cavadores escuchaba en la linde de la heredad descansando sobre las azadas. Don Manuel Bermúdez los miró a todos muy despacio, y luego les dijo:

—En la mano tenéis el remedio. ¿Por qué no matáis a ese perro rabioso?

Al pronto todos callaron, pero de repente una mujer gritó dejando caer su haz de carrascas y mesándose:

—¡Porque no hay hombres, señor! ¡Porque no hay hombres!

Desde lejos dejó oír su voz uno de los cavadores:

—Hay hombres, pero tienen las manos atadas.

Se revolvió la mujer:

—¿Quién vos las ata? ¡El miedo! ¡Callad, castrados! ¿Qué boca habló por mí, cuando en una misma leva me llevaron tres hijos, y me dejaron como me veo, sin más amparo que el cielo que me cubre? ¡Callad, castrados!

Una vieja que venía hacia el camino atravesando por los maizales, respondió con otras voces:

—¡Hay que acabar con los verdugos! ¡Hay que acabar con ellos!

Era Águeda la del Monte. Caminaba apoyándose en un palo, alta, encorvada, vestida de luto. El caballero la miró lleno de piedad:

—¿Por qué te has movido de tu puerta, Águeda?

—¡Para mirarte, sol de oro!

Serenín de Bretal volvió los ojos velados hacia donde sonaba la voz de la centenaria, y gritó a los vientos:

—¡Ya depusimos nuestro pleito al amo!

Águeda la del Monte se había sentado en una piedra del camino:

—Pues su consejo nos toca seguir. ¿Qué vos ha dicho?

Repuso Serenín en medio del murmullo de muchas voces:

—El que nació de nobleza tiene un sentir, y otro que nació de la tierra.

Águeda la del Monte se levantó apoyándose en el palo: Había sido una mujer gigantesca, y aun encorvada parecía muy alta, tenía los ojos negros, y era morena, del color del centeno:

—¡Sin escucharlas, sé las palabras de mi rey! ¡El rey que yo crie tuvo el mismo dictado que esta boca de tierra! ¡Acabar con los verdugos! ¡Acabar con ellos! ¡Sin escucharlas, sé las palabras de mi rey!

Clamó Serenín:

—¡Yo nada puedo hacer sin luz en los ojos y con los hijos en la cárcel!

Comenzaron a gritar las mujeres:

—¡Estas carrascas habían de ser para quemar vivo ese ladrón de pobres!

Se levantó sobre la ola una voz ya ronca:

—¿Dónde están los hombres? ¡Todos son castrados!

Y de pronto se aplacó el vocerío. Una lengua melosa recomendó:

—Hay que callar y sufrir. Cada vida tiene su cruz. ¡Mirad quién viene!

Por lo alto de la cuesta, trotando sobre un asno, asomaba un jinete, y todos reconocieron al escribano Malvido. Cuentan que entonces mi bisabuelo se volvió a los cavadores que estaban en la linde de la heredad:

—Tengo la escopeta cargada con postas. ¿Alguno de vosotros quiere hacer un buen blanco?

Al pronto todos callaron. Luego destacose uno entre los más viejos:

—El gavilán vuela siempre sobre el palomar. Uno se mata y otro viene.

—¿No queréis aprovechar la carga de mi escopeta?

Respondieron varias voces con ahínco:

—¡Somos unos pobres, señor mayorazgo! ¡Cativos de nos! ¡Hijos de la tierra!

Águeda la del Monte se levantó con el regazo lleno de piedras:

—¡Las mujeres hemos de sepultar a los verdugos!

El escribano, mirando tanta gente en el camino, iba a torcer por un atajo, pero mi bisabuelo parece ser que le llamó con grandes voces:

—Señor Malvido, acá le estamos esperando para hacer una buena justicia.

Respondió el otro muy alegre:

—¡Falta hace, señor mayorazgo! ¡Esta gente es contumaz!

Se acercó trotando. Mi bisabuelo, muy despacio, echose la escopeta a la cara: Cuando le tuvo encañonado le gritó:

—¡Esta es mi justicia, señor Malvido!

Y de un tiro le dobló en tierra con la cabeza ensangrentada. Águeda la del Monte se arrodilló con los brazos abiertos, al pie de mi bisabuelo, que posó su mano blanca sobre la cabeza de la centenaria, y le dijo:

—¡Buena leche me has dado, madre Águeda!

Todos habían huido, y eran los dos solos en medio del camino, frente al muerto. Contaba Micaela la Galana que a raíz de aquel suceso mi bisabuelo había estado algún tiempo en la cárcel de Santiago. El hecho es cierto, pero fue otro el motivo. Muchos años después, para una información genealógica, he tenido que revolver papeles viejos, y pude averiguar que aquella prisión había sido por pertenecer al partido de los apostólicos el señor Coronel de Milicias don Manuel Bermúdez y Bolaño. Era yo estudiante, cuando llegué a formarme cabal idea de mi bisabuelo. Creo que ha sido un carácter extraordinario, y así estimo sobre todas mis sangres la herencia suya. Aún ahora, vencido por tantos desengaños, recuerdo con orgullo aquel tiempo de mi mocedad, cuando, despechada conmigo toda mi parentela, decían las viejas santiguándose: ¡Otro Don Manuel Bermúdez! ¡Bendito Dios!

JARDÍN UMBRÍO:

Rosarito

Cap. I

SENTADA ante uno de esos arcaicos veladores con tablero de damas, que tanta boga conquistaron en los comienzos del siglo, cabecea el sueño la anciana Condesa de Cela: Los mechones plateados de sus cabellos, escapándose de la toca de encajes, rozan con intermitencias los naipes alineados para un solitario. En el otro extremo del canapé, está su nieta Rosarito. Aunque muy piadosas entrambas damas, es lo cierto que ninguna presta atención a la vida del santo del día, que el capellán del Pazo lee en alta voz, encorvado sobre el velador, y calados los espejuelos de recia armazón dorada. De pronto Rosarito levanta la cabeza, y se queda como abstraída, fijos los ojos en la puerta del jardín que se abre sobre un fondo de ramajes oscuros y misteriosos. ¡No más misteriosos, en verdad, que la mirada de aquella niña pensativa y blanca! Vista a la tenue claridad de la lámpara, con la rubia cabeza en divino escorzo; la sombra de las pestañas temblando en el marfil de la mejilla; y el busto delicado y gentil destacándose en penumbra incierta sobre la dorada talla, y el damasco azul celeste del canapé, Rosarito recordaba esas ingenuas madonas, pintadas sobre fondo de estrellas y luceros.

Cap. II

LA niña entorna los ojos, palidece, y sus labios agitados por temblor extraño dejan escapar un grito:

—¡Jesús…! ¡Qué miedo!…

Interrumpe su lectura el clérigo; y mirándola por encima de los espejuelos,

carraspea:

—¿Alguna araña, eh, señorita?…

Rosarito mueve la cabeza:

—¡No, señor, no!

Rosarito estaba muy pálida. Su voz, un poco velada, tenía esa inseguridad delatora del miedo y de angustia. En vano por aparecer serena quiso continuar la labor que yacía en su regazo. Temblaba demasiado entre aquellas manos pálidas, transparentes como las de una santa; manos místicas y ardientes, que parecían adelgazadas en la oración, por el suave roce de las cuentas del rosario. Profundamente abstraída clavó las agujas en el brazo del canapé. Después con voz baja e íntima, cual si hablase contigo misma, balbuceó:

—¡Jesús!… ¡Qué cosa tan extraña!

Al mismo tiempo entornó los párpados, y cruzó las manos sobre el seno de cándidas y gloriosas líneas: Parecía soñar. El capellán la miró con extrañeza:

—¿Qué le pasa, señorita Rosario?

La niña entreabrió los ojos y lanzó un suspiro:

—¿Diga, don Benicio, será algún aviso del otro mundo?…

—¡Un aviso del otro mundo!… ¿Qué quiere usted decir?

Antes de contestar, Rosarito dirigió una nueva mirada al misterioso y dormido jardín a través de cuyos ramajes se filtraba la blanca luz de la luna, luego en voz débil y temblorosa murmuró:

—Hace un momento juraría haber visto entrar por esa puerta a don Miguel Montenegro…

—¿Don Miguel, señorita?… ¿Está usted segura?

—Sí; era él, y me saludaba sonriendo…

—¿Pero usted recuerda a don Miguel Montenegro? Si lo menos hace diez años que está en la emigración.

—Me acuerdo, don Benicio, como si le hubiese visto ayer. Era yo muy niña, y fui con el abuelo a visitarle en la cárcel de Santiago, donde le tenían preso por liberal. El abuelo le llamaba primo. Don Miguel era muy alto, con el bigote muy retorcido y el pelo blanco y rizoso.

El capellán asintió:

—Justamente, justamente. A los treinta años tenía la cabeza más blanca que yo ahora. Sin duda, usted habrá oído referir la historia…

Rosarito juntó las manos:

—¡Oh! ¡Cuántas veces! El abuelo la contaba siempre.

Se interrumpió viendo enderezarse a la Condesa. La anciana señora miró a su nieta con severidad, y todavía mal despierta murmuró:

—¿Qué tanto tienes que hablar, niña? Deja leer a don Benicio.

Rosarito inclinó la cabeza, y se puso a mover las agujas de su labor. Pero don Benicio, que no estaba en ánimo de seguir leyendo, cerró el libro y bajó los anteojos hasta la punta de la nariz.

—Hablábamos del famoso don Miguel, señora Condesa. Don Miguel Montenegro, emparentado, si no me engaño, con la ilustre casa de los Condes de Cela…

La anciana le interrumpió:

—¿Y a dónde han ido ustedes a buscar esa conversación? ¿También usted ha tenido noticia del hereje de mi primo? Yo sé que está en el país, y que conspira. El cura de Cela, que le conoció mucho en Portugal, le ha visto en la feria de Barbanzón, disfrazado de chalán.

Don Benicio se quitó los anteojos vivamente:

—¡Hum! He ahí una noticia, y una noticia de las más extraordinarias. ¿Pero no se equivocaría el cura de Cela?…

La Condesa se encogió de hombros:

—¡Qué! ¿Lo duda usted? Pues yo no. ¡Conozco harto bien a mi señor primo!

—Los años quebrantan las peñas, señora Condesa: Cuatro anduve yo por las montañas de Navarra con el fusil al hombro, y hoy, mientras otros baten el cobre, tengo que contentarme con pedir a Dios en la misa el triunfo de la santa causa.

Una sonrisa desdeñosa asomó en la desdentada boca de la linajuda señora:

—¿Pero quiere usted compararse, don Benicio?… Ciertamente que en el caso de mi primo, cualquiera se miraría antes de atravesar la frontera; pero esa rama de los Montenegros es de locos. Loco era mi tío don José, loco es el hijo y locos serán los nietos. Usted habrá oído mil veces en casa de los curas hablar de don Miguel; pues bien, todo lo que se cuenta no es nada comparado con lo que ese hombre ha hecho.

El clérigo repitió a media voz:

—Ya sé, ya sé… Tengo oído mucho. ¡Es un hombre terrible, un libertino, un masón!

La Condesa alzó los ojos al cielo y suspiró:

—¿Vendrá a nuestra casa? ¿Qué le parece a usted?

—¿Quién sabe? Conoce el buen corazón de la señora Condesa.

El capellán sacó del pecho de su levitón un gran pañuelo a cuadros azules, y

lo sacudió en el aire con suma parsimonia: Después se limpió la calva:

—¡Sería una verdadera desgracia! Si la señora atendiese mi consejo, le cerraría la puerta.

Rosarito lanzó un suspiro. Su abuela la miró severamente y se puso a repiquetear con los dedos en el brazo del canapé:

—Eso se dice pronto, don Benicio. Está visto que usted no le conoce. Yo le cerraría la puerta y él la echaría abajo. Por lo demás, tampoco debo olvidar que es mi primo.

Rosarito alzó la cabeza. En su boca de niña temblaba la sonrisa pálida de los corazones tristes, y en el fondo misterioso de sus pupilas brillaba una lágrima rota. De pronto lanzó un grito. Parado en el umbral de la puerta del jardín estaba un hombre de cabellos blancos, estatura gentil y talle todavía arrogante y erguido.

CAP. III

DON Miguel de Montenegro podría frisar en los sesenta años. Tenía ese hermoso y varonil tipo suevo tan frecuente en los hidalgos de la montaña gallega. Era el mayorazgo de una familia antigua y linajuda, cuyo blasón lucía dieciséis cuarteles de nobleza, y una corona real en el jefe. Don Miguel, con gran escándalo de sus deudos y allegados, al volver de su primera emigración hizo picar las armas que campeaban sobre la puerta de su Pazo solariego, un caserón antiguo y ruinoso, mandado edificar por el Mariscal Montenegro, que figuró en las guerras de Felipe V y fue el más notable de los de su linaje. Todavía se conserva en el país memoria de aquel señorón excéntrico, déspota y cazador, beodo y hospitalario. Don Miguel a los treinta años había malbaratado su patrimonio: Solamente conservó las rentas y tierras de vínculo, el Pazo y una capellanía, todo lo cual apenas le daba para comer. Entonces empezó su vida de conspirador y aventurero, vida tan llena de riesgos y azares como la de aquellos segundones hidalgos que se enganchaban en los tercios de Italia por buscar lances de amor, de espada y de fortuna. Liberal aforrado en masón, fingía gran menosprecio por toda suerte de timbres nobiliarios, lo que no impedía que fuese altivo y cruel como un árabe noble. Interiormente sentíase orgulloso de su abolengo, y pese a su despreocupación dantoniana, placíale referir la leyenda heráldica que hace descender a los Montenegros de una emperatriz alemana.

Creíase emparentado con las más nobles casas de Galicia, y desde el Conde de Cela al de Altamira, con todos se igualaba y a todos llamaba primos, como se llaman entre sí los reyes. En cambio, despreciaba a los hidalgos sus vecinos y se burlaba de ellos sentándolos a su mesa y haciendo sentar a sus criados. Era cosa de ver a don Miguel erguirse cuan alto era, con el vaso desbordante, gritando con aquella engolada voz de gran señor que ponía asombro en sus huéspedes:

—En mi casa, señores, todos los hombres son iguales. Aquí es ley la doctrina del filósofo de Judea.

Don Miguel era uno de esos locos de buena vena, con maneras de gran señor, ingenio de coplero y alientos de pirata. Bullía de continuo en él una desesperación sin causa ni objeto, tan pronto arrebatada como burlona, ruidosa como sombría. Atribuíanselе cosas verdaderamente extraordinarias. Cuando volvió de su primera emigración encontrose hecha la leyenda. Los viejos liberales partidarios de Riego contaban que le había blanqueado el cabello desde que una sentencia de muerte tuviérale tres días en capilla, de la cual consiguiera fugarse por un milagro de audacia. Pero las damiselas de su provincia, abuelas hoy que todas suspiran cuando recitan a sus nietas los versos de *El Trovador*, referían algo mucho más hermoso… Pasaba esto en los buenos tiempos del romanticismo, y fue preciso suponerle víctima de trágicos amores. ¡Cuántas veces oyera Rosarito en la tertulia de sus abuelos la historia de aquellos cabellos blancos! Contábala siempre su tía la de Camarasa —una señorita cincuentona que leía novelas con el ardor de una colegiala, y todavía cantaba en los estrados aristocráticos de Compostela melancólicas tonadas del año treinta—. Amada de Camarasa conoció a don Miguel en Lisboa, cuando las bodas del Infante don Miguel. Era ella una niña, y habíale quedado muy presente la sombría figura de aquel emigrado español de erguido talle y ademán altivo, que todas las mañanas se paseaba con el poeta Espronceda en el atrio de la catedral, y no daba un paso sin golpear fieramente el suelo con la contera de su caña de Indias. Amada de Camarasa no podía menos de suspirar siempre que hacía memoria de los alegres años pasados en Lisboa. ¡Quizá volvía a ver con los ojos de la imaginación la figura de cierto hidalgo lusitano de moreno rostro y amante labia, que había sido la única pasión de su juventud!… Pero esta es otra historia que nada tiene que ver con la de don Miguel de Montenegro.

CAP. IV

EL mayorazgo se había detenido en medio de la espaciosa sala, y saludaba encorvando su aventajado talle, aprisionado en largo levitón.

—Buenas noches, Condesa de Cela. ¡He aquí a tu primo Montenegro que viene de Portugal!

Su voz, al sonar en medio del silencio de la anchura y oscura sala del Pazo, parecía más poderosa y más hueca. La Condesa, sin manifestar extrañeza, repuso con desabrimiento:

—Buenas noches, señor mío.

Don Miguel se atusó el bigote, y sonrió, como hombre acostumbrado a tales desvíos y que los tiene en poco. De antiguo recibíasele de igual modo en casa de todos sus deudos y allegados, sin que nunca se le antojara tomarlo a pecho: Contentábase con hacerse obedecer de los criados, y manifestar hacia los amos cierto desdén de gran señor. Era de ver cómo aquellos hidalgos campesinos que nunca habían salido de sus madrigueras concluían por humillarse ante la apostura caballeresca y la engolada voz del viejo libertino, cuya vida de conspirador, llena de azares desconocidos, ejercía sobre ellos el poder sugestivo de lo tenebroso. Don Miguel acercose rápido a la Condesa y tomole la mano con aire a un tiempo cortés y familiar:

—Espero, prima, que me darás hospitalidad por una noche.

Así diciendo, con empaque de viejo gentilhombre, arrastró un pesado sillón de moscovia, y tomó asiento al lado del canapé. En seguida, y sin esperar respuesta, volviose a Rosarito. ¡Acaso había sentido el peso magnético de aquella mirada que tenía la curiosidad de la virgen y la pasión de la mujer! Puso el emigrado una mano sobre la rubia cabeza de la niña, obligándola a levantar los ojos, y con esa cortesanía exquisita y simpática de los viejos que han amado y galanteado mucho en su juventud, pronunció a media voz —¡la voz honda y triste con que se recuerda el pasado!:

—¿Tú no me reconoces, verdad, hija mía? Pero yo sí, te reconocería en cualquier parte… ¡Te pareces tanto a una tía tuya, hermana de tu abuelo, a la cual ya no has podido conocer!… ¿Tú te llamas Rosarito, verdad?

—Sí, señor.

Don Miguel se volvió a la Condesa:

—¿Sabes, prima, que es muy linda la pequeña?

Y moviendo la plateada y varonil cabeza continuó cual si hablase consigo mismo:

—¡Demasiado linda para que pueda ser feliz!

La Condesa, halagada en su vanidad de abuela, repuso con benignidad, sonriendo a su nieta:

—No me la trastornes, primo. ¡Sea ella buena, que el que sea linda es cosa de bien poco!…

El emigrado asintió con un gesto sombrío y teatral y quedó contemplando a la niña, que con los ojos bajos, movía las agujas de su labor, temblorosa y torpe. ¿Adivinó el viejo libertino lo que pasaba en aquella alma tan pura? ¿Tenía él, como todos los grandes seductores, esa intuición misteriosa que lee en lo íntimo de los corazones y conoce las horas propicias al amor? Ello es que una sonrisa de increíble audacia tembló un momento bajo el mostacho blanco del hidalgo y que sus ojos verdes —soberbios y desdeñosos como los de un tirano o los de un pirata— se posaron con gallardía donjuanesca sobre aquella cabeza melancólicamente inclinada que con crencha de oro, partida por estrecha raya, tenía cierta castidad prerrafaélica. Pero la sonrisa y la mirada del emigrado fueron relámpagos por lo siniestras y por lo fugaces. Recobrada incontinenti su actitud de gran señor, don Miguel se inclinó ante la Condesa:

—Perdona, prima, que todavía no te haya preguntado por mi primo el Conde de Cela.

La anciana suspiró, levantando los ojos al cielo:

—¡Ay! ¡El Conde de Cela, lo es desde hace mucho tiempo mi hijo Pedro!…

El mayorazgo se enderezó en el sillón, dando con la contera de su caña en el suelo:

—¡Vive Dios! En la emigración nunca se sabe nada. Apenas llega una noticia… ¡Pobre amigo! ¡Pobre amigo!… ¡No somos más que polvo!…

Frunció las cejas, y apoyado a dos manos en el puño de oro de su bastón, añadió con fanfarronería:

—Si antes lo hubiese sabido, créeme que no tendría el honor de hospedarme en tu palacio.

—¿Por qué?

—Porque tú nunca me has querido bien. ¡En eso eres de la familia!

La noble señora sonrió tristemente:

—Tú eres el que has renegado de todos. ¿Pero a qué viene recordar ahora eso? Cuenta has de dar a Dios de tu vida, y entonces…

Don Miguel se inclinó con sarcasmo:

—Te juro, prima, que, como tenga tiempo, he de arrepentirme.

El capellán, que no había desplegado los labios, repuso afablemente —afabilidad que le imponía el miedo a la cólera del hidalgo:

—Volterianismos, don Miguel… Volterianismos que después, en la hora de la muerte…

Don Miguel no contestó. En los ojos de Rosarito acababa de leer un ruego tímido y ardiente a la vez. El viejo libertino miró al clérigo de alto abajo, y volviéndose a la niña, que temblaba, contestó sonriendo:

—¡No temas, hija mía! Si no creo en Dios, amo a los ángeles…

El clérigo, en el mismo tono conciliador y francote, volvió a repetir:

—¡Volterianismos, don Miguel! ¡Volterianismos de la Francia!…

Intervino con alguna brusquedad la Condesa, a quien lo mismo las impiedades que las galanterías del emigrado inspiraban vago terror:

—¡Dejémosle, don Benicio! Ni él ha de convencernos ni nosotros a él…

Don Miguel sonrió con exquisita ironía:

—¡Gracias, prima, por la ejecutoria de firmeza que das a mis ideas, pues ya he visto cuánta es la elocuencia de tu capellán!

La Condesa sonrió fríamente con el borde de los labios, y dirigió una mirada autoritaria al clérigo para imponerle silencio. Después, adoptando esa actitud seria y un tanto melancólica con que las damas del año treinta se retrataban, y recibían en el estrado a los caballeros, murmuró:

—¡Cuando pienso en el tiempo que hace que no nos hemos visto!… ¿De dónde sales ahora? ¿Qué nueva locura te trae? ¡Los emigrados no descansáis nunca!…

—Pasaron ya mis años de pelea… Ya no soy aquel que tú has conocido. Si he atravesado la frontera, ha sido únicamente para traer socorros a la huérfana de un pobre emigrado, a quien asesinaron los estudiantes de Coímbra. Cumplido este deber, me vuelvo a Portugal.

—¡Si es así, que Dios te acompañe!…

CAP. V

UN antiguo reloj de sobremesa dio las diez. Era de plata dorada y de gusto pesado y barroco, como obra del siglo XVIII. Representaba a Baco coronado de pámpanos y dormido sobre un tonel. La Condesa contó las horas en voz alta, y volvió al asunto de su conversación:

—Yo sabía que habías pasado por Santiago, y que después estuviste en la feria de Barbanzón disfrazado de chalán. Mis noticias eran de que conspirabas.

—Ya sé que eso se ha dicho.

—A ti se te juzga capaz de todo, menos de ejercer la caridad como un apóstol…

Y la noble señora sonreía con alguna incredulidad. Después de un momento añadió, bajando insensiblemente la voz:

—¡Es el caso que no debes tener la cabeza muy segura sobre los hombros!

Y tras la máscara de frialdad con que quiso revestir sus palabras, asomaban el interés y el afecto. Don Miguel repuso en el mismo tono confidencial, paseando la mirada por la sala:

—¡Ya habrás comprendido que vengo huyendo! Necesito un caballo para repasar mañana mismo la frontera.

—¿Mañana?

—Mañana.

La Condesa reflexionó un momento:

—¡Es el caso que no tenemos en el Pazo ni una mala montura!…

Y como observase que el emigrado fruncía el ceño, añadió:

—Haces mal en dudarlo. Tú mismo puedes bajar a las cuadras y verlo. Hará cosa de un mes pasó por aquí haciendo una requisa la partida de El Manco, y se llevó las dos yeguas que teníamos. No he querido volver a comprar, porque me exponía a que se repitiese el caso el mejor día.

Don Miguel de Montenegro la interrumpió:

—¿Y no hay en la aldea quien preste un caballo a la Condesa de Cela?

A la pregunta del mayorazgo siguió un momento de silencio. Todas las cabezas se inclinaban, y parecían meditar. Rosarito, que con las manos en cruz y la labor caída en el regazo estaba sentada en el canapé al lado de la anciana, suspiró tímidamente:

—Abuelita, el Sumiller tiene un caballo que no se atreve a montar.

Y con el rostro cubierto de rubor, entreabierta la boca de madona, y el fondo de los ojos misteriosos y cambiante, Rosarito se estrechaba a su abuela cual si buscase amparo en un peligro. Don Miguel la infundía miedo, pero un miedo sugestivo y fascinador. Quisiera no haberle conocido, y el pensar en que pudiera irse la entristecía. Aparecíasele como el héroe de un cuento medroso y bello cuyo relato se escucha temblando, y, sin embargo, cautiva el ánimo hasta el final, con la fuerza de un sortilegio. Oyendo a la niña, el emigrado sonrió con

caballeresco desdén, y aun hubo de atusarse el bigote suelto y bizarramente levantado sobre el labio. Su actitud era ligeramente burlona:

—¡Vive Dios! Un caballo que el Sumiller no se atreve a montar casi debe ser un Bucéfalo. ¡He ahí, queridas mías, el corcel que me conviene!

La Condesa movió distraídamente algunos naipes del solitario, y al cabo de un momento, como si el pensamiento y la palabra le viniesen de muy lejos, se dirigió al capellán:

—Don Benicio, será preciso que vaya usted a la rectoral y hable con el Sumiller.

Don Benicio repuso, volviendo las hojas de *El Año Cristiano*:

—Yo haré lo que disponga la señora Condesa; pero, salvo su mejor parecer, el mío es que más atendida había de ser una carta de vuecencia.

Aquí levantó el clérigo la tonsurada cabeza, y al observar el gesto de contrariedad con que la dama le escuchaba, se apresuró a decir:

—Permítame, señora Condesa, que me explique. El día de San Cidrán fuimos juntos de caza. Entre el Sumiller y el abad de Cela, que se nos reunió en el monte, hiciéronme una jugarreta del demonio. Todo el día estuviéronse riendo.

¡Con sus sesenta años a cuestas, los dos tienen el humor de unos rapaces! Si me presento ahora en la rectoral pidiendo el caballo, por seguro que lo toman a burla. ¡Es un raposo muy viejo el señor Sumiller!

Rosarito murmuró con anhelo al oído de la anciana:

—Abuelita, escríbale usted…

La mano trémula de la Condesa acarició la rubia cabeza de su nieta:

—¡Ya, hija mía!…

Y la Condesa de Cela, que hacía tantos años estaba amagada de parálisis, irguiose sin ayuda, y, precedida del capellán, atravesó la sala, noblemente inclinada sobre su muleta, una de esas muletas como se ven en los santuarios, con cojín de terciopelo carmesí guarnecido por clavos de plata.

CAP. VI

DEL fondo oscuro del jardín, donde los grillos daban serenata, llegaban murmullos y aromas. El vientecillo gentil que los traía estremecía los arbustos, sin despertar los pájaros que dormían en ellos. A veces, el follaje se abría susurrando y penetraba el blanco rayo de la luna, que se quebraba en algún

asiento de piedra, oculto hasta entonces en sombra clandestina. El jardín cargado de aromas, y aquellas notas de la noche, impregnadas de voluptuosidad y de pereza, y aquel rayo de luna, y aquella soledad, y aquel misterio, traían como una evocación romántica de citas de amor, en siglos de trovadores. Don Miguel se levantó del sillón, y, vencido por una distracción extraña, comenzó a pasearse entenebrecido y taciturno. Temblaba el piso bajo su andar marcial, y temblaban las arcaicas consolas, que parecían altares con su carga rococó de efigies, fanales y floreros. Los ojos de la niña seguían miedosos e inconscientes el ir y venir de aquella sombría figura: Si el emigrado se acercaba a la luz, no se atrevía a mirarle; si se desvanecía en la penumbra, le buscaba con ansia. Don Miguel se detuvo en medio de la estancia. Rosarito bajó los párpados presurosa. Sonriose el mayorazgo contemplando aquella rubia y delicada cabeza, que se inclinaba como lirio de oro, y después de un momento llegó a decir:

—¡Mírame, hija mía! ¡Tus ojos me recuerdan otros ojos que han llorado mucho por mí!

Tenía don Miguel los gestos trágicos y las frases siniestras y dolientes de los seductores románticos. En su juventud había conocido a *lord* Byron y la influencia del poeta inglés fuera en él decisiva. Las pestañas de Rosarito rozaron la mejilla con tímido aleteo y permanecieron inclinadas como las de una novicia. El emigrado sacudió la blanca cabellera, aquella cabellera cuya novelesca historia tantas veces recordara la niña durante la velada, y fue a sentarse en el canapé:

—Si viniesen a prenderme, ¿tú qué harías? ¿Te atreverías a ocultarme en tu alcoba? ¡Una abadesa de San Payo salvó así la vida a tu abuelo!…

Rosarito no contestó. Ella, tan inocente, sentía el fuego del rubor en toda su carne. El viejo libertino la miraba intensamente, cual si solo buscase el turbarla más. La presión de aquellos ojos verdes era a un tiempo sombría y fascinadora, inquietante y audaz: Dijérase que infiltraban el amor como un veneno, que violaban las almas y que robaban los besos a las bocas más puras. Después de un momento, añadió con amarga sonrisa:

—Escucha lo que voy a decirte. Si viniesen a prenderme, yo me haría matar. ¡Mi vida ya no puede ser ni larga ni feliz, y aquí tus manos piadosas me amortajarían!…

Cual si quisiera alejar sombríos pensamientos agitó la cabeza con movimiento varonil y hermoso, y echó hacia atrás los cabellos que oscurecían su frente, una frente altanera y desguarnecida, que parecía encerrar todas las

exageraciones y todas las demencias, lo mismo las del amor que las del odio, las celestes que las diabólicas… Rosarito murmuró casi sin voz:

—¡Yo haré una novena a la Virgen para que le saque a usted con bien de tantos peligros!…

Una onda de indecible compasión la ahogaba con ahogo dulcísimo. Sentíase presa de confusión extraña, pronta a llorar, no sabía si de ansiedad, si de pena, si de ternura; conmovida hasta lo más hondo de su ser, por conmoción oscura, hasta entonces ni gustada ni presentida. El fuego del rubor quemábale las mejillas; el corazón quería saltársele del pecho; un nudo de divina angustia oprimía su garganta, escalofríos misteriosos recorrían su carne. Temblorosa, con el temblor que la proximidad del hombre infunde en las vírgenes, quiso huir de aquellos ojos dominadores que la miraban siempre, pero el sortilegio resistió. El emigrado la retuvo con un extraño gesto, tiránico y amante, y ella llorosa, vencida, cubriose el rostro con las manos de novicia, pálidas, místicas, ardientes.

CAP. VII

LA Condesa apareció en la puerta de la estancia, donde se detuvo jadeante y sin fuerza:

—¡Rosarito, hija mía, ven a darme el brazo!…

Con la muleta apartaba el blasonado portier. Rosarito se limpió los ojos y acudió velozmente. La noble señora apoyó la diestra blanca y temblona en el hombro de su nieta, y cobró aliento en un suspiro:

—¡Allá va camino de la rectoral ese bienaventurado don Benicio!…

Después sus ojos buscaron al emigrado:

—¿Tú, supongo que hasta mañana no te pondrás en camino? Aquí estás seguro como no lo estarías en parte ninguna.

En los labios de don Miguel asomó una sonrisa de hermoso desdén. La boca de aquel hidalgo aventurero reproducía el gesto con que los grandes señores de otros tiempos desafiaban la muerte. Don Rodrigo Calderón debió de sonreír así sobre el cadalso. La Condesa, dejándose caer en el canapé, añadió con suave ironía:

—He mandado disponer la habitación en que, según las crónicas, vivió Fray Diego de Cádiz cuando estuvo en el Pazo. Paréceme que la habitación de un Santo es la que mejor conviene a vuesa mercé…

Y terminó la frase con una sonrisa. El mayorazgo se inclinó mostrando asentimiento burlón.

—Santos hubo que comenzaron siendo grandes pecadores.

—¡Si Fray Diego quisiese hacer contigo un milagro!

—Esperémoslo, prima.

—¡Yo lo espero!

El viejo conspirador, cambiando repentinamente de talante, exclamó con cierta violencia:

—¡Diez leguas he andado por cuetos y vericuetos, estoy más que molido, prima!

Don Miguel se había puesto en pie. La Condesa le interrumpió murmurando:

—¡Válgate Dios con la vida que traes! Pues es menester recogerse y cobrar fuerzas para mañana.

Después, volviéndose a su nieta, añadió:

—Tú le alumbrarás y enseñarás el camino, pequeña.

Rosarito asintió con la cabeza, como hacen los niños tímidos, y fue a encender uno de los candelabros que había sobre la gran consola situada enfrente del estrado. Trémula como una desposada se adelantó hasta la puerta, donde hubo de esperar a que terminase el coloquio que el mayorazgo y la Condesa sostenían en voz baja. Rosarito apenas percibía un vago murmullo. Suspirando apoyó la cabeza en la pared, y entornó los párpados. Sentíase presa de una turbación llena de palpitaciones tumultuosas y confusas. En aquella actitud de cariátide parecía figura ideal detenida en el lindar de la otra vida. Estaba tan pálida y tan triste que no era posible contemplarla un instante sin sentir anegado el corazón por la idea de la muerte… Su abuela la llamó:

—¿Qué te pasa pequeña?

Rosarito por toda respuesta abrió los ojos, sonriendo tristemente. La anciana movió la cabeza con muestra de disgusto, y se volvió a don Miguel:

—A ti aún espero verte mañana. El capellán nos dirá la misa de alba en la capilla, y quiero que la oigas…

El mayorazgo se inclinó, como pudiera hacerlo ante una reina. Después, con aquel andar altivo y soberano, que tan en consonancia estaba con la índole de su alma, atravesó la sala. Cuando el portier cayó tras él, la Condesa de Cela tuvo que enjugarse algunas lágrimas.

—¡Qué vida, Dios mío! ¡Qué vida!

CAP. VIII

LA sala del Pazo —aquella gran sala adornada con cornucopias y retratos de generales, de damas y obispos— yace sumida en trémula penumbra. La anciana Condesa dormita en el canapé. Encima del velador parecen hacer otro tanto el bastón del mayorazgo y la labor de Rosarito. Tropel de fantasmas se agita entre los cortinajes espesos. ¡Todo duerme! Mas he aquí que de pronto la Condesa abre los ojos y los fija con sobresalto en la puerta del jardín. Imagínase haber oído un grito en sueños, uno de esos gritos de la noche, inarticulados y por demás medrosos. Con la cabeza echada hacia delante, y el ánimo acobardado y suspenso, permanece breves instantes en escucha… ¡Nada! El silencio es profundo. Solamente turba la quietud de la estancia el latir acompasado y menudo de un reloj que brilla en el fondo apenas esclarecido…

La Condesa ha vuelto a dormirse.

Un ratón sale de su escondite y atraviesa la sala con gentil y vivaz trotecillo. Las cornucopias le contemplan desde lo alto: Parecen pupilas de monstruos ocultos en los rincones oscuros. El reflejo de la luna penetra hasta el centro del salón: Los daguerrotipos centellean sobre las consolas, apoyados en los jarrones llenos de rosas. Por intervalos se escucha la voz aflautada y doliente de un sapo que canta en el jardín. Es la medianoche, y la luz de la lámpara agoniza. La Condesa se despierta, y hace la señal de la cruz.

De nuevo ha oído un grito, pero esta vez tan claro, tan distinto, que ya no duda. Requiere la muleta, y en actitud de incorporarse escucha. Un gatazo negro, encaramado en el respaldo de una silla, acéchala con ojos lucientes. La Condesa siente el escalofrío del miedo. Por escapar a esta obsesión de sus sentidos, se levanta, y sale de la estancia. El gatazo negro la sigue maullando lastimeramente. Su cola fosca, su lomo enarcado, sus ojos fosforescentes, le dan todo el aspecto de un animal embrujado. El corredor es oscuro. El golpe de la muleta resuena como en la desierta nave de una iglesia. Allá al final, una puerta entornada deja escapar un rayo de luz…

La Condesa de Cela llega temblando.

La cámara está desierta, parece abandonada. Por una ventana abierta, que cae al jardín, alcánzase a ver en esbozo fantástico masas de árboles que se recortan sobre el cielo negro y estrellado: La brisa nocturna estremece las bujías de un candelabro de plata, que lloran sin consuelo en las doradas arandelas: Aquella ventana abierta sobre el jardín misterioso y oscuro tiene algo de evocador y

sugestivo. ¡Parece que alguno acaba de huir por ella!…

La Condesa se detiene, paralizada de terror.

En el fondo de la estancia, el lecho de palo santo donde había dormido Fray Diego de Cádiz, dibuja sus líneas rígidas y severas a través de luengos cortinajes de antiguo damasco carmesí que parece tener algo de litúrgico. A veces una mancha negra pasa corriendo sobre el muro: Tomaríasela por la sombra de un pájaro gigantesco: Se la ve posarse en el techo y deformarse en los ángulos, arrastrarse por el suelo y esconderse bajo las sillas: De improviso, presa de un vértigo funambulesco, otra vez salta al muro, y galopa por él como una araña…

La Condesa cree morir.

En aquella hora, en medio de aquel silencio, el rumor más leve acrecienta su alucinación. Un mueble que cruje, un gusano que carcome en la madera, el viento que se retuerce en el mainel de las ventanas, todo tiene para ella entonaciones trágicas o pavorosas. Encorvada sobre la muleta, tiembla con todos sus miembros. Se acerca al lecho, separa las cortinas, y mira… ¡Rosarito está allí inanimada, yerta, blanca! Dos lágrimas humedecen sus mejillas. Los ojos tienen la mirada fija y aterradora de los muertos. ¡Por su corpiño blanco corre un hilo de sangre!… El alfilerón de oro que momentos antes aún sujetaba la trenza de la niña, está bárbaramente clavado en su pecho, sobre el corazón. La rubia cabellera extiéndese por la almohada, trágica, magdalénica…

JARDÍN UMBRÍO:

COMEDIA DE ENSUEÑO

UNA cueva en el monte, sobre la encrucijada de dos caminos de herradura. Algunos hombres, a caballo, llegan en tropel, y una vieja asoma en la boca de la cueva. Su figura se destaca por oscuro sobre el fondo rojizo donde llamea el fuego del hogar. Es la hora del anochecer, y las águilas que tienen su nido en los peñascales, se ciernen con un vuelo pesado que deja oír el golpe de las alas.

LA VIEJA

¡Con cuánto afán os esperaba, hijos míos! Desde ayer tengo encendido un buen fuego para que podáis calentaros. ¿Vendréis desfallecidos?

La vieja éntrase en la cueva, y los hombres descabalgan. Tienen los rostros cetrinos, y sus pupilas destellan en el blanco de los ojos con extraña ferocidad. Uno de ellos queda al cuidado de los caballos, y los otros, con las alforjas al hombro, penetran en la cueva y se sientan al amor del fuego. Son doce ladrones y el Capitán.

LA VIEJA

¿Habéis tenido suerte, mis hijos?

EL CAPITÁN

¡Ahora lo veréis, Madre Silvia! Muchachos, juntad el botín para que puedan hacerse las particiones.

LA VIEJA

Nunca habéis hecho tan larga ausencia.

EL CAPITÁN

No requería menos el lance, Madre Silvia.

La Madre Silvia tiende un paño sobre el hogar, y sus ojos acechan avarientos cómo las manos de aquellos doce hombres desaparecen en lo hondo de las alforjas y sacan enredadas las joyas de oro, que destellan al temblor de las llamas.

LA VIEJA

¡Jamás he visto tan rica pedrería!

EL CAPITÁN

¿No queda nada en tus alforjas, Ferragut?

FERRAGUT

¡Nada, Capitán!

EL CAPITÁN

¿Y en las tuyas, Galaor?

GALAOR

¡Nada, Capitán!

EL CAPITÁN

¿Y en las tuyas, Fierabrás?

FIERABRÁS

¡Nada!…

EL CAPITÁN

Está bien. Tened por cierto, hijos míos, que pagaréis con la vida cualquier engaño. Alumbrad aquí, Madre Silvia.

La Madre Silvia descuelga el candil. El Capitán requiere sus alforjas, que al entrar dejó sobre un escaño que hay delante del fuego, y los ladrones se acercan. Sobre aquel grupo de cabezas cetrinas y curiosas flamea el reflejo sangriento de la hoguera. El Capitán saca de las alforjas un lenzuelo bordado de oro, y al desplegarlo se ve que sirve de mortaja a una mano cercenada. Una mano de mujer con los dedos llenos de anillos y blancura de flor.

LA VIEJA

¡Qué anillos! Cada uno vale una fortuna. No los hay ni más ricos ni más bellos. Aprended, hijos…

EL CAPITÁN

¡Bella también es la mano, y mucho debía de serlo su dueña!

LA VIEJA

¿No la has visto?

EL CAPITÁN

No… La mano asomaba fuera de una reja, y la hice rodar con un golpe de mi yatagán. Era una reja celada de jazmines, y sin el fulgor de los anillos la mano hubiera parecido otra flor. Yo pasaba al galope de mi caballo, y sin refrenarlo la hice caer entre las flores, salpicándolas de sangre: Apenas tuve tiempo para cogerla y huir… ¡Ay, si hubiera podido imaginarla tan bella!

El Capitán queda pensativo: Una nube de tristeza empaña su rostro, y en los ojos negros y violentos que contemplan el fuego tiembla el áureo reflejo de las llamas y de los sueños. Uno de los ladrones alcanza la mano, que yace sobre el paño de tisú, e intenta despojarla de los anillos, que parecen engastados a los dedos yertos. El Capitán levanta la cabeza y fulmina una mirada terrible.

EL CAPITÁN

Deja lo que no puedes tocar, hijo de una perra. Deja esa mano que en mal hora cortó mi yatagán. ¡Así hubieran cegado mis ojos cuando la vi! ¡Pobre mano blanca que pronto habrá de marchitarse como las flores! ¡Diera todos mis tesoros por unirla otra vez al brazo de donde la corté!…

LA VIEJA

¡Y acaso hallarías un tesoro mayor!

EL CAPITÁN

Y por ver el rostro de aquella mujer diera la vida. Madre Silvia, tú que entiendes los misterios de la quiromancia, dime quién era.

El Capitán suspira y los ladrones callan asombrados de ver cómo dos lágrimas le corren por las fieras mejillas. La Madre Silvia toma entre sus manos de bruja aquella mano blanca, y sin esfuerzo la despoja de los anillos. Luego frota la yerta palma para limpiarla de la sangre y poder leer en sus rayas. Los ladrones callan y atienden.

LA VIEJA

¡Desde el nacer, esta mano hallábase destinada a deshojar en el viento la flor que dicen de la buenaventura! Es la mano de una doncella encantada que, cuando dormía el enano su carcelero, asomaba fuera de la reja llamando a los caminantes.

EL CAPITÁN

¡Con qué tierno misterio aún me llama a mí!…

LA VIEJA

Ojos humanos no la habían visto hasta que la vieron los tuyos, porque el poder del enano a unos se la fingía como paloma blanca y a otros como flor de la reja florida.

EL CAPITÁN

¡Por qué mis ojos la vieron sin aquel fingimiento!

LA VIEJA

Porque se había puesto los anillos para que más no la creyesen ni paloma ni flor. Y pasaste tú, y de no haberla hecho rodar tu yatagán, te habrías desposado con la encantada doncella, que es hija de un rey.

El Capitán calla pensativo. La Madre Silvia, a la luz del candil, cuenta y precia los anillos. Ferragut, Galaor, Fierabrás y los otros ladrones hacen la división del botín.

FERRAGUT

Dadme acá esos anillos, Madre Silvia.

GALAOR

Dejad que los vea.

FIERABRÁS

¡Buen golpe ha dado el Capitán!

ARGILAO

¿No serán esos anillos cosa de encanto, que desaparezca?

SOLIMÁN

Si eso temes, te compro el que te caiga en suerte.

BARBARROJA

Yo te lo compro, te lo cambio o te lo juego.

LA VIEJA

Esplenden tanta luz, que hasta mis manos arrugadas parecen hermosas con ellos.

Después de estas palabras hay un silencio: Se ha oído el canto de la lechuza, y todos atienden. Aún dura el silencio cuando en la boca de la cueva aparece una sombra con sayal penitente y luenga barba. Entra encapuchada y doblándose sobre el bordón. En medio de la cueva se endereza y se arranca las barbas venerables, que arroja en el hogar, donde levantan una llama leve y volandera. Los ladrones ríen con algazara. El Capitán pasea sobre ellos su mirada.

EL ERMITAÑO

Una nueva os traigo que no es para fruncir el ceño, Capitán.

EL CAPITÁN

Dila pronto, y vete.

EL ERMITAÑO

Antes de amanecer pasará por el monte una caravana de ricos mercaderes.

Los ladrones se alborozan con risa de lobo que muestra los dientes. Ferragut afila su puñal en la piedra del hogar, y la vieja echa otro haz en el fuego.

EL CAPITÁN

¿Son muchos los mercaderes?

EL ERMITAÑO

Son los hijos y los nietos de Eliván el Rojo.

EL CAPITÁN

¿Y adónde caminan?

EL ERMITAÑO

A tierras lejanas, con sedas y brocados.

El Capitán calla contemplando el fuego, y vuelve a sumirse en la niebla de su ensueño. En la cueva penetra cauteloso un perro, uno de esos perros vagabundos que de noche, al claro de la luna, corren por la orilla de las veredas solitarias. Se arrima al muro y con las orejas gachas rastrea en la sombra. Alguna vez levanta la cabeza y olfatea el aire: Los ojos le relucen: Es un perro blanco y espectral. Se oye un grito. El perro huye, y en los dientes lleva la mano cercenada, flor de albura y de misterio, que yacía sobre el paño de oro. Los ladrones salen en tropel a la boca de la cueva. El perro ha desaparecido en la noche.

EL CAPITÁN

¡Seguidle!

FERRAGUT

Parece que las sombras se lo hayan tragado.

SOLIMÁN

Entró en la cueva sin ser visto de nadie.

GALAOR

Es un perro embrujado.

BARBARROJA

Por suerte, se lleva solamente la mano, que de los anillos ya había cuidado de despojarla Madre Silvia.

EL CAPITÁN

¡Seguidle! ¡La mitad de mis tesoros daré al que me devuelva esa mano! ¡Seguidle! Ferragut, Galaor, Solimán, batid el monte sin dejar una mata. Barbarroja, Gaiferos, Cifer, vosotros corred los caminos. ¡Pronto, a caballo! La mitad de mis tesoros tiene el que me devuelva esa mano, la mitad de mis tesoros y todos los anillos que habéis visto lucir en sus dedos yertos. ¡Pronto, pronto, a caballo! ¿No habéis oído? ¿Quién desoye mis órdenes? A batir el monte, a correr los caminos, o rodarán vuestras cabezas.

El grupo de los ladrones permanece inmóvil en la encrucijada, y más al fondo, los caballos con las sillas puestas, muerden la yerba áspera del monte. La luna ilumina el paraje rocoso, batido por todos los vientos. Se oye que pasa a lo lejos la caravana lenta y soñolienta. La Madre Silvia, desde la entrada de la cueva, deja oír su voz.

LA VIEJA

Hijos míos, no corráis el mundo inútilmente, que moriríais de viejos a lo largo de los caminos sin hallar la mano de la Princesa… La caravana pasa, y aprovechad el bien que os depara la suerte.

EL CAPITÁN

Calla, vieja maldita, si no quieres que te clave la lengua con mi puñal.

FERRAGUT

¡No lo permitiera yo!

SOLIMÁN

¡Ni yo!

BARBARROJA

La Madre Silvia habla en razón.

GALAOR

El Capitán ha sido hechizado por aquella mano que cortó.

CIFER

Yo por nada del mundo me pondría uno solo de esos anillos.

GAIFEROS

Yo, si alguno me toca en suerte al repartir el botín, desde ahora lo renuncio.

EL CAPITÁN

¡Callad, hijos de una perra! Yo iré solo, pues de ninguno necesito. Vosotros quedad aquí esperando la soga del verdugo.

Adelanta un paso hacia el grupo de su gente, y queda mirándolos con altivo desdeño. Los ladrones esperan torvos y airados, prevenidas las manos sobre los puñales. Se oye más cerca el rumor de la caravana que cruza por el monte. El Capitán, con una gran voz llama a su caballo, monta y se aleja.

LA VIEJA

¡Aguarda un consejo!

GAIFEROS

No le llaméis, que no habrá de escucharos.

ARGILAO

Ya nunca volverá.

FERRAGUT

Desde ahora, yo seré vuestro Capitán.

BARBARROJA

Yo lo seré.

SOLIMÁN

Ved que todos pudiéramos decir lo mismo.

GALAOR

Lo echaremos a suertes.

CIFER

Que los dados lo decidan.

La Madre Silvia tiene en el suelo el paño de oro que fue mortaja de la mano blanca, y los ladrones fían su suerte a los dados, mientras, por el camino que ilumina la luna, corre un jinete en busca de la mano de la Princesa Quimera.

JARDÍN UMBRÍO:

Milón de la Arnoya

UNA tarde, en tiempo de vendimias, se presentó en el cercado de nuestra casa una moza alta, flaca, renegrida, con el pelo fosco y los ojos ardientes, cavados en el cerco de las ojeras. Venía clamorosa y anhelando:

—¡Dadme amparo contra un rey de moros que me tiene presa! ¡Soy cautiva de un Iscariote!

Sentose a la sombra de un carro desuncido y comenzó a recogerse la greña. Después llegse al dornajo donde abrevaban los ganados y se lavó una herida que tenía en la sien. Serenín de Bretal, un viejo que pisaba la uva en una tinaja, se detuvo limpiándose el sudor con la mano roja del mosto:

—¡Cativos de nos! Si has menester amparo clama a la justicia. ¿Qué amparo podemos darte acá? ¡Cativos de nos!

Suplicó la mujer:

—¡Vedme cercada de llamas! ¿No hay una boca cristiana que me diga las palabras benditas que me liberten del Enemigo?

Interrogó una vieja:

—¿Tú no eres de esta tierra?

Sollozó la renegrida:

—Soy cuatro leguas arriba de Santiago. Vine a esta tierra por me poner a servir, y cuando estaba buscando amo caí con el alma en el cautiverio de Satanás. Fue un embrujo que me hicieron en una manzana reineta. Vivo en pecado con un mozo que me arrastra por las trenzas. Cautiva me tiene, que yo nunca le quise, y solo deseo verle muerto. ¡Cautiva me tiene con sabiduría de Satanás!

Las mujeres y los viejos se santiguaron con un murmullo piadoso, pero los mozos relincharon como chivos barbudos, saltando en las tinajas, sobre los

carros de la vendimia, rojos, desnudos y fuertes. Gritó Pedro el Amelo, de Lugar de Condes:

—¡Jujurujú! No te dejes apalpar y hacer las cosquillas, y verás cómo se te vuela el Enemigo.

Resonaron las risas alegres y bárbaras. Las mozas, un poco encendidas, bajaban la frente y mordían el nudo de sus pañuelos. Los mozos, en lo alto de los carros, renovaban los brincos y los aturujos, pisando la uva. Pero de pronto cesó la fiesta. Mi abuela acababa de asomar en el patín, arrastrando su pierna gotosa y apoyada en el brazo de Micaela la Galana. Era Doña Dolores Saco, mi abuela materna, una señora caritativa y orgullosa, alta, seca y muy a la antigua. La moza renegrida se volvió hacia el patín con los brazos en alto:

—¡Concédame su amparo, noble señora!

A mi abuela le temblaba la barbeta. Con un dejo autoritario interrogó:

—¡Qué amparo pides, moza?

—¡Contra un rey de moros! Vengo escapada de la cueva del monte, donde me tenía presa.

Micaela la Galana murmuró al oído de mi abuela:

—¡Parece privada, Misia Dolores!

Y mi abuela levantó su lente de concha y tornó a interrogar, mirando a la moza:

—¿A quién llamas tú rey de moros?

—¡Rey de moros talmente, mi señora!

—Habla sin voces.

Gimió la renegrida:

—¡Me tiene cautiva con sabiduría de Satanás!

Intervino el viejo Serenín de Bretal:

—La señora quiere saber cómo se llama el mozo que te tiene en su dominio, y de dónde es nativo.

La renegrida levantaba los brazos, temblorosa y ronca:

—Milón de la Arnoya. ¿Nunca tenéis oído de él? Milón de la Arnoya.

Milón de la Arnoya era un jayán perseguido por la justicia, que vivía enfoscado en el monte, robando por siembras y majadas. En casa de mi abuela, cuando los criados se juntaban al anochecido para desgranar mazorcas, siempre salía el cuento de Milón de la Arnoya. Unas veces había sido visto en alguna feria, otras por caminos, otras, como el raposo, rondando alrededor de la aldea. Y Serenín de Bretal, que tenía un rebaño de ovejas, solía contar cómo robaba los

corderos en las Gándaras de Barbanza. El nombre de aquel bigardo perseguido por la justicia había puesto una sombra en todos los rostros. Solamente mi abuela tuvo una sonrisa desdeñosa:

—Ese malvado, si viene por ti, no habrá de llevarte. ¡Quedas recibida en mi casa, moza!

Se levantó un murmullo en loa de mi abuela. La renegrida dio las gracias humildemente y fue a sentarse al arrimo del patín, con la cabeza cubierta. A lo lejos resonaban las voces de la vendimia. Una larga hilera de carros venía por la calzada. Mozas descalzas y encendidas caminaban delante, animando la yunta de los bueyes dorados: Otras venían en las tinajas, las bocas llenas de cantos y de risas, teñidas del zumo de las uvas. Los carros entraron lentamente en el cercado: Detrás del último apareció un mendigo en harapos. Era velludo y fuerte. La renegrida, que tenía la cabeza cubierta, se levantó como si le hubiese adivinado. Temblaba lívida y sombría.

—¡Perverso, ciencia de brujos te encaminó a esta puerta! ¡No rías, boca de Satanás!

El hombre no se movió del umbral. Furtivo, tendió la vista en torno, y volviéndola a la tierra suspiró:

—Una sed de agua para un pobre que va de camino.

La renegrida gritó:

—Ese que vos habla es Milón de la Arnoya. ¡Ahí le tenéis! ¡De sed perezcas como un can rabioso, Milón de la Arnoya!

Se habían acallado todas las voces. Las mujeres miraban al mendigo llenas de curioso sobresalto y los hombres con recelo. Algunos empuñaban las picas de acuciar las yuntas. En lo alto del patín, mi abuela, abandonando el brazo en que se apoyaba, habíase erguido, seca y enérgica, con la barbeta siempre temblona. Se oyó su voz autoritaria:

—Socorred a ese hombre, y que se vaya.

Milón de la Arnoya apenas levantó la frente obstinada:

—Misia Dolores, esa mujer es mi perdición. Ningún mal puede contar de mí. Habla la verdad de toda cosa, Gaitana. La renegrida se retorció los brazos:

—¡Arrenegado seas, tentador! ¡Arrenegado seas!

Los ojos hundidos y apagados de mi abuela se avivaron con una llama de cólera:

—Mozos, echad a ese malvado de mi puerta.

Remigio de Bealo y Pedro el Amelo se dirigieron a la cancela del cercado,

pero el otro les contuvo hablando torvo y plañidero:

—¡Aguardad, que ya me voy! Más hermandad se ve entre los lobos que entre los hombres.

Se alejó. La renegrida, derribada en tierra, se retorcía con la boca espumante, y las vendimiadoras la rodeaban, sujetándola para que no se desgarrase las ropas. Serenín de Bretal trajo agua del pozo. Micaela la Galana bajó con un rosario, y en aquel momento oyéronse grandes voces que daba en la calzada Milón de la Arnoya. Eran unas voces como alaridos de alimaña montés, y la renegrida al oírlas se levantó en medio del corro de las mujeres, antes de que la hubiesen tocado con el rosario bendito. Espumante, ululante, mostrando entre jirones la carne convulsa, rompió por entre los carros de la vendimia y desapareció. Acudieron todos a la cancela y la vieron juntarse con Milón de la Arnoya. Después contaron que el forajido prendiéndola de las trenzas, se la llevó arrastrando a su cueva del monte, y algunos dijeron que se habían sentido en el aire las alas de Satanás. Yo solamente vi, cuando anocheció y salió la luna, un búho sobre un ciprés.

JARDÍN UMBRÍO:

Un ejemplo

AMARO era un santo ermitaño que por aquel tiempo vivía en el monte vida penitente. Cierta tarde, hallándose en oración, vio pasar a lo lejos por el camino real a un hombre todo cubierto de polvo. El santo ermitaño, como era viejo, tenía la vista cansada y no pudo reconocerle, pero su corazón le advirtió quién era aquel caminante que iba por el mundo envuelto en los oros de la puesta solar, y alzándose de la tierra corrió hacia él implorando:

—¡Maestro, deja que llegue un triste pecador!

El caminante, aun cuando iba lejos, escuchó aquellas voces y se detuvo esperando. Amaro llegó falto de aliento, y llegando, arrodillose y le besó la orla del manto, porque su corazón le había dicho que aquel caminante era Nuestro Señor Jesucristo.

—¡Maestro, déjame ir en tu compañía!

El Señor Jesucristo sonrió:

—Amaro, una vez has venido conmigo y me abandonaste.

El santo ermitaño, sintiéndose culpable, inclinó la frente:

—¡Maestro, perdóname!

El Señor Jesucristo alzó la diestra traspasada por el clavo de la cruz:

—Perdonado estás: Sígueme.

Y continuó su ruta por el camino que parecía alargarse hasta donde el sol se ponía, y en el mismo instante sintió desfallecer su ánimo aquel santo ermitaño:

—¿Está muy lejos el lugar adonde caminas, Maestro?

—El lugar adonde camino, tanto está cerca, tanto lejos…

—¡No comprendo, Maestro!

—¿Y cómo decirte que todas las cosas, o están allí donde nunca se llega o están en el corazón?

Amaro dio un largo suspiro. Había pasado en oración la noche y temía que le faltasen fuerzas para la jornada, que comenzaba a presentir larga y penosa. El camino a cada instante se hacía más estrecho, y no pudiendo caminar unidos, el santo ermitaño iba en pos del Maestro. Era tiempo de verano, y los pájaros, ya recogidos a sus nidos, cantaban entre los ramajes, y los pastores descendían del monte trayendo por delante el hato de las ovejas. Amaro, como era viejo y poco paciente, no tardó en dolerse del polvo, de la fatiga y de la sed. El Señor Jesucristo le oía con aquella sonrisa que parece entreabrir los Cielos a los pecadores:

—Amaro, el que viene conmigo debe llevar el peso de mi cruz.

Y el santo ermitaño se disculpaba y dolía:

—Maestro, a verte tan viejo y acabado como yo, habías de quejarte asina.

El Señor Jesucristo le mostró los divinos pies que, desgarrados por las espinas del camino, sangraban en las sandalias, y siguió adelante. Amaro lanzó un suspiro de fatiga:

—¡Maestro, ya no puedo más!

Y viendo a un zagal que llegaba por medio de una gándara donde crecían amarillas retamas, sentose a esperarle. El Señor Jesucristo se detuvo también:

—Amaro, un poco de ánimo y llegamos a la aldea.

—¡Maestro, déjame aquí! Mira que he cumplido cien años y que no puedo caminar. Aquel zagal que por allí viene tendrá cerca la majada, y le pediré que me deje pasar en ella la noche. Yo nada tengo que hacer en la aldea.

El Señor Jesucristo le miró muy severamente:

—Amaro, en la aldea una mujer endemoniada espera su curación hace años.

Calló, y en el silencio del anochecer sintiéronse unos alaridos que ponían espanto. Amaro, sobrecogido, se levantó de la piedra donde descansaba, y siguió andando tras el Señor Jesucristo. Antes de llegar a la aldea salió la luna plateando la cima de unos cipreses donde cantaba escondido aquel ruiseñor celestial que otro santo ermitaño oyó trescientos años embelesado. A lo lejos temblaba apenas el cristal de un río, que parecía llevar dormidas en su fondo las estrellas del cielo. Amaro suspiró:

—Maestro, dame licencia para descansar en este paraje.

Y otra vez contestó muy severamente el Señor Jesucristo:

—Cuenta los días que lleva sin descanso la mujer que grita en la aldea.

Con estas palabras cesó el canto del ruiseñor, y en una ráfaga de aire que se alzó de repente pasó el grito de la endemoniada y el ladrido de los perros

vigilantes en las eras. Había cerrado la noche y los murciélagos volaban sobre el camino, unas veces en el claro de la luna y otras en la oscuridad de los ramajes. Algún tiempo caminaron en silencio. Estaban llegando a la aldea cuando las campanas comenzaron a tocar por sí solas, y era aquel el anuncio de que llegaba el Señor Jesucristo. Las nubes que cubrían la luna se desvanecieron y los rayos de plata al penetrar por entre los ramajes iluminaron el camino, y los pájaros que dormían en los nidos despertáronse con un cántico, y en el polvo, bajo las divinas sandalias, florecieron las rosas y los lirios, y todo el aire se llenó con su aroma. Andados muy pocos pasos, recostada a la vera del camino, hallaron a la mujer que estaba poseída del Demonio. El Señor Jesucristo se detuvo y la luz de sus ojos cayó como la gracia de un milagro sobre aquella que se retorcía en el polvo y escupía hacia el camino. Tendiéndole las manos traspasadas, le dijo:

—Mujer, levántate y vuelve a tu casa.

La mujer se levantó, y ululando, con los dedos enredados en los cabellos, corrió hacia la aldea. Viéndola desaparecer a lo largo del camino, se lamentaba el santo ermitaño:

—Maestro, ¿por qué no haberle devuelto aquí mismo la salud? ¿A qué ir más lejos?

—¡Amaro, que el milagro edifique también a los hombres sin fe que en este paraje la dejaron abandonada! Sígueme.

—¡Maestro, ten duelo de mí! ¿Por qué no haces con otro milagro que mis viejas piernas dejen de sentir el cansancio?

Un momento quedó triste y pensativo el Maestro. Después murmuró:

—¡Sea!… Ve y cúrala, pues has cobrado las fuerzas.

Y el santo ermitaño, que caminaba encorvado desde luengos años, enderezose gozoso, libre de toda fatiga:

—¡Gracias, Maestro!

Y tomándole un extremo del manto se lo besó. Y como al inclinarse viese los divinos pies, que ensangrentaban el polvo donde pisaba, murmuró avergonzado y enternecido:

—¡Maestro, deja que restañe tus heridas!

El Señor Jesucristo le sonrió:

—No puedo, Amaro. Debo enseñar a los hombres que el dolor es mi ley.

Luego de estas palabras se arrodilló a un lado del camino, y quedó en oración mientras se alejaba el santo ermitaño. La endemoniada, enredados los dedos en los cabellos, corría ante él: Era una vieja vestida de harapos, con los

senos velludos y colgantes: En la orilla del río, que parecía de plata bajo el claro de la luna, se detuvo acezando: Dejose caer sobre la yerba y comenzó a retorcerse y a plañir. El santo ermitaño no tardó en verse a su lado, y como sentía los bríos generosos de un mancebo, intentó sujetarla. Pero apenas sus manos tocaron aquella carne de pecado le acudió una gran turbación. Miró a la endemoniada y la vio bajo la luz de la luna, bella como una princesa y vestida de sedas orientales, que las manos perversas desgarraban por descubrir las blancas flores de los senos. Amaro tuvo miedo: Volvía a sentir con el fuego juvenil de la sangre las tentaciones de la lujuria, y lloró recordando la paz del sendero, la santa fatiga de los que caminan por el mundo con el Señor Jesucristo. El alma, entonces, lloró acongojada, sintiendo que la carne se encendía. La mujer habíase desgarrado por completo la túnica y se le mostraba desnuda. Amaro, próximo a desfallecer, miró angustiado en torno suyo y solo vio en la vastedad de la llanura desierta el rescoldo de una hoguera abandonada por los pastores. Entonces recordó las palabras del Maestro: ¡El dolor es mi ley!

Y arrastrándose llegó hasta la hoguera, y fortalecido escondió una mano en la brasa, mientras con la otra hacía la señal de la cruz. La mujer endemoniada desapareció. Albeaba el día. El santo ermitaño alzó la mano de la brasa, y en la palma llagada vio nacerle una rosa y a su lado al Señor Jesucristo.

JARDÍN UMBRÍO:

Nochebuena

ERA en la montaña gallega. Yo estudiaba entonces gramática latina con el señor Arcipreste de Céltigos, y vivía castigado en la rectoral. Aún me veo en el hueco de una ventana, lloroso y suspirante. Mis lágrimas caían silenciosas sobre la gramática de Nebrija, abierta encima del alféizar. Era el día de Nochebuena, y el Arcipreste habíame condenado a no cenar hasta que supiese aquella terrible conjugación: *Fero, fers, tuli, latum*.

Yo, perdida toda esperanza de conseguirlo, y dispuesto al ayuno como un santo ermitaño, me distraía mirando al huerto, donde cantaba un mirlo que recorría a saltos las ramas de un nogal centenario. Las nubes, pesadas y plomizas, iban a congregarse sobre la Sierra de Céltigos en un horizonte de agua, y los pastores, dando voces a sus rebaños, bajaban presurosos por los caminos, encapuchados en sus capas de junco. El arco iris cubría el huerto, y los nogales oscuros y los mirtos verdes y húmedos parecían temblar en un rayo de anaranjada luz. Al caer la tarde, el señor Arcipreste atravesó el huerto: Andaba encorvado bajo un gran paraguas azul: Se volvió desde la cancela, y viéndome en la ventana me llamó con la mano. Yo bajé tembloroso. Él me dijo:

—¿Has aprendido eso?

—No, señor.

—¿Por qué?

—Porque es muy difícil.

El señor Arcipreste sonrió bondadoso.

—Está bien: Mañana lo aprenderás. Ahora acompáñame a la iglesia.

Me cogió de la mano para resguardarme con el paraguas, pues comenzaba a caer una ligera llovizna, y echamos camino adelante. La iglesia estaba cerca. Tenía una puerta chata de estilo románico, y, según decía el señor Arcipreste, era

fundación de la Reina Doña Urraca. Entramos. Yo quedé solo en el presbiterio, y el señor Arcipreste pasó a la sacristía hablando con el monago, recomendándole que lo tuviese todo dispuesto para la misa del gallo. Poco después volvíamos a salir. Ya no llovía, y el pálido creciente de la luna comenzaba a lucir en el cielo triste e invernal. El camino estaba oscuro, era un camino de herradura, pedregoso y con grandes charcos. De largo en largo hallábamos algún rapaz aldeano que dejaba beber pacíficamente a la yunta cansada de sus bueyes. Los pastores que volvían del monte trayendo los rebaños por delante, se detenían en las revueltas y arreaban a un lado sus ovejas para dejarnos paso. Todos saludaban cristianamente:

—¡Alabado sea Dios!

—¡Alabado sea!

—Vaya muy dichoso el señor Arcipreste y la su compaña.

—¡Amén!

Cuando llegamos a la rectoral era noche cerrada. Micaela, la sobrina del señor Arcipreste, trajinaba disponiendo la cena. Nos sentamos en la cocina al amor de la lumbre: Micaela me miró sonriendo:

—¿Hoy no hay estudio, verdad?

—Hoy, no.

—Arrenegados latines, ¿verdad?

—¡Verdad!

El señor Arcipreste nos interrumpió severamente:

—No sabéis que el latín es la lengua de la Iglesia…

Y cuando ya cobraba aliento el señor Arcipreste para edificarnos con una larga plática llena de ciencia teológica, sonaron bajo la ventana alegres conchas y bulliciosos panderos. Una voz cantó en las tinieblas de la noche:

¡Nos aquí venimos,
Nos aquí llegamos,
Si nos dan licencia
Nos aquí cantamos!

El señor Arcipreste les franqueó por sí mismo la puerta, y un corro de zagales invadió aquella cocina siempre hospitalaria. Venían de una aldea lejana: Al son de los panderos cantaron:

Falade ven baixo,
Andades pasiño,
Porque non desparte
O noso meniño.

O noso meniño,
O noso Jesús,
Que durme nas pallas
Sen verce e sen luz.

Callaron un momento, y entre el júbilo de las conchas y de los panderos volvieron a cantar:

Si non fora porque teño
Esta cara de aldeán,
Déralle catro biquiños
N'esa cara de mazán.

Vamos de aquí par'a aldea
Que xa vimos de ruar,
Está Jesús a dormir
E podémolo espertar.

Tras de haber cantado, bebieron largamente de aquel vino agrio, fresco y sano que el señor Arcipreste cosechaba, y refocilados y calientes, fuéronse haciendo sonar las conchas y los panderos. Aún oíamos el chocleo de sus madreñas en las escaleras del patín, cuando una voz entonó:

Esta casa é de pedra
O diaño ergueuna axiña,
Para que durmixen xuntos
O Alcipreste e sua sobriña.

Al oír la copla, el señor Arcipreste frunció el ceño. Micaela enderezose colérica, y abandonando el perol donde hervía la clásica compota de manzanas, corrió a la ventana dando voces:

—¡Mal hablados!… ¡Mal enseñados!… ¡Así vos salgan al camino lobos rabiosos!

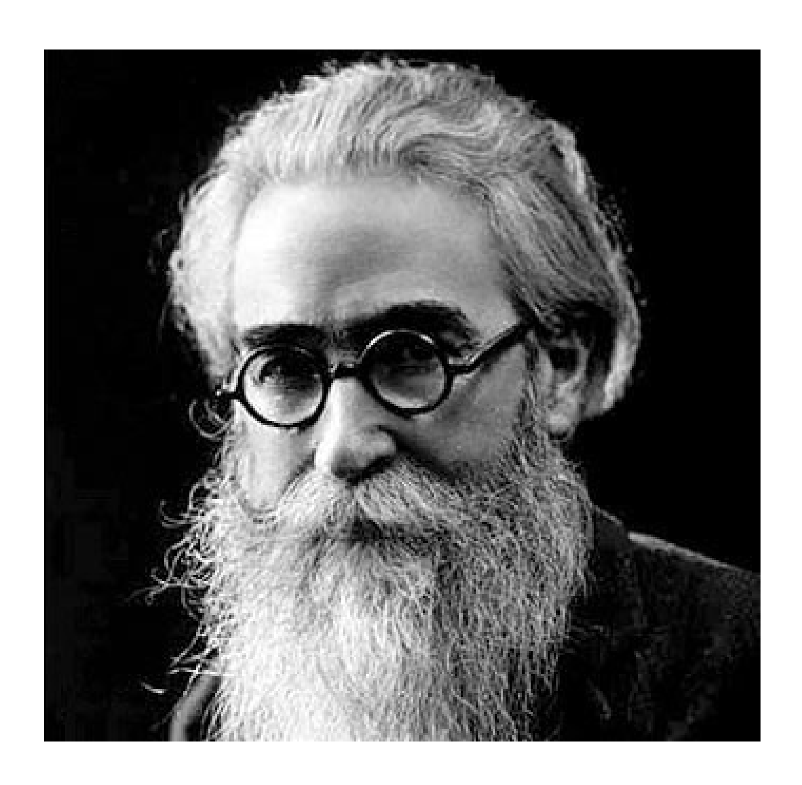
El señor Arcipreste, sin desplegar los labios, se paseaba picando un cigarro con la uña y restregando el polvo entre las palmas. Al terminar llegose al fuego y retiró un tizón, que le sirvió de candela. Entonces fijó en mí sus ojos enfoscados bajo las cejas canas y crecidas. Yo temblé. El señor Arcipreste me dijo:

—¿Qué haces? Anda a buscar el Nebrija.

Salí suspirando. Así terminó mi Nochebuena en casa del señor Arcipreste de Céltigos. Q.E.S.G.H.

Oración

Fue una amiga ya muerta, quien con amoroso cuidado reunió estos cuentos, escritos a la ventura y en tantos sitios, para morir olvidados. Cuando un día me los entregó, después de muchos años, yo creí hallar en ellos el perfume ideal de sus manos. ¡Pobres manos frías, ojalá pudieseis ahora volver a perfumar estas páginas!



Éste que veis aquí, de rostro español y quevedesco, de negra guedeja y luenga barba, soy yo: don Ramón del Valle-Inclán.

Estuvo el comienzo de mi vida lleno de riesgos y azares. Fui hermano converso en un monasterio de cartujos y soldado en tierras de Nueva España. Una vida como la de aquellos segundones hidalgos que se engancharon en los tercios de Italia por buscar lances de amor, de espada y de fortuna (…)

Hoy marchitas ya las juveniles flores y moribundos todos los entusiasmos, divierto penas y desengaños comentando las memorias amables, que empezó a escribir en la emigración mi noble tío el marqués de Bradomín (…) Todos los años, el día de difuntos, mando decir misas por el alma de aquel gran señor, que era feo, católico y sentimental. Cabalmente yo también lo soy y esta semejanza todavía le hace más caro a mi corazón (…)

Así se presentaba Valle-Inclán en 1903 en las páginas de la revista *Alma Española*. Así comenzaba también a crearse la leyenda que ha ido velando hasta desfigurar, casi borrar, la auténtica personalidad del escritor, que con lucidez afirmaba: *Llevo sobre mi rostro cien máscaras de ficción (…) Acaso mi verdadero gesto no se ha revelado todavía. Acaso no pueda revelarse nunca bajo tantos velos acumulados día a día y tejidos por todas mis horas* (*La Lámpara*

Maravillosa, OC., III)

Notas

[1] Esta edición de las Obras completas de Ramón del Valle-Inclán, financiada por la Fundación José Antonio de Castro, se inscribe en el marco del Proyecto de Investigación: «La obra y el legado manuscrito de Valle-Inclán: estudios y ediciones» (MEC FFI2015-70845-R; asimismo en el Programa del Plan Galego de IDT de la Xunta de Galicia: PC2014/039). <<

[2] Se cita la edición en librería, aunque algunos de estos títulos se estrenaron o se publicaron previamente en ediciones periodísticas. Se omiten los subtítulos de estas obras, que se explicitarán al examinar en su lugar las que conforman cada volumen. <<

[3] Véanse en la bibliografía final los estudios siguientes que se han ocupado de estas primeras obras de Valle-Inclán: González del Valle, 1990; Lavaud, 1991; Serrano Alonso, 1993; Iglesias Feijoo *et alii*, 1997; De Juan Bolufer, 2000; Castro Delgado, 2003; Santos Zas [2004] y 2015; Núñez Sabarís, 2005a y 2005b. <<